3 1761 09545846 9

SHOUT
SHARE
IT

3ª EDICION
LA REINA LOCA DE AMOR
POR
D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA
GASTAÑOS
EDITOR

5
0664r

LA REINA
LOCA DE AMOR.

HISTORIA ROMANTICA

DE DOÑA JUANA DE CASTILLA

Y

D. FELIPE EL HERMOSO.

Escribela en forma de novela
y estilo ameno, para recreacion y alivio de enamorados,
su autor

DON FRANCISCO JOSÉ ORELLANA.

TERCERA EDICION.

306744 34
11
30

MADRID.

LIBRERIA ESPAÑOLA
DE
EMILIO FONT,
calle de Relatores, núm. 14, tienda

BARCELONA.

LIBRERIA POPULAR-ECONÓMICA,
plaza del Teatro, núm. 7.
IMPRENTA HISPANA DE V. CASTAÑOS,
calle del Conde del Asalto, n.º 20.

ES PROPIEDAD DE VICENTE CASTAÑOS.

BARCELONA.

Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, núm. 20.

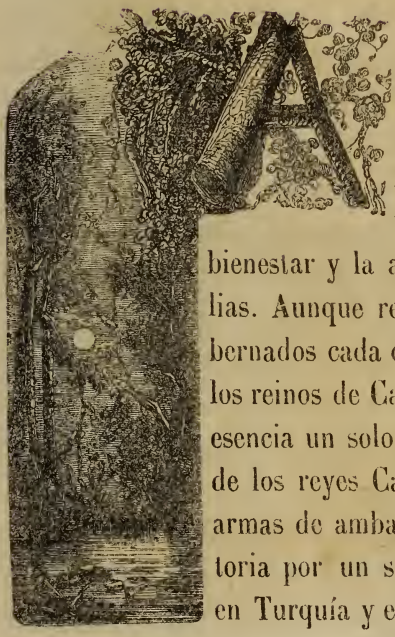
1862.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lareinalocadeamo00orel

Don Felipe y Doña Juana.

INTRODUCCION.



L comenzar el siglo XVI gozaba España de un gobierno sábio, fuerte y protector, cuyo influjo benéfico hacía florecer las artes útiles á la vida, y llevaba el bienestar y la abundancia al seno de las familias. Aunque regidos por distintas leyes, y gobernados cada cual por su respectivo soberano, los reinos de Castilla y Aragon formaban en la esencia un solo pueblo, bajo el cetro poderoso de los reyes Católicos Isabel y Fernando. Las armas de ambas coronas, conducidas á la victoria por un solo gefe, adquirian prez y lauro en Turquía y en Italia, y los triunfos brillantes del Gran Capitan, soldado castellano, engrandecian el poder é influencia de Aragon; así como allende los mares dilataba Castilla sus dominios y su nombre, en tierras descubiertas con dinero aragonés.

La union de estos dos pueblos habia sido el sueño de ambi

cion de aquella magnánima princesa, que en el transcurso de su vida laboriosa, en los treinta años de su activo reinado, no tuvo jamás un pensamiento mezquino, ni dirigió sus miras á otro fin que á la prosperidad y sublimacion de España. La grande Isabel veia casi realizados sus deseos: el pueblo que recibió abatido y pobre, desmoralizado y miserable, levantaba ya la cabeza con dignidad y llenaba de sombríos recelos á los potentados del continente europeo, mientras en el Nuevo Mundo recibian sus hijos el dictado de hombres del sol: la justicia era una para el magnate y el villano y se administraba con prontitud y sin capciosos rodeos: el mérito y las virtudes tenian segura recompensa, y la perversidad humana se escondia vencida, ó luchaba en vano por recobrar su desenfrenado poderío. Pero la Reina habia comprado todo esto á costa de su salud, y aun no podia decir que estaban aseguradas tan gloriosas conquistas: las fatigas del cuerpo y los padecimientos del ánimo le habian robado prematuramente los dias, y víctima de una dolencia vergonzosa, la que en toda su vida fuera dechado de pureza, sentia llegar su fin; no por la pérdida de una existencia, que habia sacrificado siempre al bien público, sino porque temia que su muerte, deseada tal vez por solapados ambiciosos y príncipes enemigos, ocasionase alteraciones y trastornos, capaces de minar el edificio levantado con sus afanes.

Y no carecian de fundamento los temores que afligian á Isabel en sus últimos instantes: iba á morir, dejando en la cuna y en pais estrangero á su nieto Cárlos, único sér, á quien la Providencia parecia designar como á heredero de su grandeza. La Parca, enemiga de su dicha, la habia privado del hijo en quien ella y la nacion pusieron sus esperanzas; la princesa Isabel, digna sucesora de su madre, tambien habia muerto, al dar á luz un niño, que la siguió al sepulcro; Catalina, desposada en Inglaterra, acababa de quedar viuda y doncella; María era muy jóven, y Juana, la mayor de los hijos que la sobrevivian, aun-

que dotada de gran corazon y mas que medianos talentos, estaba subyugada por una pasion frenética á su marido, príncipe indolente y licencioso, que se dejaba gobernar por pérfidos consejeros, y tenia poquísimo apego á las cosas de España. Por otra parte, muchos de los grandes señores de Castilla, pasados ya los dias de fervoroso entusiasmo, en que partian con su reina las glorias militares, aguardaban el momento de ver regido el Estado por manos mas flacas, para recobrar su omnipotencia opresora y saciar la sed de codicia; y era de temer que esto sucediese, y que el brazo popular, acostumbrado á mirar respetados sus derechos, tuviera que acudir á sostenerlos á costa de su sangre.

Tales eran las causas que inquietaban el ánimo de la gran Reina, mientras su pueblo, participando vagamente de los mismos temores, pensaba solo en ella: en ella, que de la condicion de esclavo le habia elevado á la dignidad del hombre libre; en ella, que oyó siempre benigna sus clamores y enjugó sus lágrimas; en ella, que le enseñó á no temer sino á Dios, y á no respetar en los humanos y otro poder que el emanado de la virtud, la sabiduría y la ley.

Si á cualquiera de aquellos séres levantados del polvo se le hubiera pedido la vida, ninguno hubiera dejado de entregarla gustoso, por conservar diez años mas la de su idolatrada Soberana: pero no era la voluntad de Dios admitir esta compensacion.

El dia 26 de noviembre de 1504 la villa de Medina del Campo estaba silenciosa: los habitantes de aquella poblacion, entonces opulenta por su industria y comercio, tenian abandonados sus quehaceres, y vagaban afligidos, como si cada uno de ellos sintiese la pérdida inminente de su propia madre: á pesar de estar el cielo encapotado, y de ser frecuentes las lluvias, llegaban forasteros, en gran número; mas no alegres y bulliciosos cual solian acudir á las ferias tan celebradas de aquel mercado.

sino tristes y macilentos; y muchos de ellos, hombres y mujeres vestian el saco de los penitentes y llevaban el bordon de los peregrinos.

Agolpábanse los naturales y los estraños á las puertas del palacio real, ó entraban en las iglesias, donde se tenia permanente de manifiesto la sagrada Forma; pero al hacer preguntas sobre el estado de la Reina, ó al dirigir al cielo fervientes oraciones por su salud, apenas permitian á la voz arrancar de los lábios; y juntándose luego en la plaza Mayor y demás parages públicos, se comunicaban unos á otros, como hermanos, sus dolorosos sentimientos.

—¿No hay esperanza, señor doctor? preguntó una muger á un hombre grave y de fisonomía benévola, que acababa de salir del palacio.

Multitud de gente acudió á oir la respuesta del doctor, quien haciendo rayas en el suelo con la punta de su baston, permanecia cabizbajo, sin atreverse á contestar.

—Dios no quiere oir nuestros ruegos, dijo con resignacion un peregrino de avanzada edad, apretando la mano de su mujer, y mirando á un hombre de cuarenta y cinco años, que con ellos estaba, el cual vestia el uniforme militar de los guerreros de Italia.-En vano hemos ido en romería á Nuestra Señora de los Remedios. Cuando el señor doctor Yanguas, el médico de cámara del señor arzobispo de Toledo abandona su enferma, ¿qué podemos ya esperar?

—¡Hablad, por Dios! ¡Hablad, señor doctor! esclamó la peregrina. ¿Es posible que la Reina se muera? ¿Es posible que vuestra ciencia no baste á conservarle la vida?

—Si vuestras oraciones no alcanzan el remedio, siendo tan fervorosas y sínceras, dijo el doctor, ¿cómo quereis que la ciencia humana impida lo que el Eterno dispone en sus altos designios? ¡Paciencia, hijos mios! Todos tenemos por qué llorar á la madre que perdemos. Yo debo lo que soy á su tierna solicitud:

¿qué no haria, si pudiese, por dilatar algunos años el golpe cruel que nos hiere?

—¡Y yo, Dios mio! repuso llorando la peregrina: ¿sabeis lo que ha hecho la Reina por la familia de Juan Lainez? ¿Sabeis cuánto tiene que agradecerle la pobre Isidora?-Y apoyándose en el militar, continuó prorumpiendo en sollozos:-¡Rodrigo, hermano mio! ¡Se nos muere nuestra madre!....

—Vamos, Isidora, no te angusties así, le dijo su marido, no menos acongojado que ella. La que tanto nos amparó en la tierra, no se olvidará de nosotros en el cielo.

—Así será, hermana, repuso el militar, quitándose las lágrimas con el revés de la mano: Su Alteza es una santa; pues cuando en Cerinola estuve á punto de morir de sed, me encomendé á ella, y al momento me sentí aliviado, y con valor bastante para ganar el grado de capitan: y cuando vine á España, conduciendo prisionero al duque Valentin, habria perecido ahogado en el mar, donde caí, á no ser por la intercesion de nuestra querida patrona. ¡Oh! no dudeis que irá derecha al cielo.

—¿Te acuerdas, Rodrigo, del dia que la Reina, siendo infanta todavía, te encontró niño y desamparado en un camino? preguntó Isidora.

—¿Pudiera olvidarlo, aunque viviese mil años? contestó el capitan. ¡Oh! No me hables de eso, hermana; porque me ahoga la pena, y lloraré como tú.

Los que hayan leido nuestra historia de *Isabel Primera*, podrán apreciar en su justo valor el fundamento con que la familia de Juan Lainez se entregaba al dolor por la muerte de la Reina: innumerables eran las personas que se hallaban en semejante caso, pues á todos los desgraciados se habian estendido los beneficios de aquella Señora; y los que no tenian motivo personal para llorarla, recordaban al menos con gratitud las ventajas generales obtenidas durante su reinado.

—No se puede olvidar lo mucho que debemos á la reina Isa-

bel, dijo el doctor Yanguas, así como tampoco podemos hoy calcular lo que hemos perdido: con el tiempo lo sabremos.

—¿Qué decís, señor doctor? repuso Juan Lainez. ¡Segun eso, la Reina ha muerto!

—¿Estaria yo aquí entre vosotros, si aun viviese?

Isidora dió un grito penetrante, y se dejó caer en los brazos de su marido: la muchedumbre se dispersó murmurando palabras de afliccion. Entre tanto, Juan Lainez procuraba tranquilizar á su muger, y Rodrigo se arrancaba los bigotes, queriendo disimular las lágrimas, que le asomaban á los ojos.

—Señor doctor, dijo: mi hermana ha padecido mucho en este mundo y goza de poca salud: la Reina, que Dios corone de gloria, me mandó en otro tiempo que mirase por ella, como por mi madre. Ya veis cómo está..... Si os dignaseis darla alguna cosa que la confortase.....

Conmovido el doctor en presencia del síncero pesar de aquella familia, la condujo á su posada, y la prodigó los auxilios de su ciencia. Estaba la casa en la plaza Mayor, y mientras conversaban estas personas sobre el triste acontecimiento que las habia reunido, se oia el lúgubre clamor de las campanas que lo anunciaban. Juan Lainez, mas por distraer á su esposa, que por curiosidad, preguntó al médico del Arzobispo:

—¿Se sabe ya quién ocupará el trono?

—Sí, amigo mio, contestó el doctor Yanguas. La Reina en sus últimos momentos, no ha olvidado el bien de sus pueblos, y ha previsto lo que les conviene aun para despues de su muerte. Ha nombrado por sucesores suyos á la princesa doña Juana y á su marido el príncipe Archiduque; pero, como éste muestra mas aficion á sus estados de Flandes que á Castilla, y no ha querido venir á establecerse entre nosotros y hacerse á nuestros hábitos, ha dispuesto S. A. que el rey D. Fernando tome el gobierno del reino, hasta que su nieto D. Cárlos llegue á la edad de veinte años: esto se entiende, si doña Juana continuase ausente, ó

no quisiese gobernar por sí, ó en caso de que alguna otra causa particular se lo impida.

—¿Será cierto lo que dicen de que la Princesa no tiene su juicio cabal?

—Yo no creo nada de eso, replicó el doctor con circunspeccion: así se divulgó en Medina, cuando la Princesa pasó un dia y una noche en la barrera del castillo de la Mota, sin querer tomar alimento, ni abrigo, empeñada en que la dejasen partir á Flandes, donde estaba su esposo; pero, amigos, á veces son dolorosos misterios del corazon los que parecen actos de demencia. Yo ví entonces á doña Juana, pues vine con el Arzobispo mi señor á procurar tranquilizarla; y aunque no fué posible disuadirla de su intento, conocí que no era su razon la que padecia.

—Lo que hay de cierto, dijo bruscamente el capitan, es que mi señora la Princesa tiene mucho que sentir con su marido don Felipe; y ¡vive Dios! que si saliese verdad todo lo que se cuenta, podrá suceder que no falte quien ponga una pica en Flandes.

—Ata corto la lengua, hermano, repuso Juan Lainez, pues hablas del que probablemente será nuestro Rey.

—Ya lo sé, y si he dicho algo que pueda ofender á S. A. el Archiduque, me arrepiento; no por él, sino por la Princesa, que, segun dicen, le ama con todo su corazon. Pero, ¿no parte el alma al pensar que no la corresponda como ella se merece?

—Ciertamente; y si viene á Castilla, bien puede ver cómo la trata, dijo Isidora; pues al fin es la hija de nuestra Reina.

—Y él es su marido, replicó Juan Lainez, á quien no agradaba esta conversacion: estais hablando de lo que no entendeis. Si doña Juana viviese oprimida y maltratada, como dicen malas lenguas, ¿no interpondria su autoridad de padre el rey D. Fernando, para hacer que fuese respetada?

—Precisamente por eso ha instado tanto á su yerno, para que venga á Castilla, contestó Isidora.

—No, no es por eso, dijo el doctor; sino porque el Archiduque tiene malos consejeros, y se distrae quizás demasiado de los negocios graves, para pensar en otras cosas..... Ya se vé: jóven, hermoso, mimado por lisonjeros cortesanos, nada estraño es que se incline á devaneos propios de su edad. Esto es lo que la Reina Isabel ha querido impedir, al llamar tantas veces á su yerno, y por lo que ha dispuesto que el Rey gobierne, si su hija no quiere ó no puede.

—Y Castilla será muy contenta en dejarse gobernar por don Fernando, antes que por un príncipe austríaco, que solo piensa en deportes, dijo el capitan.

—Tal ha sido el último deseo de la Reina, repuso el doctor; y ved hasta qué punto se desvelaba por nuestro bien: como al engrandecimento de España conviene mucho la union permanente de las dos coronas, ha hecho jurar á su marido que no volverá á casarse, á fin de que sus nietos hereden los reinos de ambos, y no haya en el mundo un imperio comparable al nuestro.

Durante esta conversacion, los interlocutores no advirtieron que en la inmediata plaza se estaba levantando un gran tablado; hasta que oyendo sonido de trompetas y ruido de caballos, que se acercaban, miraron por una ventana, y vieron llegar con estraordinario aparato y pompa una brillante comitiva, que precedia al duque de Alba y á otros poderosos señores de la corte: iban delante dos heraldos y dos reyes de armas con sus dalmáticas de ceremonia, y el Condestable se hacía conducir el pendon de Castilla desplegado y con escolta de honor.

Las campanas habian cesado de doblar por la Reina, y multitud de gente llenaba la plaza, mostrando en los semblantes la impresion dolorosa del acontecimiento reciente que afectaba todos los ánimos. La caballería formó cuadro alrededor del ta-

blado, y subiendo á éste el duque y el Condestable con los heraldos y demás acompañamiento, mandó el primero leer en alta voz la cláusula testamentaria de doña Isabel, relativa á la sucesion en el trono: en seguida se tocaron trompetas en los cuatro ángulos del cadalso, y habiendo el Condestable tomado y levantado en alto el pendon real, gritaron los heraldos por tres veces sucesivas:

—¡Castilla! ¡Castilla por los ínclitos reyes doña Juana y don Felipe!

Los grandes personages que habia presentes hicieron pleito homenage á los nuevos reyes en manos del duque de Alba, y éste, á su vez, en las del obispo de Búrgos; y terminada esta ceremonia, que el pueblo presenciaba con curiosidad, pero sin entusiasmo, todos volvieron al régio alcázar como habian venido, para dar cuenta al rey Fernando de estar cumplidas sus órdenes.

LA REINA LOCA DE AMOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los dos viajeros.

RECUENTES eran ya, en la época de nuestra historia, las relaciones entre los gabinetes de Europa, merced á la naciente diplomácia; y aunque todavia no estaban organizados los correos ordinarios, ni mucho menos los internacionales, del modo que hoy dia los conocemos, la necesidad habia hecho que se estableciesen mensageros especiales para el servicio particular de los reyes y de sus córtes. Sin embargo, en algunas circunstancias era preciso buscar personas adictas, hábiles y reservadas, que se encargasen de llevar una simple carta; y si la gravedad del asunto lo requeria, se procuraba emplear sugetos que alejasen hasta las sospechas acerca del cometido que se les confiaba.

Uno de esos emisarios salió de Segovia con direccion á Búrgos al amanecer de un hermoso dia de abril: era un hombre

que podria contar cuarenta y cinco años, aunque aparentaba menos edad, de crudo aspecto y aire franco, y cuyo trage y arreos estaban en perfecta consonancia con su fisonomía: llevaba una gorra de fieltro con una pluma de águila tendida sobre la oreja izquierda, un coleto de gamuza ceñido con un cinturon, del cual le pendia una larga espada de dos filos: calzaba gruesas botas que le subian sobre las rodillas, y cabalgaba en un buen caballo, guarnecido con mas solidez que elegancia, manejándolo con la agilidad y firmeza de un consumado ginete. A primera vista se conocia que era soldado de profesion, y á juzgar por algunas cicatrices que tenia en el rostro, podia presumirse que no habia estado ocioso en la guerra.

Caminaba este hombre á tan buen paso, que á poco de haber salido el sol, se hallaba á unas dos leguas de Segovia: de trecho en trecho tendia la vista á lo largo y alrededor del camino, para asegurarse de que nadie pensaba interrumpirle la marcha, y al llegar á un altozano, desde donde se descubria mucho campo, fijó mas la atencion, advirtiendo que su caballo, avispado, aguzaba las orejas.

—¿Qué novedad tenemos, Alegre? dijo hablando con el animal, como si éste pudiera entenderle.—¿Pero qué diablos te pregunto, añadió en seguida, si todavia no has aprendido el español? Si tu amo no se hubiese dado tanta prisa á dejarte por tomar otro caballo mas descansado la noche de Cerinola, yo te juro, amigo mio, que le habria hecho enseñarme la lengua francesa, para que nos entendiésemos. No me estaria de mas, ahora que vamos á pasar por tu tierra..... Pero ¡por vida de Monsieur de Alegre, tu antiguo amo, que algo me avisas, camarada! Veamos, qué es ello?

Al pronunciar estas palabras el mensagero, vió salir de entre un robledal, que habia en la falda del monte por donde él iba, un jóven bien vestido y equipado, el cual sacaba otro caballo del diestro; y que haciendo ademan de arreglar los es-

tribos y las riendas, se detenia, mirándole, como si le aguardase.

—¿Qué clase de pájaro será este? murmuró nuestro hombre.

Y prosiguió su camino, despues de asegurarse de que la espada salia con facilidad de la vaina. Cuando llegó á emparejar con el jóven, le hizo un saludo franco á la española, y pasó de largo. Pero aquel, montando en seguida, dió una carrera y fué á ponerse á su lado, diciéndole:

—Poco habeis madrugado, capitan Mendez.

Miró el mensagero al jóven con mas atencion, aunque afectando indiferencia, y repuso:

—¿De dónde habeis sacado que soy capitan y que me llamo Mendez? ¿Ni qué os importa que yo madrugue ó que pase la vida como los siete durmientes?

—Si os enfada el que yo sepa vuestro nombre y clase, contestó el jóven, váyase porque soy tan dócil, que os llamaré como mejor os acomode: dispuesto estoy á no reñir con vos aunque os empeñeis en ello. Y en cuanto á la madrugada me importa; pues habiendo salido yo esta mañana de Segovia, como vos, hace una hora que os estoy aguardando.

—¡Ah! Con que me aguardabais.

—Sin duda.

—¿Y tendré el honor de saber con qué objeto?

—Con el de acompañaros en vuestro viaje.

—Difícil es eso.

—¿Por qué, capitan?

—Porque voy muy léjos.

—No pienso yo ir muy cerca.

—Cómo, ¿hasta dónde? preguntó el capitan, mirando de reojo á su improvisado compañero de viaje.

—Cómo hasta Flandes, contestó resueltamente el jóven.

Afirmóse el capitan en los estribos, y tirando de las bridas á su caballo, le hizo dar media vuelta, y se plantó delante del

desconocido, resuelto á descubrir sus intenciones, aunque tuviese que arrancárselas con la vida.

—Camarada, le dijo: bien veis que estamos solos, y que, de igual á igual, poco pueden valeros contra mí vuestros puños de doncella, ni ese espadacho que llevais al cinto. Decidme pronto quién sois y qué objeto os trae por este camino; pues de lo contrario, puede suceder que os quite yo el deseo de ir á Flandes, y os haga emprender otro viaje mas largo.

—Mal genio teneis, capitan, repuso el jóven con perfecta calma; pero eso no importa. A mí me gustan así los hombres.

—Pocas palabras, y al grano, replicó el capitan, mirando en torno suyo, con recelo de que le tuviesen preparada alguna sorpresa.

—¡Pardiez! esclamó el jóven, calando los pensamientos del mensagero. Miradme bien, Rodrigo Mendez, á ver si tengo cara de espía ó de traidor. Sigamos nuestro camino, pues no es cosa de que perdais el tiempo por mi culpa; y andando sabreis cuanto querais de mí. Ya os he dicho que no hemos de reñir: por consiguiente, tratadme como amigo que sabe guardar un secreto, y que necesita de vos.

Miró el capitan fijamente á su singular compañero, y viendo en aquel rostro juvenil de veinte años la mas noble espresion de ingenuidad y buena fé, se avergonzó de haber sospechado mal de él. Sin embargo, no podia sufrir que aquel hombre apareciese tan enterado de su comision secreta, cuando apenas comenzaba á desempeñarla.

—Vamos andando, mocito, le dijo volviendo á emprender la marcha, despues de reflexionar algunos breves momentos: yo no temo á espías ni traidores, ni vos teneis trazas de andar en tan nobles oficios. Pero podeis muy bien, sin gravámen de vuestra conciencia, obedecer á un superior, y en ese caso no me convendria ignorar nada de lo que pensais acerca de mi persona.

—Voy á satisfaceros cumplidamente, repuso el jóven. A nadie obedezco en este instante; muy al contrario, teneis en mí un aventurero, que acaba de abandonar la casa paterna, emancipándose de toda autoridad. Respecto de vos, no he pensado ni pienso mas, sino que vais á Flandes, que sois un hombre leal y valiente, y que podeis prestarme un gran favor, permitiendo que os acompañe. No estraño vuestra desconfianza, sabiendo que llevais una comision del rey D. Fernando, y que los grandes de Castilla se coligan en secreto contra él y en favor del Archiduque; pero esa desconfianza debe ceder en presencia de mi franqueza.

—Ya veo que sois listo y que no os mordeis la lengua. Pero, vamos por partes: ¿cómo sabeis que voy á Flandes? ¿No pudierais equivocaros?

—Lo sé, ó mejor dicho, lo presumo, porque ayer, estando en el bosque de Balsain, cazando con el Rey, ví cuando S. A. os llamó y os dió el encargo de partir.

—¿Vos cazabais con el rey?

—Sí: soy hijo de su montero mayor, y me llamo Enrique de Almazan.

—¿Y oisteis las órdenes que me dió S. A?

—No fuí tan indiscreto: además que, ni me interesaba ni me interesa enterarme del encargo que llevais. Mi objeto no es otro que el de ir á Bruselas, y tengo á gran fortuna verificarlo con un hombre como vos.

—Pues suponed que yo no fuese á Bruselas.

—En tal caso, ireis al imperio de Trapisonda. ¿Os parece esto mejor? *Le nom ne fait rien a la chose*, como dicen los franceses.

—¡Hola! ¿Sabeis hablar françés?

—Un poco, y otro poco de latin, que me enseñó el doctor Pedro Mártir en el colegio de nobles de Zaragoza. Ya veis que esto puede seros de algun provecho para ir á Flandes ó á Trapi-

sonda; pues de cualquier modo, tendreis que pasar por Francia.

—Convenido, repuso el capitan, satisfecho interiormente de haber encontrado un compañero de viaje tan útil. Pero, vamos al segundo punto: ¿podré saber, aunque sea indiscrecion, qué objeto os lleva á Flandes, abandonando la casa paterna?

—Pudiera ser tan reservado como vos, contestó Enrique de Almazan, y deciros lo que diré á todo el mundo; pero me he propuesto ganar vuestra amistad, y seré ingénuo. Una dama es quien me saca de mis casillas: por ella voy á Bruselas, é iria, si fuese menester, al polo Antártico: pero esto, lo mismo que mi nombre y fuga, es un secreto, que á nadie confiaria, sino á un soldado de vuestras prendas.

—Guardado está, señor de Almazan; y mediando una dama en vuestros asuntos, no quiero pediros mas amplias satisfacciones. Vos sabeis una parte de mis secretos, y yo otra de los vuestros: hagamos alianza de amigo de amigo y enemigo de enemigo, y el que primero la quebrante, que pierda el derecho al sigilo, sin perjuicio de las resultas que pueda tener el rompimiento.

—Estamos acordes, capitan: dadme la mano, y sellemos el pacto.

—Aquí la teneis.

Diciendo así, los dos viajeros se tendieron las manos, apretándoselas con franca cordialidad.

—Falta saber, dijo Rodrigo Mendez, con qué carácter pensais viajar en mi compañia; pues no hemos de ir publicando que sois hijo del montero mayor del Rey, ni á mí puede convenirme que se divulgue, que amparo en cierto modo vuestra fuga.

—Ya está eso pasado en cuenta, repuso el despierto jóven: yo soy un hidalgo pobre de buena casa, y me llamo Pedro Niño de la Torre: voy á buscar fortuna en Flandes alistándome en la bandera del príncipe D. Felipe contra el duque de Gueldres,

que le hace guerra, como sabreis: al efecto llevo un salvo-conducto del señor Veré, embajador del César Maximiliano, y una carta del mismo, recomendándome al señor de Fresnoy su suegro, para que me admita al servicio del príncipe su amo. ¿Qué os parece la trama?

—Perfectamente: yo tambien voy á ofrecer mi espada al Archiduque, y á ver si en Flandes andan las pagas mas corrientes que en Italia.

—Pues bien, nos hemos encontrado, señor..... ¿cómo os llamais?

—Por ahora Bivar, contestó el capitan.

—Nos hemos encontrado, señor de Bivar, repitió Enrique; la casualidad nos ha juntado, y vamos á correr la misma suerte. Si quereis, así caminaremos por España, y en llegando á Francia, para mayor seguridad de ambos, continuaré yo siendo el hidalgo y vos mi escudero, ó bien sereis Pedro Niño y yo vuestro page Bivar: como mejor os acomode.

—Lo uno y lo otro me parece bien, replicó el capitan: solo me queda un pequeño escozor..... Y no lo estrañeis, señor de Almazan; pues tal es la facilidad con que hoy mudan de camisa los altos personajes de la corte, que no sabe uno con quién trata. Demasiado conocereis que ni el señor de Veré, ni su amo el Archiduque, ni otro flamenco alguno son santos de mi devocion: los tengo entre ojos, sin poderlo remediar, y yo me entiendo. ¿Cómo es que habeis podido adquirir el salvo-conducto y la carta de que me hablabais hace poco?

—Es muy justo vuestro recelo, capitan: esos papeles los he adquirido valiéndome de un criado fiel, que se ha dado buena traza para engañar y sobornar al secretario íntimo del embajador. No podia ser de otro modo; pues hablando *inter nos*, tambien yo tengo mis razones para no rezarle, ni á Veré, ni á su amo el Archiduque, si bien me importa poco que el rey Fernando se salga con su empeño de gobernar solo ó acompañado.

Mis negocios son de otro género, y ya los conoceis. Conque así, fuera desconfianza: no seais como nuestro señor el Rey viudo, que no se fia de su propia sombra. Detesto los hombres suspicaces, que son como las mulas gallegas: de todo se espantan y caen á la mejor ocasion.

El carácter vivo, ingénuo y al mismo tiempo sagaz y emprendedor del jóven Almazan no podia menos de ganar las simpatías del honrado capitan Mendez. Así es que pronto se formó entre ellos una cordial intimidad; si bien el segundo, como hombre de larga esperiencia y conocedor del mundo, no dejó de estar sobre sí, por lo que pudiera suceder: ambos tenian motivos particulares para apresurar lo posible su marcha; por consiguiente, acortaron la conversacion y alargaron el paso de sus caballos, de tal suerte que al ponerse el sol, habian dejado á la izquierda á Fuentespina y estaban cerca de Aranda de Duero.

El camino, en este punto, descendia con direccion al rio de aquel nombre, cubierto por un lado con un escarpado ribazo, y por el otro escueto y lleno de ásperos derrumbaderos, producidos por las grandes lluvias del último invierno. Nuestros caminantes necesitaban ir con cuidado y lentamente, uno en pos del otro; de modo que la noche les cogió antes de llegar al pié de la cuesta: el capitan iba delante, y su jóven compañero le seguia á corta distancia, cuando de pronto, al entrar en terreno llano, sintió aquel que su caballo se espantaba repentinamente, y vió saltar en medio del camino un hombre que le sujetaba las bridas, al mismo tiempo que oia la voz de otro, que apuntándole con un mosquete de llave, le decia:

—¡Rendíos al punto, si quereis vivir!

El capitan no era hombre que se dejase intimidar por la boca de un mosquete, pues hacía mucho tiempo que los trataba de cerca; pero sorprendido de un modo tan inesperado, perdió en aquel momento algo de su serenidad habitual: ocurrióle al punto la idea de que el jóven Almazan estuviese de acuerdo con

aquellos hombres, y recelando que le atacase él tambien por la espalda, se creyó perdido. Pero no tardó mucho en conocer lo injusto de su sospecha: el audaz mancebo, comprendiendo lo que pasaba, saltó el ribazo, que por aquella parte era bajo, y en un instante se colocó detrás de los agresores, que no le aguardaban.

Este oportuno socorro hizo cambiar la escena, y reanimó los bríos del capitan.

CAPÍTULO II.

Tres patriotas de cuenta.

Para la mejor inteligencia de nuestro relato, será conveniente que retrocedamos á la mañana de aquel dia en que Rodrigo Mendez salió de Segovia con un mensaje secreto del rey don Fernando, y que nos detengamos algunos momentos en el castillo de Peñafiel, pertenencia de D. Diego Lopez Pacheco, duque de Escalona y marqués de Villena, distante unas ocho leguas del parage donde fué sorprendido el capitan.

Hallábanse almorzando juntos, en una de las salas reservadas de aquel castillo, tres grandes personages, de los cuales el mas jóven contaba cincuenta y cinco años de edad: era éste el señor de la casa, heredero del estado y del genio revoltoso de aquel D. Juan Pacheco, que pasó la vida intrigando en tiempo del rey D. Enrique IV; los otros dos eran su cuñado el conde de Benavente, y D. Pedro Manrique de Lara, creado du-

que de Nájera por los Reyes Católicos, el cual frisaba ya en los setenta años.

Si el lector desea conocer mas particularmente á estos graves personages, le diremos que el de Villena tenia gallarda presencia y pretensiones de buen mozo, á pesar del tiempo, que no habia pasado por él en vano, y de estar manco del brazo izquierdo, de una herida que recibió en la guerra de Granada: su mirada era suspicaz, y desdeñosa la espresion habitual de su rostro, al que no se podia mirar sin sentir cierta repugnancia instintiva: desposeido por la reina Isabel de la mayor parte de los bienes que adquirió indebidamente su padre, y reducido, como los demás grandes, á una prudente sujecion y vasallage, que coartaba los escesivos privilegios y el anárquico poder de los nobles, habia guardado en su corazon un oculto resentimiento, y veia en la muerte de aquella princesa un buen principio para recobrar las riquezas y el influjo perdidos.–El conde, aunque cercano á los sesenta años, conservaba un vigor estraordinario: iba siempre metido en una gruesa coraza, y armado de un montante, cuya guarnicion le llegaba al hombro, cuando estaba sentado: su aspecto era el de un tosco guerrero, y su condicion áspera é intratable: creíase mal recompensado de sus servicios, no obstante haber recibido mercedes y honores para sí y para su familia, y atribuia su escasa cabida en los consejos de la corte, no á su falta de talentos, sino á mala voluntad del rey D. Fernando, á quien odiaba.–El duque era un hombre de menos que mediana estatura; pero de muchos bríos: la edad no habia podido abatir la actividad de su espíritu: en otro tiempo fué uno de los mas decididos partidarios de D. Fernando y quien mas le ayudó, cuando vino á Castilla á desposarse con doña Isabel, saliendo á recibirle con tropas de su acostamiento al Burgo de Osma, y acompañándole hasta Dueñas: entonces se titulaba conde de Treviño, y si bien ahora obtenia la dignidad ducal con la ciudad de Nájera y otros estados, de que le hicie-

ron merced los reyes, sin duda no se hallaba satisfecha su ambicion, pues tambien era de los que abiertamente conspiraban contra el Rey viudo.

Estos tres magnates acababan de coligarse, obligándose cada uno de por sí á contribuir con todas sus fuerzas y haberes y con las de sus parientes y allegados, á fin de espulsar de Castilla á D. Fernando, y poner en el trono á D. Felipe de Austria, de cuya liberalidad é inesperiencia esperaban conseguir grandes ventajas; y celebraban su alianza con un opíparo banquete.

Habian comido largamente y bebido á la flamenca, y sus cabezas estaban acaloradas con los vapores de los mas generosos vinos españoles y sicilianos: al llegar á los postres, mandó el marqués á sus criados que les dejasen solos, y destapando unas botellas que aun permanecian intactas, llenó las tres copas y brindó diciendo:

—Señores: sea este licor borgoñon símbolo del lazo que nos une: bebamos de él á la salud del Rey Archiduque, nuestro legítimo soberano, y porque pronto le veamos entre nosotros, libre de ayo y de padrastro.

—¡Bien dicho! esclamó el de Benavente, apurando su copa de un sorbo.

—¡A la salud de D. Felipe, dijo el duque de Nájera, y á la feliz restauracion de los derechos de la grandeza!

—¡Bueno es el borgoñon! profirió el conde, limpiándose los ásperos bigotes con la mano. Escanciadme otra copa, marqués, pues me agrada la amistad de este escelente vasallo de la casa de Austria.

El marqués repitió la rueda, y brindó al buen éxito de la liga.

—Bien os obsequia el señor de Veré, amigo Pacheco, dijo el duque, aludiendo al vino de Borgoña: mas habeis merecido que yo de su generosidad.

—Os engañais, amigo duque, repuso el de Villena: este vino me cuesta mi dinero, aunque me lo ha regalado doña Catalina de Castilla.

—¿La esposa de D. Juan Manuel?.... Buen perillan es el tal: no hay hombre que mejor sepa cobrar lo que regala. Y á propósito: ¿no os parece, amigos, que D. Juan pueda estar comiendo á dos carrillos? Hánme dicho que *el viejo roñoso* la echa de espléndido con él, y que ha hecho grandes ofrecimientos á doña Catalina y á sus hijos, para atraerlos á su partido.

—Así es la verdad, replicó el de Villena; pero D. Juan Manuel sabe muy bien el provecho que se puede sacar de D. Fernando, y es demasiado zorro para dejarse deslumbrar por sus ofertas. Además, bien sabeis que acaba de romper con él, renunciando la embajada de Viena, por quedarse al lado del Rey Archiduque.

—Don Juan Manuel, dijo el de Benavente, es un tuno redomado, que hará su agosto; pero no faltará á sus compromisos: y si nos faltase, ¡vive Dios!.... todavia tengo en mi casa dos corazas nuevas; y antes de consentir que el ingrato rey de Aragon nos domine, y que su yerno el Condestable y su sobrino el Almirante nos gobiernen, iré yo en persona á Flandes á cortarle las orejas á D. Juan y á traer á D. Felipe para sentarle en el trono de su muger.

—Pero, ¿qué necesidad habrá de eso? repuso el de Nájera. ¿No sabemos todos que D. Fernando,—el viejo roñoso,—como yo le llamo,—está deseando por momentos, que vengan sus queridos hijos á tomar posesion de la corona? Él no pretende mas que estar á su lado, para dirigirlos con sus paternales consejos.

—Pues, añadió el de Villena; para servir de ayo á su querido yerno.

—¡Pues! prorumpió el rudo conde: para llevarlo con andadores, y darnos á todos azotitos en..... ¡Vaya muy noramala el raposo aragonés!.... Bastante tiempo nos ha esclavizado... A ver,

marqués? Acercadme ese Borgoña, porque me acaloro, y se me enciende la sangre.

—Tomad, amigo conde, repuso el marqués, y refrescaos con el néctar de D. Juan Manuel. ¡Si él supiera que le llamais tuno redomado, y que pensais cortarle las orejas!.... Él, que tanto trabaja por darnos un rey dócil, amigo de la grandeza, generoso y de condicion alegre!.... un rey hermoso, en fin, en cambio de un rey feo y arisco: un rey franco y sencillo en lugar de un rey tranquillas.

—En verdad que con nada se pagan los servicios de don Juan Manuel, dijo el duque: D. Felipe vale cualquier sacrificio que por él hagamos. ¡Qué bella presencia la suya! ¡Con qué magnánima indiferencia mira los negocios! ¡Cuán galante es con las damas! ¡Cuán atento con los nobles! Y tan dadivoso, que no tiene nada suyo.

—Es como debe ser un príncipe, replicó el de Villena: no como el *roñoso*, que se atreve á insultar á un noble, porque viste con decencia. ¿Sabeis lo que le ha pasado con él á Garci-Lasso?

—No: contádnoslo.

—Se presentó, dias atrás, en palacio, vestido á la francesa, con una magnífica loba de terciopelo recamada de oro: el rey le vió en medio de la corte, y acercándose á él con la boca llena de risa, le dió á tentar la falda del gaban de paño de Segovia, que usa no sé cuántos años hace, y le dijo: «Mirad, García, qué hermosa tela: ¿Veis esta falda? pues ya me lleva gastados tres pares de mangas.»

—¡Qué insolencia! esclamó el duque.

—Qué mezquindad, habreis de decir, repuso el marqués. Piensa con esas cosas ganar el afecto del pueblo, dando á entender que desprecia el fasto y el lujo, y que la corte debe seguir su ejemplo, vistiendo telas españolas, aunque sean peores

que las estranjeras: ¿quién no sabe que eso lo hace por miseria?

—Sin embargo, produce su efecto entre la gente villana, dijo el duque. Pero volviendo á D. Felipe: me parece que hemos de tener en él un rey condescendiente y magnífico. Por supuesto, si logramos que reine solo; pues la Reina tiene un genio endemoniado, y sabe mas que Merlin.

—Pero es el caso, dijo el conde levantando su cabeza aletargada por el Borgoña; es el caso, que ella es nuestra legítima soberana..... Yo quiero al Rey Archiduque con todo mi corazon; pues con él, al menos, no tendrá cabida el condestable Haro; pero la Reina..... es la Reina.

—Vaya otro trago, conde, respondió el de Villena. Doña Juana es la Reina, pero su indisposicion no la permitirá gobernar;... y en ese caso, ¿quién reinará con mas derecho que su marido?

—Es lo mejor, no tengamos otra madre..... murmuró el duque al oido del marqués.

—¡Ya veis! continuó éste, como su padre se ha dado prisa á declararla incapaz en las cortes de Toro.

—¡Pero eso es mentira! ¡Doña Juana no está loca! prorumpió el conde: lo que tiene es demasiado juicio: lo que tiene es que no os permitirá recobrar á Trujillo, ni á Villena, ni las demás plazas que os quitó doña Isabel.

—¡Y qué! gobernando ella, el Condestable será su privado, replicó el marqués, disimulando su enojo; porque no ignorais, conde, que doña Juana de Aragon, la bastarda del rey Fernando, y mujer del de Haro, es la mas íntima amiga de la Reina.

—¡Pues eso no ha de ser, vive Dios! esclamó el de Benavente, dando una puñada en la mesa. Primero me dejo ahorcar.

—Tranquilizaos, amigo conde, dijo el de Nájera: eso no será; sobre todo, si permanecemos unidos: la indisposicion de doña

Juana podrá ser supuesta; pero es un hecho divulgado, y que su mismo padre aprovechará, si puede, para seguir mandándonos, conforme á lo dispuesto en el codicilo de la difunta Reina. ¿Comprendeis? Dejaos llevar, y no lo echeis á barato; pues, si nos desunimos, no escaparemos de D. Fernando y de sus parientes y amigos.

—Teneis razon, Manrique, teneis razon, balbuceó el conde. No debemos consentir que Castilla pierda su independencia..... ¿Pedimos nosotros algo que no esté puesto en razon? Que se haga justicia á nuestros méritos..... y nada mas. ¡Viva el Archiduque!....

Hizo el conde un supremo esfuerzo para proseguir su perorata, mas se le trabó la lengua, y quedó recostado en su sillon, mirando al techo, sin verle, aunque tenia los ojos abiertos: á poco empezó á roncar.

—Hé aquí un hombre terrible para los que aspiren á la privanza del nuevo rey, dijo el duque; pues parece que tambien á S. A. le gusta dormir de sobremesa.

—Por lo mismo necesitará tener quien vele por él: ya veis que la ventaja está de nuestra parte.

Aquí llegaban de su diálogo nuestros interlocutores, cuando fueron interrumpidos por el maestresala del marqués, quien anunció la llegada de un mensajero de los señores Andrea del Burgo y Filiberto de Veré.

—¡Que pase, que pase al momento! esclamó el de Villena.

En seguida se presentó el enviado de los embajadores flamencos, el cual venia cubierto de sudor y polvo; tanto que no se distinguia el color de su ropa ni el de sus cabellos: hizo una profunda cortesía, presentó al marqués una carta, y mirando al cuadrante de un reloj de ruedas, que habia en un ángulo de la estancia, dijo:

—Ilustre señor: este mensaje os traigo de órden del Sr. de

Hé aquí un hombre terrible...

Veré: son las once de la mañana; dignaos darme recibo de él, anotando la hora á que os lo entrego.

—¿A qué hora habeis salido de Segovia? preguntó el marqués tomando la carta.

—Esta mañana despues de las seis, contestó el mensajero.

Rompió el marqués la cubierta, y quedándose con el pliego que contenia, la devolvió al correo, diciéndole:

—Id, y que mi secretario os ponga el recibo.

Luego que los dos grandes quedaron solos, con el conde, que seguia roncando, se apresuraron á leer la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Nuestro ilustre amigo: acaban de sorprender nuestra buena «fé, sustrayéndonos un salvo-conducto para pasar por Francia, «y una carta para el Sr. de Fresnoy á favor de un tal Pedro «Niño de la Torre, supuesto hidalgo que vá á probar fortuna en «Flandes: pero hemos sabido á tiempo que no existe hidalgo «ninguno de ese nombre, y que hoy mismo ha debido partir de «aquí un correo con cartas secretas de D. Fernando. Importa «mucho al servicio de S. M. el Rey nuestro señor detener á ese «mensajero, que es de presumir sea el supuesto Pedro Niño; y «confiando en vuestra lealtad, os damos aviso, esperando nos «ayudeis en esta ocasion con vuestros buenos oficios. Ese hom-«bre debe pasar el Duero de esta tarde á mañana, por toda la «línea comprendida entre Peñafiel y Aranda ó poco mas allá: no «será difícil apoderarse de él, y conviene hacerlo de modo que «no se descubra nuestra intervencion. Os saludan cordialmente «vuestros mejores amigos,

«Andrea del B. C.-Filiberto, *señor de V.*»

—El negocio es urgente de veras, dijo el duque, y no carece de importancia.

—Y no es cosa de comunicarlo á ningun inferior, repuso el marqués. Pero, ¿cómo reconocer á un hombre que viaja con nom-

bre supuesto, y de quien no se nos dan las señas? Luego, no sabemos si vá solo ó acompañado.

—No hay que apurarse: lo regular es que ese hombre vaya solo y con apariencias de hidalgo aventurero. Espidamos dos ó tres mozos de bríos á cada uno de los puentes que hay desde aquí hasta Aranda, con órden de apresar á cualquier individuo de esa especie que se presente, sin darle ningunas esplicaciones.

Aceptada esta proposicion, y no habiendo tiempo que perder, el marqués de Villena llamó á su capitan Juan Berrio, veterano esforzado y de condicion dura, que por espacio de muchos años habia sido el mas fiel ejecutor de los designios de su amo, y le dió instrucciones terminantes para que le trajese vivo ó muerto al viajero Pedro Niño.

Berrio montó á caballo inmediatamente, llevando consigo otros diez ginetes, cada uno con un peon á las ancas y apostándolos de dos en dos en varios parages á lo largo del Duero, se reservó para sí las inmediaciones del puente de Aranda, como el lugar mas distante, y que por lo mismo requeria mayor celo y actividad.

Así fué como el capitan Rodrigo se encontró asaltado, cuando menos lo esperaba.

CAPÍTULO III.

Nuevas aventuras.

DEBER es del escritor imparcial, sobre todo en nuestro siglo de análisis y de crítica, decir la verdad respecto á los hombres que ocupan una página en la Historia.

En el capítulo anterior hemos bosquejado las tendencias de algunos altos miembros de la nobleza castellana, cuando aun no estaban frias las cenizas de la gran Reina, que habia sabido con su talento y elevadas miras, no menos que con el fuego de su corazon y la energia de su justicia, refrenar las bastardas ambiciones de los magnates poderosos, y agruparlos alrededor del trono, para que, juntamente con el pueblo, concurrieran á formar una sola potencia, una nacion independiente y respetada. Hemos visto como aquellos viejos restos de la turbulenta grandeza de los tiempos pasados, volviendo á sus antiguos resabios, aspiraban á sacudir el yugo de la autori-

dad comun, y se coligaban, no para procurar el lustre de la corona y el esplendor de la patria, sino para dar impulso á sus mezquinos intereses personales.

La causa que afectaban patrocinar era la de la legitimidad; pero, como acontece á casi todos los gefes y cabecillas de partido, en las revueltas intestinas, tremolaban una bandera que, en sus manos, estaba ya dispuesta á servirles de escala para trepar á las alturas de la dominacion: los grandes fines de su política se reducian á obtener un ensanche de territorio en sus estados; á poder gozar de inmunidades y privilegios que, halagando á su orgullo, solo servian para perturbar la paz pública; querian hundir á sus rivales en la privanza y el gobierno, para ocupar ellos sus puestos, y ser los dispensadores de los oficios y empleos, que deseaban repartir entre sus parientes y allegados, ó bien venderlos al mejor postor. Nada de esto podian conseguir con un rey adusto, sagaz y laborioso como D. Fernando; cuya política, si bien era mucho mas estrecha y casera, por decirlo así, que la de su difunta esposa, se guiaba en cierto modo por los principios de ésta y tendia á constituir la unidad nacional.

La conducta del Rey Católico en este período de su vida no se puede tachar de desleal, ni respecto al pais confiado á su administracion, ni respecto á sus hijos; queria que éstos reinasen, pero bajo la tutela de su sabiduría y larga esperiencia: podia ser irregular semejante intervencion en el gobierno; pero era lo mas conveniente, y en política solo es legítimo y admisible aquello que mejor se aviene con la conveniencia pública. Las formas de gobierno, los sistemas, las dinastías, las personas, todo cede ó debe ceder ante esta suprema ley. Don Fernando era fiel á ella hasta el esceso; pero demasiado rígido y celoso de su autoridad, carecia del don de hacer amigos, y olvidaba los servicios, pagándolos á veces con la mas negra ingratitud: desconfiado y suspicaz, no esperaba nada de la lealtad de los hombres, y to-

do lo temia de su ambicion y codicia: no deja de ser útil y aun necesaria esta cautela en un gefe del Estado; mas nunca puede justificarse su manifestacion por actos, que no emanen de la mas absoluta y reconocida necesidad.

A pesar de estos defectos de carácter, que un talento espansivo hubiera fácilmente convertido en eminentes cualidades políticas, D. Fernando era querido del pueblo, que apreciaba en él las prendas varoniles, la entereza y la igualdad de su justicia, y que agradecia la prosperidad y los beneficios obtenidos durante su reinado: pero la nobleza en general, y cuantos de cerca le trataban, tenian motivos para no amarle, y los mas codiciosos le aborrecian, y anhelaban alejarle de Castilla, como un estorbo insuperable á sus deseos de medro.

En suma, el Rey Católico, no obstante sus vicios de temperamento, y aun por medio de ellos, aspiraba á dominar en provecho del pueblo castellano: pretendia la gobernacion en comun con doña Juana y D. Felipe, ó bien ejercerla en su nombre; para lo cual, además de lo dispuesto en el testamento de doña Isabel, le autorizaban su calidad de padre, su conocimiento de los hombres y de las necesidades de aquel reino y la posesion de estados propios, que convenia ir amalgamando, de modo que mas tarde formasen sin violencia un todo con los de Castilla: esto, aun prescindiendo de la escasa capacidad y aplicacion del Archiduque, y de la poca confianza que inspiraba el juicio de su muger. Los grandes personages, por el contrario, no se cuidaban ni del bien público, ni del porvenir bueno ó malo de la nacion: iban á su negocio particular, y se coligaban, instigados por D. Juan Manuel, secretario íntimo de Felipe y enemigo declarado de Fernando. Claro está que su union duraria tanto como tardase en llegar la hora de distribuirse el botin de la victoria.

Pero, entre tanto, amenazaban con encender una guerra civil, y habian conseguido poner en abierta enemistad á D. Fe-

lipe con su suegro; quien, revistiéndose de prudencia, procuraba disimular, esperando la venida de aquel á España, para desvanecer las desfavorables impresiones que habian sembrado en su ánimo los interesados en desunirlos.

Sin embargo, no era fácil la avenencia entre dos príncipes, de los cuales el uno pretendia el puesto de Mentor, mientras el otro, vano y orgulloso, enemigo de sujecion é inclinado á gozar con desenfreno, rechazaba toda intervencion en sus actos, como no fuese la de aquellos que servian de instrumento á sus pasiones; las repetidas instancias de Fernando habian sido inútiles para traer á su yerno cerca de sí; las gestiones de los enviados de Castilla en Flandes para establecer la concordia, eran miradas con desconfianza y correspondidas con desaires; los mismos enviados tenian en la corte del Archiduque menos cabida que los embajadores del rey de Francia, enemigo del de Aragon, con quien estaba en guerra en Italia; los cuales, para debilitarle, atizaban el fuego de la discordia.

Todas estas cosas iban apurando la paciencia del Rey Católico, que viéndose combatido por quien debiera ayudarle, y careciendo de autoridad bastante para reprimir las sediciones, que se fraguaban en nombre de los reyes de Castilla, por él mismo proclamados, llegó á pensar en alzarse con el gobierno á todo trance; y al efecto mantenia inteligencias secretas con su hija doña Juana, propietaria del reino, aprovechando las rencillas domésticas de ésta con su marido.

De tal naturaleza era el mensaje confiado á Rodrigo Mendez; á quien volveremos, diciendo: que apenas se vió apoyado por su jóven compañero, hizo retroceder violentamente á su caballo, arrastrando al peon que le habia cogido de las riendas, y encarándose con Juan Berrio, soltó una estruendosa carcajada.

—¿Os reís? esclamó el servidor de Villena, sin dejar de apuntarle. ¡Rendíos, ó sois muerto!

—¿No he de reirme, pobre hombre? repuso Rodrigo, ponien-

do mano á la espada: ¿no he de reirme, si se os ha caido la piedra del mosquete.

Al oir estas palabras, naturalmente Berrio, sobrecogido de sorpresa, retiró el arma para examinarla: el pedernal estaba en su sitio; pero aquel rápido movimiento dió tiempo bastante al mensajero del Rey para atropellar con el caballo al peon, lanzándose en seguida, con la viveza del rayo, sobre su principal enemigo, y para dar á éste una cuchillada en el brazo, que le hizo soltar el mosquete de la mano. Enrique de Almazan le acometió á su vez por la espalda, gritando:

—¡Firme en ellos, capitan Bivar! Firme en ellos, que la accion es nuestra.

Berrio era valiente: á pesar de haber perdido las primeras ventajas con el ardid de Rodrigo Mendez y con el inesperado auxilio del jóven Almazan, se revolvió intrépido, y empuñó la espada, resuelto á vender cara su vida. Pero, viendo á su compañero atropellado y encontrándose solo contra dos hombres decididos, y que, al parecer, no era ninguno de ellos el que buscaba, dijo, sin dejar de defenderse:

—No os demando gracia, hidalgos: luchemos si quereis, y viva quien venza; que Juan Berrio no se arredra contra dos ni contra cuatro. Pero debo deciros que he padecido una equivocacion; pues nada tengo que ver con el capitan Bivar.

—¿No? repuso Rodrigo. Pues el capitan Bivar acostumbra concluir lo que comienza y necesita garantías para fiarse de los hombres que se equivocan.

Y así diciendo, estrechaba por momentos á Berrio, quien habia ya sentido que su contrario llevaba una buena jacerina debajo del coleto de gamuza.

—¡Diablos! esclamó. ¿Garantías quereis? ¿A ver si esta será buena?

Y descargó un tajo, que á no pararlo Rodrigo con prontitud, hubiérale roto la cabeza.

—No es mala, compadre; pero esta es mejor, repuso nuestro capitan, dando un revés al de Villena, mientras éste paraba otro golpe del jóven Almazan.

—¡Pardiez! ¿Qué garantías he de daros? preguntó Berrio, viéndose acosado de cerca.

—La espada y el nombre de la persona que esperabais, contestó el mensajero.

—La espada no será fácil; porque de tanto usarla, está como pegada á la mano.

—¿Y el nombre?

—Poco puede interesaros. ¿Conoceis á un tal Pedro Niño?

—¡Diantre! contestó esta vez Enrique de Almazan. ¿A Pedro Niño esperabais? Hace medio siglo que murió: buena lanza, por cierto, si no miente la crónica.

—Basta, compañero, dijo Rodrigo al jóven, cesando de hostilizar á Berrio; y añadió dirigiéndose á éste:—Rendidme la espada, que os prometo devolvérosla tan pronto como esté seguro de que no os equivocais.

—Tomadla, capitan Bivar, con esa condicion, y tened presente que pertenece á un antiguo servidor de la casa de Villena.

—¡Cómo! ¿Qué estais diciendo? repuso nuestro capitan. Perdonad, amigo; pues creí que fueseis algun salteador. Todos estamos espuestos á equivocarnos. ¡Villena!.. ¡Oh! yo respeto mucho al noble marqués: he servido bajo sus órdenes en la Vega de Granada.

Rodrigo Mendez queria descubrir las intenciones del marqués de Villena respecto al fingido Pedro Niño, y por esto se mostraba tan atento con su fiel servidor. No consintió en tomarle la espada, si bien recogió el mosquete por prudencia, y le invitó á cenar en la cercana villa de Aranda. El capitan Berrio aceptó el convite, gustoso de haber salido tan bien librado de su aventura, y habiendo obtenido favor para su compañero,

que yacía en tierra con una pierna dislocada, lo montó á las ancas del caballo, y todos prosiguieron la marcha en buena armonía, como si nunca hubieran reñido.

Llegados á Aranda, Rodrigo pasó á una posada pública, que estaba en un arrabal, donde se administraron los auxilios necesarios al lisiado peon, manifestando ser efecto su desgracia de la coz de un caballo; y habiendo tomado una habitacion espaciosa para todos, se dispuso la cena.

Durante esta, el capitan mensajero, so color de obsequiar á su contrario, no cesó de llenarle vasos sobre vasos, á fin de hacerle hablar: su jóven compañero, que habia recobrado por aquella noche el nombre de Enrique, procuraba ayudarle; pero Berrio no podia decir nada de provecho, porque nada sabía, y deseando olvidar el mal éxito de su comision, se dejaba emborrachar buenamente, sin contestar á las indicaciones de su huésped mas que con vagas generalidades. Rodrigo, atribuyendo esta reserva á sobra de buen juicio, aguardó á verle atolondrado por la bebida, para atacarle de frente, y cuando le pareció oportuno, le dijo:

—Amigo Berrio, toda mi vida sentiré haber estado á punto de matar á un hombre de vuestro mérito, por una equivocacion; y os aseguro, á fé de capitan, que si llegase yo á encontrar al verdadero Pedro Niño, se acordaria de mí! ¿Qué señas tiene?

—¿Qué sé yo? contestó Juan Berrio: es un hombre como vos, poco mas ó menos.

—Pero bien le conocereis.

—En mi vida le he visto, ni sé si existe: sé que hay Niños en Valladolid y en Toledo, y algunos he conocido arando, que se decian descendientes del rey Alfonso el Sabio y de San Fernando; y otros que eran prelados ó caballeros: mas, á fé de soldado viejo, que no conozco al que me mandan buscar.

—Seguramente han querido divertirse á vuestra costa, repu-

so Enrique Almazan, ó vos quereis divertiros á nuestras espensas, contándonos una patraña.

—¡Votovah! esclamó el veterano de Villena incomodado: ¿tengo yo cara de juglar ó de bufon, señor mio? Si os parece patraña lo que digo, sabed que yo acostumbro obedecer las órdenes de mi señor, sin pararme á examinar si están bien ó mal dadas, ni si son burlas ó veras: y tened entendido, que el ilustre marqués de Villena sabe bien lo que manda, y nunca se chancea.

—Pero, amigo mio, replicó el capitan Rodrigo, procurando irritarle: ¿cómo puede ser que el ilustre marqués os haya mandado buscar á quien no conoceis? Decid francamente que se os ha prevenido callar, pues nosotros no tenemos ningun interés en saber vuestro secreto.

—¡Qué secreto, ni qué calabazas! prorumpió diciendo el veterano. Yo no tengo secretos: ¿quereis saber lo que ha pasado? Llegó á Peñafiel esta mañana un correo muy empolvado: dió á mi señor no sé qué mensaje, y mi señor me llamó á toda prisa y me mandó venir á prender á no sé quién, el cual iba no sé á dónde. Esta es la historia, tan cierto como este vino es gracia de Dios. Ya veis que os digo mucho mas de lo que debiera.

—Eso debe de ser algun negocio de Estado, repuso Enrique de Almazan.

—Es muy posible, replicó gravemente el veterano.

—Apostaria mi caballo contra un jumento, dijo el capitan Mendez, á que ese Pedro Niño es algun espía del rey D. Fernando ó del cardenal Cisneros.

—Bien puede ser.

—¿De quién era el correo que llegó á Peñafiel?

—Me parece que de los embajadores del rey Felipe.

—¿No lo dije? Aquí hay gato encerrado, contestó el capitan Mendez, guiñando el ojo á su compañero.

—¿Y qué interés tendrán los embajadores en prender á ese pobre diablo? dijo Enrique de Almazan.

—Ni lo sé, ni me importa averiguarlo: yo no entiendo mas que de dar cuchilladas, cuando conviene; y á otro le toca saber el por qué.

—Bien dicho, capitan Berrio, contestó Mendez: así lo hacía yo en la guerra de Granada y en Italia bajo las órdenes del Gran Capitan, y así he ganado mi empleo. Cuando los embajadores del rey nuestro señor D. Felipe disponen una cosa, bien dispuesta estará. Nosotros no tenemos que hacer mas que obedecer, y pasar la vida alegre, cuando podemos. Venga otro trago, camarada.

—Eso sí, con mil amores.

El capitan Mendez continuó dando de beber á Berrio, hasta que le vió en estado de dormir muchas horas: entonces se retiró con el jóven Almazan al hueco de una ventana, y le dijo en secreto:

—Hablemos claro, señor Pedro Niño: ¿qué negocios toneis pendientes con el marqués de Villena?

—¿Yo? Ninguno: de lo que nos ha dicho ese hombre, infiero únicamente, que el Sr. de Veré ha descubierto mi engaño y trata de salvar su responsabilidad.

—Lo cual quiere decir, que vuestro salvo-conducto es un amigo falso, y vuestra carta, la de Urias.

—Cabalmente.

—Pero hay mas, compañero: no se busca con tanto empeño á una persona desconocida, sino suponiendo que esta persona se mezcla en asuntos de alguna gravedad.

—Convengo en ello, capitan Bivar: pero bien habeis oido, que esa persona desconocida, ese Pedro Niño imaginario, se parece á vos, y no á mí.

—¿De lo cual inferís....

—De lo cual infiero, que se presume seais vos quien ha sorprendido al secretario del embajador de Austria.

—O lo que es lo mismo; que vuestras intrigas amorosas comprometen al enviado de S. M. el Rey Católico.

—¿Es decir, capitan, que me rechazais de vuestra compañia?

—No tal: pero es menester que nos entendamos. El apoyo que me habeis prestado esta noche, ha sido demasiado generoso y oportuno para que yo deje de agradecerlo: iremos juntos hasta donde gusteis, y lo que sea de vos, eso mismo será de mí.

—¡Gracias, capitan!

—Sin embargo, aunque no soy aficionado á saber vidas agenas, será necesario que me dispenseis la confianza de aclararme algun tanto la naturaleza de vuestros asuntos en Flandes, á fin de que pueda yo ir en guardia contra cualquiera eventualidad; pues bien conoceis que, tomándome á mí por Pedro Niño, estoy espuesto á pagar vuestros pecados.

—Teneis razon, capitan, y os prometo ser tan esplícito como lo permita la calidad de las personas que se mezclan en mi historia. Os diré cuanto pueda decir, solo para tranquilizaros; pues no es de presumir que mis pecados caigan sobre vos, escepto el de la burla del embajador flamenco. Pero, ante todo, importa que estemos léjos de aquí.

—Me conformo. ¿Y qué os parece que hagamos del capitan Berrio?

—Yo, contestó Enrique, lo meteria en un arca grande, que tiene abajo el posadero, y se lo enviaria bien guardado á su amo.

—Escelente idea, si fuese realizable.

—¿Y por qué no ha de serlo? Esperad: yo me entenderé con el posadero y buscaré conductor.....

—No, no, repuso el capitan: seamos prudentes. Ya que, segun parece, tenemos la ventaja del incógnito, no la perdamos por una locura sin consecuencia favorable para nosotros. Soy de opinion que dejemos dormir tranquilamente á Berrio, y á la

madrugada nos despediremos de él, diciéndole que vamos á Barcelona, con objeto de embarcarnos para Italia.

—Como querais, capitan.

Puestos así de acuerdo los dos amigos, se retiraron á descansar, dejando al veterano de Villena echado de bruces sobre la mesa, y tan insensible como ella misma. Pero, apenas acostados, y cuando aun no habian probado las dulzuras del sueño, sintieron á deshora ruido de golpes en la puerta del meson, y á poco el que produce una partida de seis ú ocho hombres á caballo. Rodrigo saltó del lecho, donde se habia echado sin desnudarse: otro tanto hizo su compañero, y juntos salieron á un corredor que daba al patio de la posada. Desde allí vieron la tropa que acababa de llegar; conocieron por el uniforme que era gente de la Santa Hermandad, y observaron que se tomaban precauciones para impedir que saliese nadie de la casa. El mesonero tenia un farol en la mano, y contestaba á las preguntas que le hacía en voz baja el gefe de la partida.

—¿Qué buscarán estos cuervos? murmuró Almazan al oido de Rodrigo Mendez.

—Busquen lo que quieran, esta es gente que yo no temo, contestó el capitan.

En esto se acercó á nuestros amigos una muchacha, moza de la posada, y les dijo muy quedo:

—Señores: quien se llame Pedro Niño de la Torre, sígame; que yo le pondré en salvo.

Almazan no pudo reprimir un movimiento para seguir á la moza; pero el capitan se interpuso, contestando:

—Gracias, buena hembra, por el aviso; pero entre nosotros no hay ningun niño.

CAPÍTULO IV.

Amor á punta de espada.

Impaciente el señor de Veré por descubrir al portador incógnito de documentos firmados de su mano, antes que, haciendo mal uso de ellos, le desacreditase en el concepto de la corte de Flandes, y deseoso de adquirir, al menos, la certidumbre de que el mensajero del Rey Católico era el mismo que viajaba con el supuesto nombre de Pedro Niño, al paso que procuraba apoderarse de su persona y mensaje por medio del marqués de Villena, se quejaba del engaño sufrido al condestable don Bernardino de Velasco, general de la Hermandad y yerno de D. Fernando, pidiéndole su apoyo para detener al delincuente.

Preciso es reconocer que el hábil diplomático andaba torpe en esta ocasion; pues con haber avisado á Bruselas, dándose por entendido del engaño, y previniendo á sus amigos para que detuviesen al desconocido, estaba fuera de todo compromiso, y

podia ganar las albricias por su buena maña. Pero en los primeros momentos de su sorpresa le faltó la serenidad; y como no sabía el empleo que se pensaba dar á su firma, el temor de errar y el miedo de caer en falta, junto con las alucinaciones de su orgullo, le aconsejaron lo peor: quiso ante todo asegurarse de lo que sospechaba, para no esponerse á errar segunda vez; y por lo mismo recurrió al Condestable, pidiéndole auxilio; pues no cabia duda que, siendo un agente suyo ó del rey Fernando el sugeto incógnito, se procuraria no encontrarle; y si era un estraño, difícilmente dejaria de caer en manos de los agentes de justicia: de cualquier modo que fuese, el embajador lograba su principal objeto, que era destruir los planes que se hubiesen intentado llevar á cabo al abrigo de su nombre.

Con estos antecedentes queda esplicada la presencia inesperada de la tropa de la Santa Hermandad en el mèson de Aranda.

Luego que el capitan Mendez hubo despedido á la oficiosa muchacha que vino á ofrecerle su proteccion, entróse con Almazan en el aposento donde Berrio continuaba durmiendo á pierna suelta, diciendo al primero en voz baja:

—Compañero, ibais á cometer una imprudencia. Volvámonos á la cama y no paseis cuidado ninguno, que yo sé lo que se ha de hacer: dejadme obrar, y aunque os llamen, roncad como un padre gerónimo á la hora de vísperas.

—¿Y si me registran y encuentran los documentos? Yo temo que esta gente venga enviada por mi padre; puede haber alguno que me conozca.

—No importa: dadme acá esos benditos papeles, por si acaso: meteos debajo de las sábanas y tapaos la cabeza.

El jóven sacó de su faltriquera el salvo-conducto y la carta; pero al ir á entregarlos al capitan, se dió con ellos un golpe en la frente y esclamó:

—¡Feliz idea! Valga por lo que valiere, no quiero perderla.

Y acercándose apresuradamente al veterano Berrio, le metió los papeles entre el cinturon y el coleto.

—Perfectamente, dijo el capitan Mendez: á la cama, compañero, que ya suben.

El jóven no se dejó repetir la indicacion: cubrióse completamente con las mantas y se puso á roncar, haciendo estrepitoso duo al servidor de la casa de Villena. Inmediatamente despues se oyó fuera la voz campanuda del mesonero, que decia:

—Señor: aquí hay tres hidalgos, que han cenado admirablemente: á mí no me toca averiguarles las vidas: cada uno es hijo de sus obras, y ellos dirán quién son.

—Veamos esos hidalgos, contestó el gefe de la tropa.

Enrique de Almazan se tapó mas la cabeza y subió algunos puntos el diapason de sus ronquidos: parecíale reconocer la voz del último que habia hablado.

Pronto sonó en la estancia el ruido seco de las espuelas: el capitan Mendez permaneció tranquilo, aunque el posadero le arrimó el farol á la cara; pero habiéndole puesto la mano encima el cuadrillero, se incorporó de un salto, esclamando:

—¡Quién va! ¿Son los *bugres?* ¡A caballo, camaradas! ¡A caballo!

—¿Qué significa esto? preguntó el cuadrillero.

El capitan se frotó los ojos, como si acabára de despertar y repuso:

—Perdonad: soñaba que estábamos en Barleta. Malos ratos nos hicieron pasar allí los *bugres;* pero luego las pagaron todas juntas en Cerinola y en el Garellano.

—Dejemos ahora eso, si os place, seor soldado.

—Capitan, si no os desagradá.

—¡Hola! ¿Sois capitan?

—Capitañ por nuestro señor el Rey, al servicio del gran Gonzalo de Córdoba.

—¿Y tendreis á bien mostrarme vuestra credencial, señor capitan?

—Con mucho gusto, replicó Mendez, tomando el farol de manos del posadero y poniéndolo sobre la cama.–Venid acá, y mirad vos solo.

Y sacando un pliego cerrado, cubrió el sobrescrito con la mano, y mostró al cuadrillero el sello real.

El cuadrillero se quitó la gorra en señal de acatamiento.

—Quedo satisfecho, señor capitan, dijo; y perdonad.

Y volviéndose al jóven Almazan, preguntó:

—Y este que tanto ruido mete, ¿podrá saberse quién es?

—¡Garcés! gritó el capitan, moviendo con fuerza á su compañero. Ha cenado bien y no le despertaria el trueno de una lombarda. ¡Garcés ó diablo! ¡Nada!

—¿Le conoceis vos? dijo el gefe de la partida.

—¿No he de conocerle, si es mi escudero? repuso Mendez.

—Está bien: dejadle dormir. ¡Buenas noches, capitan!

—Id con Dios y con Santa María.

Mientras Rodrigo se reia interiormente de su aventura, el cuadrillero salió del aposento, á la pieza donde dormia el veterano de Villena, y moviéndole para que despertase, no pudo conseguirlo: Berrio se incorporó un momento; pero vencido en el acto por los vapores que le embargaban el cerebro, volvió á caer de bruces sobre la mesa, murmurando una blasfemia.

—¿Qué medicina dais á vuestros huéspedes, para dormir así, maese Purgatorio? preguntó el cuadrillero.

—Señor, la que ellos piden, contestó el mesonero: yo no obligo á nadie.

—Veamos, ¿qué es esto? esclamó de pronto el gefe de la tropa, reparando en los papeles que asomaban por el cinto de Juan Berrio. Puede que salgamos de dudas; pues aguardar á que este hombre nos las resuelva, es pedir peras al olmo.

Una ligera ojeada bastó al cuadrillero para conocer que ha-

bia encontrado lo que buscaba. Su semblante se iluminó con la alegria del triunfo.

—¡Aquí está mi negocio! esclamó.

Y á una seña suya, dos soldados desarmaron al veterano y se apoderaron de su persona, atándole los brazos á la espalda.

—¡Votovah!.... profirió Berrio, echándolo redondo: ¿Así se molesta á un antiguo servidor de la casa de Villena?

—Paciencia, buen amigo, repuso el cuadrillero. Cuando el Rey manda, no hay mas que obedecer.

—¡El rey! esclamó el veterano con los ojos llenos de espanto. ¡Bah! ¡Bah! Dejaos de bromas..... El Rey está en su palacio..... y yo necesito dormir.

Y se dejó caer en la silla.

—Malo está el enfermo, dijo el gefe. A ver, muchachos, embargad un carro, y allá con él.

Los soldados levantaron en peso al veterano, que se dejó conducir sin oponer resistencia, y habiéndole metido en el carro de un traginante, que iba camino de Segovia, le sacaron del meson, antes que él mismo pudiera darse cuenta de lo que le pasaba.

Dejémosle ir á cargo del cuadrillero y de su gente, que sabrán cuidar y responder de su persona, y volvamos á nuestros dos aventureros: los cuales, apenas oyeron sacar preso á Berrio, dieron sueltas á la risa que les retozaba en el cuerpo; y saltando Almazan de su cama, se acercó á la de su compañero, y tomó asiento en ella.

—Capitan, dijo: ya estamos libres de acechanzas por algun tiempo, y mas lo estariamos si nos hallásemos á cuarenta leguas de aquí. Pedro Niño queda en poder de la Hermandad, que sin duda tiene tan buenos informes como el veterano de Villena: mientras se aclara su equivocacion, podemos haber pasado la frontera de Francia; y luego, buenas piernas necesita el que haya de alcanzarnos.

—Amigo, habeis tenido una feliz ocurrencia, repuso el capitan.

—Y un miedo muy superior: á no ser por vos, no sé cómo habria yo salido de este apuro, pues el cuadrillero me conoce, y pudiera muy bien habérsele ocurrido llevarme en compañia de Pedro Niño.

—Buen chasco vá á llevar el pobre diablo cuando despierte de su letargo. ¡Venir á prenderos, y ser él preso! ¡Jah! ¡jah! ¡jah!.....

—¿No teneis sueño, capitan? preguntó el jóven cuando acabó su amigo de reir.

—Ninguno: ¿y vos?

—Tampoco.

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque, en cambio, el capitan Berrio lleva sueño lo menos hasta Sepúlveda: cinco leguas á paso de carreta dan tiempo sobrado para andar diez ó doce al trote; de modo que podemos estar en Búrgos, cuando abra los ojos el fiel servidor de Villena: cinco y diez son quince, y diez y siete de aquí á Segovia, treinta y dos.

—Teneis razon, y veo que no habeis perdido el tiempo en el colegio de Zaragoza: sabeis bien la aritmética.

—Y la geografía, camarada: lo que me falta saber es, si os parecen bien mis cálculos.

—Inmejorables: tanto mas, cuanto queda todavia el rabo por desollar. El compañero de Berrio no tiene las piernas espeditas, pero sí la lengua; y como, segun parece, son varios los interesados en buscar á Pedro Niño, conviene que estemos cuanto antes donde no se oiga hablar de este sugeto.

—Pues bien, capitan: al que madruga, Dios le ayuda. Montemos á caballo, ya que el dia lo mas que puede tardar son tres horas: en este tiempo andaremos mucho camino, y sabreis co-

sas de que os habeis mostrado curioso, y que yo no debo ocultaros.

El capitan salió en busca del posadero para arreglar con él sus cuentas, y Enrique de Almazan bajó á ensillar los caballos.

Media hora despues iban los dos viajeros, cada vez mas amigos, camino de Búrgos. Despues de haber dado una larga carrera para alejarse del último teatro de sus aventuras, como hábiles ginetes que eran, dejaron los caballos andar á su paso, á fin de no fatigarlos demasiado al principio de la jornada, y entablaron de nuevo su interrumpida conversacion.

—Tengo para mí, señor de Almazan, dijo Rodrigo Mendez, que ha de salirnos bien todo cuanto emprendamos, con tal que siga favoreciéndonos la suerte, como hasta aquí. Pero, como Dios dice: «ayúdate y te ayudaré,» bueno será que no omitamos ninguna precaucion para marchar sobre seguro. En primer lugar, es menester daros un nombre, ya que habeis regalado el vuestro.

—Bien á pesar mio, contestó el jóven: el maldito descubrimiento del señor de Veré ha echado por tierra todos mis planes: pero me queda el consuelo de que, seguramente, se ignora que soy yo quien trae revuelta á tanta gente. Respecto á mi nombre y empleo, buenos son, por ahora, los que vos mismo me habeis dado. Mas adelante veremos lo que convenga hacer.

—Estamos de acuerdo. Solo falta saber.....

—Os comprendo, capitan, interrumpió el jóven; y voy á satisfaceros.

El capitan acercó su caballo cuanto pudo al de su amigo, para no perder una palabra del relato, que aquel le hizo de esta manera:

—Ya sabeis quien soy: mi familia, una de las mas antiguas de Aragon, habia venido muy á menos, cuando mi padre, merced á cierto servicio especial que prestó al rey D. Fernando, salió de la oscuridad en que voluntariamente vivia, y obtuvo en

la corte el cargo que actualmente ejerce: de este modo nos encontramos elevados á una altura que no esperábamos, ni habiamos ambicionado, y que nos rodeó de aduladores y envidiosos. Sin embargo, las mejores casas de los dos reinos entraron en relaciones con la nuestra, y una hermana mia se enlazó con un Mendoza.

«Mis padres seguian la corte, y yo me educaba en Zaragoza bajo los auspicios de los Católicos Reyes, hasta hace dos años que con ocasion de la jura de los príncipes, se me mandó ingresar en clase de page en el cortejo de nobles castellanos y aragoneses, que se formó para asistir á aquellos y prestarles el debido honor, como á futuros soberanos de estos reinos: por consiguiente, despues que fueron jurados por las Córtes de Toledo, les acompañé en su jornada hasta Aranjuez, donde mi buena ó mala estrella me hizo conocer á la que es señora de mis pensamientos y por quien estoy decidido á perder fortuna y vida.

Quedó Enrique suspenso algunos momentos, despues de dichas estas últimas palabras, como si se encontrase embarazado para continuar su relato.

—Proseguid, le dijo el capitan.

—Es el caso, amigo mio, que no sé cómo hacerlo, sin citar nombres propios; y estos son para mí tan respetables, que no me atrevo á pronunciarlos, si antes no me prestais juramento formal de tenerlos reservados.

—Debiera inspiraros mas confianza mi discrecion, ya que la conoceis; pero no obstante, os haré tal juramento, que no habrá fuerzas humanas capaces de hacerme quebrantarlo. Por la memoria para mí sagrada de la santa Reina que goza de la presencia de Dios, por el amor de la reina doña Isabel, á quien amé y veneré mas que á una madre, os juro guardar absoluto silencio acerca de cuanto me digais.

—Eso me basta, repuso el jóven. Por aquel tiempo, el rey D. Fernando se partió á Gerona para prevenirse contra los ata-

ques de los franceses, que amenazaban al castillo de Salsas en el Rosellon, y la Reina, por causa de sus dolencias, se retiró á Madrid; quedaron en Aranjuez los nuevos príncipes doña Juana y D. Felipe; y en su corte, donde comenzó á disfrutarse de una libertad desmedida, solo se pensaba en diversiones y fiestas: mi edad y mi carácter alegre me inclinaban naturalmente á gozar de aquellos deportes, con tanto mas motivo, cuanto que allí se reunian multitud de jóvenes hermosas; pero, sea que mi corazon independiente hasta entonces rehuyese intimidades peligrosas, sea que la vida del colegio me hubiese privado de adquirir el hábito y el desenfado necesarios para alternar con los galanes cortesanos, es lo cierto que yo pasaba casi desapercibido entre aquella gente frívola, si bien puedo decir que no era indiferente para las damas, y que á mis solas tenia una complacencia loca pensando en todas, aunque sin fijarme en ninguna: entre ellas habia una que se hacía notar por su esquivez y resolucion: no se le conocia ningun amante, á pesar de que muchos la solicitáran; su pasion dominante era la caza, y su mayor delicia recorrer los bosques á caballo, y reirse á carcajadá tendida de las otras jóvenes que solian acompañarla, cuando tímidas se retraian de arrostrar algun peligro: por estas circunstancias, los caballeros la llamaban la bella Diana; pero su verdadero nombre era Leonor de Silva.

Enrique no pudo reprimir un suspiro, al pronunciar este nombre, y despues de una breve pausa, continuó:

«Sin yo saberlo, las damas, por su parte, me habian aplicado tambien un apodo: llamábanme Narciso, aludiendo al personage de la fábula que á nadie amaba por estar enamorado de sí mismo: y en verdad que su alusion picaresca no era justa, pues no habia entre ellas ninguna que no me hechizase algunos momentos al dia, y mi retraimiento se cifraba en la imposibilidad de amarlas á todas: quizá hombre ninguno en el mundo sentia con mas vehemencia la necesidad de amar.

«Aconteció un dia, que yendo el príncipe á caza por los bosques frondosos que bordan las riberas del Tajo, hube de seguirle con los demás nobles, españoles y flamencos, entre quienes no tenia ningun amigo: pudiera decir que iba solo con mis pensamientos, pues nadie se cuidaba de mí, ni yo hacía caso de nadie: habia encontrado aquella mañana á Leonor de Silva, saliendo del aposento de la Princesa con los ojos llorosos; y llevaba en mi alma una impresion indefinible de pena, que no habia esperimentado en mi vida. Sin poder darme razon de ello, simpatizaba yo con aquellas lágrimas, y hubiera dado, á tenerlo, un reino, por enjugarlas. Pero Leonor era, de todas las damas, la que menos franqueza me inspiraba, para que yo pudiese atreverme á consolarla; y mucho menos habria osado hacerlo en aquella ocasion, pues me miró con ira; y abochornada de que yo hubiese reparado en su flaqueza, se alejó rápida como una cierva. Sin embargo, mi corazon queria llorar con el suyo, y penetrado de una amargura, cuya causa desconocia, iba yo siguiendo al Archiduque, indiferente á cuanto me rodeaba. Observé, no obstante, que D. Felipe llevaba el rostro sério al principio de la jornada, y que hablaba íntimamente con su amigo el príncipe de Simáy; como tambien, que algunos cortesanos se decian al oido cosas que no pude entender. Mas tarde supe que, habiendo deseado la Princesa ir á caza con su marido, éste no habia querido acceder á sus ruegos, primero disuadiéndola con pretestos especiosos, como el de su embarazo, que apenas contaba cuatro meses, y despues ordenándola terminantemente quedarse. De aquí resultó un altercado entre ambos; pues la desdichada señora tiene celos de su sombra, y con fundamento: resignada, sin embargo, á obedecer contra su gusto, desahogó la pena que la afligia en el seno de Leonor, su fiel amiga y confidente, y esta era la causa de las lágrimas que yo habia sorprendido en los ojos de la dama.

«El dia se pasó alegremente: D. Felipe recobró su buen hu-

mor habitual, y toda la caterva de cortesanos y cazadores se acomodó al gusto de su dueño. Nadie se acordaba ya de la Princesa, y yo mismo habia olvidado mi encuentro con Leonor.

«Cazando, llegó la noche, y habiéndonos alejado mucho de la villa, se resolvió pasarla en el monte. Solo el Príncipe con dos ó tres de sus mas íntimos amigos se retiraron á una casa que habia en aquel desierto: los demás quedamos al raso. Era la noche apacible, y no teniendo yo con quien distraerme, subí á un montecillo, desde donde se veia el Tajo, cuyas aguas brillaban con los reflejos de la luna, produciendo un espectáculo delicioso. Estando allí, apartado de los otros cazadores, sentado en una piedra y dejando al caballo pacer la yerba, me pareció oir ruido como de gente que pasaba por la orilla del rio: miré, y ví delinearse sobre el fondo brillante de las aguas el perfil de dos mujeres, montadas en sendas hacaneas.

«Picado de curiosidad, recobré mi caballo y partí con cautela en seguimiento de las dos damas, pues tales me parecieron por el contorno de sus personas: noté que se dirigian hácia la casa donde estaba D. Felipe; mas al cabo de un rato las perdí de vista, y dejé de oir el paso de los caballos. Púseme á dar vueltas, buscándolas por todas partes, figurándoseme caso de hechicería su desaparicion repentina, y al revolver de un espeso grupo de árboles, quedé sorprendido, viendo á una hermosa amazona, que tenia en la mano una espada desnuda, y que mirándome con ojos amenazadores, me gritó:—¡Atrás!

—Bueno es eso, dijo el capitan Mendez. ¿Y la obedecisteis?

—No mucho, capitan, continuó el jóven: pero quedé cortado como colegial que no sabe la leccion. Al oir la voz imperiosa de la amazona, reconocí á la bella Diana; jamás me habia parecido tan hermosa como en aquella actitud resuelta; temí ofenderla, no por miedo á su espada, sino á sus lindos ojos, y retrocedí algunos pasos, quedándome en una actitud respetuosa.

—«¡Mas léjos, mas léjos! repitió Leonor.

«A pesar de esta órden, consideré un deber de galantería dirigirle la palabra antes de retirarme.—No me trae aquí una impertinente curiosidad, señora, la dije: os he visto pasar, y os he seguido solo con ánimo de protejeros.

«Entonces me contestó la jóven, llamándome por mi nombre:

—Acercaos, y oid una palabra.

«Hícelo temblando de emocion, y al estar junto á ella, quedé mudo de asombro: con una mano me asió fuertemente del brazo, y poniéndome con la otra la punta de la espada en el pecho, me dijo:

—«¡Nada habeis visto, caballero! Si se os ocurre nombrarme, acordaos de que he podido quitaros la vida, y os la dejo.

—«Señora, repuse completamente sereno: si desconfiais de mi lealtad, no me dejeis vivir; pues prefiero cien muertes á merecer vuestro desprecio.

—«Me fío de vos, replicó ella soltándome. Y apenas habia pronunciado estas palabras, cuando su caballo, espantado, comenzó á dar coces y corcovos: era que el de la otra dama, que andaba suelto, se habia llegado á él haciéndole caricias, y sin duda hubo de escitar demasiado su sensibilidad, pues sin que fuese parte á contenerle la consumada destreza de la jóven, y á pesar de que yo procuré refrenarlo, partió como una bala, dejándome en la mano una de las riendas. Esta circunstancia podia ser fatal á Leonor, pues la privaba del principal recurso para dominar al desbocado bruto; el cual iba derecho á lanzarse en el rio. Inmediatamente me precipité á su alcance, y aunque tuve que entrar en el agua, logré hacerlo á tiempo para conjurar el peligro. El caballo de la jóven se detuvo por sí mismo al encontrarse de frente con el mio; pero con el impulso que llevaba, se chocaron ambos: yo acudí á impedir la caida de Leonor, y la espada me hirió de alguna gravedad en el hombro. Confieso que no sentí la estocada: la dicha de haber tenido un

momento entre mis manos á la hermosa doncella embargaba completamente todo mi sér.

—Es decir, hablando con llaneza, observó el capitan, que os entró el amor por la herida.

—Me parece que estaba ya dentro, repuso Enrique: lo que hizo la espada fué templarse en mi fuego.

—Eso es lo que se llama un golpe con fortuna. Proseguid.

—No pasó desapercibido para Leonor lo que involuntariamente habia hecho.—Afortunado sois, me dijo: pues cuando debisteis provocar mis iras, mereceis mi gratitud y mi compasion: ¿es grave la herida que me parece habeis recibido?

«Entonces me apercibí de lo que habia pasado: procuré tranquilizar á Leonor; pero ella, manifestándome ser necesario que nadie se enterase de lo ocurrido, echó pié á tierra, me rogó que la imitase, y se puso ella misma á examinar la herida. Fué menester descubrirme el hombro para detener la sangre con un pañuelo mio; pero como esto no bastase, Leonor me ató otro suyo, y me suplicó que partiese sin dilacion á Aranjuez á fin de ponerme en cura, recomendándome de nuevo el secreto.

«¡Inútil precaucion! Porque, ¿cómo era posible que yo revelase á nadie una felicidad que, apenas acabada de nacer, ya me inspiraba celos? Sí, amigo mio: yo me sentia feliz, y al mismo tiempo agitado por una vaga inquietud: miraba á Leonor como cosa mia, y me figuraba tener derecho á saber sus secretos y necesidad de guardarlos. Ardia en deseos de averiguar la causa de su salida intempestiva, y por nada del mundo hubiera dicho que la habia encontrado en tan estraña situacion. Despedíme de ella, prometiéndole, sin embargo, complacerla en cuanto me mandaba, y tuve la virtud suficiente para volverme á la villa, sin detenerme á esperar el resultado de aquella aventura, en que me parecia estar interesado personalmente.

—Y la otra dama, ¿qué se habia hecho? preguntó el capitan.

—Habia ido á la casa donde el Archiduque pasaba el rato

alegremente, cenando con sus cortesanos. Nunca he sabido lo que allí sucedió: solo llegué á comprender que todo era efecto de los celos de la Princesa.

—¡Pobre señora! esclamó el capitan. Bien dicen que la pasion quita el conocimiento. Esas cosas y otras por el estilo son las que hacen que su marido la trate con desvío, y que algunos la crean loca: y ello es que, si no lo está, como yo creo, la volverán.

—Y sin embargo, repuso Enrique, somos tantos los que padecemos de esa locura, que bien debiera el mundo ser indulgente con una señora, que no es mas loca que otros, sino en razon de la altura donde se la mira.

—Y tambien quizá en proporcion de los grandes intereses que se chocan en las regiones del poder: pero todo esto es materia de cálculo, y cosa que yo no entiendo. Vos, que habeis estudiado, podreis sacar mejor la cuenta.

Nuestros viajeros cortaron aquí su diálogo, para entrar en un villorrío cerca de Lerma, donde les pareció conveniente almorzar y dar un pienso á los caballos, que lo necesitaban; y nosotros tambien habremos de interrumpirlo, á fin de no faltar á la verdad histórica.

CAPÍTULO V.

El mendigo.

Habrá críticos tan escrupulosos, tal vez, que reputarán fabulosa ó apócrifa nuestra historia; porque, ¿cómo haber adquirido noticias circunstanciadas de una conversacion íntima entre dos personas que iban por un camino, hace tres siglos y medio justos, para repetirla con todos sus pelos y señales, y hasta con sus mismas palabras?

Para responder á este reparo que pudieran ponernos, quizá bastaria escudarnos con el ejemplo de historiadores graves, que, á cada paso y cuando la situacion lo requiere, regalan discursos de no menos peso á sus personages predilectos, haciéndoles decir cosas en que probablemente no pensaron en toda su vida; pues al cabo, la Historia no es la verdad absoluta, por mas que lo parezca, ni es forzoso sacrificar al fondo la forma. Pero escusaremos apoyarnos en la autoridad del uso, pudiendo alegar una razon concluyente; y es,

que sin ser bibliotecarios ni archiveros de real nombramiento, gozamos del envidiable privilegio de guardar manuscritos auténticos y raros, que jamás ha visto el público, ni nadie ha leido; y como no recibimos sueldo por tenerlos debajo de llave, los sacamos á luz cuando nos place, para librarlos de la polilla, dándoles la forma que mejor se acomoda á nuestro gusto, pero conservando su esencia.

Entre estos documentos inéditos poseemos unos apuntes y una correspondencia epistolar reservada, casi todo ello escrito de puño y letra del señor Enrique de Almazan, los cuales papeles han venido pasando de padres á hijos en nuestra familia, sin que haya podido averiguarse de qué modo entraron en ella: nuestro gran trabajo ha consistido en coordinarlos, pues carecen de fechas de referencia, y en acomodar su relato al gusto del dia, descartando el mucho fárrago que contienen, y suplendo por el sentido algunos pasages, que el tiempo ha devorado. Trabajo, en fin, de historiador.

Hecha esta aclaracion en descargo de nuestra conciencia, prosigamos la historia.

Y dicen los apuntes que, al entrar nuestros dos viajeros en la posada del villorrío, cuyo nombre no citan, vieron un mendigo que estaba sentado á la puerta, descansando y comiendo unos mendrugos de pan: en esta operacion mostraba unos dientes de lobo, mas blancos que el marfil, y agitaba su espesa y embrollada barba, en gran parte encanecida: era un hombre fornido, que aparentaba tener cincuenta años; pero que habria parecido mucho mas jóven, yendo aseado y con mejor vestimenta y arreos: llevaba un sombrero de anchas alas, que el mucho uso habia desvencijado, y que le tapaban casi todo el rostro, desfigurado además con una venda negra de tela deslucida y sucia, que le cubria un ojo y parte de la mejilla: todo su vestido era miserable, y su cuerpo aparecia encorvado, á causa de un zurron que llevaba á la espalda, debajo de una capa corta y

remendada de varios colores: calzaba abarcas sujetas á la vellosa pierna con tiras de cuero, cruzadas hasta cerca de la rodilla; y por último, usaba á manera de báculo, un nudoso garrote, que en la empuñadura tenia pasada una correa para sujetarlo al brazo, y por abajo terminaba en un agudo chuzo.

Al pasar los viajeros junto al mendigo, levantó éste la cabeza, y agitando una campanilla, que le pendia del cinto, profirió una especie de ahullido lastimero para implorar su caridad. El capitan le echó varias monedas de cobre, y Enrique añadió á ellas otra de plata; despues de lo cual entraron á reparar algun tanto sus fuerzas y las de sus caballos.

Cuando salieron, de allí á una hora, el mendigo habia desaparecido: pero ellos no repararon en esta circunstancia insignificante, y prosiguieron su marcha.

Ya que estuvieron léjos de la aldea, el capitan solicitó de su compañero la continuacion de la comenzada historia, y Enrique satisfizo sus deseos, diciendo:

—Muchos dias me tuvo en la cama y oculto en una posada mi herida de fortuna: durante aquel tiempo los Príncipes se partieron de Aranjuez, para ir á Zaragoza, con el objeto de que las Córtes de Aragon les jurasen tambien y reconociesen, como habian hecho las de Toledo: por consiguiente me encontré solo con el criado que me asistia, y sin saber cómo presentarme de nuevo en la corte despues de mi ausencia inmotivada. ¿Qué iba yo á responder á mis compañeros, si acaso me preguntaban dónde habia estado? Y si bien su curiosidad me importaba poco, pues ya os he dicho que con ninguno me trataba, ¿cómo podia dispensarme de satisfacer la de mis inmediatos superiores? Entonces me repugnaba en estremo decir una mentira; pues aun no habia tenido ocasion de esperimentar que á veces hay necesidad de ella para evitar mayores delitos, de lo contrario hubiera supuesto un desafío, aunque esto me espusiese á ser castigado.

«Hallábame perplejo, pensando algunas veces renunciar mi destino y no comparecer mas en la corte; pero no podia dejar de presentarme á mi padre, ni resignarme á no ver á Leonor, en quien pensaba contínuamente. Ocupado en mis cavilaciones, apenas restablecido, salí de mi albergue un dia, y paseando me encaminé hácia el parage donde me ocurrió mi aventura nocturna: sentia un placer en visitar aquellos lugares, que me parecian mas bellos que todo lo demás de la campiña. Reconocí el sitio donde encontré á Leonor haciendo centinela, y aquel donde sus manos habian tocado mi brazo desnudo: allí permanecí mucho tiempo, absorto en no sé qué grata contemplacion; hasta que, alzando casualmente la cabeza, hirió mi vista un resplandor vivísimo, que partia de la tierra en medio del bosque: un rayo de sol penetraba á través de los árboles, y dando en aquel punto, habia encontrado un objeto que lo reflejaba matizado de brillantes colores.

«Atraido por aquel objeto, que escitaba mi curiosidad, me acerqué y ví en el suelo un magnífico cintillo: era tan pequeño, que no pude meterlo en ninguno de mis dedos, lo cual me persuadió de que habia pertenecido á alguna dama: tenia por adorno una corona condal, con flores de lis primorosamente cinceladas en la diadema, y en ella montada, entre menudísimas perlas, una esmeralda de estraordinario valor. Indudablemente, aquella alhaja era un presente régio; pero, ¿cómo saber quién era la persona que la habia perdido?

«Mirando con detencion, observé dos letras iniciales grabadas á lo largo del aro, entre bellas labores, á uno y otro lado de la corona: eran una F. y una G., que despues de mil combinaciones traduje, suponiendo que decian en latin: *Filipus Germanicus;* esto es: Felipe de Alemania.-Lo cual os probará, añadió Enrique por via de paréntesis, que cuando se sabe latin, es peligroso no saberlo bien; pues debí reparar que, estando la cifra en este idioma, la inicial de Felipe debia ser Ph. y no F.-Pero

entonces no caí en ello, encaprichado con mi cómoda interpretacion, solo pensé ya en sacar provecho de mi hallazgo.

«Ignoraba yo todavia ciertas cosas que pasaban entre doña Juana y su esposo: los veia unidos sin la menor apariencia de discordia, y creia en el amor de él, como en el de ella, que nunca estaba escondido. Por esto me figuré que aquel anillo era algun regalo hecho por D. Felipe á su mujer, y al punto concebí esperanzas de volver á la corte, salvando el secreto que se me habia encargado. Yo podia haber estado cumpliendo una comision de la Princesa, en lo cual probablemente no faltaba á la verdad, y esta comision podia ser la de buscarle el anillo. Por descabellada que fuera esta idea, la adopté con calor, pues me facilitaba el medio de ver á Leonor, y de salir de mi situacion embarazosa.

«Inmediatamente partí, y habiendo llegado á Zaragoza, escribí á Leonor consultándole mi proyecto y dándole cuenta de mi hallazgo. Ella me contestó, mandándome permanecer oculto, y previniéndome que estuviese aquella noche delante de la Seo, y que llevase el anillo.

«Como podeis presumir, no me hice aguardar: apenas anocheció, me embocé en mi capa y fuí al punto designado, ansiando que llegase el momento de ver á la que ya era dueña de mi corazon.

«Pronto la ví llegar acompañada de un embozado: esta circunstancia destruyó en un momento muchas de mis ilusiones, y me cercó de sombríos recelos. ¿Quién era el primer hombre que tenia la fortuna de acompañar á Leonor y de merecer su confianza? Yo me habia figurado que vendria ella con alguna criada, y hacía ya largas horas que soñaba despierto, pensando en el placer de hablarla á solas y escuchar de su boca revelaciones que necesitaba mi corazon para tranquilizarse. Aquella cita, aunque motivada por un objeto estraño á mis vehementes deseos, era la primera que yo recibia de una mujer, y mi imaginacion

la revestia de un misterioso encanto. ¿No podia ser que Leonor esperimentase las mismas ó semejantes emociones?

«Así alimentaba yo mi alma con agradables quimeras, que se convirtieron en sospechas punzantes, al aparecer la dama en compañia de un desconocido. Al punto me acudió á la memoria la incomprensible aventura del bosque, figurándome que aquel hombre pudiese tener relacion con ella. Pero en medio de esto, mi corazon, enemigo de la villana desconfianza, rechazaba toda idea capaz de empañar el honor de la jóven. Ésta se acercó á mí, dejando al embozado á pocos pasos detrás, y me dijo:

—«Estoy satisfecha de vuestro sigilo, y os lo agradece mucho la persona que me envia.

—«Nada teneis que agradecerme, le contesté, desentendiéndome de la persona que ella mencionaba. Vuestros deseos son leyes para mí.

«Pero Leonor cortó mis cumplimientos, preguntándome por la sortija.

—«Vedla aquí, le repuse presentándosela.

—«Suerte ha sido que caiga en vuestras manos, me dijo entonces; pues S. A. la creia perdida, siendo inútiles cuantas diligencias se han hecho para encontrarla: no dudeis que vuestra fidelidad será recompensada.

«Diciendo esto, se despidió de mí, cual si estuviese impaciente por marcharse. Yo, que necesitaba salir de mi situacion incierta, la detuve rogándole me indicase lo que debia hacer.

—«Es posible, me contestó, que mi señora os dé un encargo de confianza. Permaneced oculto, y continuad haciendo méritos á mi gratitud. Mañana á esta misma hora esperadme aquí. ¡Adios!

«Y me volvió la espalda sin aguardar respuesta. Yo, sin embargo, quedé contento; lo que no habria sucedido algunos minutos antes. Hacer méritos á la gratitud de Leonor, deseándolo ella, era adquirir un título de amistad: servir á la Princesa por

su mediacion, era poseer ya su confianza. No anhelaba yo tanto; pero todavia no estaba enteramente tranquilo: aquel embozado, con quien Leonor se puso á conferenciar en secreto, luego que se apartó de mí, era un estorbo para mi dicha. No puedo negar que, al verles alejarse juntos, sentí envidia, y sin ser dueño de mis acciones, los seguí con cautela.

«El palacio donde residian los príncipes, no estaba léjos de allí: en poco rato llegaron á él; pero en vez de dirigirse á una de las puertas principales, entraron en un estrecho callejon, y en seguida los perdí de vista, quedándome en el soportal de otra casa inmediata, y evitando los pálidos resplandores de una luz que habia delante de un nicho, en la esquina del palacio.

«Allí permanecí algunos momentos, sin saber qué pensar de la misteriosa conducta de Leonor en aquellas circunstancias, cuando la ví retroceder azorada, como si buscase un refugio: mi primer movimiento fué acudir en su auxilio. Ella me vió, y sin darme tiempo para proferir una palabra, me dijo:

—«Tomad: no vayais mañana á mi cita.

«Y poniéndome en la mano el anillo, se alejó rápidamente hácia la primera puerta del palacio, que estaba entornada, y se ocultó detrás de ella. En aquel momento sonó ruido de espadas en el callejon, y ví aparecer al embozado, luchando con un caballero, magníficamente vestido, el cual perdia terreno sin cesar á los vigorosos ataques del primero. Al doblar la esquina los combatientes, el embozado se tendió á fondo, y pasó de una estocada á su contrario, diciéndole:

—«Me habeis vendido á la flamenca, y os mato á la española.

«El caballero cayó al suelo: el embozado se dirigió á Leonor, que miraba entre puertas, y apretándole la mano, huyó en seguida: ella desapareció á su vez, y yo, conociendo el peligro á que me esponia, permaneciendo en aquel sitio, si el caballero habia sido muerto, y sobre todo, estando en mi poder el anillo

Me habeis vendido á la flamenca, y os mato á la española.

fatal, que parecia ser la causa de la inopinada querella, me retiré á tiempo que salian del callejon varios hombres armados, y no paré hasta mi posada, donde permanecí tres dias, sin saber qué hacer ni qué pensar del estraño laberinto en que me veia metido. Desde mi aposento oí repetir varias veces un pregon, ofreciendo quinientos florines á quien descubriese ó presentase al matador de D. Fernando Manuel, caballero al servicio del príncipe D. Felipe.

—¡Diantre! esclamó el capitan Mendez: segun eso, el muerto era pariente ó hermano de D. Juan Manuel, privado actual y diablo tentador del Archiduque?

—Sobrino suyo, contestó Almazan.

—¿Y el matador?

—No lo sé.

Llegaban nuestros viajeros cerca de Búrgos y vieron á lo léjos entrar en esta ciudad, delante de ellos, un hombre encorvado, el cual se apoyaba, al andar, en un palo nudoso: la distancia les impidió reconocer en él al mendigo que habian socorrido aquella mañana.

Comieron y descansaron en un arrabal de Búrgos, y encontrándose espeditos y ágiles para caminar á cosa de media noche, á la misma hora siguieron la marcha.

Rodrigo Mendez, impaciente por saber el desenlace de la aventura del anillo, instó al jóven para que continuase la historia, diciéndole:

—Y por fin, ¿os tuvo mucho tiempo incomunicado la bella Diana?

—Cuatro dias mortales pasé en la mas cruel incertidumbre, repuso Almazan, y ya estaba decidido á salir de dudas, pues me inquietaba sobremanera el silencio de Leonor, cuando llegó el Rey á Zaragoza, y pensando que podria venir con S. A. mi padre, resolví presentarme á él y contarle lo que me pasaba: salí á la calle y me mezclé con la muchedumbre que se agolpaba á las

puertas de palacio. Era casi anochecido cuando entró el Rey: no llegué ver á mi padre, y estando determinado á retirarme por temor de ser reconocido, sentí que me apretaban una mano, dejándome en ella un papel. Volví la cabeza, y ví una mujer tapada con un manto, que se alejaba. No me ocurrió seguirla, puesto que adivinaba quién podia ser: volví á mi albergue, y leí el billete, que decia:

«Mañana á la segunda misa, en la última capilla de la Seo, «á mano derecha.»

«No falté á esta cita: si habeis entrado alguna vez en la catedral de Zaragoza, sabreis que es tan oscura, que se necesita estar allí mucho tiempo para distinguir un objeto á la menor distancia: la capilla donde yo estaba citado es una de las mas lóbregas de aquel templo. Entré á tientas, pues no habia lámpara ninguna encendida, y tropezando con un banco, me senté en él. A los pocos minutos llegó Leonor con una criada: ésta se quedó fuera, y ella entró sola: no la desconocí, aunque traia echado el velo, y apenas distinguia yo su contorno. Hablamos largo rato, y entonces supe los padecimientos de la Princesa por causa del amor escesivo que tiene á su marido y de la liviandad de éste, que anda siempre á caza de aventuras, y prefiere un banquete á una caricia de su esposa. Leonor me refirió que la noche de nuestro encuentro en el bosque, pensaba doña Juana sorprender al Archiduque en algun lance de amoríos; me dijo que la infortunada señora, desde que se sintió embarazada, (de aquel infante que luego nació en Alcalá de Henares, y se llamó D. Fernando), padecia de celos en tal estremo, que rayaba en frenesí su pasion, y era imposible contenerla: me contó que una noche habia dado de bofetones al príncipe de Simáy, llamándole afrancesado y encubridor de su marido; y refiriéndose al objeto de nuestra entrevista, me reveló que la pérdida de aquel anillo habia sido causa de sérios disgustos, suponiendo D. Felipe que su esposa se lo habia quitado.

«Al oir esto no pude menos de manifestar mi sorpresa, pues hasta entonces habia creido que el anillo fuese de doña Juana, si bien por los antecedentes que ya sabeis, sospechaba que se encerrase en él algun estraño misterio.

«Leonor me desengañó, diciéndome que aquella alhaja era de una dama francesa, cuyo nombre no le pareció cuerdo revelarme; aunque sí me indicó que aquellos amoríos tenian mas de intriga política que de otra cosa, trayéndose con ellos embobado á D. Felipe para hacer su negocio el rey de Francia: por último, me manifestó, cómo la noche de mi anterior cita, ella y un amigo de la Princesa, que tampoco quiso nombrar, se habian valido de D. Fernando Manuel, en quien creian tener confianza, para que les guardase las espaldas, no siendo posible que ella viniese á encontrarme sola, ni fiándose la Princesa de otra persona para recoger el anillo; y cómo aquel caballero, por congraciarse con el Archiduque, le habia descubierto el secreto: afortunadamente hubo de callar los nombres de las dos personas que intervenian en el negocio, acaso para no hacerse sospechoso de complicidad, y gracias á un criado fiel que les avisó por una ventana, no fueron aquellas sorprendidas por varios hombres apostados en la escalera secreta del palacio. De aquí resultó el lance funesto que ya os dejo referido.

«De todas estas premisas deducia Leonor una consecuencia que me pareció muy poco agradable: díjome que habia hecho voto de no amar á ningun hombre. Sin embargo, le contesté que yo lo habia hecho de hacérselo quebrantar, y se sonrió; lo que no me pareció tan mal como lo primero.

«Esta vez se llevó el anillo, previniéndome volver á esperarla en el mismo sitio al dia siguiente. Así lo hice, y Leonor me dijo con muestras de pesar:

—«Vais á cumplir una comision delicada y peligrosa, que ojalá pudiese yo evitaros: pero S. A. lo quiere. Hoy mismo par-

tireis á Francia á llevar un regalo á madama Germana de Fox, de parte de su prima la Princesa.

—«¿Y no es mas que eso? contesté.

—«¿Os parece poco? repuso Leonor: no hallareis dificultad ninguna en el camino, yendo como enviado de la condesa de Flandes; pero, ¡quiera Dios que os den buenas albricias por el regalo!

«Al punto comprendí que iba á llevar el fatal anillo, y dije á Leonor:

—«Yo soy un criado que obedece á su señora, y no tengo necesidad de saber lo que llevo. Si á pesar de esto, me sucediere alguna desgracia, la sufriré con gusto en memoria vuestra.

«No sé si fué ilusion mia; pero me pareció ver en las mejillas de la jóven un indicio de la fragilidad de su voto.

—«Almazan, me dijo con voz conmovida, presentándome una caja bastante grande, cerrada con llave y sellada con cera, y un bolsillo lleno de oro. Tomad: este es el encargo que os confia la Princesa: dentro vá una carta que yo misma he escrito, procurando salvaros de todo compromiso. Aquí teneis además la llave de la caja, y dinero para el viaje. Id, amigo mio, y que os proteja Dios!

«Partí aquel mismo dia, y escuso contaros lo que me pasó por el camino: el nombre de la condesa de Flandes me abria todas las puertas, á pesar del estado de guerra en que ya se encontraban los reyes de Francia y Aragon. Llegué á Lyon, y apenas anuncié mi mensaje en casa de la sobrina del rey Luis, se me señaló hora para presentarme. Madama Germana me recibió en un gabinete contiguo al comedor, donde observé que habia dispuesto un banquete de cuarenta ó cincuenta cubiertos, con tal abundancia de rábanos, que jamás he visto mas de ellos juntos: habia rábanos en platos, rábanos formando ramilletes, rábanos de repuesto en azafates y canastas, y clasificados por tamaños y colores. La ilustre dama estaba sentada enfrente de

la puerta del comedor, sin duda para contemplar su hermosa batería de rábanos. Era casi una niña, bajita, pero bien desarrollada y no fea: tenia los ojos un poco saltones y el lábio inferior desproporcionadamente grueso: sin embargo, en su rostro manifestaba gracia y travesura. Con ella estaban su madre y varias damas.

«Yo llevaba estudiado mi discurso en francés, lo cual no me libró de algunas sonrisas burlonas en obsequio de mi pronunciacion defectuosa: entregué el presente como Dios me dió á entender, y aguardé el resultado. Madama abrió la caja con impaciencia, y apenas levantó la tapa, mudó ligeramente de color; pero haciendo ademan de registrar lo que aquella contenia, ocultó con destreza el anillo que iba encima de todo, y dijo riendo:

—«¡Qué buena es mi prima! Mirad, señora, mirad, amigas, ¡qué lindo costurero me envia! ¡Esto es precioso!.... Vamos, mi prima Juana está loca por mí!....

«En seguida tomó la carta y la leyó para sí, aparentando una satisfaccion que indudablemente no sentia.-Está bien, dijo luego que concluyó de leer. Y mirándome con significativa malicia, añadió:-¿Conque vos, señor de Almazan, sois page de mi querida prima? ¡Os amará mucho!

—«Ilustre señora, contesté: los príncipes de mi pais aman á todos sus vasallos leales.

«Hízome algunas preguntas insignificantes, y luego me mandó retirarme y que volviese de allí á ocho dias. Cuando me presentó á ella al cabo de este tiempo, la encontré sola: yo iba temiendo que me hiciese encerrar; pero no fué así. Dirigióme varias preguntas cautelosas, á que respondí apocándome cuanto pude, y dándole á entender que yo era un pobre criado de baja esfera, nada enterado en las intimidades de mis señores; y sea por esto, sea porque hubiese decidido proceder con política finura, me entregó algunos regalos para doña Juana y varias jo-

yas para mí, dándome además un salvo-conducto y órdenes, á fin de que nadie entorpeciese mi viaje.

«A pesar de esto, yo procuré marchar enseguida y caminar de noche, haciéndome poco visible, y logré pasar la frontera sin novedad.

«Cuando llegué á Zaragoza, no estaba ya la corte allí; pero encontré á mi fiel criado Alamin, que me aguardaba con una carta de Leonor, encargándome que fuese á Madrid, y que le avisase de mi llegada. Sin detenerme mas que lo absolutamente preciso, continué la marcha; pero antes de terminarla, el golpe de mi comision estaba ya en la corte de rechazo. Don Felipe sabía todo lo ocurrido, y segun Leonor me dijo, habia jurado hacer cortar la cabeza al page Almazan, tan pronto como fuese dueño de ella. Entre tanto, S. A. estaba dado á mil diablos, y disponia su regreso á Flandes, pasando por Francia, cosa que á todo el mundo parecia muy mal. Para cohonestar esta determinacion, alegaba pretestos que á nadie convencian: tales eran el de suponer que los aires de España perjudicaban á la salud de sus súbditos flamencos, y el de estar obligado por juramento á volverlos á su pais. Verdad es que el fallecimiento reciente de su consejero Bussaydan, arzobispo de Besanzon, y el de otros amigos suyos, parecia justificar esta suposicion. No bastaron á disuadirle de su intento las súplicas de la reina doña Isabel, representándole la crudeza de la estacion, que era en diciembre, y la proximidad del parto de su mujer, que podia morir de dolor, si la dejaba: en vano le hizo presente la necesidad que tenia de permanecer en España para conocer el humor de los naturales, y poder algun dia gobernarlos pacíficamente, lo cual era en él un deber de honor y conciencia; el escándalo que iba á dar abandonando los reinos donde apenas acababa de ser reconocido y jurado como heredero, para ir á ponerse en manos del enemigo de ellos, con mengua de su persona y dignidad, y esposicion de caer en grandes peligros: por lo menos, era una

cosa inaudita y accion poco decente, que fuese un hijo á visitar á un rey, que hacía la guerra á sus padres, con quien habria de pasar por humillaciones de vasallo, á no ser que con él hiciese una alianza indecorosa.

«Estas y otras razones de gran peso hubo de ponerle de manifiesto la excelsa Reina Católica, segun lo que de público se supo, y segun llegué á entender; pues nadie presenció las entrevistas de D. Felipe con aquella prudentísima señora. Pero él permaneció inalterable en su resolucion, y aunque se quiso impedir, al menos, que fuese por Francia, ya que no desistia de partir, se escusó con los peligros de un viaje por mar en aquella estacion, y diciendo que á su paso por aquel reino podia descubrir las intenciones del rey Luis, y negociar con él una buena paz. Todo trazas y pretestos para llevar adelante su tema.

«Pero ¿quién fiaba negocios de tanta trascendencia en manos de un príncipe inesperto y probablemente subordinado á los intereses de Francia? Sin embargo, á fin de dar un color de decoro á su partida, se le confirió poder para tratar, bajo reserva de que lo que él hiciese, no tuviera efecto hasta ser ratificado por el rey D. Fernando: éste comisionó además á un fraile catalan, el padre Boyl, dándole instrucciones reservadas y estrechas, á las cuales debia sujetarse la negociacion.

«En medio de esto, la princesa doña Juana vivia sin ver á su marido: cuando supo que estaba resuelto á partir sin ella, se presentó en su cámara, le pidió perdon de cuanto hubiera hecho que pudiese ofenderle, y llorando amargamente, le suplicó que no la dejase sola. Hizo mas: viendo que eran inútiles sus ruegos para impedir la partida, le pidió por Dios y por el hijo que llevaba en sus entrañas que la demorase algunos dias y pasára con ella las fiestas de Navidad. ¿Creereis que le otorgó esta gracia de tan poco momento? Pues no: prefirió ir á pasar las fiestas en Francia, y partió tres dias antes de Nochebuena.

—¡Qué cruel! esclamó el capitan Mendez con indignacion.

—Sí, cruel puede llamársele, repuso el jóven Almazan. Porque, es cierto que podia estar resentido; pero ella estaba ofendida, y le pedia perdon de faltas que él habia ocasionado, y de que él era el verdadero culpable. ¿No debia bastar esta sumision para enternecerle? ¿Qué hombre de corazon habria negado, no á una esposa desconsolada y llena de amor, sino á una dama cualquiera, la gracia de detenerse tres dias por ella?

Los apuntes que poseemos continúan aquí en una larga disertacion, nutrida de patéticos razonamientos y reflexiones filosóficas, que un novelista de campanillas aprovecharia para labrarse una reputacion de pensador profundo; pero nosotros, que no tenemos tan elevadas pretensiones, y que solo aspiramos á entretener agradablemente á las damas, preferimos dar fin á este capítulo, para, entretanto que se imprime, recorrer los susodichos apuntes y poder pensar lo que decir convenga en el siguiente.

CAPÍTULO VI.

Continúa el autor copiando viejos manuscritos y arrogándose el mérito de la invencion.

No es fácil, ni sería muy ameno, relatar todo cuanto hablaron nuestros dos viajeros, discurriendo sobre la suerte infeliz de doña Juana, sobre las penas y tribulaciones que esta y otras desgracias de familia ocasionaron á su madre, abreviándole los dias de la vida, y sobre la poco envidiable condicion de los príncipes, que por su estado y clase rara vez logran la felicidad que lleva en sí un matrimonio de eleccion, y están condenados, por lo comun, á no gozar las delicias tranquilas de un amor legítimo y mútuamente correspondido.

Acerca de este particular decia el capitan Mendez, que era preferible á la de una reina, la suerte modesta de su hermana Isidora, no obstante lo mucho que habia padecido antes y despues de su matrimonio; pues los dolores que se sufren por la

persona amada, son agradables al corazon, y las desgracias que con ella se comparten acrisolan al efecto, y dejan dulces memorias para la vejez.

De aquí tomaron pié los dos amigos para filosofar, á su manera, sobre la dura ley de las compensaciones á que está sujeto el género humano; de modo que, ni los favores de la fortuna, ni las altas dignidades, ni los goces mismos del corazon eximen al hombre de padecer, y tal vez en aquello mismo que cifra su ventura, etc., etc.

Muy largamente hubieron de razonar, ó muy de prisa caminaban, pues iban ya cruzando las montañas de Vizcaya, y aun no habia terminado Enrique de Almazan sus interesantes revelaciones.

—Pocos ejemplos habrá, decia, que, como el de doña Juana, confirmen la verdad de vuestras observaciones, capitan: ¿qué princesa del mundo puede competir con ella en grandeza y poderío? ¿Cuál habrá que no le envidie la posesion de tantos títulos como acumula, y tantos reinos como han de reunirse bajo su cetro, en España, en Alemania, en Italia y en las inconmensurables regiones que cada dia descubre el Almirante Colon? ¿Cuál no pensará que la fortuna, pródiga con ella en demasía, no contenta con darle dominios y riquezas sin medida, la ha favorecido tambien, dándole por marido el príncipe mas hermoso de Europa?

—Es cierto, amigo, contestó el capitan: y sin embargo, no hay princesa mas desventurada!

—¡Oh! ¡Y cuán desventurada! Para comprenderlo bien, es menester haberla visto, como yo la ví, cuando el Archiduque se partió á Flandes: pasaba los dias enteros inmóvil en un sitio, fijas sus miradas en un punto lejano, como si contemplase algun objeto inaccesible para los demás: no permitia que nadie se acercase á ella, ni la distrajese de sus pensamientos: lloraba sin cesar; pero las lágrimas corrian silenciosas á lo largo de sus me-

jillas, y no se cuidaba de enjugarlas. Si por acaso ó por necesidad le hablaban, prorumpia en gritos y en furiosos denuestos, y era preciso, para aplacarla, recordarle que podia morirse sin ver á su marido, si no dejaba que cuidasen de su salud. Entonces sollozaba y reia todo á un tiempo, abrazando á sus damas, y suplicándoles que la asistiesen bien y le hablasen de su Felipe. —«¿Es verdad, preguntaba muchas veces á Leonor, que no ha pasado por Francia? Yo tengo la culpa de que se haya ido, proseguia diciendo; pero él me ama, no lo dudes: me ama, y verás que pronto vuelve ó enviará por mí: no me ha llevado consigo, por causa de mi embarazo: ¡ya ves qué ingratitud la mia! No me ha llevado por temor de que peligre mi vida.»

—¿Y no se acordaba del anillo?

—Sí; pero disculpaba tambien á D. Felipe, diciendo que él lo tenia olvidado, pues no le habia hecho mencion de aquello antes de su partida, y aun manifestaba que todo habia sido una alucinacion suya.

«Entre tanto, prosiguió Almazan, el Archiduque pasaba el tiempo en fiestas y torneos en la corte de Francia, donde, apartándose completamente de las instrucciones secretas que llevaba, concertó unas paces á gusto del rey Luis XII, y envió desde luego sus emisarios al Gran Capitan para que suspendiese la guerra.

—De eso me acuerdo muy bien, dijo Mendez: íbamos á salir de Barleta, donde habiamos pasado lo que Dios solo sabe, y acabábamos de recibir los refuerzos del general Pedro Navarro, cuando llegó el aposentador del Príncipe con esa embajada. ¿Sabeis lo que hizo el Gran Capitan? Despachó al mensajero con buenas palabras, y tres dias despues tuvimos la de Cerinola, donde murió el virey francés, duque de Nemours, mozo que daba gusto el verle y valiente, ¡vive Dios! ¿Lástima de caballero! Aquí vá un testigo presencial de aquella victoria, continuó el capitan señalando á su caballo. ¿Te acuerdas, Alegre? Pardiez,

y cómo corria tu amo por aquellos hinojales!—Por cierto, amigo mio, que la batalla se dió á boca de noche, y aun nos sobró tiempo para comernos la cena, que tenian preparada los franceses en su campo. Desde aquel dia, en obsequio del tratado de paz, no paramos hasta que nos recibieron en Nápoles con repique de campanas.

Cuando el capitan Mendez encontraba una ocasion de hablar de sus campañas de Italia, no soltaba la palabra muy fácilmente. Sin embargo, esta vez cortó él mismo el hilo de su discurso, para llamar la atencion del jóven hácia una figura humana, que acababa de aparecer en uno de los repechos formados por las ondulaciones del terreno.

—Vos, que tendreis quizá mejor vista que yo, le dijo, mirad bien aquel hombre que sube la cuesta enfrente de nosotros.

—Ya he reparado varias veces en él, repuso Almazan; y por cierto estoy admirado de que, yendo él á pié, no le hayamos podido alcanzar desde que nos precede.

—Pues advertid que, aunque nada os he dicho, he apretado el paso de intento por alcanzarle.

—¿Os parece, como á mí, que ese hombre es el mendigo que encontramos cerca de Lerma?

—Por eso decia, que le miraseis bien. Vedle ahora, que está en la cumbre: se vuelve como si quisiese observarnos..... Ya desapareció. Es posible que sea brujo, y que el diablo le preste sus alas; pero, valga por lo que valiere, yo he de atraparle antes de la noche.

—No ha de ser difícil, si nos proponemos conseguirlo, contestó Almazan. ¡Vamos allá!

Los caballos, aguijoneados por sus dueños, partieron á escape, y en pocos minutos llegaron á la pendiente cuesta por donde acababa de trepar el desconocido: pero, á pesar de la rapidez de esta carrera, cuando nuestros viajeros dominaron la altura y tendieron la vista á lo largo del camino, que seguia ser-

penteando por la falda de las montañas, se encontraron burlados, pues el incógnito habia desaparecido.

—¡Ira de Dios! esclamó el capitan. Parece esto cosa de mágia: en verdad os digo, camarada, que me dá escalofrios el pensar en ese hombre. ¿Se lo ha tragado la tierra?

—No tal, respondió el jóven con alegria, pues no habia dejado de concebir recelos acerca de la naturaleza del misterioso personage.—No tal: vedle allí, por donde vá.

Y señalaba á una senda escabrosa, que desviándose del camino á mano derecha, parecia conducir por medio de ásperas montañas á la cordillera de los Pirineos.

—Con efecto, él es, dijo el capitan: pero ¿quién le sigue por esos vericuetos? Sería menester que nuestros caballos tuviesen alas. ¿Qué os parece que hagamos?

—Dejémosle ir, puesto que no se mete con nosotros. Siguiéndole, no hariamos mas que apartarnos de nuestro camino; y si abriga alguna mala intencion, tal vez iriamos á ponernos en sus manos.

—¿Creeis que ese hombre pueda no ser lo que parece?

—¿Quién sabe, capitan? No hace ocho dias, volviendo yo del monasterio del Parral, al anochecer, se me acercó un frailuco muy encapuchado, y me dió un aviso, que es el que me trae por estos caminos: pues bien, tan fraile era él como yo arzobispo, y lo creo así, no porque él se me descubriese, pues ni siquiera pude verle la cara; sino por la energia de sus palabras, algo mas que profanas. Nosotros mismos tampoco somos lo que parecemos.

—¿Y ha bastado el aviso de un hombre á quien no conoceis, para emprender esta larga caminata? Permitidme, amigo, deciros, que habeis partido muy de ligero.

—Bien puede ser, contestó el jóven con su natural jovialidad: sobre todo, sabiendo, como sé, que el Rey Archiduque ha mostrado el deseo de cortarme la cabeza; deseo poco caritativo

por cierto. Pero, ¿qué quereis? Tratan de *comerme la dama,* y aunque me esponga á perder el juego, el honor me manda salvarla.

—¿Cómo es eso?

—No os he dicho que, á consecuencia de mi comision reservada, mi padre hubo al fin de enterarse de los pasos en que yo andaba: mediaron al mismo tiempo sérias contestaciones entre él y el conde de Cifuentes, tio de Leonor, sobre mi intervencion en aquel delicado asunto, y sobre el influjo que yo hubiera podido ejercer en el ánimo de la jóven, y por consiguiente en el de la Princesa: resultando de aquí, que, cuando ésta verificó su precipitado viaje á Flandes, mi padre hizo de modo que me quedase en España. En esto le ayudó Leonor misma; quizá por sustraerme al peligro de estar cerca del Archiduque, á pesar de que S. A. no me conoce personalmente; pues si alguna vez me vió, fué confundido entre la muchedumbre de sus cortesanos: sin embargo, debia de tener muy presente mi nombre, y habria sido temeridad, ó por lo menos imprudencia recordárselo en su propio país.

«Así me lo decia mi padre; pero yo no me dejaba persuadir, y os confieso que pasé mucho tiempo sin poder consolarme de la ausencia de Leonor, y aun acusándola de cruel en mi interior, por haberla facilitado ella misma. Sin embargo, me resigné con mi suerte, y aunque muchas veces abrigaba el atrevido proyecto de marchar á Flandes, nunca me habria decidido á realizarlo, á no ser por lo que acabo de saber.

El jóven Almazan hizo una pausa, meneando la cabeza con enfado, y en seguida continuó diciendo:

—Supongo que no ignorareis la última embajada que llevó á Bruselas el conde de Cifuentes: fué allá, segun presumo, á poner de acuerdo á los dos reyes suegro y yerno, cosa imposible, por mil razones que no se os esconden. Pues bien, durante la permanencia del conde en Flandes, arregló un casorio entre su

sobrina y cierto caballerete de la familia de Simáy. ¡Pardiez! ¡Cómo si estas cosas se hiciesen á la manera de un contrato de compra-venta! Pues qué, ¿no hay mas que disponer así de la mano de una jóven?

—Eso nada tiene de estraño, repuso el capitan: si ella consiente.....

—¡A eso vamos! Eso es lo que yo necesito averiguar. Leonor tiene hecho un voto, y yo lo hago solemne, de que no ha de quebrantarlo por nadie, sino por mí. A decir verdad, ninguna certidumbre tengo de que ella me corresponda; pero antes que verla en poder de otro, contra su gusto, correré los mayores riesgos para impedirlo; y por poco que me ayude la fortuna, Leonor será mia, pese al mundo entero.

—Eso es discurrir como jóven apasionado, amigo mio: esplicadme con alguna claridad lo que os ha pasado con ese frailuco de quien me hablabais hace poco; pues el negocio puede no ser tan sencillo como os lo figurais.

—Os repetiré palabra por palabra la singular conversacion que tuve con el encapuchado.-Guárdeos Dios, caballero, me dijo, alcanzándome á la mitad del camino. Contesté al saludo, y él, mostrando no conocerme, continuó:-¡Parece que venís del Parral: dichosos padres gerónimos, que viven de sus rentas y son visitados por señores! ¡Cómo ha de ser! Cada oveja con su pareja. Nosotros, los pobres observantes, no tenemos quien nos visite, y si hemos de comer, necesitamos ir de puerta en puerta mendigando; y gracias si encontramos quien se digne recibirnos en su casa.

«No pude menos de mirar al franciscano, estrañando su lenguaje, y le contesté:-Paréceme que no estais muy contento con vuestros votos.-Sí tal, caballero, me replicó: solo que á veces uno se cansa de esta vida aperreada. Por fin, cuando vivia la reina Isabel, se podia ir tirando; pues hallábamos caridad en todas partes, y lo que mas hace al caso, las gentes tenian que

dar. Pero ahora, corre uno medio mundo, y los pobres nos despachan con un «perdone, hermano,» y los ricos solo piensan en sus diversiones ó intrigas. ¡Lléveselos el diablo!

—«Tambien hay ricos caritativos, le repuse.–No lo niego, me respondió: ayer me dieron una magnífica limosna en casa del montero mayor del Rey; pero en cambio faltó poco para que me comieran los perros del conde de Cifuentes: y eso que su señoría deberá estar de enhorabuena por el matrimonio de su sobrina con el caballero de Laxaols.

«Dejo á vuestra consideracion el efecto que produciria en mí esta revelacion inesperada. Sin poder disimular mi sorpresa, pregunté al fraile, de qué matrimonio y de qué sobrina hablaba.–Pues qué, ¿lo ignorais? me contestó. Es un negocio convenido desde hace mucho tiempo entre el Conde, por parte de la bella Diana, y el príncipe de Simáy por la del pretendiente: es un matrimonio de interés, y por cierto que no le arriendo la ganancia á la novia, si el caballero con quien la casan es tal como me lo han pintado: viejo mas que una mómia, feo como un mico, y tonto por añadidura.–¡Vive Dios, esclamé fuera de mí, que no se verificará ese enlace!–¿Que no? repuso el fraile con una calma capaz de desesperar á un santo. Sí, señor, sí se efectuará. ¿Quién podrá impedirlo?–¡Yo! repliqué.–¡Ah! ¿vos? me dijo entonces con un tono singular. Mucho os lo agradeceria la dama; pues, á lo que entiendo, no es muy de su agrado el señor de Laxaols. Ya se vé: una muchacha como una rosa, por quien yo, y cualquier reverendo padre de campanillas ahorcaria los hábitos, no es posible que se entregue con gusto á un vestiglo como el que le destinan por marido.

«Y mudando repentinamente el curso á su conversacion, me dijo:–¿Sois vos, acaso, pariente ó allegado de doña Leonor?–No os importa saber quién soy, le respondí, pensando ya en mi proyecto de evasion: lo que os digo es, que Leonor no se casará, sino con quien sea de su agrado.

«Entonces se acercó á mi oido y dejó caer estas palabras:

— «Yo sé de buena tinta que la dama dejaria á su acartonado novio á la luna de Valencia, si pudiera contar con la fidelidad de cierto sugeto.–¿Y quién es ese sugeto? le pregunté.–Uno que habló con ella cierta noche memorable junto á la Seo de Zaragoza.

«Quedé frio al oir esta insinuacion: la noche á que se referia el frailuco no fuí yo solo quien habló con Leonor: bien os acordareis de aquel embozado, que todavia es mi pesadilla.

—Sí, contestó el capitan; pero yo creo que no es de él, sino de vos de quien hablaba el fraile.

—Tanto mejor, si así os lo parece, repuso Almazan; pues convendreis conmigo en que debo hacer lo que hago.

—Ciertamente, si conocieseis á la persona que os ha dado el aviso, y sobre todo su veracidad y sus intenciones.

—En cuanto á su veracidad, no me cabe la menor duda, pues he procurado informarme, y sé que el proyectado enlace es una cosa positiva; respecto á sus intenciones, pueden ser buenas ó malas; no me importa: para eso he ocultado mis proyectos á todo el mundo, escepto á vos. Por lo que hace al sugeto en cuestion, si es efectivamente quien él dijo, mejor me está no conocerle.

—¿Pues quién dijo que era?

—El diablo.

—¡Ave María purísima!

—Como lo oís. Sin embargo, dijo eso por no decir otra cosa; y me fundo en que, habiendo yo querido desenmascararle á todo trance, me cogió del brazo con una fuerza brutal, que no tenia tanto del espíritu como de la materia, y murmuró á mi oido:

— «¡No seais imprudente, mozo! Haced de mis indicaciones el uso que mejor cuadre á vuestros sentimientos generosos, y si podeis marchar á Flandes cuanto antes, no lo demoreis; con-

fiad en mí, añadió, sacando del pecho un relicario; pues os juro sobre estos santos Evangelios, que deseo sínceramente vuestro bien.

«Ahí teneis, amigo mio, continuó el jóven, lo que me ha movido á emprender esta marcha precipitada, ocultándome hasta de mi mismo padre, que sin duda alguna se habria opuesto á ella: un diablo que trae al pecho los Evangelios y jura por ellos, no es un diablo cualquiera, ni merece que se desprecien sus avisos, aunque sean oscuros y misteriosos. Bien hubiera yo querido profundizar un poco en las intenciones de aquel hombre, y sobre todo que me hubiese hablado con mas franqueza de un asunto que tan de cerca me tocaba; pero no hubo medio de sacar de él mas palabras que estas: «callad y obrad.» En seguida se me escabulló por una callejuela, estando ya dentro de Segovia, y no le he vuelto á ver.

—¡Cosa mas estraña!

—Lo es, y mucho. Pero, decidme: ¿qué habriais hecho en mi lugar? El misterio que parece rodear á un asunto de tanto interés para mí, ¿no es motivo bastante para lanzarme á descifrarlo, aunque no mediase lo que ya sabeis?

—Ciertamente, amigo; pues sin tener yo el aliciente poderoso que vos, estoy ansiando saber en qué terminará vuestra aventura. Plegue á Dios que acabe felizmente, y para ello podeis contar con todo el apoyo que de mí dependa.

Durante esta conversacion, la noche sorprendió á nuestros viajeros, quienes determinaron descansar en una aldea poco distante de la frontera, y entrar en Francia á la madrugada, separándose del camino recto, para evitar entorpecimientos y dilaciones en cualquiera de los fuertes de la línea.

La posada única del pueblo era una especie de barraca en cuanto á su forma y comodidades interiores, aunque bastante capaz para admitir en su seno á una docena de pasajeros con sus correspondientes monturas; pero transitaba tan poca gente

por aquel punto, que los dos amigos pudieron disponer á su gusto de lo mejor de toda ella, si bien con riesgo de pagar por sí solos el hospedage de las personas que faltaban para llenarla, y de las que hubieran dejado de concurrir lo menos en el espacio de una semana. En cambio encontraron abundancia de paja fresca y blanda como plumon de cisne, segun la espresion del posadero, en la cual podrian dormir á sus anchas, y escelente caza recien cogida y digna de figurar en la mesa de un rey, si no mentia el encomiador de la paja: verdad es que el pan era duro y moreno, pero se le podia ablandar con agua salutífera y cristalina de los mas puros manantiales del Pirineo.

En vista de estas recomendaciones, el capitan Mendez conoció que hasta el agua debia de ir cara en aquella posada, y dispuso, como prudente, ocuparse él mismo en la preparacion de la cena, escogiendo lo mejor que hubiese, toda vez que lo peor habria de cobrársele como escelente: y mientras él cuidaba de este vital asunto, Almazan, en su calidad de escudero, se retiró á dar el pienso á los caballos.

Un viejo farol, pendiente de una viga gruesa y tosca, servia para alumbrar á un tiempo la cuadra y el zaguan de la posada: la luz era tan opaca, que, aun dentro del rádio de su resplandor macilento, no disipaba las tinieblas detrás de un poste cercano, bastante grueso para ocultar á un hombre. Cuando Almazan regresaba de su servil ocupacion, al llegar cerca de aquel poste, sintió que le ponian una mano en el hombro, y volviéndose sorprendido, oyó que le decian con voz ronca:

—Paréceme que hablais demasiado, caballero Almazan.

El jóven reconoció por la voz al frailuco de Segovia, y por el aspecto y trage al mendigo de Lerma.

CAPÍTULO VII.

Sigue la historia.

Consecuentes con nuestro propósito de no escribir en el presente libro nada que pueda parecer nuevo ni original, hemos cortado el anterior capítulo en una situacion oportuna, para dejar colgado al paciente lector; imitando en esto á muchos célebres autores de la escuela francesa, que por su habilidad han merecido el aplauso de la culta Europa.

Sin embargo, como la esplicacion que acabamos de dar, destruye todo el mérito que tendria en este lugar una transicion violenta, nos vemos en el caso de proseguir la historia donde mismo la dejamos.

Al movimiento de sorpresa y de ira que sintió el jóven Almazan, cuando la dura mano del desconocido le tocó en el hombro, y cuando su mas dura reconvencion le hirió el orgullo, siguióse inmediatamente un vivo impulso de curiosidad, de que

Paréceme que hablais demasiado.

no habria estado exento el mas estóico filósofo. Miró fijamente al barbudo mendigo, que por su parte le contemplaba con una cáustica sonrisa, y desviándose un poco de él, le preguntó:

—¿Quién sois?

El mendigo se llevó el dedo índice á los lábios y contestó:

—No metais ruido. Soy el fraile de Segovia. ¿No me conoceis?

—Precisamente os lo pregunto porque he reconocido vuestra voz.

—Pues bien, amigo, ya sabeis bastante.

—No, por cierto, repuso el jóven: hace ocho dias erais fraile; anteayer erais mudo, y hoy teneis la lengua tan suelta como los piés: conozco en vos tres personas distintas; pero necesito conocer la verdadera.

—Si yo satisfaciese vuestra pueril curiosidad, replicó el barbudo, no podria reconveniros porque hablaseis mucho ó poco.

—¿Y con qué derecho os meteis á consejero mio?

—¡Pardiez! repuso el mendigo con energia, pero sin alzar la voz: con el que me dan mis años y vuestra inesperiencia, jóven; con el derecho de una persona encargada de velar por vos.

—¿De velar por mí?.... murmuró Almazan entre irritado y confundido.

—Sí, de velar por vos, contestó el misterioso personage. ¿Sabeis acaso á dónde vais?

—Paréceme saberlo, como tambien que vos teneis curiosidad de averiguarlo.

El mendigo se encogió de hombros, diciendo:

—Cuando yo necesito averiguar una cosa, no la pregunto. He querido deciros, que vais á un pais que no conoceis, donde os aguardan, tal vez, peligros difíciles de conjurar, y tambien acaso el amor y la fortuna dispuestos á favoreceros: que acabais de emprender una carrera de lucha, en la cual podeis quedar vencido: que necesitais desde luego arrostrar los azares que ofre-

ce el tránsito por una tierra enemiga, y que para todo esto es indispensable el apoyo de alguien que sepa guiaros, y que os dé algo mas que consejos.

—¿Y ese alguien sois vos, á lo que veo? repuso el jóven.

—Ciertamente. ¿Cuántas veces habré de decirlo?

—Sin embargo, si no sois conmigo mas esplícito, me permitireis que dude.....

El fingido mendigo sacó un papel de una bolsa de cuero, é interrumpiendo al jóven, se lo presentó y le dijo:

—Ved si conoceis estas letras.

Almazan tomó el papel, y conmovido, al reconocer la letra de su amada, leyó á la turbia luz del farol:

«Además del encargo especial que os ha confiado *la Señora*, «desea que esploreis el ánimo del jóven Narciso, y que, siendo «él gustoso, le hagais venir á su lado; en el concepto de que se «os hará responsable de su seguridad. Se os recomienda el se- «creto en esto como en lo demás.»

—¿Y cómo no me habeis mostrado antes este papel? preguntó el jóven.

—Porque no tenia obligacion de hacerlo, sino solo de ejecutar lo que en el se me previene: y porque antes necesitaba ver si sabiais callar y obrar. De lo primero no estoy muy satisfecho, pues, ¡vive Dios! que hablais mas que una cotorra, informando á ese capitan Bivar, ó como se llame, de vuestros asuntos y de los agenos.

—El capitan merece toda mi confianza. Pero, ¿cómo sabeis.....

—Habiendo venido en vuestra compañia toda una noche desde Búrgos, mientras referiais vuestra embajada á la dama de los rábanos y otras cosas, que no son para dichas: por ejemplo, mi intervencion en vuestros asuntos y los proyectos que llevais á Flandes.

—Nada de eso podeis haber oido.

—Pero puedo saberlo, porque acabais de decírmelo en este momento.

—¡Cómo!

—No ignorais que yo no pregunto lo que pretendo averiguar. Pero basta ya de reconvenciones, y procuremos la enmienda para lo sucesivo. He aguardado el momento de encontrarnos en este campo neutral, en este punto de jurisdiccion *vere nullius*, es decir, que á nadie pertenece, que ni es Castilla, ni Francia, ni Navarra, para declararos mi resolucion. Es menester que me sigais.

—¿Sin el capitan?

—Sin el capitan.

—Eso no puede ser. Tengo hecha con él alianza de amigo de amigo y enemigo de enemigo, y recibidas pruebas de su buen cumplimiento. Donde él vaya, voy yo, sea con vos ó contra vos.

—¿Tanta confianza os inspira ese hombre?

—La mas completa: ya os lo he dicho.

—Pues bien, repuso el desconocido recalcando sus palabras: yo tambien tengo formada alianza de la misma especie con la señora que sabeis y con la bella Diana, y la sostendré contra el capitan y contra vos, si cualquiera de ambos llegáre á faltarme: Ahora escuchadme: yo sé que vuestros ardides con el señor de Veré os han salido fallidos, y que vais espuesto á cualquier mal encuentro. Soy responsable de vuestra seguridad: por consiguiente, para garantia de ella tomad estos documentos, que son mi propio resguardo, y con los cuales atravesareis libremente la Francia. Solo quiero advertiros que la lengua es el peor enemigo del hombre, y que, segun sabreis ya por esperiencia, yo ando mucho, veo mas y oigo crecer la yerba.

El jóven tomó los documentos que tan generosamente le cedia el hombre estraordinario que tenia delante; pero no pudo menos de preguntarle por un sentimiento de delicadeza:

—¿Y qué hareis vos, privándoos de esto?

—¡Bah! repuso el incógnito señalando á su trage. Yo no necesito mas que estotro para correr el mundo: visto el uniforme de la libertad, y llevo sobre mí el manto de la buenaventura. La indigencia tiene carta de naturaleza en todos los paises de la cristiandad, nadie se mete con el que nada posee, y el mendigo puede atravesar los campamentos de dos reinos beligerantes, sin temor de que le tomen por buena presa. Lo único malo que le puede suceder es que le tengan por espía.

—¿Y no os parece que correis ese peligro en este momento? dijo un tercer interlocutor, que habia estado escuchando, sin ser visto, las últimas palabras del supuesto mendigo.

Éste se volvió con la rapidez de una víbora pisada, y recogiendo la capa en el brazo izquierdo, para abroquelarse con ella, empuñó el chuzo y miró al capitan Mendez con ojos amenazadores.

—¡Hola! ¿sois vos? esclamó: si os parezco espía, decidme, ¿qué nombre se ha de dar al que escucha escondido lo que otros hablan?

—¡Vive Dios! profirió el capitan: ¿quién es el miserable que se atreve á insultarme?

—¡Paz, señores, paz! dijo Almazan interponiéndose. Yo os tengo á los dos por amigos, y no puedo permitir.....

—Apartaos, jóven, repuso el mendigo: dejadme castigar á este insolente.

—Sí, apartaos, repitió el capitan sacando la espada: necesito quitar la máscara á este farsante.

El posadero acudió al ruido de la disputa, y viendo al desconocido haraposo, le dió un empellon diciendo:

—¡Fuera! ¡fuera de aquí! ¿Cómo se entiende, venir el pordiosero á incomodar á mis huéspedes?

Pero apenas tuvo tiempo para concluir la frase, pues el men-

digo le descargó tal puñada en el pecho, que le tendió en el suelo cuan largo era.

El jóven Almazan, conociendo que con razones no era fácil apaciguar á los dos furiosos contendientes, habia ido, entre tanto, por su espada, para terciar y separarlos. En este tiempo el capitan acometió á su contrario, el cual, riéndose maliciosamente, paraba los golpes con el chuzo, mostrando una agilidad y una destreza estraordinarias.

—Os veo muerto, capitan, dijo irritando mas la cólera de éste, que no habia podido esperar tan firme resistencia.

—¡Lo veremos, villano! esclamó Mendez, acosando rabioso al mendigo, quien repuso:

—¡Caballero, mas que vos!

—¡Vive Dios, que mientes!

—¡Que miento! esclamó el desconocido. Pues bien: toma, por descortés.

Diciendo esto, vibró con tales bríos el nudoso palo, y descargó tan fiero golpe de través junto á la guarnicion de la espada del capitan, que esta saltó por el aire, yendo á caer á diez pasos de distancia.

—Puesto que no soy caballero, voy á darte una muerte villana, dijo el supuesto mendigo, estrechando hácia la pared al capitan.

Éste, viéndose desarmado y perdido, echó mano de una silla, que encontró retrocediendo, y con ella se defendió, hasta que llegando Almazan y encontrando á su amigo en aquel apuro, se puso de su parte y le dió tiempo para recoger la espada.

—¿Qué intentais? gritó el animoso jóven cruzando la suya con el chuzo del desconocido. Teneos, ¡ó por vida mia, que os hago morder la tierra!

—En otra ocasion no me lo diriais dos veces, repuso el mendigo; pero en la presente, os obedezco, gracias al talisman que os protege contra mí.

Rodrigo Mendez, habiendo recobrado su espada, volvia con mas furia, decidido á matar al personage misterioso.

—¡Teneos vos tambien, ó habreis de probar mis iras! esclamó el jóven, haciéndole frente. ¿No os dá vergüenza de que un mozo de mis años tenga mas prudencia que vosotros dos juntos?

Y volviéndose alternativamente al uno y al otro, añadió:

—Capitan: este hombre es mi amigo y aliado. Vos tened entendido que el capitan ha hecho vuestras veces, y que á él debe Pedro Niño la libertad. El que ofenda á cualquiera de vosotros, me ofende, y puede estar seguro de tenerme por enemigo.

—¡Chiton! dijo el incógnito, reparando en la gente del pueblo que habia acudido al rumor de la quimera. Capitan, venga esa mano.

—¿A quién he de darla? preguntó Rodrigo.

—¡Pardiez! ¡Al Diablo! repuso el jóven Almazan en voz baja, pero que pudo ser oida por algunos de los curiosos lugareños. Dadle la mano, y callad; pues parece que habeis perdido la cabeza esta noche.

—¡Ah! esclamó el capitan. ¿Éste es el Diablo? Eso es otra cosa: tomad mi mano, y asentaremos treguas..... pero no mas que treguas, señor Diablo. Entre tanto, aceptad nuestra cena, pues habremos de caminar juntos esta noche todavia.

Los curiosos, unos se dispersaron murmurando, otros formaron corros á cierta distancia de la puerta, y en poco tiempo divulgaron la noticia de estar el Diablo en la posada de la aldea; nada estraño era esto en un tiempo en que el espíritu maligno, mas tratable que hoy dia, se preciaba de tener frecuente comercio con los mortales.

Durante la reyerta, un sobrino del aporreado mesonero habia ido á pedir auxilio á la autoridad local, y á participarle que unos forasteros se estaban matando en casa de su tio; pero al llegar el alcalde con tres ó cuatro auxiliares para poner paz,

viéndolo todo sosegado, y que los tres transeuntes cenaban en buena armonía, no consideró prudente turbar su reposo, antes de saber por boca de testigos lo que allí habia pasado. No faltó quien le dijese la verdad del hecho: esto es, que el Diablo en forma humana estaba dentro, negociando algun pacto con dos hidalgos, á quienes acababa de sujetar á su poder con un chuzo ardiendo.

El alcalde, que tal oyó, retrocedió santiguándose, y dijo que llamasen al cura; pues él no invadia las atribuciones de la jurisdiccion eclesiástica, ni tenia nada que ver con quien gozaba de fuero privilegiado.

Pareció muy puesto en razon lo que decia el comedido alcalde, y comenzó á tratarse de puertas á fuera de la posada lo que habria de hacerse para conjurar al comun enemigo.

Entre tanto, Mendez y el incógnito, completamente apaciguados, merced á la mediacion de su jóven protegido, concertaban los capítulos de la tregua. El capitan exigia esplicaciones amplias y categóricas que le aclarasen la misteriosa conducta de su competidor: éste prometia darlas, pero en lugar mas oportuno, y con tal que no se le negasen otras que él necesitaba para su tranquilidad; ambos alegaban tener derecho á favorecer al jóven y á precaverle de los riesgos de un falso apoyo; y como en este punto era comun y síncero el interés que promovia su rivalidad, fácilmente se pusieron de acuerdo, conviniendo en darse mútuas satisfacciones respecto á él; pero reservándose cada cual por su parte los demás secretos agenos al motivo de la desavenencia.

Establecida así la concordia, los tres caminantes solo pensáron ya en descansar algun tiempo, para proseguir luego su marcha; pero apenas se habian recogido á dormir en la blanda paja, cuando sintieron rumor de gente, que parecia rondar en torno de la posada, y vieron el resplandor oscilante de muchas luces que entraba por las rendijas de las mal construidas ven-

tanas. El supuesto mendigo se levantó, y pudo observar que un clérigo vestido de sobrepelliz y estola, y acompañado de un acólito con acetre y de varios hombres armados y con hachas encendidas, andaba murmurando exorcismos y asperjando las paredes con agua bendita. El pobre hombre temblaba como un azogado, y sus acompañantes no mostraban tener mejores alientos.

—Capitan, capitan, dijo el incógnito á Mendez, que ya dormitaba: levantaos y vereis un espectáculo curioso.

—¿Qué es ello? preguntó el capitan.

—Mirad: estos buenos vizcainos han creido que realmente soy el Diablo, y son muy capaces de pegar fuego á la barraca, para hacerme saltar de ella. Si resisto á los conjuros del padre cura, será peor; porque viendo entonces que soy un diablo inofensivo, tratarán de subírseme á las barbas. Yo pienso abrirme paso y dejarlos en su error.

—Decís bien; pero hemos convenido en que partiremos juntos.

—Pues hagámoslo desde luego, porque, de lo contrario, quizá no tengamos tiempo. De todos modos el señor de Almazan ha de venirse conmigo. Vos no conoceis á estos montañeses, como yo: se les ha puesto una cosa en la cabeza, y no desistirán de ella tan fácilmente. Hay que escapar, antes que desechen el miedo.

—¡Ea pues! Vamos á montar. ¡Señor de Almazan, arriba!

—¿Ya? preguntó el jóven con repugnancia.

—Ya.

No tardó en confirmarse el recelo del incógnito: como el Diablo no obedecia á los exorcismos ni al agua bendita, media docena de montañeses mas atrevidos que los demás, decidieron entrar con palos y armas á buscarle y cortarle las uñas. Ya en esto el capitan y su jóven compañero habian ensillado los caballos. El mendigo se colocó delante de ellos, y enarboló el chuzo diciendo:

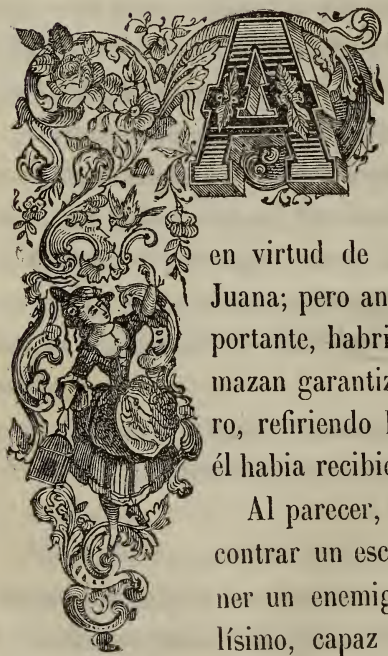
—Seguidme. ¡Paso al Diablo!

—¡Aquí viene! ¡Aquí viene! gritaron en su lengua los montañeses.

Pocos quedaron para hacerle resistencia: los mas huyeron y el acólito arrojó el acetre del agua bendita. Pero fué menester que nuestros viajeros se abriesen paso con los puños: el posadero estaba á la cabeza de los mas osados, y no faltará quien crea que este enredo fué traza suya para vengarse del mendigo. Sin embargo, todo fué confusion en aquellos momentos: el Diablo se escapó con los suyos, y en muchos dias las comadres del lugar no dejaron de percibir en la posada y sus cercanías un olor de azufre muy sublimado.

CAPÍTULO VIII.

Los Ermitaños de la Union.



Apenas puestos en marcha, trató el incógnito de ganar la confianza del capitan Rodrigo: bastábale para ello convencer á éste, (cosa no muy difícil), de que obraba en virtud de instrucciones de la reina doña Juana; pero antes de hacer esta revelacion importante, habria sido menester que el jóven Almazan garantizase la fidelidad de su compañero, refiriendo las pruebas de adhesion que de él habia recibido desde que salió de Segovia.

Al parecer, los dos viajeros acababan de encontrar un escelente amigo en quien creian tener un enemigo encubierto, y un auxiliar utilísimo, capaz de sacarles de muchos apuros, tanto por su audacia y sagacidad, cuanto por su estremado conocimiento de los paises donde operaba y de las personas que podian serles provechosas ó perjudiciales.

Desde los primeros pasos que dieron en su compañia tuvie-

ron ocasion de reconocerlo así. El misterioso personage, poniendo en práctica la vigorosa energia de carácter que ya le conocemos, no consintió en dejarse conducir, antes se arrogó desde luego el papel de guia, y separándose de los caminos frecuentados, supo hallar uno abierto en la aspereza de las montañas, que, si bien ofreció alguna dificultad para el paso de los caballos y un corto retraso en la marcha, proporcionó libre y segura entrada en el territorio francés.

Faltarian dos horas para amanecer, cuando el incógnito, separándose algun trecho de sus compañeros, dió un agudo silbido, que á poco fué contestado por otro á larga distancia. El capitan Mendez, receloso de haber caido en una emboscada, metió espuela á su caballo, y á riesgo de despeñarse, alcanzó al mendigo, y le amenazó con la espada, diciéndole:

—¿Qué intentais hacer? ¡Hablad! ¿A quién llamais?

—¡Pardiez! Sois espantadizo como una liebre, contestó el desconocido. Aguardad un poco y lo vereis.

—No estoy de humor de aguardar: nos habeis vendido y vais á morir.

—¿Qué es eso de vender? replicó el incógnito, guareciéndose con el tronco de un árbol.–Si no os fiais de mí, tomad el camino que mejor os parezca, y dejadme en paz.

En esto llegó Enrique de Almazan exigiendo tambien esplicaciones.

—Nada temais, amigo, dijo el incógnito: he llamado para ver si tendremos posada donde pasar el dia, pues no dejareis de necesitar algun descanso. Pero advertid á vuestro compañero y aliado, que si de una vez no depone su escesiva desconfianza, no podremos ir juntos.

—Eso dependerá de vuestra franqueza, repuso el capitan. ¿Paréceos bien que yo me entregue ciegamente á un hombre que no dá un paso sin misterio?

—Tiene razon el capitan, señor..... ¿qué sé yo? objetó Almazan. Ni siquiera conocemos vuestro nombre.

—Un nombre como otro cualquiera: lo que importa conocer es el hombre. Mis amigos me llaman Pero Diablo, y así podeis llamarme vosotros: si como tales me tratais: si quereis saber mas, tened un poco de paciencia, pues en todo el dia de hoy hablaremos despacio.

Un ligero rumor que sonó entre la maleza del bosque, de que estaban cubiertos aquellos montes, distrajo la atencion de nuestros viajeros.

—¿Eres tú, Moran? preguntó el supuesto mendigo.

—Yo soy, señor, contestó un hombre saliendo de la espesura.

—¿Dónde andan los Ermitaños de la Union?

—Unos están de romería, y otros descansan en la ermita.

—Vé delante y haz que preparen buen hospedage para mí y para estos dos amigos.

El hombre hizo una reverencia y se volvió para obedecer la órden que acababa de recibir; pero el incógnito le detuvo, diciéndole:

—Oye ¿qué tal sigue mi caballo?

—Perfectamente, señor: come bien y tiene ganas de correr.

—Anda: no te detengas.

Moran desapareció, y su amo, dirigiéndose á Mendez y Almazan, les dijo:

—Esos Ermitaños de la Union son ciertos honrados sugetos, navarros y franceses, que no pudiendo vivir tranquilamente, ni en Navarra ni en Francia, se han coligado para ganarse la subsistencia á costa de ambos paises, mientras no varía su fortuna: los mas son víctimas de los disturbios políticos y de las encarnizadas luchas entre agramonteses y viamonteses: si teneis aficion al conde de Lerin, capitan, no la mostreis delante de ellos, porque son partidarios acérrimos del ex-condestable Peralta.

—En mi vida he pensado en viamonteses ni agramonteses, contestó el capitan: lo que sí me importaria saber es lo que vamos á hacer en compañia de esos honrados sugetos.

—¿Qué hemos de hacer? Tomar una buena racion de carne y vino y otra de sueño. Descuidad, que nos tratarán como á cuerpo de rey, y estaremos tan seguros como en casa del arzobispo de Toledo. Cuarenta hombres forman la comunidad, capaces de habérselas con el Gran Capitan, si asomára por estas montañas con intencion de molestarles, ó de turbar la paz de alguno de sus huéspedes.

—¿Y os parece que esos señores bandidos nos darán hospitalidad, sin conocernos?

—Me conocen á mí, lo cual basta. Y no llameis bandidos á los piadosos anacoretas: sabed que, aunque proscritos, son quizá los hombres mas útiles de los dos reinos. Viven bajo una regla y ordenanza, á la manera de las difuntas órdenes de caballería: tienen hechos sus votos y juramentos de sigilo, de valor y pobreza: se ocupan en ejercicios de piedad; tales como perseguir y matar las fieras que infestan estos montes y devoran los ganados: amparar á los desvalidos; guiar á los descaminados y socorrer á los menesterosos: por estos y otros importantes servicios, los pastores y ganaderos les pagan tributo, que ellos reciben como limosna, y todos los pueblos de las faldas del Pirineo les protegen y encubren cuando vuelven de sus romerías.

—¿Pues qué romerías son esas?

—Las que suelen echar, en cumplimiento de sus votos, con el santo fin de hacer el daño posible á sus enemigos: una cosa parecida, aunque algo mas justa, á las correrías de los ejércitos franceses y españoles por Italia.

—Permitidme una pregunta, señor Pero Diablo, dijo el capitan: ¿sois español?

—No tengo patria, capitan Bivar: pero me precio de buen español.

—Entonces, ¿cómo equiparais los derechos de Francia y los de España sobre Nápoles?

Pero Diablo se encogió de hombros y repuso:

—No niego el mejor derecho del rey de Aragon, si se compara con el rey de Francia, que ninguno tiene, y que ha enviado sus guerreros á Italia, como quien suelta una bandada de milanos en un palomar ageno: reconozco que, una vez empeñada la lucha entre los dos potentados, la razon y la justicia se inclinan del lado del español. Pero, remontándonos al orígen de la querella, encontraremos dos lobos que se reparten una oveja, y que luego riñen sobre la posesion de toda ella.

—Falta saber, repuso el capitan acalorándose, de parte de quién ha estado la injusta provocacion, y á quién pertenece la oveja.

—La provocacion pertenece al francés: la oveja al rey D. Fadrique.

—No hableis de ese rey, que abandona su reino, y desdeñando el amparo de su primo D. Fernando, se acoje al de su mayor enemigo. Don Fadrique ha perdido la corona por su flaqueza, y á la casa de Aragon le toca recogerla.

—Permitidme á mi vez otra pregunta, capitan, ¿sois aragonés?

—No, que soy castellano. Pero, ¿qué importa? ¿Es acaso aragonés el general que ha sostenido en el trono á D. Fadrique, y que ahora bate á los franceses en Italia? ¿Qué teneis que decir del Gran Capitan?

—Que es el soldado mas leal y valiente que ha nacido, repuso Pero Diablo, y que en su nombre me deis la mano de amigo.

—¡Tomadla, con el alma y la vida! esclamó el capitan Mendez, sin advertir que el astuto desconocido se habia propuesto descubrir sus opiniones de una manera indirecta.

Desde aquel momento empezó á despejarse la situacion nebu-

losa en que estos dos hombres se encontraban relativamente el uno del otro: el capitan estaba contento con haber oido el elogio de su general en boca de Pero Diablo, quien por esto solo le consideraba ya digno de su confianza.

Mientras hablaban amistosamente, los tres caminantes se iban internando en un espeso bosque, y á medida que avanzaban, oian mas distintamente el ruido de una cascada, producida por un torrente, que naciendo en el territorio navarro, vá luego á enriquecer con sus aguas el caudaloso Adur. En aquel parage el riachuelo caia despeñado de una considerable altura y formaba en el fondo del precipicio un ancho lago, circuido en su mayor parte de rocas escarpadas. Sobre una de estas se alzaban las ruinas de un antiguo castillo, casi enteramente cubiertas por tierras desprendidas de la montaña y por espesos matorrales. Allí tenian su guarida los Ermitaños de la Union.

Pero Diablo guió á sus compañeros por una senda estrecha y cobijada por la especie de bóveda que formaban las ramas de los árboles, y les condujo á una rampa que insensiblemente penetraba en la tierra: la oscuridad era completa; pero de pronto, al revolver del ángulo saliente de un muro, se descubrió una espaciosa galería iluminada por el resplandor rojizo de varias teas encendidas, que á trechos estaban fijas en apoyos de piedra.

Cuando la luz alumbró al fingido mendigo, el capitan y su jóven compañero notaron con sorpresa que se habia efectuado en él una grande transformacion: levantadas las alas del sombrero, dejaban ver un rostro varonil de cuarenta años, sin mas barba que el bigote y perilla, muy poblados y de un color negro brillante: habia desaparecido la venda que le tapaba un ojo, y podia observarse en él la mirada fogosa y altiva de un hombre nacido para mandar y dominar: la audacia y la resolucion eran los rasgos mas marcados de aquella fisonomía, y se delineaban

en la contraccion habitual del entrecejo y de la parte inferior de las mejillas.

Reparando en el asombro de sus compañeros, Pero Diablo les dijo:

—¿No es verdad que os parezco ahora mas guapo?

—¡Pardiez! ya lo creo, contestó Almazan: como que os habeis quitado diez años de encima, y decididamente voy creyendo que sois el Diablo.

El desconocido se sonrió, y entonces el jóven sintió instantáneamente un movimiento del corazon; pues aquella sonrisa hizo pasar por su espíritu, como á la luz de un relámpago, la imágen de Leonor. Pero esta impresion estraña no podia ser considerada sino como una reminiscencia casual, y por otra parte debia desvanecerse ante la novedad de otros objetos que afectaban directamente á los sentidos.

La magestad sombría de aquel lugar; el silencio que allí dentro reinaba y al que hacía mas solemne el rumor contínuo del cercano torrente; la fantasmagoría caprichosa de las luces, cuyo resplandor oscilante reverberaba trémulo en los ennegrecidos muros; el humo de las teas, que condensándose en el techo, formaba una especie de niebla oscura é impenetrable á la vista, todo esto era bastante para ocupar la imaginacion de un jóven y distraerle de cualquier otro pensamiento.

Para completar aquel cuadro estravagante y dar ocupacion á la fantasía, se presentaron algunas figuras humanas de raro aspecto: cuatro hombres vestidos con anchos capotes pardos y cubiertas las cabezas con capuchones á la manera de los penitentes, salieron presurosos y acercándose á Pero Diablo, le abrazaron sucesivamente sin hablar palabra. Mendez y Almazan pudieron observar que los ermitaños usaban abarcas del mismo género que las del supuesto mendigo. Además se presentó un verdadero gigante como los que se describen en los libros de

caballerías; pero vestido á la usanza de los montañeses navarros.

—Moran, le dijo Pero Diablo, ¿qué aguardas, que no tienes ya las bridas para que desmonten estos caballeros?

El gigante acudió á ejecutar lo que su señor le mandaba; pero los dos ágiles ginetes no le dieron tiempo para emplear sus servicios.

—Señores, les dijo el personage misterioso: podeis considerar que estais en vuestra propia casa. Si quereis acompañarme á la caballeriza, vereis el trato que se dá á vuestros caballos, y de paso visitaremos el mio: es cosa de que no puedo prescindir. Pero si preferís aguardarme aquí, lo dejo á vuestra eleccion.

—Veamos vuestro caballo, contestó el capitan.

Los tres caminantes siguieron al gigantesco Moran, que conducia los dos caballos, y bajaron una rampa suave, que terminaba en una espaciosa cuadra, donde habia sobre diez animales de la misma especie, y capacidad para otros tantos.

Pero Diablo se acercó á uno que estaba separado de los demás, y que al entrar él, habia comenzado á cabacear, agitando las crines y dando otras muestras de regocijo, y lo acarició y examinó detenidamente hasta convencerse de su buen estado: era un soberbio morcillo con dos cabos blancos, que escitó la envidia y los elogios del capitan.

—¿Os gusta Hipógrifo? dijo el desconocido. Mas os agradará cuando sepais que se ha criado en las dehesas del Gran Capitan.

—¡Fortuna es la vuestra, pardiez! repuso Rodrigo. ¿Dónde lo habeis adquirido?

—Este caballo lo regaló el marqués de Priego á la princesa doña Juana, y ha pertenecido algun tiempo á doña Leonor de Silva.

El jóven Almazan, que habia estado mirando á Hipógrifo,

como queriendo reconocerle, se dió una palmada en la frente y esclamó:

—¡Es verdad! El que me dejó la brida en la mano.

—Justamente, repuso Pero Diablo: un caballo que está mejor en mi poder que en el de una dama. Pero, señores, no hemos venido aquí á pasar el tiempo embobados. Vamos á ver si nos dan algo que comer, y si podremos dormir algunas horas.

Diciendo esto, condujo á sus compañeros á una vasta pieza abovedada, que en una de sus paredes tenia varias aberturas, por las cuales penetraban á un tiempo el ruido de la cascada y un aire húmedo y frio: en medio de esta sala habia una larga mesa, rodeada de bancos de madera, y en uno de los estremos de ella se acababa de colocar medio ciervo asado y puesto en una fuente de barro, pan abundante y un cántaro de vino. Para servirse no habia otros instrumentos mas que puñales y cuchillos de monte.

—Camaradas, á la mesa, dijo Pero Diablo. Aquí no se gastan cumplimientos: cada uno procure hacer por su vida.

Y uniendo el ejemplo á la palabra, cortó una rebanada de pan y un tasajo, que puso encima de ella, y haciendo pedacitos con el cuchillo, comenzó á comer. El capitan, mas atento con su jóven amigo, le sirvió primero, y en seguida tomó para sí. La carne no tenia mas condimento que sal y un poco de ajo; pero estaba tan sabrosa y tierna, que nuestros huéspedes repitieron varias veces la operacion, hasta dejar cuasi en los huesos la humeante vianda: tambien saludaron á menudo la boca del cántaro, declarando el capitan Mendez que aquel contenia un líquido mas salutífero que el de los puros manantiales de los Pirineos; y en esta operacion les cogió la luz del dia, entrando perezosa por las troneras que antes hemos mencionado, y permitiendo ver unos gruesos barrotes de hierro que las atravesaban, y el prodigioso espesor del muro.

En aquel momento se oyó sonar el ruido áspero de una carraca.

—¿Qué significa esto? preguntó Almazan.

—Es que despiertan á los ermitaños, segun la regla, para bajar á la capilla.

—¡Cómo! ¿tambien hay aquí capilla?

—Y muy buena: si quereis oir misa, os conduciré. No me comprometo á oirla yo tambien, porque estoy rendido de cansancio y necesito dormir.

Almazan y Rodrigo Mendez, aunque tenian necesidad de sueño, estaban desvelados por la curiosidad, y prefirieron la misa á la cama. Verdad es que el jóven habria elegido esto último, no por el deseo de dormir, sino por entregarse á sus solas á los pensamientos tumultuosos que acababa de despertar en su ánimo la presencia del caballo de Leonor, y meditar tranquilamente sobre la estraña situacion en que se encontraba; pero el capitan necesitaba hablarle para saber los grados de confianza que le inspiraba el desconocido, y los antecedentes que de él tenia para tratarle como amigo. Hízole por consiguiente una seña, y Almazan se prestó á sus deseos sin reflexionar.

Pero Diablo los condujo á la capilla, que era un santuario antiquísimo y medio subterráneo, como los que todavia se conservan en Cataluña y en alguna otra provincia de España, el cual estaba enterrado en sus dos terceras partes, menos por la que daba al torrente, como acontecia con el resto del edificio. Un capellan celebró la misa, asistiéndole uno de los ermitaños, mientras los demás, retirados en una especie de tribuna, la oian con profundo recogimiento: despues el capellan rezó varias oraciones por los hermanos ausentes, por los pobres y desvalidos y por los muertos en la guerra.

Nuestros aventureros no encontraron en todo esto nada que satisfaciese su curiosidad, y se retiraron á buscar el descanso·

El gigante Moran les acompañó á una estancia sobre cuya puerta habia un rótulo que decia:

«DORMITORIO DE PEREGRINOS.»

Allí encontraron buenas camas, y habiendo quedado solos, dijo el capitan:

—¿Qué os parece de todo esto, mi jóven amigo?

—Hasta ahora, contestó Enrique, todo me parece bien. Pero Diablo nos trata como amigos.

—¿Y no temeis que nos haya tendido un lazo, del cual no podamos escapar á tres tirones?

—No; porque me ha enseñado carta de Leonor, mandándole venir á buscarme, de órden de la Reina.

—Eso es otra cosa.

—Y además me ha entregado unos documentos que dice podrán servirme de resguardo.

—¿A ver, á ver?

Almazan sacó los papeles que el incógnito le habia entregado la noche antes, y encontró que eran un salvo-conducto de la cancillería francesa y una credencial de embajador, espedidos á nombre del señor Lope Conchillos, secretario del Rey Católico de España y enviado cerca de sus altezas los Reyes de Castilla, condes de Flandes, archiduques de Austria, etc., etc.

—¡Cómo! ¿Qué habeis leido? esclamó el capitan: ¿es posible que ese hombre sea Conchillos?

—No, amigo mio: conozco perfectamente al secretario Conchillos: y no es ese.

—¡Ah! ¿con que no es?

—No; porque Conchillos está en Flandes.

—Ya lo sé; pero..... Claro está que no puede ser. Sin embargo, ¿cómo estaban esos documentos en poder de Pero Diablo?

—¿Qué sé yo? repuso el jóven encogiéndose de hombros.

—Vive Dios que no entiendo esto, replicó el capitan. Durmamos, compañero, y salga el sol por Antequera.

CAPÍTULO IX.

Donde el Diablo cuenta una verídica historia.

Ya empezaban á caer las sombras, cuando Almazan y su amigo, que por primera vez durante su largo viaje habian dormido bien, merced al mucho cansancio y á las buenas camas, comenzaron á entrever la luz y á luchar con la pereza.

El capitan fué el primero que sacudió la modorra precursora del completo desvelo, levantándose de un salto, segun costumbre contraida durante sus campañas; y reparando en una ventana, que habia en el aposento, y que estaba cerrada, seguramente por consideracion á su reposo, la abrió de par en par, sin miramiento alguno hácia su compañero.

Éste acudió á cubrirse los ojos, heridos tan repentinamente por la luz, y levantándose á su vez, se puso á mirar por la ventana. El paisage que desde ella se descubria era grato á la vista, y podia muy bien servir de recreo á un jóven como él, cuya cabeza estaba llena de románticas ideas.

Veíase parte del lago que bañaba el pié de la escarpada roca, sobre la cual se asentaban las bases del ruinoso castillo, cuyas sombras aparecian balanceándose en el cristal inquieto de las aguas: en la ribera opuesta pacía tranquilamente un rebaño de ovejas, cuyas esquilas daban con su sonido animacion y alegria al desierto paisage: á un lado se despeñaba el torrente claro y espumoso entre inaccesibles picachos de granito pardo, y al otro se estendia un fresco valle, cortado á trechos por mesetas de roca y suaves declives, cubiertos de bosque: las montañas, formando escalones, ofrecian á la vista un panorama variado, y sus altas cimas, coronadas de nieve en lontananza, reflejaban los rayos del sol poniente con un ligero tinte de rosa.

—Ved aquí donde yo pasaria mi vida, si alguna vez me ocurriese la idea de hacerme anacoreta, dijo Almazan. Por desgracia, será tarde cuando tal resolucion me pase por las mientes.

—Así lo creo, camarada, repuso el capitan. A no ser que estemos ya condenados á hacer vida de ermitaños, en cuyo caso sería lo mas cuerdo aceptar la necesidad como placer.

—¿Todavia no habeis desechado vuestros recelos?

—¿Qué quereis que os diga? Se me figura estar en uno de esos castillos encantados, que diz encuentran los caballeros andantes; y si, conforme no hemos visto mas que rostros barbudos y figuras silenciosas, hubiesen salido á obsequiarnos apuestas damas y amables doncellas, de seguro me reputaria perdido. Sin embargo, hasta que me vea en campo raso, no las tendré todas conmigo.

—¿Quiénes son todas? ¿Las damas y las doncellas? dijo Pero Diablo, que habiendo oido hablar á los dos amigos, acababa de entrar en el dormitorio.

—¡Hola! ¿ya estais aquí? repuso el capitan. Hablaba de tomar pronto las de Villadiego, si no disponeis otra cosa.

—Es temprano, señor capitan: desde hoy habreis de caminar

de noche, si quereis seguir mi consejo: en otro caso, dueño sois de hacer lo que mejor os parezca.

Esta manifestacion de indiferencia calmó los recelos de Rodrigo Mendez, quien, sin embargo, contestó:

—Poco me importa caminar de noche ó de dia; pero como supongo que mi amigo Almazan no querrá separarse de mí, y por otra parte le veo comprometido con vos, estoy dispuesto á seguir la resolucion que él determine: bien entendido que no por esto renuncio á mi independencia respecto al camino que me acomode tomar, en el caso de que no quedemos de acuerdo.

—Señores, dijo Almazan: yo creo que es uno mismo el interés de nosotros tres en guardarnos mútuamente fidelidad, y no dudo que una confianza tan síncera como lo permitan las circunstancias y los compromisos de cada uno, sería provechosa para todos. Somos hombres de honor y poseemos ya una parte de nuestros respectivos secretos: yo en particular sé de vosotros dos lo bastante para no poder unirme esclusivamente al uno, sin desagradar al otro, y tengo motivos sobrados para no querer separarme de ninguno. ¿Qué inconveniente hay en que usemos de recíproca franqueza, estableciendo una triple alianza?

—Jóven, contestó Pero Diablo: tengo por buena máxima, que un secreto entre dos, es de Dios; entre tres, es ó no es; y entre cuatro, se lo lleva el homónimo de mi apellido. Me parece que el capitan será de esta misma opinion, y por lo tanto no deberia estrañar mi reserva, como yo tampoco estraño la suya. Sin embargo, lo que puedo revelar, concierne á vos, señor de Almazan, y aunque á nadie mas debiera comunicarlo, siendo vos gustoso, no me opongo á que vuestro amigo participe de ello; mucho menos sabiendo ya él cosas que le ligan y comprometen con nosotros.

Almazan protestó repetidas veces de la confianza que tenia en Rodrigo; refirió sus antecedentes, manifestando que ellos le habian movido á tomarle por compañero de viaje, y por último,

callando lo que sabía respecto á su comision secreta, dió á conocer su adhesion á la reina doña Juana, y el interés con que le habia defendido en el camino, haciéndose acreedor á la mas cordial franqueza.

Estas esplicaciones influyeron en el ánimo de Pero Diablo mucho mas de lo que podian creer el jóven y el capitan. Éste manifestó que ningun empeño tenia en saber secretos agenos; que si bien habia admitido las confidencias de su amigo, era solamente por la alianza de mútuo apoyo concertada entre ambos, y á fin de poder ayudarle con sus consejos; pero que, admitida la cooperacion mas eficaz sin duda de una persona espresamente destinada á protegerle, por su parte renunciaba gustoso á toda participacion en asuntos que no eran de su incumbencia.

El desconocido no admitió, sin embargo, esta renuncia, y suplicando á los dos amigos que le siguiesen, les condujo á una especie de galería volada y cubierta por una cortina de piedra calada con toscas labores, que podia servir de atalaya segura en caso necesario, y desde donde se divisaba toda la comarca: hízoles tomar asiento, cerrando antes dos puertas de comunicacion, y seguro de que nadie de fuera podia escucharle, les habló de este modo:

—Me permitireis callar el motivo que he tenido para andar por España disfrazado de la manera estraña que habeis visto: esto se refiere á cierta historia antigua, que solo atañe á mi persona, por cuya seguridad debo velar, como buen cristiano; pues Dios nos manda conservar la vida. Baste deciros que, tendria yo la edad de mi amigo Almazan, cuando sucedió, y desde entonces acá he corrido mucho mundo y he pasado no pocos trabajos. Pero, como todo tiene compensacion, he ganado en cambio una fortaleza de ánimo y de cuerpo, que no puede abatir ningun contratiempo ni la mas árdua fatiga.

—De lo segundo podemos dar testimonio, dijo el capitan;

pues no he conocido mas que un hombre capaz de hacer lo que vos, sin que sea mi ánimo ofenderos con la comparacion.

—¿Qué hacía ese hombre?

—Andaba veinticinco y treinta leguas al dia sin cansarse.

—Desearia conocerle. ¿Recordais su nombre?

—Se llamaba Juan Daniel: era un negro esclavo del señor Hernando del Pulgar, veinticuatro de Granada. Por cierto que cuando se sublevaron los moros del Albaicin la primera vez, el señor cardenal arzobispo Jimenez de Cisneros lo envió á Sevilla, donde estaban los reyes, para comunicarles con prontitud la noticia, y tardó cinco dias en el camino: el bárbaro se emborrachó, y pasó tres durmiendo.

—He oido hablar de ese lance á mi tio el secretario de sus altezas, dijo Almazan; porque precisamente á él iba dirigido el correo del Cardenal. Pero nos hemos distraido de nuestro objeto.....

—Teneis razon, repuso el personaje misterioso. La proscripcion que pesa sobre mí hace veinte años, me ha impulsado á buscar un amparo, á cuya sombra espero recobrar algun dia mi libertad, y juntamente con ella mi antigua posicion y el patrimonio de mi casa. Ese amparo, merced á circunstancias que no es de este momento referir, lo he hallado en la reina doña Juana, y no me parece inoportuno indicaros, señor de Almazan, que lo debo en gran parte, si no en todo, á la benevolencia de la bella Diana. Por mas insignificante y trivial que os parezca esta indicacion, añadió, debo advertiros que arriesgo al hacerla mi cabeza, y espongo intereses que, para mí, valen tanto como el honor y mas que la vida; lo que os prevengo, porque la menor indiscrecion en este punto me haria olvidar el cariño que os profeso por consideracion á mi protectora, y me convertiria de amigo en enemigo; lo cual, sea dicho de paso, no podria traeros ninguna ventaja.

—Me parece, dijo Almazan, que teneis motivos para creer que os guardaré el secreto.

—No muchos, jóven, replicó el desconocido con viveza; pero confío que sereis mas cauto en adelante.

Almazan inclinó la cabeza bajo el peso de una reprension que consideraba justa. Probablemente no lo hubiera sufrido viniendo de otra persona; pero aquel hombre estraordinario ejercia sobre su ánimo una influencia, que no le permitia rebelarse contra él: hablaba con fundamento, y poseia secretos qne le llegaban al corazon; mas aun prescindiendo de esto, diríase que el jóven estaba subyugado por una fuerza misteriosa, efecto quizás de las circunstancias en que se encontraba, y que salian de las reglas comunes de la vida.

El llamado Pero Diablo continuó así:

—Los antecedentes que os he dado bastarán para convenceros de que mi existencia está ligada con los intereses de la Reina y de su jóven amiga por motivos de alta consideracion. No hay sacrificios que yo no esté dispuesto á hacer por la augusta Señora, en quien reposan todas mis esperanzas; y si he de confesaros mi flaqueza, es tan profundo el afecto que la tengo, que, en otra edad y á no estar, como estoy, plenamente seguro del dominio de mis pasiones, el amor respetuoso de fiel vasallo y hombre agradecido que me inspira doña Juana, me haria temblar: no puedo ver sus aflicciones sin conmoverme; considero como leyes los menores movimientos de su voluntad, hasta tal punto, que, si por un capricho inconcebible me mandase arrojarme al mar de cabeza, ó si (lo que no cabe en su bello corazon), me ordenára cometer un crímen, indudablemente no vacilaria.

«S. A. conoce mi adhesion, y algunas veces se digna confiarme comisiones delicadas, que no se atreve á cometer á las personas que la rodean; pues entre éstas, solo su hermana bastarda la condesa de Haro y mi amiga Leonor son inaccesibles á

la tentacion de un demonio sútil, que todo lo maneja en la corte.

—Decidlo claro, interrumpió Almazan: todos sabemos ya quien es D. Juan Manuel.

—De quien os guarde Dios, añadió el desconocido.-Pues bien, decia que solamente esas dos personas y yo poseemos la plena confianza de la ilustre Princesa: dos sugetos mas hay ahora en Bruselas, que parece le son muy adictos: el uno es mi paisano Miguel Ferrera, hombre que no me gusta nada, y el otro el secretario Conchillos.

—¡Ah! ¡Conchillos! esclamó el capitan.

—Un hombre de bien, pero muy apocado, repuso Pero Diablo. ¿Supongo que le conoceis?

—No; solo tengo de él algunas noticias.

—O algun negocio que arreglar con él, replicó el incógnito; pero eso no hace al caso; aunque sirve para estrechar los vínculos de nuestra amistad, capitan Bivar.

—Me place que así sea, dijo Mendez algo aturdido por la viva penetracion de su interlocutor. Sin embargo, tengo motivos para creer que mis asuntos con el secretario no son tan personales como los vuestros.

—Los mios, capitan, son relativos al servicio de la Reina: los vuestros interesarán probablemente al Rey Católico mas que á nosotros. Pero, no obstante, es muy posible que se den la mano. Sea como quiera, no pretendo penetrar ahora en el laberinto de la política, y os dejo con vuestro secreto. Vengamos al asunto que mas importa á mi amigo Almazan.

—Sí, hablad, hablad, repuso el jóven.

—Recordareis, amigo mio, continuó Pero Diablo, dirigiéndose á éste en particular, cuando la princesa doña Juana, estando en la Mota de Medina, recibió carta de su marido, llamándola á su lado y avisándola que se adelantaria desde Flandes á recibirla: esto fué á los nueve meses de su violenta sepa-

racion, y en los momentos en que las armas de Francia estaban á punto de encontrarse en el Rosellon con las del rey D. Fernando, y amenazaban á un tiempo acometer por Vizcaya y Cataluña, y vengar en Italia el desastre de Cerinola. No habreis olvidado el efecto que aquella carta produjo en el ánimo de la desconsolada Señora: el afan con que inmediatamente dispuso su marcha, no queriendo detenerse una hora, y la oposicion que sufrió hasta de parte de su misma madre para impedir una partida tan precipitada.

—Lo recuerdo perfectamente; porque entonces fué cuando se dijo que doña Juana estaba loca, en atencion á que, habiéndole cerrado las puertas del castillo para que no saliese, permaneció un dia y una noche reclinada en la barrera, llorando y sin querer tomar alimento.

—Yo no estaba en España en aquel tiempo, dijo el capitan; pero he oido hablar de ese lance con diversidad de matices. ¿Pudierais esplicarnos lo que pasó?

—Es una historia deplorable: la cólera del rey de Francia llegaba entonces á su colmo, y el Príncipe Archiduque participaba de su descontento, por haberse infringido el tratado que concertó en Lyon: no me atreveré á inculpar al esposo de nuestra Reina, suponiendo que tuviese pleno conocimiento del infame proyecto que se tramó en aquella ocasion: estaba rodeado de personas vendidas al francés, y pudo ser engañado: lo cierto es, que se le persuadió para que llamase á la Princesa, mientras se tenia una escuadra preparada, á fin de hacerla prisionera, y estaba convenido que se la retendria cautiva hasta tanto que don Fernando diese entero cúmplimiento al tratado de Lyon. Lo que despues habria sucedido, solo Dios lo sabe; pues armado el rey Luis en tierra y mar con los ejércitos mas formidables que jamás se han visto, hubiera querido imponer la ley en Italia y en España. Don Fernando fué avisado de este complot, y hé aquí porque se quiso impedir la marcha de la Princesa. Dijeron

que estaba loca. ¡Oh! Ella no sabía mas sino que su esposo la llamaba con frases cariñosas; que no le habia visto en nueve meses, y podia abrazarle muy pronto; que la sujetaban, cuando su corazon pedia alas de fuego para volar; que le hablaban de peligros y de batallas y de inconveniencia política, cuando nada era capaz de amedrentarla y habria dejado hundirse el mundo alrededor suyo, con tal que ella estuviese al lado de su Felipe. A quien le haya pasado algo semejante á esto, podrá preguntársele si estaba loca.

«Dios desbarató en un momento los planes de la ambicion humana: mientras el rey Católico paseaba sus ejércitos triunfantes por el Mediodía de Francia, las escuadras francesas eran derrotadas por los huracanes, y Nápoles abria sus puertas al Gran Capitan. El rey Luis se vió precisado á proponer treguas, y la Princesa, reforzada la flota que debia conducirla, partió á Flandes.

«Don Juan Manuel habia entrado ya al servicio del Príncipe, y era la persona mas influyente en sus consejos. Este caballero deseaba vengar la muerte de su sobrino, aquel que sucumbió en Zaragoza cierta noche que no habreis olvidado; y teniendo noticia de haber intervenido mi amiga Leonor en el asunto que ocasionó aquella desgracia, pensó poder obtener de ella revelaciones acerca del matador; su ódio alcanzaba, no solo á éste, sino tambien á la dama, y acaso á la Princesa. Para lograr su objeto concibió un plan diabólico: lo primero que hizo fué intervenir como reconciliador en las desavenencias de los dos esposos, procurando amortiguar el resentimiento que abrigaba D. Felipe contra su muger desde la ocurrencia del anillo, que tendreis presente, y persuadirle que toda la culpa estaba de parte de Leonor. Mas como el Príncipe deseaba saber la verdad, para satisfacer á la dama que le regaló aquella alhaja, con quien no habia podido hacer las paces, su ministro le aconsejó aparentar por de pronto el mas completo olvido de lo pasado, pues

de este modo lograria obtener de doña Juana revelaciones íntimas, que pudieran comprometer á su confidente: de aquí resultaria que ésta, resentida ó temerosa de ser castigada, diria cuanto supiese, con tal que se la tratase con dulzura y maña.

«Presúmese que el mismo D. Juan inspiró la carta afectuosa del Archiduque, y que no era estraño á la combinacion francesa de que ya os he hablado, pues por este medio podia conseguir mejor su intento, en atencion á que D. Felipe, mirando á su honra, no dejaria de procurar el rescate de su mujer; y una vez conseguido, la confianza de ella sería ilimitada.

—Pero ese hombre juega con dos barajas, observó el capitan.

—Pues qué, ¿lo ignorabais? Él vá siempre derecho á su objeto, y con tal de alcanzar lo que se propone, poco le importa que el diablo se lleve á todos los príncipes de la cristiandad: hubiérase movido una guerra entre Austria y Francia por su causa, y no se habria inquietado por ello. ¿No ha tenido el descaro de escribir al Rey Católico, hará un mes, diciéndole, que «un príncipe, aunque se titule cristianísimo, puede meter á sus ministros en el infierno, pero no sacarlos del purgatorio?» Esto basta para conocer el respeto con que los mira, y lo dispuesto que estará á sacrificarse por los intereses de nadie.

—¿Y cómo el Archiduque se fia de un hombre tan desalmado?

—¿Creeis acaso que S. A. le conoce? Tiene en él un ministro activo, que le descuida de los negocios; un tesorero que le dá cuanto necesita para sus vicios; y un depositario de los secretos suyos y agenos, que le maneja y le escusa de pensar. Pero volvamos á nuestra intriga: los cálculos de D. Juan Manuel salieron fallidos. Toda la ternura de doña Juana hácia su esposo, acrecentada por las asíduas muestras de cariño que éste le daba, no bastó para arrancarle una palabra capaz de comprometer á ninguno de sus fieles amigos. Declaró á D. Felipe que toda la responsabilidad era suya; que el anillo fué hallado ca-

sualmente y se le presentó creyendo que la pertenecia; y le rogó por último que no le hablase nunca mas de aquel deplorable asunto.

«El gran tesorero volvió entonces sus tiros hácia Leonor: hízola magníficas promesas, asegurándola que el Príncipe solo deseaba dejar bien puesta su honra con la dama del anillo, desengañándola de que él no habia abusado de su confianza; y en una palabra, empleó con ella todos los medios de seduccion que le sugirió su agudo ingenio para hacer que delatase á sus cómplices: pero todo fué inútil, y no podia menos de ser así. El astuto viejo esperó conseguir lo que deseaba por medio del Príncipe mismo, y al efecto hizo que éste tuviese una entrevista á solas con la dama, creyendo que el respeto y el temor vencerian la firmeza, que la sagacidad y el talento no habian podido conmover.

«El resultado de esta entrevista fué muy diferente del que se esperaba: D. Felipe no alcanzó mas que su ministro en cuanto al secreto de la dama; pero quedó prendado de ella, y no tardó mucho en hacerle indicaciones.

Almazan palideció al oir esta revelacion terrible, y como advirtiese que el desconocido, viendo el efecto que producian sus palabras, vacilaba algunos momentos, le dijo con voz sorda y agitada:

—¡Continuad! ¡continuad!

—El Príncipe hubo de consultar esta inclinacion naciente con su privado, quien es de suponer no la aprobase, pero como ella podia ocasionar un rompimiento entre la dama y su señora, y de esta enemistad era fácil que brotára la luz que él apetecia, no dejó de allanar el camino de las entrevistas; aunque aconsejaba á su amo la prudencia, en obsequio á la paz del matrimonio.

—¡Yo mataré á ese hombre! profirió Almazan no pudiendo contenerse.

—O él os matará, que es mas fácil, repuso el desconocido. Calmaos, jóven, y escuchad hasta el fin.

—¡Oh! No; descargad de una vez el golpe fatal que presiento: ¡decidme que Leonor está deshonrada!

—¡Deshonrada! repitió Pero Diablo con una entonacion de ira que hizo retroceder á sus dos oyentes. No; Leonor no está deshonrada, continuó en seguida con acento mas tranquilo.

Y luego, dando á su voz un amargo tono de ironía, prosiguió:

—Aunque las cosas hubiesen llegado al punto que supone vuestra malicia, ¿no sabeis, caballero Almazan, que los príncipes honran todo lo que tocan? Pero no: la noble huérfana tiene bastante orgullo para rechazar ese honor, y ama demasiado á su señora, para cometer contra ella una régia ofensa.

—Lo creo, repuso el jóven; pero seguid. Aunque veo el abismo, quiero penetrar hasta el fondo.

—Necesidad teneis de ello, si amais á Leonor, como no dudo, y si aspirais á poseerla. Mucho tiempo estuvo guardado el secreto de las pretensiones de D. Felipe; y Leonor, acosada entre los asíduos obsequios de aquel y la necesidad de ocultarlos á doña Juana para evitarla el mayor de los pesares, se veia obligada muchas veces á conceder favores, que negados, habrian producido un rompimiento escandaloso. Pero empeñada en salvar su decoro y sus deberes, y debiendo por consiguiente irritar los deseos del Príncipe, no podia ser duradera esta situacion: por otra parte, las imprudencias del amante, y acaso los pérfidos manejos del ministro, comenzaron á dar que decir á mujercillas envidiosas; y Leonor, previendo la gravedad del peligro en que se la ponia, declaró terminantemente á D. Felipe que, si no desistia de su vano empeño, se quejaria á su esposa. En esta crítica circunstancia se aconsejó conmigo.

—¡Con vos! esclamó Almazan, admirado de que la jóven le hubiese dado una muestra tan grande de intimidad.

—Sí, conmigo, repuso Pero Diablo: todo lo consulta ella conmigo.

—Adelante, replicó el jóven.

—La amenaza de Leonor produjo por de pronto el efecto deseado, el Príncipe dejó de importunarla, pero le pidió como gracia y recuerdo de amistad un rizo de sus cabellos, cuya hermosura no tiene igual. La dama se resistió á satisfacer esta exigencia; mas habiéndole dicho el Príncipe que no la dejaria tranquila sino con aquella condicion, accedió á sus ruegos, aunque haciéndole jurar antes sobre el Evangelio que no abusaria de este favor y que sería el último que la pidiese.

«Durante algunas semanas D. Felipe cumplió su palabra; y fuese cansancio ó, lo que parece mas natural, estratagema, trató á Leonor con indiferencia, esperando quizás el efecto que rara vez deja de producir en la mujer un desden oportunamente aplicado. Sin embargo, ella, que le aborrece, sentia un secreto gozo en verse olvidada.

«Por este tiempo llegó á Bruselas el conde de Cifuentes, continuó el desconocido, pronunciando este nombre con repugnancia. Don Juan Manuel le indicó un dia que el rey D. Felipe, (ya se titulaba rey de Castilla, pues hace muy pocos meses de esto), habia mostrado desear que doña Leonor se enlazase con un pariente de su favorito el príncipe de Simáy.

—Sí, ya sabemos eso, dijo Almazan.

—Tened calma, jóven, y no seais tan impaciente, repuso Pero Diablo. El conde contestó que, si bien como tio y padre adoptivo de la dama, estaba pronto á complacer á S. A., temia que las circunstancias del nacimiento de ella fuesen un obstáculo para el caballero de Laxaols.

—¿Pues qué circunstancias son esas? preguntó el jóven con viveza.

—Deben de ser un misterio de familia, señor de Almazan, contestó Pero Diablo, eludiendo la pregunta. Pero la cosa no es

seguramente de aquellas que carecen de remedio; pues D. Juan Manuel se comprometió á componer el asunto con el Santo Padre Alejandro IV, nuestro paisano, que es gran componedor.

—Y tanto como lo es, dijo el capitan: ahí está el duque Valentin D. César Borgia, su hijo, que no me dejará mentir.

—¡Ah! ¿Sabeis esa historia, capitan?

—¿Quereis que no la sepa un veterano de Italia? ¡Pardiez! Su Santidad actualmente reinante hace y deshace con mas libertad de la que tuvo San Pedro. ¡Dios me perdone! Primero procreó cuatro hijos y una hija, la famosa Lucrecia: luego deshizo á su hijo D. César para hacerle cardenal, y por último ha deshecho al cardenal de Valencia para casarle y hacerle duque. Lo único que no ha podido es hacerle bueno.

Almazan, durante esta digresion de sus compañeros, permaneció cabizbajo y distraido, sin atender á lo que decian. De pronto cortó al capitan la palabra, preguntando:

—¿Y qué tiene que componer el Papa? ¿Es acaso pariente de doña Leonor ese caballero con quien intentan casarla?

—No sé que haya tal parentesco, repuso el desconocido: se trata de legitimar á la novia. Esto ha servido para ganar algun tiempo; el suficiente para que yo os avise y os saque de España.

El jóven se apresuró á preguntar con alegria:

—De modo que soy llamado por.....

—Por la Reina, le contestó Pero Diablo, adelantándose á su pensamiento. Doña Juana, conociendo la repugnancia con que su amiga mira este enlace, ha llegado á sospechar por algunas palabras el fin que se propone D. Felipe, dando á una jóven hermosa un marido viejo y ridículo, y por lo mismo ha determinado casarla con vos. Mas para esto era necesario conocer á fondo vuestra decision en favor de la dama, y obrar con prontitud y reserva; esto es lo que yo he procurado hacer. Teniendo que desempeñar otra comision de mi Señora, recibí además el

encargo relativo á vos, y ya sabeis como lo he cumplido. No me era dado proceder de otro modo, por varias razones: la primera, porque tratando el negocio con vuestro padre, habria sufrido dilaciones, y acaso una negativa, en atencion á la poca amistad que media entre él y el conde de Cifuentes; la segunda, porque habria tenido que darme á conocer, lo cual me era imposible; la tercera, porque se necesitaba sobre todo adquirir una conviccion plena de que sois capaz de obrar por inclinacion y no por interés; y en fin, porque así me ha parecido conveniente. Sin esto, nunca os hubiera yo hecho las revelaciones que acabais de oir, y que he permitido escuche el capitan, vuestro amigo, para que comprenda toda la importancia de las noticias que antes le habeis comunicado, y sepa guardarlas.

—Por mi parte, os juro..... comenzó á decir el capitan.

Pero el desconocido le interrumpió mostrándole un puñal y diciéndole:

—No necesitais jurar nada: me basta vuestra palabra. Yo soy el hombre mas leal para amigo; pero como enemigo soy el Diablo en persona: en todas partes me encuentro y en ninguna se me vé. No os digo mas, capitan Bivar: ya sabeis que he tenido en mis manos vuestra vida, y ahora mismo la tengo. Ved donde estais sentado.

El capitan miró alrededor suyo y se encogió de hombros. Pero Diablo le hizo reparar en una piedra circular, que estaba encajada en las demás del pavimiento, y sobre la cual se tenia el taburete que él ocupaba; llevóle en seguida á la claraboya de la galería, y le mostró el precipicio, que se abria debajo, cuyo fondo era el lago.

—Esa piedra, le dijo, servia en otro tiempo de puerta, para bajar por una escalera que ya no existe: para hacer que desaparecieseis en un momento, me habria bastado comprimir un resorte que estaba debajo de mi pié.

—Os doy gracias por no haber tenido una mala tentacion,

repuso el capitan, apartándose con horror de la maldita trampa.

—Pensemos ahora en lo que conviene hacer, continuó Pero Diablo: vos vais enviado á Lope Conchillos de parte del Rey Católico.

—Mas ¿cómo sabeis.....

—Sí, eso es, contestó el agudo desconocido. Yo tengo posada franca en todo el camino que vamos á recorrer, medios para abrirme paso, y guarida en Bruselas donde hospedaros. ¿Pensais acompañarme?

—Os acompaño.

—Pues bien, la noche se acerca: ya debe de estar preparada nuestra comida. Dentro de una hora partiremos.

Esta vez se sirvió á nuestros viajeros un banquete, que pudiera llamarse espléndido, para lo que se acostumbraba en aquella mansion estraña: pusiéronle manteles en la mesa, platos de estaño, y vasos de asta: hubo variedad de carnes, preparadas con diversos condimentos, vinos esquisitos y frutas secas. Los cuatro ermitaños que habian aparecido á la llegada de los tres caminantes, les asistieron con toda puntualidad, cuidando, sin embargo, de tratar á Pero Diablo como pudieran hacerlo con un superior, y escanciándole el vino en una copa de plata. Nunca un mendigo fué obsequiado tan atentamente.

Antes de acabar la cena, mandó el desconocido á su criado Moran ensillarle el caballo y prepararse para seguirle: á poco se acercó á él uno de los ermitaños y le habló al oido. En seguida se levantó, y rogando á sus amigos que le dispensáran la ausencia, salió del refectorio y se encaminó á una vasta pieza, cuyos muros estaban adornados con panóplias y trofeos de armas: del techo pendia una gran lámpara, y en uno de los costados habia un asiento á manera de trono, en el cual se arrellanó nuestro misterioso personage, cubriendo antes sus hombros con un manto de armiños y su cabeza con una especie de mitra: tocó una campanilla, y abriéndose en el acto una gran

puerta, diferente de aquella por donde él habia entrado, aparecieron hasta veinte hombres armados y toscamente vestidos, los cuales saludaron inclinándose con muestras de profundo respeto: estaban en presencia del gran maestre de la Union, y venian á darle cuenta de una de sus romerías.

El que hacía de caudillo de aquella tropa tomó la palabra, refiriendo varias proezas llevadas á feliz término: Pero Diablo se enteró de todo, felicitó á sus súbditos, y recomendándoles la observancia de las reglas de su instituto, se despidió de ellos.

Poco despues Mendez y Almazan le vieron comparecer vestido con un buen trage de camino y con espada al cinto; y juntos con él y con el gigante Moran, prosiguieron su viage, del cual no dice la historia mas, sino que fué afortunado.

CAPÍTULO X.

El alquimista político.

Quince dias habian pasado desde que se partió de Segovia el capitan Rodrigo Mendez. En aquel tiempo todavia se consideraba como un prodigio de actividad el recorrer dos ó trescientas leguas en un mes: sin embargo, hubo un hombre capaz de llegar á Bruselas desde Segovia en la mitad menos tres dias de este período. Verdad es que, favorecido por las autoridades francesas, habia encontrado á su disposicion caballos de posta, pudiendo caminar con absoluta libertad de dia y de noche por el territorio de Francia.

Este hombre se presentó una mañana en el antiguo palacio de los duques de Brabante, colosal edificio fundado bajo la dominacion de la casa de Lorena, y reforzado en varias épocas posteriores por construcciones nuevas, que hacian que ocupase él solo tanto terreno como un pueblo de mediana estension, y que le daban el aspecto sombrío y

la seguridad de una fortaleza: en él residia el archiduque D. Felipe con su esposa y las demás personas allegadas á la servidumbre de entrambos.

El mensagero se apeó delante de la puerta principal del palacio, y haciendo llamar al capitan de la guardia, le mostró un pliego urgente que llevaba de parte de los señores Andrea del Burgo Cremoens y Filiberto de Veré, dirigido á D. Juan Manuel, gran tesorero y secretario íntimo del rey D. Felipe.

Inmediatamente mandó el capitan á un palafrenero encargarse del caballo del enviado, y á uno de los caballeros de la guardia que acompañase á éste á los aposentos de D. Juan Manuel.

Hé aquí la causa de este mensaje estraordinario.

Es de presumir que el lector tendrá presente la jugarreta que hizo Enrique de Almazan al capitan Berrio en el meson de Aranda: en aquellos momentos de apuro no pudo prever nuestro jóven que su burla era fácil se revolviese contra él; pues al encontrarse el fiel servidor de Villena despejado de las nieblas que ofuscaban su entendimiento, y al verse frente á frente de una acusacion tan estraña, como la de haber él engañado al grave embajador de Austria, estrayéndole documentos de seguridad y confianza bajo el nombre supuesto de Pedro Niño, podria fácilmente defenderse, haciendo constar la identidad de su persona, y aguzaria el ingenio para descubrir al autor de la tramoya.

Con efecto, apenas Juan Berrio abrió los ojos á la luz y se vió maniatado y tendido en una carreta, comenzó á bregar para soltarse, y no pudiendo conseguirlo, preguntó á los que le conducian, la causa de su prision.

—Tened paciencia y estaos quedo, buen amigo, le contestó el cuadrillero á cuyo cargo iba. No podeis ignorar vuestro delito, del cual tenemos pruebas irrecusables. Ya os darán cuenta de todo los señores alcaldes del crímen, y si sois inocente, os

pondrán en libertad: si no, harán con vos lo que corresponda en justicia.

Juan Berrio pensó que le habrian preso por obediente á las órdenes de su señor; pues no podia desconocer que el acto de salir á un camino á cautivar á un hombre, era de aquellos que castigaban las leyes: pero reflexionando que la violencia no habia sido consumada, y que, por otra parte, no debia él acusar ni descubrir á su amo, se resignó, protestando solamente que no era culpable de ningun delito, y que en todo caso, como hombre de armas al servicio de la casa de Villena, debia ser sometido á la jurisdiccion de esta.

El cuadrillero le respondió que él cumplia con su deber, conduciéndole ante sus gefes naturales, y no le tocaba indagar ni hacer otra cosa.

Cuando al tercer dia llegaron á Segovia, Juan Berrio fué presentado directamente al Condestable, segun las órdenes que tenia el cuadrillero; y el Condestable, reconociendo en el preso al servidor de Villena, se apresuró á remitirlo á Veré, juntamente con el cuerpo del delito, facultándole para entregarlo al tribunal de la Hermandad ó á la jurisdiccion del Marqués, como mas le agradase. Creyó deber darle esta prueba de deferencia, para desvanecer cualquiera sospecha ó desconfianza respecto á la intervencion del Rey en aquel asunto.

El embajador se encerró con Juan Berrio á fin de examinarle, y á las pocas contestaciones, comprendieron ambos que habian sido víctimas de una burla; pero sin poder atinar de qué modo, ni por quién fuera hecha: el veterano de Villena se pasaba la mano por la frente bañada en sudor frio, pareciéndole estar encantado, pues no conservaba recuerdo ninguno de haber visto antes los papeles acusadores encontrados en su poder, ni del acto de su prision. Mas luego que, con ayuda de las preguntas que le hacía el señor de Veré, se fué despejando su memoria, tomaba el cielo con las manos, al pensar que habia te-

nido entre ellas, sin duda, al supuesto Pedro Niño y le habia dejado escapar, quedando preso en lugar suyo.

Entonces refirió al embajador todo lo que le habia sucedido con el capitan Bivar y su compañero, procurando atenuar el mal efecto de su doble derrota, y suplicándole que intercediese con el marqués de Villena para alcanzar el perdon de su falta. Dió minuciosamente las señas de los dos viajeros, y por ellas y por el nombre de Enrique atribuido al mas jóven, llegó á sospechar el señor de Veré que éste fuese el hijo del montero mayor, de cuya desaparicion se habia hablado mucho aquellos dias.

En consecuencia de esto, escribió en el acto á D. Juan Manuel, avisándole que el rey D. Fernando mantenia correspondencia secreta con su hija; que acababan de partir dos emisarios á Bruselas, uno de los cuales debia de ser Enrique de Almazan, segun todas las probabilidades, y el otro un capitan Bivar de tales y tales señas: le advertia que estuviese muy sobre sí, pues recelaba que el Rey Católico hubiese interceptado cierta carta importante, dirigida á su prisionero el duque de Valentinois ó Valentin, como vulgarmente le llamaban, y presumia que aquel mensaje tuviese relacion con la misma.

Inmediatamente despachó un correo, ganando horas, con esta misiva, y él era el que acababa de parar delante del palacio de la corte de Bruselas, á los quince dias de haber emprendido la marcha el capitan Mendez.

Cuando el correo se presentó en la antecámara de D. Juan Manuel, estaba éste sentado detrás de su mesa de despacho, teniendo delante multitud de papeles revueltos, y haciendo anotaciones y cálculos: sus cejas, apenas perceptibles, se contraian por un esfuerzo de atencion, y sus ojillos grises lanzaban destellos de luz: la actitud en que estaba disminuia considerablemente á la vista su estatura pequeña, contribuyendo además á esto mismo el color negro de su sencillo trage, sobre el cual brillaba, como única distincion de su dignidad, la cadena de la órden

borgoñona del Toison de oro; y á no ser por algunos movimientos de impaciencia que hacía de vez en cuando, para apartar un mechon rebelde de cabellos canos, que le quedaba aislado en medio de la calva frente, habria pasado desapercibido para un estraño que entrase de pronto en el aposento.

En un rincon de éste habia otro personage raquítico y enfermizo, cuyos cabellos de color ceniciento le caian lácios sobre la espalda: tenia la piel del rostro arrugada, como pergamino tostado, aunque podria contar todo lo mas treinta y cinco años de edad; y le afeaban estraordinariamente unas barbillas rubias, que le nacian dispersas alrededor de su ancha boca: era un sér en estremo grotesco, dotado por la naturaleza de un espíritu claro, pero inquieto y maligno. Vestia con magnificencia estremada: sin embargo, aunque su traje era hecho de las mas ricas telas que habian salido de los talleres holandeses, la brillantez de los colores y lo exagerado de los dibujos y adornos le daban un aspecto estravagante y ridículo: en la cabeza llevaba una gorra de escarlata, parodiando á una corona, con cascabeles de oro por todo ornato, y al cuello una argolla del mismo metal con el escudo de armas de Austria.

Este hombre estaba montado á caballo en una silla que habia tendido en el suelo, y se ocupaba en recortar con unas tijeras un pliego de papel, mirando al gran tesorero de vez en cuando con aire malicioso.

—A ver, Juanico, papá Juan, decia en lengua francesa: deja esos mamotretos y vuélveto hácia mí, para que yo vea bien ese borrego que te ha colgado al cuello mi amado hijo Felipe.

—Oye, Gilito, le contestó D. Juan Manuel, suspendiendo un momento sus graves tareas: vete á divertir al Rey nuestro señor, que para eso te tiene, y déjame, querido.

—No entiendo las indirectas, repuso el hombrecillo: déjame, papá Juan, siquiera hasta concluir esta insignia: yo tambien quiero ser caballero del Toison.

Hablando así, dió una tijeretada y rompió el collar de papel que estaba haciendo.

—¿Ves lo que has hecho, Juanito? esclamó acercándose rápidamente á la mesa y llevando, cogido con ambas manos de las dos puntas, el collar roto.—¿Ves lo que has hecho por desatenderme? Has dado lugar á que se rompa la cadena de los caballeros del Toison, mas insigne. Dame, dame otro papel, añadió tomando uno de los que habia sobre el bufete.

—¿Qué haces, loco? dijo el ministro, apresurándose á quitarle el papel de la mano.

—¡Ah! Perdona: no habia reparado que era uno de los embolismos de tu amigo el cardenal de Ruan. Pero yo necesito un papel, sea el que quiera; y... mira: no perderias nada en darme ese; pues tengo para mí que te han de volcar el juicio estas cosas del cardenal francés.

—¿Por qué lo dices, Gilito? preguntó el ministro con dejadez, como si hablase por decir algo.

—¿Por qué ha de ser? contestó el loco: ¿quién quieres que se interese por tu salud, si yo no lo hago? ¡Ingrato! Ni siquiera conoces mi cariño. El cardenal te quita el sueño con sus papelotes.

—¿Has visto ya esta mañana á la Reina?

—¡Guárdeme Dios! No, Juanito, no, Felipe tiene celos de mí, bien lo sabes, y yo no quiero darle motivos de resentimiento.

—¡Celos de tí!....

—¿Qué tiene eso de estraño? Como ahora está enamorado de su carísima esposa, es natural que le haga sombra un mozo de mis prendas. Pero dime: ¿te parece que le durará mucho ese acceso de amor conyugal?

—¿Por qué no ha de durar? Responde.

—¿Qué sé yo, papá Juan? Estando tú de por medio, no es de temer que se altere la dulce paz del matrimonio. Pero se me antoja que la Reina vá pronto á tener celos del cardenal de

Ruan, por poco que éste adquiera la intimidad de su amado Felipe.

—No sería imposible, puesto que su Ema. lleva faldas. ¡Ea! Déjame, y no te metas en lo que no te importa.

En este momento anunció un portero al correo de España. Este entró y puso en manos de D. Juan Manuel el pliego del señor de Veré, de que antes hemos hablado.

Abriólo el ministro sin precipitacion, y leyó la carta con calma fria, mientras el bufon de D. Felipe, recogiendo la cubierta que aquel habia dejado caer, se retiraba á su ángulo y se entretenia en cortar de ella su collar del Toison.

La actitud de D. Juan Manuel en estos momentos era grave, cual convenia á una persona de su alta gerarquia, pero su rostro no revelaba ninguna emocion interior. Luego que acabó de leer, volvió la carta para mirarla rápidamente por el reverso, y en seguida la dobló y guardó en un bolsillo de su jubon.

—Está bien, dijo dirigiéndose al mensajero, que permanecia en pié á una respetuosa distancia.

—¿Qué camino habeis traido?

—El de París, contestó el correo.

—¿Y no habeis encontrado en él á nadie?.. ¿No habeis dejado atrás algun paisano nuestro?

—No he visto ninguno desde que entré en Francia.

—Podeis retiraros á descansar: entendeos con el señor Juan Edin, aposentador de S. A., y estad dispuesto por si tuvieseis que partir esta tarde ó mañana.

El correo salió, y D. Juan Manuel se puso á pasear á lo largo de la estancia. De pronto se detuvo, y volviendo á la mesa, comenzó á coordinar los revueltos papeles.

Otra vez le interrumpió el portero, anunciando á un enviado del conde de Cifuentes.

—Ahí está tu negocio, papá, dijo el bufon: tambien me parece que ese nuevo enviado trae la discordia al matrimonio.

Pónmelo tú, que eres caballero.

—Gilito, le respondió el ministro: vé á la repostería y dí de mi parte que te dén una botella.

—¡Hola! ¿No quieres que presencie yo tu entrevista con el emisario del tio de la novia del primo del favorito de mi amado hijo Felipe? ¡Bueno, bueno! Me voy. Pero antes hazme la merced de darme la investidura de la órden sublime. Toma el collar y pónmelo, tú que eres caballero.

Diciendo así, le presentaba el cerco de papel que habia cortado á manera de cadena, formando la insignia del Toison con el sello del señor de Veré pegado á la cubierta de su carta. El gran tesorero le repelió mandándole salir, sin querer tomar parte en la ridícula ceremonia que el bufon le proponia, y diciéndole que fuese á condecorarse en la bodega de palacio.

A este tiempo entró el mensajero: no era otro que nuestro conocido el capitan Mendez, quien, habiendo saludado cortesmente al ministro, aguardó junto á la puerta hasta verla cerrada detrás del bufon.

—¿Qué me traeis de parte del señor D. Juan de Silva? preguntó D. Juan Manuel.

Rodrigo Mendez miró alrededor, como queriendo interrogar con la vista si algun tercero podria enterarse de lo que iba á decir.

—Estamos solos, repuso el ministro: hablad.

—Señor, dijo entonces el capitan: nada os traigo de parte del conde, sino del Rey gobernador. El nombre de Cifuentes no es mas que un santo y una seña, hablando en términos de mi profesion.

—¿Sois guerrero de oficio?

—Capitan de Italia, para servir á vuestra señoría.

—¿Y qué os ha dado para mí el rey D. Fernando? Veamos.

Rodrigo sacó un pliego que traia oculto debajo de su coleto y lo entregó á D. Juan Manuel, diciéndole:

—Aquí teneis lo que se ha dignado confiarme S. A., encargándome el secreto.

El gran tesorero abrió el pliego, y habiendo leido algunas líneas no mas de su contenido, lo volvio á cerrar y preguntó al capitan:

—¿No traeis algun otro encargo?

—Traigo un empeño para vuestra señoría, repuso Mendez, eludiendo la pregunta. Como la guerra de Italia parece estar concluida, puesto que se ha dado órden al Gran Capitan de enviar á España la mayor parte de su gente, y como yo no estoy á gusto donde no hay bulla, y sobre todo, donde las pagas andan atrasadas, he pedido licencia al Rey gobernador para venir á entrar al servicio de S. A. el Rey Archiduque, nuestro señor, por si se digna emplearme en la guerra de Güeldres ó en cualquiera otra parte.

—¿Y el Rey Católico os la ha concedido de buen grado?

—Sin duda; puesto que habiéndole presentado mi memorial por medio del señor doctor Yanguas, que me conoce bien, su alteza me mandó llamar y me dijo, que le placia mucho mi determinacion; que sus leales servidores debian serlo tambien de sus augustos hijos; que unos mismos son y deben ser los intereses de Castilla y Austria; y que por lo tanto aprovechaba la ocasion de mi venida para confiarme la carta que os he dado, la cual podria servirme para merecer el amparo de vuestra señoría: encargóme el secreto, ó por mejor decir, que nadie mas que vos tuviese noticia de esto; diligencia escusada, pues un soldado sabe bien que ha de guardar la consigna, désela el rey, désela el cabo de su escuadra.

—Nada mas justo, repuso el sagaz ministro, á quien iba pareciendo bien el carácter del capitan. Yo os haré alistar al servicio del Rey, procurando adelantaros, si os portais bien. Decidme vuestro nombre.

—Rodrigo de Bivar.

—¡Famoso nombre! Os llamais como el Cid. Bivar, Bivar, repitió D. Juan sacando la carta de Veré, y echando sobre ella una rápida ojeada.–Eso es, Bivar. ¿Habeis venido solo?

El capitan titubeó un momento antes de responder á esta pregunta: recelando que el sagaz ministro tuviese algun indicio de la venida de otras personas en su compañia, y pareciéndole imposible que supiese el nombre de su jóven amigo, pues ignoraba el suyo, prefirió, en la duda, manifestar que no era solo, y sostener al mismo tiempo la ficcion en que ambos habian convenido. No hallaba inconveniente en obrar así, porque habiendo habido un cambio casi completo de personal en la servidumbre de los nuevos reyes, desde que entró á privar D. Juan Manuel, los pocos sugetos que quedaban en la corte de los que acompañaron á los Príncipes en su viaje á España eran altos personages, con quienes el jóven no llegó á tener trato ninguno durante su fugaz permanencia en el séquito de aquellos. Podia, por lo tanto, presentarse en palacio sin peligro de ser conocido, bajo una apariencia humilde, espiar una ocasion para descubrirse á Leonor ó á la Reina misma. Esto en el caso de que Rodrigo entrase á servir en la corte, pues no siendo así, habria que apelar á los recursos que tuviese Pero Diablo.

—Solo..... dijo el capitan, no: con mi escudero: un muchacho de veintidos años.

—Está bien, capitan Bivar, repuso el gran tesorero. ¿Teneis ya posada?

—Tengo y no tengo: he parado en un meson público allá..... no sé dónde: hácia esa torre altísima que se vé desde muy léjos.

—Ya sé: la Casa de la villa. Pues bien, veníos á palacio, y aquí os podreis aposentar mientras os doy colocacion. Yo tambien soy muy contento de que mis compatriotas vengan á estrechar los vínculos de union entre las casas de nuestros reyes.

Presentaos al señor Juan Edin de mi parte, y aguardad que se os den órdenes. ¡Adios!

El capitan se retiró muy satisfecho de esta audiencia, que le preparaba el terreno para sus segundos fines: y no se crea que procedia con doblez, ó faltando á los compromisos de un soldado: ejecutaba simplemente las órdenes del Rey Católico y creia servir, como habia dicho, á éste y á sus hijos, considerando unos mismos los intereses de ambas partes.

Luego que D. Juan Manuel quedó solo, se puso á leer con detencion la carta que le escribia el rey D. Fernando.

Decíale éste en sustancia, que no podia serle desconocido su buen deseo de retribuirle largamente los muchos é importantes servicios prestados por él á su casa, primero en Portugal y despues en Austria y Roma, como negociador y secretario suyo y de la difunta Reina; que este deseo se traduciria en obras, si él quisiese, sin que tuviera necesidad de faltar á lo que un buen vasallo y un caballero debian á sus reyes y á su honra; muy al contrario, dando á unos y otra lo que les correspondia: que no ignoraba las intrigas puestas en juego por los enemigos del bien suyo y de sus amados hijos para desunirlos, abusando de la natural bondad de D. Felipe y sembrando la zizaña, donde por los vínculos de la naturaleza y por los del interés no debiera haber sino un solo corazon y un solo pensamiento que meditase cuanto daño habia de resultar de esto á la sucesion de los nuevos Reyes, sobre cuya vasta herencia tenia puestos los ojos con envidia y temor el rey de Francia: que éste anhelaba desmembrar los diversos dominios llamados á recaer bajo la mano del infante D. Cárlos, y los que favorecian tales designios conspiraban contra la prosperidad de Castilla. Le recordaba las alianzas hechas por D. Felipe con el rey Luis; alianzas abiertamente hostiles á sus propios intereses y nada honrosas para un hijo: los tratos que á la sazon tenia con aquel monarca sobre el reino de Nápoles y el ducado de Milan; y le espresaba que nada de esto

podia hacerse, ni era concebible, sino mediando pérfidos consejos. Por último, le decia que no dudaba estuviese en sus manos evitar los daños que amenazaban, procurando la concordia y union entre él y su yerno, en vez de consentir que éste se dejase gobernar por sus naturales enemigos: que seguramente podia hacerlo, y que por este servicio, en que estaba interesado su honor, le daria tan magníficas recompensas, como en ningun tiempo se hubiesen dado á un fiel ministro.

Acabada de leer esta carta, que no hemos reproducido íntegra por su mucha estension y por no fatigar á nuestros lectores, D. Juan Manuel se sonrió malignamente, y dijo hablando consigo mismo:

—Esto tambien es oro.

En seguida, volviendo á examinar la carta de Veré, murmuró:

—Tenia razon el buen Filiberto; pero él no sabe por qué don Fernando se ha valido en esta ocasion de un mensajero secreto: ya se vé; creeria que yo soy capaz de dejarme seducir por sus magníficas promesas, y no querria que nadie se enterase de nuestros tratos. ¡Oh! Y cómo te engañas, Rey Católico: no tienes tú dinero para pagar mi fidelidad.

Diciendo esto, soltó una carcajada irónica.

—¿Y este otro mensajero que aquí me anuncia el bueno de Veré? ¿Será cierto que traiga la manzana de la discordia? Traiga lo que quiera, no he de meterme á estorbar sus acciones: obre cada cual en la línea de sus deberes, que yo cumplo los mios sirviendo al Rey Archiduque. Si las marrullerías del *zorro catalan* apresuran un rompimiento, allá carguen otros con la responsabilidad. ¿Qué me importa eso?

«Pero, añadió despues de una breve reflexion: yo recuerdo este nombre de Enrique de Almazan, y no es esta la primera vez que me bulle en la cabeza. ¡Cuándo ha sido, señor!.... ¡Cuándo! Ha de hacer de esto mucho tiempo. Ya veremos, ya

veremos..... Almazan..... El secretario íntimo de Fernando así se llama; pero es Miguel: su primo, el montero mayor..... tampoco es Enrique. ¡Bah! El resultará. ¿Qué necesidad tengo de romperme los cascos? Pero Veré me lo nombra como si fuese persona muy conocida: quizá Filipito sabrá mas que yo. Voy á ver si se ha levantado, y qué me dice.

Al formar el ministro esta resolucion, oyó una salva de aplausos y gritos de bulliciosa alegria, sobre los cuales resaltaba la voz briosa y atimbrada de D. Felipe, dominando aquel tumulto de placer.

Don Juan abrió una ventana, que tenia las vistas á los jardines del palacio, vergel magnífico de grande estension, por medio del cual pasaba el rio Senne, y que cultivado por jardineros holandeses, encerraba la mas rica coleccion de flores que se conocia en aquellos tiempos: á lo léjos el jardin degeneraba en parque cubierto de frondosos arbolados; y cerca de los muros del palacio, entre dos alas salientes del edificio, con apariencia de fuertes torres, una de las cuales ocupaba D. Juan Manuel y la otra la Reina, se estendia un ancho terraplen, cubierto de césped y adornado por la parte esterior con estátuas y balaustradas de mármol: una escalera espaciosa y dos rampas rústicas con escalones de musgo servian para bajar á los jardines, y al pié de una de estas últimas merecia llamar la atencion la estátua de Diana cazadora, recientemente construida y puesta junto á un bosquecillo deliciosamente sombrío.

Al asomarse D. Juan Manuel á la ventana, las sombras de palacio cubrian casi todo el terraplen, y habia en éste diez ó doce personas, que eran, aunque no todas, las que causaban la algazara oida poco tiempo antes. El rey D. Felipe estaba en un estremo, en mangas de camisa, teniendo á su espalda al señor de Fresnoy, veterano encanecido en la guerra, y en las antesalas, á otros cuantos cortesanos y á su médico de cámara Ludo-

vico Marliano, milanés de mucho talento y de carácter apacible. Distribuidos convenientemente á lo largo del terraplen y enfrente del Rey, habia varios jóvenes, entre quienes se distinguia por su gallarda presencia el príncipe de Simáy: jugaban á la pelota, y formando ángulo con los jugadores, estaba Gilito subido en la balaustrada y cubierto con un enorme broquel, que necesitaba sostener con ambas manos para manejarlo.

Quien viese al jóven Rey en aquella situacion, habria confesado que con justicia se le llamaba hermoso: la fatiga del juego realzaba el color sonrosado de su rostro y animaba todas sus facciones proporcionadas y en particular sus bellos ojos azules; habia desordenado sus cabellos rubios como el oro, los cuales, aunque lácios, formaban á la sazon suaves ondas bajo el birrete de terciopelo adornado con pedrería. El desaliño de su trage y compostura, léjos de sentarle mal, descubria, por el contrario, las perfecciones de su cuerpo, aunque mediano, admirablemente formado; y sin duda hubiera atraido las miradas de una mujer sensual el tinte de rosa que sus frescas y saludables carnes comunicaban á la fina y transparente camisa.

Don Felipe se embriagaba con el juego, como un niño aturdido: en aquellos momentos habia tomado por juguete á su bufon y se divertia en hacerle blanco de todas las pelotas que le enviasen sus favoritos; y como era escelente jugador, llovian los golpes sobre el mísero Gil, que, colocado entre un precipicio y un rey, hacía la mas triste figura del mundo, procurando guardar el equilibrio sobre la baranda y parar los pelotazos con el escudo. Seis de ellos acababa de acertarle el Príncipe en menos de medio minuto, y esta prueba de habilidad, habiendo partido las pelotas de diferentes manos, fué lo que arrancó los aplausos y aclamaciones que distrajeron á D. Juan Manuel.

—¡Vengan mas! ¡vengan mas! gritaba el Rey riendo con loca alegria. Que no se corte el hilo. ¡A ver si enseño yo á este bribon á mofarse de la órden del Toison de oro!

—Felipito, hijo de mis entrañas, decia el bufon; cuidado lo que haces, que vas á saltarme algun ojo y á dejarme feo. ¡Paf!.. ¡paf!.. ¡paf!.. ¡Ya escampa! ¡Por Dios, hijo, por Dios!-Mira, allí asoma papá Juan, que tambien, como yo, se ha hecho caballero del Toison: envíale una guinda.

El Rey alzó la cabeza y, viendo á D. Juan Manuel en la ventana, le despidió una pelota, que llegó hasta él silbando como una bala y rompió los vidrios.

Esta humorada fué recibida por parte del ministro con una sonrisa y un profundo saludo, y por la de los demás cortesanos festejada con otra salva de aplausos.

Sin embargo, D. Juan Manuel se retiró de la ventana y volvió á sus negocios.

—Ese jóven loco, dijo para sí, tiene ya entretenimiento para un rato. Veamos de entretenernos por nuestro lado en cosas mas útiles: cada edad tiene sus diversiones.

Y repasando la carta del Rey Católico, añadió:

—Esta es una comunicacion reservada: ¿quién lo duda? Saquemos de ella copias para que sepan mis amigos que el rey Fernando quiere comprarme y para que formen una idea de lo mucho que valgo. Con diez habrá bastantes: una para mi amigo el cardenal de Roan, otra para el César, otra para el Papa y otras cinco ó seis para mis auxiliares de Castilla. Eso es: así verán todos que D. Juan Manuel se vende caro. ¡Pardiez! No sabe el raposo catalan cuanto le agradezco sus ofertas.

Diciendo así se levantó, llamó á un secretario y le mandó sacar diez copias de la carta: en seguida guardó todos los demás papeles debajo de llave, y se entretuvo ganando tiempo, hasta que vió concluida la primera copia: entonces tomó el original, se lo metió en el bolsillo, y dejando encerrado al secretario, bajó al jardin á felicitar al Rey por su estremada habilidad en el manejo de la pelota.

CAPÍTULO XI.

Continuacion del anterior.

Sois el mas diestro jugador de pelota de todo el Romano imperio, Señor, dijo D. Juan Manuel acercándose al grupo donde estaba D. Felipe.

—¡Adios, mi dinero! esclamó el Rey: se aguó la fiesta. Ya está aquí D. Juan, ó lo que es lo mismo: ya se acabó la diversion.

—¿Por qué, Señor?.... repuso el ministro haciendo una graciosa cortesía. Si mi presencia solo puede turbar vuestros placeres, fácil es el remedio: me retiraré.

—No es eso, D. Juan; puedes quedarte, si no vienes á perseguirme con tus malditos negocios: en otro caso, vuélvete á tu huronera, y no me hables una palabra.

Gilito, aprovechando los momentos de tregua que le daba este diálogo, bajó de su pedestal y se acercó por detrás á D. Juan Manuel, á quien dijo en voz baja:

—Papá Juan, háblale de los negocios del conde de Cifuentes.

—¡Perro! esclamó el rey encendido en arrebatada ira. ¿Cómo te atreves á dejar tu puesto sin mi espreso mandato? ¡A ver! Que le den cien azotes.

—¡Piedad, Señor! dijo el médico Marliano interponiéndose: perdonadle por esta vez.

—¡No le perdono! profirió el Rey mas irritado aun: ¡que le den doscientos, trescientos azotes!

El bufon, que conocia mejor que nadie el humor de su amo, dobló una rodilla y dando á su rostro un aire de compuncion en estremo grotesco, esclamó:

—¡Mira lo que haces, Felipe! Yo rehuso tus dádivas: no quiero que por mí te arruines, hijo mio.

El Rey soltó una carcajada, y Gilito se levantó de un brinco, haciendo una pirueta y arrojando por alto su gorro con cascabeles.

—Acordaos de que den luego diez florines á ese truhan, dijo D. Felipe á su tesorero: ahora venid, pasearemos un rato.

Y habiéndose puesto el tabardo, que tenia un camarero mientras él jugaba, se apoyó en el brazo de D. Juan Manuel y bajó á los jardines seguido de los demás cortesanos.

—¿Qué decia Gilito del conde de Cifuentes, D. Juan? preguntó el Rey. ¿Es verdad que has recibido hoy cartas de España?

—Es verdad, Señor; pero Gilito no sabe lo que se pesca: yo no le comunico mis secretos.

—Haces bien, porque es un charlatan, y yo me voy hartando de él. Pero, en fin, ¿qué noticias tenemos?

—Veré me ha escrito avisándome lo que puede ver V. A. por esta carta, dijo el ministro entregándosela. Supongo que será todo sospechas infundadas; porque uno de esos mensajeros se-

cretos de que me habla, está ya en Bruselas, y es portador de un pliego del rey Fernando, dirigido á mí.

—¡Calla! ¿Qué dice este hombre? esclamó D. Felipe, golpeando con el revés de la mano la carta de Veré.—¡Don Juan, don Juan! Es indispensable que no se nos escape este mozo, este Almazan: hace ya tiempo que deseo echarle la garra.

—¿Os parece que pueda seros perjudicial?

—¿Pues no sabes quién es? Sí, hombre, debes acordarte precisamente..... Aunque creo que no estabas tú en Castilla cuando sucedió aquello: pero debes tenerlo presente.

—Si os dignaseis ayudar á mi memoria..... Ya se vé, tengo tantas cosas en la cabeza.....

—El page que llevó el anillo á Germana.

—¡Ya! esclamó D. Juan Manuel, en cuyos ojos brilló un relámpago de ódio. Ahora comprendo. Pero yo creia que hubieseis olvidado ya eso.

—¡Olvidarlo! ¡Pardiez! Hay cosas que no se olvidan fácilmente, D. Juan: tú no sabes los desaires que he sufrido por causa de ese perillan; y si tanto he deseado y deseo hacerme rey absoluto de Castilla, es por poder cortarle la cabeza, como lo tengo jurado.

—No está bien la venganza en los príncipes, Señor, dijo el astuto ministro: sin embargo.....

Don Felipe le interrumpió diciendo:

—Qué, ¿tambien tú te has vuelto predicador? Advierte que no me gustan los hipócritas, como mi suegro; y á tí te quedan algunos resabios del tiempo en que le has servido. Yo no me vengo: castigo á los que delinquen contra mí.

—Eso es precisamente lo que á deciros iba, cuando me habeis interrumpido: que los reyes pueden vengar los ultrages que contra ellos se cometen; porque así lo exige el justo desagravio de su autoridad ofendida. Si no, ¿cómo se harian respetar y temer?

—¡Ah! ya: convienes conmigo en que debo castigar á ese infiel criado.

—Ciertamente: vuestro buen juicio ha comprendido lo que á la política y á la dignidad del trono corresponde.

—Además, añadió D. Felipe con el ímpetu que era propio de su carácter; tú no sabes, porque esto es un secreto, que se ha sospechado mal de las relaciones de ese jóven con la Reina, y se me han hecho burlas sobre ello.

—¡Cómo! ¿Sería posible?

—Bien conoces el genio satírico de las francesas. Un dia, dándome quejas Germana sobre que yo hubiese tenido la debilidad de entregar á mi mujer el anillo,—ya ves, que esto es un disparate, pero no hay fuerzas humanas que se lo quiten de la cabeza,—digo, que dándome quejas sobre eso, me insinuó con mucha gracia, que acaso estaria mejor informado que yo el hermoso jóven, el confidente íntimo de mi esposa. ¿Comprendes la alusion?

—¡Sería bueno que tuvieseis celos de la Reina!

—No: yo no tengo celos. Pero mi honra padece, y ¡vive Dios, que no me dejaré burlar! Hasta hoy no he dicho á nadie una palabra de esto; pero lo tengo guardado, y algun dia saldrá todo.

—Así debe proceder un príncipe prudente. Nada, ni el mas somero indicio de resentimiento conviene dar á conocer por ahora, por si resulta cierto que Enrique de Almazan trae un mensaje secreto á la Reina.

—¿Cómo es eso?

—Sí: seguramente no habeis acabado de leer.

—No: el nombre de ese canalla me ha hecho subir la sangre á la cabeza. Esplícame, esplícame.

—Dice Veré, que sospecha que el Rey Católico mantiene correspondencia secreta con su hija, y que al efecto han salido de Segovia dos emisarios: el uno es el capitan Bivar, que me ha

traido una comunicacion reservada: el otro es ó debe de ser Almazan.

—¡Hola! ¿y qué te dice mi señor *ayo* en su comunicacion reservada?

—Cosas que siento participar á mi Príncipe, porque han de darle disgusto; pero que mi lealtad no me permite callar. Me hace grandes ofrecimientos y promesas de recompensarme, si consigo lo que ya sabeis; que haya union entre vos y S. A. para reinar juntos y teneros bajo tutela, como pretende: supone que os dejais gobernar por malos consejos, y que de mí depende principalmente haceros mudar de conducta; en atencion á que,-y son sus mismas palabras,-vos no os apartariais de lo que la razon de Estado y los vínculos del parentesco exigen, á no haber quien, intrigando, abusa de vuestra natural bondad.

—Pero, D. Juan: eso es llamarte intrigante y á mí tonto. ¡Mi natural bondad! La espresion es muy suave, muy diplomática; pero no la paso. ¡Que me dejo gobernar! Vamos, mi señor ayo se ha figurado que soy un borreguito para esquilar. ¿Estás cierto de que dice eso?

—Dice mucho mas, Señor, repuso D. Juan: si V. A. quiere, le leeré la carta, pues aquí la traigo: yo no tengo secretos para mi amado Soberano.

—Sí, sí: vamos á sentarnos á la sombra de aquellos árboles junto á la estátua de Diana, y me leerás eso.

El Rey y el ministro se acercaron á un banco de piedra que habia en el lugar designado, y en el cual tomó asiento el primero, quedándose el segundo en pié y con la gorra quitada, mientras los demás cortesanos tambien descubiertos formaban grupos á una distancia respetuosa y murmuraban del escesivo valimiento de D. Juan Manuel. Su asombro creció juntamente con su envidia, cuando vieron que D. Felipe mandaba al gran Tesorero cubrirse y sentarse á su lado.

La carta del Rey Católico contenia pasages llenos de justa,

pero amarga censura contra muchos de los actos públicos del Archiduque; y si bien el político monarca habia procurado suavizar la dureza de sus amonestaciones, haciendo recaer las culpas en terceras personas y salvando las intenciones de su yerno, sin embargo, un hombre hábil podia esplotar las quejas y hasta las salvedades, sobre todo teniendo por oyente á un jóven de pocos alcances, mal prevenido y lleno de vanidad. Don Juan Manuel no dejó de aprovechar todas estas circunstancias, recargando el acento sobre las palabras que mas podian herir el orgullo de D. Felipe, y haciendo que éste tomase como ofensas propias las invectivas dirigidas contra su pérfido consejero.

A cada período se detenian, el uno para comentarlo en el sentido mas odioso, el otro para prorumpir en esclamaciones de ira.

—Ved cómo trata de halagarme, decia D. Juan Manuel, y cómo me tienta con promesas y con llamamientos al honor. Y advertid que la carta es reservada. ¿Es posible que un príncipe tan sagaz no haya aprendido á conocerme? Pues qué, ¿para cumplir un hombre con sus deberes, necesita andar en tratos ocultos, ni que le den magníficas recompensas?

—¡Ya! ¡ya! esclamaba el Archiduque: la intencion se vé venir: te quiere comprar.

—Aquí entra lo bueno, añadia el ministro, despues de leer otro párrafo. Las intrigas que se ponen en juego, abusando de vuestra natural bondad.

—¡No, no, señor padrastro! reponia D. Felipe: ¡soy yo quien obra, yo! Algun dia lo verás, cuando te haga salir de Castilla mas que á paso, y cuando te eche de Italia.

—No piensa así S. A., pues quiere que no haya mas que un corazon y un pensamiento.

—Sí, ya se entiende, el suyo; mandar sobre todo y hasta sobre mí. Pero se equivoca.

—No penseis mal, Señor: lo que quiere es libraros de la tutela y de las intrigas del rey de Francia: oid lo que sigue:

Leyó D. Juan varios párrafos, y el Archiduque le interrumpió diciendo:

—Eso le duele, sí, el rey de Francia; mi natural enemigo, como le llama: un rey que me trata como á hijo, y con quien me comprometió haciéndome faltar á mi palabra. ¿Pero qué es eso que dice de Nápoles y Milan? ¿Ya lo sabe?

—Sin duda, Señor: y es menester apresurar la ratificacion del tratado que tenemos pendiente con Francia, dando á aquel rey la investidura del ducado de Milan, para que él os ceda sus pretensiones sobre Nápoles y os ayude á tomar posesion libre de los reinos de Castilla.

—¿Cómo está eso, D. Juan? ¿Se nos entrega Gonzalo de Córdoba?

—El Gran Capitan se alzará con el reino de Nápoles por V. A., ó será echado de allí por D. Fernando mismo: de un modo ó de otro teneis aquello seguro; porque faltando Gonzalo, no hay general ninguno que se sostenga en Italia contra los brillantes ejércitos franceses, que V. A. mismo podria conducir á la victoria, en caso necesario.

Esto era hablar al sentimiento mas vivo de un jóven príncipe de aquellos tiempos, y sobre todo siendo prematuramente ambicioso como D. Felipe. Así es que éste recibió la indicacion de su privado con un movimiento de júbilo verdaderamente insensato.

—¡Bien! ¡Bien, D. Juan! esclamó levantándose y dando palmadas: ¡iremos á la conquista! Eso me gusta.

Y añadió acercándose al ministro y hablándole al oido:

—Sobre todo en Italia, donde diz que hay unas muchachas muy lindas. ¡Eso! ¡Eso! ¡á la conquista! ¿Es verdad que el duque Valentin se llevó de una vez treinta doncellas á su palacio de Roma?

—Eso fué cuando el saqueo de Cápua. No se llevó treinta, sino cuarenta, y de las mas hermosas.

—¡Qué bribon!

—Entonces era cardenal; mas ahora paga sus travesuras en la Mota de Medina del Campo.

Como una roca en medio de un arroyo hace que se desvie el curso natural de las aguas, así este recuerdo torció de repente el giro de la conversacion.

—¿Qué tenemos de Roma? preguntó el Archiduque.

—Nada todavía, Señor. Supongo que me preguntais por el asunto de la legitimacion de la bella Diana.

—Precisamente. Pero, ¿en qué está eso detenido?

—Su Santidad no quiere dar un paso, sin que antes se le presente una declaracion de conciencia de la madre abadesa de las Huelgas de Valladolid; y podreis recordar que Pero Diablo fué por ella, y aun no ha vuelto.

—¡Qué escrupuloso se ha vuelto Su Santidad! ¿De cuándo acá? No necesitó tantos requisitos para convertir á su hijo César Borgia en hijo de Domingo Ariñano, á fin de darle el capelo. ¿No le has ofrecido nada?

—Señor, estos asuntos son delicados, y no conviene mostrar en ellos un interés muy vivo.

—¡Pardiez! vosotros, los viejos, teneis la sangre fria, y todo lo tomais con una calma capaz de desesperar á un santo. No, pues como el Papa no me despache pronto, acudiré al Diablo.

—¡Qué cosas decís!

—No lo tomes á broma, D. Juan: me tiene ya desesperado esa muchacha, y haré cualquier disparate. ¡Pues no digo nada, el majadero de Láxaols! ¿Qué le importaba, para casarse, que su mujer fuese bastarda ó negra de Guinea? ¿Tenia mas que hacer lo que yo le mando? En verdad te digo, D. Juan, que soy el hombre mas desgraciado del mundo. En todo encuentro dificultades y estorbos.

—No hay que desmayar, Señor, una plaza sitiada, resiste; pero nunca deja de rendirse, habiendo constancia. Bien es verdad que no valdria la pena de que os tomaseis tanta molestia por una jóven de su clase, que osa menospreciar vuestros obsequios.

—¡Calla! ¡Calla! Tú no estás en edad de comprender estas cosas, D. Juan. No sé lo que es; pero la obstinada resistencia que me ha opuesto siempre Leonor, me enloquece y me saca de tino. ¿Lo creerás? No es amor lo que la tengo: hay ratos en que la ódio como á mi mayor enemiga; y sin embargo, ardo en una sed rabiosa de poseerla: casi estoy tentado de creer que hay en todo esto algun hechizo.

La pasion de D. Felipe hácia Leonor era, en efecto, descabellada y tenaz como el deseo de que procedia: no era ese amor espiritual, delicado, puro, emanacion del cielo, que eleva al hombre á la condicion del ángel, que, convirtiendo su orgullo en dignidad, le hace sensible al menor desvío, y que le abate al contacto del mas leve soplo de ingratitud: no, era por el contrario el amor carnal, concupiscente, que las inteligencias groseras confunden á menudo con el sentimiento ideal, y que los viciosos y los materialistas desconocen: era ese cáliz de venenosas flores, nido de la malicia, con cuyo hálito pestilencial las personas de esperiencia suelen dispertar imprudentemente impuros deseos en los corazones vírgenes y marchitar las mas nobles aspiraciones de la inocencia: era en fin, la sensualidad, que irrita al orgullo abatido, que se nutre del egoismo y que crece con los desaires. Así no era estraño que el jóven é impetuoso príncipe sintiese ódio en medio del ardiente anhelo que hácia la hermosa doncella le atraia; ni lo hubiera sido tampoco que los primeros favores de ella hubiesen roto el hechizo de que él hablaba, y cuya causa residia en su propia sangre.

Don Juan Manuel, hombre de mucho mundo y gran conocedor de los afectos humanos, aparentó escuchar las palabras de

D. Felipe con el sentimiento propio de un fiel amigo, aunque sin desconocer los resortes que movian el corazon de su amo, y despreciando en su interior semejantes miserias. Pero tenia interés en aprovecharlas para sus fines particulares y políticos, y como el trapero que escarba la basura, buscaba él su negocio entre los desechos de la vanidad: alquimista de nueva especie, se proponia convertir en oro las flaquezas de los príncipes y potentados, á quienes despreciaba como á viles instrumentos de su ambicion. Oyó, decimos, el acalorado discurso del Archiduque con triste recogimiento y contestó:

—Demasiado comprendo vuestros pesares, Príncipe mio; que tambien yo he sido jóven y he podido pasar por disgustos semejantes. Con efecto, parece imposible, y no lo es, que una pasion menospreciada engendre ódio, y mucho mas cuando se posee una presencia como la vuestra, capaz de enloquecer de amor á la muger mas virtuosa: quizá tengais razon para decir que os han dado hechizos; pero eso tiene remedio.

—¿Sí? Muchas veces he pensado en ello, D. Juan; y hemos de probar esos recursos maravillosos, que me han enseñado á despreciar como vanas quimeras, pero de los cuales he oido referir prodigios. Ello es cierto, y no se puede negar, que hay poseidos: luego hay demonios que comercian con los mortales. Nadie ignora las mil tradiciones de la Selva Negra, del bosque de Hatz en las montañas de Brakemberg y de las riberas del Rhin: hay videntes que adivinan las cosas ocultas y que evocan las hadas y los espíritus, sometiéndolos á su voluntad: y por último, diariamente se oye hablar del demonio familiar de Wolkenburg, es decir, el *castillo de las nubes* en tu lengua, y de los admirables remedios para dar y quitar amores de la hechicera Margarita de Sennenfels. ¿Tú no sabrás nada de esto?

—Ciertamente no, Señor: encerrado siempre en el círculo de mis áridas ocupaciones, no he podido enterarme de esas bellas cosas, propias de la juventud.

—Pues deja, que mi amigo Simáy te informará.—¡Simáy, ven acá! gritó el Archiduque á su favorito. ¡Ven acá!

—Cuidado, Señor, dijo el gran tesorero en voz baja: que no se divulgue.....

—No hay cuidado ninguno, repuso el Rey: éste lo sabe todo.

Y habiéndose acercado el príncipe de Simáy, le dijo en tono confidencial:

—Cuéntale á D. Juan los prodigios que hace la hechicera de Sennenfels.

—Si teneis empeño en ello, Señor, contestó el de Simáy, estoy pronto á complaceros; pero D. Juan se burlará de estas cosas.

—No lo creas, no: hablamos con formalidad, replicó el Rey.

El jóven favorito, colocado á la izquierda de D. Felipe, que como él, habia vuelto la espalda á los demás cortesanos, se inclinó un poco á fin de dar á sus revelaciones un aire de confidencia importante, mientras D. Juan Manuel, enfrente de los dos, sacaba el cuello y encogia los párpados, como para concentrar su atencion, jugando distraido con el collar de la Orden borgoñona.

—Mentira os parecerá lo que voy á referir, dijo el narrador de prodigios; pero, si os queda alguna duda, podreis informaros de las personas á quienes ha sucedido. ¿Conoceis al bailío Vanden Damen?

—Sí, aquel gordo, muy grave y espetado.....

—El mismo. Pues bien: ese tenia una manceba, que le trataba á puntapiés y al menor desliz le daba de bofetones y le ponia en lo ancho de la calle: el pobre hombre juraba no volver á verla; pero al dia siguiente ya estaba otra vez en su casa, rogándola por Dios que no le desechase. Duraba la amistad una semana, y en seguida comenzaba el vapuleo, aunque él se gastaba con ella los ojos de la cara. Desesperábase el buen bailío,

pues cuanto mas maltratado, mas la queria, y se iba quedando en los huesos. Consultó sus cuitas con una vieja vecina, y ésta le aconsejó que buscase una novia y se casase: trató de hacerlo así; mas entonces la manceba le iba detrás á todas horas, y era peor la cura que la enfermedad: tuvo que hacer las paces con ella, y estando comiendo juntos, hizo la pérfida como que jugaba, y le quitó un poco de pan mordido de su boca: al otro dia le entró de repente á la novia un dolor de cabeza, tan fuerte, que se moria, sin remedio, y él estaba mas enamorado que nunca. En tal conflicto se acordó de la hechicera Margarita: fué á verla, y ésta le dijo:—«Id corriendo á vuestra casa: buscad en el jardin una piedra recien movida, levantadla, y matad lo que encontreis debajo: luego traedme tres cabellos de la coronilla de la manceba, atados en la boca de un bolso, que contenga tres veces siete monedas te oro, siete veces nueve de plata y tres de cobre, y volved á verme.

—¡Cosa mas singular! esclamó el gran tesorero.

—¡Oid, oid! Volvió el bailío á su casa, buscó la piedra, y habiéndola levantado, encontró debajo un sapo que tenia entre los dientes su bocado de pan: lo mató, y al punto quedó buena la novia. Hizo lo demás que le habia encargado Margarita, y no sé cómo ésta se las compuso; pero es lo cierto, que al poco tiempo enfermó la manceba, el bailío se casó, y hoy le teneis gordo y lucido, y sin acordarse mas de sus desventurados amoríos. ¿Cómo me esplicais esto?

—El caso es notable, dijo D. Juan Manuel.

—Mas lo es el de la muger del jardinero Fritz, continuó el de Simáy: tenia sospechas de que su marido la engañaba; consultó á la Sibila una noche que Fritz se habia quedado fuera de casa, y le vió aparecer en un espejo, con su cómplice, á quien reconoció perfectamente: Margarita le encargó el secreto, previniéndole que se apoderase de un medallon de oro que tenia su marido, en el cual habia cabellos de la otra, y que se lo lleva-

se: hízolo así la muger del jardinero, y á los pocos dias se rompieron violentamente aquellas relaciones. No acabaria en un año, si hubiese de contar los lances de esta especie que han sucedido. Además, es evidente que la hechicera tiene amistad con el demonio de Wolkenburg, el cual le concede todo cuanto le pide.

—Pues bien, dijo D. Felipe: yo quiero pedirle una cosa: ¿quién de vosotros me acompaña esta noche á la Sennenfels?

—Yo iré con V. A., contestó el ministro.

—Y yo tambien, repuso el favorito.

—¡Ea! Pues silencio, y hasta la noche.

Dichas estas palabras, el Rey se apartó de sus dos confidentes y se dirigió al palacio. Los cortesanos le siguieron y D. Juan Manuel se retiró solo á su despacho, apretándose los ijares para poder sufrir la risa, que por ser silenciosa, dilataba todo su aparato intestinal.

—Estos alemanes, iba diciendo entre sí, son crédulos como niños de cinco años, y visionarios como beatas de aldea. Me hacen mucha gracia con sus demonios familiares, como quien dice, dioses penates, y con sus hadas, sus silfos y demás caterva de espíritus errantes!—¡Pero, sobre todo, ese Felipe! ¡Es mucho lo que vale! Necesito hacerle muy rico, porque es una mina de oro. ¿Cómo habria yo de cambiarle por el tacaño de su suegro?

CAPÍTULO XII.

Amor y locura.

Gran verdad es, aunque parece mentira, que los mas de los hombres siempre han sido, son y, lo que es peor, serán visionarios y juguetes de su imaginacion; como tambien que mientras el mundo sea mundo, habrá embaucadores que esploten el sentimiento de lo maravilloso, llámanse sacerdotes de Brahma ó de Isis, drúidas, frailes, nigromantes ó echadoras de cartas: para los que carezcan de aquel sentimiento y blasonen de despreocupados, no faltarán boticarios, bolsistas, ni ministros responsables que esplotan otros géneros de credulidad.

En el tiempo de nuestra historia comenzaba una época sin igual en los fastos de la prepotencia y de las aberraciones humanas; época de furor caballeresco, de caractéres colosales, de grandes crímenes y de brujas; época en que pudo existir un Enrique VIII de Inglaterra, sin borrar la me-

moria de Neron ni de Pedro *el Justiciero*, como si la crueldad y la tiranía se hubiesen connaturalizado con el hombre; época, en fin, de sofismas religiosos y políticos, de vitalidad social inaudita, de crencias absurdas, de fé y supersticion, de virtudes y vicios eminentes. En ella florecieron un Gonzalo de Córdoba y un Bayardo; un Alejandro VI, un Leon X y un Martin Lutero, una Ana Bolena y una Lucrecia Borgia: en ella se formaron un Cárlos V y un Felipe II, y los héroes de Otumba y del Perú, de Pavía y de San Quintin; renacieron las artes y las ciencias; se echó una faja al globo, por decirlo así, y el hombre poseyó por primera vez la tierra en toda su circunferencia; inventáronse las heregías y la libertad política, las hogueras y los cadalsos se levantaron contra protestantes y católicos, contra brujos y hechiceras, comenzaron á dilatarse las insensatas guerras de religion, y hubo quien desenterrase á los hereges para quemarlos, y á los santos para procesarlos como á reos de alta traicion. ¡Qué caos! ¿Cuánto poder y cuánta vanidad!

Acababa de fenecer la Edad Media, y habian de transcurrir cerca de dos siglos de la nueva civilizacion, antes que en la corte mas licenciosa de Europa, y en el reinado de Luis XIV hubiese todavia príncipes de la sangre, señores de alta gerarquía y aun príncipes de la Iglesia que, creyendo en la mágia, fuesen á consultar sus cuitas con los astrólogos y hechiceras, y á evocar al demonio en el templo de Saint Denis!

En vista de esto, ¿podremos estrañar que al inaugurarse la nueva Era, un jóven príncipe sin instruccion y criado en Alemania, el pais clásico de los espíritus y de las apariciones, creyese en el influjo de los hechizos? ¿Cómo, si en aquellos mismos dias y en la misma region de los séres sobrenaturales, se amotinaba el pueblo contra los predicadores que osaban ofender desde el púlpito á sus demonios familiares? Porque decian las gentes, y no les faltaba razon: «El predicador está aquí ahora, mañana se vá, y no le importa que el demonio se enoje: pero

nosotros nos quedamos, tenemos que vivir con él y que sufrir las consecuencias de su rencor, si consentimos que se le maltrate.» Parecíanse en esto á ciertos salvages del Sur de África, que reconociendo dos espíritus superiores, uno bueno y otro malo, solamente á éste le ofrecen sacrificios, porque del bueno nada tienen que temer.

Don Felipe aguardó la noche con impaciencia: despues de comer, pasó al cuarto de la Reina con el deseo de cebar sus miradas en la contemplacion de la hermosa Leonor; pero no la encontró allí, porque doña Juana tenia buen cuidado de alejarla de su presencia, cuando sentia llegar á su esposo: temia sufrir la comparacion con ella, no obstante que era bonita y agraciada, y seguramente esperaba que se desvaneceria poco á poco la inclinacion del Rey, no viendo á la jóven sino raras veces; así como creia que otros caprichos anteriores se hubiesen disipado completamente con la ausencia.

Doña Juana poseia una de esas naturalezas delicadas que se ofenden con facilidad, pero que tambien se contentan con poco. Hacía algun tiempo que su marido, por el bien parecer y por no darla motivos de disgusto, habiendo en su corte dos enviados del rey D. Fernando, que todo lo observaban, tenia con ella la atencion de disimular sus sentimientos; y esto bastaba para que la sensible señora se reputase feliz.

Al entrar D. Felipe en la cámara no pudo reprimir un gesto de desagrado, no viendo á Leonor; pero en el acto se mostró contento y recibió afable las caricias que se apresuró á prodigarle doña Juana.

—¡Felipe, amor mio! esclamó la Reina levantándose al verle y yendo hácia él, al mismo tiempo que sus damas acababan de abandonar la estancia.–Hoy te he visto muy alegre jugando en el terraplen; pero tú no reparabas en mí. Estaba allí mirándote, añadió, señalando á una ventana con celosías;–y me asusté mucho cuando te enfadaste con tu bufon. ¿Qué te dijo?

—No recuerdo en este momento lo que me dijo, contestó don Felipe: me enfadé, porque me desobedeció, bajando de la balaustrada, donde yo le habia mandado estar.

—Pero luego te se pasó el enojo. ¡Eres tan bueno!

Diciendo así, doña Juana tenia cogida una mano de su marido entre las suyas, y la estrechaba suavemente, mirándole al rostro, como arrobada por una especie de éxtasis.

En esta actitud, la jóven Reina de Castilla, si no podia aspirar al título de hermosa, estaba indudablemente bella: su rostro oval y algun tanto aguileño, graciosamente deprimido por los lados de la barba; sus finos lábios entreabiertos, dejando ver una dentadura admirable; sus ojos animados por el amor y llenos de una vivacidad candorosa, tenian en aquel momento el hechizo inesplicable de la belleza ideal, gracias al calor del espíritu que traspiraba por todo su cuerpo.

Don Felipe no pudo menos de mirarla sonriéndose, y la dió un beso en la megilla.

—¡Felipe! ¡Vida mia! esclamó la Reina exhalando la voz en un suspiro. ¿Me amas de veras?

—¿Qué capricho tienes en dudarlo, querida? contestó el Archiduque.

—Ven, ven: sentémonos, corazon mio, repuso doña Juana respirando agitada y conduciendo á su esposo hácia un confidente. Ven. ¡Oh! Tú no sabes cuánto gozo en verte, en tenerte á mi lado: esto es para mí como mil vidas. No hay delicia mayor en el mundo. ¡Si yo pudiera esplicarte lo que siento!.... ¡Felipe!.... ¡Ay! ¡Te adoro!

Al pronunciar estas palabras con voz entrecortada, la Reina tenia el rostro inundado de lágrimas: y sin embargo, se sonreia con una espresion de gozo inefable.

—Me dá pena esta infeliz, murmuró D. Felipe volviendo la cabeza.

—¿Qué has dicho, alma de mi alma? No te he entendido.

—¿Qué quieres que diga? Que eres demasiado buena.

—¡Demasiado! no lo creas. Te amo mucho, eso sí; pero algunas veces me enfado contra tí..... ¡Oh! No te ofendas por eso: no lo puedo remediar. Yo procuraré enmendarme, y verás: seremos muy dichosos.

—¡Quién lo duda!

—¡Hoy mismo he sentido tanto que no hayas venido á comer conmigo!

—Teniamos consejo, y no quise hacerte esperar.

—Ya lo sé: pero esta noche te quedarás á cenar en mi compañía. ¿Sí?

—Siento decirte que no podrá ser.

—¡Que no podrá ser! ¿Por qué no?

—Tenemos una conferencia que durará hasta muy tarde.

—¿Con quién?

—Con el cardenal de Roan, contestó D. Felipe, despues de un momento de vacilacion.

—Pues bien, Felipe, llévame á esa conferencia, repuso doña Juana con seriedad.

—Bueno estaria eso. No es posible, hija mia. ¿Qué entiendes tú de negocios?

—De ese negocio entiendo bastante, Felipe: se trata de la herencia de mis padres, y nadie podrá estrañar que yo intervenga en tratos que afectan á su conversacion, mucho mas, siendo tambien la herencia de nuestros hijos.

—Dices bien, Juana; pero nadie piensa en tocar á esa herencia.

—Te engañan, amado mio, te engañan. Permíteme presenciar esa entrevista. ¿No asistia mi madre á todos los consejos con su marido?

—Es verdad. Pero eso era otra cosa.

—¡Felipe! esclamó la desgraciada Reina, vivamente herida en el alma por esta espresion humillante.

Y recapacitando un momento, añadió:

—Sí, tienes razon: era otra cosa. Yo no poseo el talento de mi madre. Sin embargo, amado mio, debo hacer cuanto pueda por nuestros comunes intereses; y aunque mi consejo valga poco, Felipe, al cabo será el de una esposa que te ama y que teme las asechanzas de tus enemigos.

—Válgame Dios, Señora, repuso D. Felipe algo incomodado: ¿será menester que vos me lleveis de la mano para que no me pierda? Por ventura, vuestros intereses ¿no son los mios? ¿O es acaso que pensais, como vuestro señor padre, que yo no estoy en edad todavia de salir de tutela?

—Mal me juzgais, Señor, contestó la Reina con dignidad, pero sin mostrarse ofendida; y es natural que así sea, porque no me comprendeis. No hago á mi esposo la ofensa de creer que necesita de tutor; pero sí os diré, D. Felipe, que necesitais consejeros desinteresados y leales; que D. Juan Manuel os vende; que los franceses buscan vuestra perdicion, y vos no lo conoceis.

—¡Señora! esclamó el Archiduque con ira.

—¡Oh! ¡No te enfades, Felipe de mi corazon! dijo la Reina cogiéndole las manos y estrechándolas contra su pecho. Lo que te digo es por tu bien, ó lo que yo creo tu bien..... ¡Dios mio! Hace un momento hablábamos tan amigos, y ahora..... ¡Malhaya mi necedad! ¿Qué tengo yo que ver en que el francés haga ó deshaga? ¿No eres tú contento? ¿pues qué mas debo desear?

Calló doña Juana y se quedó contemplando al Rey con aire de distraccion: mas de pronto levantó la cabeza como impulsada por un recuerdo, y murmuró:

—Sin embargo, yo no puedo consentir que abusen de tu bondad los interesados en desunirnos.

Don Felipe arrugó el ceño al oir estas palabras, que le recordaban la carta de D. Fernando, y las sospechas de que la Reina estaba en relaciones secretas con su padre.

—Señora, dijo: mucho me admira el empeño que teneis hoy en cuidar de mis asuntos.

—¿Quién con mas derecho que yo puede mirar por lo que á mi esposo interesa?

—Decid mas bien, por lo que interesa á vuestro padre.

—Felipe, ¡Dios mio! ¿Cómo haria yo para covencerte de que nada me interesa en el mundo fuera de tí? Si quiero que haya union entre nosotros y mi padre, ¿por qué será? me vá en ello mas que la corona de mil pueblos: me vá tu amor, Felipe, me vá nuestra felicidad.

—Comprendo perfectamente. ¿Habeis visto ya al caballero Almazan?

—¡Almazan! repitió la Reina con sobrada precipitacion. ¿Quién os ha dicho?.... No: yo no he visto á tal hombre. Os lo juro.

Don Felipe meneó la cabeza con aire de incredulidad y emitiendo una sonrisa forzada.

—¡Conque no le habeis visto! Pero sabreis que está en Bruselas.

—Lo ignoro.

—¡Eso no es verdad, Señora! ¿Quién os ha entregado la carta de vuestro padre?

—¡Ah! ¿La carta? Sí, es cierto que he recibido una carta: me la ha dado Conchillos, y aquí la tengo. Vedla, no tiene mas objeto que el de comunicarme copia de otra dirigida á D. Juan Manuel. Seguro es que vuestro fiel ministro no os ha dado cuenta de ella.

—Os equivocais: me la ha leido muy detenidamente.

—¡Es posible! ¿Y no os convenceis de que amparais á un traidor?

—Teneis un modo muy estraño de discurrir, Señora: os he dicho que D. Juan me ha mostrado la carta.

—Pero, bien: ¿sabeis lo que revela esa carta?

—Revela que vuestro padre me aborrece, que me tiene por un monigote, y quiere comprar mis servidores para apoderarse de vuestra herencia y darla tal vez á doña Juana la Beltraneja.

—¡Qué horror! ¡Oh! No creais eso, Señor, los que tal os dicen, calumnian á mi padre; quieren indisponeros con él. ¿No conoceis que eso es absurdo?

—Juana, lo dice todo el mundo: ¿sabrás tú mas que todos? ¡Por Dios! no me impacientes.

—Óyeme, Felipe: te lo ruego por el amor de tus hijos. Óyeme con calma sin alterarte, amado mio, y verás como tengo razon.

—Dí lo que quieras.

—¿Me prometes no incomodarte?

—Lo prometo.

—Pues bien; yo comprendo perfectamente que un rey ambicioso aspire á dominar sin cortapisa en sus reinos y en los de sus vecinos: comprendo que el rey de Francia, por ejemplo, mire con zozobra la formacion de un vasto imperio, dentro del cual, por decirlo así, lleguen á quedar enclavados sus dominios, con riesgo de ser absorvidos algun dia; y que para conjurar este daño se proponga conquistar, si puede, por las armas una parte de ese imperio á quien teme: verbigracia, la Italia; y si esto no puede, que procure dividir el mismo imperio, haciendo de él varios reinos, y poniendo entre ellos la discordia para que mútuamente se debiliten. ¿Comprendes tú tambien esto?

—Sí, perfectamente.

—Bueno: lo que yo no concibo es que otro rey poderoso, anciano y fundador del imperio, cuya adquisicion no puede ocasionarle mas que fatigas y sinsabores, luche y se afane con otro fin que el de dejar á sus nietos en la pacífica posesion de unos dominios que su edad no le permitirá gozar. El hijo de este úl-

timo rey, puesto entre él y su rival, ¿á cuál debe temer? ¿de cuál se debe fiar?

Don Felipe quedó un momento perplejo: pero escuchando la voz de sus pasiones mas que la de la razon, contestó:

—Debe fiarse de aquel que se contenta con guardar sus Estados sin meterse á usurpar los agenos.

—¿Y quién es el que trata de usurpar?

—Tu padre, Juana: tu padre quiere alzarse con mis Estados, bajo pretestos de gobernarlos.

—No, Felipe, no: ese es el error en que te tienen metido. Mi padre está deseando que vayamos á tomar posesion de nuestros reinos de Castilla.

—Sí: pero quiere gobernarme á mí, tenerme como á un vasallo; y esto es humillante, y yo no lo consentiré.

—Un hijo, un heredero de su padre, nunca puede ser su vasallo. Vé á Castilla solo; guíate por los consejos de magnates codiciosos que anhelan abusar de tu generosidad: ellos te dejarán pobre, no descansarán hasta poseer nuestra herencia y poder llamarte, como á mi tio Enrique IV, *rey de las carreteras;* te marearán con sus mezquinas querellas, y entre tanto, los interesados en debilitarnos te moverán guerra en Flandes, en Italia, en Granada, en Aragon mismo..... ¡Ay, Felipe! tiemblo al pensar en las congojas y las penas que te pueden sobrevenir, por no escuchar el consejo de una pobre muger. Mira: yo no sé nada, soy una ignorante, sin talento; pero el amor me inspira estas cosas que te digo, y el amor es adivino.

—Así será; pero otros dicen que es ciego. ¿Quieres ver el reverso de este cuadro de calamidades que te finge tu fantasía? Pues oye: unido yo al rey de Francia, sus Estados serán mios por medio del enlace de nuestro hijo Cárlos con Claudia, la hija de aquel Rey: esto es de lo que se trata con el cardenal de Roan, Aragon y Castilla con todas sus dependencias me pertenecen al fallecimiento de tu padre; de modo que Alemania, Francia, Ita-

lia y España formarán un solo imperio mas grande que el de Carlomagno. Ahí tienes lo que busco.

—Pero, Felipe, amor mio: ¡todo eso es un sueño! El matrimonio de Cárlos con Claudia no se realizará jamás; y si te enemistas con mi padre, ¿no tendrá un justo título para desheredarnos?

—Desengáñate, Juana, desengáñate: no entiendes de esto una palabra.

Diciendo así, D. Felipe se levantó para marcharse: acababa de anochecer y estaba ya impaciente por acudir á su aventura de hadas. La Reina le detuvo esclamando:

—¡Ya te vas! ¡Oh! ¡Qué pronto! Espera un momento, amor mio: tengo que decirte otra cosa.

—Ya sabes que me esperan, Juana, repuso el Archiduque: sin embargo, habla; pero no me obligues á faltar.

Y añadió para sí:

—¡Qué martirio!

—No te detendré mucho, no: he pensado que todo se pudiera conciliar.

—¿Cómo?

—Dando á mi padre facultades para gobernar en nuestro nombre en Castilla, y quedándonos nosotros aquí.

Don Felipe hizo un gesto de desagrado.

—Permíteme concluir, repuso doña Juana: puedes, si quieres, celebrar con Francia el tratado que te proponen respecto á Cárlos y Claudia: eso es eventual, y no tendrá consecuencias desfavorables, si procuras evitar que te enreden.-¿Por qué no habrás de querer que asista yo á esa conferencia? Verias como sé defender tus intereses.

—No hablemos de eso, replicó el Archiduque con impaciencia.

—Pues bien, volvamos á lo otro. Mi padre conoce mejor que nadie á los castellanos y sabe hacerse respetar de ellos; mas pa-

ra esto necesita un pleno poder: tú conoces á los alemanes, y tienes mas aficion á esta tierra que á la mia: es muy natural. Puesto mi padre allá como gobernador, (¡y quién mas digno ni mas capaz!), él nos conservará en paz y prosperidad aquellos Estados; mientras tú puedes hacer que estos florezcan. ¿No somos todos una misma cosa? Ya ves: así seriamos mas fuertes, y el francés se veria obligado á cumplir sus tratos contigo. Bien sabe Dios que yo preferiria otro arreglo; pues amo á mi padre y deseo verle y vivir en su compañia y en la de nuestro hijo Fernando; ¡pero tú eres antes que todo, vida de mi vida! Yo no tengo patria, ni familia: donde tú estés, allí están todas mis afecciones. ¿Qué me dices? ¿Te parece bien este arreglo?

—No me parece mal, repuso el Rey por decir algo, pues ardia ya en deseos de retirarse.

—¡Ah! ¿Conque lo apruebas?

—Pensaremos en eso, querida: lo pensaremos.

—No, dime que quieres hacerlo.

—Sí, ya te he dicho que no me parece mal. ¡Adios!

—¡Ah! ¡Te vas! ¿Cuándo estaremos juntos muchos dias, muchos años? ¿Volveré á verte pronto?

—Sí, mañana vendré. ¡Adios!

—¡Y te vas sin darme un beso!

—No me acordaba..... Uno y mil.

Don Felipe acercó sus lábios al rostro de doña Juana, quien, enlazándole los brazos al cuello, parecia querer devorarle á besos. En aquel estado no habria sentido la muerte.

—Adios, querida, hasta mañana, dijo el Archiduque desprendiéndose suavemente de los brazos de su mujer.

—¡Adios, ángel mio!.... ¡Adios! ¡Ay! ¡Bendito seas!

El Rey salió de la estancia: Doña Juana le acompañó hasta la puerta y permaneció allí absorta hasta que dejó de percibir el rumor de sus pasos. Luego se retiró lentamente y se dejó caer en su asiento murmurando:

—¡Me ama! ¡me ama! No tiene mas que ese genio vivo y esos pícaros consejeros que me le echan á perder..... Pero yo ganaré su corazon, y veremos entonces quién se atreve á disputármelo. ¡Podiamos ser tan dichosos!

Y quedándose un rato pensativa, comenzó á verter lágrimas en abundancia.

—Nunca mas volveré á España, dijo luego hablando consigo misma. Pero, ¿qué importa? Él consiente en lo que desea mi padre: así no le dominarán los franceses, y será mas mio.

Una jóven alta, de formas elegantes, de mirada altiva y belleza deslumbradora se presentó en una puerta que conducia á los aposentos interiores: era un poco morena, con ojos negros y cabellos hermosísimos, que azuleaban como las alas del cuervo, y tan abundantes que causaban admiracion.

—Perdonad, señora, dijo esta jóven sin pasar de la puerta, me habia parecido que me llamabais.

—No te he llamado, Leonor, contestó la Reina; pero no le hace: ven acá. Estoy muy contenta.

—¿Sí? repuso Leonor con alegria, yendo hácia su señora.

—Sí, querida: el Rey ha estado aquí conmigo toda la tarde. ¿Si supieras? Por fin hará las paces con mi padre: me lo ha prometido. Ahora mismo acaba de marcharse: tiene esta noche una conferencia con el cardenal de Roan. ¿Y sabes lo que pienso hacer? Voy á esconderme en la tribuna que hay en la sala de consejos y á escuchar lo que tratan: no quiero que me lo engañen.-Oye, continuó la Reina pasando de unas ideas á otras con estraordinaria volubilidad-y me ha dicho que ya ha venido Almazan. ¿Cómo lo sabe?

Leonor palideció de repente.

—¡Lo sabe antes que nosotras! murmuró.

—Sí, es muy estraño: hay que averiguar eso. ¿Te atreves á ir esta noche á la Sennenfels.

—Iré á donde V. A. me mande.

—Pues bien, irás. Pero, ¿quién te acompañará? Ese capitan que ha traido la carta de mi padre nada sabe y será hombre fiel. Sí, manda llamar á Conchillos, y no le digas nada. Corre, no pierdas tiempo.

Entre tanto que esto pasaba en el cuarto de la Reina, D. Felipe iba á buscar á D. Juan Manuel á su propio gabinete.

—Vamos, D. Juan, le dijo: ¿estás ya preparado?—¡Pardiez! hoy entre tú y la Reina me habeis vuelto el juicio.

—¡Cómo! ¿Habeis visto á la Reina?

—Sí, me ha estado hablando de negocios mejor que tú. ¡Santo Dios! ¡Si supieras qué cosas me ha dicho! Casi estoy por creer que teniéndola á ella, no me haces maldita la falta.

—¡Os chanceais!

—No me chanceo, no: será conveniente que hables con ella. Pero dejemos esto, y á ver si nos vamos.

—Cuando querais.

—Espera: yo he dicho á la Reina que esta noche tengo una conferencia hasta muy tarde: manda poner luces en la sala de consejos y prohibe terminantemente la entrada en ella: que tengan las puertas cerradas bajo pena de la vida. Luego saldremos por esa escalera secreta que hay en tu cuarto.

Don Juan Manuel fué á ejecutar la órden del Rey, diciendo en su interior:

—¿Qué le habrá dicho la Reina? Le encuentro muy mudado. No me acomoda que se junten á menudo, ¡pardiez! Pocas entrevistas de estas, y la loca me le vuelve cuerdo.

CAPÍTULO XIII.

La hechicera de Sennenfels.

VINIENDO de Bruselas á París por el camino mas frecuentado en aquel tiempo, el viajero curioso no dejaba de detenerse un momento, para contemplar á lo léjos, sobre su mano derecha, una enorme mole de piedra cuarzosa, trazada por la naturaleza con formas geométricas, estrañas, como pirámides, romboides y otras semejantes, que le daban la apariencia de un agregado de edificios y monumentos: era muy alta, y en su cumbre sobresalia un grupo de la misma piedra, muy semejante á un castillo feudal, donde en ciertas épocas del año, cuando las nieblas del inmediato Océano se estendian hasta allí, despues de haber cubierto las playas de Zenlandia, se amontonaban atraidas por los espesos bosques de que estaba sembrada la comarca, y por la humedad del rio Senne, que lleva por allí su cristalina corriente. Distaba unas dos leguas de la ciudad, y

era la base de las montañas donde nace aquel rio. Los habitantes del pais habian dado á esta peña el nombre de Sennenfels, ó sea la roca del Senne, y al grupo que la coronaba el de Wolkenburg, es decir: el castillo de las Nubes; y contaban mil estrañas consejas y tradiciones relativas á la una y al otro: la roca tenia la virtud de responder á las preguntas que se le hacian, y el castillo estaba habitado por un demonio familiar que, al decir de aquellas buenas gentes, daba y quitaba riquezas á su capricho, siendo sus dones siempre fatales al que los recibia.

Hoy nada de esto existe: la poblacion de Bruselas se ha tragado insensiblemente los bosques: la codicia minera comenzó, hace siglo y medio, á romper la peña en busca de cristal de roca, y habiéndola demolido hasta los cimientos, con sus duros restos se ha levantado en el mismo sitio una magnífica fundicion de hierro; y en cuanto al demonio, sin duda murió de una plétora de civilizacion, pues ya solo los viejos suelen hablar de él como de una cosa que fué.

Hácia este sitio encaminaba sus pasos el heredero de cien títulos; el padre de aquel Cárlos V de Austria, que habia de revolver la Europa, el África y la América, enviando á todas partes el terror de sus armas; D. Felipe, en fin, que iba en busca de amor ó desamor.

Don Juan Manuel y el príncipe de Simáy marchaban á los lados del jóven Rey, cuando lo permitia la anchura del camino: todos tres montaban en sendos caballos, y detrás les seguia un criado aleman en una mula.

Estaba la noche clara, pues hacía luna; pero á medida que nuestros aventureros se acercaban á la roca prodigiosa, les parecia observar que se condensaba el ambiente de la selva, y cuando á trechos descubrian el Wolkenburg, notaban que se iba oscureciendo envuelto en la niebla. El riachuelo corria no léjos del camino, y sus aguas, embarazadas por pedruscos y ramas

de árbol, se agitaban bulliciosas, produciendo murmullos semejantes al de la charla de muchas mujeres juntas.

Todo esto reunido en aquel lugar y á una hora propicia para las apariciones fantásticas, era bastante para infundir supersticiosos recelos á personas preocupadas: el criado aleman miraba con cierto respeto los troncos de los árboles, y cuando algun arbusto se movia, mecido por el viento, apretaba las piernas á su mula y hacía la señal de la cruz. El príncipe de Simáy no iba tampoco muy tranquilo; pero el Rey desconfiaba mas del valor del gran tesorero que del de su jóven favorito.

—Confiesa, D. Juan, que llevas miedo, le dijo reparando que se quedaba algo detrás.

—No lo creais, Señor: en mi vida he estado mas sereno que ahora. Ya vereis luego que no me asustan las hechiceras ni los conjuros.

—¿Qué piensas hacer?

—Pienso poner á prueba las artes mágicas de la famosa Margarita, obligándola á que adivine quién es la persona por quien vamos á visitarla. ¿No os parece bien?

—No le será difícil decirlo llevándole cabellos de ella, repuso el de Simáy.

—Los llevo ya de intento, dijo el Rey; pues ellos son los que me tienen perdido, y creo que en ellos está el hechizo que necesito conjurar. Por lo demás, opino que, no siendo menester, debemos reservarnos nuestros nombres.

—No se meterá á preguntarlos, Señor, replicó el de Simáy, que parecia estar muy enterado de todo lo concerniente á la hechicera. Pero si quereis, os dirá quién sois.

Hablando así, llegaron á una clara del bosque desde donde podia verse toda la roca; el suelo era de piedra viva y no producia ninguna planta. Nuestros aventureros observaron que las pisadas de los caballos retumbaban con un sonido particular, y al mismo tiempo que las nubes condensadas en la ci-

ma del peñasco aparecian iluminadas por un resplandor rojizo.

—Parad, parad, dijo el Rey: ¿no veis aquello?

Al cesar el ruido de los caballos, se dejó percibir una armonía morisca, melancólica y vehemente á la vez, y una voz de mujer que cantaba en castellano:

El monte ama la nube,
que ciñe su alta frente;
la nube, al sol naciente,
que cuando lento sube,
la viste del arrebol:
Yo á tí, que eres mi sol.

—¿Habeis oido? murmuró el Rey. Tengo para mí que ese canto sale del castillo de las Nubes.

—¡Así parece! dijo D. Juan Manuel. Mas..... callemos; pues todavia sigue.

La voz cantó esta estrofa:

Ama el rio á las flores,
que crecen en su orilla;
la flor, al sol, que brilla,
y viste de colores
su mágico primor:
Yo á tí, que eres mi amor.

—¡Cosa mas singular! esclamó el gran Tesorero. Esto es evidentemente una música de hadas.

—Calla, calla, D. Juan, que aun no ha concluido.

En efecto, la voz siguió cantando:

El cárabo sombrío
ama la noche oscura;

el tigre, la espesura;
el pez, el mar bravío,
y la abulilla, el lodo:
Yo á tí, que eres mi sol, mi amor, mi todo.

Un breve rato siguieron escuchando el Archiduque y sus amigos; pero no volvió á oirse la música. Solo sí percibieron ruido de carcajadas roncas, que el eco repetia de una manera vaga. Don Felipe sintió que se le erizaban los cabellos, pero el orgullo de su clase no le permitia retroceder, una vez empeñado en esta empresa.

—Vamos allá, señores, dijo apretando los dientes. El Diablo está hoy de fiesta y nos otorgará cuanto le pidamos.

Los caballos rompieron la marcha, haciendo resonar la roca con sus pisadas. El pobre criado aleman seguia temblando como una vara verde.

No volvió á oirse mas ruido que el eco de los pasos y el murmullo del rio. El resplandor que salia de las nieblas desapareció completamente, quedando aquellas iluminadas con un tinte pálido por la turbia luz de la luna, que aparecia rodeada de un inmenso cerco de varios colores.

Al poco trecho, el camino se presentó interrumpido por el bosque, habiendo solo una senda escarpada para el tránsito de personas á pié. Nuestros aventureros desmontaron allí, entregaron los caballos al criado, y sirviendo de guia el príncipe de Simáy, subieron la cuesta; mas apenas habian desaparecido de la vista del turbado palafrenero, sintió éste el ruido que producen dos bestias al trote, y se tapó los ojos y los oidos, encomendándose á todos los santos de su devocion. Uno de los caballos relinchó, y al momento le contestó otro, y otros cien sonidos semejantes repitieron los ecos de la encantada roca.

El último eco se confundió con el murmullo del rio y los suspiros del viento, únicos sonidos permanentes de aquella soledad sombría.

Entre tanto, el Archiduque y sus compañeros llegaban á la puerta de una casa rústica, cuyos muros estaban adheridos á la roca y guarecidos por sus ángulos prismáticos.

—Aquí es, dijo el de Simáy con voz insegura.

—Llamemos, pues, repuso D. Juan Manuel acercándose resueltamente á la puerta y dando en ella algunos golpes.

—¿Quién viene á estas horas á estorbar nuestras devociones? se oyó decir dentro á una voz chillona y desapacible de vieja.—Dejadnos en paz y volved á otra hora menos incómoda.

—¡Con mil diablos! gritó el Rey: ¡ábrenos pronto, mala bruja!

—¿Y quién es él, replicó la vieja, para mandar así en casa agena y para insultar á las personas honradas?

—¡Pardiez! Quien puede hacerte quemar viva en cualquiera de las siete plazas de Bruselas, contestó D. Juan Manuel.

—¡Diantre! ¡Y qué humos gasta el buen hombre!

—Abre, Celestina, dijo dentro otra voz de mujer fresca y simpática: siempre has de tener gusto en rabiar y hacer rabiar.

—Voy allá, repuso la vieja con tono gruñon; á ver si encuentro la llave.

Indudablemente las personas que habia en la casa se proponian ganar tiempo con algun fin particular. Don Felipe, irritado por la tardanza, pateaba impaciente y juraba en voz baja: la ira habia desvanecido su terror supersticioso.

Al cabo de un rato rechinó la llave en la cerradura de la puerta, y esta se abrió, apareciendo casi detrás de ella la vieja con una lamparilla de mano á la altura de los ojos, á cuya luz coloreaba su rostro arrugado y displicente, como si el ardor de la fiebre ó el del vino le inflamasen. Don Felipe se precipitó dentro con ímpetu iracundo; pero en seguida quedó parado al ver presentarse, como para recibirle, á una mujer de veintiocho á treinta años, belleza meridional de cútis moreno pálido y ojos

azules muy animados, la cual, haciendo una graciosa cortesía, le dijo:

—Entrad, noble caballero, y perdonad las bellaquerías de esa pobre mujer: los años disculpan su mal humor.

Vestia esta jóven un traje sencillo, que realzaba estraordinariamente sus gracias naturales y les daba cierta magestad fascinadora: consistia en un brial de seda color de lila, plegado al talle por medio de una faja blanca de la misma materia con floraduras de oro, cuyas puntas flotaban el desgaire, y coquetamente abierto á lo largo del pecho, permitiendo adivinar las perfecciones del seno: no llevaba en la cabeza el chaperon ó capillo que usaban las mujeres de aquel tiempo; sino solo el adorno de sus cabellos peinados á la griega antigua, y prendido en ellos un ramo de brezo, símbolo de la soledad y del amor eterno, cuyas pequeñas flores brillaban como rojos corales.

La aparicion de esta mujer hizo cambiar súbitamente de rumbo los sentimientos del voluble D. Felipe, quien, léjos de mostrarse irritado, contestó saludando con galantería:

—Todo se puede perdonar, cuando ruegan unos lábios dignos de imponer leyes á un rey.

La jóven se sonrió con aire picaresco, y reparando en los dos compañeros de D. Felipe, les invitó á entrar con un ademan. Luego que éstos pasaron, la vieja cerró la puerta y á una indicacion de la bella morena, se adelantó con la luz para guiarlos á una especie de sala de recibimiento, donde les dejó solos, despues de encender las bujías de un candelabro de tres brazos que habia sobre una mesa.

—¿Cuál de estas es la hechicera? preguntó el Rey á Simáy en voz baja.

—La jóven, contestó el favorito.

—No tiene mal gusto el Diablo, dijo D. Juan Manuel.

—No, por cierto, D. Juan, repuso el Rey: es una moza tentadora.

—Y que os haria caer en tentacion, mejor que su patrono, replicó el ministro.

—No hableis así, D. Juan, dijo el príncipe de Simáy.

—¡Calla! ¡Este tiene miedo á los cuernos del Diablo! ¡Jah! ¡jah! ¡jah!.... esclamó D. Felipe riendo á carcajadas.

Pero se le heló la voz al oir reproducida su risa por un eco profundo.

En aquel momento entró la hermosa morena cubierta con un manto, que habia ido á ponerse sobre los hombros.

—Dispensadme, nobles señores, el haberos hecho esperar, dijo: tomad asiento, y sepamos á qué debo el honor de vuestra visita.

El Rey se sentó, y sus dos compañeros se quedaron en pié y descubiertos por respeto á él, lo cual no se ocultó á la penetracion de la hechicera, quien tomó asiento en un taburete en forma de trípode, y apoyó el codo en el muslo y la megilla en el revés de la mano como disponiéndose á escuchar con atencion.

—He oido celebrar vuestra habilidad en las artes ocultas y el don que teneis de remediar las penas del corazon, dijo don Felipe; y vengo á consultaros á fin de que me deis un filtro ú otra cualquiera cosa que me sirva, bien para olvidar una mujer que me tiene hechizado, bien para obligarla á corresponderme.

La jóven miró fijamente al Rey, que bajó la vista fascinado, y le preguntó:

—¿Creeis de veras en esas artes ocultas de que hablais?

—Si no creyera, no estaria en este sitio, repuso el Rey con su altivez genial; pues medios me sobran para conseguir cuanto deseo, mientras no sean cosas que salgan de las reglas naturales.

—En ese caso pudierais haberos escusado la molestia de venir á consultarme; pues nada hay en el amor que esté fuera de la naturaleza. ¿Cómo, pues, no empleais esos medios ordinarios de que disponeis?

—Porque me canso de esperar.

—¡Ah! Sois inconstante. Entonces teneis mucho adelantado para olvidar, y solo os bastará querer.

—Sí; pero es que no quiero.

—Quereis y no quereis: sois un arcano, caballero; y me parece muy difícil, si no imposible, corregir vuestro mal.

—Me habian dicho, repuso el Rey, que para vos no hay nada imposible.

—Os han engañado, Señor: yo no puedo nada sobre las voluntades indóciles. ¿Cómo podrá un médico sanar á un enfermo que se obstine en no tomar las medicinas?

—¿Y quién os dice que yo no tome lo que me deis?

—¿Tomareis un consejo?

—Sí.

—Procurad distraeros léjos de la persona amada.

—Me distraigo y me aburro al fin.

—Ocupaos en negocios graves.

—Me fastidian.

—Buscad el recreo y el descanso en el amor de vuestra esposa..... de vuestros hijos y en el estudio de las ciencias.

—¿Y cómo sabeis que tengo esposa é hijos?

La hechicera se encogió de hombros.

—Sois como el enfermo de mi ejemplo, repuso: ya lo estais viendo.

—Paréceme que os burlais de mí, dijo el Rey. No he venido á pediros consejo.

—¿Pues qué quereis?

—Quiero un remedio contra el hechizo de unos cabellos que me vuelven loco, y un talisman que haga á la dama esclava de mi capricho.

Margarita reflexionó algunos momentos al ver la obstinacion del Rey. Le habia reconocido desde sus primeras palabras, y te-

mia irritarle, como tambien prestarle á sus descabellados antojos.

—¿Teneis alguna prenda de la dama? preguntó por último.

—Sí, tengo cabellos suyos, respondió D. Felipe.

—Dádmelos.

El Rey le entregó una caja de oro guarnecida de diamantes, dentro de la cual estaban los cabellos de Leonor. La hechicera los tomó y devolvió la caja.

—Quedaos con ella: es un tesoro, dijo el Rey.

—No necesito vuestros tesoros, repuso Margarita.

—Si os parece poco, os daré mucho mas: todo cuanto me pidais; pero que yo consiga lo que deseo.

Margarita indicó que tenia necesidad de quedarse á solas con el Rey, el cual mandó salir á sus amigos. Entonces ella le dijo:

—No quiero vuestras riquezas, porque de nada me servirian: yo vivo en la soledad, y me contento con estar libre de molestias. Dadme una prenda no mas que me asegure de todo riesgo.

—¿Qué prenda quereis? nombradla vos misma.

La hechicera sacó una hoja de papel de un cajon de la mesa, y señalando con el índice la parte inferior de ella, repuso:

—No pido mas que vuestra firma, y el sello que llevais en ese anillo.

Y le indicaba uno que D. Felipe habia procurado ocultar.

—¿Sabeis quién soy? preguntó el Rey.

—Lo sé.

—¿Y qué me dareis en cambio de mi firma y sello?

—Os revelaré el porvenir de vuestros amores.

—Quiero mas.

—Firmad antes.

Don Felipe tomó la pluma que le presentaba la hechicera, y firmó con ella, pareciéndole que le quemaba los dedos.

—Ya está.

—El sello ahora, repuso Margarita, encendiendo una barra de lacre y echándolo derretido en una punta del papel.

Ya está el sello, contestó el Rey aplicando su anillo. ¿Tendré lo que pretendo?

—A mí no me toca conceder, replicó la hechicera guardando la hoja firmada en blanco. Yo no puedo mas que descubrir la ley del Destino: si os favorece, vos sabreis aprovecharla: si os es adversa, resignaos y evitad una lucha estéril. En todo caso habreis ganado la certidumbre, que os librará de ansiedades y peligros.

—Ya que á tan poco alcanza tu poder, repuso D. Felipe, al menos dame pruebas de que no me engañas.

—¿Qué pruebas quereis?

—Necesito que me hagas ver á la que amo, sin nombrártela yo, y que evoques al Demonio de Wolkenburg.

—Cosas difíciles me pedís, y que no sé si estará en mi mano alcanzar en este momento: habré de consultar la combinacion de los astros, antes de responderos. Esperadme aquí.

—Anda, y no tardes.

Margarita se retiró por una puerta oculta detrás de un tapiz, y D. Felipe hizo entrar á sus amigos para contarles lo que le acababa de pasar. Al poco rato volvió la hechicera sin el ramo de brezo: en su lugar traia un ramillete de verbena y dientes de leon y una especie de diadema dorada, mas ancha por la frente que por lo demás, y acabada en punta, en la cual habia esmaltados en negro varios signos estraños.

—Todo está dispuesto, dijo: venid. Pero vos solo.

Don Juan Manuel se opuso á esta última condicion, pero despues de una breve disputa, la hechicera consintió en que presenciasen sus conjuros las tres personas, y levantando el tapiz, les introdujo en una estancia oscura é imponente: sus paredes, si tales podian llamarse, formaban millares de planos y ángulos caprichosamente combinados: arrancaban del suelo y del

techo pilastras irregulares, unas cuadradas, otras triangulares, pentagonales ó de otras formas, y á la mitad ó á diversas distancias quedaban interrumpidas con corte desigual, como si hubiesen sido tronchadas: del techo pendian asimismo innumerables columnitas desiguales en longitud y espesor, á semejanza de los cupulinos árabes, pero sin la uniformidad del arte: no era posible calcular á primera vista la estension, ni descubrir los profundos recodos de esta gruta de formacion cuarzosa, en cuyas innumerables facetas de cristal terroso reflejaban los rayos de una sola luz macilenta, que habia colocada sobre una de las pilastras mas gruesas. Al pié de esta pilastra se veia un brasero de tres piés lleno de áscuas llameantes, y encima, en la pared, un gran marco dorado, que encerraba, como un espejo, una tabla lisa de cristal de roca.

La hechicera colocó á sus espectadores á una distancia conveniente, y se dispuso á operar. Primero se quitó el manto y lo arrojó á un rincon; en seguida se descalzó, y abriendo una cajita negra que habia en el suelo, sacó de ella una vara de ébano con incrustaciones de plata, y trazó un círculo al rededor del braserillo, poniéndose luego á bailar en torno de éste, agitando la vara y pronunciando palabras de misterioso sentido: tomó despues de la caja un puñado de polvos resinosos, y los echó al fuego. Al momento se levantó una llama azulada muy clara y una grande humareda, y se difundió un olor de ámbar sumamente agradable. Margarita giraba en este momento con una agitacion vertiginosa: de pronto dió un golpe con la vara en el espejo, y los tres espectadores prorumpieron diciendo á la vez:

—¡Miradla!.... ¡Ella es!....

Acababa de aparecer en el espejo Leonor, vestida con su trage habitual y con sus magníficos cabellos destrenzados: primero se la vió confusa como una sombra; pero poco á poco fueron marcándose sus formas, y por último quedaron perfectamente distintas, de tal modo que D. Juan Manuel juró despues que la

¡Miradla!.... ¡Ella es!....

imágen de la jóven se sonreia. El cristal parecia estar iluminado por dentro con la misma llama azul que ardia en el braserillo, y aunque ésta se estinguió, tardó un minuto en oscurecerse aquel y en borrarse la prodigiosa aparicion.

En aquellos momentos habria sido imposible al Rey darse cuenta de sus emociones; pues temblaba de entusiasmo, se sonreia de gozo y se levantaba el vello de terror. Tenia los ojos fijos en el cuadro mágico, y cuando se desvaneció la vision, quiso mirar á sus compañeros y le pareció estar solo, ó rodeado de fantasmas: estendió las manos y agarró una de D. Juan Manuel, quien con voz insegura le dijo:

—Señor, hasta hoy no he creido nunca en el Diablo.

—¡Ah! ¡Y por fin crees! barbotó D. Felipe, soltando, por hacer gala de valor, una carcajada sardónica, que reprodujeron mil ecos á la manera de un trueno.

—¡Silencio! gritó la hechicera, cuya voz resonó como el agudo clarin de órdenes en medio de una batalla.—¿Quereis que la Sennenfels se desplome sobre vosotros y os sepulte para siempre en los abismos? ¡Silencio!

Diciendo así, tenia levantada la vara mágica, y parecia sostener con ella los rotos pilares de la prodigiosa caverna, cuyos ecos repetian amontonados:

—¡Silencio!.... ó!.... ó!.... ó!.... ó!....

El Archiduque volvió á todos lados la cabeza, creyendo ver, á la oscilante luz de la lámpara y de los carbones, centenares de vestiglos que, encaramados en las pilástras relucientes, le hacian muecas y gestos de ridícula ira.

La hechicera se volvió hácia él y le dijo:

—Ya está satisfecho vuestro primer deseo. ¿Tendreis valor para ver al espíritu de la roca?

—Sí, sí, quiero verle..... quiero hablarle, contestó don Felipe.

Margarita sacó de la caja otro puñado de sustancias resino-

sas, que echó al fuego, el cual comenzó á crugir al momento, como cuando se queman hojas verdes, exhalando un humo negro y denso, de olor acre y nauseabundo. La hechicera se puso á bailar de un modo lento y cadencioso, inclinando su flexible cuerpo á uno y otro lado, y avivando la lumbre con la falda de su brial, hasta que se levantó una llama turbia de color rojizo, que comunicó á la caverna un aspecto infernal. Los espectadores se miraron, y tuvieron miedo al ver sus rostros cadavéricos, horribles.

La hechicera siguió danzando un rato, sin salirse del círculo mágico y echando nuevas resinas en el brasero; tomó luego un libro y comenzó á leer, dando golpes con la vara y llevando con ella el compás de sus piés: por último tocó tres veces sucesivas en el espejo, y á la tercera éste se abrió por mitad con una espantosa detonacion, quedando en su lugar una cavidad negra, de donde salian torbellinos de humo.

Entonces apareció una figura gigantesca y estraña: era como un hombre de seis piés de estatura y recio á proporcion, cubierto de pieles de caballo, con un gran rabo, un manto rojo y negro sobre los hombros, y una corona de vidrio en la cabeza, sobre la cual descollaban dos cuernecitos de macho cabrío.

A pesar del valor que ostentaba el Rey, se estremeció de piés á cabeza al ver esta diabólica aparicion. Don Juan Manuel y el príncipe de Simáy se arrimaron el uno al otro consternados.

Margarita echó al fuego los cabellos de Leonor, que le habia dado el Rey, diciendo á éste:

—Aprovechad los momentos. ¿Le hablais, ó le hablo yo?

—No, yo le hablaré, contestó D. Felipe.

Y dando dos pasos al frente, se encaró con el gigante y le dijo:

—Espíritu ó lo que seas, no puedes ignorar lo que pretendo, ¿cuándo lo conseguiré?

El gigante hizo un movimiento de duda y respondió con voz opaca y breve acento, pero sin mover los lábios:

—¡Nunca!

—¿Nunca? repitió el Rey. Entonces, ¿qué miserable poder es el tuyo.

—Hay un poder superior á mi poder.

—¿Cuál? ¡Habla! repuso D. Felipe irritado.

—El de la virtud.

—Tu oficio es hacerla quebrantar.

—A séres como tú.

—¡Vil impostor! prorumpió diciendo el Rey, al mismo tiempo que desenvainaba el estoque y avanzaba encendido en ira.—¿Te atreves á insultarme, negándome lo que te pido?

—¡Cuidado, Señor! dijo Margarita estendiendo el brazo: no piseis el círculo.

—Demonio rebelde, repuso el Rey retrocediendo: pídeme lo que quieras; pero haz mi voluntad.

El gigante le volvió la espalda.

—¡Espera, espera! esclamó D. Felipe. Dime, si no es posible que yo la posea, ¿cuándo la olvidaré?

—Cuando ella pierda todos sus cabellos, contestó el oráculo.

—¡Ira de Dios! profirió el Rey. ¿Te burlas de mí? Pues á tu pesar lo conseguiré, y tú bajarás por mi mano á los infiernos.

Así diciendo, avanzó furioso con la espada en alto para luchar con el Demonio; pero el cristal se cerró con estrépido, y la espada dió en él, sin hacerle mella. La vision habia desaparecido.

Entonces D. Felipe se quedó consternado, y solo tuvo fuerzas para murmurar:

—¡Aire!.... ¡Aire!.... ¡Me ahogo!....

La hechicera saltó fuera del círculo, se calzó y se abrigó con

el manto, y condujo al Rey y á sus compañeros, no menos turbados que él, fuera de la mansion diabólica.

—Señor, le dijo humildemente: ya ha visto V. A. que, por mi parte, no he omitido nada para complaceros: si hay leyes superiores al poder humano, y aun al de los espíritus, no es culpa mia.

—Lo comprendo, repuso el Rey sumamente abatido por la reaccion que se operaba en su naturaleza despues de tan violentas emociones.—Ya veo que no puedes remediar nada.

—¡Oh! Habria sido para mí la mayor dicha satisfacer los deseos de V. A., continuó la hechicera con su voz fresca y simpática. Mas dejemos de pensar en eso. Vuestra Alteza debe de sentirse indispuesto..... añadió abriendo un cajon de la mesa y tomando un frasco, del cual vertió unas gotas de un licor atemperante en un vaso de agua, de varios que habia ya prevenidos.—Esta bebida cordial os hará mucho bien.

Don Felipe tomó el vaso sin reflexionar; pero D. Juan Manuel le detuvo el brazo diciendo:

—No bebais eso, Señor: ¿quién sabe lo que puede ser?

—Dadme, repuso la hechicera: yo lo beberé.

Y así lo hizo, diciendo luego:

—Si la salud de V. A. padeciese, que no sea yo responsable, sino ese caballero.

Don Juan Manuel pidió entonces un vaso de aquel agua para sí, lo bebió, y dió al Rey otro. Éste y el príncipe de Simáy bebieron igualmente, y todos se sintieron confortados á los pocos momentos. De allí á un breve rato se despidieron de Margarita, recomendándole el secreto sobre la aventura de aquella noche: y luego que la jóven hechicera les hubo visto partir, cerró la puerta de la casa, volvió á entrar en la caverna prodigiosa, y tomando la luz que ardia sobre la pilastra, subió á ésta, empujó un resorte que habia en el marco del espejo mágico, el cual se abrió en dos hojas como una ventana: pasó por aquel hueco, y

se encontró en una especie de gabinete, donde la esperaban nada menos que seis personas.

Eran éstas Leonor de Silva y Enrique de Almazan, que conversaban acaloradamente, algo saparados de los demás. Pero Diablo y Rodrigo Mendez, que se entretenian en limpiar un mosquete, con el cual se habia hecho fuego recientemente; la vieja Celestina, que estaba sentada en un rincon, y el gigante Moran, que aun tenia puesto el trage de demonio de Wolkenburg.

Leonor acudió á dar los brazos á la hechicera, y Pero Diablo á felicitarla con un cordial apreton de manos, como hacen los actores de teatro despues de una representacion aplaudida.

—Todos hemos trabajado bien esta noche, dijo Margarita, y no podemos quejarnos de la fortuna. Hemos conseguido tres cosas importantes: destruir las esperanzas del Archiduque, recogerle los cabellos que inconvenientemente poseia, y asegurarnos con su firma en blanco para lo que sobrevenga.

—¡Eres un tesoro, Margarita! esclamó Pero Diablo.

La jóven le miró con la mas tierna espresion de amor.

CAPÍTULO XIV.

Habla el autor, y callan los personages de esta historia.

MENESTER es que retrocedamos para coger algunos hilos que han quedado sueltos en la tela de nuestra historia, y dejar aclarados los motivos de la reunion de personas que acabamos de encontrar en la Sennenfels.

Hemos visto en los capítulos anteriores que el capitan Rodrigo se presentó solo en el palacio de los duques de Bravante con el carácter de enviado del Rey Fernando á D. Juan Manuel, y como aventurero que deseaba entrar al servicio de D. Felipe. Tambien sabemos que la Reina recibió al mismo tiempo una copia de la carta dirigida al gran tesorero. El capitan habia entregado esta copia al secretario Conchillos, juntamente con otra carta, que debia permanecer cerrada y en poder de este funcionario, hasta tanto que se viesen los efectos que producian las anteriores.

Lo mismo que el capitan Mendez, Pero Diablo tenia una doble representacion en la corte de Bruselas: pasaba por hombre de confianza de D. Juan Manuel, quien, conociendo su intrepidez y sagacidad, y no teniendo de él mas antecedentes sino que vivia emigrado por sustraerse á las persecuciones del tribunal de la Inquisicion, solia emplearle en comisiones delicadas y de difícil desempeño, que no habria sido cuerdo cometer á personas menos hábiles; pero él en realidad, y aun obedeciendo al ministro, era esclusivamente adicto en cuerpo y alma á doña Juana, y aprovechaba las ventajas de su posicion cerca de aquel para servirla fielmente. Verdad es que, para obrar así, necesitaba oscurecer sus relaciones con la Reina, quien solo se comunicaba con él por medio de Leonor, compartiendo entre ambos por igual la mas ilimitada confianza.

Las causas de esta mancomunidad de afectos entre la jóven dama y Pero Diablo era un secreto, que el atrevido aventurero habria hecho pagar con la vida al que intentase descubrirlos; y aunque este hombre singular seguia la máxima de que, para afianzar la fidelidad de un amigo, era menester no ocultarle nada de cuanto tuviese relacion con los motivos de una mútua alianza, sin embargo, respecto de aquel punto permanecia siempre impenetrable.

Tal vez tenia relacion con esto su último viaje á España; pues cuando fué menester enviar un hombre á recabar de la madre abadesa de las Huelgas de Valladolid una declaracion de conciencia, que sirviese de base para la legitimacion de Leonor, él mismo se ofreció espontáneamente á D. Juan Manuel para desempeñar esta comision, no obstante el riesgo á que se esponia recorriendo un pais del cual estaba proscrito. Pero no era esta la primera vez que pasaba el territorio español, burlando la vigilancia de los tribunales y saliendo ileso de todo peligro.

Antes de partir, habia comunicado á la Reina el objeto de su

viaje, y doña Juana le confió el doble encargo de esplorar el espíritu público en Castilla, para saber cómo era recibido el gobierno del rey Fernando y si tenia ó no fundamento la oposicion que se le hacía, y de llevar á Bruselas al jóven Almazan del modo y con el fin que ya conocemos. Para seguridad de su persona, además de los documentos que le habia dado el gran tesorero, llevaba las credenciales del secretario Conchillos, que le habia confiado la Reina como garantia para con sus amigos, y esta era la causa porque se encontraban en su poder.

Al regresar de su espedicion, en compañia de Almazan y de Rodrigo Mendez, convinieron todos tres en que este último se presentaria primero en Palacio, á fin de alejar toda sospecha de su mútuo acuerdo, y para inquirir el estado de las relaciones entre D. Felipe y su esposa, y ver si ocurria alguna novedad digna de tomarse en consideracion: no debia indicar á nadie una palabra relativa á sus amigos.

El capitan entró solo en Bruselas, y Almazan se quedó con Pero Diablo en la Sennenfels, donde éste gozaba de las preeminencias de dueño.

Margarita era una mujer de talento y de corazon: habia corrido desde muy niña la misma suerte de Pero Diablo, siguiéndole á todas partes y contrayendo hácia él una de esas afecciones íntimas, que duran tanto como la vida y que disponen el espíritu á todo género de sacrificios. El aventurero la amaba tambien con el amor de un padre y de un esposo; y este era un motivo mas para que quisiese pasar un dia en compañia de la jóven, antes de entrar en el Dédalo de las intrigas de D. Juan Manuel y de continuar sus servicios en los asuntos de la Reina.

La Sennenfels, merced á las preocupaciones populares, tan poderosas en aquella época, era un sitio seguro para un hombre, á quien el torbellino de las ideas dominantes y las travesuras de su genio ponian, por decirlo así, en un estado escepcional y en guerra con el mundo. Ya hemos visto la especie de herman-

dad de que Pero Diablo era gran maestre ó gefe supremo: esta sociedad estaba ramificada por todo el centro de Europa, y tenia por objeto final contrarestar el desbordamiento de la prepotencia religiosa, ó mejor dicho, eclesiástica, que amenazaba invadir y absorver todas las fuerzas sociales: era un preludio de la reforma que estaban provocando la Inquisicion con su celo fanático y la corte romana con su lujo de inmoralidad, y que algunos años adelante habian de precipitar las predicaciones de Lutero y Calvino, combinadas con los intereses mas que mundanos de algunos monarcas.

Habia por consiguiente, una vasta combinacion, cuyos efectos debian de manifestarse en un porvenir mas ó menos remoto, y los ermitaños de la Union tenian multitud de conventículos en Francia y Alemania, desde los Pirineos hasta las orillas del Elba y contaban gran número de afiliados en los círculos de las ciudades libres de Holanda y demás Paises Bajos, donde estaba su centro de accion. Profesaban principios de virtud austera, que no les impedian, sin embargo, disfrutar con moderacion de los goces de la vida; seguian en religion las máximas de Juan Hus y en política las de Maquiavelo, como todos los potentados de aquel tiempo: para ganar prosélitos y amigos, (y los adquirieron hasta en las comunidades religiosas), eran afectuosos en su trato con todo género de gentes, serviciales, caritativos, y estaban obligados á sacrificar hasta la vida en beneficio de sus semejantes: procuraban conocer los hábitos y costumbres de cada pais, para esplotarlos juntamente con las preocupaciones vulgares en provecho de su sociedad; se introducian con los personages mas influyentes de las cortes, para conocer sus secretos y para tenerlos propicios en caso necesario: hacian profesion de las armas, como llamados á ejercitarlas; y estaban ligados por juramento á cometer toda clase de actos, hasta el regicidio, cuando el *consejo de los elegidos*, que así se llamaban los principales gefes, lo reputase conveniente.

Las mas de las personas así coligadas eran ó víctimas escapadas de los tribunales de la fé, ó fugitivos políticos, ó fanáticos partidarios de las nuevas doctrinas religiosas; y fácilmente se comprende que una sociedad de esta especie no podia funcionar al aire libre, y que sus miembros necesitaban lugares de asilo impenetrables.

Para el gran maestre de la Union lo era la Sennenfels, parage habitado por espíritus, segun la tradicion del pais: allí moraba la hechicera Margarita, que, vendiendo caros sus talentos y no prodigándolos sino prévias las mayores seguridades, habia conseguido adquirir cierta celebridad y sondear no pocos secretos importantes: allí solia ir Leonor enviada por la Reina, que nada sabía de la sociedad reformista, sino solo que su amigo se refugiaba en aquel asilo para tratar con ella de sus negocios personales; y ya hemos visto como la noche de que vamos hablando, apenas tuvo sospechas doña Juana de la llegada de Almazan, dispuso que su confidente fuese á la Sennenfels, á fin de averiguar lo que hubiese de cierto.

Leonor marchó acompañada del capitan Mendez poco despues que D. Felipe y sus amigos, y ellos dos eran los que pasaban cuando relinchó uno de los caballos que tenia el criado aleman, y cuando este desventurado estuvo á punto de morirse de miedo. El conocimiento práctico que tenia la jóven de aquellos sitios impidió que se encontrasen de manos á boca con el Rey, pues ladeándose hácia un camino, al parecer, embarazado por la maleza del bosque, pero accesible para los caballos, pudieron entrar en la casa por una puerta reservada.

Pocos momentos antes, Margarita celebraba la venida de Pero Diablo y obsequiaba á su compañero Almazan con una poética cena en la cumbre del Wolkenburg; y como era noche de alegria para ella, se solazaba tañendo un laud é improvisando cantares al objeto de su cariño; y esta fué la música fantástica que tan parados dejó á D. Felipe y sus compañeros. La vieja

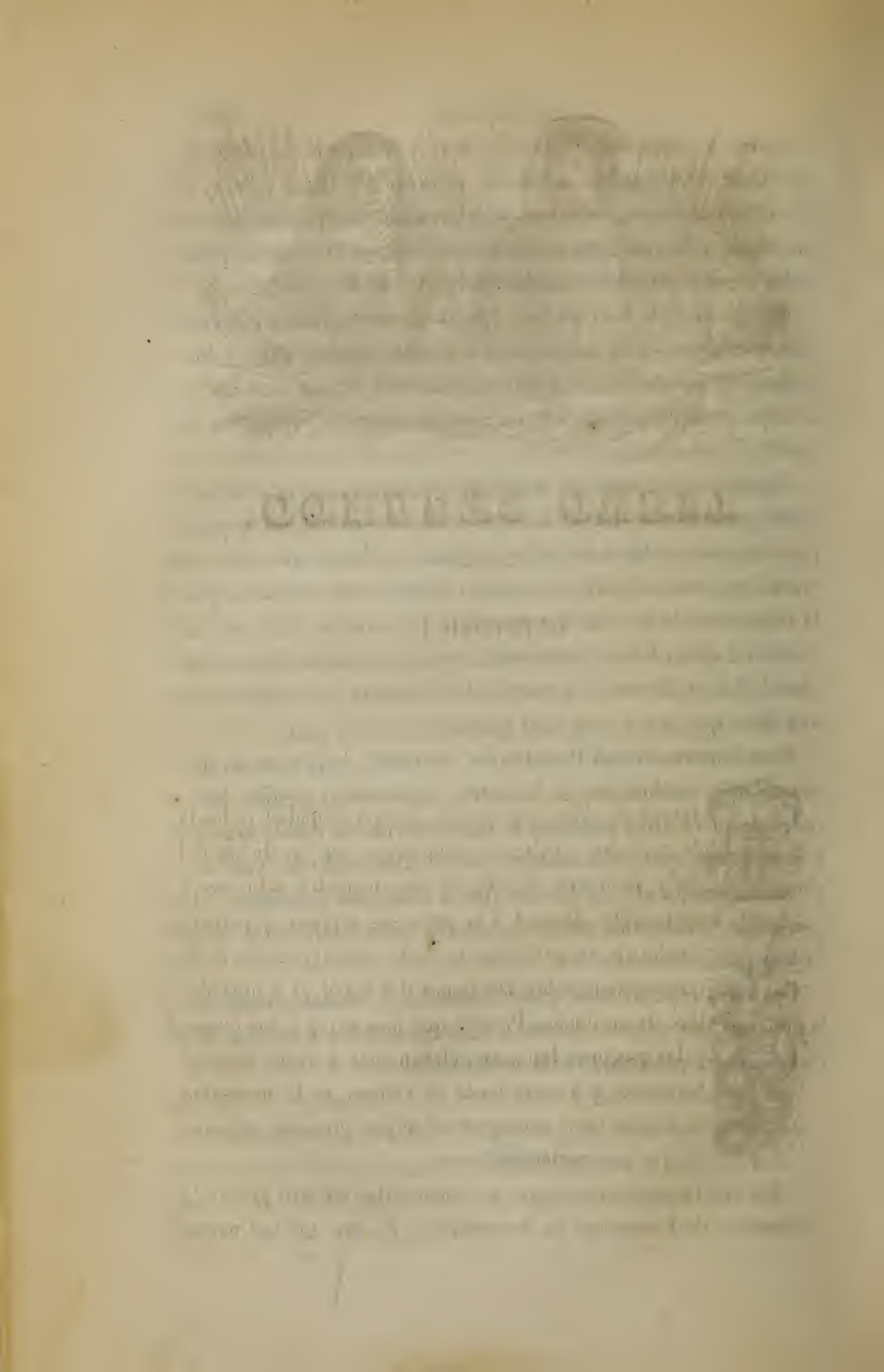
Celestina y el gigante Moran tambien se divertian á su manera, ofreciendo prolongados sacrificios en honor de Céres y Báco, y estas eran las devociones de cuya interrupcion se quejaba la buena mujer; y la risa bronca que pareció salir de las nubes, procedia simplemente de los anchos pulmones de su cofrade.

Las pisadas de los caballos, resonando en la roca y comunicando su sonido á las cavidades de aquella, dieron aviso á los alegres comensales de la aproximacion de personas estrañas, y hé aquí por qué desapareció de repente la luz que enrojecia el castillo de las Nubes.

Cogidos de sorpresa los moradores de la roca, Margarita necesitó ganar algun tiempo á fin de ocultar á sus amigos y prepararse para recibir á los recien llegados; y luego que, con su mucha penetracion, hubo reconocido al Rey, como tambien, por la inspeccion de los cabellos que éste le entregó, cuál era la persona á quien habian pertenecido, concibió inmediatamente la idea de fascinarle con el prestigio de la mágia, por medio de una farsa que le era muy fácil ejecutar.

Para concertarla con Pero Diablo, se retiró, bajo pretesto de consultar la combinacion de los astros: tenia allí al gigante Moran, que ya en otras ocasiones le habia servido de diablo mudo, y á su amigo, que podia hablar por él ahuecando la voz: la presencia inesperada de Leonor vino á completar felizmente el cuadro de la compañia que se necesitaba para representar con éxito aquella comedia.

Con estas esplicaciones queda deshecho el encantamiento de las escenas que dejamos descritas. ¡Los aficionados á cuentos de hadas no nos perdonarán esta profanacion!



LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Los personages de esta historia recobran el uso de la palabra.

Enrique de Almazan gozaba de una felicidad rodeada de cuidados y peligros, como deben ser las dichas del amor para que el corazon las encuentre sabrosas y apetecibles. Quitad á la rosa sus espinas y perderá mucho de su gallardía: la fruta mas agradable es la que se come sobre las ramas del árbol, ó á hurtadillas de su dueño. Pero lo que mas aviva á los deseos y las pasiones humanas, elevándolas á veces hasta el heroismo, y á veces hasta el crímen, es la necesidad de luchar para conseguir un objeto precioso, sabiendo que nos pertenece.

Tal era la situacion en que se encontraba nuestro jóven: la presencia de Leonor en la Sennenfels, ¿no era un testimonio

elocuente de que le amaba? Verdad es que ella se apresuró á manifestar que habia ido enviada por la Reina; pero todas las sutilezas que inspira el pudor á la mujer para disimular el mas dulce de sus sentimientos, no podian oscurecer en aquella ocasion lo que pasaba en el alma de la noble doncella. Enrique estaba allí fugitivo de su casa paterna, espuesto á las iras de un príncipe voluntarioso y violento, y obligado á guardar un estraño misterio, solo por ella; por acudir á un llamamiento hecho á su amor; pues si bien el interés de doña Juana parecia ser el único móvil de una determinacion tan irregular, el haberse acordado de él y no de otro, demostraba una preferencia, que únicamente podia nacer de la voluntad de la dama.

El jóven tenia, pues, una seguridad de ser correspondido, ó por lo menos un derecho indisputable á la posesion de la mujer que amaba: la escena que una reunion de circunstancias casuales le habia hecho presenciar, fortalecia su amor y con él su audácia para sostenerlo contra todo poder humano.

Así es que, apenas Leonor hubo concluido su papel en la comedia mágica que se acababa de representar, aprovechó Almazan los momentos para acercarse á ella y decirle:

—Creo haberos dado pruebas de que soy capaz de hacer los mayores sacrificios por merecer vuestra estimacion: mi fortuna, mi porvenir, mi vida, todo está á vuestro servicio, bella Leonor; yo no dudo que seguireis aprovechando lo poco que yo valga y pueda.

—No os hagais ilusiones, Almazan, contestó la jóven: sé que teneis contraidos muchos méritos á mi gratitud; pero esto mismo debe hacerme muy cauta, para no esponeros á graves peligros. El Rey sabe ya que estais en Bruselas.

—¡Y qué me importa el Rey! repuso el fogoso mancebo con energia. Don Felipe es mi mortal enemigo.

—¡Y qué! ¿No es esa una razon para que debais guardaros de él?

—Ciertamente. Pero, ¿quién puede haberle dicho.....

—Lo ignoro: acaso el capitan.....

—No: el capitan es fiel, y sabe que la menor indiscrecion pudiera costarle la vida. No, él no ha sido: ama á doña Juana tanto como nosotros, y ha venido espresamente para servirla.

En estos momentos fué cuando, exasperada la cólera de don Felipe por la resistencia que le oponia el supuesto demonio de Wolkenburg, se precipitó hácia él, declarando que á su pesar lograria lo que deseaba. Enrique oyó la amenaza, y apretó los puños adelantándose furioso, sin ser dueño de reprimir su indignacion. Pero Leonor le contuvo, diciendo:

—¿Qué haceis?.... Contra los príncipes, lo mismo que contra las fieras, puede mas la astucia que la fuerza: D. Felipe me olvidará: yo os lo prometo.

No habia pasado desapercibida para la jóven la espresion burlona dicha por Pero Diablo en nombre del Demonio y alusiva á la pérdida de sus cabellos; y acababa de lucir en su espíritu una idea heróica, pero que sin embargo, la hizo estremecerse de horror.

—¿Qué pensais hacer? ¿Puedo saberlo? preguntó Almazan.

—No es tiempo todavia, contestó Leonor: aun no sé lo que haré. Por ahora solo debemos pensar en destruir las esperanzas del Archiduque y en preparar su ánimo, á fin de que consienta de buen grado en lo que quiere la Reina.

La jóven dijo estas palabras con cierto embarazo, que revelaba al mismo tiempo su amor y su inquietud.

—Es menester, añadió, que Don Felipe no lo desapruebe, á fin de que podamos continuar sirviendo á nuestra desventurada Señora, que tanta necesidad tiene de fieles amigos.

—¿Solicitar su consentimiento?

—¿Y por qué no?

—¡Jamás! exclamó el jóven con ira reconcentrada.

—Sois un loco, Almazan.

—¡Tengo celos!

—¿Es posible?

Estas dos palabras fueron pronunciadas por la hermosa dama con una espresion de queja, tan tierna, que Almazan no pudo menos de bajar la vista murmurando:

—¡Ah! ¡Perdonadme, Leonor! Haced lo que querais. A mí solo me toca ser esclavo de vuestros deseos.

Mientras así hablaban los dos amantes, Pero Diablo y Rodrigo Mendez terminaban una rápida conversacion, que poco antes habian interrumpido los conjuros de Margarita.

—Manteneos en vuestro puesto, decia el primero: ningun inconveniente hay en que Almazan os acompañe en calidad de escudero. Mañana veré yo á Don Juan Manuel y sabré lo que ha descubierto acerca del particular.

—Tened en cuenta que ha recibido cartas de España. Yo mismo he visto al mensajero que las ha traido.

—No importa.

En esto se presentó la hechicera. Despues de responder á las felicitaciones de sus amigos, dijo á Pero Diablo:

—¿Habeis pensado ya lo que se ha de hacer? El Rey puede enterarse, por cualquier evento, de la ausencia de Leonor, y conviene que ella esté en Palacio, si es posible, antes que él llegue.

—Tienes razon, y eso no será difícil, yendo por el camino del rio.

—¿Y qué habré de decir á la Reina? preguntó Leonor.

—De lo que aquí ha pasado, ni una palabra, repuso Pero Diablo con un tono de autoridad que sorprendió á Enrique. Unicamente le dirás que estoy de vuelta; que Almazan ha llegado sano y salvo, como prometí; que en Castilla desean su ida los pueblos y la temen los nobles, si ha de ser estando en armonia con el rey su padre; que éste, al parecer, abriga bue-

nas intenciones, y es pura calumnia cuanto se ha dicho de sus pretensiones á la mano de doña Juana la Beltraneja.

Luego, llevando aparte á la jóven, le habló algunos momentos en voz tan baja, que de nadie mas pudo ser oida.

—¡Ea! No os detengais, dijo por último dirigiéndose á Rodrigo y Almazan. Acompañad á esta dama: yo procuraré veros mañana.

Pero Diablo hablaba con alguna impropiedad, pues faltarian dos horas para amanecer, cuando se despidió de la jóven y de sus amigos. Estos partieron y caminaron bastante deprisa para llegar á Bruselas antes de rayar el alba, entrando en los jardines del palacio por el cauce del rio y con ayuda de una llave que tenia Leonor para abrir la verja de hierro que habia en el muro para impedir la entrada y dejar libre el curso de las aguas.

A pesar de la rapidez de su marcha, llegaron despues que el Rey.

Don Felipe entró por la puerta secreta que conducia á los aposentos de D. Juan Manuel, habiendo entregado los caballos al criado aleman. Al retirarse á su cámara, le acompañaron el ministro y el príncipe de Simáy, cuidadosos al parecer por el estado de su salud. En la galeria que enlazaba los dos departamentos, vieron salir de entre la sombra un bulto que hubiera podido tomarse por el de un perro de presa ó de un oso, el cual se enderezó y marchó hácia el Rey. Éste creyó ver reproducirse la figura terrorífica del espíritu de la roca, y retrocedió un paso, contrayendo las cejas y aplanando la mirada.

—¿Qué es aquello? murmuró.

Don Juan Manuel avanzó un poco á reconocer aquel objeto: el de Simáy le siguió con recelo. El bulto continuó acercándose de puntillas.

—¡Quién vá! dijo el ministro con energia.

—¡Chit!.... ¡Calla, papá Juan! le contestó Gilito; pues no era otro el aparecido.

—¡Llévete el diablo! prorumpió diciendo el Archiduque. No me sirves mas que de estorbo.

A pesar de este apóstrofe, que denunciaba la cólera del Rey, el bufon se acercó mas deprisa, diciendo á media voz:

—¡Por Dios! Felipito, no metas ruido. Te estoy esperando para reñirte ¿Qué hora es esta de recogerse?

Y llegando hasta él, le dijo casi al oido:

—La Reina te aguarda: vete por otro lado.

—¡Ah! esclamó don Felipe con voz ténue. ¿Dónde está?

—Allí, junto á la puerta de tu cámara, contestó el bufon, señalando al comedio de la galeria.

El Rey retrocedió en busca de otra puerta: D. Juan Manuel sintió una secreta alegria, y al mismo tiempo maldijo interiormente al bufon.

Pero el buen deseo de éste no produjo el resultado apetecido de evitar un choque desagradable. Las esclamaciones de D. Felipe habian llegado á los oidos de la Reina, quien, abandonando su puesto de observacion, venia al encuentro de su infiel esposo. Era ya imposible dejar de hablarle, y el Archiduque la esperó entre turbado y altanero.

—¡Tarde se ha concluido la conferencia! dijo la Reina con tono de amarga ironía.

Y al pronunciar estas palabras, su rostro estaba pálido, sus miradas severas y tranquilas.

—Sí, tarde se ha concluido, Señora, repuso D. Felipe sin saber qué decir.

El bufon se retiró cabizbajo y triste al ver desvanecida su esperanza de impedir el primer arrebato de los celos de la Reina. Ésta continuó con el mismo acento sarcástico:

—Sin duda el amor que teneis á vuestra esposa y á vuestros

hijos ha hecho que os empeñeis en graves discusiones..... ¡Pobre Felipe mio! ¡Cuántas molestias os ocasiono!

—Señora, conteneos: si teneis que hablarme, pasemos á mi cuarto.

Doña Juana se volvió rápidamente hácia D. Juan Manuel y el de Simáy, que permanecian á pocos pasos del Rey oyendo esta conversacion, y lanzándoles una mirada de ódio y desprecio, les dijo con impetuosa energia:

—¿Qué haceis vosotros aquí? ¿No sabeis que es irreverencia y descortesía escuchar cuando hablan vuestros soberanos?— Y vos, Señor, añadió dirigiéndose á D. Felipe: vos, tan galan y tan caballero, ¿no sé cómo consentís indiscretos testigos al hablar con una dama?

—Os podeis retirar, dijo el Rey á sus amigos.

—Ahora, Señor, repuso la Reina, vamos donde gusteis.

Don Felipe se encaminó á su cámara resueltamente, dispuesto á sostener con audácia la lucha que presentia; y luego que hubo entrado la Reina, cerró las puertas y aguardó en pié y cubierto que aquella le hablase.

Doña Juana se quedó parada mirándole, con los brazos caidos y la cabeza inclinada hácia el pecho: habia sufrido mucho aquella noche: creyendo poder presenciar la conferencia que le anunció su esposo, habia estado mas de dos horas aguardando en la tribuna secreta de la sala de consejos, hasta que se convenció con gran dificultad, pues le parecia imposible, de que todo era engaño: despues anduvo errante, como paloma herida y falta de alientos que busca su palomar, por todas las habitaciones del palacio, donde se figuraba que podia encontrar á su marido: hizo comparecer á su presencia todas las damas, las examinó una á una, mirándolas al rostro para ver en cuál encontraba indicios de turbacion, contándolas conforme llegaban, y despidiéndolas con enfado: llamó al bufon y le dijo que necesitaba comunicar al Rey un asunto importante; que le mani-

festase dónde estaba; pero el mísero Gil, á quien la naturaleza habia dado, bajo un esterior horrible, una viva penetracion y un corazon compasivo, trató de persuadirla, aunque en vano, que D. Felipe reposaba en su lecho. Entonces le mandó salir con voz airada; fingió acostarse, y despues, cuando le pareció que nadie podia observarla, fué á sentarse en el suelo junto á la puerta de la cámara del Rey, permaneciendo allí con la frente apoyada entre las manos y el corazon violentamente agitado.

Tantas horas de tormento interior habian agotado las fuerzas de la desdichada Reina: en el momento de ver llegar á su esposo pálido, ojeroso, con señales en todo su sér, que lo mismo podian revelar las fatigas del cuerpo y del espíritu, que el hastío de los placeres; al verle acompañado de sus dos mas íntimos confidentes, la rábia de los celos sostuvo su vigor casi desfallecido; pero cuando se encontró á solas con él, pasado ya el primer ímpetu de la pasion; cuando le vió soportar impasible y altanero su mirada, solo pudo prorumpir en angustiados sollozos, y se dejó caer en un sitial privada de alientos, esclamando:

—¡Felipe!.... ¡Felipe!.... ¡Ten compasion de mí!....

Don Felipe arrojó su sombrero al suelo, y andando á trancos por la estancia, contestó:

—¡Compasion!.... Eso es. Bien la necesito. No sé qué gusto teneis en atormentaros y atormentarme.

Al oir esta injusta reconvencion, doña Juana levantó la cabeza con energia: las lágrimas se habian secado de repente en sus pálidas megillas, que despedian fuego.

—¡Atormentaros!.... ¡Yo gusto de atormentaros!.... esclamó. Teneis razon: es un gusto estraño; pero, ¿qué quereis? Otras mas afortunadas tendrán la dicha de haceros feliz: así es el mundo.

Era ciertamente un espectáculo doloroso el que ofrecian aquellos dos séres en la mas hermosa flor de su juventud, pues nin-

guno de ellos habia cumplido veintiocho años; aposentados en un magnífico palacio; rodeados de todo el esplendor que la fantasía puede conceder á los sueños de la ambicion, y nacidos para dominar las mas bellas y codiciadas regiones del mundo, sujetos, encadenados, por decirlo así, al potro devorador de los tormentos morales, y sin esperanza de remedio para sus incesantes martirios.

Porque D. Felipe, si bien no era tan digno de compasion como su desdichada esposa, tambien padecia horriblemente: las penas de ella eran el angustioso anhelo de un corazon lleno de amor y despedazado á cada momento por la cuchilla helada del desden y el desgarrador acicate de los celos; eran penas que hacian apetecer como un alivio el ódio con todas sus furias: las de su marido, siendo hijas de una voluntad caprichosa é indomable y del estravío de los deseos, inflamaban en su pecho el ardor de la rábia: producian la inquietud y el afan, que en un hombre dotado de energia juvenil y de poder, prepara el ánimo para el crímen ó la desesperacion.

En aquellos momentos el fogoso príncipe se creia doblemente desgraciado entre el desamor de la mujer que apetecia y la pasion activa de la que le era indiferente y tal vez odiosa. Oyendo á esta última lamentarse ó reconvenirle, cuando aun duraba en su espíritu la impresion cruel y aterradora de un genio infernal que le habia desahuciado en nombre de la virtud, sus malas pasiones hervian amontonadas, y el demonio del orgullo y de la ira esparcia sobre sus nervios el hálito del esterminio.

—Señora, dijo con calma cruel, parándose en medio de la sala: os prevengo que habeis escogido muy mala ocasion para venirme con quejas y sarcasmos. Sería conveniente que os fueseis á descansar y me dejaseis tranquilo.

—¡Ni una palabra para disculparse! murmuró la infeliz Reina retorciéndose las manos. ¡Esto es horrible!—Don Felipe, añadió en voz alta: ¿sabeis que soy vuestra mujer?

El Archiduque se encogió de hombros.

—¿Sabeis que tengo derecho á ser respetada como tal, y que vuestros ultrages pueden colmar la medida de mi paciencia?

—Guardaos de apurar la mia, Señora.

—¡Me amenazais! ¡Oh! Yo no temo vuestras amenazas, porque son las del reo que se rebela contra su juez: mi causa es de Dios, y escudada con la tranquilidad de su conciencia, la hija de la grande Isabel no tiembla ante las bravatas de un príncipe libertino.

—¡Señora!.... ¡Idos de aquí!.... ¡Retiraos de mi presencia! prorumpió diciendo el Rey.

—Sí, me iré, D. Felipe, me iré: pero antes necesito saber dónde habeis estado. Lo quiero y lo exijo.

—¡Ah! esclamó D. Felipe como iluminado por una idea infernal. ¿Lo exigís? os lo diré: vengo de la Sennenfels.

—¡Cómo! pronunció la Reina temblando, al acordarse de que Leonor habia ido tambien al mismo sitio enviada por ella.—Decidme..... decidme..... ¿á qué habeis ido allí?

—Señora, repuso el Rey con sarcástica frialdad: cansado de pedir á Dios que me libre de vuestros celos, he ido á pedírselo al Demonio.

—¡Callad!.... ¡No blasfemeis! Eso es una sacrílega impostura.

—Y ni el Demonio ha tenido piedad de mí, continuó el Rey con la misma calma cruel. Pero en cambio, ¿sabeis á quién he visto allí?

—¿A quién? preguntó doña Juana respirando con dificultad.

—He visto á vuestra dama Leonor, mas hermosa que nunca. Por mas señas que se sonreia como un ángel y tenia destrenzados sus magníficos cabellos, que son mi hechizo.

Don Felipe obedecia en este instante á un sentimiento de ódio hácia Leonor, y de ira hácia su ofendida esposa, á quien heria el corazon mas profundamente de lo que él mismo pensaba.

—¡Ella!.... ¡Ella!.... decia gimiendo la desventurada con la vista fija en un punto indefinible del espacio. ¡Ella!.... ¡Oh! ¡Es imposible!....

—No hay nada imposible, Señora, repuso el Rey: la mágia todo lo facilita. Os juro que la he visto.

La Reina no contestó: temblábanle los párpados, miraba sin ver, y movia los lábios sin producir sonido alguno perceptible.

—Ya he satisfecho vuestra curiosidad, Señora, prosiguió diciendo, despues de una breve pausa, el Archiduque: ahora estareis ya tranquila. ¿No era eso lo que queriais?

—¡Sí! ¡sí!... ¡ya estoy tranquila!... balbuceó la Reina con voz ronca y pasándose por la frente la mano temblorosa. ¡Ella!.. ¡Dios mio! ¡Yo nunca la he querido mal!....

Y volviéndose á su esposo con ademan suplicante, le dijo sonriéndose y llorando á la vez:

—¡Oh! ¡Felipe!.... ¡Felipe mio!.... ¡Eso que acabas de decirme no es verdad!.... Mis quejas te han ofendido, y en desquite me has engañado. ¿No es así?.... ¡Ah!.... ¡Dime que me has engañado!....

—Pensad lo que os acomode, replicó el Archiduque. Pero ved, Señora, que es muy tarde, y.... no me siento bueno.

Estas sencillas palabras produjeron instantáneamente una prodigiosa transformacion en las ideas de la Reina: en aquel momento ya no se acordó de sus propios pesares, ni de Leonor, ni de las crueles ofensas que acababa de sufrir. La salud del Rey era todo para ella.

—¿Qué has dicho, amado mio? esclamó acercándose á él y mirándole con amoroso afan. ¡Estás enfermo! y yo, ¡loca de mi! ¡te estoy molestando!.... ¡Y acaso tengo la culpa de tu mal! ¡Oh! Dime, ¿qué he de hacer?

—Nada: durmiendo se me pasará.

—No, Felipe: llamaré á Marliano.... yo misma le llamaré....

Duerme ahí cerca: Sí, sí: voy al momento. ¿Qué trabajo me cuesta?

—Ya he dicho que no es necesario.

—Bien, Felipe: como tú quieras.

—No necesito mas que descanso.

Diciendo así, el Archiduque abrió una puerta que conducia por varios aposentos interiores al cuarto de la Reina, y ésta entró por ella cabizbaja. Don Felipe la acompañó galantemente hasta la última pieza, y volvió luego á su cámara.

Leonor habia llegado ya; pero suponiendo que su señora dormia, no quiso entrar en la estancia real hasta la hora en que aquella acostumbraba levantarse.

Cuando se presentó en la cámara, no obstante ser mas temprano de lo ordinario, encontró á doña Juana vestida y sentada en un sillon, con la frente apoyada en la mano y profundamente pensativa. Al ver á la dama, se estremeció, y alzando la cabeza, la miró con horror.

—¿Qué quereis? ¿Qué venís á hacer aquí? le preguntó con rápida pronunciacion.

—Soy Leonor, Señora: ¿no me conoceis?

—¡Ah! Sí: ven acá, repuso la Reina esforzándose por parecer afable. Ven acá: ya no me acordaba de lo que te encargué anoche. ¿Fuiste á la Sennenfels?

—Sí, Señora, contestó Leonor, estrañando el acento nervioso de doña Juana.

—¿Y á quién has visto? ¿Qué te ha pasado allí? ¿Qué te han dicho? Cuéntamelo todo.

—He visto á la persona que sabeis.....

—¿A quién?

—A mi padre, repuso Leonor con timidez, bajando mucho la voz: y me ha dicho.....

La Reina la volvió á interrumpir.

—¿Y á quién mas has visto?

—A Margarita y..... á Enrique de Almazan.....

—¿Y á quién mas? repitió doña Juana animándose por grados.

Leonor vaciló para contestar, acordándose de la órden de Pero Diablo, y temiendo dar sentimiento á la Reina: ésta fijó en ella una mirada penetrante como un puñal.

La jóven bajó los ojos y respondió:

—He visto á los criados y..... á nadie mas.

—¡Oh! esclamó la Reina apretando los dientes. ¡No mentia!... ¡No mentia!....

—¡Mi querida Señora! balbuceó Leonor.

Pero doña Juana la rechazó violentamente, diciendo:

—¡Retiraos!.... No quiero veros.

—¡Ah! esclamó Leonor cayendo de rodillas. ¿En qué os he ofendido?

—¡Qué os vayais he dicho! profirió la Reina con ira.

Leonor se levantó y salió de la cámara murmurando entre sollozos:

—¡Dios mio! ¿Será cierto que está loca?....

CAPÍTULO II.

Reaccion

Doña Juana quedó tristemente reclinada en su asiento, como si el rayo la hubiese sorprendido en aquella actitud.

Solo de tiempo en tiempo agitaba la cabeza, y entonces salia una palabra de sus comprimidos lábios.

«¡Imposible!» decia, volviendo luego á su letárgica inmovilidad.

Una hora pasó en este estado de concentracion mental, capaz de destruir su razon, si por mas largo espacio se hubiese prolongado. Afortunadamente vino á sacarla de el una tercera persona.

Era esta una dama de bella presencia, la cual rayaba en esa media edad en que la mujer de corte brilla por sus talentos y prudencia, sin dejar de merecer los tributos debidos á la hermosura: su continente grave y magestuoso revelaba un alto nacimiento; y aunque pudiera muy bien aspirar

todavia á los frívolos homenages que tanto aprecia su sexo, descubríase á primera vista que hacía mas gala de su honestidad que de sus gracias.

Esta mujer se llamaba doña Juana de Aragon, era hija bastarda del rey D. Fernando el Católico y estaba casada con el condestable de Castilla D. Bernardino de Velasco, tercer conde de Haro. En ella tenia puesta la Reina su mayor confianza, siendo la única persona que con el doble título de hermana y amiga, ejercia un poderoso ascendiente sobre su ánimo, aun en los momentos de grandes tribulaciones: con razon ponderaba su influencia el anciano duque de Nájera, cuando trataba de acallar los escrúpulos de su rudo amigo, el conde de Benavente.

Aunque no desempeñaba en la corte ningun cargo especial, era mas atendida y respetada hasta por el mismo rey D. Felipe que su rival la anciana condesa de Camiña, camarera mayor de la Reina, quien por este motivo la aborrecia y procuraba contrastar su valimiento, inclinándose al partido de los flamencos. Pero la condesa de Haro despreciaba estas miserias, y con su natural bondad hacía lo posible para conservar y atraer amigos á su hermana, siendo el paño de lágrimas de las jóvenes meninas y de cuantos solicitaban su proteccion.

Leonor le habia contado ya su repentina é inesperada desgracia; pero sin atreverse á descubrirle la burla hecha al Rey en la Sennenfels, por no comprometer á las personas que habian tomado parte en ella. La condesa acababa de prometerle interceder en su favor.

Al presentarse ésta á la Reina, la encontró tan demudada, que no pudo menos de alarmarse, y con la confianza que la daban su posicion y los vínculos de la sangre, se acercó á ella rápidamente y arrodillándose en el mismo cogin donde tenia los piés, la tomó una mano esclamando:

—¡Qué os aflige, hermana y Señora mia!

La Reina se estremeció como asustada; pero fijando en se-

guida sus miradas amorosas en la condesa, murmuró dulcemente:

—¡Ah! ¿Eres tú?

Y luego, sin dar tiempo á su hermana para responder, se inclinó hácia ella y la abrazó, diciendo con una esplosion de dolor:

—¡Juana!.... ¡Mi querida Juana!.... ¡Qué desgraciada soy!....

En mucho rato no pudo proferir mas palabra: una cadena de sollozos, que la agitacion convulsiva del pecho hacía parecerse á una carcajada desgarradora, le ataba los órganos de la pronunciacion. Las lágrimas comenzaron á correr abundantes por sus megillas, y esta sangría del corazon fué calmando las angustias que la sofocaban y la fiebra del alma.

—¡Llorad mas!.... ¡Llorad! le decia la condesa, provocando este desahogo de sensibilidad, léjos de reprimirlo.

Al cabo de algun tiempo, la Reina repitió con menos vehemencia:

—¡Qué desgraciada soy!

—Sí, muy desgraciada, respondió la condesa: bien lo veo. Vuestra imaginacion os quitará la vida.

—¡Tambien ahora querrás persuadirme que son penas imaginarias las mias! esclamó la Reina. ¡Oh! ¡Dios mio! Nadie..... ¡nadie me comprende! Mis mejores amigas me engañan ó se burlan de mi dolor.

Y al decir esto, seguia llorando.

La condesa dejó pasar este arrebato de afliccion, y luego repuso:

—No siempre son tan grandes los males como los vé nuestra apasionada fantasía, y muchas veces hay apariencias traidoras que nos fascinan. Si yo mereciese, como en otras ocasiones, vuestra confianza.....

—¡Oh! no son apariencias, Juana mia, contestó la Reina con una amarga sonrisa. El amor de un Rey deslumbra mucho; lla-

marse rival de una reina, y rival preferida: es una cosa que debe halagar infinito la vanidad de cualquiera mujer!.... Sí, esa muchacha estará loca de contento..... Ella..... la miserable hija de un coito sacrílego, la desventuradilla que hasta lleva el apellido prestado, la mujer desdeñada por un Laxaols, verse de pronto encumbrada sobre las demás mujeres..... ¡sobre su misma soberana!.... ¡Oh! esto, ¿á quién no le hará perder la cabeza?.... ¡La pérfida! ¡la pérfida!.... Y yo, que anoche mismo la creia, y la envié..... Vamos: ¡soy una necia!

—Tranquilizaos, hermana mia, dijo la condesa, que en este momento recordaba su orígen ilegítimo: todo cuanto me decís cabe en lo posible; pero si os engañaseis á vos misma, ¿qué provecho sacariais de atormentaros? Yo acabo de ver á Leonor, y está inconsolable, desesperada.

—¡Cómo! ¿La has visto? Pues qué, ¿no se ha ido? Le he mandado que se vaya.... le he dicho que no quiero verla mas.... ¡y me desobedece! ¡Ah!.... Bien se comprende.

La de Haro hizo un movimiento negativo con la cabeza, y repuso:

—Si quisierais esplicarme lo que ha sucedido..... Quizá tendreis razon.

—¿Pues no lo sabes? Ayer vino á verme Felipe..... Aquí, en este sitio estuvo sentado: hablamos mucho y me concedió..... ¿qué me concedió?.... Ya no me acuerdo..... ¡Ah! sí: aceptó una avenencia que le propuse para el gobierno de Castilla.

—¿Sí? pronunció la condesa con vivo interés.

—Sí; pero no era esto lo que yo te queria decir..... Me habló de una conferencia que debia tener anoche con el cardenal de Roan, y me engañaba: no hubo tal conferencia. Luego..... sabía ya la venida de Almazan y estaba informado de la carta que he recibido de mi padre..... ¿Quién sino ella puede haberle dicho estas cosas? Yo la envié á la Sennenfels, y el Rey no quiso quedarse á cenar conmigo. Estaban citados..... continuó

la Reina con voz trémula. ¿Comprendes tú esto? ¡Citados!.... Y él la vió..... ¡y ella se sonreia como un ángel!.... ¿Lo oyes?.. ¡Como un ángel!.... ¡y tenia destrenzados sus cabellos!.... ¡Ah! ¡esos cabellos!.... repitió con acento convulsivo. ¡Es una cosa cruel!.... ¡muy cruel, Juana mia!

—Pero ¿cómo habeis podido saber.....

—Me lo ha dicho él, interrumpió la Reina: ¿cómo quieres que no lo crea? Él, Felipe mismo me lo ha contado..... y ella ha pretendido negármelo. Pero yo debia suponerlo, aunque nadie me lo dijese..... La pérfida se fingia mi amiga para descubrir mis secretos..... ¡Oh! No lo dudes, añadió reparando en un movimiento negativo de la bastarda: no lo dudes. Su padre sirve á D. Juan Manuel, y está proscrito de Castilla: el favor de Felipe le puede valer mas que el mio..... Y luego, ¿por qué me ocultaban su venida, cuando ya la sabía mi marido? He sido muy necia en fiarme de tales gentes.

La condesa dejó que su hermana se desahogase, y despues le dijo:

—No intentaré disuadiros de la idea que habeis formado acerca de esa jóven, aunque por ella hubiera yo puesto las manos en el fuego. Concedo que sea verdad cuanto sospechais.

—Es que no son sospechas, interrumpió la Reina: es la realidad.

—Bien; llamemos á eso como querais. ¿Decís que el Rey os lo ha contado?

—Sí, él mismo. ¡Él mismo!

—Si el Rey estuviese satisfecho de Leonor; si además contase con ella para sus fines políticos, nunca os habria dicho semejante cosa.

La Reina levantó la cabeza y abrió mucho los ojos, como iluminada por una revelacion interior.

—¡Es verdad!.... murmuró.

—La pasion nos ciega, Señora, continuó la condesa, aprove-

chando esta reaccion favorable. Sin duda alguna se encierra en todo esto un estraño misterio, que yo sabré descubrir.

—¡Oh! ¡cuánto te lo agradeceria! Pero; ¿qué misterio quieres que haya? ¿No es claro como la luz del medio dia, que él la ama y que ella le corresponde?

—No veo eso tan claro, Señora: lo que veo es que el Rey, enfadado con vos por alguna causa que ignoro, y tal vez resentido de los desdenes de Leonor, ha dicho en un arrebato de ira, lo que habria procurado disimular si fuese cierto: tal vez ha tenido algun otro motivo que no alcanzo á penetrar; pero de cualquier modo, la prudencia nos aconseja suspender nuestro juicio, hasta adquirir una completa certidumbre.

—¡Ay! ¡si fuese verdad lo que dices!....

Cuando el corazon padece profundamente, y le alivian de la mitad del peso que le agobia, se siente reanimado y alegre, como si hubiera desaparecido del todo la causa de su mal: así la tierna flor que nace en dias tempestuosos y frios, bajo el influjo de un cielo nublado y de los repetidos huracanes, irge su tallo quebrantado y esponja sus pétalos marchitos, apenas se desliza hasta ella un rayo de sol por entre el roto velo de las nubes. Doña Juana pudo en estos momentos olvidar que no era amada, con solo concebir la duda en cuanto á los sentimientos de Leonor hácia su infiel esposo; y halló consuelo en suponer que era inocente.

—¡Si fuese verdad lo que dices! repitió. En ese caso todo tendria remedio. Almazan ha venido: haré que se case con ella, y que se la lleve á Castilla: hecho esto, mi padre lo aprobará, conociendo el motivo poderoso de mi determinacion; y Felipe, no viéndola mas, la olvidará.

—Cuidado con eso, dijo la prudente condesa: es un asunto delicado y que se ha de pensar antes.

—No: si está ya pensado. No te he dicho nada de esto porque temia que lo desaprobáras: el jóven viene espresamente por

mi mandato, para impedir que ella se case con Laxaols. Pueden desposarse en mi oratorio, sin que nadie se entere mas que mi capellan, y luego.....

La Reina se quedó suspensa sin terminar la frase, y al cabo de algunos momentos continuó:

—Pero ella no querrá volverse á Castilla. Lo has de ver.

—No lo estrañaria, repuso la condesa. ¡Os quiere tanto!

—¿De veras? ¿Te parece que me quiere?....

—Os lo puedo asegurar.

—¡Dios mio!.... Yo tambien la quiero; y sin embargo, no te puedes figurar lo que he sufrido pensando en ella. Esta mañana se me empañaba la vista, y aquí, dentro del alma, creia verla en los brazos de mi Felipe: cerraba los ojos, y la veia mas clara, con los cabellos destrenzados y sonriéndose..... ¡como un ángel!....

Esta palabra salia estridente y silbando de los lábios de la Reina: diríase que, al pasar por ellos, se los abrasaba como un hierro candente.

—Y he sufrido tanto, continuó despues de una breve pausa, porque la quiero; porque tenia en ella mi mayor confianza..... Mira: me parece que, si Leonor me vendiese, me volveria loca.

—No pensemos ya en eso, dijo la condesa: veamos el modo de quitar inconvenientes, y creedme: no deis disgusto al Rey con vuestras quejas. Así no adelantais mas que impacientarle y padecer.

—Lo sé, Juana, lo sé. Ahora mismo estoy mala: pero no puedo contenerme.

—Pues es preciso: vamos, acostaos, y haced por desechar esas ideas: vereis como todo ello no es nada; y además, yo procuraré arreglar las cosas del mejor modo.

Diciendo esto, la condesa de Haro condujo á su hermana á una alcoba contigua, la desnudó y la ayudó á meterse en la cama. En seguida llamó, y habiéndose presentado dos camaris-

tas, mandó á la una quedarse al lado de la Reina y dijo á la otra algunas palabras al oido. Esta última salió, volviendo al poco rato con el médico Ludovico Marliano.

La condesa se adelantó al encuentro del doctor, y le dijo en voz muy baja:

—Marliano: el espíritu de la Reina padece, y no será estraño que padezca tambien el cuerpo. Ya he aplicado los remedios que están á mis alcances: ahora vos ayudadme con vuestra ciencia. Procurad que duerma y olvide.

El médico milanés levantó los ojos al cielo, meneando la cabeza, y repuso:

—Tambien el Rey está indispuesto.

—Me lo temia, contestó la condesa. No la abandoneis.

Marliano se dirigió á la alcoba, y doña Juana de Aragon salió por la puerta destinada á la servidumbre de la Reina.

CAPÍTULO III.

Pié de que cojean los cortesanos.

Otras escenas de diversa índole que la anteriormente descrita, tenian lugar al mismo tiempo en varias habitaciones del palacio: de todas ellas procuraremos dar una sucinta noticia, para la mejor inteligencia de esta verídica historia.

El lector sabe ya que doña Juana de Aragon tenia una enemiga en la condesa de Camiña, camarera mayor de la Reina: este ódio de rivalidad se estendia, como es natural, á cuantas personas alcanzaban la estimacion de la ilustre bastarda.

Cuando Leonor salió de la cámara de la Reina, hubo algunas de sus compañeras que notaron su agitacion y amargo llanto; y con lo que habian observado la noche anterior, comenzaron á murmurar, (cosa de mujeres), y á formar castillos, comentando cada cual, segun su malicia, el sentimiento de la jóven dama.

Viéronla á poco entrar en la habitacion de la condesa de Haro, y á ésta salir luego y encerrarse con la Reina; lo cual dió pábulo á las suposiciones y á los malos juicios: las misteriosas conjeturas y la noticia de los sencillos hechos sobre que aquellas se fundaban, llegaron á oidos de la camarera mayor, quien, doblemente resentida contra Leonor, porque fiaba sus secretas penas á otra, en lugar de dirigirse á ella y contra la bastarda de Aragon, por la confianza y el favor que obtenia, se propuso averiguar lo que pasaba entre estas dos personas y doña Juana: es posible que á su resentimiento se juntase una dósis apreciable de curiosidad mujeril.

Con este intento, despues de reprender á las damas por sus murmuraciones y entremetimiento en cosas que no debian tomar en los lábios, y de haberlas encerrado en la sala de labores, prohibiéndoles salir bajo severas penas, se encaminó hácia la cámara real, introduciéndose de puntillas en la alcoba por una puerta interior.

Allí estuvo escuchando la conversacion de las dos hermanas; pero tuvo el disgusto de llegar algo tarde, y solo pudo enterarse de la mitad del diálogo, perdiendo además muchas palabras que se le escaparon en el murmurio de una confidencia íntima.

Sin embargo, la buena camarera oyó lo bastante para formar su composicion de lugar.

Cuando conoció que podia ser descubierta, se retiró por donde habia venido, y llamando á un page, le mandó ir inmediatamente con recado á D. Juan Manuel, para que éste se dignase otorgarle sin demora una breve conferencia.

El gran tesorero descansaba de las fatigas de su noche toledana, y soñaba que el cardenal de Roan, vestido de diablo, como el del Wolkenburg, abria un agujero en su caja de ahorros, aprovechando los momentos en que la Reina, enfadada contra él, le hacía rodar á puntapiés por la escalera principal de Palacio: para completar el cuadro, Gilito, subido en la baranda de

la escalera, se desternillaba de risa. Estravagancias de la imaginacion, que todo lo trastorna y revuelve, cuando la razon, entumecida por el sueño, deja escapar el hilo de las ideas.

Cuando el camarero del ministro entró á ver si éste se hallaba en disposicion de recibir el mensaje de la condesa de Camiña, D. Juan se despertó sobresaltado, con el rostro cubierto de sudor frio, y empuñó maquinalmente una de las torneadas columnas de su cama: pero luego se tranquilizó, y habiendo oido el recado, murmuró para sí:

—¡En lo que menos pensaba yo era en la condesa gallega! ¿Qué le habrá ocurrido á su señoría? ¡Vieja fastidiosa!

Y dirigiéndose al camarero, añadió:

—Decid que al momento tendré el honor de ponerme á las órdenes de la señora condesa, y volved inmediatamente á vestirme.

Mientras el servidor ejecutaba esta órden, el gran tesorero siguió diciendo entre dientes:

—Lo menos quiere pedirme la tenencia del castillo de Pontevedra para su hijo menor, ó algun obispado vacante para su sobrino, el que estudia en Alcalá..... ¡Estas dami-dueñas son insaciables!... Ya veremos..... ¡Si lo paga bien!....

Luego que se hubo vestido con la prontitud y el esmero que requerian las circunstancias, pasó al cuarto de la condesa, donde le introdujo el mismo page que habia ido á llamarle. La noble dama respondió á su cortés saludo con la mas afectuosa sonrisa.

—Venid, mi señor D. Juan, le dijo mostrándole una silla cerca de sí: tenemos que hablar de algunas cosas en confianza.

—No hay duda: me vá á pedir algo, pensó el gran tesorero.

Y acercándose á la camarera mayor con la circunspeccion debida, repuso:

—Tengo á gran fortuna el merecer vuestro favor.

—Sentaos, amigo mio:.... aquí, bien cerca.

—¡Diantre! dijo para sí el ministro. ¿Me querrá enamorar? Esto sería peor que mi pesadilla.

Y añadió hablando con la dami-dueña, como él la llamaba:

—Estoy á vuestra disposicion.

—Os he molestado para haceros algunas revelaciones importantes, dijo la camarera mayor: y las considero importantes porque se trata nada menos que de la paz y armonía entre nuestros amados soberanos. ¿Sin duda estareis informado de lo que pasó anoche?

—Señora, no sé si pasó algo: como ando siempre metido en mis negocios.....

—¡Ah! ¿Conque no sabeis nada? Os creo, porque conozco vuestra franqueza.

Y añadió la condesa para sí:

—¡Qué camastron!

—Podeis estar segura de mi sinceridad para con vos.

—¡Oh! No lo dudo: por lo mismo voy á confiaros lo poco que he llegado á entender. Parece que la Reina sorprendió anoche á su esposo con esa muchacha..... ya sabeis: la bella Diana.

—¡Qué me contais! repuso D. Juan Manuel, pareciéndole que soñaba todavia.

—La Reina misma lo ha dicho, continuó la anciana condesa: y es de suponer que fuese poco agradable el encuentro; pues la picaruela diz que se sonreia como un ángel y tenia destrenzados los cabellos.

—¡Ah! Ya.

—Recordais algo de eso: ¿eh?

—No tal: pero me hago cargo de la situacion.

—Consecuencia de esto es que la Reina ha despedido á Leonor de su servicio.

—¿Sí?.... Muy bien hecho.

—Pero no acaba aquí la historia, mi señor D. Juan: no ignorais el influjo que ejerce la de Haro sobre el ánimo enfermo

de su hermana. ¡Oh! Yo aprecio mucho á la bastarda de Aragon: es mi amiga. Sin embargo, me concedereis que es una mujer peligrosa.

—Sí, muy peligrosa, repuso el ministro, diciendo en su interior:—Ya pareció aquello.

—Pues bien: figuraos lo que está pasando. Esa mujer ha propuesto á la Reina obligar á la pobre muchacha á casarse con un tal Almazan, que está aquí de oculto.

—¿Cómo es eso? interrumpió D. Juan Manuel vivamente interesado al oir el nombre de Almazan.

—Como os lo digo, replicó la de Camiña. ¿Opinais, como yo, que es una enormidad?

—Estamos de acuerdo: pero.....

—Ya veis lo que puede resultar de ahí: el Rey llevará muy á mal que violenten á esa jóven:—tenga ó no que ver con ella; yo en eso no me meto:—pues la quitan un porvenir que su alteza mismo le tenia ya reservado; y además intentan enviarla á Castilla, donde se aprobará ó no su matrimonio clandestino. Y ved ahí una jóven perdida, y lo que se dirá de todos nosotros, y que sabe Dios cómo tomarán el negocio el conde de Cifuentes y nuestro amigo el de Simáy..... En fin, eso es un semillero de discordias: yo me he escandalizado al saberlo.

—Con efecto, señora; es una cosa grave, muy grave y que conviene no perder de vista.

—¡Oh! Yo, por mi parte, no me descuidaré: pero lo mas acertado sería, en mi sentir, poner remedio desde luego, separando del lado de la Reina á esa peligrosa consejera.

—Podeis creer que si estuviese en mi mano.....

—Teneis en ello un doble interés, D. Juan: por lo que ya sabeis y por lo que ella puede influir como hija del rey D. Fernando y mujer del condestable.

—No cabe duda. Y ahora me haceis pensar que la eleccion

de ese Almazan tiene algo que ver con los asuntos del Rey Católico.

—¿De veras?

—Ese hombre ha venido á Bruselas con instrucciones secretas para la Reina: yo no le conozco, ni sé dónde se oculta; de modo que prestaria un gran servicio quien lo descubriese, pues el Archiduque desea, como es consiguiente, apoderarse de su persona.

—¡Dios mio! esclamó la camarera mayor santiguándose. Cuánto me alegro de haberos dado este aviso, D. Juan! Conque, segun lo que acabais de decirme, ¡estábamos aquí andando sobre un precipicio; metidos en una plena conspiracion, sin saber nada!

—Esto, señora, no es mas que una presuncion, repuso el sagaz ministro. Pero ya conoceis que si resultase verdad, nos veriamos todos muy comprometidos.

—Claro está; y yo mas que nadie. ¿Quién creeria que la camarera mayor no estaba en los secretos de su Señora? Por eso me felicito mas y mas de haber sido franca con vos. ¡Oh! La bastarda es una dama muy estimable: como simple particular, la aprecio infinito, y sentiria que ella tuviese un disgusto; pero no puedo consentir que me comprometa con sus intrigas. Eso no.

—Espero que os vereis pronto libre de ese peligro, señora, repuso D. Juan Manuel; sobre todo, si continuais siendo prudente, como no lo dudo.

—¿Qué os parece que debo hacer?

—Nada: seguid observando únicamente, y dejad que la situacion se despeje: ya tenemos en las manos un hilo de la intriga; procuremos no soltarlo, y el que quiera enredarse, que se enrede: tal es mi sistema, señora. No me gusta entorpecer las operaciones agenas: vengan los hechos, y entonces.....

—Os comprendo, y veo que procedeis como hábil político.

—Soy al revés del Rey Fernando: nunca quiero prevenir las

intenciones, ni pecar de desconfiado. Mi norma de conducta es la franqueza, la sinceridad: voy siempre con el corazon en la mano; pero si alguno intenta engañarme, no se lo estorbo, por no incurrir en error: le dejo declararse.

—De modo que si yo descubriese al consabido Almazan.....

—Prestariais un eminente servicio al Rey dándome aviso; pero sin que nada se advierta..... ¿Estamos?

—Descuidad.

El gran tesorero se despidió de la dama, quien, al quedarse sola, esclamó radiante de alegria:

—¡Ya tengo cogido á mi hombre! La bastarda se acordará de mí.

Don Juan Manuel, por su parte, iba diciendo:

—Esta vieja es el demonio: no necesito mas que á ella para pegar fuego á Palacio. ¿De dónde habrá sacado que Felipito estuvo anoche con la bella Diana?—¡Lo que cavilan estas mujeres!.... Dios solo sabe lo que habrá de verdad en cuanto me ha dicho: para mí hay de cierto que la Reina padece una recrudescencia de celos, y que por fin se ha puesto de punta con su querida Leonor.

Pensando así, se quedó parado, y de pronto dijo hablando consigo mismo:

—Hé aquí una coyuntura feliz para Felipe: la vieja de Camiña puede hacer lo que no ha podido el diablo..... Pero eso me importa poco..... Y Almazan metido en todo esto..... el page del anillo..... el jóven hermoso..... No hay duda que la muchacha le prefiere al vestiglo de Laxaols..... Es preciso desenredar esta maraña.

En seguida se dirigió al aposento de la Reina, por cuya salud preguntó; y de allí se fué al del Rey, con quien estuvo un largo rato hablando de cosas indiferentes y procurando adquirir algunas noticias de la escena violenta ocurrida aquella madrugada.

Las esplicaciones de D. Felipe aumentaron la perplegidad en el ánimo del astuto ministro. ¿Cómo podia creer la Reina que su marido hubiese visto á Leonor en la Sennenfels? Ó en otros términos: ¿era posible que la jóven hubiese estado allí? Semejante presuncion era de todo punto inverosímil.

Despues de mucho cavilar, D. Juan Manuel concluyó deduciendo que la Reina, víctima de su enardecida imaginacion, daba por hecho lo que solo habia sido una baladronada del Rey. En esto acertaba; y aunque no tenia nada de crédulo, habiendo visto por sus propios ojos á Leonor evocada por la mágia, y al demonio de Wolkenburg, se figuraba que éste, arrepentido de sus alardes de respeto á la virtud, iba á ejecutar un prodigio en obsequio del Rey.

—¡Quién sabe!.... ¡quién sabe!.... murmuraba encaminándose á su gabinete. Yo no he creido nunca en esas influencias sobrenaturales, y sin embargo, ¿cómo podré resistir á la evidencia de los hechos? Ese espíritu, ó lo que sea, estaba allí visible: negó lo que se le pedia, es verdad; pero ahora, por una combinacion de circunstancias imprevistas, parece que se nos allana el camino del triunfo. Sin embargo, no lo ha de hacer todo el diablo: algo nos toca á los hombres; y ese Almazan es un obstáculo á mis fines, ó mucho me equivoco. Sí, esto es, añadió dándose una palmada en la frente: la condesa de Haro, Leonor y Almazan están de acuerdo: aquí no juega la política para nada; es cuestion de amores..... ¡Oh! Bien, bien: ya tengo en atalaya á la vieja Camiña. Si pudiésemos hacer que Felipito los cogiese *infraganti* desposorio..... ¿qué bueno sería?.... Es menester no estorbar la union de esos dos tortolitos hasta el momento de...

Aquí se interrumpió el ministro: su rostro se tornó pálido, contrajéronse sus párpados y se le hincharon las venas de la frente.

—¿Será, tal vez, ese mozo el matador de mi sobrino? dijo en voz tan alta, que pudo ser oida por otro personage que le

venia siguiendo, y en quien su distraccion no le habia permitido reparar.

Era éste un caballero bien portado, arrogante, de moreno rostro y fuertes bigotes, el cual le dijo, contestando á sus últimas palabras:

—No es ese, ilustre D. Juan; no es ese.

—¿Y qué sabeis vos? repuso el ministro, volviéndose sobresaltado al notar que otro hombre habia sorprendido su pensamiento.

El caballero soltó una carcajada y respondió:

—Claro está que nada sé.

—¡Pero Diablo! esclamó D. Juan Manuel, dando las manos á nuestro aventurero. ¡Pardiez! Ya estrañaba vuestra tardanza. Venid, venid: hace un momento me acordaba de vos. Entremos en mi gabinete, amigo mio.

Hacía mas de dos horas que Pero Diablo aguardaba al gran tesorero: durante este tiempo habia tenido ocasion de ver al secretario Conchillos y á otras personas de su conocimiento. Despues se puso á dar paseos por las galerías del palacio, hasta que, viendo salir á su patrono de los aposentos del Rey, se dirigió tras de él y pudo oir las últimas palabras de su soliloquio: sin duda le interesaban; y por esto, empleando la consumada astucia de que estaba dotado, contestó á ellas de un modo capaz de provocar una esplicacion satisfactoria.

Don Juan Manuel, luego que hubo cerrado la puerta de su gabinete, dijo á Pero Diablo:

—Conque, ¿de veras no sabeis nada respecto á lo que me acabais de oir?

—Señor, repuso nuestro aventurero: no ignorais que yo cojeo del mismo pié que vuestra señoria: la franqueza es mi flaco. Es decir, que no tengo secretos para mis amigos; y creo merecer la honra de contaros en el número de ellos.

—¡Oh! ciertamente. De modo que, si conocieseis al infame que cortó en flor los bellos dias de mi sobrino.....

—Si llegase yo á encontrarle algun dia frente á frente, señor D. Juan, os juro que le atravesaria el corazon.

—Lo creo; pero entonces, ¿cómo sabeis que no es el que yo pensaba?

—Si yo supiese al menos en quién pensabais, señor, podriais hacerme ese cargo.

Esto era lo que Pero Diablo deseaba descubrir sin preguntarlo, segun su costumbre: D. Juan Manuel le respondió:

—Teneis razon; que, á no ser brujo, mal podiais saber si es ese ú otro, porque yo no he nombrado á nadie.

—Ya veis que solo ha sido una humorada mi contestacion.

—Sí, lo comprendo: pero esa humorada me ha hecho pensar que, acaso con vuestra ayuda, podremos investigar algo.

—Si teneis sospechas.....

—Cabalmente: ¿conoceis á un tal Enrique de Almazan?

—¡Enrique de Almazan!.... repitió Pero Diablo tocándose el entrecejo con las puntas de los dedos. No me es desconocido ese nombre..... Almazan. ¡Ah! Ya caigo. Es un jóven de pocos años.....

—Pero de mucha audácia, si no me engaño, dijo el ministro.

—¡Bah! No me asustan los hombres de su calibre. ¿Está en Bruselas?

—Así me lo han afirmado por varios conductos.

—Si yo le echo la vista encima, no se me escapará.

—Me habeis entendido, repuso D. Juan Manuel. Mas no quiero que se le haga daño: seguirle la pista, y nada mas.

—Por supuesto: quereis averiguar el fin con que ha venido.

—No: ya sé que ha venido á traer una carta de la Reina, quien trata de casarle con cierta dama. Deseo que no se le estorbe en sus negocios; pero me intereso en ellos, y me conviene...

—Saber cómo marchan. Estoy al corriente.

—Muy bien: ahora decidme algo de vuestra comision.

—Llegué á Valladolid, y bajo el hábito de franciscano, alcancé una audiencia de la madre abadesa de los Huelgas: aquí traigo su declaracion cerrada y sellada, como quiere que llegue á manos de Su Santidad: por lo poco que he podido entender, presumo que es favorable á los deseos del Rey Archiduque, nuestro señor.

Diciendo así, Pero Diablo puso en manos del ministro un pliego cerrado, cuyo sobrescrito, dirigido al Papa Alejandro VI, comenzaba con una cruz abacial muy historiada, y estaba redactado en latin.

—Perfectamente, dijo D. Juan Manuel dando vueltas al pliego entre sus manos. Es justo respetar el secreto de la madre abadesa..... Será menester llevar esto á Roma; pero ya lo pensaremos, pues no corre prisa.

—¿Estais satisfecho de mi cumplimiento?

—Lo estoy, amigo Pedro. ¿Necesitais dinero?

—Nunca viene mal: ya sabeis mi flaco, la franqueza.

—Eso me gusta, repuso el ministro tirando de un cajon de su mesa y sacando una docena de billetes de cambio sobre varias casas de las primeras plazas comerciales de Europa. Tomad, dijo: ahí teneis..... no sé cuánto.

Pero Diablo se guardó el dinero sin mirarlo.

—¿Teneis mas que mandarme? preguntó.

—Sí, esperad..... Algo mas tenia yo que deciros. ¿Qué noticias habeis recogido por España?

Nuestro audaz aventurero se cuadró, sonriéndose con socarronería, y repuso:

—¿Vuestra señoría me promete no incomodarse?

—¿Por qué me he de incomodar? replicó el ministro; yo gusto de saberlo todo.

—Pues bien, señor, con la franqueza que me caracteriza, os diré lo que se habla en Castilla respecto á vuestra señoría.

—Sí, sí, repetídmelo con franqueza.

—Dicen que vuestra señoría es un intrigante, un tuno muy redomado.

—¡Cómo! esclamó el ministro dando un repullo.

—Señor, no lo digo yo: lo repito.

—Adelante: no me asusto de nada.

—Dicen que estais robando á manos llenas y manteniendo á bribones como yo.

—¡Jah!.... ¡jah! ¡jah! prorumpió D. Juan Manuel, riendo á carcajadas.

—Dicen que sois un ingrato y un mal caballero.....

—¡Cuidado con eso!

—Es durillo, señor; pero lo dicen esos canallas de españoles: que debiendo todo lo que sois á los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, estais conspirando contra el primero y contra la felicidad de su hija: dicen que sacais el áscua por mano agena, malquistando al Archiduque, nuestro señor, con su padre político, haciendo que se rebele la nobleza descontenta en Castilla, y aspirando á dominar sobre todos los tronos por medio de la posesion de sus íntimos secretos: dicen que estais vendido en cuerpo y alma al francés: que le habeis prometido la Italia, y que al efecto andais buscando el medio de echar de allí al Gran Capitan, sea ganándole para el César, sea indisponiéndole con el Rey Fernando: dicen mas; que con este golpe os proponeis matar de una pedrada dos pájaros: promover embarazos al Rey Católico para que abandone á Castilla, descontentando además á su mejor espada, y allanar el camino al francés para la reconquista de Nápoles. Por último, señor, suponen que sois una especie de Sejano, ya sabeis: aquel pérfido ministro de Tiberio, que favorecia los vicios y las malas pasiones de su amo para ser dueño de él y de su imperio.

—¿Y quién dice todas esas lindas cosas, amigo Pedro? ¿Quién las dice?

—¿Quién ha de ser? El pueblo, señor: *vox populi;* habladurías de gente ruin. Ya conocereis que yo no tengo relaciones con la alta aristocrácia del pais.

—Está bien: se conoce que los amigos del Rey suegro no se duermen.

—¡Oh! seguro es que no: por mi parte, señor D. Juan, os aconsejaria que hicieseis las paces con S. A.; pues me parece que tiene allá mucho partido.

—Descuidad: yo le ajustaré las cuentas. Id con Dios, y no os olvideis de mi encargo.

—No lo olvidaré.

Dicho esto, Pero Diablo salió del gabinete, y segun la espresion de su rostro, sin duda iba pensando:

«Tengo el gran placer de haber atormentado á un bribon.»

Don Juan Manuel, por su parte, se dejó caer en una silla, murmurando:

—Este bárbaro cojea demasiado del pié de la franqueza. Y lo peor de todo es que me ha dicho la pura verdad.

CAPÍTULO IV.

—

Mas amor.

Pesaroso estaba ya el rey D. Felipe de lo que habia dicho á su esposa en un arrebato de ira: fogoso é imprudente, mas que malo, este príncipe no sabía reprimir los ímpetus de su genio altivo: la oposicion á sus caprichos le exaltaba hasta la crueldad y la tiranía; pero pasados los primeros momentos de furor, reconocia sus faltas y era capaz de confesarlas y enmendarse.

Marliano, el sábio médico milanés, habiendo asistido á la Reina y penetrado en el fondo de su corazon lacerado, tuvo compasion de ella; y puesto de acuerdo con la condesa de Haro, determinó hablar al Rey, á fin de dispertar sus sentimientos generosos y restablecer la buena armonía entre los escelsos cónyuges.

El talento del mediador supo arreglar las desavenencias de tal modo, que, obtenida una promesa formal de relegar al mas

completo olvido lo pasado, logró hacer que al dia siguiente don Felipe visitase á la Reina, quien permanecia en cama, enferma del cuerpo y del espíritu.

El arrogante Príncipe, que cuarenta horas antes habia osado provocar las iras del infierno, por el ansia de satisfacer un vano antojo; el mismo que tuvo audácia y frialdad bastante para irritar los celos de una pobre muger afligida, temblaba indeciso ahora; no atreviéndose á comparecer ante su víctima. Cuando entró en la cámara, doña Juana le reconoció por los pasos antes de verle, se incorporó con vehemencia y dijo al doctor y á la condesa de Haro, que estaban en su compañia:

—¿No habeis oido?.... ¡Es él!.... ¡Es él!

Marliano temió haber cometido una imprudencia precipitando demasiado esta entrevista: la agitacion de la Reina era tanta, que no sin fundamento podia recelarse que le ocasionára una funesta turbacion en sus facultades mentales: el médico hizo seña á la condesa para que procurase calmarla, y él salió precipitadamente á detener al Rey.

Pero la sobrescitacion en que estaba el ánimo de doña Juana parecia centuplicar la actividad de sus sentidos: así es que nada de esto se escapó á su penetracion en aquellos instantes.

—¿A dónde vas, Marliano? preguntó con rapidez.—Entrad, Señor; entra, Felipe mio: no hagas caso de ese hombre.

Y pareciéndole que D. Felipe se detenia mucho, añadió en seguida:

—Entra pronto: si no, me levantaré.

—No te impacientes: aquí estoy, dijo el Rey pasando el umbral del dormitorio.

Doña Juana exhaló un suspiro de placer y permaneció algunos momentos estática, mirando á su esposo, como si el mundo entero hubiese desaparecido para ella y no quedase nada fuera del que adoraba su corazon.

La luz que penetraba en la alcoba era muy escasa, por estar

casi cerradas todas las ventanas de la cámara: doña Juana no podia saber, por consiguiente, si hacía buen ó mal tiempo: sin embargo, pasados algunos segundos de su contemplacion muda, esclamó:

—¡Qué dia tan magnífico! Abrid todas las ventanas para que yo goce de este sol de primavera. Y tú, Juana, corre y dí á mis meninas, que toquen dulces instrumentos y canten alegres cantares, como hacen las aves cuando amanece: que las oiga yo, cual solia en otro tiempo en los jardines de Granada. No os detengais; abrid: quiero luz, aire y armonía.

—Señora, dijo Marliano: permitidme advertiros que tal vez no os convengan esas cosas. Necesitais mucha tranquilidad y abrigo.

—¿Por qué? si estoy ya buena.

—Pudierais recaer.....

—¿Qué sabes tú? Vamos, no me irriteis con vuestras tonterías: haced lo que os mando, y dejadnos solos.

Marliano conoció que lo mas peligroso en aquellas circunstancias era el contrariar los deseos de la Reina: hizo una señal de asenso á la condesa, y por su parte se apresuró á obedecer.

Doña Juana espió el momento en que ya no podian oirla sus servidores, y sacando los brazos de la cama, dijo:

—¡Ven, esposo mio, amado mio!.... ¡Cuánto has tardado! Ven: tú eres mi salud, mi vida. ¡No necesito mas que á tí, consuelo mio, alegria de mi corazon!

El jóven Archiduque oia estas palabras confundido y turbado: recordaba sus crueles tratamientos, y comparándolos con las tiernas espresiones de un amor profundo, desinteresado y generoso, parecíale sufrir una humillacion mil veces mas cruel que los mismos ultrages. Tenia la vista baja, y abandonaba una mano entre las de su esposa, sin atreverse á corresponder á sus caricias.

—¿Qué es esto, sol de mis ojos? esclamó doña Juana. ¿Estás triste, amor mio? ¿qué te aflige?

Don Felipe apretó las manos de la Reina, movido por un impulso de ternura, y contestó:

—No te merezco, Juana.

—¡Qué has dicho! profirió la Reina, riendo como una verdadera loca. ¡Que no me mereces!.... ¡Jah!.... ¡jah!.... ¡jah!.... ¡Qué delirio! ¡Si yo dijera eso mismo de tí, tendria razon! ¡pero tú!... ¡Oh! ¡Mírame! Mírame, y ríete de tu simplicidad..... ¿Crees que te guardo rencor? No: ¡eso es imposible!.... la otra noche.....

Don Felipe la interrumpió diciendo:

—Me habian asegurado que habeis prometido no mencionar.....

Doña Juana le interrumpió á su vez:

—No, dijo; no es de eso de lo que quiero hablarte. Ya sé lo que pasó: Marliano me lo ha contado todo.

—¿Sí?....

—Sí, vida de mi vida, y conozco que fuí muy cruel contigo: ya sé que habias ido á conferenciar con cierto caudillo del duque de Güeldres, para ver de reducir á ese rebelde vasallo: lo sé todo, amor mio, y sé que te iba la vida en guardar el secreto. Pero, ¿por qué no te fiaste de mí? ¿Temias acaso que yo te descubriese? ¡Yo!

—Temia que te empeñases en seguirme, repuso D. Felipe con cortedad, pues le repugnaba sostener la impostura de Marliano. Esto me hubiera comprometido.

—¡Es verdad!.... ¡Es verdad!.... ¡Tú siempre tienes razon, gloria mia! Y yo nunca acabo de corregirme. Pero de esta vez, te aseguro que quedo muy escarmentada, y te prometo no tener celos jamás: quiero, por el contrario, confiar en tí, vivir para tí, ver la alegria en tus ojos y la sonrisa del amor en tus lábios: oirte pronunciar palabras de ternura, y anegarme en el mar de tu contento.

—¡Juana!.... ¡Juana!

—¡Oh! Desecha ya toda inquietud, Felipe mio. ¿Qué haré yo para alegrarte?

—Quererme mucho: nada mas.

—¡Quererte! ¿No es mas que eso? ¡Ay! ¡Yo no sé ya quererte, alma mia!.... No sé mas que delirar por tí: pídeme un imposible, y verás que no lo hay en el mundo para tu probrecita Juana. ¿Qué es quererte? Yo olvido á mis pueblos, olvido á mis hijos; no pienso en mi padre cuando me acuerdo de tí, ángel mio: y esto es siempre: de dia, de noche; despierta te veo, durmiendo inundas de luz mi alma; porque tú eres para mí como el sol y el rocío para las flores: tu voz es dulce como los panales de miel, y es como el aroma del ámbar el aliento que exhala tu boca..... ¡Oh! Yo no debo estrañar que te amen las demás mujeres; porque tú brillas entre los demás hombres, como el oro y los zafiros entre toscas piedras. ¿Quién no te amará? ¡Quién no te codiciará!

—¡Qué loquilla eres!

—¡Oh! Sí; tu amor me enloquece..... Pero, ¿en qué piensas? Estás distraido.

—En nada, hija mia; no pienso en nada. Es que me aflige el verte enferma.

—¡Enferma yo!.... No lo creas: ya estoy completamente buena, Felipe de mi alma: porque tú eres mi médico y mi salud. Hoy es dia de gran fiesta para mí: voy á levantarme y á vestirme de gala.

—¿Y si te hace daño? No, Juana; no te levantes; al menos sin consultarlo primero con Marliano.....

—¿Para qué? Dirá que no y me hará impacientar. Vamos: voy á levantarme y saldremos á pasear por los jardines: respiraremos el aroma de las flores; y el ambiente balsámico de las plantas regocijará tu corazon. Mira el sol que entra por nuestras ventanas: es apacible y bello, aunque no tanto como tú..... Goza-

remos de su esplendor entre las rosas y los tulipanes, y luego reposaremos á la sombra de los tilos floridos.

Diciendo así, doña Juana se habia incorporado y se iba vistiendo sin ayuda de nadie: sus doncellas cantaban fuera himnos melodiosos, y el jóven Archiduque se estremecia de vez en cuando, creyendo percibir entre aquellas voces puras la voz de Leonor.

—Juana, dijo: manda cesar ese canto, y puesto que te empeñas en levantarte, mejor será que tus doncellas vengan á servirte.

—Sí, tienes razon, porque lo hacen muy mal, repuso doña Juana. ¿Qué armonía es comparable á tu voz, amado mio?

Y quedándose un momento suspensa, continuó luego:

—¿Quiero parecerte hoy hermosa, y voy á llamar á Leonor, porque nadie me viste tan bien como ella. ¿Lo apruebas?

—Eso es una aprension, Juana. Cualquiera otra puede vestirte de modo que me agrades: su habilidad no añadirá nada á tu mérito natural.

—¡Oh! No quieres verla. ¿Por qué es eso, Felipe? Dime la verdad; puedes decírmela, porque ya no tengo celos.

—Me es indiferente verla ó no, repuso el Rey encogiéndose de hombros.

—¡Sin embargo, sus cabellos son tu hechizo!....

—No hables de eso, Juana.

—¿Y por qué no? Ya sabes que no tengo celos. Pero dime, ¿qué encuentras de particular en esos cabellos? Háblame con franqueza.

—Querida, son unos cabellos magníficos, que admiro, como tú gozas en ver un árbol frondoso, una flor fragante y lozana, un dia claro y templado; pero esto no quiere decir que yo ame á la que los posee: me alegran como todas las cosas de mérito que están á tu servicio.

—¡Ah! esclamó la Reina con deleite. Lo comprendo, Felipe:

á mí me sucede lo mismo. Gozo en ver los caballos que tú montas, la silla en que te sientas, el lecho en que duermes: y nadie dirá que estoy enamorada de tu lecho, de tu silla ni de tus caballos. Esto sería una locura.–Me agrada verte rodeado de brillantes y hermosos donceles, como el lucero del alba cuando aparece circundado de estrellas; y me incomodo cuando entre ellos hay alguno feo ó vestido sin esplendidez. Por esto me repugnan Laxaols y D. Juan Manuel.

Hablando así, la Reina dió dos golpes en un timbre que habia junto á su cama, y en seguida se presentaron por diferentes lados la camarera mayor y la condesa de Haro. Doña Juana se dirigió á esta última y le dijo:

—Que venga Leonor á vestirme.

La de Camiña hizo un gesto de ira y se retiró sin hablar palabra: la bastarda de Aragon se inclinó graciosamente, y repuso mirando con cuidado el semblante de los dos esposos:

—¿Es vuestro gusto que venga esa jóven y no otra?

—Cuando la llamo, replicó la Reina, escusado es hacerme esa pregunta.

—Perdonad, dijo la condesa: vendrá al momento.

Y, aunque poco satisfecha, salió en busca de la jóven dama.

Ésta se presentó al cabo de un rato, pálida y vacilando: el corazon le palpitaba con violencia; pero su actitud modesta tenia una severidad capaz de infundir respeto. Acercóse á la Reina sin alzar la vista del suelo, y le preguntó con acento inseguro:

—¿Qué me mandais?

—Quiero que me adornes hoy con mis mejores galas, Leonor, dijo doña Juana: para eso te llamo.

La jóven se encaminó con planta mas firme á la recámara, en busca del trage y de las joyas que la Reina pedia; y ésta, entretanto, la siguió con la vista murmurando:

—Tiene razon: son hermosos.

Don Felipe, en todo este tiempo, afectaba estar distraido, haciendo por disimular la agitacion de su pecho. Difícilmente se habria dado cuenta á sí mismo de lo que sentia: deseaba mirar á Leonor, y su conciencia rechazaba este deseo: temia que le vendiese la espresion de su semblante; hacía propósito de olvidar á la jóven, y variaba de posicion en su asiento, no encontrándose bien de ninguna manera.

—¿Qué idea le ha dado, pensaba, de hacerse servir de esta mujer? ¿Es que quiere probarme? ¡Oh! Pues ha escogido un momento feliz; porque creo que la aborrezco.

Leonor volvió, y dejando el trage y las joyas de la Reina sobre una mesa, se dispuso á calzarla. Para ejecutar esta operacion, se arrodilló delante de la cama: sus vestidos rozaban con los del Rey, que estaba sentado á la cabecera. Doña Juana tenia debajo de su vista la magnífica cabellera de la jóven, recogida sin arte ni aliño alguno; pero no por esto menos hermosa en su natural sencillez.

El Rey se levantó bruscamente, y se puso á pasear por la estancia.

—No te vayas, Felipe, le dijo la Reina: ven, siéntate: Leonor te vá á pedir una gracia.

—¡Señora, por piedad! murmuró la jóven apretando el pié que tenia asido.

—¿Qué es eso? preguntó doña Juana en voz baja.-Ven, Felipe, continuó con acento natural.

Don Felipe, obedeciendo mas á la inquietud que le dominaba, que á la voz de su esposa, volvió á sentarse.

—Mira, le dijo la Reina sin apartar la vista de la cabellera de Leonor: no cabe duda que esto es admirable y alegra el corazon.-Leonor, añadió con una ligera trepidacion: suéltate los cabellos.

—¡Señora! esclamaron á un tiempo la dama y D. Felipe.

Mas el tono de ella fué severo como la castidad ofendida; el de

él duro y tembloroso como un grito de terror ó de indignacion.

—Vamos, haz lo que te mando, repuso la Reina.

Leonor titubeó un momento antes de ejecutar esta órden estravagante; pero no pudo menos de obedecer, reparando en la impaciencia de su Señora. Suelto el simple lazo que los sujetaba, los cabellos se desprendieron, como pudiera caer una inundacion de azabache líquido, cubriendo los hombros y espaldas de la jóven, y bajando las sedosas crenchas á descansar sobre los muslos del Rey, que dijo balbuceando:

—Pero..... ¿á qué fin?....

—¿No lo comprendes? contestó doña Juana: quiero probarte mi confianza y mi amor. ¿No te agradan estos cabellos? Pues bien: yo no anhelo mas que tu gusto. Son magníficos: lo reconozco. Tócalos, Felipe, tócalos..... tambien es mi gusto.

Y diciendo esto, ella misma cogió la mata de pelo y la puso entre las manos del Rey.

—¡Qué capricho tan singular! murmuró éste.

—No es un capricho, amor mio: no es un capricho. Mira esos cabellos bien; palpa esa suavidad, y dime: ¿no es una lástima que los toquen las arrugadas manos de Laxaols?

—Es cierto, Señora..... es verdad, querida Juana, respondió el Rey, por cuyas venas corria fuego en vez de sangre, al contacto de las hermosas guedejas.–Comprendo lo que me quieres pedir..... Pero..... ¿Cómo impedirlo?....

—¡Bah! ¿Me facultas para arreglar eso á mi gusto?

—Haced lo que querais..... Sí, lo que quieras.

—¡Gracias, Señor! esclamó Leonor con voz profundamente conmovida. ¡Gracias, Señora!

Y por un impulso de pudor, al pronunciar estas palabras, hizo un movimiento de cabeza, que arrebató los cabellos de las manos del Rey.

Pero doña Juana los volvió á coger, y presentándolos de nuevo á su esposo, le dijo:

—Aun no hemos concluido: míralos mejor, Felipe, son hermosos, no cabe duda; pero son cabellos como los mios: no hay mas diferencia que el color y la cantidad; pero son cabellos..... nada mas que cabellos.

—¡Y quién dice lo contrario, Señora!

—¡Oh! No te ofendas, alma mia: si te digo esto, es porque deseo tu felicidad. La imaginacion dá valor á cosas que ninguno tienen, y la privacion de un objeto lo hace mas apreciable de lo que merece. ¿Te hechizan esos cabellos? Pues bien, tuyos son: goza de ellos y aprende á mirarlos con indiferencia. Esto es lo que he querido decirte.

—Bien, basta ya, repuso D. Felipe.

—Sí, ya basta, querido mio. Creí alegrarte y no lo he conseguido. ¡Ya basta!

Doña Juana se dejó vestir y ataviar sin hablar mas palabra; y durante un largo rato solo se oyó en la estancia el rumor crugiente de la seda y el que producian los movimientos de Leonor. Ésta hizo cuanto pudo para hermosear á su Señora, quien, volviéndose de pronto al Rey, le dijo:

—¿Te parezco bien así?

—De todos modos me pareces bien, contestó D. Felipe, á quien esta pregunta sacó de una profunda distraccion.

—¿De veras? Acaba pronto, Leonor: hazme el tocado como el tuyo.—Tráeme un velo, el que me siente mejor..... Y despacha, que habrás de acompañarme.

Concluido el tocado, añadió:

—Ya estoy bien. Corre y arréglate de cualquier modo: que vengan contigo mi hermana y la camarera mayor..... ¡Ah! Dí que avisen tambien á D. Juan Manuel, al de Simáy..... á todos. Hoy es dia de fiesta, y quiero que todos gocen de mi contento. ¿No te parece bien, Felipe?

—Sí.

Una hora despues paseaban por los jardines del palacio la

Reina y su esposo enlazados del brazo: las dos condesas de Haro y de Camiña unidas como buenas amigas; el gran tesorero y varias personas del cortejo de D. Felipe, todos al parecer muy satisfechos y disfrutando las delicias de uno de los dias mas hermosos de la primavera. Gilito era tambien de la partida, y estaba mas loco de lo ordinario: de sus lábios no salian gracias punzantes ni epígramas, sino chistes festivos que hacian reir á los régios cónyuges y á su comitiva. Un perro con inteligencia y dotado del don de la palabra, si pudiera existir, hubiera sido la viva imágen del grotesco bufon: sentia la felicidad de sus señores, y tomaba parte en ella brincando y saltando alrededor de la corte. Sin embargo, para algunos de los concurrentes eran sus chistes y su regocijo mas punzantes que el mas amargo sarcasmo.

Terminado el paseo, y habiéndose retirado el Rey á sus aposentos, doña Juana procuró quedarse sola con Leonor y la condesa de Haro, y tomando á ésta las manos, le dijo:

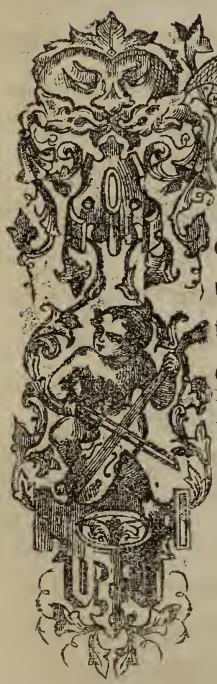
—Tú no comprenderás nada de lo que acabo de hacer.

—En verdad que no sé.....

—Pues bien: he probado á mis enemigos que trabajan en balde, si piensan desunirme de mi Felipe. ¡Oh! ¡Qué mal rato habrá pasado el gran tesorero!

CAPÍTULO V.

Que mas pueden los malos que los buenos, aunque sean menos.



Bruselas era ya en aquel tiempo una ciudad industriosa, y por consiguiente muy poblada y rica: sus talleres rivalizaban con los de Amsterdam y demás centros fabriles de la Ansa; y cuando llegaba una festividad notable, sus laboriosos habitantes daban treguas al trabajo, y competian en esplendidez con los de Gante y Brujas, pueblos célebres entonces, no solo por su noble antigüedad y prerogativas, sino tambien por su opulencia.

En aquellos dias se acercaban dos fiestas solemnes, para cuya celebracion se hacian grandes preparativos: era la una la conmemoracion de la Cena de Jesucristo, vulgarmente llamada dia del *Corpus*, y la otra el cumpleaños del archiduque D. Felipe de Austria.

Con este motivo la ciudad y la corte, las siete familias patricias y el clero estaban en movimiento, y pagaban tributo á los

brazos y al ingenio de artesanos y artistas, ocupándolos en adornar las calles y plazas, los frontispicios de los palacios y de los antiguos templos de Santa María de la Capilla y de Santa Gudula: disponíanse músicas y danzas; juegos de aguas para el pueblo y torneos para los caballeros; iluminaciones magníficas, farsas y alegorías: las damas preparaban galas para lucir su belleza; y los pobres saboreaban de antemano el placer de los espectáculos gratuitos, á que siempre y en todas partes ha sido aficionada la gente de pocos haberes.

En el palacio del Archiduque tambien se hacian preparativos de fiesta, y al parecer dormian las intrigas y la política: doña Juana esperaba fijar de una vez el corazon voluble de su marido, quien, amansado por la dulzura y la confianza de ella, se le mostraba mas complaciente que nunca, y no se hallaba á gusto sino estando á su lado. Sin embargo, el pensamiento del jóven Príncipe se detenia con especial complacencia en la idea de encontrar á Leonor mas accesible que lo fuera otras veces: la Reina no le impedia verla, y le hablaba de ella con frecuencia.

Don Juan Manuel y la camarera mayor tenian entrevistas diarias, en las cuales celebraban con mútua franqueza la union de sus soberanos, hacian sínceros votos por la consolidacion de esta paz doméstica, y cavilaban á mas no poder sobre las causas de tan inesperada concordia: ninguno de los dos creia que pudiese durar semejante estado de cosas, y atribuian la probabilidad de un nuevo rompimiento á los malos cálculos de la condesa de Haro. Consideraban como una calamidad la intervencion de esta dama en los secretos de la Reina, y presumian con algun fundamento,—y sin mala intencion, por supuesto,—que se estaba trabajando para ganar el ánimo de D. Felipe, á fin de reducirle á otorgar una transaccion ó acuerdo con el Rey D. Fernando.

Ya sabemos que la clave de las combinaciones políticas del

gran tesorero consistia en la enemistad de los dos reyes, suegro y yerno: poco le importaba que momentáneamente se coligasen, pues siempre contaba con los celos de doña Juana y con la inclinacion de su marido á los placeres, para romper las alianzas mas consolidadas; pero mediando una persona de tan reconocido talento y fino tacto como la bastarda de Aragon, era posible apoderarse del afecto de D. Felipe, lo menos por el tiempo suficiente para privarle á él de su confianza. En una palabra, el maligno anciano creia ó sospechaba que Leonor, en inteligencia con la condesa, estaba sirviendo de instrumento pasivo para tener al Archiduque sujeto y alcanzar de él cuanto se quisiese: no podia concebir de otro modo la union de los dos esposos, en presencia de la misma jóven, que pocos dias antes habia sido el objeto de sus querellas; y en su concepto, se estaba engañando á entrambos, á fin de mantenerlos en buena armonía mientras se daba el golpe deseado.

Estas sospechas tomaron cuerpo de realidad en la mente de D. Juan Manuel, cuando una mañana se presentó un ugier á llamarle de parte del Rey.

Don Felipe acababa de levantarse, y se divertia tirando objetos preciosos á la cabeza de su bufon, á quien obligaba á correr en pos de ellos y á recogérselos con la boca. Le habia prometido regalarle todo lo que le tirase y no le diese; de modo que el mísero Gil empleaba toda su agilidad en evitar los golpes, tanto por el atractivo de la ganancia, cuanto por no salir descalabrado. El Archiduque se reia estrepitosamente al ver los brincos, recortes y contorsiones del bufon, y cuando éste se lanzaba en pos del objeto, á la manera de un perro, cogia á manos llenas todo cuanto encontraba y lo arrojaba como una lluvia sobre el desdichado aborto.

La estancia real se encontraba, por consiguiente, en el mas espantoso desórden: no habia mueble en su sitio; el pavimento de la antecámara estaba lleno de los cascos de muchos jarrones

y vasos rotos: junto á la puerta de la cámara, puesto designado á Gilito, habia un monte de cuadros desbaratados, dijes, pequeñas esculturas, cadenas de oro, bujerías de toda especie y joyas de gran valor. Mas adelante, y á través de una atmósfera de polvo, se veian sitiales y mesas por el suelo, ropas y otros mil objetos dispersos, en medio de los cuales andaba el Rey con los cabellos desordenados y en la actitud de un general desmontado en el momento de derrotar á su enemigo.

Al aparecer D. Juan Manuel en la antecámara, llegó zumbando hasta él un cogin de terciopelo, que le dió en medio del pecho, y faltó poco para que le trepase de espaldas.

—¡Qué es esto!.... ¡Qué pasa aquí!.... esclamó lleno de turbacion y espanto.

—¿Qué ha de ser, papá Juan? repuso el bufon corriendo á su encuentro y asiéndole de un brazo. ¿Qué ha de ser? Que Felipito está hoy de gracia, y te ha destronado.

—¿Qué dice este loco? replicó el ministro.

—Sí, mira, mira, continuó diciendo el bufon y mostrándole con la mano los objetos hacinados por él. Felipe te ha quitado el empleo para dármelo á mí: ya no eres tú su heredero en vida.

Don Juan Manuel se acordó en aquel momento de su horrible sueño, y pensó:

—¿Se gozará ya este maldito de mi caida?

El Rey gritó al mismo tiempo:

—Defiéndete, Gilito; ¡mira que te entierro!

El ministro se colocó detrás de la cancela de la puerta para evitar un nuevo golpe; y allí aguardó á que D. Felipe se cansára ó terminase la batalla por falta de proyectiles.

Así fué por último: no quedó en la cámara mueble alguno, escepto aquellos que resistieron, merced á su gravedad específica, que no saliese por la puerta. Gilito sacó entonces al gran tesorero de su guarida y le dijo:

—Anda, papá Juan; ya puedes entrar: Felipe no tiene nada que dar.

Don Juan Manuel se adelantó mirando atónito aquel destrozo, mientras decia el Rey á su bufon:

—Saca todo eso de aquí pronto, antes que D. Juan te pida la parte del fisco.

Estas palabras llenaron de consternacion el ánimo del ministro, sonando en sus oidos como la trompeta del ángel sonará para los réprobos el dia del Juicio final. Era evidente su desgracia.

—Señor, dijo inclinándose profundamente y reprimiendo su emocion: ¿se ha dignado llamarme V. A.?

—Sí, D. Juan: ven acá, respondió el Rey. Mira cómo está eso.

Y le indicaba la estancia desmantelada.

—Ya lo veo, Señor.

—Y ya sabrás lo que eso quiere decir.

—Supongo, que es menester amueblar esto de nuevo.

—Has acertado: eres un ministro hábil.

—Pero, Señor.....

—No hay pero señor que valga: estaba ya cansado de esos trastajos, y quiero otros mejores para el dia de mi cumpleaños... ya sabes, para pasado mañana.

—Está bien, Señor: daré las órdenes convenientes y mañana mismo quedará esto arreglado á vuestro gusto.

—¡Ya!.... ¿Conque tenemos dinero? preguntó D. Felipe con un tono particular.

—Señor, yo siempre tengo dinero para V. A.

—Bien, hombre, bien: eso me gusta.

—Y mas tendria, continuó D. Juan Manuel, si V. A. poseyese, con la propiedad, el usufructo de la corona de Castilla.

El ánimo del ministro era traer al Rey á una esplicacion sobre el asunto capital para él: ó en otro caso, desembozar sus in-

tenciones; pues no podia ocultarse á la penetracion de un hombre tan sagaz como él, que las palabras de D. Felipe respecto al dinero y las que antes le habia dirigido, encerraban algun misterio.

Y con efecto, así era: Gilito tenia siempre el ojo avizor sobre D. Juan Manuel, á quien aborrecia, por amor y fidelidad á su Señor: atisbando por la cerradura de la puerta del gabinete de aquel, habia visto cuando dió á Pero Diablo los billetes de cambio; y aguardó una ocasion oportuna para revelar al Rey la prodigalidad de su ministro, sin delatarle el hecho. Don Felipe creyó encontrar desprovisto al tesorero, y pensaba pedirle estrechas cuentas; pero la serenidad de éste le desarmó.

—¿Te parece, le dijo, que seré mucho mas rico, luego que posea las rentas de Castilla?

—Es indudable, Señor.

—Pues yo creo que allí no hay mas que miseria, repuso el Rey. Tambien queria hablarte de eso. ¿No podremos hacer de modo que yo perciba esas rentas aquí?

—No es fácil, Señor, contestó el tesorero: sería menester para eso una concesion de las Córtes del reino, y tengo casi por cosa segura que no la otorgarian.

—De modo que, para reinar en tu pais, es menester ser esclavo de sus Córtes. ¿Sabes, D. Juan, que es poco apetecible el empleo de rey en tu tierra?

—Señor, allí sucede lo mismo que en Alemania; y aun nuestras Córtes no son tan indomables como vuestros electores y vuestra Dieta. Pero bien conocereis que esa especie de animales pertenece al género de los domésticos: se les ceba, y luego sirven para poner al puchero. No tienen mas, sino que se necesita estar sobre ellos; pues de lo contrario, siempre hay golosos que procuran meterlos en su corral. Cuando vayamos á Castilla, tendreis lo que pidais; pero estando ausente.....

—Convengo en ello; y si no sabes mas, escusado es tu con-

sejo. El caso es que yo quisiera cobrar en Castilla y comer en Alemania. ¿Lo entiendes ahora?

—Entendido está, Señor; y eso es precisamente lo difícil. Pero, si decididamente habeis mudado de parecer y no pensais ya ir á Castilla, veremos el modo de que os asignen una cantidad..... aunque, ya digo, lo veo casi imposible; porque habria que revocar leyes recientes, que prohiben estraer dinero del reino..... Entre tanto, otro se comerá la gallina.

—Sentiria que no se pudiese arreglar eso, repuso D. Felipe; porque la Reina me ha propuesto una avenencia que no me parece del todo mal.

—La Reina...., dijo el ministro aparentando cortedad.

—Ya sé lo que me dirás: que tiene apego á su padre y que su cabeza no es de las mas fuertes. Sin embargo, D. Juan, me gustaria que la oyeras; sabe mas de lo que parece, y raciocina con un acierto admirable. Sí, has de hablar con ella. ¿Qué quieres? La pobrecilla me dá lástima: y siempre que podamos tenerla contenta, sin que nada me cueste, ¿por qué no hacerlo?

—Señor, en esa parte, yo creo que aun merece S. A. algunos sacrificios; pero, amándoos como os ama, no concibo que acepte el de vuestra dignidad y decoro: y no se trata de nada menos que esto. Con todo, si tal es la voluntad de V. A., mi obligacion es acatarla y cumplirla.

Don Felipe arrugó un poco el ceño, pues aun que fuese con apariencias de atender á su mejor servicio, no le gustaba que le contradijesen: además, no dejó de conocer la inculpacion que á la Reina se hacía, por mas que se la revistiera de formas corteses.

—No me parece que la Reina trate de imponerme el sacrificio de mi honra, dijo; antes presumo que desea mi mayor bien. Yo puedo, como rey propietario, nombrar á D. Fernando gobernador de Castilla, con las condiciones que mas me agraden, y hacer que sea para mí lo que Gonzalo de Córdoba es para él

en Nápoles; un especie de virey. Las leyes y los decretos se darán por él en nuestro nombre, y por consiguiente, quedando á salvo nuestra dignidad.

—Menester es, Señor, que yo hable á V. A. con la lisura que mi lealtad exige, repuso D. Juan Manuel. Reconozco las buenas intenciones de la Reina, mi señora, y no dudo que son las mas nobles respecto á vos. Pero se necesita haber tratado al Rey Católico tan de cerca como yo le he conocido, para comprender sus artimañas. Ese arreglo, que ha podido seducir al claro talento de V. A. y de la Reina misma, no es mas que un lazo que os tiende la ambicion de D. Fernando: vuestra esposa no vé mas que el lado brillante de un prisma engañador, y obedece á las sugestiones de su hermana la de Haro, fiel instrumento de su marido y de su padre. Si profundizais un poco en este asunto, conocereis que os digo la verdad.

—No lo desconozco, D. Juan: pero esplícame en lo que consiste el peligro.

—Consiste, Señor, en que V. A. no está reconocido en debida forma por rey de Castilla: teneis solo un derecho efímero, que la influencia de un hombre hábil y revestido de autoridad puede hacer desaparecer. Don Fernando ha reinado mucho tiempo en aquel pais, donde se ha hecho respetar y temer; hoy tomará el modesto título de gobernador, con el cual será rey de hecho: mañana la nobleza que os desea y acata, se agrupará en torno suyo por temor ó por los halagos de la ambicion; el pueblo verá en vos un príncipe estrangero sin conexion ninguna con sus intereses, y en él la persona que le rige y le administra justicia. ¿Qué os quedará despues? Nada; por consideracion á vuestro decoro, tendreis vos mismo que renunciar un derecho, que ni aun con las armas en la mano podriais sostener; porque el pais en masa os rechazaria. Yo, Señor, no me opongo ni me opondré jamás á vuestras determinaciones: acaso mi poco talento es causa de que me alucine. Pero con gran dolor de mi corazon, siento de-

ciros, que no aceptaré las consecuencias de esa llamada transaccion, y suplicaré á V. A. me alce el pleito homenage que le tengo prestado antes de llevarla á cabo: este sacrificio sería para mí menos penoso que el de sufrir despues vuestras justas reconvenciones.

—Conque, ¿es decir, que no hay avenencia posible?

—No digo yo tal: V. A. puede hacer lo que sea mas de su agrado.

—¡Ea! pues dejemos eso. Juana es una infeliz, y hará lo que yo quiera.

—¿Sí? Pues no creia yo que fuese tan dócil.

—¡Bah!.... Tú no sabes cuánto me ama.

—Ya sé que os ama con esceso. Pero.....

—¡Si yo te dijese que, por darme gusto, está favoreciendo mis deseos respecto á la bella Diana!

—¡Cómo!.... ¿Es posible?

—Todos los dias la veo: con el trato, la muchacha se vá haciendo menos arisca..... y me parece que al cabo.....

—¿A pesar del Diablo?

—Creo que sí.

—Tened cuidado, no sea que os dé un chasco.

—¿Sabes algo?

—No, Señor: solo he llegado á entender que se piensa en robárosla.

—¿Robármela? ¿Quién?

—¿Recordais aquel Enrique de Almazan?....

—Sí, sí..... ¿Dónde está?

—Creo que tambien el Diablo le protege. No he podido dar con él, por mas que le busco. Pero ese mocito ha venido, entre otras cosas, á casarse con ella y á llevársela á Castilla.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Señor..... No sé si deba.....

—Tú debes no ocultarme nada.

—Lo sé; pero debo tambien evitar que V. A. se precipite, y que en un arrebato de justa indignacion.....

—Te prometo el sigilo: habla.

—Pues bien, Señor: la de Camiña me ha confiado este secreto: es trama de la de Haro.

—¡Ahora comprendo! esclamó el Rey, hecho una furia. Por eso me han exigido que renuncie á lo pactado con Laxaols.

—Es natural: así se allana el terreno. Pero tened presente que es una cosa muy reservada, y que la camarera mayor no querrá verse comprometida: ella me lo ha dicho en confianza, para salvar en todo caso su responsabilidad.

—Está bien, D. Juan, está bien, dijo el Rey paseándose agitado por la revuelta cámara.

Y añadió parándose repentinamente:

—Oye: veinticuatro horas te doy de término para encontrarme á ese perillan; y no te presentes á mi vista, sino para darme cuenta de tenerlo encerrado en una de las torres de Palacio. ¿Lo entiendes?

—Haré cuanto pueda por el servicio de V. A.

—Corriente. ¡Adios!

Don Juan Manuel hizo una profunda reverencia y se retiró. Antes de entrar en su despacho, mandó buscar á Pero Diablo y al compañero del secretario Conchillos, Miguel Ferrera, de quien se ha hecho mencion en alguna parte de esta historia.

Ferrera fué el primero que acudió al llamamiento. Era un caballero aragonés, jóven, ambicioso y de carácter resuelto, en quien el rey D. Fernando confiaba: seguia en Bruselas la corte del Archiduque, cuyos sentimientos debia inclinar paulatinamente hácia la deseada concordia. Por lo tanto, este hombre participaba de los secretos de Conchillos, y obtenia la benevolencia de doña Juana.

El gran tesorero le recibió con afabilidad suma, le ofreció asiento á su lado, y despues de los saludos de atencion propios

de una persona fina y afectuosa, le dijo tomándole las manos y mirándole á los ojos de hito en hito:

—Amigo mio: sois el hijo mimado de la Fortuna. Os felicito cordialmente.

Ferrera se quedó suspenso al oir estas palabras, que no esperaba.

—En verdad, señor D. Juan, contestó, que ignoro de qué favores soy deudor á la Fortuna.

—Vamos: no os hagais chiquito, repuso el ministro; ya sabemos que la Reina os casa con su favorita..... No tengais empacho en confesármelo; pues acabo de hablar con el Archiduque, y no solo aprueba S. A. este enlace, sino que piensa admitiros en su intimidad.

El jóven se encogió de hombros, enarcando las cejas, y replicó:

—Pues, Señor: celebro mucho las buenas nuevas que me dais; pero hasta este momento no habian llegado á mis oidos. Sin duda os han informado mal.

—Me dejais parado, mi buen amigo. En ese caso permitidme creer que os han tomado por instrumento para encubrir alguna intriga: la persona que me ha dado la noticia es muy allegada á la Reina, y no sé con qué fin hace uso de vuestro nombre.

Don Juan Manuel pronunciaba estas palabras con un tono de conmiseracion capaz de irritar la vanidad del caballero, quien no dejó de sentir el aguijon del orgullo, y contestó:

—¿Será posible? Pues que no jueguen conmigo, porque pueden salir perdiendo.

—Que juegan es indudable, puesto que vos negais la veracidad de la noticia, y yo creo en vuestra palabra, repuso el astuto ministro: ahora me haceis pensar que juegan con vos de varios modos; y si es como sospecho, desde luego retiro mi fe-

licitacion, y os doy el pésame. ¡Pobre jóven! Os van á comprometer horriblemente.

—Por favor, señor D. Juan, decidme francamente lo que sepais.

—¿Lo que yo sé? ¡Bah!.... ¡Se miente tanto!.... Una sola cosa tengo por muy segura: y es, que S. A. el Rey Archiduque os aprecia mucho, y no se consolaria nunca si le dieseis un chasco.

—Me teneis en áscuas, D. Juan: ¿qué chasco puedo dar á S. A?

—¡Oh!.... Yo no os considero capaz..... Desde luego podeis partir de este principio. Pero, amigo mio, si otros conspiran, y sin daros parte en nada, declinan sobre vos la responsabilidad... Ya veis: no es fácil parar el golpe..... Y sería lástima; porque os lo repito: Don Felipe haria cualquier sacrificio por contar entre sus servidores á un caballero de vuestras prendas.–Conchillos conspira, la condesa de Haro conspira, la Reina conspira, Leonor de Silva conspira, Enrique de Almazan..... ¿conoceis á Enrique de Almazan?

—Le conozco.

El gran tesorero sintió una viva alegria; pero sabía dominarse, y continuó su interrogatorio diciendo:

—¿Supongo que no ignorareis el objeto de su venida á Bruselas?

—¡Cómo! esclamó el jóven con verdadera sorpresa: ¿está en Bruselas?

—¡Cuánto tiempo hace!..... ¿Será posible que no le hayais visto?

—Tan de nuevas me coge esta noticia como la de mi casamiento.

—Amigo mio, repuso D. Juan Manuel sonriéndose: no cabe duda que se divierten con vos. ¿Conque ni siquiera os han dado cuenta de su venida? Está visto que el buen Conchillos se pasa de discreto. Vivid alerta, jóven; vivid muy alerta: os lo aconseja un anciano que os quiere bien y que tiene mucha es-

periencia de mundo. Estais metido entre gentes que os perderán.

—Me llena de asombro en verdad, contestó Ferrera, que Conchillos pueda tener secretos para mí.

El gran tesorero meneó la cabeza con aire de compasion y dijo:

—Teneis ahora treinta años: cuando hayais servido, como yo, otros tantos á nuestro Señor el Rey Católico, no os asombrareis de nada; porque habreis aprendido que S. A. se sirve de los hombres como el hornero del hurgon; que remueve con él la lumbre hasta que se quema, y entonces lo deja arder y toma otro nuevo.

—¿Y os parece que yo estoy ahora sirviendo de hurgon?

—Justamente.

Don Juan Manuel no mentia en esto; pues él mismo acababa de tomar al jóven por instrumento para atizar el fuego de la discordia.

—Pero, en suma, dijo Ferrera, ¿podré saber de qué se trata?

—Son cosas tan delicadas, amigo mio, que necesitaria yo tener vuestro corazon en mi mano para confiároslas.—No estrañeis mi reserva, repuso el ministro notando el descontento del jóven: vuestra posicion es ambigua, y arriesgo mucho en comunicarme con vos.

—Me haceis una ofensa, señor D. Juan: yo os prometo y os juro, si es necesario, que no saldrá de mis lábios una palabra de cuanto aquí hablemos.

—Sin embargo, replicó el ministro; solo puedo haceros algunas indicaciones por vuestro bien y para que os sirvan de gobierno. Procurad descubrir de hoy á mañana lo que hace aquí Almazan; os vá en ello tal vez la cabeza. Y tened cuenta con lo que se trama respecto á vuestra comision, pues el Archiduque sabe todo cuanto se hace, y si bien está inclinado á transigir con D. Fernando, no consentirá en que se dé un solo paso que no vaya por su conducto. Mas os diré: se quieren valer de vos

como de un instrumento ciego, y de vuestro comportamiento dependerá el que se lleve ó no á cabo la alianza deseada: por último, teneis para escoger el engrandecimiento y el favor por un lado; la prision y el tajo por otro. ¡No quiera Dios que yo lamente esta desgracia!

Don Juan Manuel pronunció estas últimas palabras tan vivamente conmovido, que se le saltaron las lágrimas. Ferrera no pudo menos de enternecerse y creer en su sinceridad.

—Agradezco los avisos que me dais, señor D. Juan, dijo; y procuraré hacer méritos á vuestra confianza.

Dicho esto, se despidió llevando la cabeza llena de vagos terrores y de sueños ambiciosos. Conchillos no podia haberle comunicado una palabra respecto al jóven Almazan, porque éste nada tenia que ver con sus asuntos; de modo que el gran tesorero, empleando mentiras para sacar verdades, habia descubierto el medio de hacerle desconfiar de sus amigos. Y con efecto, Ferrera iba decidido á coligarse con D. Juan Manuel tan pronto como viese confirmadas sus revelaciones por algun indicio, y abrigaba ya en su corazon el recelo, que es mal consejero del hombre.

Don Juan, por su parte, se quedó muy complacido, conociendo que habia hecho una buena adquisicion.

—Este tarambana, murmuró, está ya medio conquistado: tengo en él, por de pronto, un espía que nada me cuesta, que me servirá bien y que hará reventar la mina en el campo enemigo cuando menos se piense.

Pero Diablo llegó en este momento: habia visto salir á Ferrera pensativo, y le pareció adivinar que abrigaba siniestras intenciones.

—¡Hola, amigo Pedro! le dijo D. Juan Manuel. ¿Me traeis ya noticias del jóven Almazan?

—Señor, no he llegado á ver ni su sombra. Sin duda os han informado mal.

El ministro se quedó un momento suspenso, y luego repuso:

—De hoy á mañana necesito tener á ese hombre en mi poder.

—¿Y si no está en Bruselas?

—Está. ¿Habeis visto al que acaba de salir de aquí?

—Sí, señor.

—Pues ese sabe dónde se halla Almazan: seguidle la pista, que él os descubrirá su paradero,

Sin hablar mas, D. Juan Manuel despidió á Pero Diablo, el cual corrió á poner en salvo á su amigo; pues no le inspiraba confianza la fidelidad de Ferrera.

Entretanto, el gran tesorero se puso á dar vueltas por su gabinete como una fiera encarcelada.

—¿Qué hombre es ese, decia, ó qué poder infernal le protege para que escape de este modo á mis pesquisas?

Al cabo de un rato volvió Ferrera, y dijo, entrando con precipitacion:

—Don Juan, soy vuestro.

—Habeis averiguado.....

—Sí, Almazan está aquí efectivamente: se oculta en Palacio bajo el trage de escudero.

—¿Qué os decia yo?.... ¿Conque le habeis visto?

—Venid acá.

Diciendo esto, Ferrera condujo á D. Juan Manuel á la ventana que daba al terraplen, y le indicó tres hombres que hablaban confidencialmente bajo un arco del edificio. Eran el capitan Mendez, Pero Diablo y Almazan.

CAPÍTULO VI.

De una locura que determinó hacer la Reina.

UNCA hubiera creido el gran tesorero, á no verlo, que Pero Diablo le engañase. Mirábale conferenciar con sus dos amigos, y aun dudaba que estuviese confabulado con ellos.

Desde luego reconoció al capitan Mendez, y recordando el aviso que recibió el mismo dia de su llegada, comprendió que él y Almazan habian ido juntos y que estaban ligados por intereses comunes, siendo el primero encubridor del segundo.

Guardóse muy bien de manifestar su sorpresa delante de Ferrera; y por el contrario, dando á entender que nada ignoraba, le dijo:

—Ahora no podreis ya dudar que os quiero bien: ved allí aquellos hombres tratando en confianza con un sugeto que es todo mio; circunstancia que ellos ni siquiera sospechan.—Apar-

témonos de aquí, no sea que caigan en malicia.—¿Vos no teniais ningun antecedente?

—No me era desconocida la comision del capitan Rodrigo, contestó Ferrera: por lo mismo comprendo que se me trata con doblez, pues ni siquiera me han nombrado á su compañero.

—Y eso que es el personage mas importante. Vamos: algun ángel me inspiró la idea de llamaros hoy. Ya nó puede haber secretos entre nosotros dos, y voy á revelaros el que mas os interesa.

—Podeis hacerlo con entera seguridad.

—Lo sé. Vos habeis venido á procurar establecer una buena armonía entre nuestros reyes: tal es al menos el encargo que os han confiado, y mis afanes se dirigen al mismo objeto. Pues bien: sabed, amigo mio, que el rey D. Fernando quiere todo lo contrario.

—¡Es posible!

—Está visto que no le conoceis: quiere provocar un rompimiento estrepitoso, y hacer de modo que toda la responsabilidad caiga sobre D. Felipe. Claro está que para dar el golpe seguro, se necesitan algunas víctimas; y vos, á lo que entiendo, estais ya de antemano destinado al sacrificio.

—¿Cómo?

—Ya sabeis que se ha propalado la voz de vuestro enlace con Leonor de Silva: tambien se dice que el Archiduque está enamorado de ella.

—Y es verdad.

—Yo no lo sé; pero, si es verdad, tanto peor. Almazan debe robarla y vos cargar con la responsabilidad. Ahora podeis calcular las consecuencias.

—Pero, señor, eso es diabólico.

—¿Quién lo duda? Luego habrá de por medio otras intrigas, cuya tendencia no podeis desconocer, las cuales acabarán de comprometeros. Ya estais avisado; ahora lo que debeis hacer,

es no daros por entendido de nada, y seguir como hasta aquí procurando ver un poco mas claro en vuestros asuntos. Si os confian algun encargo difícil, y conoceis que mi esperiencia os puede servir.....

—¡Oh! Descuidad: ya sé quiénes son mis amigos y quiénes mis enemigos.

Ferrera y D. Juan Manuel se despidieron, despues de estas palabras, estremadamente satisfechos el uno del otro. Pero todavia en el umbral de la puerta tuvo el ministro un consejo que dar á su nuevo amigo.

—Procurad, le dijo, que no se trasluzca lo mas mínimo nuestra intimidad, y visitadme todo lo menos posible.

Y apenas se quedó solo, comenzó á frotarse las manos esclamando:

—¡Ingenio!.... ¡Ingenio! ¡Cuánto puedes!.... Ya es mio este hombre. Ahora que conspiren á sus anchuras. No dirá nadie que he dejado de procurar la paz y armonía.

En seguida miró por la ventana, y no viendo ya á Pero Diablo ni á ninguno de sus amigos, se retiró pensativo.

—¿Qué debo hacer? se preguntó á sí mismo. Felipe quiere que prendan á ese muchacho: tambien yo quiero; mas no me conviene alarmar á mi gente..... Si fuese cierto que Almazan ó el capitan Rodrigo han traido la carta del duque Valentin, sabria yo á qué atenerme..... Pero no es posible, pues habria ya un alboroto de mil diablos..... Ese Filiberto es un torpe: no sirve para el puesto que ocupa..... ¡Qué diantres!.... Sea como quiera, la carta resultará: demos gusto á Felipe sin que la tierra lo sienta..... y luego.....

Don Juan Manuel pronunciaba este soliloquio dando vueltas circulares por su gabinete, interrumpiéndose, parándose á cada frase y gesticulando con estraordinaria movilidad, segun el giro tortuoso de su pensamiento. De pronto se dirigió á la puerta, y abriéndola con ímpetu, dijo á un criado:

—Que venga el capitan Bivar.

Éste se presentó al cabo de un rato, dispuesto á sufrir un contratiempo. El ministro le recibió con la boca llena de risa.

—¡Hola, mio Cid! le dijo en tono familiar. He hablado al Rey acerca de vuestra pretension.

Rodrigo Mendez se sintió aliviado de un enorme peso.

—Y S. A., continuó D. Juan Manuel, se digna nombraros alférez en el cuerpo de archeros.

—¡Tanto favor!....

—Sí: pero antes de tomar posesion de vuestro empleo, tendreis que desempeñar una comision reservada. ¿Vos conoceis la Italia?

—La tengo medida á palmos.

—Pues bien: disponeos para partir esta noche, y venid á verme cuando esteis preparado.

Rodrigo hizo una cortesía y se encaminó á la puerta.

—Esperad, dijo el ministro; tened presente que importa mucho el sigilo: por lo cual ireis solo. ¿Me parece, si no estoy trascordado, que teneis un escudero?

—Sí, señor.

—Puede quedarse con los palafreneros de Palacio, y procurad que no entienda nada. Ea, capitan, hasta la noche.

Rodrigo fué á salir; pero el ministro le detuvo otra vez, diciéndole:

—¡Ah! Quisiera que me hicieseis un favor, capitan: vos no conocereis á Pero Diablo. Decid á cualquiera que me le busque, y dispensad la molestia.

—Lo haré con mucho gusto, repuso el capitan.

Y se alejó sin saber qué pensar del favor y la confianza que parecia dispensarle el gran tesorero. Éste cerró la puerta y se acercó á su escritorio, murmurando:

—Quitemos estorbos y adormezcamos los recelos.

En seguida tomó un pliego de papel y se puso á escribir una

carta para el embajador de D. Felipe en Roma. En ella le recomendaba muy eficazmente el despacho de una absolucion que se tenia solicitada para legitimar á la jóven doña Leonor de Silva, con cuyo objeto le incluia la declaracion de conciencia de la abadesa de los Huelgas: le afirmaba que se hacian las mas activas gestiones para obtener el rescate ó la libertad del duque Valentin, y por último le encargaba que detuviese al mensagero á su lado hasta que pudiera despacharle con la bula de Su Santidad, por ser aquel hombre de la mayor confianza.

Concluida esta carta, la cerró, metiendo dentro el pliego que trajo de España Pero Diablo.

Éste llegó en aquel momento y miró al gran tesorero como queriendo penetrarle la intencion. Pero el semblante de D. Juan Manuel era una tabla en blanco: sus emociones no aparecian mas que cuando se encontraba á solas.

—Tengo que daros un encargo delicado, amigo Pedro, le dijo: es menester comprar de hoy á mañana todo el mueblage necesario para la cámara del Rey: ha de ser lo mejor que haya en Bruselas.

—¿Pero, todo?

—Todo: S. A. lo quiere todo nuevo; y como sé que teneis buen gusto y actividad, por eso dejo en vuestras manos este encargo, que debia yo mismo desempeñar. ¿Supongo que tendreis dinero?

—No tanto como se necesita.

—Bien: gastad hasta donde alcance, y dad recibo de lo que falte. Despues se abonará todo. Lo único que os recomiendo es la prontitud y que no repareis en el coste.

—Sereis servido, repuso el aventurero. ¿Me mandais algo mas?

—¡Pardiez! ¿Os parece poco? No, no: ya teneis tarea bastante, y habreis de andar deprisa.

Pero Diablo hizo un movimiento para saludar y marcharse: pero se detuvo pensando:

—Este hombre no me habla de Almazan: algo sabe.

Y D. Juan Manuel pensaba al mismo tiempo:

—Nada me dice de Almazan: luego me vende.

Y dijo en voz natural:

—No os detengais. ¿Quereis alguna cosa?

—Tengo que daros una mala noticia, repuso el aventurero. El jóven que deseabais encontrar, estaba en Bruselas; pero.....

—¡Acabad! esclamó el ministro con bien fingida impaciencia. ¿Qué ha sido de él.

—Ha partido ya.

—¡Por vida de..... ¿Conque se nos ha escapado?.... ¡Vaya con Dios! ¡Paciencia!.... Con todo, amigo Pedro, tened cuidado: puede ser una falsa retirada. ¡Ea! id con Dios, y no demoreis un momento mi encargo.

Toda la sagacidad de Pero Diablo no bastó en esta ocasion para conocer las intenciones del astuto ministro: nuestro aventurero creyó haberle engañado, y el engañado era él.

Durante estas escenas, otra de diferente género tenia efecto en la cámara de la Reina.

Doña Juana conferenciaba á solas con el secretario Lope de Conchillos, hombre de edad provecta, aunque no anciano, entendido y honrado; pero algo pusilánime, y tan rígido al mismo tiempo en la observancia de los preceptos é instrucciones de su Señor, que ninguna consideracion humana bastaba á detenerle en su cumplimiento.

Habia esperado algunos dias el resultado de la carta en que se denunciaban las intrigas de D. Juan Manuel, y de la cual dimos cuenta en otro lugar, y viendo que se pasaba el tiempo en vacilaciones y dudas, y que nada se resolvia, determinó hacer uso del segundo pliego reservado que existia en su poder.

Sin embargo, quiso tentar el último esfuerzo antes de apelar á este recurso supremo.

Pocas horas antes, y momentos despues de la última entrevista de D. Juan Manuel con el Archiduque, habia estado éste hablando con la Reina; de modo que Conchillos se esforzaba inútilmente en persuadirla para que accediese á los deseos de su padre.

—No os fatigueis ni me molesteis, Conchillos, le decia doña Juana. El Rey no quiere, y yo no he de obrar por mí contra su voluntad.

—Pero, Señora, decia el secretario: no se oculta á la penetracion de V. A., que la voluntad del Rey vuestro esposo en esto, no es otra que la de su consejero. Ayer os dignasteis manifestarme que S. A. estaba inclinado á una transaccion, y ya hoy piensa de otra manera. Siguiendo así, no acabaremos nunca; y entre tanto se dá tiempo para que se engruese la faccion de los nobles descontentos, quienes, viendo á Castilla casi huérfana de gobernantes, cobran alas y pierden cada dia mas el respeto á la autoridad soberana.

—Todo eso es verdad, Conchillos: todo eso y mucho mas he representado al Rey: pero sin fruto: conque así, no te canses en predicarme, porque pierdes el tiempo. ¿Qué me importa que se hunda el mundo, con tal que yo conserve su cariño? Vé y entiéndete con él: su gusto es el mio. ¿Sabes lo que dice?..... Mas, no necesito darte satisfacciones: él no quiere y yo tampoco. Hemos concluido.

—Señora, perdonad mi insistencia.....

—¡Todavia! esclamó la Reina levantándose.

Conchillos se inclinó respetuosamente, y sacando el pliego cerrado, cuyo contenido ignoraba él mismo, lo presentó en silencio á la Reina, quien preguntó con desden:

—¿Qué es eso?

—El Rey Católico, mi Señor, me tiene ordenado, Señora, que

en el caso presente os entregue esta carta: bien sabe Dios que tiemblo al dárosla, porque el corazon me presagia que no encierra nada bueno.

—Dame acá, dijo la Reina tomando el pliego y rompiendo la cubierta con mano insegura.

Dentro habia dos cartas: una sin sobre y otra con él. Doña Juana leyó rápidamente la primera, y en seguida se apresuró á abrir la segunda: pero á las pocas líneas de su lectura, palideció y dió un agudo grito, dejándose caer sin fuerzas en su asiento. Conchillos, no menos pálido que ella y vivamente alarmado, acudió á pedir socorro; pero la Reina le detuvo con un ademan.

—Ven acá, le dijo presentándole la carta: ven y acaba de leerme esto:.... yo..... no puedo.

—¡Qué será, Dios mio! murmuró el secretario: si yo hubiera sabido.....

No estará de mas que digamos algunas palabras respecto á la procedencia y naturaleza de esa carta.

El lector podrá recordar que el señor de Veré, al dar aviso á D. Juan Manuel de la comision del capitan Mendez, le indicaba que habia sido interceptada cierta correspondencia al duque Valentin; como tambien que el gran tesorero sospechó desde luego, si sería cierto que aquel mensagero traia *la manzana de la discordia.* Esta manzana era la carta en cuestion, escrita de mano de mujer, en lengua francesa, y firmada con el nombre de *Carlota:* de intento se habia hecho que cayese en poder del Rey Fernando, con el doble fin de esplotar su natural desconfianza, indisponiéndole con el Gran Capitan, con el Papa y otros potentados, y de precipitar un rompimiento entre él y D. Felipe. De inferir es que hubiese sido elaborada en Francia, de acuerdo con D. Juan Manuel: la Historia en este punto no está mas esplícita que en otros muchos de no menor importancia. Por la firma y la letra solo se podia deducir que la habia

escrito madama Carlota de Fox, mujer del duque prisionero; siendo posible que, tanto ella como su marido, estuviesen ignorantes de todo este embrollo.

Conchillos tomó la carta temblando, y leyéndola en voz alta, vió que decia:

«Tened confianza en los que os aman, y no desmayeis, que-«rido duque; se acerca el dia de vuestra libertad. Vuestro pa-«dre y nuestro tio el rey Luis marchan de acuerdo con el Ar-«chiduque, quien tiene ya casi ganado á Gonzalo de Córdoba. «Felipe es nuestro por ambicion y por amor: antes de tres me-«ses, las armas francesas le pondrán en el trono de Castilla, es-«pulsando al usurpador; y á él pasarán, por dejacion del rey «Luis, los derechos de éste sobre Nápoles. Vuestro padre le «ofrece anular su matrimonio, luego que tenga asegurada la «corona: esto no es difícil, pues ya sabeis que media un motivo «poderoso: Juana está.....»

Conchillos no se atrevió á continuar: su temblor se aumentó en tales términos, que se le escapaba el papel de la mano.

—¡Seguid! prorumpió diciendo la Reina.

—¡Señora, perdonad! contestó el secretario: no me atrevo.

—¡Dadme acá, cobarde! repuso doña Juana quitándole la carta.

Y siguió leyendo con aparente serenidad:

..... «Juana está loca.»—¿Lo habeis oido? ¡Estoy loca!—«De-«jando garantidos para sus hijos los Estados de España, con «los de Austria, se puede conceder que Felipe contraiga nue-«vos vínculos con una princesa de Francia: esto colmará los de-«seos del jóven Príncipe.....»

—No puedo..... ¡no puedo mas!..... esclamó la Reina interrumpiendo la lectura. ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... ¿Será cierto que estoy loca?.... ¡Oh!.... Dímelo..... dímelo tú..... ¿Callas?.... Luego es verdad, y todo esto que me pasa es mentira: son de-

lirios de mi fantasía..... ¡Oh!.... ¡Felipe!.... ¡Felipe de mi alma!....

Un torrente de lágrimas inundó las megillas de doña Juana, quien tenia en la mano el papel arrugado y fuertemente comprimido. Conchillos la miraba con terror y tambien lloraba, sin atreverse á consolarla.

De pronto se operó una rápida transicion en el ánimo contristado de la Reina: las lágrimas se secaron y una sonrisa glacial apareció en aquellos lábios pálidos.

—Ea, Conchillos, dijo: hagamos una locura. Todavia soy Reina propietaria de Castilla: estiende un poder ámplio y universal en mi nombre..... solo en mi nombre, confirmando la última voluntad de mi padre para el gobierno de mis reinos, y tráemelo á firmar al momento.

El secretario permaneció indeciso; el estado de agitacion profunda en que contemplaba á la Reina, le infundia un terror invencible; antes de resolverse á obrar, necesitaba estar seguro de que ninguna imprudencia comprometeria el éxito de la empresa delicadísima que se le mandaba acometer.

—Señora, balbuceó: estoy pronto á servir á V. A. Pero, ¡por Dios! que os vea yo tranquila. Si se descubriese algo.....

—¡Pardiez! ¿dónde has nacido? ¿eres tú aragonés?

—Señora..... no temo por mí, sino por V. A., esa carta.....

—Tómala: ¡no la necesito! esclamó doña Juana tirándole la carta medio rota y arrugada: llévatela y devuélvesela á mi padre..... Pero haz lo que te mando y calla. No te cuides de mí.

Diciendo esto, se levantó y entró con arrogancia en un aposento interior.

Conchillos recogió el papel y se fué cabizbajo á cumplir su cometido.

CAPÍTULO VII.

Que no hay mañas contra el poder.

Cuando Pero Diablo salió del aposento de D. Juan Manuel, fué inmediatamente á concertarse con sus amigos para determinar lo que mas conviniese hacer en aquellas circunstancias; y á fin de evitar la observacion de los palaciegos, les sacó á pasear por la ciudad.

Despues de mucho discurrir, combinando y descomponiendo lo que á él y al capitan les habia pasado con el gran tesorero, acabaron por creer que éste no estaba informado de nada: una vez admitida esta creencia, parecia lo mas cuerdo, para no despertar sospechas, que Mendez aceptára su comision en los términos que se le habia propuesto, y que Almazan permaneciese en Palacio bajo la salvaguardia de Pero Diablo, que en caso de apuro, podia esconderle en la Sennenfels, ó bien hacer que se acogiese al amparo de Conchillos, el cual era pariente suyo.

Almazan, sin embargo, por un movimiento inesplicable del corazon, era el único que desaprobaba este plan: queria que se diese aviso á la Reina por medio de Conchillos ó de Leonor, comunicándole las gestiones de D. Juan Manuel acerca de su persona y respecto al capitan; y que se adoptase una resolucion definitiva para salir del estado de ansiedad y zozobra en que se hallaba.

—Desde que vinimos, dijo, solo una vez he podido hablar con Leonor, y eso breves momentos y en circunstancias poco agradables: despues han ocurrido cosas en lo interior de Palacio, que para mí son un misterio, pero que revelan un malestar profundo. La Reina y Leonor sufren, y entre tanto aquí estamos nosotros con los brazos cruzados y aguardando que nos cacen con redes, como á los pájaros de recreo.

—¿Y qué quereis hacer? repuso Pero Diablo: ¿paréceos que tengo yo menos impaciencia? Pues os equivocais: las cosas de Palacio van despacio, y es menester conformarse con la voluntad de quien manda.

—Convengo en ello, amigo mio, replicó el jóven; pero esta calma no es para mi genio. Debiamos haber dado ya un golpe que convenciese á los flamencos de que la Reina no está sola; que tiene amigos, y amigos capaces de obrar.

—No hablemos de lo que debiéramos haber hecho, sino de lo que se debe hacer, dijo el capitan Mendez. Yo recibo esta noche una comision para Italia: ¿conviene que parta, ó no?

—Haceos cargo de la comision, repuso Almazan, y no os alejeis de Bruselas hasta que nuestro amigo ó yo os demos nuevas seguridades y podamos saber á lo que vais. Tal es mi parecer.

—Lo apruebo, añadió Pero Diablo. Retiraos esta noche á la Sennenfels, y esperadnos allí por todo el dia de mañana.

Puestos así de acuerdo, Mendez y Almazan volvieron al palacio, y Pero Diablo se dirigió á los principales talleres y almace-

nes, á fin de cumplir el encargo que le habia dado el ministro. En todos aquellos establecimientos tenia él amigos afiliados en la sociedad de la Union: así fué que pocas horas le bastaron para desempeñar su cometido de la manera mas satisfactoria, y antes de anochecer, estaba casi enteramente amueblada la cámara del Rey.

Don Juan Manuel esperaba ya con impaciencia que cerrase la noche, para desplegar su actividad en negocios estraordinarios y agenos á la ciencia del gabinete: acababa de levantarse de la mesa del Rey, quien habia dado principio á los festejos de su cumpleaños, convidando á comer á varios de sus mas íntimos amigos. Una circunstancia hubo que notar con motivo de este festin, la cual pasó desapercibida para los demás comensales, y que no dejó de llamar la atencion del perspicaz ministro: invitada la Reina, se habia escusado de asistir, pretestando hallarse indispuesta, lo que no impidió que fuese necesario acompañar á D. Felipe desde la mesa á la cama.

De lo primero infirió D. Juan que la Reina tenia algun nuevo motivo de alarma ó descontento, y calculando cuál podria ser, se acordó de lo que habló con el Rey aquella mañana, y de la carta del duque Valentin.

Pronto vino á confirmarle en esta idea un billetito de la condesa de Camiña concebido en estos términos:

«Tenemos grandes novedades: no dejeis de verme esta noche.»

Acabada de leer esta lacónica misiva, el ministro mandó llamar á cuatro archeros y los encerró en un pequeño retrete, donde habia dos puertas secretas: la una para salir del palacio á cualquiera hora sin pasar por los puestos de guardia: la otra para comunicarse con un antiquísimo fuerte, que servia de prision de Estado, y al cual se le daba por tradicion inmemorial el romántico nombre de *Torre del Degollado*.

El gran tesorero les abrió la última de estas puertas y les dijo:

—Un hombre ha de entrar por aquí esta noche..... Tal vez entrarán dos: cuidad de asegurarlos bien, y aposentadlos convenientemente en las mejores habitaciones de la torre.

Apenas habia pronunciado estas palabras, oyó los pasos de una persona que llegaba: inmediatamente cerró la puerta del retrete y se dispuso á recibir al que venia. Era éste Rodrigo Mendez: el ministro le dió el pliego que tenia ya preparado y le dijo:

—Tomad: para nuestro embajador en Roma. Entregadle esto en propia mano, y aguardad la contestacion. Partid al momento, y que lleveis feliz viaje.

Rodrigo metió el pliego en un bolsillo interior de su coleto, y saludando al ministro, salió.

En la galeria contigua le aguardaba Pero Diablo, á quien se acercó y dijo sin detenerse:

—No hay novedad.-A Roma.

—Nos veremos mañana, repuso Pero Diablo pasando de largo y encaminándose al aposento de D. Juan Manuel.

Éste se adelantó á dar las manos amistosamente á nuestro aventurero.

—Amigo mio, le dijo: sois una joya de inestimable valor. Ya he visto lo que habeis hecho, y me ha parecido cosa de mágia. El Rey está contentísimo.

—Lo celebro infinito.

—¿Supongo que os deberé mucho dinero?

—¡Bah! Ya ajustaremos cuentas despues: lo que importa es que esteis bien servido.

—Lo estoy á mi completa satisfaccion: pero, ¿no podreis calcular, así,.... sobre poco mas ó menos, lo que os debo?

—Yo tenia mios, repuso Pero Diablo, unos doce mil florines, y he quedado á deber sobre ocho mil..... Quedan todavia por traer algunas cosas.

—Bien está..... Son veinte mil florines, y dos mil mas que

os dejaré á cuenta, por si resulta algun pico de que no hagais memoria en este momento. Hacedme el obsequio de alumbrarme.

—Pero, señor: no corre prisa.

—No, no: á mí me gusta zanjar pronto estos negocios, replicó el ministro. Luego se me olvidan.

Y así hablando, tomó él mismo un candelero para alumbrarse: Pero Diablo se apresuró á quitárselo de la mano, y le siguió hasta la puerta del retrete. Don Juan la abrió, y apartándose á un lado, dijo con tono de indiferencia:

—Pasad adelante.

Pero Diablo entró, no sin concebir en el acto algun recelo. Inmediatamente se cerró la puerta con estruendo: el ministro quedó fuera, y se oyó dentro el ruido de una breve lucha.

—Ya tenemos un pájaro enjaulado, murmuró D. Juan Manuel. Este me infundia miedo, porque sabe demasiado y es algo bravío. Ahora el otro: pero antes necesito saber qué novedades son esas que alarman á la bruja Camiña; no sea, con mil diablos, que erremos el golpe. ¡Prudencia, D. Juan! La prudencia es la madre de todas las virtudes.

Y salió de su gabinete, cerrando la puerta con llave, por un esceso de precaucion.

La condesa de Camiña no sabía realmente nada de lo que pasaba: solo habia observado una actitud enérgica, inusitada en la Reina, y muchas idas y venidas de Conchillos y Miguel Ferrera á la cámara real y á la habitacion de la de Haro, con otras circunstancias estrañas que alarmaban su dignidad de camarera mayor y su curiosidad de mujer.

—Mi señora condesa, le dijo el ministro entrando recatadamente en su aposento: estoy á vuestras órdenes.

—¡Ah! esclamó la condesa: venid, amigo mio; me teniais ya con cuidado.

—¿Pues qué sucede, señora?

—Eso queria yo preguntaros: ¿qué sucede? La Reina está

impenetrable..... al menos para mí; ha prohibido terminantemente la entrada en su cámara á todo el mundo, escepto á tres ó cuatro personas de su confianza: esto es un arcano. Simáy ha venido, y no se le ha dejado pasar de la puerta. La conjuracion se declara abiertamente: Conchillos entra y sale, como en su casa; y presumo que S. A. está bien con el Rey. ¿Qué es esto, señor D. Juan? ¿qué es esto?

Don Juan Manuel escuchaba con aparente calma, riéndose interiormente de la locuacidad de la condesa, cuya lengua era un torbellino.

—Señora, contestó: esto es que vais perdiendo el pleito: la bastarda os desbanca.

—¿Lo decís con formalidad? preguntó la camarera mayor, palideciendo y temblando.

—Pero no paseis pena, repuso el ministro: esto durará poco. ¿Desde cuándo habeis notado ese movimiento estraordinario?

—Desde esta mañana.

—¿Estuvo antes el Rey con su mujer?

—No.

—¿Y quién mas la visita?

—Marliano ha estado un momento..... Conchillos casi todo el dia, y esta tarde Ferrera.

—¡Reventó la mina! dijo para sí D. Juan Manuel.

Y añadió en voz alta:

—Señora: os prometo que antes de tres dias quedareis libre de vuestra enemiga.

—¿Sí? preguntó la condesa con alegria.

—Sí, repuso el ministro con calma. ¿Qué tenemos de la bella Diana?

—No creo que se piense por ahora en ella.

—Me parece que estais mal informada: yo sospecho que esa chicuela goza en este momento del favor de la Reina y de la benevolencia del Rey.

—¿Sabeis algo?

—¡Qué he de saber yo, señora! Esas quisicosas no se comunican con un tesorero y ministro universal, que tiene la cabeza seca por los negocios. Vos deberiais no ignorar nada.

—¡Yo!.... ¡Yo, señor D. Juan! ¡no os convenceis de que soy aquí un mueble de lujo!

—Eso es una lástima: ¡una persona de vuestros méritos!.... Otra cosa sería si la Reina tuviese quien la aconsejára bien, y sobre todo quien se interesase por ella.

—Señor D. Juan, S. A. tiene en mí una amiga leal..... á pesar de todo.

—Ya lo sé: por lo mismo convendria que fueseis algo mas entremetida. Una cosa me dijisteis ayer, que otra cualquiera la esplotaria en su provecho.

—¿Qué fué? ya no lo recuerdo.

—Que la Reina debiera fiarse menos de Leonorcita.

—Y lo repito.

—Pues bien, señora; interesaos por S. A. y espiad á su amiga: esto entra además en vuestros deberes.

—Teneis razon.

Don Juan Manuel estaba ya impaciente por separarse de la amable compañia de la condesa: cortó la conversacion con un pretesto, y se retiró: las noticias que acababa de recoger le bastaban para llevar adelante su plan. Decidido á obrar cautelosamente y sin que nadie sospechase lo que hacía, bajó á las caballerizas y preguntó allí por el capitan Bivar. La servidumbre le rodeó, gorra en mano, y se apresuró á contestarle que el capitan habia partido.

—¡Diantre! esclamó el ministro. ¿Y su escudero?.... ¿No está por ahí su escudero?

—¡Garcés! gritó uno de los palafreneros.

—No le llameis, dijo otro: le he visto salir, y ha de andar por los jardines.

—Ea, dejadle, repuso D. Juan Manuel.

Y encaminándose á los jardines, bajó con tiento la gradería de mármol, parándose á escuchar de cuando en cuando: dió luego la vuelta al bosquecillo de Diana, donde le pareció sentir un leve rumor, y subiendo la rampa, se detuvo junto á la estátua: guarecido con ella, y no obstante que la luz de la luna en su plenitud estaba velada por densas nubes, pudo observar que habia dos personas entre los árboles al otro lado de la balaustrada, y oyó algunas palabras del siguiente diálogo, pronunciado en voz ténue:

—Alguien ha pasado.

—Sí, pero no nos ha visto.

—¿Estais seguro?

—Nada temais, amiga mia.

—¡Oh! Todo lo temo por vos. Creedme, Enrique: alejaos de aquí cuanto antes, y no os espongais por mí á mayores peligros.

—¡Alejarme!.... ¿Sin vos?....

—Es preciso, amigo mio: en estos momentos no se puede pensar en nosotros. La Reina está desesperada: tanto, que ni aun á hablarla me atrevo; y si sobreviniera un conflicto.....

—¡Querriais que yo estuviese léjos!.... No, ¡vive Dios! Si ese caso llega.....

—¿Qué podriais hacer?

—Defender á mi Reina..... y á vos, Leonor, probando á los esclavos de D. Juan Manuel que hay aquí españoles caballeros, y que no todos somos de su vil ralea.

—(¡Gracias! El mozo se esplica), dijo para sí el ministro.

—No delireis, Enrique, repuso Leonor. Idos..... Idos..... Yo os prometo que nos veremos á menudo.

Los dos jóvenes siguieron hablando tan quedo, que el ministro no pudo entender nada mas de lo que decian. Por último, cansado de aguardar, en una situacion poco decente para el pri-

mer funcionario de un reino, subió al terraplen con la blandura de un gato y se puso á llamar con voz fuerte:

—¡Garcés! ¿Dónde anda Garcés?

Almazan se apresuró á salir de su escondite, antes que bajase el que le llamaba y sorprendiese á Leonor.

—¿Quién me busca? preguntó.

—Venid, venid pronto, repuso D. Juan Manuel; teneis que partir al momento para alcanzar á vuestro amo y darle una cosa que se ha olvidado.

El jóven reconoció al ministro, y pareciéndole verosímil lo que éste decia, consideró el partido mas prudente, en estas circunstancias, acudir á obedecerle.

—Señor, estoy á vuestras órdenes, dijo.

—Seguidme, jóven, replicó el ministro en voz alta, para que le oyese Leonor. Ved qué diablura: haberse dejado lo mas esencial. ¿Sereis capaz de alcanzarle?

—No será difícil.

—Irá por el camino de París.

—Hablando así, se retiraron deprisa hácia el otro estremo del terraplen, mientras Leonor aprovechaba los momentos para entrar tambien en Palacio por una escalera reservada á las damas. Al llegar Almazan á la puerta que conducia á las habitaciones del gran tesorero, oyó hácia la estátua de Diana una esclamacion de sorpresa, é hizo un movimiento para retroceder.

—¿Qué es eso? preguntó D. Juan Manuel.

—No es nada, señor, no es nada, contestó el jóven.

De allí á poco entraba en el despacho del ministro; pero nadie le vió salir en toda la noche.

CAPÍTULO VIII.

¡Sin lágrimas!

Siguiendo el consejo de D. Juan Manuel, la camarera mayor se apresuró á espiar los pasos de Leonor de Silva, y tan oportunamente lo hizo, que habiéndose acercado al cuarto de la jóven dama, solo encontró en él á una criada, la cual contestó á sus preguntas con turbacion y sobresalto.

—Respóndeme con sinceridad, le dijo la condesa, y nada temas: en el concepto de que, si me engañas, tendrás que sufrir el castigo que me plazca imponerte, y en el caso contraria, puedes contar con mi proteccion. ¿A dónde ha ido tu señora? La verdad.

La criada se escusó, diciendo que era probable hubiese ido, como solia, al aposento de la Reina. Entonces la camarera mayor se enfadó, replicando que haria un ejemplar con las damas desenvueltas y con sus doncellas encubridoras; que no podia consentir los desórdenes que se cometian

abusando de su escesiva bondad, y que se habian acabado las consideraciones. No quiso escuchar las disculpas de la criada, y se dirigió hácia la cámara real para ver si Leonor estaba ó no allí. Pero al atravesar un corredor oscuro, le dió en el rostro el aire frio que entraba por una puerta entornada, y esto la hizo mudar súbitamente de resolucion: aquella puerta conducia á la escalera, por donde se bajaba á los jardines. La condesa entró por ella y descendió cautelosamente para no ser sentida, logrando sorprender á otra doncella, que estaba en acecho al pié de la escalera; é imponiéndole silencio, aguardó allí la vuelta de la dama.

Esto acontecia en el instante mismo de alejarse Almazan con el ministro; y la esclamacion de sorpresa que oyó el jóven, habia partido de los lábios de su amada, quien acababa de ser detenida por la camarera mayor.

—¿Podré saber, dijo ésta con severidad cáustica, en qué asuntos del real servicio se ocupa la noble dama, fuera de su aposento y á estas horas de la noche?

—Dispensadme de responderos, señora, contestó Leonor con altivez.

—¡Hola! repuso la camarera mayor dando á su voz una entonacion interrogativa. Cuidado, amiga, que el favor de la Reina no os dispensa de estar sujeta á mi jurisdiccion.

—No lo ignoro, ni pretendo sustraerme á vuestra autoridad, señora. Por consiguiente, si he delinquido, podeis castigarme; pero no invadir el secreto de mi conciencia.

—¡Ya! ¿Tenemos secretos?.... Está bien, señora, está bien, replicó la camarera mayor ardiendo en saña y poseida de despecho. Yo procuraré respetar esos misterios del corazon: pero, entre tanto, hacedme el obsequio de seguirme, si á ello no se oponen consideraciones de mayor peso.

—Escepto la voluntad de la Reina, mi Señora, respondió la jóven, comprendiendo la maligna intencion de la anciana, nin-

guna otra consideracion puede impedirme atacar y obedecer las órdenes de mi natural superiora.

La condesa mandó á la criada cerrar la puerta, y habiendo subido á su cuarto con Leonor, la puso allí arrestada, dejándola bajo la inspeccion inmediata y responsabilidad de dos venerables dueñas, y se encaminó á la cámara de la Reina.

Estaba doña Juana sola en aquel momento con su hermana, y hablaba del reciente descubrimiento hecho por el intermedio de Conchillos, y de la resolucion adoptada en su consecuencia. La de Haro, á pesar de tener instrucciones de su marido, el Condestable, para alcanzar el poder que deseaba el rey Fernando, procuraba en esta ocasion templar la ira de la Reina y suspender por algunos dias la ejecucion de su designio. Esta prudente señora calculaba los resultados funestos que podia tener un paso tan atrevido; y confiaba todavia en establecer la concordia de acuerdo con el Archiduque. Doña Juana rechazaba, sin embargo, toda avenencia: decia que, como Reina propietaria de Castilla, no necesitaba el parecer ni el consentimiento de nadie para disponer lo que fuese mas de su agrado: que mucho menos habria de someterse al beneplácito de su marido, sabiendo lo que éste meditaba contra sus derechos de esposa y Reina, y tratándose de cosas que á ella sola le pertenecian.

A pesar de esto, la bastarda de Aragon habia conseguido aplacar algun tanto el resentimiento de doña Juana, tocando con delicadeza los resortes mas sensibles de su corazon; de modo que aun estaba sin firmar el poder, no obstante haberse estendido y pensado en nombrar una persona de confianza que lo trajese á España.

Mucho habia llorado la desventurada Reina durante el dia; mucho habia padecido; pero aunque hubiese consentido en demorar su resolucion, estaba inalterable en ella: eran escasas y rápidas sus palabras; y absorta en el volcan devorador de su

pensamiento, no escuchaba las mas de las que le dirigian las personas empeñadas en consolarla.

Cuando se presentó á ella la camarera mayor, la miró con ojos distraidos y le dijo:

—¿Quereis algo?

La vieja condesa dirigió una mirada significativa á su rival y contestó:

—Perdonad, Señora: creí que estuviese sola V. A.

La Reina no replicó; pero su hermana hizo un movimiento para retirarse, diciendo:

—Si mi presencia puede embarazaros y S. A. lo consiente, saldré.

—Si no os habeis de ofender por ello, mucho os lo estimaria, repuso la camarera mayor.

La condesa de Haro se volvió hácia la Reina, como impetrando su permiso.

—¿Qué pantomima es esta? dijo doña Juana.

—Señora, contestó la bastarda: vuestra buena amiga la condesa de Camiña desea comunicaros á solas algun asunto reservado.

—Ea, pues, vete y acabemos.

La de Haro salió, y mientras se alejaba, su rival la contempló con aire de triunfo.

—Señora, dijo luego: V. A. sabe cuanto la amo, y que me desvivo por su felicidad.....

—Sí; adelante, respondió la Reina con distraccion.

—Mi corazon se aflige profundamente cuando veo el cúmulo de males, los sinsabores y disgustos que la intriga, con máscara de amistad, atrae sobre V. A.

—Bien: ¿y qué mas?

—El esceso de vuestras bondades infunde alientos á la malicia, y hay criaturas que á todo se atreven, aprovechando la benignidad con que las tratais.

—¡Pérfida!.... ¡Pérfida!.... esclamó con acento sordo la Reina contestando á su propio pensamiento.

—¡Ay! repuso la de Camiña. ¿Vuestra alteza la conceptúa tal? Yo no me atrevia ciertamente á espóner mi opinion, por temor de aventurar un juicio temerario; pero la osadía y la altivez con que ha contestado á mis reprensiones, me inclinan á creer que recibe alas de poderosas influencias.

—¿Qué estás ahí diciendo?

—Es una cosa inaudita, Señora: figuraos que ha tenido audácia para desafiar mi indignacion y mi autoridad, cuando acabo de sorprenderla fuera de su cuarto y teniendo una misteriosa cita en el bosquecillo de Diana.

Este nombre despertó, como por encanto, la embotada sensibilidad de la Reina.

—¿Cómo es eso? esclamó: ¿de quién hablabas?

—De ella, Señora: de Leonor.

—¿Y dónde estaba?

—En el bosquecillo, junto á la estátua de Diana.

—¿Y él?....

—No llegué á verle.

—¿Pero estás cierta?

—Yo no he podido ver nada, Señora; pero casi lo juraria.

—¡Oh! No puede ser que ella..... ¿Y por qué no ha de ser? repuso la Reina encogiéndose de hombros. Del árbol caido, todos hacen leña.

—¡Qué verdad es!....

—Mira: en la otra no estraño nada, continuó diciendo doña Juana, como si la camarera mayor estuviese enterada de todos sus secretos: no lo estraño, porque la aborrezco y me aborrece: tampoco en él estraño una villanía, porque es un hombre sin corazon y sin alma. Pero que ella me venda, es una cosa que no concibo: yo en su lugar, primero me mataria.

—¡Ah!.... Señora; permitidme creer que juzgais con dema-

siada severidad al Rey mi Señor: S. A. no es el malo..... son ellas.

—¡Oh! esclamó la Reina con un arranque de ilusion. ¿No es verdad que mi Felipe es bueno? Ellas..... ellas son las que me le pierden, y sus pérfidos consejeros..... Pero, ¿dices que has visto.....

—Señora, puede ser un error: no, yo no afirmo nada. Pero, ¿qué hacía esa temeraria criatura en el jardin, de noche y con criadas en acecho? ¿Cómo es que, sorprendida en el acto, desconoce mi autoridad y me habla con altanería? Estas cosas no pueden pasar sin correctivo de mi parte, y si fuese lo que no me atrevo á sospechar, ¡con cuánta justicia no me hariais cargo por mi falta de vigilancia y celo!

—Dices bien, repuso la Reina impaciente. Pero, ¿viste con quién hablaba?

—Únicamente ví dos sombras que se retiraban hácia los aposentos de D. Juan Manuel.

Doña Juana oprimió fuertemente con sus manos los brazos del sillon donde estaba sentada, y murmuró:

—¡Tambien ella!.... ¡Oh! necesito descubrir la verdad.

—Ya me pesa, continuó diciendo la de Camiña, la precipitacion con que he procedido, llevada de un esceso de cuidado; pues obrando con mas cautela, quizá hubiéramos podido saber lo que hay de cierto. Sin embargo, yo estaré á la mira, y os prometo.....

—No le digas nada, replicó la Reina interrumpiéndola. Observa y avísame.

La condesa de Camiña se retiró muy contenta, pareciéndole que habia ya ganado la confianza íntima de su soberana; y volviendo á su cuarto, dió á Leonor una reprension suave y amistosa, y la puso en libertad con mil escusas y demostraciones de afecto.

El dia siguiente por la mañana procuró D. Juan Manuel asistir al acto de levantarse el Rey, á quien dijo:

—Señor, ya estais servido.

—Ya lo he visto, le contestó D. Felipe, refiriéndose al amueblage de su cámara, pues no se acordaba de la órden perentoria que le habia dado respecto á Enrique de Almazan.

El ministro le comprendió y repuso:

—Y tambien estais servido en otra cosa que os queda por ver.

—¡Ah!.... Cállate: ya hablaremos de eso.

Don Felipe queria estar solo con el gran tesorero, ó cuando mas, con él y su confidente el de Simáy, para tratar de sus asuntos personales.

Luego que se retiraron los camareros y demás personas del servicio interior, el Rey llevó á D. Juan al hueco de una ventana, segun hacen por lo comun los que desean conferenciar en secreto, y le dijo:

—¿Qué tenemos?

—El pájaro está ya enjaulado, repuso el ministro: le cogí anoche hablando con su damisela en el bosquecillo de Diana y concertando su fuga con ella.

El rostro de D. Felipe se tornó pálido.

—¿Supongo que ella se enteraria de su prision?

—Nada de eso, contestó D. Juan: me valí de mañas; de suerte que nadie mas que yo y cuatro archeros, que velan encerrados en el recinto de la Torre del Degollado, tiene noticia del hecho.

—Perfectamente..... ¿Y qué te parece que hagamos? preguntó el jóven Rey temblando.

—Nada sería mas fácil que deshacernos de él... sin ruido...

—Pues bien: cuida tú de eso.

—Sin embargo, antes convendrá sacar partido de esta presa.

—¿Cómo?

—Si Leonor le ama, como infiero de lo que ví anoche, una revelacion oportuna quizás pudiera vencer su resistencia.....

—Esplícate claro, D. Juan: ahora no hablas con los diplomáticos de mi suegro.

—Quiero decir, Señor, que si la jóven llegase á saber el peligro en que está su Adónis, y viniese á pediros su libertad..... gracia por gracia.....

—Comprendo: pero es que yo no le concederé la libertad á ningun precio.

—Ni conviene concedérsela; mas como tambien puede peligrar su vida.....

—Eso es otra cosa.

—Y luego hay que tener presente que nuestro mozo andaba metido en no sé qué conspiracion: es hijo del montero mayor de D. Fernando y próximo pariente de Conchillos..... Además tenia inteligencias con Pero Diablo, el hombre de mi confianza, que tambien está ya preso. Estos dos sugetos pudieran revelarnos muchas cosas interesantes, y bueno será hacerles cantar, sin perjuicio de obrar despues como la justicia y la política exijan.

—Tienes razon.

—De modo que.....

—Sí, arréglalo como te parezca: pero cuidado, que me eres responsable de esos hombres y que quiero ver á Leonor á mis piés pidiéndome misericordia.

—Corriente.

Don Juan Manuel se despidió y dejó pasar todo aquel dia para madurar sus planes. Entre tanto la Reina seguia vacilando en su resolucion; y Conchillos estaba pesaroso de no haber aprovechado los momentos propicios para dar cima á su espinoso encargo: el capitan Mendez aguardaba en la Sennenfels á sus amigos, y Leonor de Silva, ignorante de la prision de su padre y su amado, pensaba en ambos con afliccion, y de tiempo en

tiempo miraba por las ventanas interiores y por las galerías, esperando ver á alguno de ellos.

Amaneció el dia de la gran fiesta con que se celebraba el cumpleaños de D. Felipe. La artillería hizo salvas; las campanas de la ciudad sonaron con alegres repiques; y mas tarde los regidores, los personages notables de la nobleza y del clero se presentaron en Palacio á felicitar al jóven Príncipe y á ofrecerle los festejos que se hacian en su obsequio.

Don Felipe no quiso recibir estas demostraciones de respeto sin que participase de ellas la Reina, y él mismo fué á rogarla que le acompañase, á pesar del desaire que le habia hecho la antevíspera.

Doña Juana se hizo vestir de gala, y asistió á todas las ceremonias con faz risueña y con el corazon despedazado. Leonor iba en su acompañamiento, y recibió de ella repetidas y señaladas muestras de distincion. Toda la corte, escepto las pocas personas que conocian los secretos motivos de discordia, estaba hechizada al ver la escelente armonía de los dos esposos. Por la tarde hubo un banquete soberbio en Palacio, al cual concurrió la Reina con sus damas, complaciéndose en alternar con su marido en los honores del festin y hablando con una locuacidad vivaz y amena, que causó admiracion á cuantos la oian.

Llegada la noche, se dió principio al baile, que estaba dispuesto: doña Juana lo inauguró tomando por compañero al príncipe de Simáy: Leonor fué invitada por Ferrera, quien, mientras bailaban, deslizó entre sus manos un billete. Pasada una hora, la Reina dispuso retirarse, rogando antes á su marido que, por ella no se interrumpiese la fiesta, y escitando alegremente á sus damas á divertirse.

Leonor quiso acompañarla, pero ella lo rehusó: no obstante, la jóven aprovechó un momento para salirse de la sala del baile, y se dirigió á su cuarto, impaciente por leer el misterioso billete que, viniendo de manos de un amigo, podia contener al-

guna revelacion de interés: leyólo apresuradamente, y vió que decia:

«El jóven escudero del capitan Bivar está preso, por dispo-«sicion del Rey, en la Torre del Degollado: se le reputa reo de «un alto crímen: su vida peligra, y solamente vos podeis sal-«varle. Si algun interés os inspira la salud de un buen amigo, «haced por él el sacrificio momentáneo de vuestro orgullo, y «pedid al Rey su perdon. Esta misma noche es posible que se «os presente una ocasion favorable: tal vez será tarde mañana. «-Importa mucho el secreto, pues si la Reina llegase á saber «algo, hariamos imposible la salvacion de nuestro prisionero.

«Este papel se debe quemar luego que sea leido.»

Leonor se quedó como petrificada.

—¿Qué he hecho yo, Dios mio? esclamó llena de angustia: ¡he traido á ese pobre jóven á su perdicion!....

Y al decir esto, se oprimia el pecho con las manos, como si así pudiese contener los violentos latidos de su corazon enamorado.

Pero aun dudaba de la realidad, y desplegando el fatal billete, volvió á leerlo, sin atreverse á darle crédito: por último, lo dobló, y en vez de quemarlo, como se le encargaba, lo guardó en su seno.

—¡Enrique condenado á muerte!.... murmuró. ¿Y quién le mata?.... ¡Yo!.... El alto crímen que ha cometido es el cariño generoso que me tiene..... ¡Oh! No debo titubear un momento... ¡Mi vida por la suya! Pero el Rey..... ¡el Rey no me la concederá!.... Si hubiese tiempo, acaso..... ¡pero ha de ser esta noche!.... ¡esta noche!

La jóven exhaló un amargo suspiro, y alzando la vista, se encontró retratada en su espejo: estaba horriblemente pálida: una sonrisa sardónica contrajo sus lábios.

—¡Suplicar á un Rey, que exigirá de mí el sacrificio de mi honra! dijo.

Y al pronunciar estas palabras, el fuego del pudor encendió sus megillas. Entonces irguió con arrogancia la cabeza, y añadió:

—Ahora estoy hermosa como Judit: vamos, Leonor, vamos á la tienda de Holofernes.

En seguida se acercó á su recámara, buscó en ella un magnífico puñal de caza, guarnecido con arabescos de oro y piedras preciosas, lo desenvainó, y remangándose el torneado brazo que adornaban brillantes ajorcas, lo blandió con ira, y de un golpe lo dejó clavado en la mesa de su tocador.

La vibracion metálica del puñal produjo un sonido quejumbroso, que hizo á la jóven estremecerse de piés á cabeza. Con pulso menos firme arrancó Leonor el arma mortífera, la envainó y escondió entre sus vestidos, y con seguro paso volvió á salir, encaminándose á las salas del baile.

Pero al llegar á la puerta, el calor de los hálitos humanos que por ella salia y el rubor combinado de las conversaciones y risas con las armonías de la música, trastornaron sus sentidos, ocasionándole un mareo, que la obligó á retroceder en busca de aire y espacio. Delirante, con los ojos inflamados y los lábios convulsos, bajó por la primera escalera que halló á mano y no se detuvo hasta respirar el ambiente de los jardines: sin pensar en lo que hacía, se puso á pasear desatentada de un estremo á otro del terraplen.

Serian las diez de la noche: la luna, entrada en los primeros dias de su período menguante, asomaba por el Oriente, roja y aparentemente dilatada por la refraccion de sus perfiles en los vapores atmosféricos: algunas nubes densas y despedazadas en girones empañaban el diáfano pabellon del cielo, y ráfagas intermitentes de viento hacian balancear de vez en cuando las copas de los árboles.

Leonor seguia paseando maquinalmente, sin fijar su atencion en el cielo ni en la tierra: sus movimientos eran agitados y des-

iguales como los del ambiente que la rodeaba y como las palpitaciones de su pecho.

Entre tanto era observada por varias personas desde dos puntos diferentes del palacio: la Reina estaba mirándola detrás de la celosía de su ventana: D. Juan Manuel y el Rey la contemplaban desde un mirador de una de las salas del baile, hablando en secreto y disimulando su atencion.

—Ya está prevenida, Señor, decia el ministro; y vedla allí sola y seguramente luchando con los escrúpulos de su orgullo. Hace poco fué á entrar aquí, y se volvió desde la puerta.

—¿Pero estás seguro de que es ella?

—No tengo duda: miradla con disimulo ahora.

Leonor marchaba en este momento casi de frente hácia ellos, y la turbia luz de la luna bañaba su rostro.

—Vedla, continuó diciendo el gran tesorero: ahora se para, y se lleva el dedo índice á la boca: eso es que está estudiando su discurso.

—¿Te parece que baje á su encuentro?

—Sería lo mas acertado, porque probablemente no tendrá valor para hablaros, si no le presentais la ocasion. Pero es menester que no se advierta vuestra ausencia.

—¿Y qué me importa? Deja, deja..... repuso el Rey apartándose del mirador: llama á Simáy y á otros dos ó tres, y colocaos de modo que me cubrais la retirada.

La condesa de Haro estaba en la sala observando con maña el secreto del ministro con el Rey; de modo que pudo ver cuando éste, encubierto por algunos cortesanos, emprendia su espedicion, sustrayéndose á las miradas de los demás. Inmediatamente salió del baile por otra puerta, y temiendo que se tratase de alguna cosa concerniente á los intereses de la Reina, se encaminó á su cámara.

Pronto conoció que otro era el punto de las miras del Rey. Doña Juana no estaba allí: en sus aposentos reinaba un silen-

cio lúgubre. La condesa reparó que las celosías de la ventana que daba al jardin estaban entreabiertas: se asomó y vió confusamente las figuras de un hombre y una mujer, que se alejaban hácia el bosquecillo de Diana.

Este hombre y esta mujer eran D. Felipe y Leonor. Al bajar al terraplen el primero, se habia acercado deliberadamente á la jóven, diciéndole con galantería:

—¿Cómo tan retirada la mas bella flor de mis verjeles?

—Señor, repuso ella temblando: un corazon afligido ama la soledad.

—¿Y quién puede afligir á ese corazon, sabiendo que ofenderos es ofenderme?

—¡Ah! esclamó la jóven llamando en su ayuda toda la energia de su alma. Quien me ofende, Señor, no puede sufrir el peso de vuestras iras. ¡Si os dignaseis escucharme sin irritaros!....

—¡Irritarme yo contra tí, Leonor! ¡Oh! Eso es imposible. Habla, habla.

En este momento sonó el ruido de un brial de seda que rozaba con una escalera. Don Felipe asió de la mano á Leonor, y tiró de ella, conduciéndola hácia el bosque de Diana.

—Ven, ven, la dijo apresuradamente, ocultémonos al abrigo de aquellos árboles, junto á esa divinidad protectora, fiel imágen de tu esquivez. Allí podrás confiarme tus penas, sin testigos, y seré para tí mas humano que tú lo eres para mí.

En el acto de ocultarse el Rey con Leonor, apareció doña Juana en el terraplen: iba vestida con el trage de gala que habia llevado aquella tarde, y de su tocado pendia un blanco velo: devorada por el rabioso afan de los celos, miró á todas partes con inquietud, arpándose el pecho y apretándose las sienes, como si del primero quisiese arrancar el círculo de plomo candente que le oprimia el corazon, y detener en las segundas el ardoroso latido de las arterias.

—¡Dónde están!... ¡Dónde están! barbotaba con ronco acento.

Y andando desatentada, parecia interrogar al cielo y al infierno con sus miradas de fuego.

La condesa de Haro y D. Juan Manuel aparecieron á un tiempo en el terraplen por diferentes puntos: la primera se precipitó al encuentro de su hermana: el segundo retrocedió algunos pasos para ocultarse en la sombra.

—¡Señora! ¡Hermana mia! esclamó la condesa, intentando detener á la Reina. ¿Qué haceis?.... ¿A dónde vais?

—¡Calla!.... ¡Calla! repuso doña Juana tapándole la boca, y pronunciando esta palabra con los dientes.—¡Déjame!

Y parándose á escuchar con las manos levantadas, añadió:

—¿Has oido?.... ¡Allí!.... ¡Allí!....

Diciendo esto, se lanzó como una exhalacion hácia la estátua de Diana. La condesa la siguió, y D. Juan Manuel cruzó de puntillas el terraplen, sonriéndose malignamente, como se sonreiria Satanás durante el esterminio de Sodoma.

Entre tanto, Leonor, postrada delante del Rey, le pedia la vida y la libertad del escudero: ella ignoraba que otro sér mas allegado á su corazon, aunque no mas querido, yacía tambien aherrojado en las prisiones del palacio. Don Felipe la escuchaba entre irritado y complaciente.

—¡Levántate! la dijo: no es á mis piés como yo quiero verte.

—¡Oh! No me levantaré de aquí, Señor, sin que antes me hayais otorgado la gracia que os pido, repuso la dama. Ese jóven no tiene culpa: es inocente: ¡os lo juro! Padece por leal.....

—No me hables de él, replicó el Rey. ¡Es inocente, dices, y me roba tu corazon!

—¡Ah!.... ¡Mi corazon!.... mi corazon, Señor, es vuestro: si os ruego, si os pido la salvacion de un inocente, es porque os amo como debo, porque amo vuestra gloria, que es el mayor tesoro de un príncipe!.... Creedme, Señor, creedme: no quiere vuestro bien, ni os ama quien os aconseja la tiranía y la venganza; y al abogar yo por un hombre, que no he visto sino raras veces,

lo hago convencida de que os sirvo y de que trabajo para engrandeceros.

—Alza, Leonor, dijo D. Felipe, dando las manos á la jóven: yo te otorgaré lo que me pides; pero, ¿serás contenta con que ese hombre salga inmediatamente de Bruselas y no vuelva mas á donde tú estés?

—¡Oh! Sí, sí, repuso apresuradamente Leonor, besando agradecida las manos del Rey.

A trueque de obtener la vida y la libertad de Almazan, hacía gustosa el sacrificio de no verle.

—Pues bien, serás servida, replicó D. Felipe respirando agitado..... Pero en trueque de mi generosidad contigo, ¿no puedo esperar que recompenses de algun modo el cariño que te tengo?

Leonor retrocedió un paso estremeciéndose.

—La generosidad, Señor, no pide recompensa, dijo.

—Pero sí el amor..... ¡Oh! No irrites mi pasion; porque seré capaz, si me rechazas, de borrar la memoria de los mayores tiranos: sé compasiva conmigo, porque puedes hacerme un ángel en el trono.

—¡Señor! esclamó Leonor en tono de dulce reconvencion.

—Óyeme: no te pido mas, sino que vengas esta noche á mi cámara..... un momento..... Te prometo no abusar de tu condescendencia. Si me lo niegas, no esperes compasion de mí.

—Una palabra no mas, repuso Leonor. Dadme la órden escrita para poner en libertad á ese jóven..... y despues.....

—¿Irás?

—¡Iré!

—¡Ven conmigo! esclamó el Rey apretando entre sus manos una de la jóven y besándola con trasportes de alegria.

Leonor no opuso resistencia y siguió á D. Felipe: la luna, velada por una nube negra, mostró en este momento, sobre ella, su disco resplandeciente.

Doña Juana, que habia estado espiando, contenida por la

¡Tambien ella!... ¡Tambien ella!...

condesa de Haro, sin poder percibir una palabra, ni distinguir los bultos en la penumbra del bosque, vió distintamente y reconoció á su dama y al Rey, despues de haber oido el chasquido de un beso.

—¡Oh! ¡Maldita!.... prorumpió diciendo con voz ahogada. Le sigue..... ¡Tambien ella!.... ¡tambien ella!....

Y se abalanzó furiosa con los puños apretados y los ojos fuera de sus órbitas.

La condesa se le arrodilló delante para impedir el arrojo de su ira. Don Juan Manuel estaba detrás observando, y murmuraba:

—¡Esto vá bien!.... ¡Esto vá bien!....

—¡Apártate! ¡Quiero matarlos! profirió la Reina, cogiendo de un brazo á su hermana y arrojándola violentamente al suelo.

En seguida dió algunos pasos precipitados, y se desplomó sin fuerzas, prorumpiendo en una carcajada sardónica. La condesa y D. Juan Manuel acudieron á socorrerla.

Las ventanas de Palacio arrojaban, á la sazon, bocanadas de armonía: el baile estaba en su apogeo.

CAPÍTULO IX.

Dos amores en un corazon.

JUNTO á los muros del jardin del palacio, y á corta distancia de la sombría Torre del Degollado, habia, entre tanto, dos personas arrebujadas en ropas de abrigo; y á lo que parecia, eran un hombre y una mujer.

El hombre llevaba sombrero de anchas alas con una pluma de águila tendida, y largo ferreruelo, por debajo del cual asomaba la punta de una espada: estaba en pié enfrente de la muger, y ésta sentada y de espaldas contra el muro.

Los dos hablaban en castellano, y la muger decia:

—No trateis de consolarme con palabras á que vos mismo no dais crédito, capitan. El corazon me dice que les ha sucedido alguna desgracia. Si *él* y Enrique os prometieron ir á la Sennenfels por todo el dia de ayer, y ninguno de los dos compareció; si durante el dia de hoy no han parado mis

piés, y nadie ha sabido decirme dónde se halla, ¿quereis que aun confíe y me alimente de ilusiones?

—No es mi ánimo infundiros una vana confianza, bella Margarita, respondió el capitan: yo tampoco estoy tranquilo por la suerte misteriosa de nuestros amigos; pues hasta en Palacio he penetrado, y ninguna razon me han dado de ellos las personas á quienes he podido preguntar. Pero no por esto conviene que desmayeis.

—¡Yo desmayar, cuando busco al que es el alimento de mi vida!.... ¡Oh! ¡Nunca!.... Mi cuerpo está rendido; mi corazon acongojado; pero mi espíritu prevalece sobre las fatigas y las penas que le rodean. Saber que vive es lo que anhelo; descubrir el parage donde se halla es lo único á que aspiro: yo le volveré á mis brazos, aunque se oponga todo el poder del infierno. Pero, ¡ay!.... ¡Nombradme una calle de la ciudad que no hayan pisado mis piés hoy: mi garganta está seca de cantar al rededor de Palacio desde que anocheció; ¡y él no ha respondido á mi voz!...

—El ruido de la fiesta puede haber estorbado que llegue á oiros.

Margarita meneó la cabeza en señal de negacion, y levantándose, dió algunos pasos y se volvió á mirar la fuerte torre. Despues de un breve rato comenzó á cantar:

«El cárabo sombrío
ama la noche oscura...»

Luego que hubo concluido la estrofa, se detuvo á escuchar con una atencion profunda, estendiendo el brazo, cual si quisiese imponer silencio al aire: Rodrigo Mendez contuvo la respiracion, pareciéndole percibir un canto sordo y monótono, como el zumbido de la abeja; pero Margarita oyó y entendió perfectamente una voz que decia:

«Paloma, vuelve á tu nido,
vuélvete á tu palomar;

que el cazador atrevido
te pudiera cautivar.
Tu palomo está entre redes....
¡Ay, no te enredes!
Vuélvete, paloma mia,
vuélvete á tu palomar.»

—¿Habeis oido? preguntó Margarita con la punta de los lábios al capitan.

—He oido un murmullo sordo, repuso éste. ¿Qué es?

La hechicera se encogió de hombros desdeñosamente; y volviendo á su puesto con la ligereza de una ardilla, respondió cantando con selvática entonacion:

«Ahora no soy paloma,
que soy pantera herida;
soy tempestad que asoma,
en rayos encendida:
la vida de mi vida
buscando vine aquí....
¡Ay! ¡No me iré sin tí!»

Otra vez calló Margarita, y volvió á oirse el murmurio sordo y confuso, que para ella espresó con claridad:

«Cuando hay nubes en Poniente,
la lluvia no está lejana.
¡Pobre de la flor lozana
que está cerca del torrente!
Deja pasar el turbion,
fiel corazon:
déjalo y no te amedrente.»

Margarita contestó en el acto:

«Llévese el huracan nuestras dos vidas,
llévelas: pero llévelas unidas.»

Siguióse un corto intérvalo de silencio: el capitan estaba absorto sin saber qué pensar de lo que veia, ni entender el sentido propio de las palabras que cantaba la hechicera: pues sus oidos, poco habituados á funcionar en la soledad y el silencio, no habian adquirido, como los de ella, la facilidad de percibir el vuelo de un insecto, la locomocion de un reptil, el roce de una hoja con el aire al desprenderse del árbol: por consiguiente no habia podido tampoco entender las contestaciones del prisionero. Margarita se acercó á él, aprovechando los momentos de pausa, y le dijo:

—Ahí está, en esta torre: me dice que me vaya y que no pase peligro por él. ¡Oh!.... Yo le salvaré ó moriré á su lado.

—¿Y Enrique? preguntó el capitan.

La voz del prisionero volvió á oirse: Margarita impuso silencio á Rodrigo y escuchó el murmullo de la torre, que decia:

«Somos dos los condenados
y cuatro los afligidos;
son doce los *elegidos*
en la selva de la *Union*.
Busca tu igual, palomita,
búscala, y cita
los fuertes de Salomon...»

La hechicera respondió:

«Por tí á los palacios, por tí á los abismos,
al sétimo cielo y al infierno mismos
iré sin temor.»

Y la voz del prisionero repuso:

«Despacio, vida mia:
despacio, dulce amor!»

—Vámonos, dijo Margarita al capitan: vos me auxiliareis: ¿no es verdad?

—En cuanto pueda. Pero esplicadme.....

—Vuestro amigo Almazan está preso tambien: yo tengo que ver á la bella Diana y á otras personas: vos comunicareis al secretario Conchillos lo que pasa..... En fin, venid, venid: ya concertaremos nuestro plan.

Margarita y Rodrigo se alejaron por el campo, á tiempo que una ronda del palacio salia con el objeto de reconocer á la cantora nocturna.

Durante la escena que acabamos de referir, Leonor obtenia del Rey una órden concebida en estos términos:

«El alcaide de la Torre del Degollado entregará inmediata-«mente el preso que designe la persona portadora de esta ór-«den, al cual se le espedirán por nuestra cancillería los docu-«mentos necesarios para que pueda partir á España sin demora, «facilitándole al efecto los recursos indispensables nuestro te-«sorero general, quien cuidará del cumplimiento de este man-«dato, en todas sus partes.»

La jóven tomó esta órden, y fué inmediatamente á buscar á D. Juan Manuel para exigirle su cumplimiento.

El ministro acababa de separarse de la Reina, quien, á pesar del trastorno en que se encontraba, despues de las violentas emociones de aquella noche, no pudiendo sufrir su presencia, le habia despedido rehusando sus auxilios oficiosos, y encerrándose sola con las condesas de Haro y de Camiña. Despues de padecer este desaire, D. Juan, para no incomodar tambien al Rey, se retiró á sus aposentos particulares á esperar el resultado de la conferencia íntima de aquel con Leonor.

No tardó ésta en presentársele, pálida, pero mostrando en su semblante la energia de una resolucion premeditada. El gran tesorero leyó la órden, y dijo:

—Sereis complacida, bella Leonor: pero será menester que me indiqueis el nombre del prisionero; pues observo que no está espresado en este papel.

—¿Y para qué necesitais ese nombre?

—¿Para qué ha de ser, hija mia? Para disponer que salga de la prision el que lo lleva.

—Pues bien, es Garcés, el escudero del capitan Bivar.

Leonor habia determinado valerse de este nombre, temiendo que el verdadero de Almazan dificultase el éxito de su pretension: parecíale que su incógnito aun no estaria descubierto, y que su prision era resultado solamente de haberle sorprendido hablando con ella.

—¿Conque, Garcés? repuso el ministro con una calma cruel: está bien. Podeis descuidar, que será cumplida la órden de S. A.

—Señor tesorero, dijo Leonor, quitándole el papel de la mano: sabed que no me fío de vuestra palabra. Necesito ir yo en persona á designar el prisionero para que le pongan en libertad inmediatamente. Así lo espresa la órden.

—Bien, hija mia, bien: como querais, contestó D. Juan sin alterarse. Yo queria solamente ahorraros el disgusto de respirar el aire repugnante de las prisiones; pero si vuestra voluntad es esa, no me opongo. Venid.

Y tomando una luz, abrió la puerta del retrete que ya conocen nuestros lectores, y condujo á Leonor por un pasadizo bajo de techo y una empinada escalera con muchos tramos y mesetas espaciosas á una estancia de forma octágona, donde habia tres hombres sentados alrededor de una antigua mesa, jugando á los dados y bebiendo vino, al amor de la lumbre de un ancho brasero de hierro: eran estos, dos de los archeros escogidos por D. Juan Manuel para prender á Pero Diablo y el alcaide de la torre. Al oir los pasos del ministro y de la dama, dejaron el juego y se acercaron á la puerta.

—Buenas noches, Vanderwey, buenas noches, amigos, dijo D. Juan en la lengua del pais al alcaide y á sus compañeros.

Los tres se apresuraron á contestar respetuosamente al afable saludo del ministro, y el alcaide se adelantó mas para reci-

bir sus órdenes, echando una ojeada de alegria brutal hácia la jóven, que se habia quedado algo detrás.

—¿Me trae V. S., dijo, una nueva adquisicion?

—Muy al contrario, respondió el gran tesorero: vengo á mermaros la hacienda. Entregad á esta noble dama el mas jóven de los presos que habeis recibido últimamente.

Y volviéndose á Leonor, le dijo con galantería:

—Si sois gustosa en ello, señora, os acompañaré yo mismo.

—Os doy las gracias, D. Juan, se apresuró á contestar la jóven: no es menester que os molesteis.

—Como querais. Ea, Vanderwey: servid á esta dama.

El alcaide tomó un manojo de llaves que habia colgado en la pared y una luz, y se internó en un corredor lóbrego y tortuoso, precediendo á Leonor.

Don Juan Manuel hizo un ademan á uno de los archeros para que le siguiese, y salió con él de la torre.

—Vais á escoltar al prisionero que saldrá de aquí esta noche, le dijo: y no consentireis que se detenga en ninguna parte hasta la frontera de Francia: en llegando á Perona, le dejareis á cargo del gobernador de aquel castillo, para quien os daré una carta. Hecho esto, quedará terminada vuestra comision. Si en el camino intenta el preso fugarse ó mudar de direccion fuera de la ruta que os marcaré, traédmelo atado; y si se resiste..... no necesito recordaros vuestra obligacion.

Dicho esto, el ministro se puso á escribir la carta para el gobernador de Perona, en la cual le pedia, como un servicio de amistad en obsequio del Rey Archiduque, la detencion hasta nuevo aviso de la persona que le entregaria el portador de aquel mensaje; revelándole por via de recomendacion, que dicha persona era un agente del Rey Católico y un enemigo del Rey Cristianísimo Luis XII. Tomó luego una hoja de papel y estendió una especie de pasaporte ó salvoconducto, anotando el nombre, las señas y edad de Enrique de Almazan, marcando la ruta que

debia seguir hasta Francia, y rogando á las autoridades francesas que le hiciesen conducir por trámites seguros á España: lo firmó y puso al pié el sello de la cancillería.

Entre tanto Leonor, despues de atravesar varias galerias en pos del alcaide Vanderwey, llegó á una escalera espiral, estrecha y profunda, que parecia conducir al seno de la tierra: de trecho en trecho habia faroles clavados en la pared; pero su turbia luz daba un aspecto lúgubre á la retorcida bóveda, y diríase que aumentaba la pesadez del ambiente, haciendo mas penosa la respiracion que lo hubiera sido en medio de las tinieblas. Al llegar al pié de la escalera, Leonor se quedó parada escuchando: parecióle oir á lo léjos y reconocer la voz de Margarita; y un momento despues oyó mas cerca otra voz robusta y ronca que cantaba:

«Despacio, vida mia:
despacio, dulce amor!»

La jóven lanzó una esclamacion involuntaria, y asiendo de un brazo á Vanderwey con mano trémula, le dijo:

—¿Sabeis quién canta?

—No es el que vos buscais, noble dama, contestó el alcaide: si no me equivoco es el bárbaro de Pero Diablo, que por lo visto se encuentra á gusto.

—¿Cuál es su calabozo? preguntó Leonor haciendo un esfuerzo para dominar su emocion.

—Aquel, repuso Vanderwey, señalando á una de varias puertas ferradas que habia en el lóbrego corredor donde acababan de entrar.

Leonor se acercó á la puerta indicada y aplicó el oido.

—Abrid, abrid aquí, dijo al alcaide.

—Señora, replicó éste: no es esa; es la de mas allá donde está el jóven.

—No importa: os mando abrir aquí, contestó la dama con

muestras de impaciencia y enojo. Ved esta órden del Rey: no espresa el nombre del prisionero, lo que debe probaros que S. A. me otorga la facultad de reconocer y elegir al que me acomode.

Vanderwey tomó la órden y se puso á deletrearla, alumbrándose con la linterna que llevaba en la mano: Leonor le contemplaba con inquietud y desesperacion, sin reparar en dos arqueros que con sus alabardas al hombro se paseaban lentamente en los dos estremos del corredor.

—Está bien, señora, está bien, dijo por último el alcaide á la jóven despues de su calmoso exámen, devolviéndole la órden y buscando la llave de aquella puerta.—Voy á complaceros.

Luego que hubo abierto, Leonor le tomó la linterna, y estorbándole la entrada, le dijo:

—Quedaos ahí fuera: vuestro oficio es guardar, no escuchar.

Y habiéndose quedado dentro, encajó de nuevo la puerta, y puso en alto la linterna para examinar bien el tenebroso recinto donde se hallaba. De pronto lanzó un grito, mezcla indescifrable de alegria y de horror. Acababa de ver al prisionero en un rincon, sujeto al muro con cadenas y argollas de hierro.

—¡Prudencia! dijo Pero Diablo con rapidez y acento concentrado, contestanto á la esclamacion de la jóven.

Ésta dejó la linterna en el suelo, y acercándose al preso con rapidez, le estrechó en sus brazos, prorumpiendo en sollozos. Pero Diablo recibia sus caricias y la contemplaba con faz torva y fijando en ella sus punzantes miradas.

—Basta ya de flaqueza, dijo por último el prisionero. Dime, ¿cómo has podido llegar hasta aquí!

—No me culpeis antes de oirme, padre mio, respondió Leonor.

—Habla.

—Una órden del Rey me ha abierto las puertas.....

—¡Una órden del Rey! esclamó Pero Diablo, rechazando á su hija y haciendo crugir las cadenas que le oprimian. ¡Oh!.... ¡El corazon no me engañaba!

—¡Os engaña, señor! repuso la jóven con un tono, que sin dejar de ser afectuoso, descubria un asomo de altivez.

—¿Puedo creerte, Leonor, vida mia? ¡Oh! ¡Dime lo que has hecho!.... ¡Dime que aun puedo esperar verte antes muerta, que deshonrada!

Leonor refirió á su padre todo cuanto le habia pasado aquella noche, desde que recibió el billete de Miguel Ferrera: pero sin espresarle los varios accidentes que dejamos detallados y que ella ignoraba, ni revelarle nada relativo al pensamiento que habia concebido en el acto de armarse con el puñal. El prisionero la escuchaba con atencion sombría; pero cuando la oyó decir que sus súplicas habian ablandado el corazon del Rey, la interrumpió, esclamando:

—¡No! ¡Eso es mentira! El corazon del tigre no palpita sino cuando su paladar siente moverse las entrañas de sus víctimas. ¿Qué favor le has concedido en cambio? Habla.

—Le he concedido una cita, respondió Leonor sonriéndose amargamente y mostrando al mismo tiempo el mango de su puñal.

—¡Desdichada! profirió el prisionero respirando agitado. ¿Qué intencion es la tuya?

—No podeis desconocerla, señor, repuso la jóven: ¡antes muerta, que deshonrada!

—¿Y tendrias valor?

—¿No soy vuestra hija?

—Sí, Leonor, sí: eres la digna hija de un Azagra: ¡eres digna de mi amor, pedazo de mi corazon!.... ¡Ven, acércate, ángel querido! Que yo te abrace pura, y luego..... ¡venga la muerte!....

Al pronunciar esta palabra, el prisionero se estremeció entre los brazos de su hija, que le bañaba en lágrimas el rostro. Pasados algunos momentos, se dejó caer sin fuerzas en un poyo de piedra que á su lado habia, y sentando á Leonor sobre sus rodillas, le dijo:

—¡No hablemos como niños, encanto mio! Nuestra situacion es terrible; pero no debemos pensar en morir, sino en salvarnos, abatiendo á los tiranos que nos oprimen. Dame ese puñal: tus manos no se deben teñir en tu propia sangre, ni en la sangre agena. Dámelo: yo sabré hacer de él mejor uso que tú.

Leonor le entregó el puñal, y él se apresuró á esconderlo en su seno, y continuó diciendo:

—Para defender tu honra, otras armas te bastan: recuerda que desciendes del famoso Pedro Ruiz de Azagra, que, sin ser rey ni príncipe, sino simple señor de Albarracin, obligó á los reyes de Aragon y Castilla á tratar con él de igual á igual. Lanza, sin temor, al rostro de ese jóven libertino el baldon del oprobio, y haz, si es necesario, que toda la corte se escandalice y él se avergüence de su atrevimiento. Ya es hora de acabar: sí, ya es hora de que estalle el huracan de la discordia: refúgiate al lado de la Reina; escita su indignacion y sus iras, y haz que ella te vengue, al volver por su dignidad ultrajada..... ¡Oh!.... ¡Que yo no estuviese libre!....

—¡Lo estareis al momento, padre mio! Esta órden.....

—¿Y Enrique?

Leonor prorumpió en llanto y ocultó sus lágrimas en el seno de su padre.

—Yo pudiera aprovecharme de esa órden, repuso Pedro de Azagra: pero, hija mia, tú la has obtenido para Enrique, y á él esperarán que saques libre, no á mí.

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡Dios mio! esclamó la jóven, luchando dolorosamente con los dos tiernos afectos que se repartian su corazon.—¿Y no podriais vos ayudarme á libertarlo despues?

—No, Leonor: si tú me das la preferencia sobre él, se sospechará que soy tu padre..... y ¿crees acaso que D. Juan Manuel me dejaria escapar?.... ¡Acuérdate de la noche de Zaragoza!

—¡Bien me acuerdo!

—Pues oye, replicó el prisionero bajando mucho la voz: te-

mo que el ministro haya recelado que fuí yo quien hizo justicia á la traicion de su sobrino..... Me haria conducir á España, y en España me aguarda la hoguera.

—¡Oh! ¡Callad! ¡Callad, por Dios!.... ¿Y aquí?.... ¡Ay! ¡La muerte por todas partes!

—No te abandones al dolor. ¡Audácia, hija mia, y que se hunda el universo! Vé, liberta á nuestro amigo.....

—¿Pero, y vos?

—No pienses por ahora en mí. Margarita sabe ya lo que debe hacer: que se junte Almazan con ella, y tú procura verla tambien. Informa á la Reina de todo lo que nos pasa, y no omitas ningun esfuerzo para convencerla de tu fidelidad: esto nos ha de salvar á todos. Corre, hija mia: no te detengas aquí mas. Acaso tu presencia, que me llena de consuelo, esté preparando mi perdicion.

Leonor abrazó de nuevo á su padre, sin encontrar palabras con que espresar la pena que sentia al separarse de él.

—¡Adios, ángel querido, adios! dijo el prisionero besando á Leonor en la frente. No te aflijas por mí. Yo tengo ya con que romper mis cadenas: encarga á Margarita que me avise de lo que ocurra, y no te detengas.

La jóven hizo un esfuerzo y se apartó de su padre: pero no podia resolverse á salir del calabozo, y hubiera querido en aquel momento poseer algun secreto mágico que transformase al prisionero en su persona, para quedarse ella en su lugar. Pedro de Azagra tuvo que recordarle el peligro á que le esponia su larga permanencia en aquel sitio, para arrancarla de él.

Leonor tomó la linterna y salió de la prision, ahogando los sollozos que se agolpaban á su garganta. El alcaide se paseaba delante de la puerta.

—Y por fin, señora, ¿qué hacemos? preguntó á la jóven cuando la vió salir.

—Poned en libertad al otro, respondió ella: cualquiera de los

dos me era igual: pero éste no quiere: desea mas bien que se salve su compañero.

—Ea, pues: venid.

—Podeis ir vos solo: aquí os espero.

El alcaide cerró la puerta de la prision de Pero Diablo, y abrió la inmediata. Leonor permaneció arrimada á la primera, con el corazon dilatado y el oido atento. No tardó mucho en oir la voz de Almazan y el ruido que se hacía al soltar sus prisiones: cuando sintió que el jóven se acercaba, echó á temblar, y conoció que le faltaba el valor para verle.

Almazan habia hecho algunas preguntas al carcelero, y por las respuestas de éste, sospechaba ya quién era la persona á quien debia la libertad. Luego que salió al corredor y vió á la dama, fué á postrarse á sus piés; pero ella le contuvo, diciendo:

—Garcés, el Rey os dá la libertad, con la condicion de que partais á Castilla: venid.

Una nube de pesar y de celos se estendió sobre el alegre semblante de Almazan. La dama le condujo hasta el gabinete de don Juan Manuel, informándole en el camino muy brevemente de lo que habia tenido que hacer para libertarle, y encargándole que fuese á juntarse con Margarita, y la dijese que contaba con ella y con sus amigos para salvar á Pero Diablo.

El ministro entregó al jóven el salvoconducto y algun dinero para su viaje, advirtiéndole que, para proveer á su seguridad, iba recomendado á un archero de Palacio, quien le acompañaria hasta la frontera de Francia, y le despidió afectuosamente.

Leonor no le perdió de vista hasta convencerse de que partia; le aguardó en la escalera, y dándole la mano, le dijo:

—Adios, Almazan: haced lo que os he encargado, si podeis buenamente y sin comprometeros: es lo único que deseo de vos.

—Adios, Leonor, repuso él: os aseguro que no me alejaré mucho de Bruselas.

En seguida se separaron con el corazon oprimido. Leonor subió á su cuarto, y arrojando las joyas que la adornaban, se dejó caer en un sillon, donde permaneció largo rato pensativa y suspensa.

CAPÍTULO X.

Los cabellos de la bella Diana.

Mientras Leonor se ocupaba en salvar á su jóven amante, la fatalidad, enemiga de su dicha, preparaba otros acontecimientos, que debian realizarse durante aquella noche memorable.

La Reina se habia retirado á su cámara, segun indicamos en el capítulo anterior, auxiliada por la condesa de Haro y D. Juan Manuel, quien no pudo permanecer á su lado, apenas recobró ella la lucidez de sus sentidos: tampoco fué permitido á nadie mas que á la Bastarda y á la camarera mayor presenciar su dolor mudo; y así le llamamos, porque en el transcurso de una hora, no salió de los lábios de doña Juana una queja, ni una palabra que revelase lo que pasaba en su interior: solamente se podia observar que su semblante conservaba impresa y como indeleble la contraccion violenta que los nervios habian comunicado á los músculos faciales en el momento de la sorpresa: de vez en cuando se agitaban temblorosos

sus lábios, como si fuesen á pronunciar alguna órden terrible; pero ningun sonido producian: sus ojos estaban abiertos con espanto, sin verter una lágrima, ni dar el menor indicio de sensibilidad, y solo de tiempo en tiempo parpadeaban con una rapidez eléctrica, para quedar de nuevo fijos en la contemplacion intuitiva de un objeto invisible para los demás.

La condesa de Haro y la de Camiña la observaban poseidas de terror, y no se atrevian á sacarla de su abstraccion: una ó dos veces le habian dirigido la palabra, con ánimo de provocar un desahogo; pero su buen deseo quedó frustrado. Doña Juana las miró con ojos centelleantes, mandándolas callar.

Una situacion tan violenta no podia prolongarse sin alarmar á las dos nobles dueñas, quienes, unidas por el lazo de la compasion, trataban ya en voz baja de avisar al Rey ó tomar otra determinacion cualquiera, cuando la Reina las interrumpió, diciendo:

—Camiña, ven acá.

La camarera mayor se acercó temblando.

—Escucha, pronunció doña Juana muy quedo: sal por ahí como que no haces nada, y mira á ver dónde anda el Rey y qué hace. No vuelvas sin averiguarlo.

La de Camiña hizo una reverencia y salió. Doña Juana dijo entonces á la Bastarda:

—Oye tú: dí á Conchillos que venga.

—Señora, contestó la de Haro: voy á serviros al momento. Pero antes me permitireis que llame alguna persona para que os haga compañia.

—¿Y qué necesidad tengo de eso? replicó la Reina: tan acompañada estoy con vosotras? Vé y haz lo que te mando.

La Bastarda permaneció un instante indecisa, no atreviéndose á dejar sola á su hermana.

—¡Qué significa esto! prorumpió diciendo la Reina. ¿Me obedeces, ó no? ¡Cuidado!....

La dama bajó la cabeza y salió.

Apenas se encontró sola doña Juana, comenzó á quitarse con rábia las galas que la adornaban, arrojándolas al suelo; y tomando luego un vestido negro y un mongil del mismo color, se los puso, y aguardó paseándose con impaciencia.

En esto volvió la de Camiña y le dijo, que el Rey estaba en el baile hablando con el señor de Fresnoy y el príncipe de Simáy.

—¡Ah! Se divierte S. A. Me alegro, repuso doña Juana. ¿Y ella? ¿No la has visto?

—No sé dónde anda.

—Es muy estraño. Búscala.

Y apenas hubo vuelto á salir la camarera mayor, doña Juana esclamó con sordo acento:

—¡Piensa robármelo! ¡No importa!.... ¡Yo lucharé con ellas y con él, y les haré llorar..... ya que me han secado las lágrimas!

La condesa de Haro y Conchillos entraron en este momento.

—¿Traes ahí ese documento? preguntó al secretario la Reina.

—Sí, Señora.

—Dámelo.

Conchillos le presentó el poder en que se autorizaba al rey D. Fernando para gobernar á Castilla en nombre de su hija, sin restriccion ninguna. Doña Juana lo firmó, y devolviéndolo al secretario, le dijo:

—¿Está ya prevenido el hombre que ha de llevar esto á mi padre?

—Solo aguarda que le mandeis partir.

—¿Quién es?

—Vuestra alteza misma habia designado á Miguel Ferrera.

—Sí; es el único de quien nos podemos fiar, replicó la Reina: que marche al amanecer, y que nadie sepa de esto una palabra. Dame la carta que me envió mi padre; pues quiero conservarla en mi poder.

Conchillos entregó á doña Juana la carta que se suponia in-

terceptada al duque Valentin, y se fué á buscar á Ferrera, para confiarle la autorizacion conferida al Rey Católico.

Hecho esto, la Reina esperó que volviese la camarera mayor.

—¿Qué me dices ahora de tu protegida? preguntó á la de Haro. ¿No es verdad que sabe aprovechar las ventajas de su hermosura?

Doña Juana hablaba de esto como pudiera hacerlo tratándose de la cosa mas insignificante: no habia en la entonacion de su voz indicio alguno de ironía ni de rencor. La Bastarda le contestó:

—A pesar de que las apariencias condenan á esa jóven, todavia dudo que sea culpable.

—¡Oh! tienes razon: es una paloma sin hiel. Aconséjame, Juana: ¿qué venganza..... digo mal: ¿qué castigo merece la muger que habiendo recibido de mí pruebas incomparables de confianza y cariño, se atreve, sin embargo, á venderme villanamente?.... Pero esto será mejor preguntárselo á ella misma.

—Señora, repuso la de Haro: por el amor de hermana que os profeso, y de cuya sinceridad no podeis dudar, os ruego que tengais compasion de Leonor, y que no la condeneis antes de examinar á fondo su conducta.

—¡Oh! su conducta es ejemplar, edificante. ¿Quién lo desconoce? Todas mis damas deberian imitarla. Pero tú crees que ya la aborrezco: ¿de qué lo infieres? ¿No me ves qué tranquila estoy? Todo lo que él ama, es amable para mí: Germana y ella son dos pedazos de mi corazon partido por mitad: nada me reservo..... quiero decir: ¡nada me han dejado!

En este momento sonó un rumor, compuesto de muchas voces, que espresaban sorpresa y curiosidad: doña Juana lo oyó sin mostrar ninguno de estos sentimientos: parecia que se hubiese vuelto insensible á las impresiones de todo objeto esterno, lo mismo que á las punzadas del dolor, y que en su alma no quedaban mas que recuerdos frios y tendencias á la crueldad. La

condesa de Haro habia hecho ya esta observacion, y aguardaba con ansia que su hermana prorumpiese en llanto, como el médico espera el instante crítico de una enfermedad rebelde á su ciencia; pero las lágrimas habian huido para siempre de aquellos ojos: su manantial estaba seco.

El rumor que acababa de oirse procedia de un descubrimiento hecho por las guardias del Palacio. Tal vez no habrá olvidado el lector que las canciones de Margarita habian atraido la atencion de una ronda, la cual se acercó al sitio donde aquella estaba, en el momento de alejarse con el capitan. Margarita, viéndose descubierta y perseguida, previno á su amigo que se escapase, y ella esperó tranquila que viniesen á prenderla, declarando en el acto su nombre y haciendo que se sospechára la condicion de hechicera que se le atribuia.

Las guardias se alborotaron con esta novedad, y pusieron en movimiento á muchos de los habitantes del Palacio, que acudieron á ver á la mujer estraordinaria, de quien se contaban mil prodigios entre el vulgo; y pasando de boca en boca, llegó la noticia hasta los brillantes salones donde se solazaba la córte. La imaginacion exaltada comenzó en el acto á delirar, inventando suposiciones monstruosas: quien decia que la hechicera habia venido á perturbar el regocijo de los cortesanos; quien que sus canciones mágicas tenian por objeto dar algun maleficio al Rey, ó secar las plantas y flores de los jardines: algunos de los soldados afirmaban que iba el Diablo en su compañía, y que al hacer ellos la señal de la cruz, se habia desvanecido sumergiéndose en la tierra: en esto eran diversos los pareceres; pues no faltaba quien jurase haber visto al espíritu malo escaparse cabalgando en una nube.

Quizá estas y otras versiones análogas de la conducta de Margarita hubieran sido funestas para ella, si en aquellos momentos no se hubiese presentado entre la turba de servidores el príncipe de Simáy; quien, reconociéndola, mandó que la solta-

sen, y la llevó consigo á un gabinete apartado, para examinarla.

—¿Qué significa esto, Margarita? le dijo: ¿por qué os han preso? ¿Es verdad que estabais cantando al rededor del Palacio?

—Ciertamente, Príncipe mio, contestó la hechicera con su voz halagüeña y seductora. Pero no me han preso: es que yo me he dejado prender, para llegar á la presencia del Rey.

—¿Qué intentais hacer con el Rey? ¡Dicen que pretendeis hechizarle!

—¡Yo hechizarle!.... Demasiado me conoceis, querido príncipe, para saber que yo no hago sino bien: he tenido revelaciones importantes, que interesan á nuestro amado Soberano y á otras personas que le son muy allegadas.

—Ya sé lo que puede ser, repuso el príncipe sonriéndose: habeis adivinado que la bella Diana está á punto de ceder..... y que esta noche.....

—Sí, he sido iluminada sobre ese particular y sobre otros mas graves, replicó la hechicera comprendiendo con su viva penetracion que se trataba de comprometer á Leonor. Por eso he cantado sin cesar toda esta noche al rededor de Palacio, y seguiré cantando mientras dure el peligro para conjurarlo..... porque peligra la vida del Rey.

—¿Qué estais diciendo?

—Sí; pero callad: he sabido esto á tiempo para impedir la desgracia que amenaza á su preciosa cabeza. Yo le amo.

—¿Amais al Rey?

—Sí, le amo, como vos: y es menester que me auxilieis.

—¿Qué debo hacer?

—Lo primero de todo, que me faciliteis una entrevista con la dama de los hermosos cabellos, y despues otra con el Rey: pero todo esto con el mayor sigilo.

—Esperad.

El príncipe de Simáy salió del gabinete, dejando en él á Margarita, quien, paseándose con impaciencia, murmuró:

—¡Necios, que os preciais de discretos y agudos! Yo basto sola para envolveros y arrancaros todos vuestros secretos..... ¡Leonor! ¡Pobre Leonor!.... ¿Querrán pagar tu deshonra con la vida de tu padre?

Al cabo de un rato volvió el príncipe y le dijo:

—Venid.

Y la condujo por un pasadizo reservado á la habitacion de Leonor. La hechicera le rogó que se quedase fuera, y cerró la puerta por dentro.

Leonor estaba pálida, con los cabellos destrenzados y el vestido descompuesto; al ver á Margarita, se echó en sus brazos sollozando.

—No lloreis, querida mia, no lloreis, le dijo la hechicera: tenemos muy pocos momentos de que disponer, y necesito que me reveleis algunas cosas. ¿Qué significa este desórden en que os hallo?.... ¿Sabeis ya que vuestro padre está preso?

—Lo sé, amiga mia, lo sé: acabo de verle hace pocos momentos en su horrible prision.

—¡Ah! ¿Le habeis visto? ¿Es cierto que habeis prometido al Rey no sé qué?....

—Sí, una cita esta noche, á solas en su cámara. Pero esto no tiene nada que ver con mi padre.

—¿Y pensais ir á esa cita?

—Lo he prometido; pero ved.

Leonor pronunció estas palabras mostrando sus cabellos y unas tijeras que habia sobre la mesa de su tocador.

—Comprendo, repuso Margarita: ibais á sacrificar la mayor gala de vuestra hermosura.

—Sí, Margarita; pero me falta el valor.

La hechicera se quedó un momento suspensa, y luego dijo:

—Yo he pronosticado al Rey, que dejaria de amaros cuando perdieseis todos vuestros cabellos. ¿Qué importa este sacrificio? Ellos crecerán mas hermosos..... Sí: es menester que se cumpla

mi vaticinio: así tendrán mas fuerza mis palabras.-¡Ánimo, Leonor! Se trata de la libertad de Pedro y de la salvacion de vuestra honra.

—¿Esperais salvar á mi padre por este medio?

—Lo espero: y si esta noche misma no lo consigo, profetizaré calamidades, y mi profecia se cumplirá..... En fin, Leonor: nada importa lo que vendrá despues. Resuélvete á comparecer ante D. Felipe sin cabellos: cáusale horror: haz que te aborrezca, y que la Reina reconozca tu lealtad.

—Estoy resuelta, repuso la jóven dando las tijeras á Margarita: cortad vos misma.

Iba la hechicera á ejecutar la horrible mutilacion, cuando sonó fuera la voz de doña Juana, que decia al príncipe de Simáy:

—¿Qué buscais aquí, caballero?.... Esta no es la cámara del Rey.

Leonor levantó el tapete que cubria la mesa, y dijo á Margarita:

—Escondeos aquí: la Reina viene, y quizá sospecha que está su marido conmigo: evitemos que os vea.

Margarita se ocultó debajo de la mesa. En este momento sonaron fuertes y reiterados golpes en la puerta. Leonor abrió, y en seguida entraron doña Juana, la condesa de Haro y la de Camiña.

La Reina dirigió una mirada escrutadora á todo el aposento: levantó las cortinas de la alcoba y de otro retrete de Leonor, y volviendo luego á donde estaba la jóven, la contempló un instante y murmuró como evocando un recuerdo:

— «Tenia sus magníficos cabellos destrenzados..... ¡y se sonreia como un ángel!....» ¡Sonríete, Leonor!

La jóven levantó al cielo sus hermosos ojos y suspiró: doña Juana se encogió de hombros con un movimiento nervioso, y añadió:

—¡No tiene ganas de reir!.... Estará cansada.....

—Es verdad, Señora, repuso Leonor sonriéndose amargamente: cansada estoy de sufrir.....

—¿Lo oyes, condesa? dijo la Reina, volviéndose á su hermana: está cansada de sufrirme.

—Señora, replicó la jóven con dulzura: estoy cansada de sufrir por culpas que no he cometido.

—¡Silencio, atrevida! profirió doña Juana, cuyas palabras salieron acompañadas de una especie de silbido. ¡Sabed que os he visto!.... Pero si pensais que os aborrezco, añadió con tono irónico, estais equivocada: os desprecio y nada mas.

Diciendo esto, se dejó caer en un sitial, privada de fuerzas para sostenerse. Leonor se arrojó á sus piés murmurando:

—¡Una gracia, Señora, una gracia! Suspended hasta mañana el juicio que debeis formar de mi conducta..... ¡Oh! ¿Por qué me ha concedido el cielo este adorno fatal? continuó la jóven tocando con desprecio sus cabellos, que la cubrian como un manto.-Sin el, acaso sería yo menos infeliz.....

La Reina no se hallaba en estado de comprender el dolor síncero de su desdichada amiga, ni aun de escuchar sus palabras: solo observó el ademan de tocarse los cabellos, y dijo hablando distraida:

—Hoy debia yo hacer un presente á mi esposo.-¿Qué le enviaria yo, que fuese de su agrado?-Y prosiguió diciendo con cáustica frialdad.-Vos, bella Diana, sabreis sin duda, qué cosa es la que mas aprecia mi marido.

La jóven se cubrió el rostro con las manos, y por un movimiento natural, echó hácia atrás su cabellera magnífica. Doña Juana interpretó este ademan como una indicacion insolente: no podia ser de otro modo, atendido el estado cruel de su alma atormentada.

—¡Eso es!.... ¡Eso es!.... murmuró.

Y volviéndose á la camarera mayor, le dijo:

—¡A ver, Camiña! Toma aquellas tijeras.

Leonor se estremeció de piés á cabeza: la condesa de Haro se inclinó hasta el oido de doña Juana, y esclamó:

—¿Por piedad, Señora! ¿Qué intentais hacer?

—¡Oh! ¡Dejadla!.... no intercedais por mí, dijo Leonor á la condesa, dirigiéndole una mirada suplicante.

—¿Ves? profirió la Reina apretando los dientes. ¿Ves?.... ¡Me desafía!.... ¡Corta, Camiña!.... ¡Corta!

La camarera mayor tomó las tijeras y se dispuso á ejecutar la órden; mas á pesar del ódio que á la jóven tenia, vaciló un momento antes de decidirse.

—Qué, ¿te detienes? Haz lo que te mando..... ¡si quieres!

Leonor inclinó su cabeza hácia la camarera mayor, como invitándola á obedecer, y ésta comenzó á cortar los hermosos cabellos, echándolos en una bandeja de plata que habia sobre la mesa. La jóven se agitó en los primeros momentos, como el herido que vá á sufrir la amputacion de un miembro; pero sobreponiéndose á su natural pesadumbre, bajó la vista resignada, sin exhalar un suspiro, ni verter una lágrima: sentia las tijeras sin alterarse, aunque, á veces, el pulso temblon de la condesa, menos serena que ella, hacía que el frio acero le tocase en la cabeza. Doña Juana miraba la ejecucion con fiera impasibilidad, apoyando la barba en la palma de la mano; y la Bastarda de Aragon, pensativa y silenciosa, parecia reprobarla con su actitud condolida y triste.

No fué menester mucho tiempo para consumar el sacrificio: en menos de cinco minutos aquella cabeza, que poco antes llenaba de admiracion y envidia á toda la corte, quedó horriblemente trasquilada: mas á pesar de esto, la Reina, que en otras circunstancias habria llorado de compasion al verla, parecia estar aun poco satisfecha; pues la dulce resignacion de Leonor acrecentaba su resentimiento; y tal vez aguardaba, para triunfar de ella, el instante en que se mirase al espejo.

Luego que la jóven dejó de sentir el instrumento de su mar-

Sentia las tijeras sin alterarse.

tirio, se tocó la cabeza con ambas manos, preguntando tranquilamente:

—¿Está ya?

—Sí, ya está, dijo la de Camiña.

—¡Gracias, Señora! esclamó Leonor, saludando á la Reina.

Y levantándose, su primer cuidado fué mirarse al espejo. Entonces hizo un gesto de repugnancia, y prorumpió diciendo con acento burlon:

—¡Oh!.... ¡Qué preciosa estoy!.... Ahora sí que puedo hechizar á cualquiera..... ¡Gracias, Señora!.... ¡Gracias!

—¡Y me dá las gracias todavia! esclamó doña Juana mordiéndose los lábios.

—Es que V. A. me ha hecho un inmenso favor, Señora, repuso la dama: mas tarde, cuando esteis sosegada, lo comprendereis.

—Vámonos de aquí, dijo la Reina levantándose; vámonos; porque no sabré contenerme..... y acaso no me contente con los cabellos..... Vámonos: tráete eso, condesa.

La camarera mayor tomó la bandeja con los cabellos y siguió á su Señora. La Bastarda apretó con disimulo una mano á la jóven, y salió detrás.

En cuanto Leonor quedó sola, se apresuró á levantar el tapete, diciendo á Margarita:

—¡Mirad!.... ¡Oh! ¡Mirad qué horrible me han dejado!

La hechicera la miró amorosamente, y besándola en ambas megillas, repuso:

—Al contrario, hermosa mia: ¡estais admirable!.... Ahora sí que vais á triunfar del Rey: cuidado que no falteis esta noche á la cita.

El reloj de Santa Gudula daba las doce. Leonor se estremeció al oir aquella hora. Margarita comprendió su pensamiento, y la dijo:

—Aun no es tiempo: dejadle que espere. Antes habrá de concederme una audiencia. ¡Adios, querida mia! ¡Adios!

Margarita abrazó á su amiga y salió de su cuarto, encaminándose sin necesidad de guia al gabinete donde habia hablado con el príncipe de Simáy.

CAPÍTULO XI.

De los cabellos, del secretario Conchillos y de otras cosas notables.

Un cuarto de hora despues entraba Margarita en la cámara del Rey, quien, al oir las doce de la noche, se habia retirado de la fiesta con ánimo de no volver á ella, y concediendo á los cortesanos ámplias facultades para divertirse cuanto quisiesen.

No esperaba D. Felipe la visita de la hechicera, ni habria consentido en otorgársela, si las reiteradas instancias de su favorito no le hubiesen persuadido que le importaba mucho escucharla en aquellos momentos: á pesar de esta recomendacion, recibió á la hermosa morena con marcada espresion de disgusto, y cuidando de cerrar antes la puerta de un retrete que tenia comunicacion con los aposentos de la Reina, y por consiguiente con los de sus damas.

La hechicera hizo un saludo capaz de causar envidia á la se-

ñora mas apuesta y principal, y aguardó, para hablar, la licencia de D. Felipe, quien le dijo:

—Esponedme sin ceremonia lo que aquí os trae, bella Margarita, y no me entretengais mucho, pues tengo prisa.

Margarita hizo un signo negativo con la cabeza y contestó:

—Podeis concederme todo el tiempo que gusteis, Señor; pues la que esperais no vendrá tan pronto como ha prometido.

—¿Cómo sabes?.... interrogó el Rey frunciendo las cejas.

—No hay nada oculto en lo pasado, en lo presente ni en lo venidero, que se esconda á quien sabe leer en el libro misterioso del Destino. Vuestra alteza no lo ignora.

—Sin embargo, Margarita: recuerdo ahora que la última vez, y la primera, que te ví, me revelaste cosas que están muy léjos de cumplirse.

—Os revelé, Señor, que nunca poseeriais á la dama de los hermosos cabellos, y que solo dejariais de amarla en un tiempo indefinido. Creo todavia que mi vaticinio se cumplirá: creo que ha de cumplirse muy pronto.

—¿Qué estás diciendo?

—Escuchadme, Señor: anoche me despertó el Espíritu de la roca, y tomándome de la mano, me elevó sobre el castillo de las Nubes, y me mostró la tierra: estaba desierta y vacía, como en los primeros momentos de la creacion. Y apareció una flor en medio de ella; y el aroma de la flor se convirtió en un mancebo alado, que con el hálito que salia de su boca iba poblando la tierra y llenándola de maravillas. Los séres recien formados buscaban á sus semejantes, y juntos corrian en pos de la felicidad; pero el genio nacido de la flor arrojaba obstáculos en su camino, y unos se desviaban de la senda del bien, para buscar la dicha por veredas tortuosas, abiertas entre profundos abismos: y otros, separados contra su voluntad, luchaban por unirse, y se rompian los pechos, ora contra los hierros de una prision, ora contra las puntas de puñales y espadas que los divi-

dian; ó bien bregaban para romper los lazos en que habian caido por inespertos ó confiados.–Y ví que se formaban lagos de lágrimas, y que de su vapor caliente nacian los espíritus de la ira, del ódio y de la venganza; y púseme á escuchar, y observé que no se oia en el suelo mas que imprecaciones, quejas, lamentos y alaridos de guerra.

—¿Y qué era todo eso? preguntó D. Felipe.

—Todo eso era, Señor, que los séres vivientes se habian sumergido en el caos de la destruccion, unos arrastrados por sus propios caprichos, otros impelidos por la fatalidad. Entre aquellos séres ví aparecer uno mas pudiente, mas hermoso que todos juntos, como el pino real descuella entre los enebros de la montaña: erais vos.

—¿Yo?

—Corriais en seguimiento de la felicidad, que se os representaba flotando en las ondas de una hermosa cabellera, la cual huia tendida delante de vos, y la felicidad os seguia detrás sin poder alcanzaros. Entonces os dí voces para deteneros, y os señalé el camino de vuestra dicha; pero el Espíritu de la roca me dijo: «No grites, necia; porque no te oirá: el hombre que corre á su perdicion, tiene barrenados los oidos.» –Temblé por vos, Señor.

—Acaba, Margarita.

—Con efecto, no me oiais, prosiguió diciendo la hechicera: estabais rodeado de mucha gente que os empujaba y que proferia bulliciosas y alegres risotadas: habia tambien cerca de vos otros séres que gemian, y tampoco escuchabais sus lamentos. Ví luego, que la cabellera se arrastraba á vuestras plantas, y sus rizos undulosos me parecieron serpientes, que amenazaban ahogaros: fuisteis á tocarlos, y se cayeron de la cabeza que los sostenia..... Entonces los rechazasteis con horror, os volvisteis á buscar la felicidad que habiais dejado detrás, y no la encontrasteis ya; porque se habia cansado de seguiros.

—¡Eso es maravilloso! esclamó el Rey fascinado por las miradas magnéticas de la hechicera que le tenia como sujeto á su voluntad.-Pero nada de lo último que me has dicho ha sucedido.

—Los ojos del espíritu, no solo ven lo presente, sino tambien lo que está por venir.

—¿Y podrá suceder que los cabellos de Leonor se caigan, al ir yo á tocarlos?

—Sucederá.

—¡Oh! ¡Eso sería horrible!

—Así se apagará vuestro amor: lo ha dicho el Espíritu de la roca, y lo que él dice, se cumplirá. Mas permitidme concluir. Yo os ví, Señor, enfurecido y desesperado, imprecar al cielo y amenazar á la tierra. Vuestras iras se estrellaban contra el escudo inflexible del Destino. Levantóse gran tumulto de quejas, reconvenciones y lamentos, y rumor del pueblo: yo tenia en vos fijas mis miradas, pareciéndome que vacilabais, y ví una tea encendida y un puñal agitados por las manos de una mujer, que amenazaban destruir vuestra vida.

El prestigio de Margarita hacía que al pronunciar ella estas palabras, creyese el Rey estar viendo positivamente los objetos que le describia.

—¿Y habrá de suceder tambien eso? preguntó D. Felipe con supersticioso terror.

—Eso mismo interrogué al Espíritu de la roca, estendiendo mis manos para apartar de vuestra cabeza los instrumentos de destruccion, repuso la hechicera.

—¿Y qué te dijo?

—Me mostró los recónditos senos de la Torre del Degollado, y ví allí un hombre llamado Pedro, sobre cuya cerviz habia un hacha levantada, en la cual estaba escrita con caractéres rojos la palabra *venganza*: este hombre salió en libertad, y al momento se cayeron la tea y el puñal de las manos de la mujer. Volví á verle en la prision: su cabeza rodó cortada por el verdugo, y

en el acto vuestro pecho quedó atravesado. Reapareció el hombre vivo y libre de sus prisiones: la muerte huyó de vos. Y esto se repitió por tres veces.

—¿Y qué significaba eso? dijo el Rey con los cabellos erizados.

—Significa, Señor, que vuestro destino es condicional, y que vuestra vida depende de la vida de ese prisionero llamado Pedro: si él muere, morireis: si él vive, vivireis. Así está escrito en el libro inexorable de los cielos.

—¿Conoces tú á ese hombre?

—Si le viese, de seguro le reconoceria: es un hombre moreno, de constitucion vigorosa, negros bigotes y ojos brillantes como estrellas; cuando se mueve, crujen sus cadenas, cual si fuesen de frágil vidrio: está en la Torre del Degollado, y se llama Pedro. No sé mas de él.

—¿Será uno á quien designan con el nombre de Pero Diablo?

Margarita se encogió de hombros y replicó:

—Puede ser: el Espíritu de la roca no me ha dicho mas de lo que acabo de revelaros. Yo le pedí licencia para conjurar el peligro que os amenazaba, y me lo concedió, bajo condicion de que vos solo poseyeseis el secreto. Inmediatamente vine á Bruselas: he pasado el dia en la ciudad, sin poder llegar hasta vos, y he cantado incesantemente al rededor de vuestro palacio, para alejar la maléfica influencia que domina en él, hasta que logré hacer que me prendiesen los guardias. He procurado ver á la dama de los hermosos cabellos, para leer en sus ojos y en las líneas sutiles de su frente las relaciones que hay entre vuestro destino y el suyo, y he conocido.....

—¿Qué has conocido? ¿Es ella, por ventura, la mujer designada en tu vision con una tea y un puñal?

—No es ella, no: la dama de los hermosos cabellos solo tiene hácia vos benevolencia y bondad: su horóscopo anuncia pa-

decimientos y tribulaciones; mas para ella sola: resignacion y amor es lo único que hay en el fondo de su alma.

—¿Y vendrá?....

—Sí, vendrá; pero, ¡ay de vos, si tocais á uno solo de sus cabellos! ¡Ay de vos, si antes de verla, no habeis conjurado el peligro que amenaza á vuestra cabeza!

El Rey se quedó un momento pensativo, y tomando luego una resolucion, dijo á la hechicera:

—Sígueme.

Y haciendo él mismo de guia, la condujo al aposento de don Juan Manuel.

Estaba el ministro solo, examinando con atencion un documento, y lo ocultó precipitadamente al oir la voz de D. Felipe, que llamaba á su puerta.

—¿Todavia trabajas? le dijo el Rey al entrar.

—No es mucho que trabaje de noche, despues de un dia de fiesta, respondió el gran tesorero, dirigiendo á Margarita una mirada recelosa.

—Dime, D. Juan: ¿qué prisionero hay en la Torre del Degollado, que se llame Pedro?

—No hay mas que uno, á quien conoce V. A.

—Dame las llaves de la Torre.

Don Juan Manuel abrió la puerta del retrete y la del corredor, por donde se pasaba á las prisiones, y repuso:

—Si V. A. me permite que le acompañe.....

—Como quieras. Anda delante.

Al pasar por los sombríos corredores de la Torre, se iluminaron éstos varias veces con el siniestro resplandor de los relámpagos, que penetraba por algunas ventanas enrejadas, y el gran tesorero tuvo que cubrir con la mano la luz que llevaba, para impedir que se la apagase el viento tempestuoso.

Llegados á la morada del alcaide, D. Felipe mandó á éste que le condujese á la prision de Pero Diablo, y haciendo seña á

Margarita para que le siguiese y á D. Juan Manuel para que se quedase aguardando, se dirigió hácia la escalera espiral; pero antes de bajar por ella, le detuvo un momento el ministro, diciéndole en voz baja:

—Guardaos, Señor, y ved lo que haceis: el preso es hombre malo, y esa mujer tiene trato con el Diablo.

—Descuida, D. Juan, y guarda tu cabeza, repuso el Rey; que yo atiendo á la mia.

Don Juan Manuel no se atrevió á replicar, pareciéndole que D. Felipe estaba irritado contra él.

Luego que el Rey, el carcelero y la hechicera llegaron al corredor de las prisiones, mandó el primero abrir la puerta de la que ocupaba Pero Diablo, y dijo á Margarita:

—Vé y mira si le reconoces.

La hermosa morena entró en el calabozo, á tiempo que lo iluminaba la luz de un relámpago, penetrando por una estrecha ventana, que daba á los patios interiores: en aquel momento vió el sitio donde estaba su amigo, é hizo un ademan al carcelero para que aguardase fuera.

—Tomad luz, señora, dijo el alcaide.

—Yo no necesito luz, contestó Margarita.

Y se adelantó con firme planta hácia el prisionero, que ya tenia falseados, por medio del puñal que le dió Leonor, dos de los candados de sus cadenas. Habló con él muy cortos momentos, y volvió á salir, diciendo al Rey:

—Él es, Señor.

Don Felipe se apresuró á mandar que le soltasen; y como el preso habia facilitado ya mucho la operacion, pronto quedó ejecutada esta órden.

Pedro de Azagra, en cuanto se vió libre, corrió á echarse á las plantas del Rey, esclamando:

—¡Dichosos mis ojos, que ven ileso á V. A.! ¡Dichoso yo mil veces, que puedo bendecir vuestra clemencia y vuestra justi-

cia!.... No hace un minuto, habria jurado que estabais muerto.

—¿Qué dices?

—Sí, Señor: anoche presencié vuestros funerales, hallándome sobre un cadalso ensangrentado: y aunque despues me encontré en mi prision, no podia persuadirme que fuese un sueño lo que habia visto por mis propios ojos.

Don Felipe miró atónito al aventurero y á Margarita, pareciéndole imposible que se hubiesen puesto de acuerdo en tan breves momentos, y mas todavia que hubiese tanta relacion entre las revelaciones de la una y el sueño del otro: quizá en circunstancias mas normales habria sospechado que se burlaban de él; pero estaban demasiado presentes en su memoria las escenas prodigiosas de la Sennenfels, para que dejase de dar crédito á las palabras de la hechicera. Por otra parte, la indiferencia con que ésta y Pedro se miraban, como si nunca se hubiesen visto ni conocido, alejaba hasta la idea de un interés recíproco, cuanto menos de una confabulacion. El Rey mandó al libertado levantarse, y rétirándose un poco, dijo á Margarita:

—¿Qué debo hacer?

—Mandad que le echen fuera, y que se aleje cuanto antes de vuestra persona y de la ciudad.

Don Felipe así lo dispuso, y Pedro de Azagra fué conducido fuera de la Torre por una escalera que tenia comunicacion con los patios del Palacio, de donde le sacaron los mismos archeros que le habian preso y custodiado, no apartándose de él hasta ponerle en el campo.

Entretanto, el Rey volvia caviloso á su cámara, despues de dejar á D. Juan Manuel abismado en la confusion que le causaba su misteriosa conducta; y entregando á Margarita un joyel riquísimo en memoria del servicio que acababa de prestarle, la despidió, recomendándola á su amigo el príncipe de Simáy, para que éste la hiciese aposentar en Palacio por aquella noche, ó mandase acompañarla á donde ella quisiese. Margarita prefirió

salir y que la dejasen donde mismo la habian encontrado, á pesar de la tempestad que por momentos arreciaba.

Luego que D. Felipe estuvo solo, abrió la puerta de su retrete y miró dentro con ansiedad y temor: el estado de agitacion en que se hallaba su alma le impidió reparar en un objeto redondo, cubierto con un paño de brocado, que habia sobre una mesa: era la única novedad introducida en la habitacion, á la cual daban luz las bujías de un candelabro, casi consumidas; la puerta que conducia al departamento de la Reina estaba entornada, como él mismo la dejó: parecia que nadie hubiese estado allí durante su ausencia.

—No ha venido..... murmuró: si ha de sucederme una desgracia, prefiero que no venga.

De pronto se estremeció, volviéndose hácia la puerta y creyendo haber oido pasos: el corazon le latió con violencia, y olvidó en aquel momento las fatídicas predicciones de Margarita: la idea de poseer á Leonor brillaba en su jóven fantasía demasiado para ofuscar cualquier otro pensamiento y acallar los terrores supersticiosos que pudiera infundirle el recelo de un peligro incierto.

—¿Qué puede sucederme? pensó. Acaso, ¿no he desafiado por ella la cólera del Diablo? Venga pues, y veremos lo que me reserva mi destino.

La puerta se entreabrió y apareció en ella una mujer cubierta con un velo. El Rey se adelantó á recibirla, murmurando:

—¡Ah!.... ¡Por fin!

—Perdonad, Señor, mi tardanza, dijo Leonor sin descubrirse: no he podido cumpliros antes mi palabra, por temor de que me viesen; pero aquí me teneis ya. ¿Qué me mandais?

—Ven, Leonor, ven; siéntate aquí, vida mia, repuso el Rey, mostrándole un confidente y tratando de tomarle una mano, que ella retiró.

—Permitidme permanecer en pié, Señor, ya que no esté, co-

mo debiera, en otra actitud mas respetuosa: esto solo es demasiada confianza de mí para V. A.

—¡Oh! No lo creas: no te he llamado para que me trates con ceremonia; sino, al contrario, para que podamos hablar con la franca intimidad de buenos amigos.

—Señor, esa intimidad es una honra que no merezco, ni me está bien.

—¡Por Dios, Leonor! No me impacientes: siéntate, y aparta ese velo esquivo que me roba la dicha de contemplar tu belleza.

—Diciendo esto, el Rey se adelantó á ejecutar él mismo lo que deseaba: Leonor retrocedió algunos pasos, replicando:

—No me toqueis, Señor: acordaos de vuestra promesa, como yo de las mias.

—¡Eh!.... ¡Basta ya, por Dios! Hablemos como querais; pero, al menos, quitaos ese velo inoportuno. Si mis ruegos no bastan, os lo mando.

—Pues bien, Señor, repuso la jóven: acordaos que obedezco al Rey.

Al decir esto, arrojó el velo, dejando descubierta su cabeza pelada. Don Felipe lanzó un grito de horror y se tapó los ojos: pero en seguida se acercó á Leonor, frenético de ira, y asiéndola de un brazo, la atrajo hácia la luz, y se quedó mirándola fijamente algunos momentos: de pronto la rechazó diciendo:

—¡No! ¡Tú no eres la mujer por quien yo deliraba! Esa cabeza innoble no es aquella que yo me complacia en admirar por su gracia magestuosa..... ¿Quién, dime, quién ha osado tocar al hechizo de mi alma?

—Señor, repuso la jóven con dignidad: debeis estarme agradecido, ya que os devuelvo la razon; pues efectivamente delirabais. De este crímen yo sola soy culpable.

—¿Tú?.... ¡Es imposible! ¿Qué demonio te ha inspirado esa idea?

Leonor se encogió de hombros con desden. El Rey la apartó mas de sí, diciendo:

—Pero ¿qué me importa ya?.... Vete..... vete donde yo no te vea, porque me causas horror.

La jóven recogió su velo, se cubrió con él, y haciendo una ceremoniosa cortesía, se retiró. En la habitacion inmediata encontró los brazos de otra mujer, que la estrecharon en silencio amorosamente: aquella mujer era la Reina, que allí habia sido conducida por la condesa de Haro. Enterada por Leonor de todo cuanto le habia pasado aquella noche, la ilustre Bastarda logró desvanecer el ódio, aunque no el pesar profundo de su hermana, sirviéndole para persuadirla el billete anónimo de Ferrera.

Don Felipe se puso á pasear desatentado por su retrete, pronunciando palabras inconexas. La ira y el despecho se disputaban su corazon, en el que no habia quedado de su pasion desenfrenada mas que la llaga.

—Mucho debe de aborrecerme, cuando ha podido hacer tamaño sacrificio, decia. Y yo, ¡necio de mí! ¡que he sido complaciente hasta el punto de dar la libertad á su amante!.... ¡Oh!.... ¡Debí haberle arrojado su cabeza á los piés, cuando me demandaba su perdon!....

Y recobrándose luego algun tanto, añadió:

—Pero esto habia de suceder..... me lo anunciaron con tiempo..... ¡y es verdad!.... ¡Es verdad que no la amo!.... ¿Qué es amarla? No: ¡el ódio que me tiene se ha infiltrado en mi sangre!

Hablando así consigo mismo, el Archiduque se apoyó en la mesa donde estaba el objeto cubierto con un paño de brocado: sus miradas distraidas se fijaron en él. Movido de curiosidad y estrañeza, levantó el paño y vió con asombro y rábia que le habian puesto allí los cabellos de Leonor en una bandeja de plata.

—¡Iras del infierno! esclamó. ¿Se burlan de mí?

En este momento estalló un trueno, que hizo retemblar los

sólidos muros del antiguo palacio: la tempestad bramaba fuera como dentro el huracan de las pasiones.

—Ella no puede haberse atrevido á tanto, prosiguió diciendo el Rey. Esto es cosa de la loca de mi mujer..... ¡Vive Dios, que yo he de averiguarlo, y quien quiera que haya sido, me pagará cara su insolencia!

Y dando fuertes golpes en un timbre, hizo que acudiesen muchos de sus servidores en tropel. A todos preguntaba lo que nadie sabía: quién habia entrado en su retrete aquella noche. Pero acordándose luego de que él mismo dejó cerrada la puerta esterior, y que solo podian haber llegado allí por la que conducia á los aposentos de la Reina, despidió á todo el mundo, ordenando que llamasen á D. Juan Manuel.

Éste se presentó á poco, trayendo en la mano un papel doblado como una carta: era el documento que estaba leyendo poco antes en su gabinete.

—Ven aquí, D. Juan, le dijo el Archiduque, mostrándole los cabellos. Mira lo que me pasa. ¿Conoces eso?

—Señor, si no me engaño, esto es una cabellera de mujer.

—Sí, es la de Leonor..... Pero, dime: ¿quién puede haber mandado ponerla aquí, sino la Reina? Dí: ¿conceptúas posible que haya sido otra persona?

—Me parece, Señor, que nadie puede haber hecho esto, sino una persona poseida de celos; y S. A. estaba furiosa esta noche contra Leonor, segun acaba de decirme Ferrera, quien me ha entregado este documento, el cual no es menos grave que esos cabellos.

—¿Qué es?

—Un poder que la Reina confiere á su señor padre, para gobernar á Castilla en su nombre.

—¡Infierno! prorumpió diciendo el Archiduque. ¿A ver? Dáme acá.—¿Y sabes quién ha entregado esto á Ferrera? ¿Estás cierto de que ha sido Juana?

—Solo sé que se lo ha dado Conchillos, para que lo lleve á España.

Don Felipe recorrió velozmente con la vista el poder, y arrojándolo sobre la mesa, dijo:

—Está bien: D. Juan, siéntate á escribir lo que yo te diga.

El ministro tomó papel y pluma, y escribió, segun le dictaba el Rey:

«En todo el dia de hoy saldrán de mi corte y de mis Esta-«dos de Brabante y Flandes, en el término de cinco dias, todos «los españoles que en ellos residan, de cualquiera clase y con-«dicion que sean, escepto aquellos que me plazca conservar al «servicio de mi persona y casa, y los que por otros motivos ha-«yan de permanecer, segun se espresará.

«Quedarán al servicio inmediato de la Reina, mi mujer, la «condesa de Camiña, su camarera mayor, y su dama doña Leo-«nor de Silva.....»

—¿Qué te parece, D. Juan? preguntó D. Felipe interrumpiendo su órden: la de Camiña es fiel, y la otra no puede querer bien á Juana..... ¿Eh?

—Me parece bien, Señor.

—Continúa.

..... «Todas las otras damas españolas volverán inmediata-«mente á su pais.—No se permitirá á la Reina mas servidores «varones que un capellan, para que le diga misa, y al cual se «le prohibe hablarla, bajo pena de destierro.

«Se procederá sin pérdida de momento, á la prision del se-«cretario Lope de Conchillos, á quien se pondrá en duro encier-«ro, para juzgarle oportunamente: queda á mis inmediatas ór-«denes el caballero Miguel Ferrera, cuyos servicios me reservo «recompensar.

«Toda persona, de cualquier clase, estado, sexo y condicion, «que pase á las habitaciones de la Reina sin órden mia escrita,

«será presa en el acto, para imponerle la pena que merezca, «segun mi juicio.

«El capitan de mis guardias designará diariamente treinta «arcberos con un oficial, los cuales velarán de dia y de noche «en los aposentos de la Reina: el oficial tomará la órden direc- «tamente de mí, respondiéndome de su cumplimiento con la ca- «beza.

«No será permitido á la Reina salir de su cámara y retretes «interiores á los cuartos de la servidumbre, ni á ninguna otra «dependencia de Palacio.

«Se harán investigaciones para descubrir los cómplices de «Lope de Conchillos.

«Mi primer ministro queda encargado de la ejecucion de es- «te decreto, bajo su mas estrecha responsabilidad.»

—¿Te has enterado bien, D. Juan? dijo el Archiduque to- mando la pluma para firmar. No quiero sufrir mas impertinen- cias, ni que jueguen conmigo: es menester que sepa todo el mun- do que soy rey de Castilla, y que trato de hacerme respetar.

—Bastante tiempo hace que necesitabais obrar con energia, Señor, repuso el ministro: yo no he querido incitaros á ello, por- que no creyeseis que me proponia sembrar discordia; pero es- taba viendo venir esta borrasca.

—Pues bien: ha llegado la hora. Manda sacar una copia de ese poder, y envíasela al Rey Católico, anunciándole que voy á disponer mi viaje á Castilla, y que necesito encontrar el puesto desocupado cuando llegue. ¿Cómo estamos con el cardenal de Roan?

—Perfectamente.

—¿Nos apoyará el rey Luis con sus armas en caso necesario?

—Así lo ha prometido; pero es menester darle la investidura del ducado de Milan y confirmar los tratados que tenemos pen- dientes con él.

—Concédele todo lo que pida.

—Se necesita vencer antes la repugnancia del César vuestro padre.

—Yo iré á convencerle: desde ahora te doy ámplias facultades para todo. ¡Ah!.... ¿Conoces á los cómplices de Conchillos?

—Presumo que han de ser la condesa de Haro.....

—Dále pasaporte.

—Pero Diablo.....

Don Felipe hizo un movimiento de sorpresa; pero despues de reflexionar un poco, repuso:

—No hay que pensar ya en él.

—Le tengo preso, dijo D. Juan Manuel con intencion.

—Está ya libre..... ¿Quién mas?

—El jóven Almazan.

Don Felipe dió una puñada en la mesa, y replicó:

—No debieras haberte apresurado tanto á obedecer.

—Previendo este caso, he dispuesto que le detengan en la fortaleza de Perona.

—¡Bien, hombre, bien! esclamó el Rey con feroz regocijo: y añadió, quitándose la cadena magnífica del Toison, que habia estrenado aquel dia:—Toma: esta cadena es mejor que la tuya. Puedes llevarla en memoria de mi cumpleaños.

—¿Haré que os traigan al jóven?.... preguntó el ministro.

—Me bastará su cabeza.

Don Juan Manuel se inclinó en señal de asentimiento. El Rey continuó:

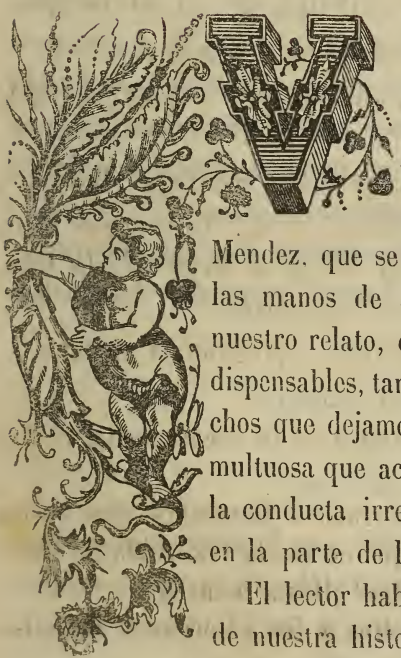
—¡Ea! No te detengas: enciérrame á Conchillos esta misma noche; cárgale de cadenas, y que no vea la luz: cuida de hacer lo demás que te encargo, y ¡adios! ¡Hasta mañana!

Dichas estas palabras, D. Felipe se fué á dormir, y el ministro á ejecutar sus órdenes.

Aquella misma noche quedó encerrado Lope de Conchillos en uno de los calabozos mas profundos de la Torre del Degollado, y cuenta la Historia que antes de amanecer habian encanecido sus cabellos.

CAPÍTULO XII.

De cómo el Diablo se llevó á Enrique de Almazan



Volvamos al momento en que Margarita, sorprendida por los guardias de Palacio, tuvo por conveniente dejarse prender, aconsejando á su amigo, el capitan Mendez, que se escapase para no caer juntos en las manos de aquellos; y antes de proseguir nuestro relato, demos algunas esplicaciones indispensables, tanto para fijar la ilacion de los hechos que dejamos espuestos con la rapidez tumultuosa que acaecieron, cuanto para justificar la conducta irregular de la hermosa hechicera en la parte de los mismos que á ella le cupo.

El lector habrá observado que los personajes de nuestra historia, durante la noche memorable del cumpleaños de D. Felipe, se cruzaban en todas direcciones, movidos por el resorte de sus intereses personales, como las figuras inquietas y voladoras de un intrincado baile fantástico. En esta danza, pálido simulacro del torbellino de la vida huma-

na, Margarita, como mujer de grande ingenio y travesura, habia bailado por inspiracion y sin sujetarse á reglas concertadas, sino al giro tortuoso y vario de las circunstancias: se habia propuesto llegar á un fin: nada le importaban los medios, y los recogia conforme se le iban presentando.

Al separarse del pié de la Torre del Degollado, nuestra linda hechicera pensaba, siguiendo las indicaciones de su amado prisionero, prevenir á los gefes y adeptos de la sociedad de la Union, residentes en Bruselas, que su gran Maestre se hallaba en peligro de muerte, y hacer que aquellos, auxiliados por los de Holanda y las ciudades Auseáticas, ó solos, si la urgencia lo requeria, empleasen su influjo, sus riquezas y, en caso necesario, hasta su sangre, en libertar al cautivo: pensaba en ver á Leonor, para que ésta se valiese de la Reina, que, en su concepto, no podria abandonar á sus amigos en la desgracia; ó bien para ponerla al corriente de los planes que ya meditaba; pues á nada menos se estendia su pensamiento audaz, que á promover una sublevacion en la ciudad, bajo un pretesto especioso, á fin de salvar al preso á favor de la revuelta.

En todo esto no hacía la bella morena mas que interpretar fielmente la idea de Pedro de Azagra, espresadá en aquellos versos de su cancion:

«Busca tu igual, palomita:
búscala, y cita
los fuertes de Salomon.»

Y Pedro de Azagra, al aconsejar á su hija que hiciese estallar la discordia en Palacio, encargándole que se viese con Margarita, solo pensaba en suministrar á ésta el pretesto para la rebelion; como al apoderarse del puñal, en tener un instrumento para abrirse paso matando, llegada que fuese la hora favorable á su libertad. ¡A tales estremos conduce la tiranía de los malos ministros, plaga de la humanidad, y deshonra de los tronos!

Pero al aparecer la ronda nocturna, Margarita, sin variar de pensamiento, cambió la direccion de su plan: despidió á Rodrigo Mendez, encargándole que fuese á esperarla á media legua de Bruselas, junto á una encrucijada que formaban los caminos de Francia y de la Sennenfels, llamada del Cuervo, y se entregó á los guardias, con ánimo de preparar los medios para la salvacion de su prisionero.

Estando entre la turbamulta de guardias y curiosos, que la entretuvieron largo rato en los patios del Palacio, vió al jóven Almazan, que bajaba escoltado por el archero; y adivinando lo que le pasaba, dijo de modo que él pudiese oirla y comprenderla:

—Archero, ¿vas de camino?—Anda, anda; que el diablo te vá á llevar, como no le dejes limosna en la encrucijada del Cuervo.

Almazan habia oido cantar á Margarita, y fácilmente comprendió que tenia amigos en el punto designado para ella.

La intervencion del príncipe de Simáy fijó, en cierto modo, el rumbo de las operaciones sucesivas de nuestra hechicera: facilitándole la entrevista con Leonor, le proporcionó la ocasion de conocer el estado de los ánimos de doña Juana y D. Felipe y de aprovechar la corta de los cabellos para vaticinar sobre seguro: de este hecho pensaba sacar partido, haciendo concebir al Rey una fé ciega en sus pronósticos, para obligarle á obrar segun ella queria, luego que los viese realizados; pues no esperaba vencerlo en su primera entrevista. Los resultados, sin embargo, scedieron á sus esperanzas, y entonces solo trató de ganare tiempo, sacando ileso á su amigo: pero al anunciar al Rey, que moriria á manos de una mujer, tan pronto como pereciese el prisionero, pensaba en sí misma, y estaba resuelta á realizar por sus manos la profecía.

Ya hemos visto con cuanta felicidad llevó á cabo su empresa la hechicera, favoreciéndole la suerte de modo que, sin necesidad de verter, ni hacer que se vertiese sangre, consiguió lo que

deseaba: luego que estuvo fuera del Palacio, comenzó á vagar por el campo entonando un cántico de triunfo, cuyas vigorosas armonías se mezclaban acordes con los bramidos de la tempestad: entonces sí que, quien la hubiese visto y escuchado, habria podido representársela en comunicacion con los espíritus superiores é inferiores: suelto á la merced del huracan el velo que cubria su cabeza, inflamadas sus mejillas y vivamente animados sus ojos á la luz trémula del rayo, agitado su cuerpo á impulsos de la inspiracion, que parecia levantarla del suelo, arrebatándola en ágil movimiento, cual si sus piés tuviesen alas, hubiérase creido que ella misma era un espíritu, una hada de la selva de Hartz ó de las fantásticas riberas del Rin.

Y cuando, á poco, el bravo Pedro de Azagra, atraido por el hechizo de su voz vibrante y melodiosa, vino á juntarse con ella estrechándola en sus brazos y cubriéndola con su capa, se habria podido suponer que el Espíritu de la roca, evocado por aquellos mágicos acentos, sàlia á recibirla para remontarla á las nubes entre sus alas de crespon.

Largo rato permanecieron abrazados Margarita y Pedro, cual si se encontrasen despues de una ausencia de muchos años: en torno de ellos bramaba el huracan; el rayo surcaba las nubes sobre sus cabezas: sin embargo, sus corazones latian acordes en medio de la tempestad, firmes é inalterables, como la roca en el seno de los mares.

—Cuéntame, Margarita, lo que has hecho, dijo el aventurero, luego que la emocion de la alegria le permitió hablar: refiéreme los medios de que te has valido para llegar hasta Felipe; lo que te ha pasado en el Palacio, lo que has visto y sabido. Que oiga yo de tu boca la relacion de los peligros á que te has espuesto por mi amor.

La bella morena contó á su amigo todo lo que ya saben nuestros lectores, mientras los dos encaminaban sus pasos hácia la Sennenfels, abrazados por la cintura y cobijados ambos con la

capa de él, para defenderse de la lluvia tempestuosa, que amenazaba inundar la florida campiña de Bruselas.

Cuando el duro aventurero oyó referir la heróica resolucion de Leonor, interrumpió á su amiga esclamando con impetuoso entusiasmo:

—¡Ah!.... ¡Bendita!.... ¡bendita sea! ¡Digna hija mia y de la desgraciada Inés de Silva!.... ¡Su madre la habrá mirado con júbilo desde el cielo!.... ¿Creerás, mi dulce amiga, que habia resuelto atravesarse el corazon, antes que rendirse á los halagos de un amor impuro? ¡Tiemblo al pensarlo, y creo que no habria podido sobrevivir á tamaño infortunio!

Al pronunciar estas palabras, aquel hombre endurecido lloraba como una mujer.

Las demás revelaciones de Margarita produjeron en su ánimo diversos sentimientos, ora de ternura hácia ella, ora de inquietud y temor, ora de indignacion.

—¡Y nos alejamos de ella, dijo por último, cuando su tierno corazon estará espuesto á terribles combates, entre la cólera de un rey ofendido y los injustos celos de una reina apasionada! ¡Oh! Nuestra obra no está concluida, Margarita: tú no has pensado mas que en mí: yo necesito velar por mi amada hija, y acaso vengarla.

—Tranquilízate, amigo mio, repuso la linda morena. El sacrificio de Leonor será justamente apreciado: la Reina debe de conocer á estas horas todo su valor, y sabrá proteger á la que ha sido bastante leal para ofrecer su belleza en las aras del deber.

—Eso es posible; pero Felipe no perdonará el insulto y el desprecio que se le ha hecho.

—Sí, porque lo considera obra de una fatalidad inevitable.

—¡Dios lo quiera! replicó Pedro: porque si llegase á ofender á mi hija, mi perdicion y la suya serian inevitables.

Hablando así, caminaban hácia su guarida estos dos séres

simpáticos, tan unidos, que parecian una sola persona. Estaban cerca de la encrucijada del Cuervo, cuando vieron un caballo suelto, que al aproximarse ellos, bufó espantado, y saliéndose del camino, se metió en las tierras labradas de la vega: Pedro dejó á su amiga cubierta con la capa, y corrió á sujetar al abandonado bruto, que al internarse en el terreno blando y encharcado por la lluvia, quedó trabado en el suelo sin poder hacer uso de sus robustos miembros: por los arneses que llevaba, se conocia que aquel caballo habia pertenecido á un servidor de la casa de Brabante.

Pedro de Azagra se apoderó de él, y colocando á Margarita encima, lo montó, y partió á galope hácia la Sennenfels, donde le aguardaba una agradable sorpresa. El jóven Almazan y Rodrigo Mendez acababan de llegar en compañia del gigante Moran, y estaban concertando lo que deberian hacer para reunirse con Margarita, cuya detencion les tenia inquietos.

Hé aquí lo que habia sucedido:

Desde que salió de Bruselas, Almazan fué con cuidado, esperando encontrar en el camino alguno de sus amigos, y no cesó de infundir recelos al archero que le acompañaba, acerca de la prediccion de la hechicera. La noche favorecia en estremo sus intentos; pues las contínuas alternativas de luz y sombras, producidas por las nubes tempestuosas que flotaban en la atmósfera, los gemidos del viento y el trémulo resplandor de los relámpagos, eran accidentes capaces de causar pavorosas alarmas en un ánimo preocupado y supersticioso.

Al acercarse á la encrucijada del Cuervo, Almazan reiteró sus escitaciones al miedo del archero, contando las mas lúgubres patrañas que le sugeria su lozana imaginacion. Él mismo, segun dijo, habia encontrado una noche al demonio de Wolkenburg en aquel sitio, armado con una clava formidable y con dos cuernos tan largos, que sobrepujaban en altura á las copas de los árboles: iba vestido como un simple particular; pero su

cuerpo era inmensamente alto y grueso, como el tronco de un roble centenario.

Apenas habia concluido el jóven esta pintura terrorífica, cuando estalló un espantoso trueno, y antes de que cesára el fragor de sus multiplicados estampidos, sobrevino un relámpago, á cuya luz sulfúrea se dibujó en el fondo resplandeciente del cielo una figura negra y colosal, que estaba sobre una roca junto al camino. El archero refrenó su caballo, que se estremecia espantado, y señaló con el dedo á la estraña vision. Almazan esclamó, disimulando su alegría:

—¡Él es!.... ¡él es!

Era el gigante Moran, que, impaciente por la tardanza de Margarita, se habia determinado á salir en su busca; y habiendo encontrado en el camino á Rodrigo Mendez, aguardaba en aquel sitio á su señora, y ocupaba la mayor altura que habia en el contorno, para descubrir campo y verla venir. El capitan estaba sentado en una piedra un poco mas abajo, de modo que los dos vieron á los ginetes que se acercaban y creyeron reconocer en uno de ellos á su jóven amigo.

El archero preguntó á éste, en francés, lengua en que venian hablando para poder entenderse, si sabía qué limosna se acostumbraba dar al Diablo; pues él, no habiéndole tratado nunca de cerca, ignoraba las costumbres de aquel personage.

—No sé lo que apetecerá, le respondió Almazan, porque es muy delicado en sus gustos; pero podeis preguntárselo.

El archero se estremeció al oir esta proposicion; mas, para no dar á conocer el miedo que tenia, se adelantó un poco, diciendo al jóven que le siguiese y no se quedase detrás: sin embargo, dos veces hizo esfuerzos para hablar al espíritu, y ninguna pudo: tenia secas las fauces, y la lengua pegada al paladar.

Los truenos menudeaban entre tanto y el viento gemia con

melancólico zumbido. El gigante pronunció con voz desapacible y bronca el nombre de Almazan.

—¡Perdido soy! esclamó el jóven, arrimando su caballo al del archero. ¿No habeis oido? Es á mí á quien elige.

—Respondedle, dijo el archero.

Almazan picó á su caballo, y su acompañante le siguió receloso, luchando á un tiempo con el terror pánico que le inspiraba el Diablo y con el miedo de que se le escapára su prisionero. El gigante apareció en medio del camino.

Entonces nuestro jóven se aventuró á decir en castellano:

—Poderoso demonio de Wolkenburg, si es á mí á quien buscas, métele mano á mi compañero, que yo te ayudaré.

El archero no entendió una palabra; pero vió que el gigante avanzaba hácia él dando bramidos y sintió al mismo tiempo un cintarazo que le dobló las espaldas: era que Rodrigo Mendez, llegando por detrás, le habia descargado un golpe con la espada de plano.

—¡Valedme, santos del cielo! esclamó el aterrado archero, sin ser dueño de su voluntad para sujetar las bridas de su caballo, el cual partió á galope: al mismo tiempo Moran cogia las del de su jóven amigo, conduciéndole á carrera tendida hácia la senda de la Sennenfels.

Pocos momentos despues, el archero caia al suelo sin sentido, y su corcel se alejaba dando coces al viento y celebrando con relinchos la libertad de que gozaba.

Luego que se cansó de retozar, el instinto le hizo volver hácia Bruselas, y entonces fué cuando le encontró Pedro de Azagra.

Entre tanto Rodrigo y el gigante se habian apresurado á huir con su presa, procurando refugiarse con prontitud en la roca encantada.

Mucho se holgaron el proscrito Pedro y su hechicera amiga cuando oyeron de boca de Almazan la relacion de esta aventura, y como todos habian trabajado mucho aquella noche, y Ce-

lestina tenia preparada la cena, en la confianza de que su señora no volveria sin traer algun huésped, dispusieron continuar sus mútuas confidencias en la mesa.

Mientras cenaban, repitió Margarita la historia de su prision y demás lances en Palacio, con lo cual perdió Enrique las ganas de comer; pues el sacrificio de los cabellos de Leonor le afligió sobremanera y acrecentó su apasionado anhelo hácia la jóven. Pero el proscrito le llenó un vaso de vino y le dijo:

—No es hombre en mi tierra el que no se bebe esto de un trago. Arriba, camarada, y buen ánimo, que mas largo es el tiempo que la fortuna: venga bien, ó venga mal, no hay que hacer caso de ella, pues al cabo es una loca.

Enrique tomó el vaso, y no hizo mas que llevárselo á los lábios, volviendo á dejarlo en la mesa.

—¡Pardiez! esclamó Rodrigo Mendez, ¿para qué bebeis tanto?

—Venga acá ese vaso, dijo Margarita, tomándolo: las mujeres de mi tierra hacen como los hombres, cuando lo requiere la ocasion.

Y se bebió sin respirar todo el contenido del vaso.

Enrique se avergonzó de su melancolía, y pidió de beber. Pedro de Azagra llenó dos vasos, y ofreciendo el úno al jóven, levantó el otro en alto y dijo:

—A ver si os animais: ¡brindo por el próximo enlace del jóven Almazan con la dama pelada!

—Acepto el bríndis, repuso Enrique, y bebo porque á la dama le crezcan los cabellos en poder de su marido!

—¡Amen!.... ¡Amen! esclamó Margarita dando palmadas. Ya que os ha llevado el Diablo, que sea con gusto.

Llegó el turno á Rodrigo Mendez de hablar de su persona con relacion á las hazañas de D. Juan Manuel, y dijo:

—Veo, señores, que nuestro refran español «mas vale tarde que nunca», pudiéramos transformarlo diciendo: «mas vale tarde que pronto.» Si hubieseis venido á entenderos conmigo al

tiempo que teniamos concertado, tal vez no habriamos sabido á qué atenernos respecto á mi comision apostólica romana.

—Teneis razon, repuso el proscrito; y ahora sí que podemos decir: «no hay mal que por bien no venga.» Es menester que violemos el secreto de la correspondencia oficial del señor don Juan Manuel, no sea que lleveis la carta de Urias. Despues de lo que ha pasado, el derecho de la propia conservacion os autoriza para ser curioso, y que perdone su señoría. ¿Teneis á mano el pliego que se ha servido confiaros?

—Aquí le tengo, dijo el capitan, sacándolo de su bolsillo del seno, y rompiendo la cubierta sin ceremonia.—Tomad y leed vos mismo en alta voz los secretos del gran tesorero.

Pedro de Azagra reconoció en el acto el pliego que contenia la declaracion de la abadesa de las Huelgas, y recogiéndolo juntamente con la carta de D. Juan Manuel, se apresuró á responder:

—Sí, sí, permitidme ver esto: es cosa que me interesa personalmente.

Y como si temiese haber dicho demasiado, leyó para sí la carta, y luego añadió:

—No tiene nada de particular; pero esto debo llevarlo yo á Roma: vos, amigo Mendez, tendreis que volveros á España, á dar cuenta al rey Fernando de lo que aquí pasa. Esperaremos hasta saber algo de lo que puede haber ocurrido esta noche, y despues partireis: me parece que será lo mas acertado, si no teneis ningun inconveniente.

—Por mi parte, repuso el capitan, hace tiempo que debiera haberme marchado: solo aguardaba instrucciones del secretario Conchillos.

—En ese caso, podeis creer que las tendreis muy pronto; pues, ó mucho me equivoco, ó ha de haber grandes novedades ahora mismo.

Entretenidos en su cena y en su larga conversacion, nuestros

aventureros pasaron el tiempo tan distraidos, que eran las tres de la mañana y aun estaban sentados á la mesa. Dos horas hacía ya que habia pasado la tempestad: el cielo se ostentaba claro y sereno y la luna bajaba al Occidente seguida de su brillante cortejo de estrellas. De pronto resonó en las duras facetas de la Sennenfels el galope de un caballo, y todos los comensales se levantaron alarmados.

Margarita ocultó á sus huéspedes en las secretas sinuosidades de la roca, y aguardó.

Pocos momentos despues llamaban á la puerta reservada á los amigos. La vieja Celestina abrió temblando, pero en seguida prorumpió en esclamaciones de alegria.

La persona que acababa de llegar era Leonor de Silva.

Instruida ésta por la condesa de Haro, á quien se acababa de comunicar la órden de partir á España, de las violentas disposiciones dictadas por el Rey, como tambien de la prision del secretario Conchillos, habia concebido sérios temores por la suerte de su padre, cuya libertad ignoraba; y ansiosa de saber el resultado de las gestiones de Margarita, se habia determinado á ir sola, á verla ó adquirir noticias de ella, y á comunicarle las novedades ocurridas últimamente. No estaba segura de encontrarla en la Sennenfels: pero podia valerse de Moran ó de Celestina para que buscasen á la hechicera y le refiriesen lo que acontecia.

Quedó, por lo tanto, agradablemente sorprendida, cuando salieron á recibirla, no solo Margarita, sino tambien Pedro de Azagra, Enrique y el capitan. El proscrito no pudo contenerse al ver á su hija, y la estrechó en sus brazos: luego la condujo á un gabinete, donde la jóven le comunicó cuanto sabía de los estraordinarios acontecimientos recientes.

El proscrito la escuchó con calma y dijo despues:

—Veo en todo eso la mano de D. Juan Manuel, y presumo que Ferrera ha hecho traicion á su Señor y á sus amigos. Dí á la

Reina que se tranquilice y confíe en nuestra lealtad: si la oprimen, nosotros soltaremos sus ligaduras.

Leonor tenia la cabeza cubierta con un mongil para disimular la fealdad de sus cabellos desigualmente cortados. Pedro de Azagra se la descubrió y le dijo sonriéndose:

—Bonita te han dejado, sol de mis ojos. Dime, ¿darias tu mano con entera voluntad á nuestro amigo Enrique?

Leonor bajó la vista y se puso encendida.

—¿Os parece, dijo, que estoy en estado de inspirarle amor?

—Eso es lo que yo necesito saber, repuso el proscrito. Espera un momento, y no te cubras la cabeza: veremos el efecto que le produces.

Dicho esto, salió y volvió á poco en compañia de Almazan, á quien dejó á solas con Leonor.

El jóven miró á todos lados impaciente, y se arrojó á los piés de su amada esclamando:

—¡Ah! ¡Nunca os he visto tan hermosa, Leonor!....

—Miradme bien, Almazan, contestó ella tendiéndole una mano, para obligarle á levantarse.

El jóven tomó aquella mano, y la estrechó temblando contra sus lábios.

—¿Que os mire, me decís? repuso. Pues qué, ¿no sé ya que la pérdida de esos cabellos me asegura vuestra fidelidad y vuestro amor? ¿Puede haber para mí un hechizo comparable al vuestro, tal como estais ahora? ¡Oh! Nada, nada habeis perdido de la belleza que admira en vos mi corazon.

—¡Gracias, amigo mio!.... ¡Gracias! esclamó Leonor. Vuestra bondad me recompensa mis padecimientos de esta noche.

Pedro de Azagra volvió á entrar, como si su ausencia momentánea no hubiera sido premeditada: la jóven le miró con viva espresion de amor y alegria.

—Leonor, dijo el proscrito: no puedes entretenerte aquí mas, si has de estar en Palacio antes del dia: ven conmigo, que yo te

acompañaré. Vos, Almazan, añadió dirigiéndose á su amigo, aguardadme aquí: tenemos que hablar despacio de cosas que os interesan. Podeis descansar; y si acaso tardo, no os inquieteis por mí.

Diciendo esto, salió con Leonor: habló luego un corto rato con Margarita, y partió en el caballo de su hija, llevándola á las ancas.

Comenzaba á rayar el alba cuando Pedro y Leonor llegaron á las inmediaciones del jardin de Palacio: el rio iba crecido y era imposible entrar por él, como la jóven lo habia hecho otras veces; pero habia una persona esperando para darle entrada por el lado del parque: esta persona era el jardinero Fritz, aquel de quien contaba una historia fantástica el príncipe de Simáy. Leonor volvió sin novedad á su cuarto, y nuestro aventurero se retiró, perdiéndose á poco en el laberinto de las calles de Bruselas.

CAPÍTULO XIII.

De lo que hizo doña Juana luego que se vió presa en su cuarto y privada de sus amigos, con lo demás que se verá.

Era muy entrado el dia cuando la Reina, que, cediendo al cansancio de su atormentado espíritu, se habia dormido en un sillon, despertó sobresaltada, al ruido que producia una guardia de archeros, marchando por su antecámara: estaba sola, pues la condesa de Haro, única persona á quien habia permitido permanecer á su lado, luego que la vió descansando, se fué á disponer lo necesario para su marcha precipitada, de la cual no habia dicho á su hermana una palabra, esperando poder hacer que se revocase la órden inconsiderada del Rey.

Doña Juana miró á su alrededor, estrañando la soledad en que se hallaba; y oyendo el ruido de las alabardas, abrió la puerta de su cámara y vió delante de ella á un oficial de archeros que, en actitud respetuosa, pero con la espada desnuda, le declaró que no podia salir.

—¡Y quién eres tú para estorbarme la salida! esclamó la Reina con altivez.

—Señora, dijo el oficial, obedezco al Rey, mi señor.

—¡Ah!.... ¿Lo manda el Rey? Está bien.

Sin hablar mas palabra, doña Juana volvió á cerrar la puerta, y dirigiéndose al timbre con que solia llamar á sus damas, dió en él algunos golpes. A poco se presentaron varias jóvenes alemanas, á quienes dijo, sin permitirles entrar y despidiéndolas conforme llegaban:

—¡No os llamo á vos!—¡Ni á vos!—¡Ni á vos tampoco!

En esto se presentó la camarera mayor.

—Oye, condesa, le dijo la Reina: ¿qué significa esto? ¿Por qué no acuden mis damas españolas, cuando las necesito? ¿Están presas, como yo?

—Señora, respondió la de Camiña: el Rey las ha separado de vuestro servicio.

—¿Cómo es eso? Hazme el obsequio de llamar á mi mayordomo mayor.

—Se le ha mandado partir.

—¡Tambien!.... Que venga el obispo de Palencia.

—No le permitirán entrar.

—¿Y á Conchillos?

—Menos, Señora; porque está preso.

—¡Preso!.... Dime, ¿ha partido Ferrera?

—No lo creo; porque acabo de verle hablando con el príncipe de Simáy.

—Pues bien, que venga ese príncipe. Supongo que me será permitido hablar con el confidente íntimo de mi marido.

La condesa fué á mandar que llamasen al príncipe, y entretanto la Reina se puso á pasear por su cámara, diciendo para sí:

—¡Ferrera hablando con él!.... ¡Conchillos preso!.... ¡Mis amigos desterrados!.... Una traicion mas..... sí, eso es: ¡una trai-

cion mas! ¿No dicen que estoy loca? ¿Pues cómo dan tanta importancia á mis locuras? ¿Quién es el hombre cuerdo que hace caso de una loca?.... ¡Oh! ¡Cobardes! ¡traidores!.... ¡Y Felipe el primero de todos!.... ¡Ah!....

Doña Juana profirió esta esclamacion apretándose el pecho con las manos y echando fuego por los ojos.

—¡Dios mio! murmuró despues: ¡no es posible que él medite repudiarme!.... ¡No es posible que este horrible pensamiento se haya formado en su cabeza!.... Es invencion de los viles cortesanos que le rodean, de esos miserables afrancesados, que desean medrar á costa de mi dicha. ¡Pero él lo aprueba! ¡Él tambien piensa medrar á costa mia! ¡Oh!.... ¡Lo veremos!.... ¡lo veremos!

Leonor apareció en una puerta de los aposentos interiores. La Reina lanzó un grito de frenesí al verla, y se quedó mirándola con espanto: sus lábios se agitaron en silencio, y luego formularon dos palabras, que parecian sonar como un eco profundo de su corazon:

—¡Tambien ella!.... dijo.

La jóven se acercó lentamente, y respondió:

—Tambien yo, Señora: tambien yo soy desgraciada y puedo llorar con vos.

—¡Llorar!.... ¡Quién habla aquí de llorar! esclamó doña Juana con voz mas dulce. La reina de España no llora: eso se queda para las mujeres de tu condicion.....

Y asiendo á la jóven de un brazo, la llevó junto á una ventana y la colocó de modo que le diese de lleno la luz en el rostro, diciéndole:

—Ven acá. ¿Cómo te llamas tú?

—Otras veces mi Reina me llamaba su amiga, contestó Leonor vertiendo lágrimas de pena. Hoy me desconoce, aunque jamás he tenido mayores títulos á su cariño.

Doña Juana le tocó la cabeza con afan, y repuso:

—¡Tú eres Leonor!.... ¿dónde están tus cabellos? Los tiene el Rey: ¿no es verdad?

—¿A qué es hablar de ese objeto despreciable, Señora? Yo hacía gala de unos cabellos que os ofendian: quise cortarlos; pero me faltaba el valor, y V. A. me dispensó la gracia de privarme de ellos.

—¡Es verdad, pobrecita mia!.... Ya me acuerdo de eso, dijo la Reina con ternura. Yo recompensaré tu lealtad. Dime: tú amabas, como yo, á un jóven hermoso, á quien tenian prisionero: te dijeron que peligraba su vida, y corriste á salvarle, esponiendo tu felicidad y tu honor..... Lo tengo muy presente: yo hubiera hecho lo mismo, acaso mas: habria dado mi vida por la vida de mi amado..... ¡Ay!.... ¡Ya no tengo á mi amado! ¿No lo sabes? Quiere desposarse con otra..... Pero tú serás mas feliz: te desposarás con el que amas.

Leonor escuchaba estas palabras aterrada y sin comprender su verdadero sentido: parecíale que doña Juana, presa de un delirio, ó realmente loca, segun se habia dicho de ella, continuaba creyendo en su infidelidad, y confundiendo la verdad con la mentira. Deseando aclarar su pensamiento, replicó:

—¿De veras, Señora, os parece que me desposaré con él?

—¿Quién podrá impedirlo? Si alguien se opusiese, yo soy la Reina, y puedo mandarlo, dijo doña Juana.—Y añadió sonriéndose amargamente:—¡Qué dicha la de ser reina! Tiene una facultades para exigir que se la obedezca y para dar la felicidad: pero el cetro del mundo no bastaria para mandar á un corazon! ¿No es verdad que sirve de muy poco el ser reina?

—Sin embargo, Señora; un alma grande goza en hacer felices á los demás.

—Tienes razon, Leonor: y yo gozaré viéndote dichosa. No lo dudes.

Habia pasado la nube sombría que ofuscaba el claro entendi-

miento de doña Juana, y sus palabras eran ya coordinadas y estaban en armonía con sus bellos sentimientos.

La camarera muyor volvió diciendo, que habia mandado comunicar al príncipe de Simáy el deseo de la Reina: ésta dispuso que la dejasen sola, y aguardó paseándose agitada.

El príncipe tardó largo rato en venir: temiendo presentarse á ella solo, hizo que le acompañase el veterano señor de Fresnoy.

Al verles doña Juana, les hizo una cortesía ceremoniosa, y sentándose, dijo:

—He llamado á uno, y venís dos: ¿me teneis miedo?

—Señora, respondió el de Frenoy: no es el miedo, sino el deseo de seros útil, lo que me ha movido á venir con mi ilustre amigo.

—Y el mismo deseo habrá movido á vuestro ilustre amigo á traeros en su compañia, repuso la Reina. Es una cosa singular. Pero, no importa: mas oyen cuatro oidos que dos. Escuchad: os he llamado para deciros, que vosotros, y todos los que rodean al Rey, vuestro amo, sois unos miserables villanos, indignos de ceñir espada.....

—Señora..... balbuceó el de Fresnoy.

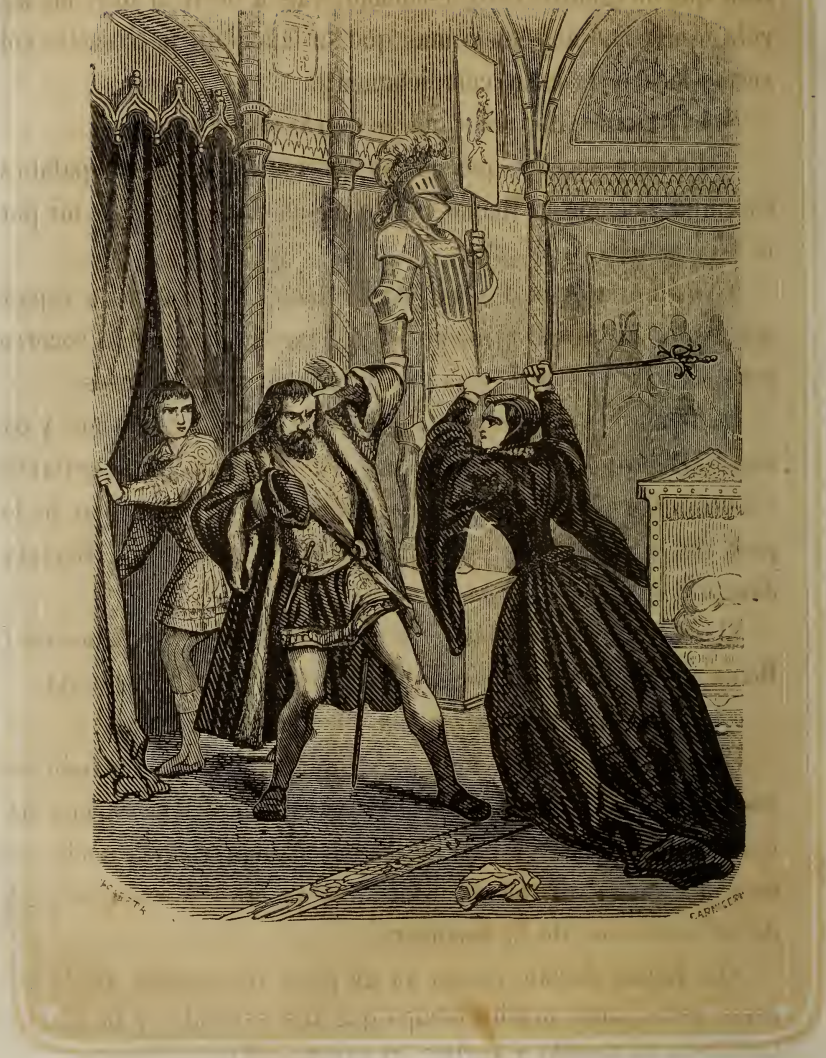
—¡Silencio, general!.... Hablad cuando yo os pregunte. Os he llamado para que lleveis á vuestro amo un testimonio irrecusable de que desprecio su tiranía. Decidme vos, príncipe de Simáy: ¿cuándo se casa D. Felipe con vuestra ama, la francesa? Vos debeis saber esto; porque, si bien de asuntos de gabinete entendeis poco, sois hábil negociador de intrigas secretas.

—Nada sé de lo que me preguntais, Señora, contestó el de Simáy.

—Y vos, señor de Fresnoy, ¿sabreis decirme si el Rey me encierra por loca, para facilitár el divorcio que medita?

—Señora, lo único que sé deciros es que ha calumniado al Rey, mi Señor, quien quiera que le atribuya ese pensamiento: eso no es verdad.

—¡Es decir que yo miento!



No temais que os mate

—No es tal mi intencion; sino que os han engañado.

La Reina se levantó, y dijo acercándose á los dos caballeros:

—Comprendo el buen deseo que os anima, al negarme una cosa que no ignoro. Pero, escuchad: vais á decir al Rey, mi marido, que como no anhelo mas que su felicidad, he resuelto volverme loca, y lo estoy completamente.

Simáy retrocedió, colocándose detrás de su amigo.

—Pudiera suceder que no os creyese bajo vuestra palabra, continuó diciendo la Reina: por lo mismo le llevareis de mi parte esta prueba.

Y abalanzándose al señor de Fresnoy, le arrancó la espada del cinto. El jóven príncipe salió huyendo y pidiendo socorro; pero su amigo no hizo mas que retroceder algunos pasos.

La Reina cogió la espada por la hoja con ambas manos, y comenzó á dar golpes al de Fresnoy con la empuñadura, gritando:

—No temais que os mate: yo pego á los esclavos; pero no los paso con el acero. ¡Vé y dile al Rey que estoy loca!.... ¡Rematadamente loca!.... (1).

El señor de Fresnoy salió, dejando su espada en manos de la Reina, quien la arrojó fuera de la cámara y cerró la puerta.

—Volvamos á nuestra prision, dijo: el Rey lo manda.

Esta ocurrencia se divulgó en seguida entre todos los habitantes de Palacio, y dió lugar á los mas estraños comentarios: hablábase de ella en voz baja, y los que habian visto la noche antes á Margarita, dieron en decir, que ya era conocido el efecto de los maleficios de la hechicera.

«La Reina, decian, estaba ya un poco trastornada de la cabeza; pero hacía mucho tiempo que iba sanando, y la maldita hechicera ha venido á turbar su razon.» (2).

---

(1) Zurita, en sus Anales de Aragon, dice, refiriendo este lance: «...mandó llamar (la Reina) al Príncipe de Simáy, y no osando subir solo, llevó consigo al señor de Fresnoy..... y salió para ellos maltratándolos, y aun puso las manos en el de Fresnoy.»—Otros cronistas mencionan el mismo hecho con mas detalles.

(2) Asi se dijo vulgarmente, atribuyendo el hechizo á una dama del Rey, segun afirma Alvar Gomez, en su Historia del *Cardenal Cisneros*.

Algunos eran de parecer que se obligase á Margarita á devolver la salud á la Reina, y que luego la quemasen viva, para que no repitiera sus hechicerías.

Estas hablillas llegaron á oidos de D. Juan Manuel en muy mala sazon: acababa de presentársele el archero, á quien dió el encargo de escoltar á Enrique de Almazan, y de referirle cómo el demonio del Wolkenburg se habia llevado su caballo y el jóven prisionero.

Como se trataba de un asunto cuestionable, el ministro hizo encerrar al archero en un calabozo mientras se averiguaba la verdad del hecho; y pasó á comunicar al Rey este contratiempo en ocasion de estar el príncipe de Simáy refiriendo todo lo ocurrido con la Reina, y lamentándose de los golpes que habia recibido su amigo.

—¡Está loca! esclamaba D. Felipe: os lo habia yo dicho muchas veces, y no queriais creerme.—¡Vaya una idea singular! ¡Que yo trato de repudiarla, para casarme con la francesa! No perderia nada en el cambio; pero, ¿quién ha pensado en semejante cosa? ¿Diria eso, si estuviera en su juicio?

—Ciertamente no, respondió el de Simáy. Pero, ¿quereis creer lo que acabo de oir? Dicen algunos que está así desde anoche, á causa de hechizos que le ha dado Margarita la de Sennenfels: yo no lo creo imposible.

—Lo que yo creo, dijo el Rey, es que está aquí metido el infierno, desde que me dió la idea de ir á consultar á esa hechicera: y de esto, nadie tiene la culpa sino tú.

—¿Yo, Señor?

—Tú, Simáy, tú. Y si no, que lo diga D. Juan.

El gran tesorero llegaba en este momento: despues de informarse de lo que se estaba tratando, respondió:

—No culparé á nadie por lo que aquí sucede: lo que sí diré, es que la tal Margarita nos está embrollando: anoche se nos llevó un preso de mucha importancia, y á las pocas horas el de-

monio del Wolkenburg nos arrebató otro individuo que iba destinado al castillo de Perona.

—¿Quién? ¿Almazan? preguntó el Rey con interés.

—El mismo. Ya veis, Señor, que estas coincidencias son muy significativas; y me parece que la bella Margarita, puesta en el tormento, quizá pudiera revelarnos cantando algunos de los secretos de su mágia.

—¡Oh! No lo intenteis, D. Juan, dijo el príncipe: temed al poder terrible de esa mujer.

—¡Bah!.... Contra el poder de los hechizos hay el de las cárceles y las hogueras: nosotros, como buenos católicos, debemos perseguir á esa especie de séres malignos, que comercian con el demonio para perder á los hombres: como magistrados supremos, estamos obligados á sostener el imperio de la justicia, y á no consentir que los criminales encuentren asilo bajo la capa de Satanás; como políticos, en fin, tenemos el deber de estinguir la raza maldita de los hechiceros, que enseñan al pueblo á burlarse de la autoridad, y perturban todas las relaciones sociales.

El Rey escuchaba este discurso, sin entender las razones de alta política en que se fundaba el gran tesorero, aunque sí bastante inclinado á creer que Margarita se valia de sus artes sobrenaturales para dañarle: recordaba que en sus relaciones con ella no habia conseguido nada que fuese favorable á sus desordenados deseos, cosa inconcebible y aun culpable para un príncipe acostumbrado á los halagos de la condescendencia cortesana; y esto era bastante para que la considerase como á enemiga. Por poco que hubiese reflexionado, con una razon libre de las trabas de las pasiones, habria conocido que estas eran la verdadera causa de sus adversidades, y habria penetrado mejor en el secreto de las acciones de la hechicera.

—No sé qué pensar de esa mujer, dijo: ella predice y acierta; pero ello es que nunca me ha traido felicidades: su poder es grande, y bien lo sabeis vosotros, que me acompañásteis á su

morada: tiemblo, y cualquiera temblaria en mi lugar, recordando lo que hizo.

—Aquello pudo ser una superchería, repuso D. Juan Manuel: una mujer que protege á Pero Diablo y á Enrique de Almazan, ¿no puede contar con recursos estraordinarios, saber los secretos de Palacio y hasta poseer un retrato de Leonor?

—Es verdad; pero ¿cómo sabía que iba yo á ir á consultarla, para tenerlo todo preparado y tan á tiempo? preguntó el Rey.

—Desengañaos, D. Juan, dijo el de Simáy: esa mujer posee recursos sobrenaturales, que no es fácil contrarestar por los medios comunes. ¿Quién os asegura que ahora mismo no esté oyendo nuestra conversacion?

—Nada me importaria que así fuese, replicó el ministro. Para todo hay remedio: si el demonio la protege, yo ahuyentaré al demonio: para esto sirven los exorcismos. Y si el poder divino faltase, continuó diciendo con calma irónica, lo cual no debemos creer, yo sé que ninguna hechicera tiene untos contra una buena cuerda de cáñamo. Dejádmela á mí.

—Mándala llamar, dijo el Rey; á ver qué cuenta te dá de ese jóven aventurero Almazan.

—Si quereis, lo haré así, contestó D. Juan; pero desde luego puedo anunciaros su respuesta: dirá que nada sabe; que ella no es responsable de la poca fidelidad de un archero; y habremos de reconocer que tiene razon. Con vuestro permiso, lo mas acertado sería hacerle una visita y registrar su morada, la cual, en mi sentir, es una guarida de malhechores.

El gran tesorero sospechaba con fundamento que Pero Diablo se albergaba en la Sennenfels, y que él era el supuesto demonio que se habia llevado á Enrique de Almazan. Por lo tanto, queria evitar que fuesen prevenidos, á fin de sorprenderlos y apoderarse de sus personas.

Un ugier anunció en este momento á la condesa de Haro. El Rey miró á sus amigos, como pidiéndoles consejo, y D. Juan Manuel le preguntó:

—¿Debemos retirarnos?

—Nada de eso, contestó D. Felipe: quédate..... y tú tambien, Simáy: veremos lo que quiere mi hermana.

Y á una seña suya se abrió la puerta de par en par, y entró doña Juana de Aragon, seguida de todas las damas españolas. Don Felipe le ofreció asiento, que ella aceptó, y se dispuso á escucharla.

—Me han comunicado, Señor, una órden de V. A., dijo, que no puedo creer haya sido dictada con la debida meditacion, y que, á la verdad, he puesto en duda si emana de vuestro libre albedrío: me mandan separarme de mi hermana, juntamente con las demás personas que le son afectas, y esto en ocasion en que su alma está cruelmente herida y necesitada de consuelo, por causas que no se ocultan á la penetracion de V. A. Deseo saber si esa órden es auténtica, y en caso de serlo, si no será revocable.

—Señora, contestó el Rey: esa órden la he dictado yo mismo, por mi voluntad, y sin oir el consejo de nadie: la he dictado por razones que vos sabeis de sobra; y no dudo que, reconociendo las facultades que tengo para disponer en mi casa lo que sea mas de mi agrado, la acatareis y cumplireis, como atañe á una persona que debe dar ejemplo de sumision y docilidad.

—Dispuesta estoy á obedecer el mandamiento de V. A., repuso la Bastarda: pero mi deber y mi dignidad me obligan á manifestar, que no he merecido la violencia con que se me trata, y que si el evitar disgustos á quien se empeña en provocarlos, es un delito en vuestra corte, me dejo condenar con entera satisfaccion. Tambien me permitireis deciros, Señor, porque me precio de leal, que mediteis bien las consecuencias de las dobles injurias que se hacen á mi hermana y Señora; que si ha podido proceder con ligereza, motivos de sobra se le han dado, no para hacer lo que ha hecho, sino para mucho mas; y que ultrajar á

la Reina de Castilla es cosa de que puede arrepentirse algun dia el Archiduque de Austria.

—Reportaos, Señora, replicó D. Felipe: hablais á vuestro Rey.

—No os reconozco por tal en este momento, contestó con altivez la condesa levantándose. Os he dicho con lisura castellana lo que siento; lo que una buena amiga debe decir á su igual. Si como rey de Castilla me mandais, no estoy obligada á obedeceros: aquí sois el Archiduque de Austria, y podeis como tal espulsarme de vuestros Estados; pero no se estiende á mas vuestra autoridad sobre mí. He salido á la defensa de mi Reina, como debo y como lo harán otros. De esto no acuseis á nadie, conde de Flandes, sino á vos mismo y á vuestros desafueros.

—Señora, ¿qué osais decir?

—No digo lo bastante: lo que anoche pasó, lo presenció la Reina y lo presencié yo: D. Juan Manuel es testigo de que debí dejarla que os sacrificase en su justa indignacion. Lo que meditais hacer con Germana de Fox, tambien lo sabe la Reina.....

—Basta ya, señora: eso es una impostura vuestra ó de vuestro padre: allá os entendais vosotros. Yo sé lo que he de hacer, y no necesito consejeros. Partid.

—Parto al momento: pero os juro por quien soy, que no se lograrán vuestros deseos.

Diciendo esto, la condesa hizo una cortesía y salió con las otras damas.

—¿Qué os parece? dijo D. Felipe á sus amigos, cruzándose de brazos, luego que les dejaron solos.—¿Háse visto mayor osadía? Intenciones he tenido de encerrar á esa mujer con el secretario Conchillos. ¿Apostais algo á que todavia lo hago?

—¡No, Señor, no! repuso D. Juan Manuel. Dejadla ir: eso agriaria mas la cuestion, y.....

—¿Qué se me dá? De todos modos estoy resuelto á tomar

posesion de Castilla con las armas en la mano. Y..... escucha, dijo D. Felipe, llevando aparte al ministro: puesto que me atribuyen intenciones que no tengo, bueno sería darles gusto. Iremos á España: encerraremos á Juana, con autorizacion de las Córtes..... yo no puedo sufrirla. Y despues..... haremos doble alianza de familia con Francia. Que se salgan con la suya. ¿No te parece bien?

—Eso es menester meditarlo, contestó el ministro.

—¿Pero es posible?

—Todo es posible.

—Corriente: guarda la especie, y obremos.

Don Juan Manuel se retiró á dar sus disposiciones para hacer aquella noche una visita á la Sennenfels: pero á la caida de la tarde, fué interrumpido en estas y otras interesantes tareas por una comision del Ayuntamiento de Bruselas, que fué á representarle sobre la necesidad de poner término á las discordias interiores de Palacio, para evitar disturbios y alborotos en la ciudad.

Los habitantes de la misma estaban agitados y divididos en dos bandos; se habia descubierto repentinamente un partido numeroso de los vecinos mas acaudalados, industriales y mercaderes, cuya influencia en aquella poblacion era de gran peso, los cuales declaraban que no podian consentir se oprimiese á la Reina de Castilla, porque esto recaeria en desdoro de su ciudad, y atraeria guerras que ellos no querian consentir, por ser perjudiciales á su comercio: muchos nobles, por otra parte, resentidos de que doña Juana hubiese puesto las manos en el señor de Fresnoy, se alzaban pidiendo reparacion de aquel ultraje, con cuyo motivo habian mediado sérias disputas entre varias personas de ambos bandos: unos diciendo que la Reina tenia razon en apalear á los cortesanos, otros que se la debia encerrar para que no hiciese daño, y habiendo llegado el encono hasta el punto de darse de palos y herirse algunos de los contendientes.

Los regidores comisionados llevaban además el encargo de pedir, en nombre de muchos de sus representados, el abono de varios créditos que tenian contra la casa Real, y especialmente de veinte mil florines empleados en muebles y alhajas para la cámara del Rey.

Como se deja conocer, Pedro de Azagra no habia estado ocioso aquel dia: desde que se apartó de su hija, no cesó de promover la agitacion, cuyos síntomas acababan de notar los regidores de Bruselas, y el dinero adelantado por él en pago de los muebles que le encargó comprar el gran tesorero, habia servido para gratificar á unos cuantos centenares de operarios, y disponerles para un motin.

Don Juan Manuel reconoció desde luego todas las deudas, escepto la última, respecto á la cual dijo que únicamente podia satisfacer los pagarés que se le presentasen, y que segun su cuenta, ascendian á ocho mil florines nada mas: y en cuanto á los alborotos que se temian, intimó á los regidores la órden de reprimirlos, so pena de incurrir en el desagrado del Archiduque.

Los regidores protestaron diciendo, que ellos no respondian de lo que pudiera suceder; que la agitacion era muy grave, y no estaba en sus manos castigar á todo un pueblo, á quien debian proteger, mayormente siendo al parecer justas y convenientes sus demandas: por último manifestaron, que si la corte no estaba dispuesta á transigir, se verian precisados á dimitir sus cargos.

El ministro se encontró perplejo con estas novedades: sin embargo, prometió con frases ambiguas arreglar el negocio del mejor modo posible, y respecto á la deuda de los muebles, declaró terminantemente que no la reconocia en su totalidad.

Luego que se retiró la comision municipal, convocó el consejo y dispuso que saliesen algunos gefes militares á reconocer el estado de la ciudad. El informe de éstos fué mas alarmante

que el de los regidores: todos los establecimientos públicos estaban cerrados; las calles y casas de la poblacion industrial habian sido fortificadas, y multitud de hombres paseaban divididos en turbas de ciento y doscientos, con apariencia amenazadora: sin duda tenian caudillos, pues se observaba regularidad en sus movimientos, y aunque no ostentaban armas, era de presumir que las llevasen ocultas.

El objeto de Pedro de Azagra y de los gefes de la Union, que le ayudaban, era obtener por de pronto un triunfo moral, obligando á la corte á ceder á sus exigencias, y demostrándole que habia un nuevo poder, llamado á contrarestar las arbitrariedades de los grandes señores. Nuestro proscrito, al hacer que los bruseleses abrazáran la causa de la Reina de España, les habia persuadido que ésta favoreceria con el tiempo las miras comunes de la sociedad á que pertenecian, y que tanto por esto, cuanto por la obligacion que les señalaban sus votos de proteger á los oprimidos, debian acudir á su defensa.

La peticion de la deuda de los muebles era un medio de complicar la situacion, comprometiendo á D. Juan Manuel, y obligándole á transigir. Pedro de Azagra habia dado á sus amigos recibos por el total de aquella, renunciando á reintegrarse del dinero anticipado de su bolsillo, y cediéndolo en obsequio de la comun empresa.

Llegada la noche, la efervescencia de los ánimos creció estraordinariamente: los regidores de la ciudad volvieron á Palacio, reiterando sus representaciones, y proponiendo que se sacase á la Reina de Bruselas: los motores del alzamiento les habian inspirado esta idea con ánimo de salir al camino, apoderarse de doña Juana y, poniéndola en libertad, embarcarla para España. Cuatro ó cinco mil personas rodeaban el Palacio, aguardando la resolucion de los consejeros del Archiduque, los cuales, juntamente con los regidores, permanecieron deliberando hasta muy tarde.

La noticia de estos acontecimientos llegó á oidos de la Reina, quien mandó llamar á cualquiera de los consejeros: ninguno se atrevió á comparecer en su presencia por temor, segun decian, de agravar la situacion, si doña Juana se escedia á maltratarlos: entonces ella repitió su recado, mandando que se le presentase un regidor ú otra persona que pudiera enterarla de lo que pasaba. Luego que supo lo que pretendian los amotinados, pidió con insistencia que pasase á verla alguno de sus gefes.

Con esto se aumentó la alarma en el consejo: D. Juan Manuel sospechaba que la Reina hubiese promovido el alboroto por medio de su hermana, y temia que se tratase de concertar algun plan para perderle en el concepto del Archiduque; despues de un acalorado debate, y cediendo á las instancias de los regidores, se determinó que bajasen dos de estos con el príncipe de Simáy para que hiciesen subir al gefe, y al mismo tiempo disponia D. Felipe que se retirase la guardia de los aposentos de la Reina.

Los peticionarios se agruparon para deliberar á su vez, y en pocos momentos resolvieron, que el príncipe quedase en garantia en poder de ellos, y que la persona nombrada debiese hablar á solas con la Reina, entrando y saliendo acompañada de los regidores.

Aceptadas estas proposiciones, se presentó Pedro de Azagra como delegado del pueblo, y fué conducido á la cámara de la Reina. Ésta se hallaba sola, como se habia estipulado: al ver á su amigo, esclamó:

—¡Tú aquí!.... ¿A qué vienes?—¿Cómo has entrado?

—Vengo, Señora, en nombre de los vecinos de Bruselas, á recibir órdenes de V. A., contestó el proscrito.

—Comprendo: tú eres el gefe que he mandado llamar.

—Soy uno de los que han tomado vuestra defensa, para libraros de la opresion con que se os trata.

—¿Y quién ha calumniado á mi esposo? replicó la Reina con

energia: eso es completamente falso. Yo estoy en libertad: nadie me oprime: decidlo así á los bruseleses, y manifestadles que incurrirán en mi desagrado si no se retiran inmediatamente á sus hogares. Repito que han calumniado al Rey.

—Señora, los amigos de S. A. lo han dicho, pidiendo en alta voz que se os aprisione con mas dureza.

—Pues bien, han mentido. El Rey es incapaz de ofenderme, y yo no puedo consentir que en mi nombre se le ultraje. Agradezco á los bruseleses el buen deseo que han demostrado; pero no admito sus servicios: que se retiren, que se retiren al momento.

—Se hará lo que mandais, repuso el proscrito disponiéndose á salir.

—Espera, le dijo la Reina en voz baja y mirando á todos lados. Ya que has venido, voy á darte un encargo: mañana á la noche vuelve aquí con tu amigo Enrique: podreis entrar por el jardin: Fritz estará avisado. ¡Adios!

Pedro de Azagra besó la mano que le presentó doña Juana, y se fué á participar á sus amigos que podian retirarse, manifestándoles que estaba logrado el objeto de su movimiento.

Entre tanto, se abrió la puerta de la cámara que servia de comunicacion reservada para los aposentos de D. Felipe, y apareció éste en ella. La Reina reprimió un impulso de alegria, y mirando á su esposo con altivez, le dijo:

—¡Estabais escuchando!

—Sí, Señora; todo lo he oido, y me complazco en reconocer vuestra generosidad.

—Siento mucho que hayais formado de mí otro concepto del que debeis tener, D. Felipe. No he hecho mas de lo que exigia mi condicion de esposa vuestra. Por lo demás, añadió la Reina señalando á la puerta, este es mi cuarto..... allí está el vuestro.

Y sin aguardar contestacion, entró en uno de sus retretes, dejando al Rey confuso y desconcertado.

CAPITULO XIV.

Donde Pedro de Azagra cuenta su historia.

Ocupado el gran tesorero en los graves asuntos de que se ha hecho especial mencion en el capítulo precedente, no pudo llevar á cabo su proyectada visita á la Sennenfels; pero no desistió de esta idea, que antes por el contrario, tomó incremento con su animosidad contra Pedro de Azagra, luego que supo la intervencion del proscrito en los últimos acontecimientos de Bruselas: no podia concebir que cupiese tanta audácia en un hombre que acababa de salir de un calabozo, donde habia entrado por una mera sospecha de infidelidad, y veia patentemente que le declaraba la guerra, cual si poseyese un poder igual al suyo: lo que mas le irritaba era la demanda de los veinte mil florines, que no se hallaba en estado de abonar, y cuyo orígen no podia desconocer.

Pedro de Azagra, entre tanto, se inquietaba muy poco por el

descontento de D. Juan Manuel, y solo sentia no habérselo causado mayor. Apenas dejó sosegados á sus amigos de la ciudad, tomó el camino de la Sennenfels, donde ya estaban impacientes por su tardanza Margarita, Enrique y el capitan, quienes, lo mismo que los dos criados, velaban esperándole.

—A descansar, amigos mios, les dijo el proscrito en cuanto llegó. Mañana será otro dia.

—¿Cómo has tardado tanto, Pedro? le preguntó la hechicera.

—Demasiado pronto he vuelto, repuso nuestro aventurero. La Reina no ha querido apoyarnos, y esto ha hecho que se malogre nuestro plan: de lo contrario, á estas horas estaria yo camino de Ostende, y D. Juan Manuel habria terminado su carrera de intrigas. ¡Pero, cómo ha de ser! ¡Paciencia!

Margarita no consideró conveniente hacer mas preguntas, y todos se retiraron á dormir.

Al amanecer se levantó el proscrito, y llamando á Enrique de Almazan, le condujo por vias oscuras al castillo de las Nubes, que, segun recordará el lector, estaba en la cumbre de la roca maravillosa: desde allí se descubria toda la campiña de Bruselas, y la ciudad misma, risueñamente recostada en su trono de colinas. Sentados en aquel mirador, construido por la naturaleza, Pedro de Azagra habló de este modo al jóven:

—Os dije ayer antes de partir, que habia de comunicaros cosas que os interesan: se trata de una historia lamentable y de un secreto en que me vá la vida. ¿Estais dispuesto á escucharme? ó lo que es lo mismo: ¿perseverais en la idea de casaros con Leonor?

—¿Que eso me preguntais? Repuso Enrique: ¿podeis dudarlo?

—Sí; porque pudierais arrepentiros. Vos sois hijo de un noble engrandecido: ella es hija tambien de padres cuya prosapia no es menos elevada; pero se engendró en la desgracia, y el mundo la mancilla con los dicterios de ilegítima y de sacríle-

ga. ¿Teneis valor y amor bastante para despreciar esa tacha y uniros á la que la lleva? Meditad bien antes de responderme.

—Hace ya mucho tiempo que me indicasteis lo que acabo de oir, replicó el jóven: por consiguiente, me ha sobrado espacio para meditar mi respuesta, y héla aquí: amo á Leonor desde que la ví por primera vez; la he amado, sin necesidad de averiguar sus antecedentes: la amaria, conociendo su mérito personal, aunque fuese hija de un verdugo, y dejaria romper mis blasones por unirme á ella.

—Pues bien, oid: hace veintidos años era yo un mozo aturdido como vos, y algo mas audaz que vos: huérfano y desconocido, aunque descendiente de los señores de Albarracin, que fueron reyes independientes en sus Estados, determiné probar fortuna; vendí una pequeña parte de mi patrimonio, y compré caballos y armas para ir como hidalgo aventurero á la guerra de Granada, que comenzaba entonces.

«Veíame jóven, arrogante, bien equipado y no mal parecido; y soñaba, como era natural, con adelantamientos en el ejército, y con el favor de las damas: salia de una aldea señorial, y estaba predispuesto á enamorarme locamente de la primera jóven de corte que se presentase á mi vista: yo no pensaba menos que en condesas; las marquesas me parecian de poco valer.

«Despues de la primera campaña, el ejército se retiró á Córdoba, donde estaba la corte: yo habia servido á las órdenes del conde de Cifuentes, y llevaba, entre otros cautivos, ganados á punta de lanza, una mora de la vega con su hija, niña de ocho á diez años, tan linda, que daba gozo á cuantos la veian, y tan inteligente, que al poco tiempo hablaba el castellano como si hubiera nacido en Búrgos. Muchos caballeros me hicieron proposiciones para comprármela, con el objeto de regalarla á sus damas; pues todas deseaban tener una esclava tan graciosa y entendida; pero no quise darla por ningun dinero: le tenia yo destinada ya su nueva dueña.

«Era esta doña Inés de Silva, hermana del conde, cuya hermosura me habia cautivado el corazon, desde que llegamos á Córdoba.

«Un dia llamé á la mora Dahraj y le entregué dinero, encargándole que lo emplease en vestir y adornar á su hija con toda la esplendidez posible, á la usanza de su pais. Dahraj me miró con tristeza y me dijo:

—«Cristiano: yo he sido *almého* en mi tierra, y poseo la ciencia de adivinar lo próspero y lo adverso. ¿Por qué me das el encargo de adornar á mi Zaíra, cuando piensas separarla de mí? ¿No conoces que eso es atravesar dos veces el corazon de una madre? Tu esclava soy: mándame lo que quieras. Pero acuérdate que algun dia serás padre, y que amarás á tus hijos como partes de tí mismo.

—«Tranquilízate, Dahraj, le contesté: tú irás á donde vaya tu hija.

«La mora se arrojó á mis plantas llorando de gratitud y alegria, me besó los piés y me juró no olvidar nunca la gracia que le dispensaba. ¡Pobre mujer! Mi favor y su agradecimiento debian serle funestos.

«Al dia siguiente aproveché el momento en que volvia de misa doña Inés, y saliéndole al encuentro á la entrada de su casa, hice que Dahraj y Zaíra se le arrodillasen, y por primera vez llamé su atencion hácia mí, diciéndole:

—«Noble señora: dignaos aceptar el presente que os hago de estas cautivas: muchos las han codiciado; pero nadie como vos merece poseerlas, ni nadie las tratará mejor con el afecto y la caridad que yo deseo. Haced que os amen y os bendigan.

—«Caballero, me contestó ella: no me es permitido recibir presentes de personas que no conozco: sin embargo, agradezco vuestra buena voluntad, y podeis enviarme estas cautivas por conducto de mi hermano.

«No era esto lo que yo apetecia; pero, dado ya el primer pa-

so, me era imposible retroceder: inmediatamente me dirigí al conde y le presenté las esclavas, diciéndole que, siendo madre é hija, y deseando yo que no se separasen y que fuesen tratadas con dulzura, habia determinado regalárselas á su hermana, cuya bondad era notoria, y cuyos sentimientos religiosos harian de ellas unas buenas cristianas.

«A pesar de los rodeos con que procuré encubrir mi pasion y los motivos que me impulsaban á obrar en este asunto, el conde comprendió seguramente lo que en mí pasaba, y me dijo, que habia tenido acierto en mi eleccion; pues nadie como su hermana satisfaria cumplidamente mis deseos, en atencion á que, estando destinada al claustro desde niña, poseia las virtudes necesarias para ejercer el cargo de catequista y para ganar las almas de aquellas infieles.

«Dejo á vuestra consideracion el efecto que produciria en mi espíritu fogoso la revelacion fria y calculada del conde. Me retiré de su presencia confuso y aterrado, y pasé muchos dias en una cruel ansiedad; pero no perdia ninguna ocasion de ver á doña Inés y de espresarle con los ojos, ya que tenia trabada la lengua, el ardiente anhelo que me devoraba: en la puerta de su casa, delante de sus miradores, en la iglesia, en todas partes era yo el primer objeto que se presentaba á su vista; y á fuer de agradecida, si no de enamorada, tenia que responder á mis saludos, aunque silenciosos, fieles intérpretes de mi pasion por ella. Mas de una vez creí adivinar en sus miradas el secreto de una dulce simpatía; pero estos halagos del amor no saciaban mi afan, ni tranquilizaban mi corazon. Era menester que yo hablase con ella, ó al menos que conociese sus verdaderos sentimientos é inclinaciones. Dahraj me proporcionó los medios de conseguir lo que queria.

«Esta mujer habia comprendido desde el principio el objeto de mis ansias, y sin yo saberlo, estaba trabajando en obsequio mio: los elogios de mi persona y cualidades, pasando por su bo-

ca, me representaban en el alma vírgen de doña Inés como un héroe sin mancilla; valiente hasta la temeridad en la pelea; generoso y magnánimo con los vencidos; dulce y apacible despues de la victoria. Dahraj exaltaba la fantasía de su señora, pintándole con los colores de la poesía oriental las delicias de un amor caballeresco y eterno, y para hacerme mas amable á sus ojos, se valia de la tierna Zaíra, poniendo en su lengua inocente mis alabanzas. Zaíra podia desempeñar este cometido mejor que su madre; porque yo, viéndola tan bella y agraciada, la habia tratado con fraternal cariño, y ella me amaba tanto, que lloró todo el dia cuando la separé de mí.

«Dahraj era muy entendida en las ciencias médicas: al poco tiempo de estar en casa del conde, curó con simples á un niño, hijo de aquel, á quien habian desahuciado los físicos; y con este motivo se la permitia salir á buscar yerbas medicinales en el campo y cultivar algunas en un trozo del jardin de sus amos, que se le cedió al efecto. Una mañana la ví salir y la seguí: le hablé de su señora, informándome de cómo se portaba con ella; y tomándome de la mano, me condujo á un recodo del Guadalquivir, donde no pudiesen vernos.

—«Tened confianza, me dijo. El amor es como las plantas: nace tierno; con el cultivo crece: con el tiempo se forma y arraiga: llega un dia en que no bastan las fuerzas humanas para arrancarlo. Ese dia no está léjos.

«Acostumbrado á oir el lenguaje simbólico de la granadina, comprendí fácilmente que mi pasion no era desatendida: hícela varias preguntas, y supe que doña Inés no tenia vocacion de monja; que era una de esas víctimas predestinadas al claustro por los intereses mundanos; que su hermano necesitaba agregar algunos bienes peculiares de la jóven á sus vastos dominios, y esto se le facilitaba pagando un dote y haciéndola profesar en las Huelgas de Valladolid ó en algun otro monasterio decente: me informé de que, antes de conocerme, doña Inés, imbuida por

capellanes del conde en las ideas que debia tener toda su vida, consideraba sin temor su porvenir, y hasta se complacia en mirar el estado monástico como el mas perfecto y acomodado á su gusto y á su carácter: tomaba por vocacion lo que solo era un hábito contraido de pensar por las inspiraciones agenas. Pero desde que se fué acostumbrando á fijar en mí sus miradas, veíase perseguida por terrores supersticiosos, cual si le asaltase la idea de un gran crímen; y sin embargo, á ratos se complacia en oir á la mora contarle historias de amores, y besaba á la niña Zaíra cuando ésta me nombraba, llamándome el caballero buen mozo. Pero luego expiaba estos desahogos de un amor naciente, con dias enteros de mortificacion, oraciones y penitencia.

«Dahraj me aconsejó que procurase hablar con doña Inés y decidir su inclinacion; y me ofreció proporcionarme una entrevista con ella.—«Si esta tarde, me dijo, veis volar palomas blancas por el jardin de mi señora, id por la noche á la puerta del mismo, que dá al campo: si vuelan palomas negras, aguardad otro dia.»

«Una semana pasé esperando la señal deseada: todas las tardes veia palomas negras bajar á beber agua en las fuentes del jardin; pero al cabo de siete dias apareció una banda de ellas, blancas como la nieve. Aquella noche acudí á la cita: Dahraj habia sido fiel á su promesa. Introducido por ella en el jardin, encontré á doña Inés sola y pude hablarla con esa confianza inesplicable que dá la seguridad de un amor correspondido: ella estaba tan sobresaltada y confusa, que en los momentos de silencio se oian los latidos de su corazon, y se me abandonó cual si estuviera privada de voluntad y movimiento. Pero mi audácia le infundió fuerzas para rebelarse contra su propia condescendencia, é hizo un esfuerzo para huir, pronunciando palabras desconcertadas.

«Hoy que puedo contar muchos años de infortunio y de tri-

bulaciones, reconozco que debí compadecerme de aquella alma pura y atormentada por los remordimientos, y aplicar á su herida reciente el bálsamo del olvido. Pero ¿quién piensa así á los veinticuatro años? ¿Ni quién puede asegurar que doña Inés hubiese encontrado la calma en el seno de la religion? Yo entonces no estaba en edad ni en situacion de discurrir: si el infierno con todos sus horrores se me hubiera opuesto, habria pasado por medio de él, sin acordarme de los peligros. Detuve á la jóven, le hablé de mi amor con la elocuencia irresistible de la pasion; hícele ver que conocia todos los motivos de su inquietud y que estaba dispuesto á salvarlos por ella, y entonces, bañada en llanto, me dijo:

—«No sé si debo escucharos: un poder desconocido me atrae hácia vos; pero mi conciencia me dice que hago mal, y en vano trato de acallar sus gritos acusadores. Si mi hermano aprobase nuestra union, acaso podria yo olvidar que estoy consagrada á los altares: impetrad su consentimiento, y si os lo niega, idos léjos de mí, donde yo no os vea mas ni sepa de vos: hacedme este favor, que os lo pido por la salvacion de mi alma.

—«Iré á ver al conde, le respondí: le pediré vuestra mano; pero si me la negase, no sereis tan cruel conmigo ni con vos misma, que os dejeis sacrificar por un vano escrúpulo de conciencia: no lo hareis, no; porque entonces sí que cometeriais un verdadero sacrilegio, pronunciando unos votos que desaprueba vuestro corazon, y me arrastrariais á profanar el sagrado del claustro, para arrancaros de allí

«Al dia siguiente me presenté al conde y le dije, que amaba á su hermana, y que si me concedia su mano, estaba dispuesto á recibirla sin dote ninguno y renunciando en su favor cualquier derecho que ella pudiese tener á los bienes de su patrimonio. El orgulloso magnate me oyó sonriéndose, como si tomase á broma mi proposicion, y levantándose luego que hube concluido, me contestó:

— «Debeis agradecerme la paciencia que he tenido en escucharos: si la osadía es bastante título para aspirar á la mano de doña Inés de Silva, nadie como vos la merece; pero tened entendido que una dama de su condicion, aunque no hubiese ya escogido el estado conveniente á su clase, no se enlaza con el primer aventurero que llega á solicitarla.

«Todo el calor de mi cuerpo me subió á la frente al oir esta contestacion altanera.

—«Conde, le dije: el aventurero que os habla es tan noble como vos, y no diré de sangre mas limpia que vos, porque si tal creyera, me avergonzaria de solicitar mi union con ella. Nada me importa que me negueis la mano de doña Inés de Silva; yo sabré tomarla, sin que vos me la deis.

«Esta baladronada, imperdonable si la hubiera pronunciado un hombre de esperiencia, no hizo mas que provocar una carcajada irónica por toda respuesta.

— «Reíos de mí cuanto gusteis, señor conde, repuse: os permito ese inocente desahogo.

— «Temerario jóven, me replicó: ¿tendré que recordaros quién soy, para que aprendais á tratarme como debeis?

—«Bueno es refrescar la memoria á quien la tiene mala, le contesté; por mi parte no ignoro quien es el conde de Cifuentes, gran vasallo de la corona de Castilla. Tal vez ignoreis vos que los Azagras de Albarracin no fueron nunca condes: se contentaron con ser señores independientes.»

—Duro estuvisteis con el noble conde, dijo Almazan.

—Demasiado, amigo mio; pero lo merecia, respondió el proscrito. En la actualidad, ni él se hubiera escedido á humillarme, ni yo habria hecho vana ostentacion de unos títulos que hoy me parecen de muy poca valía, si otras cualidades no los acompañan. Os refiero todo esto, para que conozcais la pendiente fatal por donde caminé á mi perdicion, arrastrando en mi caida á otros séres infortunados.

«El conde me mandó salir de su casa y tuve que obedecerle, conociendo, aunque tarde, que habia escogido mal camino para llegar al término de mis deseos: mi carácter impetuoso é indomable no hacía mas que amontonar obstáculos á mi dicha. Poco despues recibí órden de ingresar en las huestes del conde de Tendilla, que era capitan general de la frontera, y en mucho tiempo no volví á ver á doña Inés; pero mi amor se conservaba inestinguible y aun crecia con los obstáculos y la ausencia.

«La derrota y prision del Rey Chico de Granada, acaecida un año despues en los campos de Lucena, me allanó la ocasion de volver á Córdoba: fuí enviado con un cuerpo de ejército á dar apoyo al conde de Cabra, y aunque llegué una hora despues de la victoria, le acompañé hasta la capital. Allí supe que doña Inés habia sido conducida á Valladolid con destino al monasterio de las Huelgas: inmediatamente adopté una resolucion desesperada. Salí de Córdoba solo, abandonando mis banderas, y marché á Castilla.

«En Valladolid encontré á Dahraj hecha cristiana: se llamaba Inés, como su señora; y la niña Zaíra tambien habia sido bautizada con el nombre de Margarita.»

—¡Margarita! repitió el jóven Almazan, interrumpiendo á su amigo. ¿Será, por ventura, vuestra compañera esa niña?

—Sí, la misma, repuso Pedro de Azagra: las dos continuaban sirviendo á doña Inés en el convento. La conversa me manifestó que esperaba resignada el dia de su profesion; pero sin haberme olvidado, y padeciendo interiormente de tal modo, que estaba desconocida, y era de temer que la devorase una fiebre lenta, ocasionada por el pesar y por las mortificaciones inmoderadas á que se entregaba.

—«Preparad á vuestra señora, de suerte que no la sorprenda mi venida, dije á Inés la conversa; y haced de modo que pueda yo verla.

«En aquel tiempo aun no se habia efectuado la reforma de

los monasterios, y era permitido á las monjas salir á la calle y visitar sus familias; las novicias gozaban de mas libertad, y muchas veces acontecia que saliesen del convento para casarse, despues de haber pasado en él ocho y nueve meses disponiéndose para tomar el velo: en el locutorio no habia rejas y era fácil concertar mas de una intriga amorosa. Cuando estuvo preparada mi novicia, me presenté como pariente suyo en las Huelgas, con ánimo de que me viese y cobrase alientos: no pude, sin embargo, participarle mis intenciones, porque habia otras personas delante; pero aquel mismo dia le escribí por conducto de la conversa, diciéndole que estaba decidido á cumplir mi palabra; que si queria evitarme el cometer un gran pecado, violando su clausura, saliese del monasterio con cualquier pretesto, y yo la conduciria donde un sacerdote nos uniese: me esforzaba en demostrarle, que este paso sería mas agradable á los ojos de Dios, que no una profesion perjura: que para ser buena religiosa, era menester un corazon libre de las afecciones de este mundo, y que el estado del claustro no era el único perfecto, habiendo habido santas casadas: por último, le persuadia que una vez ligada con los vínculos del matrimonio, sería ya imposible que la obligáran á contraer otros lazos, en los cuales solo podia prometerse una vida de tormentos espirituales, y la condenacion de su alma.

«Esta carta produjo á doña Inés un efecto terrible: la conversa me dijo despues que habia temido que la volviese loca; pero al cabo de tres dias la decidió. Yo tenia ya puestas mis miras en un sacerdote de la parroquia de la Magdalena, hombre tímido y fácil de manejar; y con arreglo á lo que meditaba, habia establecido mi morada en una casita sola cerca del convento y de la mencionada parroquia, donde me asistian un criado y una criada que ignoraban mi verdadero nombre y clase.

«Doña Inés fué á esta casa una tarde: tenia parientes en Valladolid, y habia pretestado que iba á pasar la noche en compañia de ellos para asistir á una prima que estaba enferma:

cuando se vió á mi lado, le faltó, sin embargo, la resolucion; pero á mí me sobraba, y conseguí vencer sus escrúpulos. Era ya imposible retroceder.

«Llegada la noche, salí yo mismo en busca del sacerdote, y le dije que viniese al momento conmigo, y trajese todo lo necesario para administrar los Sacramentos á un moribundo. El buen clérigo me creyó, y mientras nos encaminábamos á la iglesia, le manifesté que era preciso ir solos al lugar donde le esperaban, por tratarse de un asunto que exigia el mayor secreto; mas, como viese que intentaba escapárseme, le declaré resueltamente que escogiera entre la muerte ó una segura recompensa.

«Esta intimacion, hecha con la energia decisiva que siempre ha distinguido mi carácter, obligó al clérico á obedecerme: entró en la iglesia, tomó el copon y los óleos, y cubierto con el manteo, llevando debajo los ornamentos sacerdotales, volvió á salir solo conmigo: así le conduje á mi casa, é introduciéndole en un aposento donde habia un altar preparado, le dije que depositase allí los Santos Sacramentos, y estendí mi mano hácia ellos, jurándole que, si no ejecutaba mi voluntad, me veria obligado á poner fin á sus dias. El pobre hombre se me arrodilló temblando y suplicándome que no le mandase hacer nada que fuera contrario á sus sagrados deberes. Entonces le declaré mi resolucion de casarme con una jóven que me amaba, y cuya familia se oponia á nuestros deseos: le presenté un acta de desposorio y le obligué á firmarla.

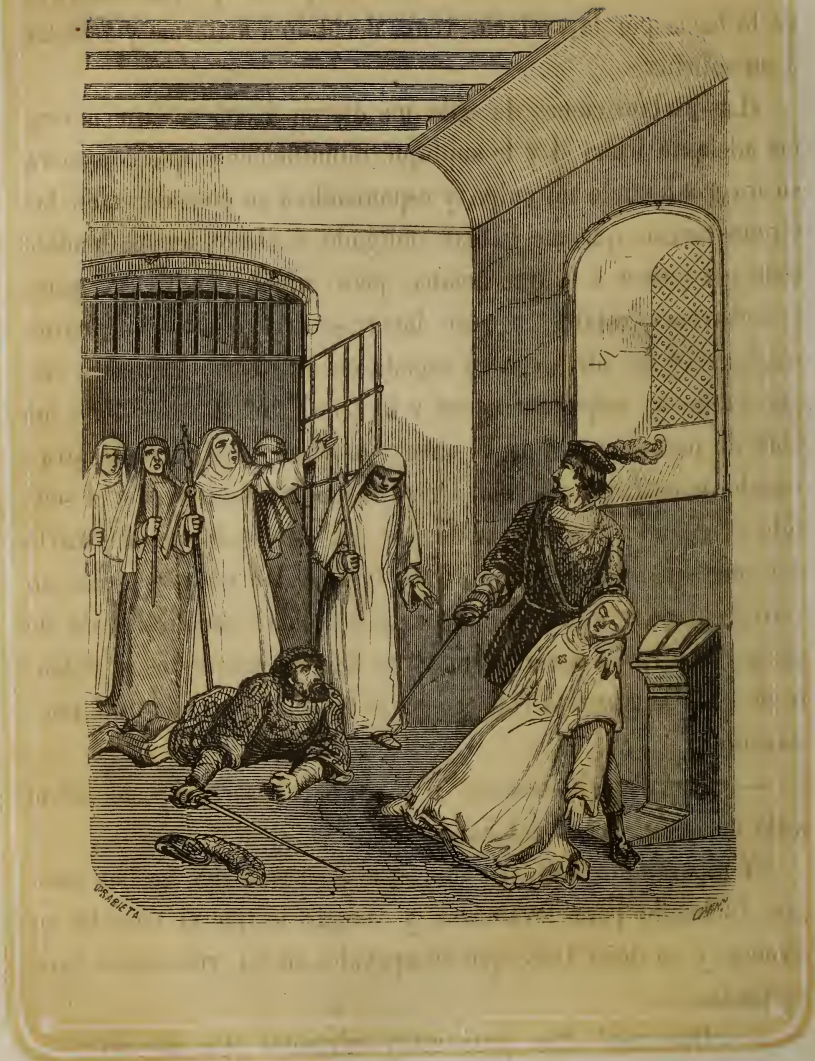
«Reconozco que obré mal violentando la voluntad de aquel sacerdote; pero las circunstancias me impelian á valerme de estos medios irregulares, y no me era posible hacer otra cosa, si habia de conseguir mi objeto. En seguida me arrodillé á los piés del mismo á quien acababa de ofender, le confesé mi culpa, inclusa la que cometia contra él, y le pedí la absolucion: el sacerdote me la dió, y lo mismo hizo con doña Inés, que vino despues de mí á implorar igual gracia. Pero no creo que nos

absolviese de corazon, á juzgar por su conducta posterior: sin embargo, con esto quedó tranquilizada nuestra conciencia.

«En seguida fuimos desposados segun los ritos de la Religion y delante de aquel altar, donde estaba Dios Sacramentado: desde aquel momento creí, y todavia creo, que mi matrimonio era legítimo é irrevocable: habia mútuo consentimiento por ambas partes y libre voluntad para efectuarlo; no existia impedimento alguno de parentesco ni voto, y se realizaba por medio de una persona revestida de carácter sagrado y de facultades para unirnos: solo mediaba la violencia hecha á esta persona, y yo traté de salvar este inconveniente, prometiéndole guardar el secreto hasta que el matrimonio pudiera publicarse sin riesgo alguno, y gratificándole generosamente por su condescendencia.

«El clérigo se retiró, y yo pasé la noche con mi esposa, considerándola como á tal.

«La necesidad de proceder con prudencia, me obligó á consentir en que doña Inés volviese al convento, mientras yo disponia los medios mas seguros para su evasion. Al dia siguiente así se hizo, y no siendo posible que ella obtuviera licencia para volver á salir, me concerté con la conversa, á fin de que me facilitase la entrada en su celda por una ventana; desde la cual era factible bajar al campo con ayuda de una escala de cuerdas. Me proveí de caballos y mozos, y á la hora convenida asalté el convento. Mi esposa me aguardaba, pronta á seguirme: la conversa y su hija debian acompañarnos. Margarita bajó la primera por la escala, para probar á su señora que no habia gran peligro en seguir aquella via: pero estábamos viéndola descender, cuando se abrió con violencia la puerta de la celda, y entró por ella un hombre con una espada desnuda, fulminando amenazas contra mi esposa y su criada, que lanzaron gritos de sorpresa y terror: yo acudí á defenderlas. Aquel hombre era don Antonio de Silva, tio del conde y de doña Inés: el clérigo que me desposó, para salvar su responsabilidad, le habia revelado



¡Sacrílegos!

cuanto pasaba; y habiéndome seguido los pasos, el noble anciano acababa de entrar en el monasterio por la puerta, mientras yo lo hacía por la ventana; venia decidido á matarme y á matar á su sobrina.

«Las esclamaciones de éste me dieron á conocer quién era: me adelanté hácia él y le supliqué humildemente que depusiera su ira, confesando mi culpa y esponiendo á su consideracion las circunstancias que me habian obligado á obrar, atropellándolo todo por poseer á la que amaba; pero aquel hombre no quiso escucharme y estaba ciego de furor: se arrojó hácia mí provocándome, y me hirió con su espada en el rostro. Entonces cegué tambien: saqué mi acero y lo crucé con el suyo: todo fué obra de pocos momentos; el mísero anciano cayó al suelo atravesado, mientras su sobrina, arrodillada á mis piés, perdia el sentido exhalando una súplica de paz. En tal estado pensé sacarla del convento en mis brazos; pero la fatalidad me perseguia: un vivo resplandor iluminó de repente la celda, sonó alboroto de voces, y entraron varias monjas con hachas encendidas, y delante de ellas la abadesa con el báculo levantado y la actitud amenazadora.

—«¡Sacrílegos! esclamó. ¿Cómo osais profanar este santo asilo de las vírgenes del Señor?

«Y reparando en D. Antonio, que se revolcaba en su sangre, luchando para levantarse y vengar lo que él llamaba su afrenta, y en doña Inés, que se apoyaba en mí, retrocedió horrorizada.

—«¡Dios mio! dijo: ¡qué estoy mirando! ¡Un asesinato!.... ¡un rapto! ¿Quién ha traido tanta desventura á la casa de Dios?

—«Santa madre, le contesté sin perder mi fria serenidad: no malgastemos estos instantes preciosos en lamentos y esclamaciones inútiles. Aquí no hay ningun criminal: todo es obra de la fatalidad. Esta desventurada jóven es mi esposa delante de Dios y por el ministerio de un sacerdote: ese caballero es víctima de

su obstinacion y ciego furor. Yo he venido por ella, y él se ha cruzado en mi camino: salvad su vida, y respetad la desventura de esta mujer.

«La abadesa se adelantó hácia mí con heróico denuedo, y me mandó rendir la espada y entregarme preso: al mismo tiempo varias monjas se apoderaban de doña Inés y de su tio, para prestarles los auxilios que su situacion reclamaba: yo no podia pensar mas que en mi salvacion.

— «Reverenda madre, dije á la abadesa: no puedo obedeceros, porque debo estar libre para hacer valer mis derechos: en vuestras manos queda mi esposa doña Inés de Silva: reclamo para ella el asilo de la Religion, y vos me respondereis de su seguridad ante los hombres y ante Dios.

«Cada momento perdido agravaba mi situacion: la vecindad del monasterio estaba ya alborotada, y era de temer que los agentes de justicia me cortasen el paso. Para evitar este contratiempo, salté por la ventana, y me reuní con mis criados: aquella misma noche logré internarme en los montes de Torozos, y al otro dia penetré en el vecino reino de Portugal.

«Desde allí comencé á reclamar mis derechos y á defender mi causa, valiéndome de terceras personas; pero nada conseguí. El conde de Cifuentes hizo que el negocio pasára de los tribunales ordinarios al de la Fé, por tratarse de desacatos á la Religion y á uno de sus ministros, de violacion del claustro y de otros delitos imaginarios que inventaron los teólogos. Suponíase que doña Inés de Silva era víctima de sortilegios y hechizos que le habia dado su criada conversa, y se afirmaba con mas probabilidad de acierto, que los malos consejos de ésta eran la causa de los estravíos pasageros de la jóven novicia, cuya responsabilidad se queria poner á salvo. Se declaró nulo y sacrílego mi matrimonio con ella, y se quiso probar que yo me habia servido de artes malignas para violentar la voluntad de mi esposa. Entretanto prendieron á la pobre conversa y la encerraron en

las mazmorras de la Inquisicion, de donde no volvió á salir; confiscaron mis bienes, fulminando contra mí sentencia de muerte en rebeldía; doña Inés fué obligada á profesar, infundiendo en su ánimo crueles terrores, y á los dos meses falleció, al dar á luz una niña, que prohijó el conde, poniéndole el nombre de Leonor. Bajo tan tristes auspicios vino al mundo la que amais.»

Dichas estas palabras, el narrador guardó silencio: su jóven oyente no pudo menos de respetar el dolor de los recuerdos, que tambien afectaba á su corazon. Despues de un breve rato, Pedro de Azagra continuó diciendo:

—La deplorable historia que os acabo de referir es conocida de muchos; pero son muy pocos los que saben el secreto de mi nombre y aun el de mi existencia. Luego que supe la muerte de mi esposa, dejé á la niña Margarita, que me habia seguido á mi destierro, en poder de una pobre familia portuguesa que se compadeció de mis infortunios, y disfrazándome de peregrino, volví á Castilla con intencion de rescatar á la conversa y apoderarme de mi hija, ó averiguar, al menos, su paradero. La pobre Dahraj habia muerto en las prisiones, y su cadáver fué quemado públicamente. Leonor se criaba en un convento de Toledo, y era imposible llegar hasta ella sin peligro de perder la vida. En esta correría y en otras que efectué despues, procuré divulgar la falsa noticia de que Pedro de Azagra habia sido devorado por un oso, andando á caza.

«Desde entonces arrastré una existencia miserable, llena de azares y de trabajos, cuya relacion pudiera entreteneros y afligiros, tal vez, pero no interesaros: he pasado hambre y sed, calor y frio, miseria y desnudez: he aprendido á ganar el sustento con el sudor de mi frente, y he vivido en la mayor parte de los pueblos de Europa y entre todas las clases de la sociedad: juguete de la Fortuna, héme visto unas veces rico y próximo á recobrar mi antigua posicion, y otras abatido y pobre;

pero nunca he desconfiado de la Providencia, y en mis mayores adversidades he tenido siempre una mano inesperada que me saque á la orilla.

«Hoy mi situacion es precaria, incierta, como lo viene siendo desde hace veinte años; pero no es tan abatida como pudiera parecer á primera vista: poseo poder bastante para hacer temblar á un trono: quizá mañana ruede mi cabeza bajo el hacha de un verdugo, ó acaso menos afortunado, sea mi cuerpo, pendiente de una cuerda, pasto de las aves feroces. ¿Quién sabe? Nada me arredra y á todo estoy preparado. Si algun pensamiento viene á entristecer mi ánimo, lanzado sin freno á la aventura, se refiere á las personas que me aman, ó á las pocas afecciones de lo pasado que aun restan en mi corazon: yo, duro soldado de la adversidad, que contemplo mi vida como despreciable polvo arrojado al viento ó como ampolla de jabon en el aire, lloro á solas cuando pienso en el porvenir de mi hija; en el amor de esa noble criatura, que á todas partes me ha seguido, compartiendo con semblante igual mis penas y mis alegrias; y suspiro por un pedazo de tierra en mi pais natal, donde reposen mis huesos despues de mi muerte. Vos tambien, generoso jóven, sois objeto de cuidados y penas para el mísero proscrito; porque os veo ligado á mi suerte borrascosa por un dulce afecto, que puede atraeros calamidades semejantes á las mias.»

Enrique de Almazan se levantó enternecido al oir estas palabras, y tomando afectuosamente una mano á Pedro de Azagra, le dijo:

—Si mi destino me tiene reservadas esas calamidades, las aceptaré gustoso, como herencia vuestra. Pero ¿quién ha visto el dia de mañana? ¿No puede suceder,-y sucederá,- que mis calaveradas pongan término á vuestro malestar? Los servicios que Leonor presta á la Reina no serán perdidos para vos, en el concepto del rey D. Fernando, ni mi viaje á Bruselas dejará de ser considerado algun dia como una muestra de lealtad: y si la for-

tuna llega á favorecer á los hijos, ¿no cuidarán estos de hacer la felicidad de su padre?

—No he calculado tanto, Enrique, contestó el proscrito, estrechando contra su pecho la mano del jóven: mi larga esperiencia me ha enseñado á sembrar beneficios, sin pensar en el dia de la cosecha: si no recojo fruto, no me aflijo; y si lo recibo, me parece que lo hallo por casualidad: así me reputo mas feliz, sin temor y sin esperanza. Sin embargo, hijo mio: vos rejuveneceis mi corazon, y desde que os trato, siento renacer en él los pesares y las alegrias, las inquietudes y los apacibles goces que forman el alimento de la vida interior. Sí, Almazan, creedlo: al contemplaros destinado á reproducir mi sangre, una existencia nueva brota del fondo de mi sér, agostado por el huracan de la desgracia; flores de otoño son estas inesperadas galas de mi alma, pero son flores.

—¿Y cuándo podré ver realizadas esas dulces aspiraciones? preguntó Almazan con voz conmovida.

—Muy pronto. La Reina me ha mandado que os conduzca esta noche á Palacio.

—¿Esta noche?

—Sí: esta noche tendremos que partir, si no me engaño, y pronto nos separaremos: vosotros ireis á España y yo á Roma, donde me llama vuestro interés y el mio. El pliego que D. Juan Manuel habia confiado al capitan Mendez, contiene un documento con el cual puedo alcanzar la absolucion de mis pasados estravíos y dar mi apellido á Leonor: la abadesa de las Huelgas de Valladolid confiesa en él, que doña Inés de Silva cedió á la violencia de sus escrúpulos, al pronunciar sus votos, segun ella misma le declaró en el artículo de la muerte, y que su matrimonio fué un acto voluntario: tambien manifiesta que yo no intenté matar á D. Antonio de Silva, sino solo acudir á mi defensa, y que él, en su furor, se dió la muerte, arrojándose con-

tra mí; siendo mis únicos delitos el de haber compelido al clérigo de la Magdalena con amenazas y la violacion del claustro. Yo espero obtener el perdon de esas culpas, luego que sea reconocida la validez de mi desposorio, y entonces no tendreis nada por que avergonzaros al darme el nombre de padre.

Almazan abrazó al proscrito, asegurándole que en cualquiera situacion le amaria y respetaria como á padre de Leonor; y aguardando que llegase la noche, bajaron ambos á reunirse con sus demás amigos.

CAPÍTULO XV.

De como la Reina se hizo mas devota que tenia de costumbre.

Inquieto pasó el dia Enrique de Almazan; pues no tiene reposo quien ama, y cuenta los instantes que le separan del objeto de su cariño.

No menos impaciente estaba Leonor, á quien la Reina habia participado su designio de unirla con el jóven aventurero, á fin de salvar su honor comprometido por la pérdida de los cabellos.

Aquella misma mañana llamó la Reina á su fiel amiga, y le dijo:

—Estoy pesarosa de lo que hice contigo la otra noche, y he resuelto reparar el daño que te he causado, impidiendo que la maledicencia te calumnie. Tu permanencia en Palacio, cuando me han sido quitadas las demás mujeres de mi confianza, no puede ser interpretada sino con detrimento de tu honra: dirán las gentes, que no sin fundamento ultrajé tu belleza, y creerán, no solo

que me has ofendido, sino que continúas ofendiéndome y favoreciendo los deseos del Rey. Es preciso que nos separemos, Leonor.

—Señora, contestó la jóven: Dios, que vé mi conciencia, y las personas que me aman son los únicos jueces de mi conducta á quienes temo. Si estos me creen pura de toda mancha, ¿qué me importa que los demás me acusen?

—Pero debe importarte mucho que te crean culpable; á mí tambien me importa evitar que tu reputacion padezca por culpa mia: lo que tengo dispuesto, ha de ser..... y no me repliques.

—Mi mayor dicha, Señora, consiste en obedecer vuestros mandatos, repuso Leonor. Mas ved la situacion en que os encontrais: ¿habré de abandonaros yo tambien?

—No me compadezcas, amiga mia, replicó la Reina: yo tengo la culpa de lo que me pasa, y todavia no soy bastante desgraciada: quiero serlo mas..... ¡Oh!.... tú no comprenderás quizá este raro capricho;.... pero es así. Déjame, déjame sola con mi dolor: si estuvieses mucho tiempo conmigo, desahogaria mis tormentos contra tí: no quiero eso, no. Es menester que se cumpla lo que tengo decidido.

Leonor escuchaba estas palabras llorando en silencio. La Reina la contempló apretando los dientes, y prosiguió diciendo:

—¿Ves? Tu presencia mas me sirve de tormento que de consuelo. Tú lloras y yo no puedo llorar..... ¡Llorar!.... ¡Si lo hiciese, no estaria loca! ¿No es verdad que los locos no lloran?

En seguida se encogió de hombros y añadió señalando á un cajon de su mesa de escritorio:

—Abre allí, Leonor, y saca un papel que encontrarás. Lo escribí anoche cuando me dejasteis sola: nada sabe de esto la de Camiña; porque no me fío de ella.

Leonor sacó el papel y se lo presentó á doña Juana, quien le dijo:

—Guárdalo, es para tí..... Puedes leerlo: anoche, cuando lo

escribia, pensaba en tu felicidad. Conviene que lo leas; es una carta que escribo á mi padre, y que quiero le entregues tú misma ó tu marido.

—¡Mi marido! esclamó Leonor mirando á la Reina con afanoso interés.

—Tranquilízate; no hablo como loca, repuso doña Juana: Enrique de Almazan será muy pronto tu marido. Lee la carta: te lo permito.

Leonor desdobló el papel y leyó:

«Mi amado padre y señor:—He cometido una injusticia con la persona que os entregará esta carta, y para repararla cuento con vuestra mediacion y amparo. Esta persona es Leonor de Silva, mi amiga mas querida y leal, á quien he ofendido en un arrebato de injustos celos. Para que nadie ose tocar á su reputacion, he dispuesto yo misma casarla con Enrique de Almazan, que ha venido aquí por mi mandato espreso. Este jóven la ama y está plenamente satisfecho de su conducta: me ha parecido, por lo tanto, que al unirse con ella sin conocimiento de mi marido, dará una pública satisfaccion á su honra. Interceded con el conde de Cifuentes, nuestro amado primo, á fin de que apruebe esta union, que yo deseo y procuro realizar en desagravio de su propio decoro: decidle que yo se lo ruego, y si fuere necesario, mostradle estas letras, escritas de mi mano y dictadas con el corazon: quiero que en todo tiempo sean ellas un testimonio de que Leonor de Silva me ha servido bien y fielmente, y de que, si no fuese mirando su felicidad, nunca, y mucho menos ahora, consentiria en privarme de su compañia.

«Quedo sola, padre mio y señor; pero no culpeis á Felipe de lo que me pasa. Él es bueno, y confío en Dios que pronto me devolverá su amor..... No olvideis en vuestras oraciones á vuestra hija y amada sierva.—Juana.»

Leonor cayó de rodillas á los piés de la Reina, bendiciéndola y tomándola una mano, que besó con fervor.

—¡Cuánta bondad, Señora! esclamó. Pero, ¿es posible que consintais en separarme de vuestro lado?

—Ya he dicho que sí, repuso doña Juana. Tu padre está avisado, y esta noche vendrá aquí con Enrique: serás feliz, Leonor: tú lo mereces.

—¡Y vos!....

—¿Yo?.... ¡Psé! replicó la Reina con indiferencia: tambien seré feliz. La desgracia es como el mal tiempo: no dura siempre. Despues del invierno viene la primavera: la tempestad pasa, y el sol aparece mas hermoso en su balcon de nubes.

Leonor fué á contestar, pero doña Juana le tapó la boca con la mano, diciendo:

—Calla: ¿no has oido pasos?

La camarera mayor entró en la estancia. La Reina la miró con recelo y luego le preguntó:

—Condesa, ¿no ha venido aun el capellan? Supongo que no me estará prohibido cumplir mis deberes de cristiana: ¿sabes tú algo de esto?

—El capellan está ya esperando que V. A. le mande empezar la misa, respondió la condesa.

—¿Ya?.... repuso la Reina: es que yo queria confesarme antes con él. Vé y pregúntale al gran tesorero si podré confesar.

—No creo que se oponga nadie á una cosa tan santa y necesaria.

—Sin embargo, condesa; hazme el favor de preguntarlo. Y además, quisiera tener por las noches algunos ejercicios piadosos: me desvelo mucho y necesito distraerme. Dí tambien esto á tu amigo D. Juan: él alcanza del Rey todo lo que quiere.

La condesa de Camiña salió. Doña Juana dijo en voz baja, luego que dejó de oir el ruido de sus pasos:

—No te fies de esa mujer: es mala. Ella fué quien me indujo á creer que me vendias, y me engañó. ¿No es verdad que me engañó, Leonor? Es pérfida: aunque hubiera sido cierto, no de-

bió haberme dado una noticia tan cruel. Verás como nosotras la engañamos, haciéndola servir para nuestros fines.

Entre tanto, la camarera mayor mandaba llamar á D. Juan Manuel, quien, á la primera indicacion, se presentó en su cuarto: enterado de la peticion de la Reina, meneó la cabeza con aire de desconfianza, y dijo que, aun cuando pareciese muy natural é inocente el deseo de doña Juana, él no se atrevia por sí á disponer nada, sin oir antes el parecer del Archiduque.

—Decid á S. A., que mi deseo sería complacerla en todo, añadió; pero que desgraciadamente carezco de facultades para ello, y solo puedo en su obsequio hablar al Rey, mi señor, y recomendarle con toda eficacia su piadosa demanda.

En seguida fué á ver á D. Felipe, que se entretenia en atormentar á su bufon, para desechar el mal humor.

—¡Ay de mí! esclamó Gilito al verle: vuélvete, papá Juan, y deja que Felipe se desahogue dándome de pescozones; pues si tú le aumentas el buen humor que tiene, hablándole de tus negocios, me dará de azotes.

—¿Qué me traes, D. Juan? preguntó el Rey.

El ministro indicó someramente que tenia que hablar de la Reina, esperando que D. Felipe mandase salir al bufon; pero aquel le dijo:

—Habla con claridad: no importa que te oiga Gilito.

Entonces D. Juan Manuel espuso lo que la Reina pretendia, espresando con rodeos la sospecha de que podia ocultarse algun pensamiento profano bajo apariencias de devocion.

—No seas tan suspicaz, D. Juan, le contestó el Archiduque: la Reina está rodeada de personas fieles, y no podrá dar un paso sin que lo sepamos: yo confío en que sus locuras no saldrán por ahora del recinto de su cámara.

—Sin embargo, Señor..... repuso el ministro, terminando la espresion de su pensamiento con una mirada, que queria decir:

—Si yo pudiese hablar claramente, acaso mudariais de parecer.

Don Felipe mandó á Gil que se retirase al otro estremo de la cámara, y preguntó á D. Juan Manuel en voz baja:

—¿Qué hay de nuevo?

—No hay nada mas de lo que ya sabeis, le respondió el ministro; pero es bastante para que debamos andar con cuidado. No ignorais que la Reina tiene amigos fuera de Palacio: lo que pasó ayer nos demuestra que mis paisanos conspiran contra V. A.: los bruseleses mas ricos les apoyan, y si lograsen arrebatarnos vuestra esposa.....

—¡Qué locura! esclamó D. Felipe interrumpiéndole. A tí te pasa lo mismo que á mi padrastro el Rey Católico: ves visiones, D. Juan.

—Así será: pero, ¿podreis negarme que hay una conspiracion organizada?

—Eso no: lo he visto bien á las claras para que lo niegue.

—¿Y sabemos, acaso, el fin político que se proponen vuestros enemigos? ¿Sabemos tampoco lo que piensa la Reina?

—Sí, eso último lo sabemos: anoche rehusó terminantemente el apoyo de los alborotadores y tomó mi defensa.

—No obstante, Señor: S. A. dijo á Pero Diablo algunas palabras que no pudisteis entender, y cuando entrasteis á ofrecerle la paz, os despidió con altanería.

—Es verdad, D. Juan: veo que tienes razon. Escucha: lo mejor será otorgarle lo que pide, y no dormirnos en las pajas. ¿No te parece bien?

—Vuestra alteza es un pasmo de sabiduría y de prudencia, repuso D. Juan Manuel: habeis herido el punto de la dificultad. De modo que.....

—Claro está, hombre: que confiese Juana, que se ocupe en ejercicios de devocion..... pero no la pierdas de vista. Pareces torpe algunas veces.

—Perdonad, Señor: como el asunto es delicado, he creido prudente conocer á fondo vuestras disposiciones, para no equivocarme.

Dicho esto, D. Juan Manuel fué á comunicar á la camarera mayor que la Reina estaba servida, y dió las órdenes oportunas al capellan para que accediese á los deseos de aquella.

Gilito se acercó á D. Felipe y le dijo:

—¡Cómo te enredan, querido mio! ¡Cómo te enredan!

—¿Qué entiendes tú, ni qué sabes? preguntó el Rey frunciendo el ceño.

—¡Oh! No te incomodes, Felipe, hijo de mis entrañas: tienes razon que no sé nada: soy un bípede zolocho, ininteligente; un bruto hermoso..... eso sí muy hermoso; un membrillo con piernas y brazos. Pero, se me figura que D. Juan Manuel me usurpa mis atribuciones.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, tratándose de distraer á la Reina, debiera ser yo el encargado y no él. ¿No ha dicho que tu esposa desea tener algun entretenimiento piadoso, para desechar la incomodidad del insomnio?

—Sí.

—Pues bien, si fueras un marido amable, comprenderias que lo que la Reina necesita es sueño, é irias tú mismo á remediar su necesidad, ó una persona que la divierta, y en ese caso, me enviarias á mí; no al gran tesorero, que le hará dormir de fastidio, y le quitará el reposo hasta en sueños.

—Tranquilízate, Gil, repuso D. Felipe: la Reina quiere rezar; no tiene humor de fiestas, y podrá pasar sin tus arrumacos.

El bufon no consideró prudente insistir en sus indicaciones, por temor de que el Rey las creyese sospechosas, y mudó de conversacion.

Doña Juana, entre tanto, aprovechando el permiso de hablar

á solas con el capellan, le revelaba su proyecto bajo secreto de confesion, solicitando el auxilio de su ministerio, y haciéndole presente que consideraba como un deber de conciencia la reparacion del ultrage cometido contra la honra de Leonor. El capellan trató de disuadirla de su intento, diciéndole que podia reparar aquel daño por otros medios, sin esponerse ni esponerle á incurrir en el desagrado del Archiduque, y que permaneciendo la jóven á su lado, acabaria por ser bien vista, y se desvanecerian las sospechas concebidas contra su reputacion. La Reina insistió con mas empeño, manifestando que el Rey no habia dejado á su servicio mas que personas conocidamente desafectas á ella y amigas de él y de sus consejeros, é indicó además que los cabellos de Leonor podian crecer con el tiempo, y era esponer la virtud de la jóven á nuevos combates el consentir que permaneciera en Palacio: díjole tambien que si, por temor, dejaba de complacerla en una cosa tan necesaria para el reposo de su alma, ella le proveeria de lo necesario, á fin de que pudiese alejarse de todo peligro y pasar el resto de sus dias con comodidad en un pais estranjero.

El capellan cedió por último á las instancias de la Reina; pero con la condicion de que el desposorio de Leonor y Enrique se efectuaria fuera de Palacio; y si esto no era posible, que tuviese lugar en la sacristía de la capilla, y sin que nadie mas que los interesados interviniera en el acto.

Llegada la noche, se hicieron preparativos para comenzar un solemne octavario en celebridad de la próxima fiesta del Corpus: doña Juana dispuso que sus damas flamencas y alemanas compusieran un coro, el cual debia cantar himnos alusivos á la festividad, con acompañamiento de órgano y orquesta, y se retiró á su tribuna reservada con la condesa de Camiña y Leonor: de este modo quedaron desiertas todas las habitaciones de la servidumbre, las cuales tenian comunicacion con los jardines por una parte, y por otra con la sacristía de la capilla.

Mientras se celebraban los piadosos ejercicios, la Reina se volvió hácia su jóven amiga y le dijo en voz baja, pero de modo que pudiese oirla la camarera mayor:

—Tú cantas bien: vete al coro, pues no te necesito.

Leonor esperaba esta órden con ansiedad: inmediatamente salió de la tribuna y se encaminó á la escalera del jardin: bajó por ella á oscuras y se deslizó entre los árboles como una sílfide, hasta llegar á la espesura del parque. Su corazon, en aquellos momentos, aunque animoso, palpitaba con violencia y la obligaba á retener la respiracion.

De pronto se quedó parada escuchando: el jardinero Fritz silbaba un canto nacional, que era la seña convenida para entenderse aquella noche. Leonor siguió la direccion de aquellos sonidos, y á poco vió aparecer un hombre alto, de rostro largo y facciones inalterables, el cual la indicó que le siguiese: aquel hombre era Fritz; el cual, sin acelerar sus movimientos, con la misma pausa y gravedad que si se tratára de hacer un ingerto delicado, ó de aporcar una planta exótica, guió á la dama por entre los árboles del bosque, y la condujo á una cabaña que le servia de morada.

La jóven reprimió, al entrar, una esclamacion de alegria: Pedro de Azagra y Almazan la estaban esperando: ella les comunicó en pocas palabras lo que habia dispuesto la Reina, y considerando que la presencia de su padre podia ser un obstáculo á la realizacion del acto concertado, le dijo en particular:

—Sería conveniente que os quedaseis aquí: Enrique y yo subiremos solos; y así, en caso de ocurrir algun contratiempo, será mas fácil proveer á la evasion del uno, que no á la de los dos.

—Ciertamente, repuso el proscrito, es muy peligroso que yo me presente en la habitacion de la Reina; pues si llego á ser descubierto, no doy una blanca por mi cabeza: pero debo estar cerca de vosotros para lo que pueda sobrevenir y para atender á lo que S. A. disponga.

Leonor no se atrevió á contradecir á su padre: marchó delante, y subió con él y con Almazan la escalera del jardin. Pedro de Azagra se quedó en lo alto de aquella, y el jóven aventurero fué introducido en la sacristía: Leonor pasó á prevenir á la Reina, quien, acercándose á la celosía de la tribuna, dió en ella un leve golpe al arrodillarse, y permaneció observando, hasta que vió al capellan retirarse, como si fuese á mudar de ornamentos. Entonces se levantó y mandó á la jóven salir delante.

La camarera mayor, que advirtió estos movimientos, aunque sin comprender su objeto, se dispuso á seguir á doña Juana; pero ésta, parándose en el umbral, se volvió y le dijo con imperio:

—Aguardadme ahí.

—¡Señora! murmuró la condesa: mi deber.....

—Vuestro deber es acatar mis órdenes, replicó la Reina: ¡quedaos ahí! ¡Os lo mando!

Y cogiendo con prontitud la puerta, la cerró y dió vuelta á la llave. Las otras damas seguian cantando en el coro, y una docena de personas de ambos sexos, entre doncellas, pages y arcberos, escuchaban estasiados en el recinto de la capilla las místicas armonías.

En el momento de ir á entrar la Reina con Leonor en la sacristía, retrocedió asustada, viendo salir detrás de la puerta una horrible figura humana, que se inclinó hácia ella en actitud respetuosa.

—Silencio, Señora, ó sereis descubierta, oyó que le decia la monstruosa aparicion. Por el amor de Felipe, no deis un paso temerario: estais espiada.

Doña Juana reconoció á Gilito, quien al momento desapareció, escondiéndose detrás de un tapiz: el honrado bufon ignoraba lo que la Reina se habia propuesto hacer; pero habiendo seguido los pasos al gran tesorero y visto que apostaba algunas

personas de su confianza en varios sitios contiguos á la capilla, se habia introducido él mismo por la sacristía, con ánimo de prevenir un conflicto, al menor movimiento sospechoso que observase: al obrar así, no llevaba mas intencion que la de evitar á la Reina un disgusto, é impedir que incurriese en el desagrado de su marido.

Pero el aviso del bufon llegó tarde: los espías de D. Juan Manuel habian visto entrar á Enrique de Almazan, y en aquel momento apareció en el pasadizo inmediato á la sacristía el oficial de la guardia interior, con seis archeros, el cual iba á reconocer los aposentos de la Reina. Ésta le hizo frente y la mandó retroceder.

—Señora, dijo el oficial rindiendo la espada: cumplo las órdenes del Rey.

—¡Atrás!.... esclamó doña Juana. Yo no consiento que piseis el umbral de mis habitaciones. ¡Atrás!

—Señora, perdonad, repuso el oficial: tenemos órden de prender á un hombre que ha entrado aquí sin licencia del Rey: soy responsable con mi cabeza.

—¡Pues bien! ¡Yo haré cortar esa cabeza! prorumpió diciendo con ira la Reina. Un hombre há entrado aquí, es verdad: pero no le prendereis, porque yo le protejo.

Y adelantándose hácia la sacristía, gritó:

—¡Ven, Almazan! Veremos si alguien osa poner las manos en tí.

A estas voces acudieron á un tiempo Enrique y Pedro de Azagra por diferentes lados. Leonor tambien se colocó delante de la Reina, y el proscrito dijo desnudando su espada:

—Señora, estoy á las órdenes de V. A.

—¡Entregaos al Rey! gritó el oficial avanzando. ¡Archeros, prendedles!

Pedro de Azagra se puso en guardia, diciendo:

—Deteneos; ¡porque si no respetais á vuestra soberana, os juro por Dios vivo, que os enseñaré á respetarla!

El capellan se habia despojado de los ornamentos sacerdotales y miraba esta escena temblando desde la puerta de la sacristía. La Reina, enfurecida por la obstinacion del oficial, corrió á ponerse entre éste y sus protegidos, esclamando:

—¡No pasareis, no! ¿Decís que os manda el Rey? Pues bien, ¡que venga el Rey á prender á mis súbditos!....

El oficial retrocedió, no atreviéndose á ofenderla.

—Señora, dijo: acato la voluntad de V. A.; pero no puedo permitir que salga de aquí nadie hasta que el Rey me lo ordene. Permitidme cumplir mi deber.

Así diciendo, distribuyó sus hombres, colocándolos en las diferentes puertas por donde se podia salir del corredor, y se retiró á dar cuenta al Rey ó á D. Juan Manuel. Leonor miró á todos lados con zozobra, é inclinándose hácia doña Juana, le dijo en voz baja:

—¿Qué haremos, Señora? No pueden salir y peligra su vida.

—Tienes razon: os he comprometido. ¡Pero no importa! ¿Crees que el Rey me los arrebatará?

—¡Oh!.... ¿No estais vos misma prisionera?

—Abrámonos paso á viva fuerza, dijo Almazan.

—Eso apresuraria nuestra ruina, contestó el proscrito.

Mientras así hablaban, sin saber qué partido tomar, ni poder resignarse con su contraria suerte, sonó en los aposentos de la Reina la voz de D. Felipe: todos se estremecieron mirándose unos á otros: el jóven y su amigo se arrimaron á la pared buscando la sombra, como si esta pudiera ofrecerles un asilo ó una esperanza. El Rey entró en el pasadizo preguntando:

—¿En dónde, en dónde están?

Doña Juana retrocedió, poniéndose delante de sus amigos, cual si tratára de cubrirlos con su persona. En este momento asomó detrás de ellos la deforme cabeza de Gilito, quien dijo:

—Seguidme por aquí.

Hubo un momento de indecision: pero la Reina empujó á Pedro y Almazan, murmurando á sus oidos:

—No temais: salvaos. Leonor queda conmigo.

La jóven dama sacó precipitadamente la carta que le habia dado la Reina y la entregó á Enrique, diciéndole:

—Tomad y volveos á Castilla. Mostrad esto al rey Fernando, y rogadle que salve á su hija.

Los aventureros desaparecieron detrás del tapiz, donde sonó en seguida el ruido de un resorte.

Casi en el acto llegó D. Felipe, y viendo á su esposa y á Leonor solas, volvió á preguntar con estrañeza:

—Pero, ¿dónde están? ¿Dónde se han metido esos hombres?

—¿De qué hombres hablais? preguntó doña Juana con calma y con ánimo de dar tiempo para que se salvasen los fugitivos.

—De los que habia con vos en este sitio hace un momento: de los viles conspiradores que habeis introducido en mi casa.

La Reina hizo un ademan á Leonor para que se retirase, y luego que la vió léjos, respondió:

—Señor, no demos escándalo: todos somos débiles.....

—¡Qué estais diciendo! profirió el Rey con ira y concibiendo una sospecha indigna de su mujer. ¿No era el uno de ellos Almazan?

—Sí, Almazan: un pobre jóven, á quien aprecio, y que no conspira, ni ha conspirado nunca.

—¿Y vos le defendeis?

—Claro está: ¿qué he de hacer, si veo que venís, como un loco, buscándole para matarle? Aquí estaba conmigo hace un momento: pero yo no dejo que maltraten á mis buenos amigos, y le he puesto en salvo. ¿Qué tiene esto de particular?

—Señora, tiene mucho de particular que recibais á escondidas de mí á hombres jóvenes en vuestro aposento, y que esteis á solas con ellos mientras se ocupan vuestras damas en ejerci-

cios piadosos: tiene mucho de particular que uno de esos hombres sea Enrique de Almazan, el cual, hay quien diga, que sabe mas que yo de vuestros secretos.

—¿Y quién es el villano que se atreve á manchar mi reputacion? esclamó la Reina en un arrebato de cólera.

Pero reportándose en seguida, prorumpió riendo á carcajadas.

—¡Jah!.... ¡jah!.... ¡jah!.... ¡jah!.... ¡Conque D. Felipe de Austria tiene celos!.... ¡Jah!.... ¡jah!.... ¡jah!.... ¡Qué ridiculez!... ¡Celos!....

—¡Sí, Señora, celos! ¿Por qué no los tendria, si me dieseis motivo?

—¡Callad, Señor, callad, por Dios! Que nadie os oiga; pues creerán que estais loco. ¡Celos!.... ¡Jah!.... ¡jah!.... ¡jah!.... Nunca me figuré que pudiese dar celos una mujer á quien no se ama.

—Ni yo he podido concebir hasta hoy, Señora, que llegue vuestra insensatez al estremo de provocar abiertamente mis iras: ayer ofendisteis á uno de mis mas fieles servidores; provocasteis una asonada, comprometiendo la paz pública.....

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, vos.

—¡Mentís, D. Felipe!.... ¡Mentís!

—¡Señora!

—Lo que yo hice fué alejar de vuestra cabeza el peligro que la amenazaba: y lo que hoy hago, á nadie le importa. Encerrada como me teneis, soy dueña absoluta de mis acciones, y conservo el derecho de mandar á mis súbditos.

—Vuestros súbditos lo son mios.

—Si yo quiero: entendedlo así.

—Entregadme al punto esos hombres, ó de lo contrario.....

—No penseis intimidarme con amenazas. Esos hombres han

salido ya de Palacio: si estuviesen aquí, tendriais que pasar por encima de mi persona para llegar hásta ellos.

Don Felipe apretó los puños con ira, y abalanzándose al tapiz, lo levantó y empujó la puerta secreta por donde habian huido los amigos de la Reina; pero encontrándola cerrada por dentro, retrocedió murmurando:

—No: por aquí no han salido: han de estar en Palacio.

Y dirigiéndose á su esposa, le mandó seguirle, y la condujo á un aposento reducido y sin salida, donde la dejó, poniendo guardias á la puerta. Despues registró todas las demás habitaciones, hasta persuadirse de que no habia nadie en ellas; y encontrando á Leonor en la suya, no se dignó siquiera mirarla.

Entre tanto el capellan, habiendo observado el giro que tomaba este lance, se revistió con la capa pluvial y salió á la capilla para terminar el devoto ejercicio, como si nada supiese de cuanto habia pasado, y las damas continuaron cantando en el coro, muy agenas á tan ruidoso acontecimiento. El Rey fué á reunirse con D. Juan Manuel, á quien previno que mandase cerrar las puertas del palacio, é hiciese buscar por todo él á los dos fugitivos.

—Es ya tarde, respondió el ministro: cuando la Reina dice que están fuera, verdad será: con vuestro permiso, voy á enviar algunos hombres en su persecucion, y me prometo que han de traerlos antes del dia.

Don Juan Manuel calculaba bien: Pedro de Azagra y Almazan no se habian detenido un momento en Palacio: conducidos por el bufon á través de las habitaciones de D. Felipe, mientras éste se entretenia en las de su esposa, llamando hácia aquella parte la atencion general, habian tenido ocasion y tiempo para bajar al jardin por la escalera principal, pasando sin ser molestados por delante de los guardias: y acababan de salir al campo,

encaminándose á la Sennenfels poco satisfechos del resultado de su empresa temeraria.

Cerca estaban ya de la roca prodigiosa, cuando oyeron detrás de sí un rumor semejante al redoble lejano de una banda de tambores. Pedro de Azagra refrenó su caballo y estendió el brazo para detener el de su compañero; y parándose un brevísimo rato á escuchar, dijo con la seguridad de un hombre esperimentado:

—Nos persiguen, amigo mio. Seguramente nos han visto salir, ó han sabido por alguna circunstancia imprevista el camino que llevamos..... Oid.

—Efectivamente suena ruido de caballos, dijo Almazan; pero quizá no vengan persiguiéndonos.

—De quince á veinte son, repuso el proscrito, y no me queda ninguna duda de que traen nuestro mismo camino: apretemos el paso.

No se engañaba Pedro de Azagra: media milla detrás de él venian quince hombres de armas, enviados por D. Juan Manuel, con órden espresa de entrar en la casita de la Sennenfels y prender á cuantas personas encontrasen en ella: nuestros aventureros penetraron en la espesura del bosque, tomando la senda obstruida por la maleza, que solo conocian los habitantes de la roca, y llegaron á ésta media hora antes que sus perseguidores encontrasen el camino embarazado para el paso de sus monturas.

El proscrito llamó apresuradamente, y habiendo aparecido Margarita, consultó con ella su situacion en breves palabras.

—La mágia, le dijo la hechicera, no tiene poder ninguno contra quince ó veinte hombres armados: el valor que se infunden unos á otros, desvanece todo el prestigio que crean los terrores de la imaginacion. Esos hombres allanarán esta casa brutalmente, y si nos encuentran aquí, estamos perdidos: no hay salvacion sino en la fuga.

—¿Y habremos de abandonar este asilo, dejando que ojos profanos descubran sus misterios?

—Asilos tendremos de sobra, bien lo sabes, Pedro. Si no quieres que se descubran nuestros secretos, hagamos como hacian mis antecesores al abandonar un campo: destruyamos nuestra tienda.

—¿Y mi hija?.... ¿Y la Reina?....

—No temas que el tirano atente contra su vida. Puede aprisionarlas; pero el miedo las guarda.

—Pues bien: huye tú con Celestina: Enrique y el capitan os acompañarán. Llevaos mi caballo y las cosas de algun valor. Yo me quedo para borrar nuestras huellas.

—Si tú te quedas, yo tambien, dijo Margarita. Prefiero correr el peligro cerca de tí, á sufrir léjos la ansiedad de la duda.

El capitan Mendez y Moran habian acudido, y enterados de lo que pasaba, dijo el primero:

—Esta roca nos ofrece asilos recónditos é impenetrables: dentro de ella podemos luchar y defendernos contra cien hombres nosotros solos.

—Así es la verdad, repuso el proscrito; pero no temo á los que ahora vienen, sino á los que vendrán despues. Mañana podrán cortarnos la retirada, y la falta de víveres nos obligaria á rendirnos. Además, si no salvamos los caballos, será imposible la fuga con mujeres: yo no los necesito: pero vosotros sí..... Marchad al momento, y esperadme en la ermita del Águila, donde paramos la última vez, cuando vinimos de España. Tomad este anillo, añadió sacando uno de hierro que llevaba en su dedo:—con él sereis admitidos en el asilo que os he indicado. Si en el transcurso de tres dias no comparezco, pedid un guia que os conduzca hasta la ermita de los Pirineos. Tomad tambien el pliego que os dió D. Juan Manuel; y si yo no voy á recobrarlo, llevadlo á Roma, y no volvais á España sin obtener la dispensa

que en él se pide, y entregadla á nuestro amigo Almazan: él sabe de lo que se trata.

Inmediatamente se ocuparon todos en hacer los preparativos de marcha: encerraron en dos grandes maletas los vestidos y objetos de valor que poseia Margarita, y los cargaron en una caballería, colocando encima á la vieja Celestina. Mendez y Almazan partieron con ella, conduciendo además el caballo del proscrito y otro, los cuales debian quedar atados á un árbol en un parage que aquel designó, á media legua de la roca. El gigante Moran y la hechicera permanecieron con Pedro de Azagra en la casa, esperando el resultado de la visita que temian, y que no tardó en llegar.

Margarita se puso á observar por la cerradura de la puerta lo que pasaba fuera, y vió que el gefe de la partida tomaba disposiciones, no para precaverse contra los espíritus, sino para impedir qne saliese nadie y para resguardar á su gente el en caso de un ataque imprevisto: la oscuridad no le permitia distinguir bien el número de hombres que venian, ni el género de armas de que estaban provistos; pero no era difícil oir las órdenes dadas en voz baja, y por ellas comprendió la linda morena que aquellos se distribuian en tres grupos; de los cuales, uno rodeaba la casa, otro se situaba de reserva á corta distancia, y el tercero debia avanzar hácia la puerta con el oficial á la cabeza.

Éste se acercó por último y dió algunos golpes, á los que Margarita no consideró prudente responder sin consultarlo antes con Pedro de Azagra: oido el consejo de éste, volvió á la puerta y contestó:

—¿Quién viene aquí á estas horas?

—Abrid, le dijo el oficial: tengo que hablaros de cosas que os interesan.

—Venís en muy mala ocasion, señor caballero, repuso Mar-

garita. Estoy sola y vos acompañado, y no puedo recibiros sin esposicion de que peligre vuestra vida y la mia.

—Pues bien, abrid en nombre del Rey Archiduque y no me obligueis á usar de la fuerza.

—Venid de dia claro, y os obedeceré, señor caballero. En este momento me es imposible.

—Abrid pronto: de lo contrario, echaré abajo la puerta, y lo pasareis mal.

—Haced lo que gusteis; pero os advierto que no respondo de las consecuencias.

Dicho esto, Margarita se retiró y fué á juntarse con el proscrito y Moran, que se ocupaban en obstruir con trozos de peñasco la entrada de la gruta prodigiosa, y en romper algunos de los objetos que servian para el prestigio mágico de la hechicera. En esto se oyeron los fuertes golpes que los hombres de armas daban con sus hachas para derribar la puerta, la cual comenzó á ceder mas pronto de lo que se podia esperar.

—¡Huid, huid! esclamó el gigante, tomando una clava de hierro y colocándose junto á una estrecha abertura que servia de entrada á las sinuosas cavidades de la roca: yo protejeré vuestra retirada. ¡Huid!

—Detenlos, amigo Moran, le contestó el proscrito; pero no tardes en seguirnos: ¡mira!

Y señalaba con la mano un torbellino de humo espeso que salia del gabinete reservado de la hechicera: provenia aquel humo de un monton de materias resinosas que acababa de incendiar el mismo Pedro de Azagra, y de las cuales se desprendian una llama voraz y un olor sofocante.

La puerta esterior cayó con estrépito, derrumbada por los hombres de armas, y estos se precipitaron dentro; pero no encontrando á nadie, y percibiendo los trémulos resplandores del incendio, cuyos secos estallidos resonaban con lúgubre rumor en las concavidades de la caverna, se dispertaron en sus ánimos las

pavorosas ideas que aquel lugar misterioso infundia. De pronto enrojecieron las llamas el boqueron tras del cual estaba el gigante, y éste apareció como una vision infernal, destacándose del fondo de los peñascos, que se delineaban con vivas tintas naranjadas y sombras negras.

A pesar del efecto terrible que esta aparicion producia, el gefe de la partida mandó á sus soldados avanzar: Moran los aguardó inmóvil; solo podian entrar de uno en uno por la estrecha abertura: el primero que osó llegar hasta ella, cayó aterrado de un golpe de maza: los demás retrocedieron llenos de pavor.

—¡Adelante, cobardes! gritó el gefe: ¿no veis que es un hombre como nosotros? ¡Fuego en él!

Tres tiros de mosquete partieron á un tiempo, y sus detonaciones se reprodujeron con el estruendo del rayo. Moran desapareció un momento, y volvió á presentarse prorumpiendo en una carcajada estentórea, que heló la sangre en las venas de los mas valientes.

Entretanto los torbellinos de humo invadian todos los aposentos de la casa, y las lenguas de fuego comenzaban á romper su lobreguez, atraidas por el maderaje de la techumbre. Los soldados y hasta el mismo gefe tuvieron que retirarse buscando aire que respirar.

Un accidente impensado, ó por mejor decir, un olvido de los habitantes de la Sennenfels, complicó la situacion de los mismos, próxima á su desenlace. Habia dentro de aquella morada, y no léjos del paraje donde comenzó el incendio, un barril de pólvora que Pedro de Azagra conservaba allí para un caso necesario; con la precipitacion de su fuga, no se acordó de él; pero apenas hubo puesto en salvo á Margarita, sacándola por un conducto subterráneo, le acudió repentinamente la idea del grave peligro en que dejaba á su fiel criado; y sin detenerse un momento, retrocedió á darle aviso, para que abandonára su puesto. Mo-

ran oyó detrás de sí el silbido especial con que su amo solia llamarle, y se volvió para contestar. En aquel instante resonaron de nuevo las detonaciones de los mosquetes; y cual si fuese un eco centuplicado, estalló dentro de la caverna un espantoso zumbido; retembló la roca, y un volcan se abrió paso á través de la casa, despidiéndola con ímpetu, convertida en incendiados escombros, y derrumbando una parte considerable del peñasco.

. . . . . .

Al amanecer, el gefe de la partida, que se habia salvado milagrosamente, reunia los individuos dispersos que sobrevivieron á la catástrofe de la Sennenfels, y contemplaba con terror y asombro aquella ennegrecida mole de cuarzo, cuyo aspecto salvaje parecia mas lúgubre y sombrío á la luz argentina de la aurora. De los quince hombres, solamente diez quedaban con vida, y de éstos habia seis mas ó menos gravemente heridos: casi todos los caballos habian roto las bridas con que los ataron á los troncos de los árboles y andaban fugitivos por el bosque.

La relacion que hizo el gefe á D. Juan Manuel de su malograda aventura, sostenida por el testimonio de los hombres de armas, llenó de consternacion á la corte de Bruselas.

CAPÍTULO XVI.

Epilogo de este libro segundo.

Cerca de tres meses habian transcurrido despues de los acontecimientos que acabamos de referir; durante este tiempo la Reina permaneció encerrada sin ver á su esposo ni á otras personas mas que á Leonor, de quien esclusivamente queria hacerse servir; al sacerdote que entraba con guardias á decirle misa en su capilla, y á la camarera mayor, que se desesperaba, no pudiendo obtener la mas ligera muestra de confianza, y que mas que nunca podia considerarse, segun su espresion, como un mueble de lujo.

Entre tanto, las relaciones de la corte de Bruselas con la de Castilla estaban completamente interrumpidas, no habiendo mediado mas que una intimacion grave y severa, hecha por el cardenal Cisneros en nombre del Rey Católico á los embajadores flamencos en Segovia, para que su Señor, el Archiduque, tratase con el decoro debido á doña Juana y diese libertad al secretario Con-

chillos; y una respuesta altiva de aquel príncipe, declarando que nadie tenia mas interés que él en guardar á su esposa las consideraciones debidas, y que, siendo Conchillos un criado suyo delincuente, á él solo le correspondia tratarle como mereciera.

Ni una palabra se dijo relativa á Leonor de Silva, ni á sus amigos: solamente se recibió, por conducto del señor Andrea del Burgo, una carta del conde de Cifuentes al príncipe de Simáy, participándole que, en atencion á graves circunstancias é intereses de familia, convenia suspender toda determinacion respecto al concertado enlace de la jóven dama con el señor de Laxaols.

Mas, á pesar del frio y tal vez calculado silencio que guardaban los dos gabinetes, era contínuo el movimiento de los emisarios secretos que iban y venian del uno al otro pais. Don Juan Manuel mantenia una correspondencia por demás activa con el duque de Nájera y el marqués de Villena, sin olvidar á su quisquilloso triunviro, el conde de Benavente; quienes, al paso que reforzaban las guarniciones de sus castillos y plazas fuertes, y procuraban tener á sus vasallos prevenidos casi en pié de guerra, se entretenian en recorrer el reino, visitando atentamente á otros grandes señores, y cultivando la amistad del condestable Haro, del almirante Henriquez y de los demás nobles conocidamente aficionados al rey D. Fernando. Se hacian circular de intento mil diversos rumores acerca de las intenciones, proyectos y actos del Archiduque, de su suegro y de otros altos personages: quien afirmaba que D. Felipe habia solicitado una sincera union, y que el Rey Católico, aparentando quererla, habia intentado excluir á su yerno del gobierno por medios políticos, y especialmente arrancando á doña Juana con engaños una autorizacion al efecto; quien atribuia por el contrario al Príncipe aleman la intencion de excluir á D. Fernando y á su propia mujer de toda participacion en el mando, y aseguraba que el

rey de Francia disponia un poderoso ejército para apoyarle. Decian algunos, (y esto en la misma corte de Castilla), que el gran Capitan, persuadido de la mala fé del monarca aragonés, habia resuelto adherirse al partido de D. Felipe; y pensaba entregarle la Italia, como conquista hecha por las armas castellanas: otros mas allegados á los consejos de aquel soberano, mostraban cartas de Francia y de Brabante, donde se hacian importantes revelaciones respecto á tratos secretos entablados entre el Archiduque y Gonzalo de Córdoba, quien, al decir de los corresponsales, habia recibido promesa formal de ser nombrado virey perpétuo de Nápoles.

No carecian de fundamento estos rumores; pues D. Felipe y su padre, el rey de Romanos, mantenian correspondencia con aquel general, y le hacian proposiciones ventajosas para que se declarase enemigo del aragonés y se alzase con el reino en nombre del príncipe D. Cárlos.

Por otra parte, el mismo D. Felipe acababa de ratificar su alianza con el rey Luis de Francia, firmando nuevos tratados, en que éste último se comprometia á permitir el paso de tropas alemanas por su territorio, para invadir los dominios de Castilla, y diariamente se celebraban conferencias entre los ministros del Archiduque y los embajadores del francés, en las cuales trataban de sus respectivos negocios con tanta intimidad como si fuesen todos vasallos ó servidores de un solo soberano.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando una mañana llegó al palacio real de Bruselas un correo estraordinario de España, el cual entregó á D. Juan Manuel una comunicacion reservada.

Mientras la leia el gran tesorero con vivo interés, aunque no con descontento, sonó el pestillo de una puerta, levantado con ímpetu, y aquel mandó al mensajero retirarse, al mismo tiempo que daba á su semblante el aspecto sombrío de la indignacion y el sobresalto.

En el momento mismo se abrió una puerta disimulada en la tapicería que adornaba los muros del gabinete, y apareció en ella D. Felipe con los ojos centellantes de ira y todas sus facciones descompuestas.

El ministro se levantó, y quitándose la gorra de terciopelo morado que cubria su calva, se inclinó respetuosamente.

—¡Don Juan! prorumpió diciendo el Archiduque: ¡me han vendido miserablemente! ¿Qué noticias tienes de Francia?

—Señor, contestó el ministro, presentando la carta que acababa de recibir; en este momento me avisan.....

—¡Conque es verdad! repuso don Felipe, cuya ira crecia conforme daba curso á su pensamiento.—¡Conque me ha engañado el rey Luis!....

—Aun no he tenido tiempo de leer todo lo que me dicen; pero V. A. mismo puede enterarse por esta carta, respondió D. Juan.

—¡Eh! Déjame á mí de leer cartas ahora..... Pero esplícame, ¿cómo ha sido eso?.... ¿cómo es posible?

—Señor, á mí me ha cogido esto tan de sorpresa como un rayo, y no sé lo que me pasa. Si no me permitís, al menos, acabar de enterarme.....

—Entérate cuanto quieras, replicó el Archiduque paseándose desatentado por el gabinete y mordiéndose los puños—¿Conque nada sabías? ¡Y eres tú el hombre hábil, el sagaz político, el eminente consejero!.... ¡Vive Dios!.... Mi bufon vale mas que tú..... Seis meses hace me lo está diciendo: «Felipe, no te fies de los franceses..... Felipe, que te enredan..... Felipe que no buscan mas que su negocio, y te dejarán colgado en cuanto haya otro que les ofrezca mejor partido.....» Y tú, por el contrario, tan crédulo y tan majadero, me obligas á dar la razon á mi suegro, y á reconocer que soy un bobalicon, un juguete de tunos!.... ¡Y todo por tu torpeza!

Don Juan Manuel oia esta dura reprimenda sin alterarse, y

aunque concluyó de leer la carta, volvió á empezarla para dar tiempo á que se desahogase la cólera del Rey.

—Señor, contestó por último: teneis razon en decir que he andado torpe; mas nadie puede prever una traicion. ¿Qué estraño es que yo, con mi limitado talento, haya padecido una sorpresa, cuando toda la sublime penetracion de V. A. no ha bastado á precaver el golpe?

—¿Me harás cargos todavia?

—¡Líbreme Dios de semejante desacato! Mi intencion, Señor, no es otra que la de probaros mi lealtad, haciéndoos conocer que se necesitaba ser casi un Dios para prever que una jóven tan tierna y que tantas veces os ha demostrado su afecto, hubiera de faltaros de esa manera.

—¿Qué estás diciendo? interrumpió don Felipe. ¿De qué me hablas? Yo no sé mas sino que el rey Luis ha firmado alianza de amigo de amigo y enemigo de enemigo con mi suegro. De esto te pregunto: de esto me quejo.

—Pues bien, Señor: de eso mismo contesto á V. A. Para firmar esa alianza, el Rey Católico se ha desposado con la princesa Germana.

—¡Rayos del cielo!..... ¿Esto mas?

—Claro está, repuso el ministro, complaciéndose interiormente en atormentar al Archiduque, en desquite de las injurias que éste le habia prodigado:—Claro está, que para concertar una alianza tan estraña, era preciso apelar á medios estraordinarios; y yo, en mi torpeza, no podia presumir que una amiga íntima vuestra viniese á ser el instrumento de que se valiera el astuto D. Fernando. Pero, ya se vé: le dá en dote el disputado reino de Nápoles, y ya teneis á la Francia inclinada en contra vuestra.

—¡De modo que, no era mi amistad, sino la Italia lo que apetecian! ¡De modo que Juana tenia razon cuando me dijo, que los franceses aspiraban á dividir mi imperio, y yo fuí un nécio en no creerla!

—Señor, cuando la Reina os dijo eso, los franceses trataban de buena fé, y nadie habia pensado en el enlace estrafalario que nos acaban de noticiar. Despues, bien sabeis lo que ha sucedido: recordad la superchería de que se valieron los amigos del rey Fernando para sustraer á su hija la autorizacion del gobierno, y la amenaza con que se despidió de vos la condesa de Haro; y esto solo os dará la clave para descifrar el enigma. Todo aquello fué, sin duda, el principio de una farsa, para venir á parar á este desenlace. Pero no debeis desalentaros: el político aragonés ha dado un mal paso.

—¿Lo crees así? Pues á mí me parece que ha puesto el pié sobre seguro. Aliado con Francia y con Inglaterra, ¿qué puedo yo hacer contra él?

—Echarle mas fácilmente de Castilla, cuya voluntad se ha enagenado. ¡Ah, Señor! ¿no conoceis que basta un poco de talento para sublevar la conciencia de un pueblo? El castellano conserva todavia muy viva su veneracion á la reina Isabel: recordémosle que no hace un año que dejó de existir la que por tanto tiempo ha sido su ídolo, y mostrémosle el tálamo y el trono, que solo ella parecia digna de ocupar, profanados por su mismo marido. Recordémosle que la gran Reina hizo jurar al esposo de Germana de Fox que nunca mas se casaria, para no perjudicar á sus nietos, y que solo con esta condicion la otorgó la facultad de gobernar sus reinos. Haced esto, y vereis disueltas, como el humo, las pretensiones del Rey Católico.

—Dices bien, D. Juan: yo te he ofendido en un momento de ceguedad; pero reconozco que sabes mucho. Sí, dices bien: ayúdame á vengarme de ese hombre y de esa mujer, y pídeme un reino en recompensa: me contentaré con verlos humillados.

—No necesito mas recompensa que el aprecio de mi bondadoso soberano, repuso D. Juan Manuel. Se ha cometido una iniquidad contra V. A., y esto bastaria para obligarme á procurar

su desagravio, aun cuando no estuviese interesada en ello mi propia dignidad. Tranquilizaos, que todo irá bien.

El Archiduque y su ministro hablaron largamente, concertando el plan de su conducta ulterior, y convinieron en proceder con disimulo, hasta tanto que las circunstancias les ayudasen á levantar la cabeza.

Don Juan Manuel aprovechó esta ocasion para fortalecer su crédito en el ánimo de su Señor, y hacerse mas necesario, no solo por la posesion de los secretos que aquel le habia confiado en varias ocasiones, sino tambien por la influencia que tenia entre los nobles castellanos para combatir al rey D. Fernando.

Al dia siguiente se presentó al ministro de D. Felipe un caballero español, enviado desde la frontera de Francia por el conde de Cifuentes, el cual iba en calidad de embajador estraordinario, y solicitaba permiso para presentarse como tal en la capital de Brabante y Flandes. Don Juan Manuel le recibió con agasajo, y le contestó que cualquier español, y en particular el noble conde, sería siempre bien admitido en Bruselas, sin necesidad de anunciarse; pero que agradecia el aviso, por cuanto así podria dispensar al ilustre enviado los honores correspondientes á su clase y dignidad.

Inmédiatamente se espidieron órdenes á los pueblos del tránsito, mandando hacer al conde y á su séquito los mayores obsequios, y se envió á su encuentro una diputacion de nobles alemanes.

Mientras llegaba el embajador, D. Felipe, por consejo de su ministro, mandó retirar la guardia interior de la Reina, y pasó á ver á ésta.

—Señora, le dijo con tono afectuoso: he aguardado mucho tiempo una demostracion del cariño que otras veces me profesabais, para responder á ella, sin necesidad de humillarme: pero veo que teneis demasiado teson, y que nuestro desacuerdo no podria prolongarse sin detrimento de vuestra salud. Esta consi-

deracion me ha rendido, y vengo á pediros una amistad, que veo perdida con dolor de mi corazon.

Estaba la Reina en compañia de Leonor cuando su marido le dirigió estas palabras: su semblante, pálido y consumido por los profundos pesares, se coloreó de repente, como si lo hubiera iluminado el resplandor de un incendio: sus ojos brillaron con la espresion de un entusiasmo feroz, y dirigieron á uno y otro lado miradas recelosas é inquietas. Un ademan breve y enérgico dió á entender á Leonor que debia retirarse y dejar sola á su Señora.

La conversacion que se entabló en seguida entre D. Felipe y la infortunada Reina fué al principio discordante y disparatada como las frases que inspira el delirio.

—¿Quién me habla de amistad? preguntó doña Juana. ¿Qué le interesa á nadie mi salud?

—¿No ha de interesarle á vuestro esposo? dijo el Archiduque.

—¡Ah! ¡Mi esposo!..... Acercaos.... Venid acá. Yo reconozco vuestra voz.

Al decir esto, la desgraciada Señora respiraba con agitacion. Don Felipe sintió pena, y acercándose á ella, le tomó la mano.

Cual si una corriente de fluido eléctrico hubiese roto la atmósfera de insensibilidad que parecia rodear á doña Juana, comunicándole de pronto una vida facticia, del mismo modo el contacto de D. Felipe la agitó, despertándola de su letargo intelectual.

—¡Felipe! ¡Ah!.... ¡Felipe! esclamó la Reina, dando un grito agudo.

Y sin poder proferir mas palabra, se desplomó desmayada.

—¡Socorro!.... ¡Socorro! gritó el Archiduque, lanzándose á una de las puertas interiores.

Leonor y la condesa de Camiña se presentaron en el acto.

—¡Pronto!.... ¡pronto! ¡Que vengan mis médicos!.... ¡Llamad á Marliano!

La jóven dama corrió á llamar al doctor, mientras la condesa acudia al lado de la Reina y le tomaba las manos, que estaban yertas como las de un cadáver.

Marliano llegó á poco, y se sobresaltó al ver á doña Juana: pero habiéndola pulsado con detencion, volvió á su semblante la serenidad.

—No hay cuidado, dijo: esto se pasará.

Y aplicándole algunos remedios, consiguió al cabo de una hora restablecer la vitalidad paralizada, que se manifestó por medio de angustiosos sollozos.

—¡Si pudiera llorar!.... murmuró el sábio milanés.

Leonor hizo un movimiento negativo con la cabeza. Doña Juana irguió la suya, reprimiendo súbitamente los sollozos, y tendió al rededor su mirada tranquila: en un momento se hizo cargó de su situacion.

—Dejadme sola, dijo sin mas alteracion que un leve temblor en la voz: el Rey quiere hablarme.

Don Felipe consultó con la vista á Marliano, quien, acercándose á él, le dijo en voz baja:

—Lo que ella quiera.

Y salió del aposento, haciendo seña á las damas para que se retirasen.

Despues de una breve pausa, doña Juana preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que estais aquí?

—Hará una hora, contestó el Archiduque.

—¿Y qué haceis en pié? Sentaos. ¿Quereis de mí alguna cosa?

—Únicamente veros tranquila.

—Ya lo estoy. ¿No es mas que eso?

—¡Qué frialdad! dijo para sí D. Felipe.—Y respondió:

—Algo mas deseo: que olvideis nuestros pasados disgustos.

Doña Juana se sonrió amargamente.

—Nunca he oido decir, repuso, que tengan memoria los locos: pero si es vuestro gusto que olvide, olvidaré.

—Mi gusto es que vivamos en buena amistad y armonía.

—¿Y quién ha hecho que se rompa esa armonía? preguntó doña Juana, quebrantando la calma que se habia propuesto conservar. ¿Quién?

—Juana, repuso el Archiduque: te propongo el olvido. Ya están léjos de tí las personas que te aconsejaban mal: ya no hay peligro de que se turben nuestras buenas relaciones.

—No os creo, D. Felipe: me habeis engañado muchas veces. ¿Cómo van vuestras relaciones diplomáticas con Francia? Me habian dicho, hace poco, que estabais de viaje..... no sé si en Blois ó en Paris. Vos lo sabreis mejor.

—Es verdad que he viajado por Francia no ha mucho tiempo; pero en la actualidad todos mis tratos con los franceses han concluido.

—¿Cómo es eso? ¿No se contenta la cojita con las proposiciones que le haceis?

Germana de Fox era coja, y á ella aludia doña Juana.

—Veo que no quereis aceptar la paz, repuso D. Felipe. Nunca he tenido proposiciones que hacer á esa señora; y hoy, que debo respetarla, como madre política, mucho menos se las haria.

—¿Qué decís? Germana.....

—Es hoy esposa de D. Fernando de Aragon.

—¡Felipe!.... ¡Felipe!.... ¡Amor mio!.... esclamó la Reina haciendo un esfuerzo para levantarse y volviendo á caer sin fuerzas en su sitial.

—¿Qué quieres?.... ¿Qué deseas?.... preguntó solícito el Archiduque.

—Quiero que venga Marliano y que me hable con franqueza: que me diga si es verdad que estoy loca... . ¡Germana esposa de mi padre!.... ¡Oh! Eso no puede ser: ¡hace apenas ocho

meses que falleció mi madre! O yo estoy loca, ó todos los demás han perdido el juicio.

—No es menester que venga Marliano: yo basto para asegurarte que te sobra la razon. El hecho que te anuncio es cierto, y pronto verás aquí al conde de Cifuentes, que viene á confirmar su evidencia: pronto conocerás que mi dureza contigo, era forzosa, y que el porvenir de nuestros hijos me obligaba á ser tirano á pesar mio. Tu padre ha olvidado lo que debia á la memoria de su esposa, y por sostenerse en el trono que te pertenece, sienta en él á una francesa, y hace alianza con su mayor enemigo.

—Eso es inconcebible, repuso doña Juana, cuyo corazon se encontraba doblemente combatido entre el amor filial y el que tenia á su esposo.—¡Mi padre conspirar contra mis intereses!....

Un momento quedó suspensa, y de pronto esclamó con el acento triste y la faz risueña:

—¡No importa!.... ¡No importa!.... Se lo perdono; porque me devuelve tu cariño.

—No repruebo que perdones á tu padre; pero es menester que mires tambien á lo que exige el interés de tus hijos.

—¿Qué quieres que haga? Mándame: yo siempre he sido tu esclava.

—El conde de Cifuentes vá á llegar: que nos vea unidos y pueda decir á su señor, que D. Felipe de Austria cuenta con el amor de su esposa para sostener sus derechos en todo tiempo.

—Sí, Felipe de mi alma, sí: tú puedes contar con mi amor. Que venga el conde: yo le diré que eres el mejor de los esposos; que miente quien lo niegue; que me has castigado con justicia.....

—No, eso no.

—Pues bien: le diré que siempre fuiste para mí tal como yo te deseaba.

El Archiduque pasó todavia mucho tiempo con su esposa, y

luego que se apartó de ella, fué á verse con D. Juan Manuel, á quien dijo:

—He conseguido cuanto queriamos: ahora solo falta que el conde no logre hablar á solas con su sobrina.

—De eso me encargo yo, repuso el ministro.

—Encárgate tambien de instruir á la camarera mayor y á Marliano: la Reina tiene la cabeza poco segura, y es menester que él la cuide.

Al otro dia entró en Bruselas el conde de Cifuentes: llevaba un acompañamiento mas brillante que numeroso, compuesto de caballeros de la primera nobleza castellana y aragonesa: entre ellos iba D. Pedro Lopez de Ayala, uno de los hábiles negociadores de quienes se hacía servir el Rey Católico en sus embajadas á las córtes estranjeras: este caballero habia recibido poderes para quedarse en aquella capital como enviado ordinario, en caso de avenencia con el Archiduque.

La manera ceremoniosa de anunciarse que habia tenido el conde, parecia indicar que éste fuese portador de algun mensaje hostil, y esta presuncion se corroboró cuando, habiéndole ofrecido su casa el príncipe de Simáy, el embajador se escusó cortesmente de aceptarla, y fué á hospedarse en la del representante de Francia. Sin embargo, apenas descansó un dia, envió á solicitar el honor de ser admitido á ofrecer sus respetos á la Reina y al Rey de Castilla y Leon, sus legítimos soberanos.

Don Felipe y el gran tesorero se consultaron para determinar qué género de recibimiento se haria al noble conde, y despues de una detenida meditacion, resolvieron adoptar un término medio entre la gran ceremonia y la confianza, que demostrase la consideracion debida á un grande de Castilla y la benevolencia de un monarca para con su vasallo; pero de ningun modo las atenciones políticas reservadas al enviado de una corte estranjera.

En conformidad con este acuerdo, el conde fué recibido pri-

mero por D. Felipe en presencia del presidente de su consejo y del príncipe de Simáy; y cuando todos esperaban una embajada grave y severa, encubierta bajo fórmulas respetuosas ó corteses, supieron que D. Juan de Silva solo llevaba encargo de hacer al Archiduque y á su esposa una visita de atencion, y de participarles el enlace concertado entre D. Fernando y Germana, espresándoles el deseo de que mereciese su aprobacion.

El Archiduque respondió en términos generales, que agradecia el recuerdo de su padre político, y que no podia menos de parecerle bien aquello que era de su gusto. En seguida él mismo acompañó al conde á la cámara de la Reina, vendiéndole el favor de tratarle con familiaridad, aunque con el objeto de hallarse presente á su visita.

Doña Juana habia hecho todo lo posible para borrar las huellas de sus padecimientos morales; pero estaban demasiado profundamente impresas, para que desaparecieran en dos dias. El conde la encontró tan demudada, que á duras penas pudo reconocerla, y no ocultándosele la causa de aquel estrago, al participarla el recado de su padre, le dijo:

—Gentes ha habido, Señora, capaces de motejarme de mal castellano, porque aceptaba el encargo de conducir á Castilla á la nueva esposa del Rey vuestro padre: yo he creido, sin embargo, que el bien de mi patria y la felicidad de mis reyes exigian la realizacion de ese enlace, por desigual y estraordinario que parezca; pues nos promete la paz con una gran nacion, y es de esperar que allane el camino á otras alianzas por mucho tiempo deseadas. Tal ha sido, al menos, el pensamiento político de S. A. el rey D. Fernando, mi señor.

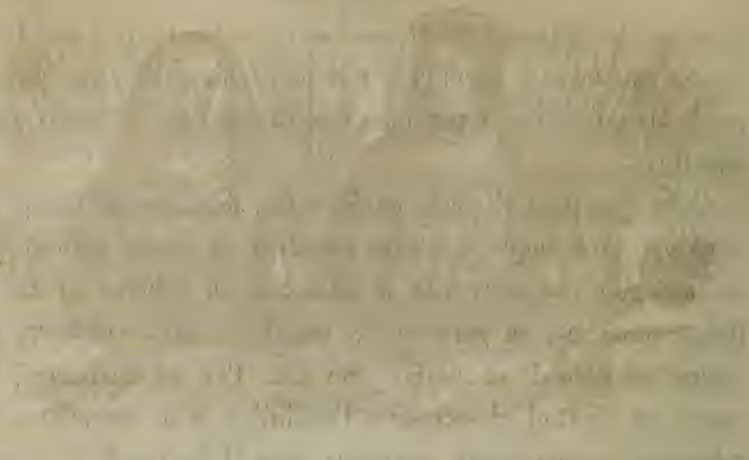
El conde no podia espresarse con mas claridad en presencia de D. Felipe: no obstante, se dejaba entender que los proyectos atribuidos á éste, con verdad ó con mentira, habian sido el móvil de la estraña conducta del Rey Católico, al pedir la mano de Germana de Fox: queria romper de una vez los lazos en que los

franceses enredaban á su yerno, contrayendo él otros mas fuertes con sus mismos enemigos, y desengañando al jóven príncipe de las quiméricas esperanzas que fundaba en la buena fé de aquellos.

Ocho dias pasó el conde en Bruselas: durante este tiempo recibió del Archiduque repetidas muestras de afecto; pero no pudo conseguir una entrevista á solas con su sobrina ni con la Reina, quien por su parte se le manifestó muy satisfecha del comportamiento de su marido con ella. Por su mediacion, fué puesto en libertad el secretario Conchillos, y se reanudaron las relaciones aparentemente amistosas entre D. Fernando y su yerno, quien otorgó un poder para que el Rey Católico gobernase en Castilla en su nombre y el de la Reina; y sobre estos preliminares se echaron las bases de una mútua concordia.

El conde regresó á Francia para cumplir su comision de acompañar á Castilla á la jóven princesa recien desposada por palabras de futuro, y D. Pedro de Ayala quedó en la corte del Archiduque.

Poco tiempo despues se retiraban de esta los representantes de Francia, y doña Juana creia poseer *pro indiviso* el amor de su marido. El tiempo demostró, sin embargo, cuán mudables é inciertas son las cosas de este mundo.



LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

En alta mar.

Principiaba el año de 1506: el invierno era crudo y borrascoso, los pescadores de Zelanda retiraban sus barcas á fuerza de brazos para librarlas de la furia del Océano, y á veces las abandonaban, para salvar sus vidas, á la corriente de las olas, que amenazaban romper los diques é inundar las tierras, arrebatadas á su imperio por la industria del hombre: las aves carniceras remontaban su pesado vuelo, y uniendo sus agrios alaridos á los de las aves del mar, invadian el dominio de estas, y les disputaban los cadáveres flotantes, arrojados á la costa por las tempestades.

Mas á pesar del furor del cielo y del Océano, los habitantes de Ostende habian visto darse á la vela en su puerto una po-

derosa escuadra, en la cual iban el Archiduque de Austria, su esposa doña Juana y todas las personas que componian su corte: dos mil soldados alemanes les acompañaban y una guardia escogida y numerosa de archeros, como si marchasen á la conquista de un pais enemigo. Los zelandeses hacian votos porque el cielo les concediese un feliz arribo al término de su viaje: la escuadra navegaba con buen viento hácia las costas de España; y conducida por hábiles pilotos, habia doblado ya los promontorios de Bretaña, y las gallardas naves surcaban en un dia de bonanza el golfo de Cantabria.

El sol calentaba como en la primavera, paseando su refulgente disco por un cielo azul puro y sin nubes; la mar, ligeramente rizada, ofrecia á la admiracion de los viajeros su inmensa llanura sin límites visibles, y una brisa nordeste hinchaba las velas, impeliéndolas con suave soplo, como las promesas de amor mueven los corazones y los confian.

Al caer la tarde, se hizo mas picante el calor del sol, y cesó enteramente el soplo de la brisa: era en estremo agradable la temperatura al aire libre, de modo que los ilustres viajeros y cuantos componian su séquito, se solazaban sobre cubierta contemplando el abismo que los rodeaba y los tranquilos buques, que se balanceaban sobre él, semejantes á una banda de cisnes en un lago.

Recostado contra la crugia de popa del navío almirante estaba D. Felipe, mirando con disgusto las flojas lonas, que caian á lo largo de los masteleros. A su lado estaban D. Juan Manuel y varios caballeros flamencos, y á corta distancia se entretenia Gilito solo en arrojar al mar un hilo largo con una moneda horadada, pendiente de su estremidad: de tiempo en tiempo tiraba del hilo como si estuviese pescando, y viendo salir la moneda, movia la cabeza con descontento y pateaba con afectada impaciencia.

—¡Qué despacio vá esto! esclamó el Archiduque. Me parece que no adelantamos nada.

—Nada, Felipito, nada, hijo mio, contestó el bufon. Todavia no he podido pescar ni un cetáceo, ni un atun, ni siquiera una sardina. Estos súbditos del rey Neptuno son rebeldes al cebo: no se parecen á los de otro rey que yo conozco.

Don Felipe no hizo caso de la charla de su bufon, y solo atendió á D. Juan Manuel, que le dijo:

—Estas alternativas tiene la mar. Sin embargo, Señor, no hemos perdido el tiempo: en cuatro dias de navegacion nos hallamos á mas de doscientas leguas de Ostende, y si esta noche vuelve á soplar el viento, como es de esperar, en todo el dia de mañana saludaremos las costas de España.

—Mucho lo deseo; porque aun confío en llegar á tiempo para hacer mudar de resolucion á mi señor Ayo, y para tener el gusto de que la ilustre cojita se quede, como dicen en tu tierra, á la luna de Valencia. Tambien tengo impaciencia por ver cómo se portan conmigo los nobles confederados.

—Descuidad, Señor, en cuanto á eso: los tengo, como suele decirse, cogidos por las narices.

Gilito tiró con rábia del hilo, y poniéndose á desatar la moneda, dijo á D. Juan Manuel:

—Papá Juan: ¿no tienes por ahí á mano algun castillo que darme, aunque sea prestado?

—¿Un castillo pide ese loco? esclamó el Archiduque soltando la risa. ¿Para qué lo quieres, Gilito?

—Para ver si los vasallos del rey Neptuno, que parecen muy señores, se dejarán coger, ya que desprecian el dinero. Vamos, papá Juan, dame un castillo.

—Hijo, no te puedo servir, respondió el ministro, siguiendo el buen humor del bufon: los que habia disponibles, los ha dado el rey D. Fernando á sus amigos.

—Ese lo entiende, repuso Gilito. Pero al menos podrás pro-

porcionarme un título de promision, unas cuantas varas de justicia para cuando haya vacantes, ó cualesquiera otras zarandajas de esas que te sobran y que halagarán á cualquier cetáceo..... No te pido el collar que tú sabes, porque me acuerdo de los pelotazos de marras; pero eso sí que bastaba para sacar á remolque este navío.

—Déjanos, Gil, y pesca como Dios te dé á entender, dijo el Archiduque.—Y añadió volviéndose á D. Juan Manuel:

—Ha sido una fortuna que el rey Fernando aplace la realizacion de su matrimonio; pues así me presento como campeon de mi mujer á detener el golpe que amenaza á la memoria de su madre. Sin duda él no ha pensado nunca en llevar á cabo ese enlace, y solo se ha propuesto intimidarme, concertando con el francés una alianza ficticia. ¿No te parece así?

—Es muy posible, repuso el gran tesorero: todo cabe en la cabeza del astuto zorro catalan.—Perdonad, Señor, si falto al respeto debido á S. A.

—¡Jah!.... ¡jah!... ¡jah!.... prorumpió D. Felipe riendo á carcajadas. Te perdono, D. Juan, te perdono. Pero habla bajo: que nadie te oiga ultrajar en mi presencia á mi augusto Ayo: pudieran suponer que es una farsa nuestra concordia, despues que él la ha proclamado solemnemente en Salamanca.

—Es verdad, Señor. Debemos respetar la fé de los tratados.

Mientras así departian el Archiduque y el presidente de su consejo, en otra hermosa nave que iba delante, á media milla de distancia, se entretenian hablando solas doña Juana y su inseparable amiga Leonor: las dos estaban tristes; pero la amable jóven ahogaba en su pecho las penas que la afligian, y procuraba mostrarse contenta, para alegrar á su Señora.

—No auguro nada bueno de este precipitado viaje, decia la Reina. ¿Qué piensas tú, Leonor?

—Yo creo, Señora, contestó la jóven, que Dios ha tenido ya piedad de vuestros dolores, y me parece que ahora, estando cer-

ca de vuestro señor padre, será el Rey con vos mas bondadoso que nunca.

Doña Juana se habia quedado profundamente pensativa, mirando al mar, cuya superficie casi inmóvil, ofrecia la imájen de lo infinito.

—Mis males serán como ese piélago de amargas aguas, cuyo término no se alcanza, repuso despues de una pausa. Tú sabes cuánto he deseado la concordia entre mi padre y Felipe: tú sabes cuánto he padecido por esa causa. Sin embargo, ¿crees que podré vivir tranquila con mi padre? No lo creas: deseo verle y estrecharle en mis brazos; porque le amo y le venero: mas vivir con él, eso no. ¡Dicen que han establecido un acuerdo por poderes para que gobernemos los tres juntos!.... Yo nunca ratificaré ese acuerdo; nunca me conformaré á vivir donde viva *la otra*.

—Desechad esa idea, Señora: la posicion que vá á ocupar esa princesa.....

—Es muy respetable para mí, replicó irónicamente la Reina: muy respetable; y..... claro está que tambien debe serlo para otros. Pero, Leonor: esa concordia tantas veces rechazada y tan de repente admitida por mi marido..... este viaje tan apresurado, en un tiempo tan malo, ¿no significan nada?

—¿Qué han de significar? respondió la jóven: ¿veis esa concordia? No creo en ella. El viaje era forzoso hacerlo tarde ó temprano, y el tiempo es hermosísimo y hasta hoy nos ha sido favorable. No dudeis que Dios se ha compadecido ya de vuestros padecimientos. El Rey os ama.....

—¡Me ama, y consiente que vayamos en dos buques distintos! ¡Como si nuestra grandeza no cupiese en siete piés de tierra! ¿Por qué no habriamos de ir juntos?....

—Las consideraciones de la etiqueta.....

—¡Qué consideracion vale mas que el amor de una esposa! ¡Dios mio! Para mí no hay consideraciones cuando se trata de

mi Felipe. Ahora mismo, si desde aquí le viese yo en algun peligro, ¿te parece que la etiqueta me detendria para volar á su lado? Haria conducir este buque á fuerza de remos; si no andaba bien aprisa, tomaria una lancha; si la lancha no era bastante veloz, me arrojaria al agua, y creo que el amor me daria poder para hacer un milagro. ¡Consideraciones.....! ¡Miserias de corte, cuando se ama! Eso lo dice quien no sabe lo que es amar.

Leonor apartó el rostro para ocultar una lágrima furtiva que se desprendió de sus ojos. Las palabras fervientes de la Reina hacian vibrar acordes las fibras de su corazon. Ella tambien amaba, aunque no con la frenética vehemencia que su Señora: ella tambien se conceptuaba capaz de hacer milagros; ella tambien creia que todas las pompas y vanidades de este mundo no valen tanto, ni pueden dar la felicidad que se contiene en un átomo de amor fiel y correspondido. Pensando así, acordándose de que amaba, no supo qué responder.

Doña Juana guardó silencio, y exhalando luego un suspiro, dijo:

—No sé qué desgracia nos vá á suceder. Tengo un peso en el corazon, que me fatiga.

El sol bajaba encendido al lejano horizonte, y cual si las divinidades de los mares dispusiesen honrarle á su llegada, comenzó á levantarse de su seno un trono de nubes doradas entre las cuales fué á ocultarse. Continuaba, entre tanto, la calma; pero los gallardetes se movian de cuando en cuando y las velas se agitaban estremecidas, volviendo luego á su pesada languidez: cerró la noche, y con ella, el cielo, que habia estado sereno y diáfano como un espejo, fué oscurecido por las nubes, de cuyo seno partian de vez en cuando fugaces resplandores: ráfagas pasajeras de viento, sin direccion determinada, sacudian las naves con violencia, dejándolas luego en una calma lúgubre: la mar se cubria de una neblina densa, y sus olas desiguales se agitaban trémulas, despidiendo sordos bramidos.

Los prácticos encargados de dirigir la escuadra comenzaron á dar disposiciones para evitar el desastre que amenazaba y precaverse contra los efectos del huracan: sus órdenes solo podian ser preventivas; porque se ignoraba el rumbo que tomarian los vientos: la borrasca era inminente y segura; pero á la manera del tigre que se reconoce superior á su presa y la ronda para gozar en su agonía, del mismo modo aquella demostraba su furia sin acabar de acometer.

Los clarines transmitian, con sus agudos alaridos, las órdenes convenientes de unos buques á otros, mandando disponerse á la lucha contra los elementos, y estar alerta para no embarazarse y poderse ayudar recíprocamente en caso necesario: las tripulaciones corrian á ocupar sus puestos, preparándose á maniobrar; y en fin, se hacian todas las prevenciones que en semejantes casos infunden mas pavor que el peligro mismo.

Doña Juana se habia retirado á su cámara en el momento de ponerse el sol; mas apenas oyó el sonido de los clarines, se levantó sobresaltada y preguntó á las personas que la acompañaban la causa de aquella novedad: una de sus damas salió á informarse para poder satisfacerla, y volvió á poco diciendo que se temia una tempestad y se tomaban disposiciones para contrastarla.

—¡Una tempestad! esclamó la Reina con viva inquietud.

—Dios querrá que no peligremos, repuso la dama: el piloto me ha dicho que V. A. puede estar tranquila.

—¡Tranquila! ¿Qué sabe el piloto?.... ¿Puede mandar él á los vientos que nos conserven unidos?

Diciendo esto, doña Juana salió precipitadamente de la cámara, sin escuchar las súplicas de sus servidores, que le representaban la necesidad de dejar á la tripulacion espedito el teatro de sus operaciones. El capitan que mandaba la nave, acudió á tranquilizarla, rogándole tambien que se retirase.

—¿Creeis que tengo miedo? interrogó con energia. No me

asustan las olas ni los huracanes. ¿Dónde está la nave capitana?

Varios marinos estendieron el brazo señalando hácia el Norte: la oscuridad impedia distinguir el navío donde iba D. Felipe.

—Sí, allí viene, dijo la Reina; conozco el sonido de ese clarin que tocan ahora. ¡Pronto, pronto! Una chalupa y conducidme allá.

—Señora, contestó el contramaestre, (veterano del mar, cuyas canas atestiguaban una larga esperiencia): mandadnos otra cosa y será posible obedeceros. El huracan está próximo á estallar de un momento á otro, y solo Dios sabe á dónde nos llevará. ¿Cómo quereis que os entreguemos á su furia en una débil chalupa?

—No te cuides de eso, Wilkin, le replicó la Reina: yo quiero ir á la capitana.

—Pero, Señora, es que podreis no llegar nunca. ¡Oid!

Como para confirmar la prevision de Wilkin, sonó en este momento un ronco susurro, que fué gradualmente creciendo, y á poco se estremeció la nave con un sacudimiento impetuoso: la ráfaga bramó largo rato en las vergas, que se cimbraban como débiles juncos, hizo crugir las velas con un ruido semejante al fuego de arcabucería, y pasó dejando en pos de sí un prolongado zumbido.

—¿Estais viendo? dijo Wilkin.

—Sí, ya lo veo, repuso doña Juana. Es menester apresurarse. Vamos, vamos, antes que sea tarde.

—¡Pero, Señora, por Dios!....

—¡Me hareis desesperar! Dadme una chalupa ó me arrojaré al agua.

El obispo de Palencia, que iba en el mismo buque, acudió á disuadir á la Reina de su resolucion temeraria; pero ella no le dejó hablar, y dirigiéndose á un grupo de marineros, les dijo:

—Vosotros sabeis obedecer: llevadme á la capitana y os colmaré de riquezas: todo cuanto traigo en mi recámara es para

vosotros. Vamos, no seais cobardes: ahora no hace viento. ¡Llevadme! ¡llevadme!

Los marineros se miraron unos á otros sin saber qué hacer.

—¡No me entienden! esclamó la Reina con desesperacion. ¡Estas gentes no tienen alma!.... Wilkin, mándaselo tú.

Habia sucedido una calma facticia al último soplo del huracan. Wilkin se adelantó y dijo:

—Vamos: voy á complaceros, Señora. ¡Quiera Dios que no perezcamos todos!

Y mandando botar al agua la góndola que habia servido para embarque, saltó él en ella el primero y se apoderó del timon: doce fuertes remeros bajaron á sus bancos, y la Reina se apresuró á seguirlos, desdeñando el apoyo que le ofrecia uno de los caballeros de su séquito: Leonor se encontró á su lado en el momento de poner los piés en la góndola: el obispo tambien quiso acompañarla; pero un golpe de mar separó las dos embarcaciones, y doña Juana esclamó impaciente:

—¡Remad!.... ¡remad!

La góndola partió empujada por los vigorosos remeros y balanceada por las ondas gigantescas, que ora parecia que iban á sumergirla en los abismos, ora la remontaban hácia las nubes, rasgándose con furia contra sus costados.

El esperto contramaestre habia tenido la precaucion de atar la frágil navecilla con una larga amarra, que debia irse soltando á medida que aquella se alejase, y pudiera servir para atraerla en caso de zozobra. Pero esta prevencion fué inútil: la fuerza de la marea era tanta, que en uno de sus violentos golpes rompió la gruesa maroma y arrastró la góndola por una rápida pendiente: la ola que sobrevino, la alcanzó antes que pudiese ganar la cumbre de la que le precedia, y pasó bramando por encima de Wilkin: los remeros lanzaron gritos de terror é hicieron desesperados esfuerzos para mantener el equilibrio. La Reina

sacudió con serenidad el agua que habia mojado sus vestidos, y apretando la mano de Leonor que tenia asida, murmuró:

—No tengas miedo: pronto llegaremos.

El rumbo del huracan estaba ya indicado por el curso de las ondas, y favorecia la rapidez del movimiento hácia el Norte; pero era de temer que su mismo impulso estrellase la góndola contra la nave capitana. Wilkin tenia la vista fija en el cielo, mientras con hábil mano dirigia el timon, esquivando el empuje de las corrientes: las nubes indicaban al esperimentado marino los grados de seguridad y de peligro que ofrecia la atmósfera revuelta, y le marcaban el tiempo futuro, como un cuadrante profético. Llegó un momento en que las vió desprenderse, cual si, privadas de base, fueran á caer, arrebatadas por su gravedad específica, rodando sobre un plano inclinado.

—¡Bogad, muchachos! gritó, dominando con su voz el estruendo del mar y los toques de mando que sonaban en los diversos buques de la escuadra.—¡Bogad aprisa! ¡Un esfuerzo, amigos mios, antes que nos alcance la borrasca!.... Hemos de pasar á babor de la capitana.

La mar se hinchaba en aquellos momentos, como si el globo, desquiciado su eje, buscára un punto de reposo mas allá del polo, y las aguas hubieran perdido su nivel: la atmósfera se venia detrás, siguiendo el movimiento del Océano y atropellándolo con su peso. Efecto antes que causa del desequilibrio marítimo, el aire iba muy pronto á despeñarse sobre las olas y á fomentar su tumulto.

Un rayo de la luna creciente asomó entre las nubes é iluminó breves momentos la inmensa mole de la nave capitana. Wilkin la reconoció y dió voces pidiendo auxilio; pero al mismo tiempo viró á estribor para alejarse del costado del gran buque cuanto se lo permitiese el ímpetu del oleage: su propósito era poner la góndola al abrigo de los vientos detrás de la ancha popa del navío.

Este movimiento requeria mucha destreza y aun estraordinario empuje de remos: los instantes eran contados para efectuarlo, pues el huracan bramaba ya con ronco estruendo y las olas se empinaban como montañas. Pero Wilkin era un hábil navegante, y el peligro le hacía desplegar todo su talento y valor: la góndola pasó con rapidez eléctrica detrás del navío, que, impelido en aquel acto por la furia de los vientos, se alzó á la manera de un caballo encabritado, sumergiendo en el mar dos tercios de su popa y ocasionando un torbellino de agua, que envolvió á la débil navecilla y la hizo desaparecer.

—¡Valednos, Vírgen María! esclamaron los endurecidos remeros.

—¡Auxilio!.... ¡Auxilio! gritó Wilkin. Salvad á la Reina.

Era imposible subir al navío por las escalas de los costados: el huracan rugia en ellos con espantoso estruendo, cual si pidiese víctimas para saciar su rábia.

Wilkin logró ser oido por el piloto de la capitana, y puestos los dos de acuerdo, se colocó una cábria en el mismo alcázar, y se hizo bajar por medio de ella un esquife: la Reina y Leonor entraron en él, y mientras la máquina lo remontaba, los robustos marineros, olvidando su propio peligro, debilitaban el movimiento oscilatorio asidos á dos cabos que se habian soltado al efecto. Doña Juana y su fiel amiga quedaron así suspendidas en el aire, espuestas á los embates del huracan y teniendo debajo el abismo, que abria sus fauces trémulas y espumosas, como una fiera irritada, á quien le arrebatan su presa: un soplo de viento podia lanzarlas en el espacio, ó estrellarlas contra el navío, á pesar de las precauciones y esfuerzos de sus servidores.

El Rey, sus cortesanos y muchos marinos habian acudido al saber la llegada de la Reina, y miraban con ansiedad el esquife, mientras subia lentamente, y ninguna voz humana osaba interrumpir los agudos chillidos de la cábria; que se unian á los rumores fragorosos de la tempestad.

Cuando las dos viajeras aéreas pusieron los piés sobre el alcázar, un clamor general de triunfo se levantó á su alrededor. Doña Juana corrió hácia su marido y le abrazó, esclamando:

—¡Ah!.... ¡Gracias á Dios!.... Ya no temo nada.

Leonor se cubrió el rostro con su velo mojado.

Faltaba subir á la nave al contramaestre y á los remeros, que no podian volverse sin peligro de una muerte cierta: en otro viaje del esquife ascendieron ocho con el diestro Wilkin, y los cuatro restantes treparon por una escala de cuerdas que se les arrojó, despues de haber amarrado la góndola para salvarla tambien por medio de la cábria; pero faltando abajo quien la detuviese, la furia del viento la hizo pedazos, arrojándola contra el navío.

Don Felipe se retiró á su cámara con la Reina y su dama, mientras se les disponian lechos para poder secar sus vestidos; pues no habian llevado otros de repuesto y necesitaban mudarse. Leonor fué conducida á un camarote inmediato, despues de haber prestado á su Señora los servicios que su situacion reclamaba. Doña Juana quedó acostada y sola con el Archiduque, quien no habia tenido valor para reconvenirla por su osada empresa: teníale cogidas las manos, y oia tranquila el estruendo de la borrasca, y sentia con impasible calma los vaivenes y sacudimientos de la poderosa nave, que la mar conmovia cual si fuese una leve arista. Don Felipe estaba pensativo y pesaroso, temiendo que la tempestad les alejase del término de su navegacion.

—No te aflijas, amor mio, le decia la Reina. Estamos juntos.

—Sí, es verdad: esto debe consolarnos en caso de un desastre; pero yo confío en que saldremos con bien: solo que Dios sabe á dónde iremos á parar.

—¿Y eso te inquieta? ¡Cúmplase la voluntad de Dios! A cualquiera parte del mundo donde nos lleve nuestro destino, iré

gustosa..... ¡Oh! Lo único que me hacía temblar, ya no puede ser.

La noche se pasó en una contínua zozobra: los bramidos del huracan, el estrépito de los palos que se rompian á impulsos del viento, la vocería de la tripulacion en algunos instantes de apuro y desórden, los cañonazos de socorro que disparaban los buques desmantelados, y cuyo zumbido llegaba como un grito de agonía, conducido por el agente de destruccion que á todos amenazaba, tales eran los terribles objetos que se ofrecian á la mente de los régios viajeros.

Al amanecer calmó algun tanto la borrasca: Don Felipe mandó llamar al capitan y le preguntó por el estado de la escuadra y por la altura en que se hallaban. El capitan le manifestó que solo dos ó tres buques se divisaban en lontananza: los demás ó habian perecido, ó estaban dispersados y tan léjos, que no se les podia ver; pero intentó tranquilizarle, diciendo que no habia peligro de naufragio, por estar las naves á unas seiscientas millas de la costa de Francia.

—¿Y de las de España? interrogó el Archiduque con mas interés.

—De España nos hemos alejado, repuso el capitan.

—¿Mucho?

—Sobre ochocientas millas.

Don Felipe dió una patada y meneó la cabeza con muestras de ira.

—Me lo temia, murmuró.

—¡Paciencia, Señor! repuso el capitan. Si el viento cambia, todavia podemos recobrar lo perdido.

El sol inundó de luz la cámara dos ó tres veces y volvió á ocultarse otras tantas entre las movibles nubes. Al medio dia el cuadrante señaló un cámbio repentino en la direccion de los vientos: durante la noche habia soplado del Sudeste, y ahora venia del Ocaso: el peligro podia no ser menor, si el vendaval

tomaba cuerpo; pues los vientos de Poniente suelen ser los mas constantes de todos, y era fácil ir á naufragar en las costas de Francia. Pronto asaltaron estos temores al capitan de la dispersa escuadra: la borrasca se declaró mas deshecha y espantosa que habia sido antes, y fué imposible distinguir el dia de la noche.

Doña Juana pasaba el tiempo entre tanto, ya infundiendo ánimos á su abatido esposo, ya orando con fervor: conociendo la inmensidad del peligro, se acercó á una mesa, tomó papel y pluma, y con mano firme, á pesar de la contínua conmocion de la nave, escribió estas palabras:

«Soy Juana, Reina de Castilla y Leon: tú que miras mis res-«tos, ruega á Dios por mi alma; pero no me compadezcas. Mue-«ro feliz.—Que se me otorguen los honores de la sepultura se-«gun mi clase, y que una misma losa cubra mis cenizas y las «de mi esposo muy amado.»

Tomó luego un pedazo de tela encerada, envolvió en ella el papel cuidadosamente, uniéndola de modo que no pudiese calarla el agua, y se ató á un brazo este envoltorio, asegurándolo bien.

Hecho esto, se encomendó á Dios con fé ardiente, y no pensó mas en el peligro que corria su vida: solo hacía votos por la salvacion de su marido.

En toda la tarde y la noche siguiente no cesó de arreciar el viento y la marea; y al amanecer, la nave capitana se encontró sola y tan destrozada, que no habia medio de poder conducirla: era indispensable correr la tempestad y tomar puerto donde quiera que la llevase su buena ó mala ventura. Don Felipe solo recomendaba que se hiciesen cuantos esfuerzos cupieran en lo humano, á fin de no arribar á las costas de Francia, prefiriendo á esto surgir en una isla desierta.

Conducidos en parte por la casualidad y en parte por la destreza del timonel y por los consejos del hábil Wilkin, nuestros

viajeros divisaron tierra hácia el Norte: hiciéronse varias llamadas á la hospitalidad de sus habitantes, y al cabo de una hora de mortal ansiedad y de lucha contra las corrientes, la nave dobló un promontorio y entró en una espaciosa y profunda rada: varias embarcaciones ligeras se presentaron á la vista de los náufragos, que pudieron reconocer el pabellon inglés, y lo saludaron con aclamaciones de alegria.

Una hora mas tarde la poderosa nave, que poco antes parecia dominar al Océano y desafiar la cólera de los vientos, entraba remolcada, rotas sus velas, jarcías y arboladura, en el puerto de Falmouth. Las autoridades de aquella plaza, informadas de lo ocurrido, acudieron á visitar á los príncipes y les hospedaron en la mejor casa de la ciudad.

Aquel mismo dia se espidieron correos al castillo de Windsor, donde á la sazon estaba el rey de Inglaterra, participándole el arribo del Archiduque y su esposa, quienes le escribieron al mismo tiempo pidiéndole la hospitalidad. En los dias subsiguientes se fueron recibiendo avisos de la llegada de varios buques de la escuadra á diferentes puertos de Inglaterra: de otros no se tuvo la menor noticia: la borrasca los habia devorado.

CAPÍTULO II.

Que D. Felipe se hastió de los estremados obsequios del Rey de Inglaterra, y que doña Juana no quiso dejarse obsequiar.

La desgracia acaecida al jóven Archiduque de Austria y á su consorte, fué, al parecer, muy sentida por el rey Enrique VII de Inglaterra, quien, apenas recibió la noticia de su arribo á Falmouth, les envió un recado atento con varios grandes, ofreciéndoles su residencia de Windsor y mandando entregarles ricos vestidos y otros presentes, para atenuar la pena del contratiempo sufrido: además de esto, espidió las órdenes oportunas para que en todos los puertos de su reino á donde llegasen los buques de la escuadra flamenca, fuesen estos auxiliados para su reparacion, como si perteneciesen á la armada real inglesa.

No podia esperarse otra acogida de un soberano, cuyo hijo é inmediato sucesor estaba desposado con la infanta Catalina, hermana de la reina de Castilla, y con quien el mismo D. Felipe habia intentado contraer una estrecha alianza, despues de rotas

sus relaciones con Francia, ofreciéndole por esposa á su hermana Margarita y por yerno á su hijo Cárlos.

¿Cómo rehusar las atenciones de un rey tan obsequioso, de un deudo y amigo tan complaciente y leal? El Archiduque creyó haber encontrado una ocasion propicia para ganar un aliado poderoso, y se propuso aprovecharla, ya que la necesidad le obligaba á detenerse en aquella isla. Temia, sin embargo, que su esposa fuese un obstáculo á la realizacion de sus planes, pues no habia podido olvidar la inclinacion manifestada por ella á favor del rey D. Fernando.

Antes de partir á Windsor, quiso el jóven príncipe esplorar el ánimo de doña Juana, y encerrándose á solas con ella, le participó los ofrecimientos corteses del rey Enrique.

—Mi salud no me permite aceptar esos favores de nuestro amigo y pariente, le dijo la Reina. Tú puedes ir á Windsor y disculparme ante el gracioso soberano de esta isla.

No esperaba D. Felipe esta negativa, aunque la deseaba, y por lo tanto quiso saber la verdadera causa de que procedia.

—La escusa de tu salud, repuso, no me parece bastante para satisfacer á nuestro amigo: creerá tal vez que le desairamos.

—No puede creer eso, puesto que tú vas á recibir sus obsequios.

—¿Es que tienes algun resentimiento particular con él? Porque en tal caso.....

—¿Resentimiento? Ninguno: muy al contrario, me alegraria de ir á Windsor, por ver á mi hermana Catalina. Pero no es conveniente.

—¿Por qué? ¿Puedo saberlo?

—Sí, alma mia: no conviene que yo vaya contigo, porque ignoramos las intenciones de Enrique; y la reina de Castilla no debe esponerse á que la obliguen á contraer compromisos, de que pudiera arrepentirse cuando esté en libertad.

—Es muy cuerda esa precaucion, replicó el Archiduque: pero

Enrique es nuestro amigo, casi nuestro aliado, y no tenemos nada que temer de su franca hospitalidad.

—¿Franca?.... Felipe, tú haces poco caso de mis consejos. Sin embargo, bien sabes que nunca me he fiado de los franceses..... Pues menos me fío de los ingleses: son mas mercaderes que sus vecinos. Dispénsame de ir á Windsor, y procura entretenerte por allá lo menos posible.

Don Felipe no pudo sacar á su mujer mas esplicaciones acerca de este particular, y se retiró persuadido de que el retraimiento que mostraba de presentarse en la corte de Inglaterra era solo un capricho sin fundamento. De cualquier modo, como esta determinacion favorecia sus deseos y le escusaba de esforzarse para conseguirla, quedó plenamente satisfecho y emprendió su viaje á lo interior de la isla, sin mas acompañamiento que el de sus consejeros y algunos cortesanos.

El rey Enrique recibió á su huésped con estremadas demostraciones de amistad: hízole aposentar en una cámara contigua á la suya, le dió á escoger entre sus caballos los que mas le agradasen, mandó celebrar su llegada en la ciudad y en el castillo con iluminaciones y fiestas, y aunque se mostró muy pesaroso de que la indisposicion de la Reina no la hubiese permitido ir en su compañia, durante una semana dió bailes en Palacio para divertirle y opíparos banquetes para absequiarle: á todas horas procuraba estar á su lado, cual si no pudiese vivir sin él, ó por lo menos le enviaba alguno de sus lores á fin de que le representase.

Don Felipe no tenia una hora libre para hablar con D. Juan Manuel ni con ninguno de sus consejeros; pero estaba tan agradablemente distraido, que apenas se apercibia de la especie de alegre cautiverio en que se hallaba: de vez en cuando hacía indicaciones á su buen amigo respecto á la conveniencia de establecer una estrecha alianza entre ambos; y su buen amigo le contestaba con la boca llena de risa:

—¿Mas estrecha la quereis? Sí, sí, decís bien. Hemos de pensar en eso, querido mio; mañana iremos de caza á mi parque; y antes de que os marcheis, habremos de pasar unos cuantos dias en Richmont. ¿No os gusta la caza? Tengo unos halcones soberbios, y he de regalaros media docena, que harán gentes en España.

Esto bastaba para que el Archiduque olvidase sus proyectos de alianza, ó al menos para entretenerle ganando tiempo.

Así pasaron quince dias; al cabo de ellos nuestro jóven príncipe habia tomado tanta aficion á la hospitalidad inglesa, que si alguna vez se acordaba de su naufragio y de las cosas de España, era con un sentimiento de pesar, no por su detencion en la corte del rey Enrique, sino por haber de abandonarla. Era deliciosa allí la vida, se pasaban las horas tan alegres y cortas en el embeleso de las diversiones y fiestas, tenia tanto atractivo el trato de las damas, habia, en fin, tanta variedad de objetos bellos en que fijar los sentidos, que no quedaba espacio al entendimiento ni á la reflexion para desplegar su actividad.

Sin embargo, una noche despertó D. Felipe de su aturdimiento: en medio del bullicio de un baile encontró al enviado ordinario del rey D. Fernando cerca de su persona y corte.

—¡Hola, D. Pedro! esclamó al verle: ¿vos por aquí?

—A las órdenes de V. A., le contestó D. Pedro de Ayala

—¿Y cómo es que habeis venido? Nada me habian dicho.

—Acabo de llegar, Señor, repuso el enviado: como ya en otras ocasiones he desempeñado el cargo de embajador en esta corte, me ha parecido que debia venir á ofrecer mis respetos al rey Enrique, aprovechando esta ocasion para daros una buena noticia.

—¿Y qué noticia es esa?

—La de la llegada á este pais de una escuadra española: el Rey Católico, mi Señor, ha sabido con gran sentimiento la des-

gracia acaecida á V. A., y ha enviado al momento doce buques, poniéndolos á vuestra disposicion.

—¿Dónde están esos buques?

—En el puerto de Lóndres: yo estaba allí porque la tempestad me arrojó á una pequeña rada cerca del Támesis, y al saber esta buena nueva, he creido de mi deber acudir á participárosla.

—¡Gracias, D. Pedro! Mi señor padre obra como quien es; pero se ha tomado una molestia escesiva, y siento no poder aprovecharme de los efectos de su bondad.

—Vuestra alteza rehusa.....

—Rehuso aceptar un servicio que no puedo utilizar por ahora: tardaré todavia mucho tiempo en partir, y para cuando lo verifique, me habrán llegado de Flandes muchos mas socorros de los que necesito. Decid al gefe de esa escuadra que puede volverse.

Aquella misma noche procuró el Archiduque hablar con don Juan Manuel, quien le participó que el arzobispo de Cantórbery le habia hecho indicaciones formales respecto á la union de las dos coronas por medio de una alianza de familia: sus proposiciones eran las mismas que antes habia emitido la cancillería austríaca: es decir, que el rey de Inglaterra se casaria con la princesa Margarita, hermana de D. Felipe, y el príncipe D. Cárlos, niño entonces de cinco años, con una hija de aquel soberano: habria paz y unidad de miras entre las dos potencias, y ambas se obligarian á protegerse y ayudarse en todas sus necesidades.

—Me conformo, D. Juan, le dijo el Archiduque. Pero es menester que se haga eso pronto y que en el tratado se me nombre como rey de España y príncipe de Aragon y de las Dos Sicilias.

—Por de contado que así ha de ser, repuso el ministro. Mas para esto será necesario que intervenga la Reina.

—¿Y si se opone?

—Acariciadla: ya sabeis el remedio de todos vuestros apuros.

—Hay que hacerla venir.

—Vendrá.

El Archiduque volvió á la fiesta, donde encontró á su buen amigo el rey Enrique inquieto por su ausencia momentánea: ¡tanto era el cariño que le tenia!

—¿Conque por fin estrecharemos nuestros vínculos de familia? le dijo D. Felipe: si es cierto lo que me acaban de decir.....

—¡Si supierais cuánto lo deseo! esclamó el monarca inglés. Pero nosotros no debemos intervenir en esos asuntos: allá, que los arreglen nuestros consejeros. Los príncipes que saben apreciar la vida, procuran no agobiarla con importunos cuidados: para eso tenemos hombres sábios á sueldo. Nuestro oficio es gozar mientras podemos: luego viene la vejez y todo se acaba. He dispuesto carreras de caballos para mañana. Nosotros, los ingleses, nos preciamos de inteligentes en la materia: hemos cruzado nuestras razas normandas con la árabe y la española, y el resultado ha sido asombroso. Vos mismo podeis juzgar.

—¡Oh! Los caballos que me habeis regalado son magníficos.

—Hemos de celebrar algunos torneos, para que veais mejor el efecto de esa combinacion de las dos sangres: vereis el fuego y la soltura del fiero hijo del Yémen, junto con la firmeza y el nervio de nuestros indígenas. ¡Lástima que vuestra esposa no pueda presenciar esa fiesta!

—Si vos se lo rogais, á pesar del mal estado de su salud.....

—¿Me dais permiso?

—No necesitais pedírmelo.

Pocos dias despues circulaba en Falmouth la noticia de que D. Felipe se hallaba enfermo de resultas de la caida de un caballo. Al mismo tiempo doña Juana recibia un mensage del rey

Enrique, invitándola á presidir unos torneos que se iban á celebrar á la española, con el único objeto de obsequiarla.

Esta invitacion se procuró que fuese hecha momentos despues de haber llegado á oidos de la Reina el rumor de la enfermedad de su esposo. Doña Juana partió á Windsor sin detenerse mas tiempo del necesario para hacer sus maletas.

El monarca inglés la recibió con estremado agasajo; pero ella no se dejó alucinar, como el Archiduque, por los halagos cortesanos. Apenas vió á su marido bueno, y supo que la noticia de su caida y enfermedad era falsa, determinó encerrarse en una prudente reserva, y pronto comprendió que se la habia llamado con un doble fin.

Aquel mismo dia de su llegada, el astuto Enrique la sacó á pasear por los jardines del palacio y enseñarle todas las preciosidades que contiene la magnífica residencia de Windsor: aprovechando la ocasion, le indicó los tratos que tenia entablados con D. Felipe, y luego le dijo:

—Sería para todos el colmo de la felicidad si á la vez que contraemos esta venturosa alianza, pudiésemos hacer que fuese síncera y permanente la concordia entre D. Felipe y vuestro padre. Yo sé que el rey Católico procede con lealtad, y de ello ha dado pruebas, enviando una escuadra á mis puertos, apenas ha sabido el naufragio de sus amados hijos; pero vuestro esposo no ha querido aceptar este auxilio. Así es imposible que haya paz.

—Ojalá pudiese yo asegurar esa concordia, le contestó doña Juana. Pero no ignorais, Señor, que mi posicion no me permite dar ningun paso, hasta conocer la voluntad de mis vasallos.

—Creo, por el contrario, repuso el inglés, que depende de vos hacer que todo se arregle bien: por otra parte, vuestra felicidad doméstica lo exige: yo sé que la union del rey D. Fernando con Francia dejaria de existir si vuestro marido confirmase el acuerdo publicado en Salamanca. Bien conocereis que nin-

gun interés personal tengo en esto, y que solamente me mueve el deseo de evitar desavenencias entre parientes, á quienes amo.

—Lo comprendo así: pero vos, que conocereis mejor que yo las intenciones de mi padre, podeis emplear vuestro influjo para ganar la voluntad de mi marido.

—Mejor podreis hacerlo vos, poseyendo su corazon y siendo la propietaria de los reinos sobre que se disputa. D. Felipe desea que en nuestra alianza se le nombre como rey de Castilla y Leon y príncipe de Aragon y de las Dos Sicilias: accediendo vos á esto, él accederá á lo demás.

—No veo ningun inconveniente en que se le den esos títulos que le pertenecen por mí. En lo demás yo no puedo hacer nada hasta ver á mi padre: pero no dudeis que mi corazon desea la paz.

Luego que doña Juana pudo hablar á solas con su marido, le dijo:

—He venido aquí creyendo que estabas enfermo; pero como, ¡gracias á Dios! no es así, esta noche la pasaré contigo, y mañana me vuelvo á Falmouth.

—Eso es imposible, Juana. ¿Qué dirán?

—Digan lo que quieran. Si yo pudiese darte un consejo, te rogaria que aprovechases la escuadra que ha enviado mi padre, para partir á España sin dilacion.

—¿Quieres que vaya á ponerme á disposicion de tu padre?

—Preferible sería eso á estar aquí á la disposicion del rey Enrique. Pero no insisto: yo me marcho, á fin de que en ningun tiempo me culpes de haber contribuido á contrariar tus designios.

—¡Que te ha dicho Enrique!

—No lo sé, porque ignoro el fin que se propone: me ha hablado de una alianza que está tratando contigo, y de que convendria que confirmases tu concordia con mi padre. Yo no debo

intervenir en ninguna de estas cosas: si yo fuese Reina de hecho, como lo soy de derecho, dispondria lo que me pareciese mas acertado.

—¿Qué dispondrias? Veamos.

—Lo primero de todo, procuraria ver á mi padre y arreglar con él mis diferencias: descubriria sus intenciones, no por medio de terceras personas, sino por mí misma, y siendo buenas, como debo creer, aprovecharia sus consejos y me uniria con él enviando al infierno á tanto entremetido como anda siempre en torno nuestro, para esplotar vuestra juventud é inesperiencia. Esto haria por de pronto, y despues lo que Dios me diese á entender.

—Tiempo habrá de hacerlo. Por ahora la política nos manda no ser desatentos con un rey á quien debemos tantos favores y de quien esperamos una ventajosa alianza.

—Puedes hacer lo que sea de tu agrado. Yo me voy.

—¿Pero no reparas que eso es romper con nuestro amigo?

—¡Bah!.... ¿Quién hace caso de mí? Lo que tu amigo desea es entretenerte y sacar de tí algunas ventajas: lo primero ya lo consigue: lo segundo vendrá despues.

Todas las instancias de D. Felipe no bastaron para detener á su esposa, que al amanecer del dia siguiente partió para Falmouth.

Gran sentimiento mostró el rey Enrique al saber esta determinacion: sin embargo, la corte se trasladó á Richmont, y los torneos se celebraron conforme estaba dispuesto.

Entre tanto los ministros ingleses gestionaban con D. Juan Manuel para obtener la entrega de un emigrado político, el duque de Sufolck, que se habia acogido en Flandes al amparo del Archiduque; y á éste se le proponian medios de reconciliacion con su suegro, á fin de romper la alianza hecha con Francia. Sin estas condiciones no era posible llevar á cabo la que se estaba concertando con el rey Enrique.

Don Felipe comprendió por fin que se le habia tendido un lazo, y que estaba demasiado comprometido para aspirar á romperlo: necesitaba pasar por todo lo que su buen amigo quisiese, so pena de ver convertidas las redes de flores que le envolvian en un cautiverio formal.

En este apuro, concedió cuanto queria el inglés, aun con detrimento de su honra y seguro real: entregó al duque de Sufolck, que se habia fiado de su palabra, y prometió, sin ánimo de cumplirlo, confirmar la concordia de Salamanca; si bien, para eludir el compromiso, se disculpó con la oposicion de la Reina, y ofreció emplear todo su influjo y autoridad á fin de vencerla.

Pero el rey de Inglaterra no se satisfizo con esta contestacion evasiva, y sin variar en nada su tratamiento dulce y amistoso, reiteró su demanda y dió á D. Pedro de Ayala el encargo de gestionar cerca de doña Juana para obtener de ella el consentimiento de la avenencia con su padre.

Tres meses pasaron durante estas negociaciones: los ingleses agotaron los recursos de su ingenio para divertir y obsequiar al Archiduque; pero al cabo éste se cansó de sus obsequios. Llegáronle cartas de España, en que le decian, que D. Pedro de Ayala, obedeciendo á instrucciones del rey Fernando, se entendia con el gabinete británico para hacer que le detuvieran en Inglaterra todo el tiempo que fuese posible; que entre tanto los nobles de su partido comenzaban á desmayar, suponiendo que les abandonaba por entretenerse en diversiones y festejos; y le instaban para que viniese sin demora, si no queria perder todo el influjo y el cariño que aun inspiraba á sus adictos y servidores: otra noticia recibió, que puso el colmo á su resentimiento: el matrimonio del Rey Católico y de Germana de Fox se habia consumado en Dueñas.

Don Felipe tuvo deseos de romper abiertamente con su buen amigo y aliado; pero D. Juan Manuel le dijo:

—No hay motivo para eso, Señor: ¿qué ganareis enojando á

un príncipe tan atento? Vamos á España pronto, que allí se arreglará todo á medida de vuestros deseos.

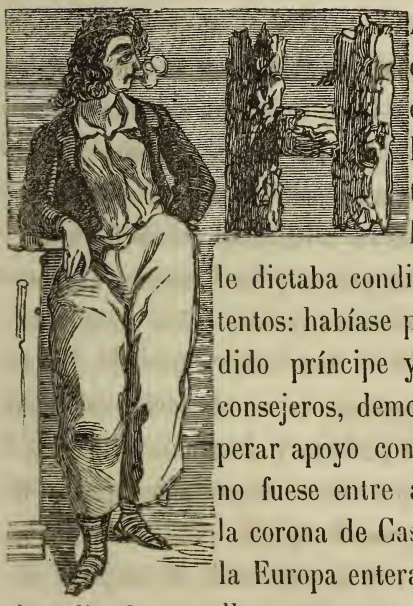
Y aquel mismo dia, al despedirse del gran canciller de Inglaterra, le decia el ministro de D. Felipe:

—La concordia, como podeis conocer, es imposible; pero descuidad, que la marina inglesa obtendrá el privilegio de libre entrada en los puertos de Castilla. Nuestra detencion en este pais hospitalario no ha sido infructuosa, pues hemos conseguido dar tiempo para que D. Fernando se case y haga imposible su reconciliacion con mi Señor. Si éste ocupa el trono solo, como espero, podreis mas fácilmente entenderos conmigo. Del Rey Católico no habriais sacado ningun provecho, á pesar de sus solemnes promesas.

El gran canciller quedó persuadido de que D. Juan Manuel era un escelente hombre de Estado, y D. Felipe se despidió de su amigo el rey Enrique, sin mas disgusto que el de haberse divertido con esceso.

CAPÍTULO III.

De un banquete que dió el gran tesorero, y de lo que sucedió despues.



Habia pensado el Rey Católico que su yerno se amansaria, cuando viese que no solo en Francia se le cerraban las puertas, sino tambien que, al abrirle las suyas el monarca inglés, le dictaba condiciones muy agenas á sus intentos: habíase propuesto abrir los ojos al aturdido príncipe y confundir á sus interesados consejeros, demostrándoles que no podian esperar apoyo contra él en ninguna parte, como no fuese entre algunos vasallos revoltosos de la corona de Castilla; y que, por el contrario, la Europa entera, con raras escepciones, estaria coligada con ellos, tan pronto como aceptasen su alianza.

Firme en la resolucion de mantenerse en el gobierno, al menos hasta tanto que D. Felipe se acostumbrase á manejar los negocios de Castilla conforme á la índole y necesidades de sus naturales, habia procurado ganar tiempo, á fin de arraigar su

dominacion distribuyendo justas mercedes entre los nobles que le parecian mas leales y captando el amor del pueblo.

Confiaba por otra parte, en el apoyo de su hija, causa ocasional del matrimonio que acababa de contraer, no dudando que ella sabria apreciar el valor moral de este acto, como llevado á efecto en interés de su propia tranquilidad y en desagravio de sus padecimientos. Sin embargo, le tenia con algun cuidado la conducta reservada de doña Juana en Inglaterra; pero suponia, no sin fundamento, que la violencia ó el influjo de su marido la hubiesen retraido de mostrarse adicta á la reconciliacion, y esperaba el momento de verla y hablarla á solas para desvanecer sus temores ó rectificar las ideas con que pudieran haberla prevenido en contra suya: otro tanto pensaba hacer con D. Felipe, aunque no creia que fuese tan fácil domeñar su carácter viciado y orgulloso.

Eran los últimos dias del mes de Abril: en las principales ciudades y pueblos de Castilla y Leon se hacian solemnes rogativas por el feliz arribo de los reyes D. Felipe y doña Juana, cuyo embarque en Falmouth se habia sabido por un correo estraordinario: á las alegres fiestas en celebridad del reciente enlace de D. Fernando, sucedian las preces y las limosnas. Los pobres estaban de enhorabuena: despues de dos años de escasez, en que la miseria habia cundido de una manera terrible, llevaban ya dos meses de comer á costa de la munificencia real. Esto no amenguaba, sin embargo, la penuria y desgracia de los castellanos en general, que mas que nunca necesitaban paz y la proteccion de gobierno sábio; pero el espíritu público fluctuaba entre el deseo de variar de rey con la esperanza de mejorar de fortuna, y el temor de caer en manos de ministros codiciosos y estranjeros.

Los españoles, durante el reinado de doña Isabel, habian adquirido la facultad de pensar en los intereses políticos de su patria: la poblacion humilde y laboriosa se consideraba ya como

parte integrante de la nacion, y sabía discernir entre las ventajas del poder real, protector entonces del pró comun y las prerogativas de la grandeza, que limitaban el círculo de su independencia. Pero quedaban todavia muchas preocupaciones, muchos errores, y habia pueblos donde la generalidad se dejaba guiar por las insinuaciones de un gran señor, interesado, tal vez, en avasallarla: en otras partes los intereses personales, las miras de un particular influyente mantenian inclinadas las simpatías públicas, ora en favor del nuevo rey, ora en defensa de la concordia de éste con D. Fernando.

Al saberse la noticia de la venida de D. Felipe y doña Juana, todo el pais se puso en conmocion y las gentes formaban conjeturas, segun su entender, acerca de los acontecimientos futuros. El Rey Católico partió con su nueva esposa desde Valladolid á Búrgos, para aproximarse á sus hijos, presumiendo que desembarcarian en alguno de los mas inmediatos puertos del Norte. Pero el motor de todas las acciones del Archiduque habia dispuesto las cosas de otra manera: D. Juan Manuel hubiera querido ir á desembarcar en Sevilla ó Cádiz, y solo el temor de que en tan largo viaje sobreviniera otra borrasca, pudo hacer que la escuadra flamenca arribase á la Coruña: su propósito era impedir que se viesen los dos reyes, y dar tiempo para que los nobles de su partido se declarasen públicamente en favor del Archiduque.

No se descuidaron los principales gefes de éstos en acudir al llamamiento que el gran tesorero les hizo apenas llegó á España: los caminos que conducen á Galicia eran frecuentados á todas horas por numerosas partidas de gente armada, pertenecientes á las casas mas poderosas del reino: los duques de Nájera y del Infantado, el marqués de Villena, el conde de Benavente y otros varios grandes, se apresuraban á juntar las fuerzas de su acostamiento y Estado, rivalizando entre sí para hacer méritos á la gratitud del nuevo rey. Cada cual llevaba es-

tudiada su pretension y todos aspiraban á ocupar un puesto en los consejos y el gobierno.

En pocos dias la Coruña tuvo el aspecto brillante de una magnífica corte, y D. Felipe se encontró rodeado de un fastuoso séquito de servidores desinteresados.

Don Juan Manuel, siguiendo el humor de su dueño, dispuso un espléndido banquete para obsequiar á los nobles principales; y D. Felipe, siguiendo el consejo de su ministro, honró este banquete con su presencia: no se pensó en la Reina mas que para tenerla distraida léjos de la sala del festin; pues solo se trataba de esplorar los sentimientos de los grandes convidados, y convenia que gozasen de plena libertad para emitirlos sin embozo. El mismo Archiduque no compareció desde el principio, sino sólo á los postres y cuando las cabezas estaban acaloradas: Don Juan Manuel le habia enseñado bien su leccion, compuesta de manera que, sin menoscabo de la dignidad real, diese á su discípulo un aire de ingenuidad y franqueza, que sentaba bien á su persona y carácter.

Los nobles comensales no le esperaban: así es que su aparicion produjo un efecto de teatro: todos se levantaron prorumpiendo en una aclamacion unánime, mas halagüeña para la vanidad del hombre, que respetuosa y digna de la gravedad de un monarca.

Don Felipe hizo un ademan para que todos recobrasen sus sillas, y él mismo tomó asiento en la que ocupaba el marqués de Villena, quien, como hábil cortesano, asió la ocasion por los cabellos para colocarse detrás, ganando así el puesto de mayordomo mayor. Calmada la efervescencia del primer momento, el Archiduque dirigió á la brillante reunion estas estudiadas palabras:

—No estrañeis, mis leales amigos, que un príncipe soberano venga á sentarse á la mesa de sus pares: podria esto ser ageno á la etiqueta grave y ceremoniosa de la corte de Aragon; pero

en Castilla, como en Alemania, los altos dignatarios del Estado son los amigos y compañeros de sus reyes.

Un rumor de aclamacion que estuvo á punto de estallar, interrumpió un momento á D. Felipe, que continuó con afable sonrisa:

—Vosotros estareis prontos á prodigar vuestros tesoros y vuestra sangre por mí, cuando la ocasion lo requiera: ¿quién lo duda? Pues, ¿por qué no habré yo de alegrarme en vuestros placeres? Unidos hemos de vivir, así en la próspera, como en la adversa fortuna: gocemos, por consiguiente, de este dia, que es para mí uno de los mas agradables de mi vida.

—¡Viva el Rey! esclamaron á una voz los grandes de Castilla.

Don Felipe pidió una copa y mandó al conde de Benavente que se la sirviese, diciéndole:

—Vos, conde amigo, sois hombre de gusto, y bien podeis servirme de copero: me han celebrado vuestra bodega, y os prometo que he de ir á saber por mí mismo, si los hechos corresponden á vuestra fama.

—Cuando V. A. quiera, respondió el rudo conde, hallará abiertas las puertas de mi castillo de Benavente, y las llaves de la bodega á su disposicion.

—¡Qué me place! dijo el Archiduque.

Y en seguida, con graciosos modales y oportunidad, fué distribuyendo otros empleos entre los demás grandes que habia presentes, procurando dejarlos á todos satisfechos; y poco despues se retiró: el marqués de Villena y el señor de Veré como mayordomos mayores, el uno por Castilla y el otro por Flandes, se apresuraron á levantar la cortina para que pasase el Rey.

Don Juan Manuel hizo girar la conversacion sobre las cosas políticas: todos los grandes sabian que D. Felipe podia estar escuchándoles detrás de la cortina.

—Ya veis, señores, dijo el gran tesorero, que nuestro gra-

cioso monarca no es mezquino cuando se trata de agradar á sus buenos servidores: generoso y afable, sin mengua de la magestad Real, sabe dar á cada uno lo que le corresponde, y no se considera degradado al honrar con su amistad á quien la merece. No sabemos si este comportamiento espansivo merecerá la aprobacion del príncipe D. Fernando.

—¿Y qué tiene que aprobar ó desaprobar ese buen señor? repuso el conde de Benavente. ¿Acaso está el Rey en ánimo de dejarse gobernar por él?

—Castilla lo dirá, contestó D. Juan Manuel.

—Castilla somos nosotros, dijo el duque de Nájera: y nosotros debemos declarar que nos basta un rey: en esta seguridad hemos venido á ofrecer nuestros homenages á D. Felipe de Austria, como legítimo marido de la heredera de estos reinos y señoríos; y el deber de caballeros y ricos-hombres nos manda sostenerle en el trono sin division ni cortapisa. ¿No es así como pensais todos, señores?

—¡Sí! ¡sí! esclamaron los demás nobles.

—Mal negocio haria el Rey, añadió el duque del Infantado, si se entregase á la direccion de D. Fernando: nadie ignora que pretende apoderarse de la corona, y que sus partidarios invocan ya el derecho de eleccion de los antiguos godos, y se atreven á recordar que así fué hecho rey D. Enrique II, de quien desciende el Católico. ¿Qué significa esto, señores, sino una manifiesta intencion de tomar hoy una parte, para despues hacerse dueño y señor absoluto de todo? Bien claro ha publicado que estos reinos le pertenecen de derecho, por herencia y por los trabajos que ha pasado para conservarlos en paz y justicia: bien sabeis el ódio que nos tiene á los que deseamos, como debemos, el servicio del Rey, nuestro legítimo soberano, y que procura con todo su poder ganar á los grandes y prelados y al pueblo para tenerles á su devocion. ¿Pues qué pensar de las calumnias que ha consentido publicar contra la honra y dignidad

de S. A. y de toda la nacion flamenca? No he olvidado el sermon que el padre Peña predicó no ha mucho en su presencia, y claro es que por su mandado, en que aquel indigno fraile osó dar á entender que los flamencos eran peores que moros ó turcos; gente sin ninguna razon ni justicia, y mal acostumbrados á vicios y á tomar las mujeres por fuerza: todo para que los castellanos concibiesen ódio á esa nacion amiga, y por consiguiente á nuestro señor el rey D. Felipe. De su persona públicamente se permite decir que ha tenido á la Reina presa contra toda razon y en mengua y vergüenza de los castellanos. ¿Y quién dudará que estas insolencias van encaminadas á sublevar los pueblos contra su Señor natural? Porque, pensar que la Reina sacará de ello ningun honor ni provecho, es apartarse de todo buen acierto; pues su padre mismo la ha declarado incapaz de gobernar; y lo que quiere, bien se vé, que es apropiarse estos reinos para darlos á los hijos que tenga de Germana de Fox, ó al menos saquear á Castilla, para con sus despojos enriquecer á Aragon. ¿Serán buenos castellanos los que tal consientan?

—¡No por Dios! prorumpió diciendo el de Benavente. Yo tengo un castillo fuerte, donde puede el Rey estar en seguridad hasta tanto que el aragonés sea espulsado de Castilla; pues no con otra condicion ha de tratar con él nuestro soberano.

—¿Creeis, noble conde, preguntó D. Juan Manuel, que el Rey, nuestro señor, necesita precaverse con esa seguridad?

—Vos lo sabeis mejor, D. Juan: vos que conoceis á fondo á D. Fernando.

—Ha enviado á decir que viene, como padre, á verse con sus amados hijos en Compostela, repuso el ministro.

—No lo consentiremos, respondió el marqués de Villena: el obispo de Santiago es hechura suya, y si el Rey cayera en sus manos, se le impondria la ley. Don Fernando sabe muy bien, que, al escoger ese lugar, tiene de su parte la ventaja de la fuerza.

—No le falta astucia.

—Buen raposo es.

—Ya le cogeremos con lazos.

—Debe perder las pingües ventas que está usurpando sobre las Indias y Granada.

—Y la administracion de los maestrazgos que le hace señor de media España.

—Sí, sí, ¡eso es una usurpacion!

—¡Es un robo á la corona!

—¡Y al reino!

Los grandes hablaban todos á una, diciendo el mal posible de D. Fernando, y escediéndose á pronunciar palabras soeces. De pronto se abrió una puerta y apareció en ella doña Juana. Todos se levantaron sorprendidos y enmudecieron mirándose unos á otros: la cortina que ocultaba á D. Felipe se agitó levemente.

—Proseguid, señores, dijo doña Juana con voz vibrante de indignacion, aunque afectando serenidad. La reina de Castilla bien puede oir los elogios de su padre. Continuad: si os falta el valor del Cid para arrostrar la cólera de un rey, á mí me sobra para representar á D. Fernando vuestras quejas. Yo seré vuestra mensajera: os lo prometo..... ¿Callais?

—Señora, se aventuró á decir el duque del Infantado: nosotros no tenemos nada que representar á un rey que ha dejado de serlo nuestro.

—Sin embargo, ilustre duque, contestó la Reina: teneis que respetar al abuelo de mis hijos, al viudo de doña Isabel la Católica: yo recuerdo que, bajo su reinado, vos y vuestra numerosa parentela recibisteis muchas mercedes de su mano, por servicios muy distinguidos: erais marqués y sois duque, y hoy cuento entre vuestros hermanos y sobrinos cuatro títulos que no existian. Vuestro tio, el gran cardenal, si ahora viviese, estaria junto á mí para reprenderos.

—¡Señora!.... Mi lealtad hácia V. A. exige.....

—Yo os diré lo que exige; y lo mismo diré á los demás que me oyen: exige que, al menos en mi casa, respeteis lo que hay para mí de mas sagrado en la tierra: quien ofende á mi padre, no está léjos de ultrajarme. ¡Adios, señores! Moderad los arranques de vuestro celo: pronto veré al Rey D. Fernando, y no dudeis que hará justicia á mis derechos, á los vuestros y á los del reino.

Pronunciadas estas palabras, doña Juana volvió la espalda á los grandes, que se quedaron atónitos. El duque del Infantado rompió el silencio, preguntando en voz baja á D. Juan Manuel:

—¿No decian que estaba loca?

—Y loca está, repuso el ministro en el mismo tono. De lo contrario, ¿habria cometido la estravagancia de presentarse aquí como lo ha hecho? ¿No habeis reparado en sus miradas?

—Juicio le sobra, D. Juan, replicó el de Benavente: siempre lo he dicho.

—El tiempo os desengañará, ilustre amigo, repuso el gran tesorero. Por ahora solo os daré un consejo: que la Reina no llegue á entender vuestra opinion sobre ese punto delicado, pues perdereis acaso el afecto de su marido.

—¡Cómo! ¿Don Felipe quiere que su mujer sea loca?

—¡Chist!.... Hablad mas bajo. No es eso, amigo mio, no es eso. El Rey no hace mas que resignarse con la voluntad de Dios, que ha dispuesto esa desgracia; y harto tiene que sufrir por ella: lo que es, que doña Juana sería capaz de alborotar los pueblos contra su esposo, y os tomaria por paladin de su causa.

—¡Vive Dios! ¿Y por qué no? Yo estoy pronto á defenderla contra cualquiera que la oprima..... Don Felipe no es capaz.....

—Ciertamente: pero la Reina tiene esa manía, y su causa es la de D. Fernando: ¿no acabais de oirla? ¡Prudencia, noble amigo! ¡Prudencia!

El conde se calló, conociendo su impotencia para luchar con argumentos y razones contra D. Juan Manuel.

Don Felipe se habia retirado, entre tanto, de su escondite para ir á ver á su esposa.

—¿Qué significa esto, Señora? la dijo. ¿Es posible que vos, mi mujer, irriteis á los grandes de Castilla contra vuestro marido, cuando mas necesita de su ayuda?

—¿Es posible, Señor, repuso la Reina, que vos, mi esposo, consintais que se ultraje á mi padre casi en vuestra presencia?

—Señora, yo he querido conocer los sentimientos de la grandeza, y he debido dejarla en plena libertad para que los esprese.

—Y estareis satisfecho, D. Felipe: ¿no es verdad? Sin duda alguna, despues de haber oido á esos hombres procaces é ingratos insultar por la espalda á un rey anciano, cuya justicia los tiene á raya, y á quien han adulado, como á vos ahora, muchos años; sin duda, digo, habreis comprendido que es peligroso fiarse de ellos.

—No, Señora, no: reconozco su atrevimiento; pero veo que su celo por vuestro interés y el mio lo disculpa. Tienen razon: vuestro padre quiere robarnos la corona, para darla á los hijos de Germana de Fox.

—¡Mienten!.... ¡Mienten! esclamó la Reina con frenesí, prorumpiendo en sollozos, pero sin verter una lágrima. ¡Yo veré á mi padre!.... Quiero verle, y él me dirá lo que hay en eso: él te convencerá de que estás rodeado de vampiros que desean beber de tu sangre.

—Pues bien, Señora: iremos á encontrarle. Camino de Galicia viene ya S. A. con los brazos abiertos para estrecharnos contra su corazon: tambien os dará los suyos su amada esposa. ¿No es verdad que deseais con ansia abrazarla? Yo tambien lo deseo.

—¿A qué es recordarme lo que quisiera olvidar? ¿Qué infa-

me placer teneis en atormentarme? ¡Felipe!.... ¡Felipe! ¡Nunca pude pensar que fueses cruel!

—Me obligais á recordaros que teneis tanto interés como yo en rehuir la presencia de vuestro padre.

—Eso no: ¡jamás!.... ¡Dios me castigaria!.... Le veré, le pediré su bendicion, aunque tenga que soportar la vista de *aquella señora* (1).

—No penseis en tal cosa; y si quereis conservar mi afecto, nunca mas volvais á mezclaros en asuntos que no os conciernen.

—¿Cómo es eso? ¿De qué asuntos me hablais?

—Quiero decir, Señora, que no vuelva á suceder un lance como el de esta tarde: no deis lugar á que digan de vos lo que no pronuncio por vergüenza.

—¡Lo adivino, Señor!.... ¡Lo adivino!.... repuso la Reina bajando la cabeza y apoyando la frente en las manos.

Y alzándose de pronto, añadió con energia:

—Mas, ¿por ventura no he cumplido con mi deber?

—No, Señora; porque me habeis ofendido.

—¿A tí? esclamó doña Juana respirando agitada. ¡Oh!.... ¡No lo sabía! No pude figurármelo, Felipe. Si te ofendí, habrá sido sin intencion. No recuerdo.....

—Así pasa siempre.

La Reina se fué tranquilizando poco á poco. Al cabo de un rato el Archiduque se retiró y mandó llamar á D. Juan Manuel, quien le dijo:

—Señor, es indispensable tener á la Reina muy sujeta, si no queremos perderlo todo.

—Ya lo sé, D. Juan, ya lo sé, repuso D. Felipe: habrá que encerrarla.

—¡Cuidado!.... No ahora.

—¿Pues cuándo?

—Ya veremos de aprovechar una ocasion favorable.

(1) En varias ocasiones, aun despues de muerto D. Felipe, doña Juana nombró así á Germana de Fox.

CAPÍTULO IV.

Que el Rey D. Fernando fué condenado por desconfiado.

Mientras los grandes de Castilla sedientos de influencia y poder acudian á fortalecer la autoridad del nuevo rey, pretestando fidelidad al derecho hereditario y proteccion á los intereses del reino, el estado llano, una parte de la nobleza y del clero y el pueblo bajo se rebelaban por instinto contra la dominacion estrangera, que creian ver envuelta en el gobierno de un príncipe ignorante de nuestras leyes y costumbres, y rodeado de consejeros flamencos y españoles de su devocion.

Todos respetaban la persona del Archiduque; pero en público y en secreto se hablaba mal de sus ministros, atribuyendo á estos las peores intenciones, y aun los actos de que juzgaban culpable á su señor.

No era, entre tanto, mas ventajosa la opinion de que gozaba el Rey Católico: las acusaciones que le hacian los nobles, sus

enemigos, iban minando el espíritu público, y el anciano y respetado monarca perdia por momentos el prestigio de la veneracion desde que celebró su segundo matrimonio. La conducta de la princesa Germana contribuia mucho á producir en los ánimos este efecto desfavorable: la maledicencia, es verdad, no encontraba todavia faltas graves en que cebar su diente; pero comparando la vida ejemplar y los estrénuos hechos de la difunta doña Isabel con la ligereza de carácter y la estremada aficion á fiestas y banquetes de la jóven Reina, el resultado no podia menos de ser escesivamente desventajoso para ella, recayendo el descrédito sobre su marido, como por lo comun acontece.

El espíritu de partido no dejaba de esplotar la menor circunstancia conducente á este fin, y así la reina Germana era objeto de las mas picantes murmuraciones. Decíase de ella que, temiendo no obtener sucesion por la vejez y achaques de su esposo, andaba en tratos con mujercillas y hechiceras y con sacristanes y santeros para conseguir su deseo, bien por medio de filtros mágicos, bien con el auxilio de un milagro. Tambien daban pábulo abundante á la conversacion su genio bullicioso y su glotonería, citándose como un hecho notable, (y lo era en verdad), que en uno de los últimos banquetes dados á sus amigas habia gastado solo en rábanos un millon de maravedís.

Escusado es decir á cuantas alusiones picarescas no daria lugar, entre la gente maliciosa, esta inmoderada aficion á los rábanos. El hecho era por demás inocente; hasta podemos decir beneficioso para la horticultura castellana; pero comentado y comparado, y puesto bajo el dominio de la sátira, bastaba él solo para socavar el arco de triunfo sobre que se asentaba la severa magestad de D. Fernando: es el respeto del público un edificio de menudos granos de arena, que se necesita mantener en perfecto equilibrio: faltando un grano, el edificio corre peligro de desmoronarse, y de que las turbas jueguen con sus despojos.

Luchando contra estas pequeñeces como el leon contra la avispa, el Rey Católico perseveraba en su propósito de sostenerse en la direccion de los negocios de Castilla, no solo por conservar los intereses que tenia en este pais, sino tambien por el amor á su hija y al bien público, que le dejó recomendado su difunta esposa. Con esta determinacion iba camino de Compostela, donde esperaba verse con el Archiduque; pero al llegar á Villafranca, recibió cartas en que le decian que D. Felipe, para no encontrarse con él, habia partido hácia Orense. Inmediatamente le envió mensageros, recordándole la concordia asentada entre ambos, y haciéndole presente la necesidad de que se viesen y concertasen, al menos para salvar su decoro y evitar discordias y revueltas en el reino: que escogiese él mismo el lugar donde le pareciera conveniente encontrarse, y allí se presentaria sin armas y con solo el acompañamiento ordinario de su persona y casa: que, pues le habian dicho que pensaba ir á Benavente, él se fiaria del conde de este título, yendo á su propia casa, ó bien se quedaria en algun lugar inmediato.

Don Felipe recibió en Orense este mensage; consultólo con sus privados y consejeros, y como estos no querian mas que ganar tiempo para hacerse fuertes y poder rechazar todo acomodamiento, le dictaron por toda contestacion, que no consentiria en las vistas, mientras no se hubiese de antemano concertado la posicion que debia ocupar cada uno en adelante, y que para esto le enviase D. Fernando el arzobispo de Toledo, con quien sería posible que el Archiduque se entendiese.

Tenia el Rey Católico su mayor confianza en este prelado, y accedió á lo que su yerno le proponia.

El cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo y gran canciller nato de Castilla, era un hombre de virtud austera, de carácter rígido y estremada sabiduría: desde la mas humilde condicion se habia elevado, por sus méritos y talentos, á la mas alta dignidad del reino, y no merced á sus esfuerzos, sino á impulsos del celo

con que la difunta doña Isabel buscaba las personas de gran valer, aunque se ocultáran en el mas apartado retiro: contaba ya cerca de setenta años; y esta edad, junto con la posicion que ocupaba y la justa fama de integridad, ciencia y virtudes, le hacian digno del mayor respeto y veneracion. Don Juan Manuel sabía muy bien que no era fácil sobornar á un hombre como éste; pero halagándole y entreteniéndole, podia hacer que D. Fernando desconfiase de su fidelidad, y esto bastaba para privarle de su apoyo y del de otros personages menos importantes, que aun permanecian adictos á su causa.

Cuando el arzobispo llegó á Orense, D. Felipe salió á recibirle hasta las puertas de su cámara con muestras de amor y respeto. El venerable prelado miró al rededor suyo, como buscando á otra persona: esperaba que la Reina, como legítima sucesora del trono y principal interesada en las negociaciones pendientes con su padre, se hallaria presente á su llegada; pero no viéndola, preguntó por su salud.

—Mi amada Juana está mal, muy mal, le respondió hipócritamente D. Felipe: los aires de España han acrecentado su dolencia, en términos, que, con dolor de mi corazon, me veo precisado á tenerla recluida, para evitar que nos comprometa con sus estravagancias. ¡Ay! No podeis figuraros, reverendísimo padre, cuánto me hace padecer.

El arzobispo suspiró y repuso:

—¡Paciencia, Señor! Dios querrá mejorar sus horas; sobre todo, si os dignais aceptar los consejos de la esperiencia: las pasiones de ánimo no se dulcifican con la opresion y la dureza: es necesario, como al fuego, dejarles algun respiro. De lo contrario, quebrantan, ó tal vez rompen con estruendo la débil materia que las contiene.

Y volviendo á mirar en torno suyo, saludó con la cabeza á D. Juan Manuel, al marqués de Villena, al señor de Veré y otros caballeros españoles y flamencos que estaban en pié, como

estátuas, en el fondo de la sala: hubiera deseado no tenerlos tan cerca, para poder hablar á D. Felipe con la franqueza y autoridad de un padre. Sin embargo, era el arzobispo un hombre que á nadie ni á nada temia; y tomando el asiento que el Archiduque le ofreció en su presencia, por respeto á su alta dignidad, comenzó á espresar sus pretensiones con entereza.

—Señor, dijo: la estimacion que antes de ahora me ha mostrado V. A., y la bondad que habeis tenido conmigo, al designarme como mediador entre vos y vuestro padre, me inspira la confianza de que, con el favor de Dios, no será infructuosa mi venida á este lugar.

—Podeis creer, respondió D. Felipe, que deseo complaceros en todo aquello que mas convenga á mi servicio y al de mis reinos.

—El servicio de V. A. y el de la Reina, mi señora, continuó el arzobispo, no menos que el bien de vuestros pueblos, me imponen deberes que cumpliré siempre sin temor. Vengo á vos, como ministro del Dios de paz y caridad y como primer dignatario de Castilla, dispuesto á deciros lo que siento, con el amor de padre espiritual, con la franqueza de un leal y humilde súbdito, que anhela vuestra mayor ventura.

—Yo os lo agradezco: podeis hablar.

—Señor: mi corazon está acongojado al ver, que circunstancias deplorables, y acaso de fácil remedio, embarazan la union que debe haber entre vos y vuestro padre: me llega al alma el pensar que estas desavenencias pueden traer sobre los pueblos un diluvio de males; pero al mismo tiempo me consuela la idea de que un príncipe generoso, como V. A., no consentirá que tal desgracia sobrevenga.

—Vuestra reverencia ilustrísima no dude que tales son mis sentimientos, repuso el Archiduque. Yo no rehuyo la union con mi amado padre; pero creo que estos reinos serán regidos en

paz y como Dios manda, estando yo solo al frente de ellos, como de justicia me corresponde.

—Nadie os niega, Señor, el derecho de reinar: se os disputa el privilegio ordinario de los reyes jóvenes, de vivir mal aconsejados.—Nadie se ofenda, señores,-añadió el arzobispo, advirtiendo que murmuraban los cortesanos de D. Felipe:-alguno de vosotros es tan viejo como yo, y guardará memoria de las calamidades que trajo sobre Castilla y sobre su soberano la mal dirigida juventud del señor D. Enrique IV.

Varios grandes se sonrieron, mirando con malicia al marqués de Villena. El arzobispo continuó dirigiéndose al Archiduque:

—Hay desgracias, Señor, que solo puede prevenir la esperiencia: V. A. tiene ahora veintiocho años y está rodeado de leales servidores. Gran fortuna es por cierto. Pero ¿quién funda sus esperanzas sobre la constancia de los hombres? Mañana el que os parezca mas fiel, podrá venderos: hoy mismo os siguen muchos,-y no señalo á ninguno,-que solo trabajan por su pasion ó interés; no por amor á V. A., sino por ódio al rey don Fernando, que conoce sus intenciones. Vuestra alteza es jóven y estranjero: ¿cómo sabrá precaverse contra las asechanzas del lobo con manto de oveja? Pues, ¿por qué no servirse de la madurez y prudencia, de la sagacidad y cordura de un padre que tiene tanta esperiencia y tanto conocimiento de las personas? Yo, Señor, os ruego como súbdito, y como anciano os aconsejo que depongais todo resentimiento, si lo teneis, y vivais en paz y armonía con el que tanto ha contribuido á levantar estos reinos de su abatimiento y ruina, y que por lo mismo está interesado en conservaros vuestra autoridad para que la transmitais á sus nietos.

—Reconozco que decís verdad en todo, replicó el Archiduque: yo debo estar unido con mi padre y escuchar sus sábios consejos; pero no puedo consentir, sin mengua de mi autoridad,

que haya dos reyes en un reino. Que mi padre se retire á sus Estados; yo quedaré en los mios, donde oiré siempre con respeto sus amonestaciones, y no me faltarán hombres fieles, como vos, que guien mi inesperiencia y me preserven de los peligros en que quieran hacerme caer los mal intencionados.

El arzobispo y D. Felipe continuaron hablando largo rato sobre varios negocios, sin ceder ninguno en el punto capital de la discordia, y se apartaron luego muy satisfechos, al parecer, el uno del otro.

Aquel mismo dia el prelado escribió á D. Fernando, comunicándole la poca esperanza que tenia de salir con su pretension, y lamentándose de que no se le hubiese permitido ver á doña Juana, por mas que hiciera repetidas indicaciones para demostrar que lo deseaba. Pero al mismo tiempo el receloso monarca recibia por varios conductos la noticia de que el arzobispo habia sido muy bien acogido por D. Felipe, y de que todos los señores de su corte le habian visitado. El Rey Católico mandó llamar á D. Pedro de Ayala y le encargó que vigilase al arzobispo y pusiese todo su conato en averiguar cómo se trataba á la Reina.

Pasaron algunos dias: las negociaciones del anciano prelado nada adelantaban, y D. Fernando se consumia de impaciencia, viendo crecer por momentos el número de los nobles que, atraidos por las promesas de D. Juan Manuel, ó por su ambicion, acudian á ofrecer sus servicios al Archiduque; al paso que decaia su propia influencia hasta en el ánimo de los pueblos: necesitaba una ocasion propicia, un pretesto plausible para romper abiertamente, separándose de la línea de moderacion que se habia trazado; y D. Felipe mismo se los dió.

Instigado por el presidente de su consejo y por algunos señores flamencos, y alentado por el gran concurso de altos personages y tropas que acudian á su encuentro, el jóven príncipe le envió á decir con D. Pedro de Ayala, que no se cansase inú-

tilmente en esperar la confirmacion de la concordia asentada entre ambos; que conocia perfectamente sus intenciones, demostradas por su alianza con Francia; que habia resuelto no verle, y hallándose en sus reinos, apoyado por los grandes y naturales de ellos, no necesitaba ni queria ser gobernado por nadie, ni recibir consejo sino de las personas que él quisiese elegir: que le hiciese la merced de retirarse á Aragon, á fin de evitar disturbios y dejarle desembarazada la marcha, pues lo árido del pais no permitia la permanencia en él de dos córtes, cuyo fausto aniquilaba los pocos recursos de sus habitantes.

A este desagradable mensaje añadió D. Juan Manuel algunas palabras.

—Aconsejad al rey D. Fernando, le dijo con estremada dulzura, que no insista por Dios, en lo que S. A. sabe que es imposible: los grandes de Castilla,—bien lo veis vos mismo,—no quieren consentir en las vistas, porque temen que D. Fernando les indisponga con el Rey: menos consentirán en que los gobierne, quedando á la merced de su resentimiento. La Reina tampoco quiere ver á su padre, quizás por lo de la francesa, y vos teneis pruebas de que es así, por lo que os pasó con ella en Inglaterra. Yo temo,—y os digo esto en confianza,—que el rey de Aragon está espuesto á que le pierdan el respeto los mismos que han sido súbditos suyos; y ya veis, amigo mio, que esto podria ocasionar graves conflictos. Que se retire, que se retire, por el bien de su hija y de estos reinos.

—¿Por el bien de su hija decís? repuso el embajador de don Fernando. Tengo motivos para creer, señor ministro, que esa es la causa principal que detiene al Rey en Castilla; pues á no ser por ella, hubiera ya marchado mucho tiempo hace á sus otros Estados, que reclaman su presencia. ¿Cómo quéreis que un padre se aparte de su hija, despues de una larga ausencia, sin verla, ni saber siquiera el estado en que la deja?

—¡Oh! En cuanto á eso, puede ir tranquilo D. Fernando: la Reina está bien asistida: y puesto que ella rehusa verle.....

—Deberiais permitirme oir esa negativa de boca de S. A. misma.

—¿Qué puedo hacer yo en eso? El Rey no lo consiente.

Esta embajada y esta conversacion fueron repetidas por don Pedro de Ayala al Rey D. Fernando, quien inmediatamente mandó dirigir una larga circular á los grandes que aun no se habian acercado al Archiduque, y á las ciudades y villas de la corona, convocándoles para que le acudiesen con hombres y con armas á fin de poner en libertad á la Reina, su hija. Esponíales en ella toda la historia de los padecimientos sufridos en Bruselas por la desventurada princesa, censurando con acrimonía los actos de violencia cometidos contra su persona, hasta el punto de decir que «si una mujer de escudero fuese así detenida ó tratada, se ternia por muy malaventurada: » representábales que D. Felipe la traia guardada y presa, como cuando estaba en Flandes, sin permitir que ninguno de sus amigos la viese; y que estando ella en los reinos de que era propietaria y principal señora, con mengua y baldon para sus súbditos, se la tenia como esclava, mientras su marido lo mandaba y disponia todo, cual si fuese único y absoluto señor.

Espedida esta circular, el Rey Católico pensó marchar á Toro, á fin de reunir allí las gentes de guerra que se le allegasen y oponerse á la entrada de su yerno; para lo cual contaba principalmente con el apoyo del duque de Alba, y de sus parientes el Condestable y el Almirante de Castilla: el primero era un hombre de los mas importantes, no solo por los vastos recursos de que disponia, sino tambien por su valor personal y talentos militares; los otros dos ocupaban, como sus títulos lo indican, los puestos mas distinguidos en la gerarquía de las armas, y eran asimismo señores de inmensos dominios.

El rumor de los preparativos bélicos que hacía D. Fernando

llegó muy pronto á Orense: los grandes se alborotaron, y en particular el marqués de Villena, que aspiraba á ocupar el primer puesto en los consejos del Archiduque, y que miraba con envidia la privanza de D. Juan Manuel, se adelantó á decir que éste les comprometia con su lentitud en deliberar, y que era preciso salir pronto de Galicia á tierra llana de Castilla, para evitar los desfiladeros donde podian ser fácilmente derrotados. Los demás nobles comenzaron á tener celos del marqués de Villena y de Garci-Lasso, que parecian ser los mas introducidos en la confianza del nuevo soberano, y los señores flamencos procuraban rechazar las aspiraciones de unos y de otros, queriendo ser solos con el gran tesorero en la direccion de los negocios.

Don Juan Manuel estaba perplejo y como acobardado en medio de tan opuestas pretensiones, y no sabiendo cómo contentarlos á todos: temia, por otra parte, que D. Fernando, una vez decidido, arrastrase en su favor la opinion de los pueblos; en cuyo caso habria que transigir con él, y era evidente que el ofendido monarca no le perdonaria los deservicios que le habia hecho.

Un accidente imprevisto vino á complicar la situacion embarazosa en que se iban colocando los asuntos del Archiduque: acababa de cometerse un acto de violencia contra los soldados de la Fé, que conducian preso á las cárceles de la Inquisicion de Toro á un personage misterioso, enviado á España desde Roma por el Papa, y á quien habian puesto en libertad varios estranjeros enmascarados, que por el habla se creia fuesen flamencos: ignorábase el nombre del preso, y únicamente se sabía de él que estaba encausado por ciertas tropelías cometidas en otro tiempo, y por haber muerto en sagrado á un tio del conde de Cifuentes.

Este hecho, en aquella época, podia adquirir una grande importancia política: el espíritu público en general era favorable al tribunal de la Fé: los pueblos lo habian pedido y aun im-

puesto con demostraciones tumultuosas cuando, pocos años antes, se trató de establecerlo: los oradores sagrados, el clero, con raras escepciones, (potencia de primer órden en aquel siglo), lo sostenian y hacian considerar como institucion divina: por consiguiente, atentar contra la Inquisicion era entonces un crímen nefando, que el pueblo, mas que nadie, miraba con horror. Esto parecerá y es inverosímil, increible: sin embargo, es un hecho histórico, una verdad que demuestra el estremo á que llegaba entonces el sentimiento religioso, y que forma estraño contraste con el desenfreno de las costumbres hasta entre personas dotadas del mas alto carácter sagrado. En aquellos mismos dias, el arzobispo de Zaragoza, hijo bastardo del Rey Católico, solicitaba casarse con una hija del Papa Alejandro VI (1).

La violencia hecha á los soldados de la Fé por unos hombres desconocidos, pero á quienes la voz pública designaba como flamencos, y cometida para libertar á un reo enemigo del conde de Cifuentes, noble mal visto en la corte de D. Felipe, podia muy bien atribuirse á los amigos y compatriotas de éste, cuyas opiniones en materia de religion se consideraban como poco escrupulosas. Y con efecto, la generalidad, instigada por los partidarios del rey Fernando, comenzaba á murmurar, diciendo que los flamencos del Archiduque venian á quitar la Inquisicion y á perturbar el órden establecido por la Iglesia Católica. Esto bastaba para sublevar al pueblo contra D. Felipe, y aun para hacer vacilar á muchos de los grandes personages que seguian su partido: algunos de ellos empezaron á recatarse en sus relaciones con la corte.

Don Juan Manuel dispuso sacar á D. Felipe al campo, á fin de poder hablarle con libertad de la complicacion de circunstancias imprevistas que acababa de sobrevenir; y con pretesto de probar los halcones que le habia regalado el rey de Ingla-

(1) Zurita, *Anales de Aragon.*

terra, le llevó á una selva entre Orense y Maceda, sin mas acompañamiento que el de algunos nobles flamencos y una fuerte escolta de archeros.

—Mucho tiempo anduvieron por el monte sin encontrar aves en quienes ensayar la destreza de los halcones: el terreno era muy quebrado, y el monte bajo embarazaba á cada paso la marcha de los caballos. Don Felipe se fatigó toda la mañana, recorriendo inútilmente aquellos bosques, y al medio dia dispuso buscar un parage donde reposar y comer: varios cazadores se adelantaron y descubrieron un sitio ameno por donde corria una cristalina fuente; pero no se podia llegar á él sino á pié, á causa de la aspereza de los peñascos que rodeaban aquella especie de oásis.

El Archiduque mandó echar pié á tierra á sus cortesanos, hizo él otro tanto, y separándose de la escolta, se encaminó á la fuente, seguido solo de D. Juan Manuel, Veré, otros cuantos señores y Gilito, que era tambien de la partida.

Estando comiendo, se presentó á la vista de D. Felipe, saliendo de la traspuesta de un montecillo, una jóven aldeana vestida con decencia, y tan hermosa, que arrancó á los cortesanos una esclamacion de sorpresa: traia un cántaro en la cadera y venia cantando alegremente la tonadilla propia de su montañoso pais: al divisar á los cazadores, se detuvo y cesó de cantar; pero en seguida continuó su camino hácia la fuente.

—¡Don Juan! esclamó el Archiduque en voz baja: ¡mira qué garza! ¿Te parece que le soltemos los halcones?

Los cortesanos se echaron á reir, celebrando la ocurrencia de su Señor: la jóven llegó entre tanto, mirando de reojo á los caballeros, y saludándoles con cortedad, se puso á llenar su cántaro. Don Felipe la miraba con ávido interés, pero sin decir una palabra, hasta que ella, volviéndose á poner el cántaro en la cadera, repitió su saludo.

—Quedaos aquí y no os movais, dijo el Archiduque á sus cortesanos. Ven tú, D. Juan, conmigo.

Y se lanzó en seguimiento de la muchacha, procurando cortarla el paso y ocultarse á su vista, entre tanto, por medio de la espesura de unos sauces que crecian en aquella cañada. Don Juan le siguió, y Gilito, aunque no habia sido invitado, se deslizó detrás, deseando ver en lo que paraba esta aventura: los demás se quedaron hablando maliciosamente de la travesura del príncipe.

La aldeana, despues de haber perdido de vista á los cazadores, seguia su camino cantando la copla que habia interrumpido antes, en el tono de la muñeira; mientras D. Felipe, imitando el ardid del halcon, que se remonta á las nubes para caer de repente sobre su presa é intimidarla con su inesperado encuentro, se adelantaba á ella con rápida carrera, para cogerle la vuelta al internarse en el mismo soto por donde él iba: luego que vió la ocasion favorable, mandó á D. Juan Manuel que le aguardase, y de un salto se puso en el camino. La muchacha, sorprendida y sobresaltada, dió un grito y dejó caer el cántaro, que se hizo pedazos.

—No te asustes, hermosa villana, le dijo D. Felipe: no soy hombre que quiera mal á las mugeres.

—¡Arre allá! contestó la aldeana con enfado y poniéndose colorada como una rosa. ¿Quiéreme decir el señor estrangeiro si es cosa de no se asustare? ¡Mire y qué gracia!

Y al decir esto miraba con pesadumbre el cántaro roto.

—No te aflijas por eso, bella criatura, repuso el Archiduque: yo puedo darte en cambio de ese cántaro otro de oro.

—¿Es de verda? replicó la moza riendo y enseñando unos dientes como perlas.

—De verdad, dijo el Archiduque acercándose mas á ella con ademan de abrazarla.

El rey está de caza.

—¡Eh! ¡Arre allá! esclamó la aldeana dando un repullo. No se me arrime, ó daréle de bofetadas.

—¿Sería posible? ¡Tan hermosa y tan esquiva!

—¡Vaya! ¡Pues no!

Gilito habia llegado en este tiempo á donde estaba D. Juan Manuel, y encontrándole sentado y pensativo, le dijo con mucha gravedad:

—Malo te veo, papá Juan, malo te veo. Si las garzas abundan en esta tierra, no doy un ardite por tu tesoro.

El ministro levantó la cabeza y repuso:

—¿A qué vienes aquí? Véte, canalla, y no vengas á ver lo que no te importa.

Gilito se volvió de espaldas hácia el parage donde estaba D. Felipe, que no léjos de allí se veia bregando con la aldeana; y estendiendo el brazo y bajando la cabeza, contestó:

—Tienes razon, Juanico: el Rey está de caza. No perturbemos su noble ejercicio. Pero me habia parecido que bien podia yo tomar parte en el juego, tratándose de caza de mariposas.

—Vete pronto; porque si el Rey vuelve y te encuentra aquí, puedes pasarlo mal.

En esto sonó el crugido de un bofeton. Gilito y D. Juan Manuel miraron hácia el camino, y vieron al jóven Archiduque apretando los puños con muestras de ira y despecho, y á la muchacha que corria huyendo de él y riéndose á carcajadas.

—¡Adios! ¡Adios, papá Juan! dijo el bufon escabulléndose. No quiero que el Rey me regale lo que ha cazado.

El gran tesorero recobró su actitud pensativa é indiferente, mientras regresaba D. Felipe con el rostro encendido y procurando afectar serenidad.

—¡Qué diablo de moza mas salvage! esclamó por decir algo y por saber si su privado habia visto el desenlace de su aventura.

—¿Se os ha escapado? preguntó D. Juan Manuel.

—Allá vá como una cabra montés. Pero, ¿no has reparado?....

—Nada, Señor: yo estaba aquí distraido, pensando en las trazas de que se valen vuestros enemigos para desacreditaros y hacer odiosa vuestra justa causa.

Don Felipe, contento de que el gran tesorero no hubiese fijado la atencion en el desagradable lance de la villana, tuvo á dicha que por esta vez le hablase de política.

—¿Será cosa de que tengamos que volvernos á Flandes? preguntó. Me ha parecido advertir que los grandes, tus amigos, no están muy satisfechos: ¿los estará ganando el arzobispo de Toledo?

—No es nada de eso, Señor, repuso D. Juan Manuel: no sería estraño que el arzobispo tomase cartas en el juego; pero es hombre que diria en la cara lo que pensase hacer, y lo haria como lo dijese. Hay dos cosas graves que me tienen con cuidado: una es la circular que ha remitido el rey de Aragon á los pueblos convocándolos para poner en libertad á la Reina; y la otra el haber sido arrebatado un preso á la Inquisicion por no sé qué flamencos: quizá sea esto último una invencion de los amigos de D. Fernando, pero puede hacernos mucho daño. ¿Teneis acaso alguna noticia de esa violencia?

—Yo no, D. Juan: lo sabrias tú.

—Dicen que el preso libertado es uno que mató á D. Antonio de Silva en el monasterio de las Huelgas: si esto es así, debe de ser el padre de Leonor de Silva.

—Te digo que no sé nada de eso: si mis paisanos han cometido la violencia de que se les acusa,—lo cual no creo,—habrá sido por su propia cuenta, y es menester decir que estoy pronto á castigarlos.

—Menester es hacerlo así, Señor; porque la voz pública os atribuye el patrocinio de esos criminales, y aun hay quien diga que pretendeis abolir la Inquisicion.

—¡Demonio! Eso es querer indisponerme hasta con el Santo Padre: no, no, D. Juan; yo soy muy católico, mas católico que mi suegro; y no pienso intervenir en los asuntos del Santo Oficio. ¡Pues no faltaba mas!

—Acaso algunos de vuestros amigos, creyendo complaceros, habrán dado ese paso imprudente.....

—Pues bien, que se averigüe; y si es cierto, que caiga el que sea: no ha de valerle mi amistad. ¿Qué tengo yo que ver con el padre de Leonor de Silva?

Hablando así, el Archiduque y su ministro llegaron adonde estaban los cortesanos. Nadie dijo una palabra relativa á la perseguida villana; y este incidente pasó como si no hubiese sido.

Aquella tarde se descubrieron algunas aves, y D. Felipe tuvo ocasion de divertirse hasta olvidar su contratiempo: se acercaba la noche, y entonces fué menester hacerle observar que distaba mucho de Orense el lugar donde se hallaba: con efecto, veíase allí cerca el campanario de la iglesia de Maceda, y se necesitaban dos horas para regresar á la ciudad.

De pronto se vió aparecer entre unos olivares una turba de aldeanos armados de palos, hachas, ballestas viejas y algunos arcabuces; los cuales, al divisar á los cazadores, se detuvieron como para concertarse.

—¿A ver? ¿Qué gente es aquella? preguntó el Archiduque. Parece que no vienen de paz.

—No por cierto, dijo D. Juan Manuel. Apresuremos el paso y retirémonos antes que lleguen.

—¿Y no es mejor que sepan quién soy?

—¿Sabemos acaso si son enemigos personales vuestros? Creedme, Señor: id vos delante, que en todo caso, los archeros harán su deber.

Inmediatamente se comunicó la órden de marchar hácia Orense, y de guardar secreto acerca de la presencia del Rey. Pero

apenas observaron los aldeanos este movimiento de retroceso, figurándose que les temian, se lanzaron en su seguimiento como una nube de langostas, dando desaforados gritos.

—¡A ellos! ¡A ellos! vociferaban. ¡Mueran esos pícaros flamencos!

—¡A ellos, que nos beben el vino!

—¡A ellos, que vienen á forzarnos nuestras mujeres!

—¡Y á quitarnos la religion!

—¡Mueran los flamencos!

—¡Por ellos no tenemos qué comer!

—¡Mueran! ¡Mueran los glotones!

La causa de este alboroto era la fuerza que habia intentado hacer D. Felipe á la jóven aldeana: era esta muchacha hija de uno de los labradores mas ricachos de Maceda, y muy estimada por su belleza y honestidad: un hijo del alcalde del pueblo la pretendia para esposa, y habiendo sabido la aventura que acababa de pasarle con un caballero flamenco, que junto con otros estranjeros andaba cazando por aquellos bosques, el padre y el novio de la jóven habian decidido vengarse del ofensor, cuyo nombre y calidad ignoraban.

En pocos momentos la turba de furiosos gallegos alcanzó á los arcberos que cerraban la retaguardia del Archiduque, y comenzó una escena semejante á la de D. Quijote con los forzados: llovian las piedras arrojadas con ímpetu por hábiles honderos, y algunos tiros de arcabuz partieron de puntos diferentes. En tierra llana no habria sido difícil dispersar á los villanos; pero en aquellas montañas ofrecia grandes dificultades el manejo de la caballería.

—Don Felipe, rodeado de sus cortesanos, continuaba la marcha en retirada con mas precipitacion de la que á su dignidad conviniera; mas á pesar de todas las precauciones que se tomaban para impedir que le alcanzase algun golpe de fortuna, llegó zumbando hasta él una peladilla de arroyo, y le dió en el

cogote: fué suerte suya que la piedra hubiese perdido mucha parte de la fuerza con que salió despedida de la honda; pues de lo contrario, tal vez le habria costado la vida. Sin embargo, bastó el golpe para enardecer su furor.

—¡A ver! gritó, ¡cargad sobre esos villanos, y no me dejeis uno vivo!

Los archeros hicieron desesperados esfuerzos para atacar á los aldeanos, que burlándose de su impotencia, los molian á pedradas desde las alturas, y hacian sucumbir á varios con sus tiros certeros.

La noche puso fin á esta desigual refriega, que á durar algunas horas, fuera fatal para los acosados flamencos: sus enemigos los persiguieron largo trecho, intentando hacer uso de las armas cortas que llevaban; pero, no pudiendo acercarse sin riesgo de ser acuchillados, se contentaron con darles una silba, gritándoles:

—¡Volved, cuando querais, á cazar garzas gallegas!—¡Andad, glotones, borrachos, á vuestra tierra!

Don Felipe, aunque bramaba de ira interiormente, hacía oidos de mercader y solo se cuidaba de apresurar el paso.

Luego que estuvo cerca de Orense, previno al gefe de los archeros y á los cortesanos que no habláran una palabra del desacato cometido contra su persona, y que dijesen solamente que, habiéndose apartado algunos soldados de la escolta, los aldeanos los habian insultado y movido riña con ellos.

Sin embargo, en consejo particular con D. Juan Manuel y otros cuantos señores, se resolvió sacar partido de esta ocurrencia.

Otro dia de mañana, el Archiduque mandó llamar al arzobispo de Toledo y le dijo, que estaba indignado al ver los medios rateros de que se valia D. Fernando para ultrajarle: dióle noticia del alboroto de los aldeanos, manifestándole que no podia menos de creer que aquellos hubiesen obrado pór instiga-

cion agena y con ánimo de apoderarse de su persona, pero que afortunadamente habian errado el golpe, acometiendo solo á unos cuantos servidores suyos: que pensaba despreciar aquel insulto por consideracion á su propia dignidad; mas que, no obstante, habia resuelto emplear todo su poder para que no se repitieran actos semejantes. Tambien se le quejó de que anduvieran divulgando que él se oponia al libre ejercicio de la Inquisicion.

Mientras hablaban el Archiduque y el prelado, se presentó en la cámara D. Juan Manuel, trayendo una carta que acababa de recibir de Roma.

—¿Qué es eso, D. Juan? preguntó el Rey.

—Señor, contestó el ministro: perdonad que os interrumpa. La importancia y la oportunidad de este mensage me obligan...

—Sepamos de qué se trata.

—Vuestro embajador en Roma os dá aviso de haber hecho prender á un hombre, que en Bruselas amotinó las turbas contra V. A., so pretesto de dar libertad á la Reina, mi señora. Este hombre es aquel á quien llamaban Pero Diablo: habia ido á la ciudad Santa, donde se daba á conocer bajo el nombre supuesto de capitan Bivar, y estaba negociando una absolucion y una dispensa con documentos que me han sido sustraidos. La casualidad de haber ido á Roma, por mandado vuestro, el príncipe de Simáy, ha hecho que se le descubra; y habiéndole reconocido algunos españoles, han afirmado que su verdadero nombre es el de Pedro Ruiz de Azagra. Informado nuestro embajador de que este sugeto era el mismo que violó la clausura de las Huelgas y dió muerte á D. Antonio de Silva, cometiendo otras tropelías y desacatos sacrílegos, mandó ponerle á disposicion del tribunal de la Fé, sin perjuicio de lo que el Santo Padre resolviese y de lo que á V. A. compitiera, tratándose de un vasallo rebelde; y presumiendo que estabais ya en España, por el tiempo que hace que salimos de Flandes, lo enviaba convenientemente es-

coltado, cuando unos desconocidos, saliéndole al camino, le han puesto en libertad.

—Diantre, esclamó el Archiduque. ¡Segun eso, el individuo que han arrebatado al Santo Oficio, es Pero Diablo! ¡Y los amigos de D. Fernando me acusan de tener parte en esa violencia!

—Ved ahí, Señor, porque no he titubeado en daros esta noticia ahora mismo, sabiendo que podia influir en el concepto que del acontecimiento en cuestion haya formado el señor arzobispo.

—Sí, sí, has hecho bien, D. Juan. Dá esa carta al señor cardenal arzobispo; dásela, y puedes informar á su reverencia ilustrísima de quién es Pero Diablo; un agente secreto de mi señor padre político; un conspirador, á quien mandaré colgar tan pronto como caiga en mis manos. Sí, señor cardenal; os ruego que hagais entender al rey de Aragon, que tambien esta vez le han salido mal sus cálculos, y que estoy decidido á sostener mis derechos, sin escrúpulo ninguno en la eleccion de medios, ya que se emplea contra mí la calumnia, y se alborotan los villanos para que me asesinen.

El arzobispo hizo cuanto pudo á fin de calmar la irritacion de D. Felipe, tratando de persuadirle que todas estas incidencias eran casuales y de ningun modo premeditadas, ni menos dispuestas por su suegro. Pero fueron vanos los esfuerzos de su elocuencia; y habiéndose retirado á su posada, escribió á don Fernando, manifestándole que temia llegasen á rompimiento los negocios, y aun recelaba que corriese peligro su persona; por lo cual era de parecer que se retirase al momento, y le ofrecia su palacio de Toledo y sus propias guardias para que estuviese en seguridad: representábale además, que no aprobaba el llamamiento hecho á los pueblos y grandes vasallos; porque declarada una guerra civil, sería dudoso su triunfo, y á un rey tan prudente no le estaba bien aparecer como enemigo de su hijo,

ni atraer calamidades sobre el pais. Le aconsejaba, por el contrario, que dejase pasar el mal tiempo disimulando; pues por lo que veia en la corte de D. Felipe, y por lo mal mirada que era la incontinencia y destemplanza de los flamencos, opinaba que no pasarian muchos meses sin que el mismo Archiduque le llamase para valerse de su sabiduría y esperiencia.

La intencion del arzobispo era buena, y su consejo el mas sensato que podia darse en aquellas circunstancias. Sin embargo, al leer esta carta el Rey D. Fernando sospechó que el sábio prelado se habia dejado seducir. (Tenia motivos antiguos para creer que le guardaba resentimiento, pues contra toda su voluntad subió Cisneros á la silla de Toledo). Convocados los grandes que le acompañaban, el duque de Alba se declaró partidario de la guerra con el fin de libertar á la Reina: el Condestable y el Almirante creyeron mas prudente seguir el consejo del arzobispo: los demás nobles se dividieron entre ambas opiniones, y don Fernando aceptó la del duque. Al momento escribió á Cisneros, retirándole los poderes que tenia para negociar.

Este paso de desconfianza, dado contra un hombre cuyas virtudes eran de todos reconocidas, fué funesto á las pretensiones del Rey Católico. Al dia siguiente se encontró abandonado hasta de su yerno el Condestable y de su primo el Almirante. Solo quedaron á su lado el duque de Alba y el marqués de Denia, con otros cuantos nobles de menor importancia.

CAPÍTULO V.

Las vistas de Sanábria.

Nunca necesitó el rey D. Fernando, tanto como en esta ocasion, esforzar su valor moral y su presencia de ánimo, para sobrellevar el peso del infortunio: abandonado por los hombres que mas favores le debian, por sus mismos parientes y deudos, perdió toda esperanza de ser sostenido por los pueblos, y se resignó á pasar por la humillacion de no hacer nada, despues de haber tremolado una bandera de guerra.

Conociendo el error que habia cometido, apenas se le presentó el cardenal Cisneros, le acogió con benevolencia, y le dijo, que al dar por terminada su negociacion, solo se proponia tenerle cerca de sí, para escuchar sus paternales consejos: se le lamentó de la infidelidad de los hombres, y le rogó que no le abandonase.

Al mismo tiempo, resuelto á cubrir su derrota con una som-

bra de reconciliacion, envió á decir á su yerno con el secretario Miguel Perez de Almazan, que habia determinado pasar á verle donde quiera que le encontrase, para despedirse de él como amigo y padre; y que esperaba no le negaria esta atencion, siquiera para evitar que los enemigos de ambos y del reino se gozasen en su discordia.

Luego que D. Felipe recibió este mensaje, llamó á D. Juan Manuel, al señor de Veré y á Garci-Lasso, como las personas que mas de cerca conocian al Rey Católico, y hablándoles en puridad, les dijo:

—¿Qué os parece de lo que pretende mi suegro? ¿No es mucha terquedad la suya en querer que nos veamos? Ya no demuestra tener aspiraciones ningunas, ni al gobierno, ni á las demás cosas que antes ha solicitado con tanto empeño: solo quiere despedirse de mí, como amigo y padre. ¿Hay medios hábiles de negarle una cosa tan sencilla y natural?

Don Juan Manuel no habria tenido inconveniente en que don Fernando viese á su yerno; pero como despues de verle habria de hablarle, y como hablándole podia desvanecer muchos de sus recelos y descubrirle los tratos que él, D. Juan, habia tenido con los franceses, y las demás intrigas puestas por él en juego para dominarle y hacerse el verdadero señor de sus reinos, inmediatamente se opuso, como lo hacía siempre á la entrevista solicitada.

—Señor, dijo: medios hay para todo. Yo no apruebo esa visita amorosa, hoy menos que nunca. Vuestra Alteza no ignora cuán graves son los motivos de rencor, acumulados hoy en el ánimo de don Fernando: es imposible que bajo las apariencias de dulzura con que solicita veros, no se oculte algun pensamiento siniestro. Mi lealtad solo me permite recordar á V. A. que el rey de Aragon se educó en la escuela de D. Juan II, y que escede á su padre en astucia y sangre fria: nadie habrá olvidado el trágico fin del príncipe de Viana.....

—¡Oh! esclamó Garci-Lasso: permitidme una observacion, señor tesorero; los tiempos actuales no son los mismos de don Juan II de Aragon; y no creo que su hijo se atreviese á imitarle, atentando contra la vida del Rey nuestro señor. Esto no es decir que yo desapruebe vuestro dictámen: opino, como vos, que es innecesaria, y acaso sea inconveniente esta entrevista.

—La razon de eso quisiera yo saber, dijo el señor de Veré: puesto que D. Fernando cede en sus pretensiones, lo mejor sería, en mi concepto, concederle las vistas; pero solemnes, concertadas de antemano, y prévias las seguridades necesarias; y no aguardar á que él venga, segun dice, al encuentro de su hijo como padre amoroso. Rehusarle una cosa tan trivial y de mera cortesía, es demostrar que le tenemos miedo.

—Dice bien Filiberto, repuso el Archiduque. Tomando las precauciones debidas, no hay ningun inconveniente en que nos veamos..... por supuesto, para despedirnos.

—Señor, replicó D. Juan Manuel, no sé qué precauciones valgan contra un hombre de intencion dañada, cuyos pensamientos son un arcano. Por de contado no le bastará ver á V. A.: querrá ver tambien á la Reina, y ya sabeis por esperiencia cuánto influjo tiene en su ánimo. ¿Cómo le rehusareis que la vea?

—Diciendo claramente que no me acomoda. ¿No es verdad, García?

—Es evidente, contestó Garci-Lasso, que V. A. puede disponer en esa parte lo que sea de su agrado.

—Y D. Fernando podrá fundar mas en eso la acusacion de la prision de su hija, repuso el gran tesorero.

—Que funde lo que quiera, replicó D. Felipe: todos saben que la Reina está libre, aunque por consideracion á su decoro y por su propio bien, no se le puede permitir que hable con ciertas personas, ni mucho menos que intervenga en los negocios

de Estado. Es mas: con permiso de mi señor suegro, será menester tomar una determinacion decisiva sobre ese particular; de modo que no me inquieto por lo que él diga ó deje de decir. ¿Qué te parece, Filiberto?

—Yo, Señor, estoy de acuerdo con V. A. y con D. Juan respecto á la Reina. En cuanto á las vistas que pretende el rey Fernando, repito mi proposicion: conviene que se verifiquen para acabar de una vez tanto enredo y para que V. A. pueda ir libremente á coronarse.

—Dices bien. ¿Será bueno el castillo de Benavente para eso?

—No me fío del conde, repuso D. Juan Manuel: tengo para ello mis razones reservadas.

—Pues dí tú dónde ha de ser, replicó el Archiduque.

A D. Juan Manuel no le acomodaba ningun sitio para el objeto de que se trataba; por lo cual respondió:

—Hay que pensarlo. Si á V. A. no le parece mal, despediremos al enviado de D. Fernando, diciéndole lo que habeis determinado: que nos envien el duque de Alba para tratar con él, y yo iré á concertarme con su amo.

—No comprendo bien tu idea.

—Encierra dos estremos, Señor: el uno consiste en tener aquí en rehenes al duque, cuyo poder es formidable, bajo pretesto de negociar con él; y el otro en descubrir las intenciones del aragonés y reconocer su tren de campaña.

—Es bien pensado: haremos eso. Pero, ¿no temes que mi suegro haga contigo algun atropello?

—Si lo hace, lo sufriré por amor de V. A.; y en todo caso, el duque responderá de mi persona.

Don Felipe quedó muy prendado de este rasgo de lealtad; pues no podia dudar que D. Juan Manuel se esponia á caer en manos de su poderoso enemigo, solo por servirle á él: ignoraba que el sagaz ministro queria únicamente curarse en salud, previniendo, si podia, el ánimo del Rey Católico, antes que éste se

viese con su yerno; ó al menos indagando por sí mismo lo que meditaba, para tomar sus precauciones. El Archiduque le dió el encargo de despachar al secretario Almazan conforme á lo que se habia convenido, y escusado es decir que lo desempeñó del modo mas adecuado á su propio interés, procurando desde luego arrogarse el mérito de la avenencia.

El rey D. Fernando aceptó en seguida la proposicion que se le hacía, no dudando que el principal obstáculo á sus miras era D. Juan Manuel: envió al duque de Alba, conociendo que se le pedia para asegurarse de su palabra, y recibió al gran tesorero con amabilidad y sin darle la menor muestra de resentimiento, ni dejarle traslucir otra idea que la de quedar bien con D. Felipe, á fin de no escandalizar á los pueblos, y la de salvar sus derechos sobre las rentas de Castilla y sobre la administracion de los maestrazgos de las órdenes militares.

En pocos dias quedó concertado lo que no se habia podido arreglar en mes y medio de negociaciones asíduas: se convino en que D. Fernando sacaria las rentas que se le asignaban en el testamento de doña Isabel, sobre el producto de las sedas de Granada, y el décimo de las utilidades de los nuevos paises recientemente descubiertos por Cristóbal Colon; como tambien que conservaria la administracion de los maestrazgos: pero se escluyó enteramente el artículo relativo al gobierno, de lo cual podria tratarse despues; y se resolvió que los dos reyes se viesen en el campo cerca de la Puebla de Sanabria.

Sentadas estas bases, D. Juan Manuel volvió á encontrarse con el Rey Archiduque.

—Paréceme que has concedido demasiado, le dijo éste: la administracion de maestrazgos es cosa muy grave y deja á mi suegro mucha influencia en Castilla.

—Señor, le contestó el ministro: D. Fernando tiene esa administracion por otorgamiento del soberano Pontífice, y no se le podia quitar sin incurrir en las censuras de la Iglesia; pero con

el tiempo le iremos cercenando sus facultades. No se ganó Zamora en una hora.

—Está bien. ¿Y qué me cuentas de su tren de campaña, como tú dices? ¿Podré fiarme de él?

—Eso, nunca. Sus intentos son impenetrables, y es necesario que vayais prevenido. Las apariencias son pacíficas; pero no obstante, será preciso que lleveis buena escolta y que vayamos todos armados. Convendrá que yo esté presente á la entrevista, para indicaros, si es menester, lo que convenga contestar á las argucias y sutilezas de vuestro suegro; pues no dejará de intentar persuadiros que le necesitais á vuestro lado.

—Que no lo intente, porque le dejaré con la palabra en la boca.

—No es necesario: en ese caso, teneis la disculpa de que los grandes se oponen, y podreis rogarle que os dispense de no acceder á sus deseos, y que os ayude con sus paternales consejos desde Aragon. El caso es echarle de aquí suavemente, ó mejor, hacer que se confíe, para que podamos darle el golpe de gracia.

—Eso, eso: ya sabes que quiero verle humillado y que salga de mis reinos como un pobre hombre.

—Pues me parece que lo conseguireis. Manteneos impenetrable en las vistas; y sobre todo, procuremos que no logre ver á su hija: si se apoderase del ánimo débil de la Reina, tendriamos mucho que pelear.

—Descuida, no la verá. Dime: ¿has hablado con la reina Germana?

—No he podido hacer mas que saludarla.

—Estará muy contenta.

—Podeis presumir si lo estará: como que gasta en rábanos y en sortilegios la mitad de las rentas de su marido.

—Es menester que no se le logre el gusto de reinar en Ita-

lia. Mi padre está trabajando cuanto puede para quedarse con el Milanesado. ¿Sabes tú algo de Gonzalo de Córdoba?

—Estaba en buen sentido, y por esto creo que D. Fernando tenia tanta prisa de avenirse con V. A.; pues no le llegaba la camisa al cuerpo, temiendo que se le escapase de las manos el reino de Nápoles. Pero, segun he podido entender, Enrique de Almazan y aquel capitan Bivar que fueron á Bruselas con cartas reservadas para la Reina, han ido á ver á Gonzalo, quien, á consecuencia de esto, ha enviado á Nuño de Ocampo con cartas del Rey Católico, protestándole que por nada del mundo dejará de serle fiel, y diciéndole que su presencia en Nápoles es absolutamente necesaria para la conservacion de aquel reino: que no le saque de él, hasta que vaya á reemplazarle una persona digna y capaz de ocupar su puesto. Don Fernando se ha tranquilizado con esto y con los informes de sus oficiosos servidores Almazan y Bivar.

—¡Malditos! ¡Por qué no mandé cortarles la cabeza cuando estuvieron á mi disposicion! ¿De modo que mi suegro está asegurado por esa parte?

—No mucho, Señor. Para todo hay medios.

—Dime uno.

—El Gran Capitan es hombre de mucho mérito; pero su ambicion no puede estar satisfecha. Con dinero no se le puede halagar; porque él lo tira y lo desprecia: los honores y dignidades llenan mas su corazon magnánimo; pero, ¿qué daremos al duque de Sesa y de Santángelo, al marqués de Bitonto, al grande de España de primera clase, al caballero de todas las órdenes conocidas, al que la Europa entera proclama primer capitan del siglo? Solo una corona pudiera deslumbrarle, y aun dudo que la aceptase.

—Ofrezcámosle la corona de Nápoles y Sicilia: con tal que no la posea mi señora suegra, se la daré si es menester al gran Turco, cuanto mas al Gran Capitan.

—Meditemos esto: Gonzalo, como todos los hombres, tiene un lado flaco. Su hija única Elvira es para él una especie de ídolo, ante cuyas aras sacrificará cuanto haya que sacrificar. Hagámosle una proposicion: que Elvira se case con el duque D. Hernando,—ya sabeis, el hijo del destronado rey de Sicilia, inmediato y legítimo sucesor de aquel reino.—Por este medio la corona de Nápoles volverá á su dueño, en cuyas sienes la sostendrá el Gran Capitan con ayuda de los barones Angevinos, que hoy siguen la corte del Rey Católico mendigando favor: los castellanos entusiastas de Gonzalo,—que son muchos,—y las grandes casas enlazadas con la suya le apoyarán tambien; y si os parece, daremos libertad al duque Valentin, que es un diablo encarnado, y que procurará incomodar al Católico por la parte de Navarra: esto podrá servir además para que el Papa confírme á D. Hernando y á Elvira la posesion de un trono, que solo la mala fé y la fuerza de las armas ha quitado al primero, y el rey de Francia, lo mismo que vuestro suegro, se quedarán burlados.

—¡Magnífico proyecto, D. Juan! esclamó el Archiduque. ¡Vales un mundo!.... Pero, díme: de ese modo no llegaré yo á poseer el reino de las Dos Sicilias.

—¿Tan seguro estais ahora de poseerlo? Si D. Fernando no tiene hijos de Germana, será para Francia: mas vale que lo posea un vasallo vuestro, á quien considerareis como feudatario. Y luego..... el Gran Capitan no vivirá tantos años como V. A.: es ya viejo. Faltando él, podreis tomar con una mano lo que deis ahora con otra.

—Es verdad: eso haremos. Y luego regalaremos á la reina Germana un canasto de rábanos.

Terminada esta grave conversacion, solo se pensó ya en hacer los preparativos de marcha: comunicóse á los grandes la determinacion de partir al encuentro del Rey Católico, previniéndoles que llevasen buenas escoltas de hombres de armas y fuer-

tes corazas debajo de sus ricos trages de corte: y se proveyó á las tropas alemanas de municiones de guerra.

Entre tanto, doña Juana estaba ignorante de lo que se disponia: servida por damas alemanas en quienes no tenia confianza, y por algunas españolas, introducidas recientemente por el favor de los nobles adictos á D. Felipe, no se comunicaba con nadie sino con Leonor, que transmitia sus órdenes á las demás, quienes la miraban con envidia y evitaban su trato familiar.

Sin embargo, nuestra jóven amiga observó el movimiento de la corte, y procuró indagar el objeto que lo ocasionaba: su corazon se llenó de regocijo, sin dejar de sentir algun sobresalto, cuando supo que se trataba de ir al encuentro del rey D. Fernando: la esperanza de ver á Enrique de Almazan y de saber noticias positivas de su padre, era suficiente motivo para que se alegrase y temiese. Inmediatamente fué á comunicar á la Reina su descubrimiento.

—Por fin, Señora, le dijo, vamos á ver al Rey vuestro padre: se hacen ya los preparativos para marchar.

—¿Qué me dices? preguntó doña Juana con estrañeza. Vamos á ver á mi padre, ¿y no se cuenta conmigo?

—No es posible que os dejen aquí en una ocasion como esta; y sin duda no es así, pues he visto preparar la litera de V. A.

—¡Oh! No me comprendes: ya sé que me llevarán; pero no me han dado cuenta de nada, y yo tengo derecho á saber lo que se dispone y lo que se hace. A ver: ¿no estará por ahí Garci-Lasso?

—Voy á llamarle.

Leonor fué á salir de la estancia de la Reina; pero ésta la detuvo señalando á una puerta interior, y diciéndole:

—¡No, por ahí no! Vete por allí. No es ya necesario llamarle.

Apenas salió la jóven, se presentó el Rey en la puerta esterior de la cámara.

—Ya sé á lo que vienes, Felipe, le dijo doña Juana. Pero, ¿cómo es que no me has participado antes tu determinacion?

—¿Sabes ya que vamos á partir? preguntó á su vez D. Felipe. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Te pesa que me lo hayan dicho?.... ¿Acaso no debia yo saber antes que nadie los tratos que se han hecho con mi padre?

—¡Ah! ¡tambien sabes eso! Es muy singular lo que aquí pasa: ¿no podré yo impedir que haya gentes entremetidas alrededor tuyo?

—No culpes á nadie, amigo mio: yo no sé mas, sino que vamos á ver á mi padre; y estraño mucho que nada me hayas dicho.

—No he querido molestarte, Juana: en mis tratos con tu padre han mediado cosas desagradables, que no podia convenirte saber y que vale mas las ignores.

—¿Por qué? Yo no debo ignorar nada.

—Lo he dispuesto así, Señora, y creo haberos hecho un bien: no me reconvengais por ello.

—¡Ah! No, no te reconvengo; pero..... díme una cosa nada mas: ¿veremos tambien á aquella señora?

—Seguramente no la verás.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—¡Ah!.... Pues entonces, vamos; vamos pronto. ¿Cuándo partimos?

—Esta tarde saldremos, para ir á dormir en Maceda. El calor incomoda ya mucho, y he dispuesto que andemos jornadas cortas y á horas en que el sol no te haga daño.

—¡Lo haces por mí!.... ¡Oh!.... Dame un abrazo, ¡Felipe!.... ¡Cuánto te amo, vida mia!....

Los aposentadores de D. Felipe habian partido ya delante para preparar las habitaciones y alojamientos que habian de ocupar los reyes, sus cortesanos y escolta en los pueblos del trán-

sito: los habitantes de Maceda estaban consternados, temiendo que el Archiduque hubiese determinado parar allí, con intento de castigar el atentado cometido por ellos contra sus flamencos: (ignoraban que habia sido contra su misma persona). Para calmar su cólera, resolvieron darle muestras de acatamiento, enviando á recibirle una comision municipal y del clero, y disponiendo festejos públicos.

Al anochecer de aquel dia entraba D. Felipe en el pueblo, cuyos naturales le acogian con aclamaciones y repique de campanas: dos veintenas de hombres con hachas encendidas en las manos le precedian, y una comparsa de jóvenes de ambos sexos, adornados con cintas y flores, le guiaba hácia su posada, bailando al son de gaitas y tamboriles: entre ellos iba la hermosa villana que ocasionó la aventura de la fuente. Al verla, el Archiduque y Gilito la reconocieron; pero ambos tenian sus motivos poderosos para disimular, y solo el bufon dijo al oido á don Juan Manuel:

—¡Allí vá la garza!

La casualidad, ó quizá un oficioso propósito, hizo que el aposentador hubiese elegido para residencia de los reyes la casa de los padres de la hermosa jóven: habia en ella, como era consiguiente, un movimiento estraordinario, y la adornaban todos los muebles y alhajas de algun valor que se habian encontrado en el pueblo.

Al apearse en su puerta la Reina y el Rey, se presentaron á besarles las manos los dueños, seguidos de media docena de hijos: la jóven de la aventura se quedó recatada, procurando esconderse detrás de su madre, apenas miró el rostro á D. Felipe, quien preguntó con afabilidad:

—¿Está aquí toda la familia?

—Solo falta la abuela, Señor, respondió el gefe de la familia.

—¿Y por qué no ha salido?

—Es una pobre anciana de ciento diez años, que apenas conserva ya idea de este mundo.

—¡Qué prodigio! tendré gusto en verla.

Diciendo así, dió la mano á besar á sus huéspedes, y lo mismo hizo la Reina: cuando llegó el turno á la hermosa villana, fué menester que su madre la empujase, diciéndole:

—Vamos, Casilda, hija mia: besa la mano á SS. AA.

Doña Juana observaba con ojos desencajados la turbacion de la jóven y el interés con que la miraba D. Felipe; y acercándose al oido de éste, murmuró con rapidez:

—No quiero quedarme en esta casa.

—¡Por Dios, Señora! No empecemos, repuso el Rey en voz baja.

—¡Que no quiero!

—¡Silencio! replicó D. Felipe, traspasando el umbral.

Y prosiguió diciendo con acento festivo:

—Veamos, veamos ese prodigio de longevidad: ¡una mujer de ciento diez años! ¡si viviese yo otros tantos!

El dueño de la casa condujo á sus régios huéspedes á la vasta pieza del hogar, que estaba, como es costumbre en las viviendas de labradores, inmediata á la entrada, y les mostró con la mano la centenaria anciana, la cual ocupaba un enorme sillon, junto al fogon de la chimenea, no obstante ser ya mediado el mes de junio: tenia puesta en la cintura una rueca de madera fina, primorosamente labrada, y daba vueltas á un huso, como pudiera hacerlo una máquina. La presencia de los reyes no alteró en nada su actitud, ni perturbó su ocupacion.

—Perdónenle VV. AA., dijo el padre de Casilda: mi pobre abuela no conoce ya á nadie, sino en raros momentos: cinco años hace que está sentada en esa silla, de donde la llevamos en brazos á la cama.

—¿Y todavia trabaja? preguntó D. Felipe: ¡eso es admirable!

—Hila siempre con esa rueca y ese huso, que le regaló ha-

rá treinta años, nuestra señora, la reina doña Isabel, que Dios tendrá en su gloria.

Al oir el nombre de doña Isabel, los ojos de la anciana se iluminaron con un destello de vida, y sus lábios se agitaron trémulos.

—Quiere hablar, dijo su nieto.

—¡Silencio! repuso el Archiduque. Dejadla hablar:—Anciana, ¿qué ibais á decir?

La abuela le miró con una sonrisa indolente y no contestó.

—Debe de ser triste llegar á ese estado, murmuró el Archiduque, hablando con D. Juan Manuel. Para vivir así, valdria mas morirse antes.

La anciana dejó caer el huso, é incorporándose con una gravedad fria que la hacía parecerse á la estátua de un sepulcro, dijo con voz firme y profético acento:

«Id, infeliz príncipe, que poco tiempo sereis con nosotros, y «andareis llevado por Castilla, mas despues de muerto, que «vivo».

En seguida se aplomó en su sillon y se quedó moviendo la mano derecha como si buscase el huso. Don Felipe oyó sus palabras consternado: la Reina se inclinó hácia ella, preguntándole con ansia:

—¿Qué habeis dicho?—¡Esplicadme eso! ¡Hablad por Dios!

La anciana selló sus lábios como si hubiera enmudecido.

—¡Oh!.... No haga caso V. A., respondió el gefe de la familia: muchas veces habla así; pero sin saber lo que dice.

—Con efecto, está lela, añadió el gran tesorero para tranquilizar al Rey.

Sin embargo, éste pensó toda la noche en las fatídicas palabras de la anciana, y aunque procuró distraerse y aparentar indiferencia, la impresion que le habian causado impidió que llevase á cabo un pensamiento que acababa de concebir al entrar en aquella casa: el de tomar bajo su proteccion á la jóven Ca-

silda. Receloso de que la vieja sibila hubiese querido interpretar algun proyecto de asesinato meditado contra él, se encerró en el aposento que le estaba preparado, y mandó que veláran á su lado varios señores y que se pusiese á la puerta una guardia de arcberos.

La historia nos refiere esta singular prediccion de la anciana de Maceda, sin dar esplicaciones para descifrar su misterio: y es que realmente no hay medios de esplicar, en lo humano, un hecho de esta naturaleza. ¿Será que el espíritu, próximo á la eternidad, vé los arcanos del porvenir? ¿Será que la hora fatal en que termina la vida se marca con antelacion en el semblante, y es visible para las inteligencias aisladas?

Tres dias despues D. Felipe y su esposa llegaron á la Puebla de Sanábria: D. Fernando estaba ya esperándoles en un pueblecito inmediato, llamado Asturianos; y al punto que lo supo, envió al cardenal Cisneros á saludarles en su nombre y anunciarles que al dia siguiente pasaria á visitarlos.

Don Juan Manuel temió que el Rey Católico se le echase encima, y esta vez apresuró el momento de las vistas, estimulando al Archiduque á marchar al encuentro de su suegro, á fin de evitar que éste llegase á la Puebla.

En cuanto amaneció, se dispuso que saliera un cuerpo de seis mil españoles, el cual debia situarse convenientemente y en reserva á cosa de la mitad del camino de Asturianos, y emboscarse en un robledal que cerca de allí habia. Mil soldados alemanes y flamencos, ciento veinte hombres de armas y un número proporcionado de guardias estaban ya en pié de marcha para acompañar al Archiduque, sin contar el séquito de los grandes, que todos iban armados: además se llevaba un pequeño tren de artillería, como si se tratase de ir á dar una batalla.

Todo estaba prevenido á gusto de D. Felipe y de su privado: solo faltaba vencer la obstinacion de la Reina, que por nada del

mundo consentia en separarse de su marido. La prediccion de la anciana de Maceda estaba fija en su memoria, y le parecia que iba á cumplirse á cada momento y que su presencia era bastante para detener el golpe de la muerte: así no era posible persuadirla, ni con ruegos ni con engaños que dejase al Rey partir voluntariamente.

La impaciencia de D. Felipe era muy grande, y crecia con el temor de que el arzobispo se enterase de su empeño en contrariar la voluntad de la Reina: por último le faltó el sufrimiento, y dijo á ésta con tono airado:

—¡Señora, concluyamos de una vez! Los intereses de mis Estados me reclaman; los nobles me están aguardando, y no puedo ni quiero detenerme mas.

—No te detengo, Felipe, respondió doña Juana: solo quiero ir contigo.

—Es imposible.

—¡Imposible!.... Díme al menos á dónde vas.

—¿Qué os importa saber á dónde voy?

—¡Que no me importa! Ya lo sé: vas á ver á mi padre. ¿Por qué no he de verle yo tambien?

—Porque no me acomoda, Señora. No necesito daros esplicaciones.

—¡Felipe! ¡Felipe! esclamó la desventurada Reina con la espresion del delirio. No me maltrates..... ¡Oh! ¡no me maltrates!.... Llévame contigo; ¡llévame!.... No puedo dejarte ir solo: si peligrase tu vida.....

—Tranquilizaos: no voy solo. Llevo mas de ocho mil hombres para mi resguardo.

—¿Qué dices?.... ¡Ocho mil hombres! ¡Felipe, me has engañado! Tú vas á pelear con mi padre: tú, su hijo, vas á morir ó á ser parricida!.... ¡No! ¡no!.... Estoy yo aquí para impedirlo. Ahora comprendo la funesta prediccion de la anciana. Tu muerte está decretada del cielo, si vas á esa criminal batalla. Pero

no irás, no. Escucha: mi padre es terrible en los combates; á los catorce años sabía ya vencer; ha derrotado á dos reyes poderosos..... los grandes que te siguen echarán á temblar cuando vean el rayo de su mirada.....

—Sería caso de risa el oiros, interrumpió D. Felipe con calma, si las circunstancias lo permitieran. Dejadme, Señora; dejadme ir en paz: nadie piensa en batallas.

—Me engañas. No saldrás de aquí, repuso la Reina poniéndose delante de la puerta.

—¡Qué terquedad! Apartaos, Señora, y no deis lugar á que mueva un escándalo.

Diciendo así, D. Felipe asió á su muger de un brazo y la retiró violentamente. Doña Juana se le avalanzó para detenerle, gritando con el acento de la desesperacion:

—¡Espera, Felipe!.... ¡Oh! ¡No te vayas! ¡No te vayas!....

El Archiduque hizo hincapié, apoyando la mano derecha en el pecho de su esposa, para rechazarla, mientras con la izquierda cogia la llave de la puerta.

—¡No te vayas! ¡No te vayas!.... repetia doña Juana.

Pero él, sin escuchar sus ruegos, la repelió con esfuerzo, arrojándola al suelo, y salió precipitadamente, cerrando la puerta con llave. La Reina se levantó y comenzó á dar vueltas por la estancia prorumpiendo en furiosos gritos, que ahogó en seguida el estruendo de la música militar, que saludaba á su marido.

Un cuarto de hora despues emprendia la marcha la corte de D. Felipe; y al cabo de una hora llegaba á las inmediaciones del robledal, donde estaban emboscados los seis mil soldados españoles. La comitiva se detuvo en el momento de trasponer la cumbre de una colina, al pié de la cual se estendia un campo labrado, alrededor de una quinta, que llamaban el Remesal: acababa de aparecer en un altozano, al otro lado de la quinta, el rey D. Fernando, quien, al ver la aproximacion de su yerno, se detuvo tambien á esperarle.

¡Oh! ¡No te vayas!....

Venia el temido monarca montado en una mula y sencillamente vestido con su traje ordinario: rodeábanle algunos señores que no habian querido abandonarle, y le seguia la escolta acostumbrada de doscientos guardias; pero montados en mulas, sin mas armas que la espada y con capas y gorras á la usanza del país, demostrando con esta llaneza una severidad mas propia de las circunstancias, que el vano alarde de poder con que se presentaba el Archiduque.

Muchos caballeros flamencos y españoles se adelantaron por el llano, seguidos de sus hombres de armas, y saludaron al Rey Católico, que les contestaba desde la altura con afable sonrisa, como si no recordára las ofensas que le habian hecho: su mirada penetrante, que nadie podia contemplar un momento sin turbacion, aparecia entonces dulcificada y placentera: los batallones de mosquetería alemana, organizados con muy buen órden, avanzaron y le saludaron tambien con una descarga: luego aparecieron los hombres de armas y los guardias á caballo con sus casacas barreteadas de plata, y por último D. Felipe, resguardado con un quitasol, trayendo á la derecha al cardenal Cisneros y á la izquierda á D. Juan Manuel, y rodeado de los principales grandes y señores españoles y estranjeros.

Al verle, D. Fernando picó á su mula, y reparando que su yerno dejaba el quitasol y hacía amago de bajar de la suya, le hizo seña para que no se apease. Don Felipe llegó montado hasta encontrarse con su suegro, y le pidió la mano para besársela: pero el Rey Católico le dió los brazos con muestras de grande ternura y como si nunca hubiese habido desavenencia entre ellos.

En aquel momento los batallones alemanes formaron círculo alrededor de los dos reyes y de sus cortes, segun la órden que les habian dado, y la caballería se colocó á retaguardia enfrente de la escolta de D. Fernando: los señores y grandes del reino quedaron así dentro del círculo, no pudiendo escusarse de besar

la mano á su antiguo rey, quien, despues de hablar un corto rato con el Archiduque, no solo aceptó los homenages de aquellos, sino tambien les dirigió la palabra en tono entre afectuoso y festivo.

Sin duda se divertia viendo aquel aparato marcial de su yerno y de los grandes; pues reparando en el duque de Nájera, que iba muy embutido en su coraza, no obstante sus setenta años, con una gorra de tafetan negro y seguido de dos escuderos que le llevaban el casco y la lanza, le dijo sonriéndose:

—Duque amigo, ¿á dónde vais tan armado? Yo os conocí con este tren y este aire marcial en otras ocasiones: no es de hoy el que seais buen capitan.

—Señor, contestó el duque algo turbado: todo por el servicio del Rey nuestro señor y de V. M.

Y al acercársele D. Juan Manuel, que nunca habia servido en campaña, queriendo cerciorarse de que llevaba la coraza debajo de los vestidos, le abrazó diciendo:

—Don Juan, vos no teniais antes las espaldas tan anchas: habreis engordado de repente.

—Señor, esto lo hace el tiempo, respondió con descaro el ministro.

A Garci-Lasso, que habia sido su embajador en Roma, le abrazó con aficion y le dijo:

—¿Y vos tambien, García? Catad no se os rompa con el roce la loba de terciopelo.

—No hay cuidado, Señor, repuso el fastuoso caballero: tengo otra nueva. Fuera de esto, hay que conformarse con la moda; pues todos venimos así.

Otras palabras de buen humor y contentamiento pasaron entre D. Fernando y varios caballeros; despues de lo cual, como los reyes tenian que conferenciar mas despacio, se determinó que entrasen en una ermita que habia pegada á la granja del Remesal: el arzobispo de Toledo no habia perdido la esperanza

de que se aviniesen aquellos, y advirtiendo que D. Juan Manuel les seguia para presenciar su conversacion, y presumiendo que sacaria partido de lo que se hablase para exasperar mas el ánimo de su dueño, se adelantó á él; y llegando el primero á la puerta de la ermita, le dijo:

—Señor D. Juan: los reyes quieren estar solos; y puesto que no nos han mandado escucharlos, dejémosles en libertad. Retiraos, pues; que yo me quedo aquí, haciendo de portero.

Don Juan comprendió la intencion, y no tuvo ánimo para responderle; y aunque con mucho disgusto, se retiró. Entonces el arzobispo cerró la puerta y se fué á sentar con los dos reyes.

La conversacion de estos duró mas de dos horas: en todo este tiempo D. Fernando se limitó á instruir á su yerno en las costumbres del país y en los negocios principales del Estado, aconsejándole como debia guardarse de los impostores y lisonjeros, que buscaban su provecho con perjuicio de los intereses de su dueño. Dióle á entender, aunque con cautela, que habia deseado ayudarle á llevar el peso del gobierno, hasta que hubiese adquirido los conocimientos necesarios respecto á la nacion, y sobre todo acerca de las personas: pero observando que don Felipe bostezaba sin darse por entendido, acortó su discurso diciendo que, sin embargo, pues los grandes de Castilla no le juzgaban á propósito para el caso, se retiraba gustoso á sus Estados, rogando á Dios que concediese acierto y prosperidad á sus hijos.

El Archiduque respondió que agradecia infinito los consejos que acababa de recibir, y procuraria aprovecharse de ellos.

Ninguno habló una palabra de la Reina; pues aunque D. Fernando tenia vivos deseos de verla, no consideró oportuno manifestarlos en aquella ocasion: esperaba ir ganando con suavidad y lentamente la voluntad de D. Felipe, y que él mismo le allanase el camino para una reconciliacion completa.

Entre tanto, D. Juan Manuel procuraba aprovechar el tiem-

po: habiendo visto al conde de Cifuentes entre las personas del corto séquito del Rey Católico, se acercó á él, y trató de persuadirle que éste patrocinaba á su enemigo Pedro de Azagra, contándole lo que habia pasado con él en Bruselas: pero el conde le respondió sonriéndose:

—Amigo D. Juan: presumo que ese sugeto ha sido mucho tiempo el hombre de vuestra confianza, y que habiendo dejado de serlo, bien por esto ó por algun otro motivo mas poderoso, le teneis ojeriza, y os convendria hacerle desaparecer: por mi parte, os aseguro, como cristiano, que no le guardo ningun rencor; y como caballero os declaro que el rey D. Fernando no ha tenido participacion alguna, ni aun noticia siquiera de sus hazañas en Flandes: mucho menos ha intervenido S. A. en ese lance que cuentan de él y de unos soldados de la Inquisicion: lo que sí puedo afirmar es, que son flamencos y muy flamencos los que le han libertado.

—No creais que tengo motivo alguno personal de resentimiento contra ese hombre, repuso el ministro de D. Felipe; solo le he perseguido alguna vez por los deservicios que ha hecho al Rey, nuestro señor. En cuanto á la proteccion que le dispensa D. Fernando, acaso esteis equivocado; pues viendo estoy desde aquí dos personas que le trataban con mucha intimidad en Bruselas, y que entonces, como ahora, gozaban de la confianza de S. A.

Don Juan Manuel aludia al capitan Mendez y á su amigo Almazan, que habian venido con el Rey Católico deseosos de ver á doña Juana y á Leonor.

—Eso nada prueba en contra del rey D. Fernando, replicó el conde: los amigos de S. A. pueden tener otros amigos que no lo sean suyos.

—Es verdad: como S. A. puede muy bien ser amigo de dos enemigos.

—Ya os he dicho que yo no soy enemigo de Pedro de Azagra: he olvidado sus ofensas.

El gran tesorero, viendo que el conde permanecia impenetrable sobre este punto, mudó de conversacion.

—¿Sabeis, dijo, que Gonzalo de Córdoba empieza á jugar á dos hitos?

—Me parece imposible, respondió el conde.

—Pues no lo dudeis: tengo entendido,—no lo sé á ciencia cierta,—que mientras hace protestas de fidelidad á D. Fernando, propone á D. Felipe algunas ventajas en Italia, con tal que se le declare virey perpétuo de Nápoles.

—Por supuesto que D. Felipe aceptará la proposicion.

—No lo creo, amigo mio: al menos yo procuraré impedirlo, porque el negocio es mas trascendental de lo que parece. Gonzalo anda tratando al mismo tiempo de casar á su hija con el duque D. Hernando. Esto me han dicho: no sé si será verdad.

El conde se separó de D. Juan Manuel para ir al encuentro del Rey Católico, que acababa de aparecer con su yerno en la puerta de la ermita.

Pocos momentos despues los dos reyes se despedian amistosamente, de modo que muchas personas de una y otra corte creyeron ver establecida entre ellos la mas cordial union. Sin embargo, cada cual volvió al punto de donde habia venido.

Aquel mismo dia, luego que D. Felipe llegó á Sanábria, dijo á D. Juan Manuel:

—Puedes participar al duque de Alba, que ya nos hemos visto mi suegro y yo: que ahora pienso ir de aquí á pasar la fiesta de San Juan en Benavente, y convendria que no nos estorbásemos unos á otros. ¿Entiendes?

—Perded cuidado: me parece que el rey de Aragon ha de comer poco pan en Castilla.

—¡Oh! No es eso: no quiero que se vaya en seguida. Es menester que antes le hagamos firmar algunas cosas. Que se retire á cualquier pueblo cerca de Benavente; pero que me deje franco el paso.

CAPÍTULO VI.

Cómo celebró D. Felipe los dias de su mujer.

JAMÁS muger alguna se mostró tan afectuosa y tierna como doña Juana, cuando vió á su marido por primera vez, despues del acontecimiento que acabamos de referir: olvidando completamente la violencia que habia sufrido, y dominada solo por la idea del peligro imaginario á que creia espuesto al amado de su corazon, corrió á darle los brazos con estremadas demostraciones de alegria, y prorumpiendo en gritos inarticulados, cuyo acento espresaba, sin embargo, la efusion de un amor inmenso.

Don Felipe se dejó abrazar y acariciar, no descontento de una acogida que seguramente no esperaba: su comportamiento duro y brutal le habia hecho temer que sería recibido como merecia: por lo tanto, los estremos de la Reina en esta ocasion le inspiraban recelo, y fué menester que ella le hablase para que creyera en su sinceridad.

—¡Ah!.... ¡Qué dicha! ¡Te vuelvo á ver!.... No lo esperaba, dijo doña Juana luego que su emocion le permitió hacer uso de la palabra.

—¿No lo esperabas? contestó el Archiduque. ¿Temias que tu padre me hiciese asesinar?

—¡Asesinarte!.... ¡Mi padre! ¡Oh! ¡Eso no, Felipe de mi corazon! Pero no podia desechar la idea de lo que dijo aquella anciana..... y tu salida al campo con un ejército..... ¡Pero ya estás aquí!.... Ya te tengo en mis brazos. Que venga la muerte ahora: no la temo. Yo lucharé con ella y la venceré.

—No debo ocultarte, Juana mia, que he corrido algun peligro, dijo D. Felipe con bien fingida dulzura: tu padre me aborrece; ha intentado sublevar en tu nombre los pueblos y los grandes contra mí; pretende apoderarse de tu persona para declararme la guerra, y á este fin procura dominar en Castilla como tutor tuyo, con el solo objeto de espulsarme de tus reinos, anular nuestro matrimonio y dar la herencia de nuestros hijos á los de su nueva mujer. Yo sabía todo esto, y por lo mismo he considerado prudente llevar tropas en mi compañia al ir á verme con él, para indicarle mi deseo de que se retire á sus Estados de Aragon.

Doña Juana escuchaba absorta todas estas calumnias, inspiradas al Archiduque por sus consejeros, y apoyadas por el ódio que tenia él mismo á D. Fernando: costaba mucho á la sensible Reina persuadirse que fuesen verdad: pero las repetidas gestiones hechas cerca de ella misma para obtener un acuerdo, cuyo fin era conservar á su padre en el poder, el inconcebible enlace de éste con Germana de Fox y su mas inconcebible alianza con Francia, los medios políticos empleados para detener á su marido en Inglaterra, la lentitud de su marcha por Castilla, prueba inequívoca de una oposicion formal á sus deseos, y sobre todo el amor que ella le profesaba y que le hacía ver peligros y

celadas donde no los habia, todo conspiraba á vigorizar en su espíritu impresionable la idea que se queria que concibiese.

—Si hubieras seguido mi consejo, contestó, nada de eso pasaria.

—¿Qué consejo?

—El de permitirme que viese á mi padre.

—No quisiera él otra cosa para vencerme. ¿No te he dicho que desea tenerte en su poder, para que le sirvas de bandera de rebelion?

—Pero yo pudiera convencerle de que en vano intentará nada contra tí con mi consentimiento.

—Eso puedes hacerlo sin esponerte á caer en sus manos, contestó D. Felipe, que solo buscaba esta ocasion.

—¿Cómo?

—Escribiéndole que se retire por amor á tí; que no me perturbe en la tranquila posesion de tus reinos, y que no intente ahora, ni nunca, nada contra nuestros legítimos derechos. Yo sé, querida Juana, que su jóven esposa le domina, que te aborrece y me aborrece; la coja es mala y no cesa de trabajar contra nosotros, por el ódio que nos tiene y por el provecho que espera de vernos desheredados: yo cuento, es verdad, con el apoyo de casi todos los grandes, incluso tu primo el Almirante; pero esto no podrá evitar, al menos, una guerra civil, si tu padre no se convence de que tú no le ayudas.

Doña Juana suspiró y se quedó profundamente pensativa.

—¡Qué haré, Dios mio! esclamó por último.

—Si me amases de corazon...., repuso el Archiduque.

—¡Oh! ¡Puedes dudarlo, Felipe! Yo no quisiera mas que no ser reina; y vivir contigo y para tí léjos.... muy léjos de estas intrigas miserables de ambicion.

—Sería lo mejor: pero has nacido junto á un trono, y no querrás que, siendo tuyo, se lo arrebaten á tu marido y á tus hijos.

—Es verdad, es verdad. Escribiré á mi padre.... Pero, ¿qué le diré? No puedo coordinar mis ideas.....

—Tranquilízate: yo haré escribir la carta, y si te parece bien, la firmarás: si no, se corregirá á tu gusto.

Despues de esta conversacion, D. Felipe se quedó á cenar con su esposa, y aquella noche la pasaron juntos.

A la mañana siguiente, D. Juan Manuel escribió el borrador de una carta y lo dió á copiar á uno de sus secretarios, encargándole que dejára en blanco un ancho hueco en un punto que le señaló. Puesta en limpio esta carta, el gran tesorero escribió con goma una cláusula en el blanco que se habia dejado, y echándole polvos, quedó lo escrito como si fuera hecho con tinta. Llamó luego á Garci-Lasso, que era la persona de quien mas se confiaba doña Juana, y le inició en el secreto, manifestándole que el Rey habia mandado hacer aquello, para que la Reina firmára sin violencia una cosa necesaria al mismo y á la tranquilidad del reino.

—Ya sabeis, le dijo, que S. A. tiene á veces caprichos estravagantes, y es menester manejarla con maña, porque de lo mas mínimo se alborota: no se trata mas que de persuadir á su padre que ella no puede, ni quiere,—como es verdad,— intervenir en los negocios del gobierno; pero si se lo propusiéramos escrito, se alarmaria, sin fundamento, y no querria firmarlo. Ahí teneis por qué es preciso valernos de este ardid. Escuso recomendaros el sigilo, pues sois una persona prudente.

Garci-Lasso no aprobaba esta superchería; pero cogido con la miel de la confianza, se encontraba comprometido á secundarla ó á renunciar al valimiento del Rey. En esta alternativa, su ambicion venció á su conciencia, y le indujo á condescender con los deseos de D. Felipe.

Ya estaban hablados el marqués de Villena, el duque de Nájera y otros dos señores flamencos para que presenciasen la lectura de la carta y la firma de la Reina. Estos, acompañados de

Garci-Lasso, pasaron á su cuarto, donde ya les aguardaba el Archiduque. Doña Juana se levantó para saludarles, y volvió á sentarse, preguntando:

—¿Traes lo que te ha encargado el Rey, García?

—Vedlo aquí, Señora, contestó el caballero presentando la carta. Si V. A. no quiere molestarse, leeré yo mismo.

—Sí, dice bien, interpuso el Rey: que la lea él.

Doña Juana hizo una señal de asentimiento. Garci-Lasso se acercó á la mesa en que aquella tenia un brazo apoyado, mientras los otros señores se colocaban á los lados y á una respetuosa distancia para poder oir sin ser desatentos, y leyó detenidamente la carta.

Estaba esta escrita con frases respetuosas y que demostraban el tierno afecto de una hija; pero toda ella espresaba el deseo de que D. Fernando no molestase mas á su yerno, en quien la Reina tenia puesto todo su amor y confianza: se hacía decir á ésta que su mayor dicha hubiera sido pasar los dias de su Santo en compañia de un padre á quien tanto amaba y veneraba; pero que no siendo esto posible por motivos que afectaban á su corazon, la mejor prueba de cariño que aquel podia darla sería la de retirarse, aguardando otros momentos en que á Dios le pluguiese juntarlos.

Doña Juana tomó la carta y, aunque mostró algun sentimiento porque las circunstancias le impidiesen ver á su padre, la firmó sin esfuerzo, y añadió algunas palabras de su mano, rogando á aquel que la perdonase, si le ofendia, y le diese su bendicion.

Apenas D. Juan Manuel se apoderó de la carta, se apresuró á borrar lo escrito con goma, é hizo poner en su lugar:

«Solo deseo, padre mio y señor, que dejeis al Rey mi mari-
«do en tranquila y completa posesion de estos reinos y señoríos,
«que le pertenecen por la voluntad de Dios y de mi madre,
«(q. s. g. h.); y como la mia es que él los gobierne y rija, é

«disfrute en mi nombre y por su propia autoridad, seré muy «servida en que os digneis declararlo así: como tambien, que «yo por mis dolencias y falta de capacidad, no puedo, ni debo «intervenir en las cosas del gobierno; ni aunque quiera hacerlo, «se me debe consentir; y que vos ayudareis al dicho Rey, mi «marido muy amado, con vuestra autoridad y poder para impe- «dir que yo tal haga: por ser esta mi voluntad y convenir así «á mi ventura y la de estos dichos Reinos.–Ruégoos todo esto, «como hija, y como Reina os lo encargo, pues me hareis en ello «mucha merced.»

Lo demás de la carta estaba redactado con tal artificio, que no se echaba de ver que esta cláusula hubiera sido suplantada y sobrepuesta.

De allí á pocos dias D. Felipe con su mujer y corte marchó á Benavente, donde se preparaban grandes fiestas para obse- quiarles.

El rey D. Fernando se habia ido á Villafafila, pueblo poco distante, á esperar la firma del tratado definitivo, que debia ce- lebrar con su yerno, y que asegurase, al menos, los derechos que le daba en Castilla el testamento de doña Isabel: no podia persuadirse, por otra parte, que en el dia del santo de su hija, se dejase de convidarle, á pesar de que, informado por el con- de de Cifuentes de la conversacion que éste tuvo en el Remesal con D. Juan Manuel, acerca del Gran Capitan, recelaba que se le tendiese algun nuevo lazo para arrebatarle el reino de Náp- les, y que esto fuese la causa de traerle entretenido.

Ansioso de acabar de una vez estas penosas negociaciones, apenas supo la llegada de sus hijos á Benavente, les envió el duque de Alba y el arzobispo de Toledo para felicitarles en su nombre por la próxima festividad, y activar la conclusion de los asuntos pendientes: se lisonjeaba creyendo que la mediacion de estas dos personas en tales circunstancias, y la confianza que

ponia en su yerno, enviándoselas sin ser requerido para ello, facilitarian el acuerdo, patentizando su buena fé.

Pasaron algunos dias sin recibir el rey D. Fernando noticias de sus mediadores, hasta que, por último, la víspera de San Juan, á poco de haberse levantado, se le participó la llegada del señor Filiberto de Veré, portador de un mensage de la Reina y del rey D. Felipe.

—¡Que no se le detenga! esclamó D. Fernando con su vivacidad genial: llamad á Malferit, á Cifuentes, Almazan y los demás de mi consejo. ¡Pronto, pronto! El embajador puede entrar cuando guste.

Y mientras aguardaba que éste se le presentase, se puso á pasear por su estancia con vivas muestras de impaciencia. Dos veces se abrió la puerta, y otras tantas el activo monarca suspendió su paseo, fijando en ella su penetrante mirada, y saludando sin hablar al presidente Malferit y al secretario Almazan, que acudian los primeros á su llamamiento. Por tercera vez se abrió la puerta, y el ugier de servicio anunció al señor Filiberto de Veré: un rayo de alegria iluminó las pálidas facciones del Rey; quien, acercándose á su silla, se quedó en pié aguardando al embajador.

Éste se presentó seguido de media docena de caballeros flamencos y españoles, dejando en la antesala una fuerte escolta de hombres de armas: hizo un profundo saludo, y doblando una rodilla, entregó al Rey dos pliegos, diciendo:

—El Rey y la Reina de Castilla, mis señores, me mandan poner estas cartas en manos de V. A.

Y se retiró al centro de la sala.

Don Fernando se sentó, abrió primero la carta de la Reina, y pasando la vista rápidamente por ella, la dejó sobre una mesa que al lado tenia: en seguida abrió el otro pliego, dentro del cual encontró dos escrituras de contrato: en la una se establecian á gusto de D. Felipe las condiciones con que habria de dis-

frutar su suegro los derechos que tenia en Castilla, y éste renunciaba á toda pretension respecto al gobierno, jurando no intervenir directa ni indirectamente en los negocios del Estado, incluso aquellos que le tocaba administrar, como interesado personal. En la otra declaraba que la Reina su hija era incapaz de gobernar, que no se le debia consentir que lo hiciese de modo alguno, y tambien se obligaba á impedírselo, siendo requerido por su yerno.

Don Fernando entregó estos documentos al presidente Malferit, y dijo al enviado del Archiduque:

—¿Sabeis en qué se ocupan el arzobispo de Toledo y el duque de Alba?

—En Benavente quedan, Señor, respondió el aleman, hasta tanto que V. A. me devuelva esas escrituras firmadas, ó me dé contestacion sobre ellas.

—Esto es menester pensarlo, señor Filiberto, repuso el Rey Católico: retiraos, que ya se os contestará.

El embajador hizo otro saludo y salió de la sala con su cortejo de caballeros.

Luego que D. Fernando quedó solo con el presidente de su consejo de Aragon y con su secretario, volvió á tomar la carta de la Reina y á leerla detenidamente. De pronto la arrojó sobre la mesa, esclamando con ira:

—¡No es posible que esto salga de ella! No: ¡esto es cosa de aquel pillo! Es imposible que ella lo haya firmado con plena libertad. ¡Vive Dios!... ¡Tentado estoy de ir allá y desafiar al mequetrefe de mi yerno!

Al hablar así, se paseaba por la sala con la mayor agitacion.

—¿Qué te parece de todo esto, Malferit? interrogó, encarándose con el presidente. ¿Qué nombre merece un comportamiento tan villano? Yo no sé darle otro que el de felonía. Les envio el duque y el arzobispo con la mas franca lealtad: no tratan nada con ellos; ¡me los detienen y me imponen condiciones á su pla-

cer!... ¡Vil canalla!... Pero es mas; ¿á quién harán creer que esta carta no ha sido impuesta á mi hija con el puñal ó con el engaño?... ¡Ah! Mal caballero, felon! Yo no firmaré pactos contigo; iré á buscarte y te marcaré el rostro como á traidor.

En seguida se quedó pensativo y luego dijo:

—¡Si yo pudiera conocer la voluntad de mi hija!... Es imposible que no aborrezca á ese mónstruo. El señor D. Felipe quiere quedarse por dueño absoluto de todo: hasta le estorba la autoridad legítima de su muger, y pretende que yo la despoje de su derecho. No lo haré, aunque ella misma lo solicite. ¡A ver! ¡A partir al momento! Almazan, avisad á mis amigos: que se dispongan mis guardias á seguirme.

—¿A dónde vais, Señor? preguntó el conde de Cifuentes apareciendo en la puerta de la estancia.

—Me alegro de veros, conde, dijo el Rey. Vamos á Toledo: supongo que podré contar contigo y con tus parientes y vasallos.

—Hasta la muerte, Señor; pero no conteis con nadie para una guerra civil. Además...

—¡Qué!

—Me parece que estamos presos en este pueblo, y dudo que podais salir de él.

—¿Qué estais diciendo?

—Lo que he visto, Señor: hay alrededor de la villa de cinco á seis mil hombres, capitaneados por el conde de Benavente.

—¿Conque no hay mas recurso que someterse á la tiranía de D. Felipe? Bien está.—Malferit: redactad una protesta enérgica, declarando que es nulo todo cuanto voy á firmar hoy, compelido por la fuerza y la necesidad en que me pone el Rey Archiduque: decid en ella que cedo á la violencia que se hace á mi amada hija y á mí, á fin de salir del aprieto en que me hallo y acudir en defensa de la libertad de la Reina. Id pronto, amigo mio: vos y Miguel de Almazan podeis testificar en ese acto.

Malferit y el secretario se retiraron á redactar la protesta:

D. Fernando tomó la carta de doña Juana, y dándosela á leer al conde, le dijo:

—Leed eso, primo; y ved si es posible que mi hija lo haya firmado con plena libertad. Vos que conoceis su carácter, paraos en ese párrafo,—y le señalaba el suplantado por D. Juan Manuel;—examinadlo con detencion, y decidme si se puede creer que ella se ate las manos de esa manera.

—En verdad que esto es increible, contestó el conde.

—Pues bien, yo necesito que ella misma lo declare apócrifo, y que por este medio haga patente la opresion en que vive, y dé á conocer las intenciones traidoras de su marido. Si ella renuncia positivamente el nombre y las prerogativas de Reina, yo debo ser el tutor de sus derechos, como sábiamente lo dispuso su madre. ¿No habrá un hombre audaz que llegue hasta mi hija?

—Enrique de Almazan.... dijo el conde.

—Es muy jóven y poco prudente. Acaso el padre de Leonor.... ¿Sabeis dónde se oculta? Ese hombre me ha prestado importantes servicios; es mi vasallo natural y yo puedo recompensárselos restituyéndole su patria, su nobleza y dominios.

—Ignoro dónde para, Señor, aunque, reconociendo lo mucho que ha trabajado en obsequio vuestro y de la Reina, le he buscado para ofrecerle mi amistad y mi proteccion.

—¡Cómo ha de ser! Buscaremos otro: pero ese me convenia mas que ninguno, porque, segun parece, tiene amigos entre los flamencos del Archiduque.

—Y tambien enemigos formidables, repuso el conde: D. Juan Manuel es uno de ellos.

—Eso no importa: pero buscaremos otro.

Don Fernando habia decidido en su mente valerse de Pedro de Azagra para esta empresa: los informes que le habian dado de él Rodrigo Mendez y Enrique de Almazan le inspiraban la mayor confianza acerca de su persona y capacidad para desem-

peñar una comision arriesgada. Creia poder encontrarle por medio de sus amigos; pero acordándose de la antigua enemistad que el proscrito tenia con el conde de Cifuentes, despues de haber comunicado á éste la intencion de servirse de él, trataba de disfrazarle su pensamiento, por recelo de que esta eleccion le pareciese mal, y acaso fuera motivo para descomponer sus planes: en esto, D. Fernando procedia segun su natural desconfianza, y no sin avisos de prudencia; pues, aunque el conde le habia dado muchas pruebas de lealtad, podia suceder que, por venganza de su enemigo, se pasára como los demás señores al partido del Archiduque. Sin embargo, este recelo era infundado, pues el conde tenia mas compasion que ódio á Pedro de Azagra, y era cierto que le habia buscado para protegerle contra las persecuciones de la Inquisicion.

El Rey Católico se entretuvo hablando con D. Juan de Silva, hasta que volvió Malferit con la protesta; la firmó, y en seguida mandó avisar á Veré, que estaba pronto á despacharle.

El embajador exigió que los dos tratados se firmasen con toda solemnidad dentro de la iglesia de Villafafila, jurando el Rey cumplirlos con la mano sobre el Evangelio. Don Fernando accedió, aunque con repugnancia, á esta exigencia, y procuró salir pronto del paso y disimular el despecho y la ira que abrigaba en su corazon. Despidió á Veré y á sus acompañantes con palabras corteses, y les anunció que pensaba partir sin demora. Entonces el enviado de D. Felipe le suplicó que aguardase, pues tenia entendido que se trataba de marcarle la ruta que debia seguir. Don Fernando no pudo contener su indignacion.

—¡Ah! esclamó: ¿falta ese requisito? Decid, pues, al Rey, mi amado hijo, que me haga la gracia de no entretenerme demasiado, pues me urge marchar cuanto antes.

Y volviéndose á Malferit, le dijo en catalan:

—Esto vá bien, amigo: los perros se hacen amos de los pastores: pronto se comerán la merienda.

Luego que llegó la noche, D. Fernando hizo por quedarse solo, y mandó llamar á Enrique de Almazan. Nuestro jóven habia corrido media Europa desde que nos separamos de él en las inmediaciones de Bruselas: el desastre de la Sennenfels no alcanzó á Pedro de Azagra ni á su fiel criado Moran, pues colocados en la parte interior de aquella Roca, cuyo espesor oponia una resistencia invencible á la esplosion, esta no hizo mas que amontonar delante de ellos una inmensa barrera de escombros, dejándoles libre el paso por las vias subterráneas. Así es que, la misma noche de aquel acontecimiento, el proscrito, Margarita y Moran se encontraron reunidos con sus amigos en la ermita del Aguila, donde permanecieron juntos algunos dias, mientras varios ermitaños de la Union iban á Bruselas á saber lo que allí pasaba.

Por las relaciones de éstos y por otras noticias que recogió á su paso por Francia, Pedro de Azagra descubrió los tratos que traia entonces D. Juan Manuel con los franceses, cuyo fin para estos era el de hacer que D. Fernando quitase al Gran Capitan la direccion de los negocios de Italia, y por este medio apoderarse de sus conquistas. Informado de esto Rodrigo Mendez, y movido por el amor á la patria y el que tenia á su general Gonzalo, se decidió á pasar á Italia antes de volver á España, con el objeto de poner en guardia al invicto caudillo contra las intrigas y asechanzas que amenazaban á su buena reputacion. Almazan vió en esta determinacion un buen servicio para el Rey Católico, y se asoció á la empresa, con ánimo de que, andando el tiempo, le valiese como un mérito mas que alegar en favor de su amigo Pedro.

Los tres aventureros tomaron el camino de Italia: el proscrito para negociar en Roma el perdon de sus pasadas culpas y la legitimacion de su matrimonio con doña Inés de Silva, bajo los auspicios y recomendaciones de D. Juan Manuel: Almazan y Rodrigo para fortalecer la lealtad de Gonzalo de Córdoba, descu-

briendo el móvil de la injusta desconfianza con que le trataba el Rey Católico. Margarita no consintió en quedarse atrás y siguió á su amado Pedro. Moran y la vieja Celestina fijaron su residencia temporal en uno de los conventículos de la Union, cerca de los Pirineos.

Ya sabemos por boca del gran tesorero cómo Pedro de Azagra llegó á ser descubierto en Roma por delacion del príncipe de Simáy. La fiel Margarita se encontró sola en aquella ciudad, sin amparo de nadie y sin medios para libertar á su amado: pagó con sus joyas á un hombre para que fuese á Nápoles á llamar á sus amigos: Almazan y Mendez acudieron al punto; pero no podian hacer nada por ella, pues el Gran Capitan, que hubiera podido favorecerles con su influjo, acababa de rechazar con noble orgullo algunas proposiciones del Papa, encaminadas á corromper su fidelidad. Sin embargo, los dos aventureros regresaron á Francia con el fin de pedir auxilio á los afiliados de la Union: esta sociedad se puso toda en movimiento, y en pocos dias acudió gran número de adeptos, no solo de aquel país, sino de Alemania y Flandes.

Toda esta gente reunida en los Pirineos se repartió en dos grupos, de los cuales el uno tomó el camino de Italia bajo la direccion de Moran, y el otro pasó á España conducido por Almazan y Rodrigo Mendez, quienes, habiendo sabido á esta sazon el viaje de D. Felipe, sospechaban que Pedro de Azagra seria enviado á su disposicion, y querian impedir este revés de la suerte, impetrando para su amigo el amparo del Rey Católico.

Al llegar á Castilla, supieron que éste iba camino de Galicia, y marcharon en su seguimiento: la casualidad les hizo encontrarse con los soldados de la Fé, que llevaban preso al proscrito, en un pueblecillo entre Tordesillas y Toro: concertáronse con los flamencos y franceses, que viajaban á cortas distancias, divididos en pequeños grupos y con apariencia de mercaderes

ambulantes, y dos noches despues dieron el golpe de mano, poniendo en libertad á su amigo.

El capitan Mendez, á fin de dar á éste un asilo seguro, mientras se resolvia algo sobre su futura suerte, le condujo á Madrigal, á casa de su cuñado Juan Lainez, aquel honrado tejedor que tanto sintió la muerte de la reina Isabel, como se dijo en la introduccion de esta historia: los demás amigos y libertadores de Pedro de Azagra, unos estaban cerca de él, otros se habian introducido como conocidos y compatriotas entre los flamencos que escoltaban á D. Felipe.

De todo esto, salvo el secreto de la sociedad de la Union, tenia ya noticia el Rey Católico por Almazan, como tambien de las relaciones que mediaban entre el proscrito y doña Juana, pues nuestro jóven no habia perdido ninguna ocasion de abogar por su amigo, esperando que aquel monarca, reconocido á sus oficiosos servicios, le tomaria bajo su proteccion.

—Varias veces me has hablado, le dijo D. Fernando, de un aventurero en quien la Reina, mi hija, ponia su mayor confianza: tambien tu pariente Lope de Conchillos me ha hecho una relacion favorable de sus servicios. ¿Cómo es que ese hombre se oculta tanto de mí?

—Señor, contestó Almazan, sin poder disimular su alegria: es natural que tema las iras de V. E. por haber ofendido al Santo Tribunal de la Fé.

—Teme con razon, pues ese delito merece un ejemplar castigo, repuso el político monarca: pero si él no ha hecho mas que aprovecharse de la libertad que le proporcionaron unos flamencos, su culpa no es tan grave, como si él mismo se la hubiera procurado: además, que sus servicios pudieran compensar sus faltas; y en este caso, un sincero arrepentimiento y un buen deseo de merecer el perdon, bastarian quizás para sacarle ileso de todo riesgo: él es mi vasallo natural, es aragonés: ¿no lo sabes?

—Efectivamente, Señor; y yo creo que él haria cuanto en lo humano cupiese por merecer vuestra gracia.

—Pues oye, Almazan: yo necesito á ese hombre: ¿pudieras tú presentármelo?

—Ignoro, Señor, si él se fiará solo de mi palabra.

—¿No es mas que eso? replicó D. Fernando acercándose á una mesa y poniendo su firma en un papel.—Toma: escribe aquí encima, que yo concedo mi seguro y palabra real de no ofenderle á ese Pedro de Azagra, mi vasallo natural. Entrégale, ó haz que le entreguen este papel, y que le digan que deseo verle muy pronto.

Almazan tomó el seguro, y dando las gracias al Rey, se despidió de él. Sin detenerse un momento, fué á buscar al capitan Mendez para comunicarle este suceso y poner en ejecucion lo que D. Fernando deseaba.

Entre tanto habia grandes fiestas en Benavente: el señor de aquel Estado habia puesto á prueba de la *sobriedad* alemana su bien pertrechada bodega, la abundante caza de sus cotos y hasta dos centenares de jamones admirablemente curados, tributo de sus vasallos en aquel año: con los placeres de la mesa alternaban la caza mayor y de cetrería, los torneos, las corridas de toros á la morisca, que á la sazon se habian puesto muy de moda, los bailes de corte y las danzas populares.

Don Felipe tuvo que confesar que el buen conde no era solo un duro guerrero, sino tambien un hombre de gusto estremado en todo género de placeres lícitos, y mas que nada gran conocedor en materia de vinos: los demás nobles comenzaban á temer que el áspero veterano aventajase á todos en la privanza del nuevo rey; quien, despues de haberle nombrado su Ganimedes, le hizo proveedor de su mesa.

Doña Juana tomaba parte en las diversiones, como dispuestas principalmente en obsequio suyo; pero se retraia lo posible de dar espansion á su ánimo, acordándose á todas horas del senti-

miento que tendria su padre de no estar con ella en una ocasion tan solemne. Permitíasele hablar, aunque no á solas, con el cardenal Cisneros, y encontraba consuelo en oir las palabras apacibles del sábio prelado.

Terminaba el mes de Junio, y con motivo de la festividad de San Pedro se reanimaban las diversiones públicas, que habian comenzado á languidecer: en este dia, como la Reina en el de San Juan y siguientes, Leonor de Silva sentia sobre su corazon un peso de amargura: tambien se acordaba de su infeliz padre, fugitivo, errante, acaso perseguido, y á quien hacía cerca de un año que no habia visto.

Delante del castillo de Benavente se habia formado una gran plaza, en figura de anfiteatro, para los torneos y la lidia de toros: una de estas diversiones se disponia para aquella tarde, y los soldados y caballeros flamencos, atraidos por la novedad del espectáculo, desconocido en su pais, andaban embobados mirando los preparativos que hacian los operarios y lidiadores españoles: las damas pensaban en el arreglo de nuevos trages para lucir sus encantos en aquel dia, y fué para ellas una gran dicha la noticia que comenzó á circular por el castillo, de haberse presentado en él un mercader ambulante, holandés de nacion, el cual traia las cintas mas esquisitas de Amberes, los mas bellos cinturones de avalorío de Venecia; encajes primorosos de la Alsacia, brazaletes de oro de Alemania, collares de perlas legítimas de Golconda y otras mil preciosidades, que parecian bajadas del cielo en una ocasion como aquella.

Este mercader habia obtenido el favor de penetrar en el recinto de la fortaleza señorial, gracias al influjo de algunos caballeros flamencos, y pronto tuvo entrada en las habitaciones reservadas á la servidumbre de la Reina, merced al atractivo que sus bujerías despertaron en las damas.

Casi todas, españolas y estranjeras, le rodeaban en una espaciosa antesala, donde el buhonero, tomando posesion de una

mesa con el desenfado propio de las gentes de su oficio, habia colocado sobre ella multitud de objetos curiosos, encareciendo el mérito de cada cosa, y contestando á las preguntas que se le hacian, ya en holandés correcto, ya en castellano medio inteligible; pero siempre con una finura que cautivaba la atencion de las bellas parroquianas.

Este hombre aparentaba tener de cuarenta y cinco á cincuenta años, su cútis era rojo y pecoso, y su barba rubia; pero estos rasgos dintintivos de las razas del Norte, formaba singular contraste con sus ojos melados cuyo fuego natural aparecia templado por una sonrisa halagüeña: de vez en cuando miraba en torno suyo con impaciencia, y no era porque se debiese quejar de su negocio, pues vendia cuanto queria.

Leonor apareció en la antesala: pero mirando con indiferencia y desden aquella buhonería improvisada, iba á pasar de largo, cuando el mercader dijo en voz alta:

—¡Perán, señoridas, lo mas brecioso, lo mas admiraple! Los esduyes te grisdal te la Sennenfels.

Al oir Leonor la voz del buhonero, se quedó parada mirándole; pero en seguida se encogió de hombros, y fué á continuar su camino: el nombre de la Sennenfels la dejó de nuevo suspensa. El mercader sacó unas cajas de cristal primorosamente labradas, y se dirigió espresamente á la jóven.

—Mire, pella tama, le dijo: esdo ser admiraple: quien guardar aquí dendro cosa te su capallero, esdá lipre te olpido..... Gómbreme, gómbreme alguno: si no diene tinero, se lo taré te palde. Son hechos te grisdales de roga te la Sennenfels, y dienen pirtud gondra los hechizos.

Leonor miró fijamente á los ojos del buhonero, que en aquel momento chispeaban de emocion.

—¿Y cuánto vale uno de esos estuches? le preguntó con voz trémula.

—Penid, penid, pella tama, repuso el buhonero tocándole un

brazo rápidamente y apretándoselo con fuerza. Dengo otros mecores tonde esgoquer.

Y así diciendo, se puso á sacar de su caja una variada coleccion de estuches para guardar joyas, que fué colocando sobre la mesa: entre ellos habia algunos primorosamente forrados por dentro de terciopelo de colores, y con varios secretos, que el mercader enseñó á Leonor y á las otras damas para que aprendiesen á servirse de ellos: tomó luego uno guarnecido de filigrana, y poniéndolo en manos de la jóven le dijo:

—Esde ser muy ponito y muy parato: me tareis guadro ducatos... No lo mireis: es el mas ponito de dodos.

—Sí, es muy bonito, respondió Leonor; pero no tengo aquí dinero.

—¡Es brecioso! repuso el buhonero: domadlo: ya me lo bagareis.

Leonor dió las gracias por la confianza y se retiró con su estuche, ofreciendo volver en seguida con los cuatro ducados.

—¡Oh! ¡No gorren brisa! Ya tornaré odro dia, replicó el mercader, presentando nuevos objetos á las otras damas.

Al cabo de un rato volvió Leonor, trayendo el dinero envuelto en un papel, y lo entregó al buhonero, que le hizo una cortesía y se lo embolsó sin contarlo: permaneció allí junto á él, mirando, como las demás, las bujerías que iba guardando en su caja, y no se fué hasta que le vió partir. Entonces se encerró en su aposento, y abriendo el estuche, sacó del fondo de él dos cartas, una dirigida á la Reina y otra á ella. Esta última estaba ya abierta: pero la jóven volvió á leerla: hé aquí su contenido:

«Hija de mi alma: en un dia como el de hoy no he podido «resistir el anhelo de verte; pero quizá me habria faltado el va«lor necesario para arrostrar los inmensos peligros á que me «espongo, si además de tu cariño no me impeliese el interés que «tengo en servir á tu Señora. Su padre me ha encargado que

«haga llegar á sus manos la carta que hallarás junta con esta, «y de ello depende mi libertad, mi independencia, todo cuanto «ambiciono: comienzo á vislumbrar un porvenir mas dichoso, «en el que pueda yo disfrutar el placer de llamarme tu padre y «vivir contigo y para tí. Almazan, ese generoso amigo, de alma «noble y leal, es quien me ha facilitado el camino para entrar «en la gracia del Rey padre. ¡Valor, vida mia! ¡Valor y confian- «za! El bien que se siembra, no es semilla perdida.

«Necesito llevar alguna contestacion: esta noche la aguar- «daré debajo de las fortificaciones antiguas, que por su grande «elevacion me parecen las menos vigiladas, ó en el parage que «tú me designes, si tienes ocasion de hacerlo.–No será esta mi «última visita á las damas de la Reina: te lo aviso para que es- «tés prevenida.–¡Adios, pedazo de mi alma! Ruega á la Reina «de los cielos que proteja á tu padre.»

Al concluir de leer esta carta, Leonor la besó muchas veces, vertiendo lágrimas de ternura: en seguida la ocultó en su seno, y tomando la de doña Juana, se la guardó en la escarcela y salió de su cuarto.

Era ya cerca de medio dia: en el momento de entrar Leonor en el aposento de la Reina, oyó un grande alboroto y voces há- cia la plaza destinada á la lidia de los toros, y corrió sobresal- tada á mirar por una ventana, temiendo que su padre hubiese sido descubierto.

La plaza estaba cerrada, y solo quedaba en ella una salida abierta para comodidad de los cortesanos y demás habitantes del castillo: el anciano arzobispo de Toledo acababa de entrar en la plaza con algunas personas de su casa, en ocasion que, por un descuido inconcebible, se habia soltado un toro de los que estaban encerrados para lidiarse (1): al mismo tiempo cru- zaba por medio de ella el buhonero con su arca de baratijas á la espalda. La muchedumbre, que ya ocupaba la gradería, y los

(1) Es histórico.

soldados alemanes que andaban por detrás de la barrera, prorumpieron en gritos y esclamaciones de terror: el arzobispo se quedó solo, pues sus familiares y criados huyeron sebrecojidos de espanto: algunos soldados españoles saltaron á la plaza con denuedo para detener al fiero bruto, que atraido por el color de la muceta del prelado, corria hácia él dando bufidos y amenazando herirle: un momento se detuvo indeciso, mirando ya al arzobispo, ya al buhonero, que interponiéndose para proteger á aquel, acababa de llamar su atencion. Cisneros, que conservaba toda su serenidad á pesar del peligro, se retiró á buscar la salida; pero el toro le persiguió, y hubiérale alcanzado antes que los soldados pudiesen impedirlo, á no ser por el mercader, que, saliéndole al encuentro con la agilidad de un lidiador consumado, logró afianzarle por las astas y derribarle al suelo: la multitud y los cortesanos que habian salido á los balcones prorumpieron en una salva de aplausos: los soldados llegaron en este momento y con sus armas abatieron á la fiera.

Pasado el peligro, todas las miradas se volvieron hácia donde podian encontrar al valiente mercader; pero éste habia desaparecido, alejándose sin ser visto á favor del tumulto.

CAPÍTULO VII.

Que el rey D. Felipe determinó encerrar á su muy amada esposa.

GRANDEMENTE se divirtieron aquella tarde los amigos del Archiduque: doña Juana presenció la lidia desde un balcon del castillo, en compañia de la condesa de Benavente y de otras damas principales, entre ellas Leonor; y teniendo sentado cerca de sí al cardenal Cisneros, y detrás á su cuñado el Condestable y á Garci-Lasso. No se hallaba ya en la corte ambulante de D. Felipe el duque de Alba, quien, habiendo sabido que se habia señalado al Rey Católico la ruta para su viaje, y que éste iba á marchar hácia Tordesillas, habia pedido licencia para reunirse con él, y no se consideró prudente negársela.

Varios grandes y caballeros tomaron parte en la lidia, é hicieron suertes muy lucidas para festejar á las damas; y entre ellos el conde de Benavente y el mismo Archiduque demostraron su valor, rejoneando dos toros, aunque no ciertamente de los mas bravos.

El conde fué luego á donde estaban la Reina y el arzobispo, y les preguntó qué tal les iba pareciendo la fiesta.

—Muy bien, Pimentel, le respondió doña Juana; pero, por Dios, que no salga mas el Rey á la plaza.

—La fiesta es buena para infieles, dijo el arzobispo; y entre cristianos puede pasar, si se tiene un poco mas de cuidado: al cabo, señor conde, son estas diversiones bestiales.

El conde suplicó al cardenal que le dispensase el mal rato que habia pasado aquella mañana, y aseguró que no volveria á suceder un lance semejante.

Leonor estaba inquieta por no haber tenido ocasion de entregar á la Reina la carta de su padre: fuéle preciso aguardar que llegase la noche, y con ella un momento en que la dejasen sola. Este momento no se presentó hasta la hora de acostarse.

Doña Juana llamó á su amiga para que la desnudase, rehusando los servicios de las otras damas: Leonor entonces le mostró la carta diciéndole:

—Señora: esto he recibido para V. A. El modo cómo ha llegado á mis manos es un secreto, en que está comprometida la existencia de mi padre: él mismo ha estado aquí.

La Reina tomó la carta, y al abrirla y ver la letra de su padre, mostró grande alegria; pero conforme iba leyendo, su rostro palidecia y se anublaba, pasando por rápidas alternativas de indignacion, gozo y furor. Luego que acabó de leer, cogió á Leonor de una muñeca, y presentándole la carta, le dijo:

—¿Sabes tú algo de esto? ¡Contéstame!.... ¿Qué pasa aquí?

—Señora, yo nada sé: nadie se fia de mí.

—¡Tú me vendes, como me venden todos! repuso la Reina. Estoy rodeada de traidores, y necesito cortar cien cabezas de bribones para que me dejen vivir.

—Os juro, Señora, que yo...., empezó á decir Leonor.

Pero doña Juana la interrumpió contestando:

—Ya sé que tú no sabes ni entiendes nada en esto. ¿A ver? Búscame al Condestable.....

Leonor fué á salir. Doña Juana la detuvo diciendo:

—No, espera..... Mejor será á mi primo el Almirante..... No, tampoco: todos son lobos de una camada..... Mira: cierra aquella puerta, y no abras á nadie..... ni al Rey: porque si le veo... No, no quiero verle.

Y sentándose junto á una mesa, empezó á releer la carta de D. Fernando. De tiempo en tiempo interrumpia la lectura y murmuraba:

—¡Es inaudito lo que me pasa!.... ¿Conque yo autorizo á Felipe para que me despoje hasta el nombre de Reina?.... ¿Y qué me importa ese vano título? decia despues: pero no, estos reinos pesan sobre mi conciencia..... Se han empeñado en volverme loca, y lo conseguirán..... ¡Y mi padre solo desea mi felicidad!.. Dice bien, dice bien: me tiene presa, oprimida..... me engañan vilmente, me deshonran..... ¡me pierden!.... ¡Ah!.... ¿Y qué sé yo quién me engaña? Necesito verle, si no quieren á buenas, á la fuerza: emplearé la astucia contra la trapacería.

Luego se quedó profundamente pensativa: cuando alzó la cabeza y vió á Leonor, le preguntó:

—¿Volverá tu padre por aquí?

—Lo ignoro, Señora, respondió la jóven; pero esta noche aguarda vuestra contestacion al pié de esta torre.

—¡Mi contestacion! Yo no debo contestar: eso me comprometeria inútilmente, y serviria solo para encender la guerra en mis pueblos. No: he pensado otra cosa. Escribe tú en mi nombre: dí que es falso que yo quiera despojarme de mis derechos; que yo no he firmado tal cosa. Toma, devuelve esta carta para que te crean..... No, espera, continuó diciendo la Reina con indecision: no es menester. Dí á mi padre que no se vaya: que aguarde con cualquier pretesto, hasta que yo encuentre una ocasion para escaparme y reunirme con él. Escribe eso pronto, y

toma,—añadió dándole su anillo, en que estaban grabadas sus armas;—séllalo con esto, en prueba de que yo lo mando.

Leonor se puso á escribir lo que le habia dicho su Señora, mientras ésta se paseaba por la estancia con la mayor agitacion y pronunciando frases entrecortadas.

—¿Qué intencion depravada tienen al engañarme de esta manera? decia. ¡Tanto empeño en apartarme de los negocios!.... ¡Tanto misterio conmigo!.... Pues qué, ¿no soy la Reina? ¡Si tratase Felipe de hacer con otra lo que pensó en Bruselas!....

Al formular este pensamiento, doña Juana se estremeció de piés á cabeza y se quedó parada, como si la hubiese herido un rayo.

—Sí, ¡esto debe de ser!.... continuó luego. Esas partidas de caza..... esas largas ausencias..... La crueldad con que me trata..... ¡Oh! ¡Me aborrece!.... ¡me aborrece, y quiere repudiarme, porque ama á otra!

Diciendo esto, se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en aquellos sollozos secos, desgarradores, convulsivos, que nunca podian enviar á sus ojos una lágrima.

—¡Pero no lo hará! esclamó de pronto con energia. ¡No me robará mis Estados para darlos á una meretriz!.... ¡Le habrán pedido mi corona en pago de una caricia!

Leonor suspendió la escritura para acercarse á la Reina, á fin de calmar los tormentos de su imaginacion estraviada.

—Tranquilizaos, mi querida Señora, le dijo: pensais un imposible.

—¿Qué entiendes tú? le respondió doña Juana con los dientes apretados. Él es capaz de todo: ¿no está comprando á mis grandes con mi propia hacienda? ¿No los ves cuán sumisos, cuán bajos se arrastran á sus plantas, mientras á mí, que soy la Reina, solo me miran con ojos de compasion? Hará lo que quiera, porque dispone de ellos, que tienen la fuerza y son sus míseros

esclavos. Por eso le estorba mi padre, y pretende quitarle lo que es suyo, para darlo á sus satélites.

—Sin embargo, Señora: el pueblo os ama, y al pueblo no se le compra con su mismo sudor.

—¡El pueblo! ¡soplo de huracan, que á todas partes lleva su rumbo!.... ¡El pueblo! ¡esclavo de los poderosos y de la miseria! ¡Oh! si yo pudiera infundirle mi aliento, ¡cómo caerian derribados de su pedestal esos semi-dioses de lodo, que le corrompen, y le oprimen!.... Pero, entonces, ¿qué sería de él?—añadió doña Juana poniéndose un dedo en los lábios.-¡Silencio, Leonor! ¡Que nadie sepa lo que acabo de decir!.... Pero, escucha: es menester que averigüemos eso. El Rey, sin duda, está otra vez enamorado..... no sé de quién; pero es evidente.

—¿Qué motivos teneis para creer.....

—¡Necia! Si así no fuese, ¿qué le importaba que yo tuviese ó no las prerogativas de Reina? ¿Le impido acaso hacer lo que quiera? Si alguna vez intervengo en los negocios, si le hablo de ellos, ¿no es por su propio bien? Desengáñate: quiere destronarme, ya lo verás: ¡quiere dar mi trono á otra! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Si yo supiese quién es!.... Pero no importa: me pondré bajo el amparo de mi padre, y entonces veremos.—Escribe, escribe.

Leonor volvió á sentarse á la mesa. En esto llamaron á la puerta de la cámara, y la jóven se levantó.

—Sigue, sigue, dijo la Reina. Sea quien quiera: no se abre á nadie.

Nuevos golpes sonaron en la puerta, y se oyó la voz de don Felipe, que decia impaciente:

—¿Quién ha cerrado aquí?

—¡Es él! No hagas caso; concluye, dijo doña Juana.

Leonor apresuró la conclusion de su carta, y sellándola con el anillo de la Reina, la guardó en su escarcela con los otros papeles. Entre tanto dejó el Rey de llamar á la puerta.

—Se ha cansado y se ha ido, murmuró la Reina despues de

una pausa. ¡Ea! Desnúdame, y vete á eso..... ¿Quién está de cámara esta noche?

—Doña María Pacheco, respondió Leonor.

—¿La sobrina del de Villena? Mira, Leonor: luego que despaches, vuélvete aquí: no dormiré tranquila quedándome á solas con esa mujer: desconfío de todo lo que pertenece á Villena.

Leonor dejó á la Reina acostada, y salió: en la antecámara encontró á la dama de guardia y á la condesa de Camiña: dió á la primera las instrucciones que le habia comunicado su señora, y se retiró á su aposento, cuyas ventanas daban al campo, y habian sido por ella designadas á Pedro de Azagra en el papel en que envolvió las monedas, precio del estuche, como el punto por donde le arrojaria la contestacion á su mensaje: la jóven abrió una de aquellas y se puso á mirar, por ver si descubria debajo á su padre: sin duda quedó satisfecha de este exámen, pues apartándose á poco de la ventana, sacó la carta que habia escrito, y envolviendo con ella una llave y atándola con una hebra de seda, á fin de darle peso y poder de este modo arrojarla al otro lado del foso, volvió á su puesto de observacion y levantó el brazo para tirarla.

Un momento permaneció indecisa, como buscando con la vista el bulto de Pedro de Azagra; pero de pronto dió un grito de sorpresa y terror, sintiendo que le agarraban el brazo por detrás y que le ponian una venda en los ojos: dos hombres, ocultos en su alcoba, habian presenciado sus preparativos, y eran los que acababan de detenerle la accion: estos hombres obedecian á D. Felipe, quien, habiendo observado por la cerradura de la puerta del aposento de su mujer cuando Leonor escribia y se guardaba algunos papeles, sospechó que ésta mantenia correspondencia entre doña Juana y su padre; y á fin de descubrir la verdad, les mandó espiarla en su propio cuarto: uno de ellos era D. Juan Manuel.

—Silencio, bella señora, dijo éste á Leonor, arrebatándole la

carta de la mano: el Rey será clemente con vos. Pero callad; pues de lo contrario, temo que os espongais á expiar terriblemente vuestra culpa.

La jóven no le escuchaba y hacía desesperados esfuerzos para soltarse y recobrar su papel.

—¡Ah! ¡traidores! ¡infames! decia con ira reconcentrada. ¡Villanos miserables, que asaltais como ladrones á una pobre mujer!

—Menos insultos, hermosa niña, repuso el gran tesorero. Ved que solo pueden agravar vuestra situacion deplorable.—Y añadió volviéndose á su ayudante: si no calla, tapadle la boca: si no se está quieta, atadle los brazos.

Leonor se resignó con su suerte, viendo que era inútil resistirse contra sus verdugos.

Don Juan Manuel, viéndola sosegada, llamó aparte á su compañero y le dijo:

—Quedaos aquí con ella, capitan Berrio: yo voy á saber lo que el Rey dispone.

Don Felipe aguardaba impaciente el desenlace de esta aventura: cuando su fiel ministro le presentó la carta, la tomó lanzando una esclamacion de alegria y se puso á soltarla con afan.

—¡Diantre! dijo: y esta llave sería, quizás, para facilitar la entrada á mis enemigos.

Luego leyó la carta, manifestando un vivo interés, y habiendo concluido, se la devolvió al ministro diciéndole:

—Toma, entérate de esto. ¡De buena nos hemos librado! Mi señora esposa está tratando de fugarse: hay que celarla mucho, y sobre todo conviene alejar de su lado á esa muchacha.

—Con efecto es una cosa grave, dijo D. Manuel: es menester que esta carta llegue á su destino, como si nada supiésemos, y al mismo tiempo encerraremos, si os parece, á la mediadora en

un castillo, donde no pueda revelar el secreto y tenga tiempo de arrepentirse de su oficiosidad.

—Es bien pensado: la pondremos en un castillo tuyo.

—No tengo ninguno que ofrezca bastante seguridad: provisionalmente podrá estar en Belmonte de Campos; pero es preciso buscar otro punto mas seguro.

—Elige el que te acomode, repuso D. Felipe: yo te lo daré.

—Para esto, replicó el gran tesorero, serian buenos el alcázar de Segovia ó el castillo de Burgos.

—Te daré los dos: en eso no repares. Al cabo los necesitarás, porque tambien tendremos que poner á Juana en alguna parte. Ya ves que si continúa dando en estas locuras, será imposible que yo logre reinar en paz.

Don Juan Manuel, conociendo el grande aumento de influencia que adquiriria si la Reina llegase á estar bajo su poder, apoyó en esta ocasion mas que otras veces el dictámen de su amo, aunque procurando no dejar traslucir el interés que le movia. En cuanto á la correspondencia de Leonor, siendo el asunto que mas urgia resolver al momento, se determinó enviarla á su destino, quedándose con copia, y sin poner estorbos al secreto mensajero, quien, yendo confiado, podia caer otra vez en las manos del Archiduque.

Conforme á este acuerdo, el hábil ministro, despues de haber copiado la carta, volvió al cuarto de la dama; y á fin de ganar tiempo y de poder obrar sin testigos, encargó sigilosamente á Berrio que hiciese preparar una litera y seis hombres de confianza; y apenas hubo salido el veterano de Villena, se acercó á la ventana, que aun permanecia abierta, y arrojó por ella el mensaje, asegurándose antes de la presencia del que habia de recibirlo.

Pedro de Azagra oyó el golpe de la llave que cayó envuelta en la carta, y corrió á recoger ambos objetos: en seguida miró

á la ventana é hizo un saludo con la mano: D. Juan Manuel agitó un pañuelo blanco y murmuró sonriéndose:

—¡Adios, buen mozo! ¡Hasta otra vista!...

En seguida se acercó á Leonor y le dijo:

—Querida mia, no me culpeis por tener que desempeñar respecto á vos penosos deberes: bien sabe Dios que mi deseo sería trataros como á una hija, y de ello os daré pruebas, si os mostrais dócil á mis consejos.

—Hablad, ¿qué pretendeis de mí? preguntó la jóven ahogando su despecho.

—El Rey ha dispuesto encerraros en un castillo por el resto de vuestros dias.

Don Juan Manuel hizo una pausa para observar el efecto que á la jóven producia esta revelacion espantosa: pero Leonor permaneció serena, como si le hubiesen recordado alguna de sus obligaciones diarias. El ministro continuó:

—Sin embargo, S. A. quiere que esteis bajo mi especial vigilancia, y yo puedo, no solo hacer llevadera esa situacion, sino tambien abreviarla.

—Es verdad, repuso Leonor: podeis hacerme asesinar.

—No es eso: puedo alcanzar para vos la gracia del Rey. Mas para lo uno y lo otro es menester que pongais algo de vuestra parte.

Leonor se encogió de hombros.

—No mireis estas cosas con indiferencia, jóven, prosiguió el ministro; se trata de un encierro perpétuo por un delito de alta traicion.

—¡Mentís! esclamó la jóven con energia. Sé muy bien que padezco por leal, y no me arredran vuestros castigos. Dios me vengará.

—Se trata, continuó el gran tesorero sin hacer caso, de gravísimas ofensas hechas á un Rey poderoso; de feos desaires que el orgullo real no perdona.....

—Me honrais mucho recordándome esos delitos, interrumpió Leonor.

—Y si teneis memoria, repuso D. Juan Manuel exaltándose, hay tambien de por medio el asesinato de un sobrino mio, que pagareis vos, si no descubrís al culpable.

Leonor se estremeció pensando á cuánto podia llegar la venganza del ministro.

—Estas cosas, querida Leonor, son terribles: no solo pueden ser castigadas con una prision; tambien á veces alcanza la cuchilla de la ley á las cabezas mas ilustres: en Castilla fué ajusticiado D. Álvaro de Luna.

—No olvideis el ejemplo, D. Juan Manuel, replicó Leonor con viveza: y advertid que D. Álvaro fué un caballero mas temido y mas leal que vos.

—Señora, no os doy motivo para insultarme, abusando de mi bondad.

—No os ofendais, repuso irónicamente la jóven: algun derecho se ha de conceder á la desgracia.

—Pruebas teneis ya de mi longanimidad: así pues, acortemos de razones. De vos depende ser desgraciada ó dichosa: dadme los demás papeles que habeis tenido esta noche en vuestras manos: – ya sabeis, la carta del príncipe D. Fernando;–decidme quién es su mensajero secreto y cómo ha podido llegar hasta vos; y reveladme el nombre del matador de mi sobrino: con estas tres concesiones, yo os prometo que pronto sereis libre, y lo que es mas, obtendreis por esposo á Enrique de Almazan, á quien se colmará de honores.

La parte del rostro que tenia descubierta Leonor se puso encendida de indignacion y de pudor, al pronunciar el ministro estas palabras.

—No es mucho lo que me pedís, contestó la jóven, sobreponiéndose á su turbacion: pero ya os he dicho que no temo el castigo; menos me rendiré al halago de unos favores, que me

deshonrarian: esto debe bastaros para comprender que no estoy dispuesta á concederos nada.

—Leonor, ved que os ruego como amigo, pudiendo usar con vos de la fuerza.

—Sería, por cierto, digna hazaña de vos violentar á una débil mujer indefensa. Pero nada conseguireis, nada.

El capitan Berrio se presentó en la puerta de la estancia.

—¿Está todo dispuesto? le preguntó D. Juan Manuel.

—Todo, señor, respondió el veterano.

—Haced que lleven á la litera el equipaje de esta dama, dijo el ministro.- Y vos, señora, dignaos aceptar el apoyo de mi brazo.

Leonor se levantó y siguió á D. Juan Manuel, que la condujo por las solitarias galerías del castillo hasta el recinto esterior, donde ya la aguardaba una litera tirada por dos mulas y escoltada por seis hombres de armas: hízola entrar en ella, y de allí á poco, habiendo llegado el capitan Berrio con el equipaje, le dijo el ministro en secreto entregándole un pliego:

—A Belmonte de Campos: sois responsable al Rey con vuestra cabeza: que esa señora ignore á dónde vá.

El veterano entró en la litera con la dama, y aquella empezó á rodar.

Entre tanto la Reina no habia podido conciliar el sueño, y aguardaba impaciente la vuelta de Leonor, para comunicarle sus secretos pensamientos. Era estremada y singular la adhesion de aquella desventurada princesa á su jóven amiga: el poder incontrastable de la virtud, no solo habia domado y vencido en su alma los instintos fieros é irreflexivos de la pasion, sino que además los habia trocado en amoroso afecto y consoladora intimidad: habiendo perdido por ella la espansiva facultad de llorar, parecia como que buscaba en su ternura el estímulo de las lágrimas; al modo que la planta, marchita por los ardores del es-

tío, espera su lozanía de la nube, que absorve el jugo de la tierra.

Cansada de esperar en vano, la Reina se levantó, y envolviéndose en un tabardo de seda, comenzó á dar paseos por su estancia: la dama de cámara se levantó tambien y se acercó á ella, preguntándole si se hallaba indispuesta.

—No tengo nada, le respondió doña Juana con aspereza: idos á dormir.

La dama se retiró y se acostó vestida, presumiendo que su señora padecia algun arrebato de locura, y que podia ser necesaria su vigilancia,

Pasado un largo rato, doña Juana tomó una luz y salió de su cámara: la dama la siguió con cautela.

En todo el castillo no velaban mas personas que los guardias del Archiduque y los centinelas del conde, que guardaban la puerta esterior.

Doña Juana fué derecha al cuarto de su amiga, y encontrándolo abierto, echó á temblar: registrólo todo con precipitacion, levantó las cortinas de su cama, y no hallándola, prorumpió en un grito de furor. No podia ni aun remotamente sospechar lo que habia pasado: no reparó en la falta del equipaje: una sola idea, la idea fija que constantemente la atormentaba se presentó á su espíritu con los mas negros colores de la perfidia: se figuró que Leonor, abusando de su confianza, era quien la indisponia con su marido y quien aspiraba á destruir su autoridad.

—Esto es, murmuró con sordo acento: yo he abrigado en mi seno una serpiente. Esa mujer me ha engañado siempre: me aborrece, porque le corté los cabellos, y me ha fingido fidelidad, para vengarse de mí..... ¡Estará con él! ...

Diciendo así, arrojó la luz que llevaba en la mano y corrió desatentada hácia el cuarto del Rey: al llegar á la puerta, comenzó á dar en ella fuertes golpes, á cuyo ruido acudieron los caballeros que habia de guardia en la antecámara real.

Todos quedaron sorprendidos al ver á la Reina en aquel estado; sueltos y en desórden los cabellos, las facciones descompuestas, sin mas trage que las ropas interiores y el tabardo que incompletamente la cubria; y le abrieron paso con mas señales de compasion que de respeto: la dama que la habia seguido, se acercó á algunos y les dijo al oido:

—¡Por Dios! no la dejeis entrar: está furiosa.

Pero ya doña Juana habia pasado la antecámara y penetraba con resolucion en el aposento y dormitorio de su esposo, á quien el ruido acababa de despertar, sin desvelarle enteramente. La Reina llegó á la cama y agitó con violencia su cubierta, diciendo:

—¡No se me escapará!

—¡Qué es esto! ¡Quién anda aquí! esclamó D. Felipe, incorporándose sobresaltado.

Y al ver á su esposa que andaba por el cuarto levantando los tapices, mirando por debajo de los muebles y examinándolo todo atropelladamente, añadió:

—¡Por Cristo, que esto no se puede ya sufrir! ¡Ni siquiera me dejará dormir en paz esta mujer!

—No, no os dejaré sueño ni reposo, contestó doña Juana. ¡Si habeis creido burlaros siempre de mí, os engañais, Archiduque! No estamos ya en Brabante: la Reina de Castilla encontrará defensores contra su tirano.

—Pero, Señora, ¿qué significa esto?

—Vos lo sabeis, y yo tambien. Decidme al punto dónde la habeis metido: decídmelo: porque soy la Reina y quiero castigarla.

—¿A quién, Señora? ¿A quién?

—¡Pérfido! Temprano habeis aprendido á fingir.

—Señora, si es que necesitais un pretesto para alborotar á los castellanos contra mí, repuso D. Felipe, habeis escogido mal medio y peor ocasion. Mañana, en cuanto amanezca, se reunirá

mi consejo, y vuestros grandes sabrán que conspirais para entregarlos y entregarme en poder de nuestro enemigo.

—¡Jesús! ¡Qué disparate! esclamó la Reina. Pero, ¿quién os habla ahora de eso? Quereis eludir mis pesquisas y disfrazar vuestros intentos. ¡Yo busco á una mujer!.... Yo no me cuido ahora de vuestras intrigas ambiciosas. Decidme pronto dónde la teneis, porque de no, seré capaz de ahogaros.

Todos los moradores del castillo se habian puesto en pié al rumor de este acontecimiento, y los grandes y señores de la corte, inclusos el conde de Benavente y el Almirante Henriquez, se agolpaban á la puerta del dormitorio del Rey. Éste, viendo el arrebatado furor de su mujer y presumiendo que la escucharian, se levantó en paños menores, se echó una loba sobre los hombros y abrió la puerta, diciendo:

—Entrad, señores, y sed testigos de lo que aquí pasa. La Reina supone que ha entrado una mujer en mi cuarto: mirad vosotros á ver si la encontrais.

Doña Juana dió un grito y se resguardó con las cortinas de la cama para ocultar su desnudez: habíasele caido el tabardo con que se cubria.

Don Juan Manuel se acercó al oido del conde de Benavente y le dijo:

—¿Lo creereis ahora?

—Teniais razon, repuso el rudo conde profundamente conmovido. ¡Está loca!

—Señor, dijo el Almirante adelantándose: permitidme tomar la defensa de vuestra dignidad, por vos mismo ofendida: esto que aquí pasa deberia ser un secreto entre vos y vuestra esposa. No juzgaré yo sobre el motivo fundamental de esta discordia: ni lo sé, ni me estaria bien averiguarlo. Pero, como leal castellano y como próximo pariente de mi Reina, no debo consentir que se falte á su decoro. Muchos pensarán como yo.

Un ruidoso murmullo se levantó entre los nobles, de los cua-

les unos se adherian á la lealtad del Almirante, otros reprobaban su atrevimiento.

—Primo, contestó D. Felipe, disimulando su enojo: por grande que sea vuestro celo en obsequio de mi dignidad, y lo es mucho, no puede igualar al interés que yo tengo en conservarla ilesa. Os lo agradezco, sin embargo, y espero que no dudareis de la absoluta necesidad en que me veo de obrar como lo hago, cuando os esponga razones que no son para dichas en este momento.

—No, no, decidlas! esclamó la Reina.

—Es inútil, Señora, repuso el Archiduque; pues solo servirian para irritar vuestra sensibilidad..... Y dice bien el señor Almirante: no está bien que esta escena se prolongue.—Salid, señores: la Reina vá á dispensarme el obsequio de que la acompañe á su cuarto.

Los nobles se retiraron: D. Felipe acabó de vestirse, y condujo á su aposento á la Reina, que le siguió sin esfuerzo. En seguida mandó llamar á Marliano y á los demás médicos de cámara, y les previno que no se apartasen del lado de su esposa y que observáran bien el curso y la naturaleza de su enfermedad.

Doña Juana se echó á reir.

—¡Mi enfermedad! dijo con estrañeza: ¡gracias, amado esposo! Pero es inútil vuestra tierna solicitud. No estoy enferma.

—Cumplid mis órdenes, dijo D. Felipe á los médicos; y observad bien, pues necesito el testimonio de vuestra ciencia.

Los médicos comprendieron perfectamente cuál era el deseo del Rey: éste se retiró dejándolos perplejos.

Luego que fué de dia, se mandó convocar á los ministros y á los grandes del reino: el asunto de que se iba á tratar con ellos, estaba ya resuelto en consejo privado.

—Señores, les dijo D. Felipe: muy doloroso es á mi corazon el motivo que aquí nos reune; pero ha llegado el momento en

que es forzoso decidir acerca del mas acerbo de mis deberes. Ante todo necesito saber si soy ó no llamado á reinar sobre vosotros.

—¿Quién lo duda?–Eso es incuestionable, dijeron muchos nobles á la vez.

—Deslealtad sería en nosotros solo el discutir sobre ese punto, añadió el duque de Nájera.

—Pues bien, continuó el Archiduque: para reinar no basta sentarse en un trono y ponerse una corona en la cabeza; es menester además el concurso y el apoyo de los hombres leales, y la remocion de los obstáculos que se oponen á la recta y sábia gobernacion de los pueblos.

—Señor, dijo el Almirante, conociendo á dónde iba á parar D. Felipe; mi espada, mis dominios y toda mi sangre están dispuestos á sacrificarse por la Reina y por V. A.; y creo que no habrá en Castilla un noble, que de leal se precie, que no esté pronto á prestar este homenage.

—Almirante, repuso D. Felipe algo cortado; sé que sois uno de los mas fieles caballeros que hay en estos reinos: vuestro amor á mi esposa bastaria, si otros títulos no tuvieseis, para haceros acreedor á mi estimacion. Sin embargo, vos, como los demás que me oyen, presenciasteis lo que pasó anoche: quise que lo vieseis, para que en ningun tiempo se atribuya á estraños fines lo que solo es una ley fatal de la Providencia. Lo que visteis, no es mas que una pequeña muestra de la insensatez que aqueja, por mi desgracia, á la Reina. Si esto lo hubiera de sufrir yo solo, señores, me resignaria con la voluntad de Dios; pero se trata de la paz de un gran pueblo; se trata de poder ó no poder gobernar en justicia. No desconoceis cuán fácil es abusar de la autoridad en manos de una mujer, á quien domina una pasion de ánimo: esto sobra para tener contínuamente encendida una guerra civil. Así es, señores, que os lo digo con absoluta franqueza: si no me autorizais para reinar solo y pa-

ra depositar á mi esposa, muy amada, en un alcázar, donde esté con toda la asistencia y decoro que le corresponde; pero escluida de toda participacion en el gobierno; desde aquí me retiro á mis Estados de Flandes y Borgoña; pues no me considero con fuerzas para reinar de otro modo sobre vosotros.

—Señor, dijo el marqués de Villena, permitidme manifestaros que teneis el deber de reinar; porque esta corona pertenece á vuestros hijos. Si la Reina es un obstáculo al buen gobierno, justo es, aunque doloroso, que se la separe.

—Asunto es este que no nos toca decidir á nosotros solos, repuso el Almirante: lo derecho es reunir el reino en Córtes, y que él decida.

—Los nobles de Castilla y Leon, dijo D. Juan Manuel, son el primer brazo de las Córtes, y bien pueden dar desde luego su voto en este consejo. Tened presente, señores, que urge vuestra resolucion: desde que el Rey se embarcó en Zelanda, se conspira contra su seguridad: anoche mismo, los que atizaban los infundados celos de la Reina, mantenian relaciones con personas estrañas á la corte, llegando hasta arrojar una llave al campo, ¡Dios sabe con qué objeto! Afortunadamente el Rey lo vió, y ya está presa una dama por esta causa.

Un prolongado rumor siguió á estas palábras del ministro, quien continuó despues de una pausa:

—Por lo demás, señores; ¿qué se os propone, cuya necesidad no esté ya generalmente reconocida y hasta por el rey don Fernando?-Ved aquí,-añadió, sacando unos papeles,-los últimos pactos firmados por S. A. En ellos reconoce la incapacidad de su hija, y jura impedir que tenga influencia ni accion en el gobierno.

—El rey D. Fernando puede haber firmado eso; yo no lo dudo, replicó el Almirante; pero S. A., como todos nosotros, está sujeto al fallo de las Córtes, donde se puede únicamente resolver estas cuestiones. Nadie, sino el reino, tiene facultades para

escluir del trono á su legítima heredera, ni menos para encerrarla en una prision de Estado por delito de amor..... Sí, señores, por delito de amor, repitió D. Fadrique, observando que algunos nobles se reian. Sabed que yo,-y conmigo está la mayoría de la nacion,-no creo en la locura de la Reina.....

—Creed lo que querais, contestó D. Felipe interrumpiéndole. Las Córtes se reunirán á su debido tiempo. Entre tanto, señores, solo deseo saber, porque me urge, con qué personas puedo contar.

Dichas estas palabras, se levantó y salió de la sala del consejo. Don Juan Manuel esforzó sus razones en apoyo de la necesidad de recluir á la Reina, y presentó un voto escrito en este sentido á la firma de los nobles que habia presentes. Muchos lo firmaron en el acto. El Almirante, con un corto número de ellos, se retiró de la sala.

Aquel mismo dia D. Felipe escribió una carta al Rey Católico, refiriéndole los escesos de celos á que se habia entregado su esposa la noche anterior con escándalo de toda la corte, y suplicándole que le aconsejase lo que deberia hacer con ella, ó bien que empleára su autoridad de padre para contenerla; y al dia siguiente se mandó convocar las Córtes en Valladolid, y el Archiduque, con la Reina y sus amigos, emprendió la marcha para aquella ciudad.

CAPÍTULO VIII.

De lo que hicieron la Reina y las Córtes en Valladolid.

Todos los médicos de D. Felipe, menos el escrupuloso Marliano, que á fondo conocia la flaqueza de la Reina, certificaron que ésta padecia de estravíos mentales, cuya vehemencia la incapacitaba para gobernar: todos, menos el sábio milanés, opinaron que una reclusion tranquila, teniéndola alejada de los negocios graves, bastaria, con los auxilios de la ciencia, para fortalecer su razon.

Con el testimonio de estos sábios y con los últimos pactos impuestos al Rey Católico, don Juan Manuel y sus amigos andaban solicitando de los nobles rehacios y de los procuradores de las ciudades, enviados á las Córtes de Valladolid, el voto para encerrar á doña Juana en una fortaleza, declarándola incapaz de reinar.

Mientras aquellas acababan de reunirse, y mientras se daban

los pasos conducentes á este fin, D. Felipe con su esposa y amigos se detuvo en el castillo de Mucientes, cerca de la mencionada ciudad.

Tenia en ella y en el ánimo de los castellanos en general grande influencia el Almirante D. Fadrique Henriquez, é importaba mucho vencer la oposicion de este elevado personage; por lo cual se le hacian contínuos requerimientos y promesas para tenerle propicio: pero no habia medios de reducirle, y él, por el contrario, trabajaba sin descanso en atraer al partido de la Reina á muchos próceres y procuradores del reino.

Al mismo tiempo comenzó á circular entre estos una protesta de D. Fernando, en la cual se declaraba que él no habia querido nunca gobernar en Castilla con esclusion de sus hijos; que habia deseado y pedido con instancia la venida de los mismos, para entregarles el mando y la administracion de sus Estados y dejarles en tranquila y segura posesion de ellos; pero que el interés de sus propios dominios le llamaba, y habia resuelto irse, como hacía mucho tiempo lo deseaba, llevando solo el sentimiento de dejar á la Reina oprimida y privada de su libertad: se recordaba que, siendo ella la propietaria del Trono, le correspondia ocuparlo con preferencia á su marido, y se esponia la queja de que fuese tratada indignamente, desconociendo sus legítimos derechos, menospreciando su dignidad y obligándola por medios violentos á firmar cosas contrarias á su voluntad.

Era lo bastante para dar á conocer la coaccion empleada al celebrar los últimos contratos y el desagrado con que el Rey Católico miraba las disposiciones de su yerno y la ingratitud de los castellanos. Pocos dias antes habia recibido aquel príncipe la carta en que D. Felipe le comunicaba las ocurrencias de Benavente, y conociendo por ella, con su estremada penetracion, que sus relaciones con la Reina estaban descubiertas, se abstuvo de dar el consejo que se le pedia, para no dejarse sorprender, y renunció á la esperanza de sostenerse por mas tiempo en Casti-

lla; pero no al designio de defender sus derechos y los de su hija tan pronto como variasen las circunstancias.

Caminando lentamente hácia Aragon, el desairado monarca se detuvo en Tudela de Duero, habiendo enviado delante á la reina Germana: desde allí, aunque seguido solo de muy pocos leales amigos, mantenia en una viva agitacion á los habitantes de Valladolid: quizá confiaba en que un movimiento popular le devolviese el prestigio, demostrando al Archiduque la necesidad que tenia de sus consejos y autoridad: por lo menos hacía ver ostensiblemente, que no ignoraba el proyecto de encerrar á su hija, y que desaprobaba la determinacion de despojarla de sus prerogativas.

Don Juan Manuel y sus compañeros recelaban que se les descompusiesen sus planes, si el Rey Católico permanecia en Castilla durante la sesion de las Córtes, y determinaron apresurar su partida: para conseguirlo, dispusieron que D. Felipe fuese á verle, so pretesto de despedirle.

Los dos reyes volvieron á encontrarse en una capilla junto á Renedo: el arzobispo de Toledo presenció esta segunda entrevista, como la primera: D. Juan Manuel, entre tanto, procuró hablar con algunos de los barones Anjevinos, que estaban desposeidos de sus Estados en el reino de Nápoles, y seguian la corte de D. Fernando, y les participó el proyecto de casar á la hija del Gran Capitan con el heredero de aquellos dominios, prometiéndoles la restitucion de los suyos, si lo apoyaban. El astuto ministro supo escoger entre los barones alguno capaz de revelar este plan al Rey Católico y de infundirle sérios recelos; mas, por si acaso no bastaba este medio para su intento, habló tambien con la reina viuda de Nápoles, que acompañaba al mismo D. Fernando, pidiéndole su cooperacion, y asegurándole que estaban ya muy adelantados los tratos.

Sin duda el gran tesorero, conociendo la lealtad de Gonzalo de Córdoba, consideraba irrealizable su proyecto; pero sabía

que la enunciacion del mismo bastaba para que el Rey Católico no demorase un dia su marcha á Italia; y esto le importaba mas á él que satisfacer ó no el capricho vengativo de D. Felipe: queria quedarse por dueño absoluto de Castilla, y D. Fernando era un estorbo á sus miras ambiciosas.

La entrevista de los dos reyes se redujo á meros cumplimientos y apariencias de concordia: no podia ser otra cosa, estando ambos profundamente resentidos el uno del otro. El arzobispo de Toledo, accediendo á los deseos del Archiduque, suplicó á D. Fernando que apresurase la marcha, á fin de evitar que algunos revoltosos tomasen pretesto de su presencia para cohibir el libre voto de las Córtes; y aprovechando algunos momentos, en que pudo hablarle á solas, le dijo:

—Idos pronto, Señor: seguid mi consejo. Yo os aseguro que muy en breve clamará Castilla por vos. Esta gente os hará el caldo gordo tan luego como le volvais la espalda: ellos trabajarán para V. A.: no lo dudeis.

—¿Os parece que se saldrán con su intento de encerrar á mi hija? preguntó D. Fernando.

—Es muy posible que lo consigan, repuso el cardenal; pero eso os favoreceria. Dejadles hacer.

—¡Oh! ¡pues yo les juro que, como tal hagan, ó como la maltraten, llegará dia en que me vengue de lo pasado, de lo presente y futuro! Ellos no me han querido por ayo, pero me querran por padrastro.

Y abrazando al arzobispo con muestras de verdadero amor, añadió:

—Con Dios quedad, padre mio. Si esos hombres logran aprisionar á mi pobre Juana, sed vos su guardador: haced lo posible para que os la confien: que esté siquiera en manos honradas.

El arzobispo se enterneció, á pesar de su carácter estóico y duro, al oir esta recomendacion de un padre afligido, y de un

Rey que aun en aquellos momentos hacía sombra á toda la Europa.

Don Fernando y Cisneros salieron de la capilla, donde se habian quedado con apariencia de rezar, y el primero, acercándose á su yerno, que estaba ya en la puerta, rodeado de sus cortesanos, le abrazó recomendándole el cuidado de su hija. Don Felipe se inclinó pidiéndole su bendicion, y le aseguró que trataria á su esposa con todo el amor y la consideracion que requeria su desgracia.

En seguida se apartaron: D. Fernando volvió á Tudela, y el Archiduque á Mucientes.

No quedaban al Rey Católico mas caballeros castellanos que el duque de Alba, el conde de Cifuentes, el marqués de Denia y el conde de Fuensalida, con algunos otros hidalgos de las familias y casas de aquellos: los demás que le acompañaban eran aragoneses, catalanes y napolitanos. Al llegar á Tudela, le informaron estos últimos de las gestiones de D. Juan Manuel.

—No hagais caso de eso, les dijo el Rey, disimulando su inquietud. En seguida vamos á Italia y se remediará todo: además, creo que calumnian á Gonzalo de Córdoba.

Sin embargo, él no pensaba de este modo: consideraba posible, mas que nunca en aquella ocasion, qne el gran guerrero se le declarase enemigo, y daba entero crédito al proyecto de matrimonio que aseguraba en él y su descendencia la posesion del reino de Nápoles. Por lo tanto, dispuso inmediatamente la marcha, y llamando á los nobles castellanos que le seguian, les dijo:

—Señores, no quiero que por mas tiempo se suponga que conspiro contra mis hijos: he resuelto partir, aunque no dudo que pronto volverán á mí sus ojos los mismos que ahora me abandonan. Nunca olvidaré la lealtad con que me habeis servido, posponiendo el interés de medro, que á otros mueve, al bien de la nacion y á vuestra honra.

—Señor, contestó el duque de Alba: hemos cumplido con nuestro deber permaneciendo fieles á V. A. y á la Reina: la única gracia que os pedimos en cambio, es que nos permitais acompañaros en vuestro destierro. Nosotros debemos honrar hasta el fin de sus dias al que por mas de treinta años ha trabajado en dar gloria á Castilla.

—Mayor gracia os concedo, mis fieles amigos, repuso el Rey, dejandoos aquí, donde podeis velar por vuestra Reina y por mis intereses, y donde tendreis que luchar con los que hoy me hacen guerra, y cuyos buenos servicios de otros tiempos no tengo olvidados. Quedaos en Castilla: esta es mi voluntad.

Los nobles insistieron, sin embargo, en su designio de acompañarle, al menos, hasta la frontera de Aragon.

De allí á tres dias estaba el rey D. Fernando cerca de Osma: los pueblos le veian pasar con abatimiento y sin atreverse á darle las muestras de veneracion que le debian. Al anochecer descubrió á lo léjos las murallas del Burgo, y volviéndose hácia los nobles castellanos, les dijo sonriéndose:

—¿Veis aquellos antiguos muros? Treinta y siete años hace que estuve á punto de morir de una pedrada, que me arrojaron desde ellos: entraba yo entonces por este camino en trage de mozo de mulas. Ya veis que, en tanto tiempo no he dejado de prosperar.

—Yo espero, Señor, le respondió el duque de Alba, que dentro de poco os levantarán arcos de triunfo en este mismo sitio.

—¡Humo y vanidad! repuso el Rey, encogiéndose de hombros. No debo quejarme, amigo duque, mientras no me despidan vuestros paisanos como me recibieron la primera vez.—Y ahora recuerdo, añadió mirando hácia su derecha y á la ribera opuesta del Duero, una promesa que hice entonces y que no he cumplido: (la prosperidad es enemiga de la memoria). Ofrecí un

collar á una muchacha, llamada Saladilla, hija del posadero de aquel lugar, que allí á lo léjos se descubre.

Diciendo esto, hizo seña al jóven Almazan para que se le acercase, y mirándole fijamente, le preguntó en voz baja:

—¿Viene ahí el proscrito?

—Conforme dispuso V. A., contestó el jóven, viene confundido entre los demás hombres de armas, para que no le reconozca el conde de Cifuentes.

—¿Sin duda deseará, lo mismo que tú, quedarse en Castilla?

—Él y yo haremos lo que V. A. nos mande, repuso el jóven suspirando.

—Sí, dijo el Rey: los dos y el capitan Mendez quedareis recomendados al duque de Alba: presentaos á él mañana.—Toma, añadió en voz alta, quitándose la cadena que llevaba al cuello: escoge dos hombres de armas para que te acompañen, y vé y pregunta en aquel pueblo por una mesonera á quien llamaban la Saladilla cuando era jóven: dále esto de parte del mozo de mulas.

Almazan se apartó del Rey, fué á llamar á sus amigos Mendez y Azagra y partió con ellos hácia el lugarejo. Don Fernando dijo al duque con disimulo:

—Esos tres hombres se os reunirán mañana: os los recomiendo encarecidamente: podeis serviros de ellos para cualquiera empresa arriesgada.

El Rey Católico pasó aquella noche en Gómara, donde dió algunas instrucciones á sus amigos; y á la mañana siguiente les despidió, para entrar en Aragon, cuyos naturales le aguardaban con ansia, preparando en su honor grandes fiestas para recibirle.

Se acercaba, entre tanto, la hora decisiva en que las Córtes de Castilla debian resolver la grave cuestion propuesta por don Felipe: la ciudad de Valladolid, como si quisiese prejuzgarla, disponia festejos públicos en obsequio de la Reina y del Rey su

marido. Éste, sin embargo, queria entrar solo en aquella capital, dejando á doña Juana en Mucientes, y recibir el juramento de fidelidad de los representantes de la nacion: los cortesanos, incluso D. Juan Manuel, aunque habian agotado el tesoro real y empeñado gran parte de sus rentas futuras para ganar votos, veian mal dispuestos los ánimos y consideraban, por lo menos, prematura la determinacion de su señor; pero ninguno se atrevia á contradecirle, y solamente procuraban entretenerle para ganar tiempo.

Un dia, despues de haber tenido un consejo, del cual salió disgustado el Archiduque, llamó á su bufon, y le dijo:

—Diviértete, Gil; y advierte que tengo deseos de cortarte una oreja.

—Señor, contestó el bufon: eso á D. Juan Manuel, y podreis hacerle un buen regalo al conde de Benavente.

—¿Cómo es eso?

—Sí: diz que tu copero tiene ganas de cortarle las dos.

—¿Pues no son amigos?

—Lo mismo que D. Juan y tú.

—¡Truhan!.... ¡Cómo se entiende!....

—Si te enfadas, me callo, y eso pierdes; pues no oirás la verdad.

—¡Habla!

—Voy á contarte un cuento: En cierta ocasion se juntaron dos moros, que iban camino de la Meca: el uno llevaba su alforja llena de dátiles y era bonachon y generoso: el otro no llevaba mas que un pedazo de queso. La primera vez que pararon á comer, el segundo sacó el queso y lo dió á probar á su compañero; mas no consintió en probar los dátiles, so pretesto de faltarle apetito.—«Guardadlos para luego, hermano,» le dijo el moro generoso; y le dió un puñado de ellos.—Al dia siguiente se repitió la misma escena, y al tercero y al cuarto; y así continuaron hasta la Meca. Luego que trataron de volver á su país,

dijo el moro del queso al otro:-«Amigo mio: aquí tengo tus dátiles: no he querido comerlos, pensando en que algun dia te harian falta: mételos otra vez en tu alforja, y si te hace peso, dámela, que yo te la llevaré.» Pasmado quedó el moro generoso, al ver tanta bondad en su compañero, y desde aquel dia le consideró el mejor de sus amigos.-«Mucho me honra tu amistad, noble Selim, dijo el del queso; pero soy un pobre albañil: tú eres señor de vasallos, y cuando mas puedo aspirar á criado tuyo.»-«Pues bien, Mustafá, repuso Selim; serás mi mayordomo y amigo.»-Mustafá quedó contento, y cargó con la alforja de su amo.-El Estado de Selim era de su mujer: cuando los dos amigos llegaron á él de vuelta de su romería, Mustafá se adelantó para dar la nueva de la venida de Selim, y regresó á poco diciendo á éste, que su mujer le era infiel, y que se habia concertado con un pariente para despojarle de su hacienda.-«Pero no te aflijas, noble Selim, añadió, que todo se remediará. Fíngete santon, y yo seré tu acólito: entraremos por el país diciendo que traemos estos dátiles, cogidos de la palmera que dá sombra al sepulcro de Mahoma: los regalaremos á tus principales vasallos, como una reliquia, y cuando hayamos ganado su favor, te irás declarando á ellos, y te ayudarán á echar del Estado á tu mujer y á su pariente.»-Parecióle bien el consejo á Selim, y al punto fué puesto en ejecucion. Mustafá iba de una parte á otra cargado con su alforja: regalaba los dátiles, pero recogia en cambio muchas limosnas, que guardaba, sin dar de ello parte á su amo: éste se iba declarando á los nobles, y como la infidelidad de su mujer era una calumnia, no le creian; pero le apoyaban; porque les tenia cuenta la discordia, para medrar á costa suya. Todo el país se puso en conmocion, y Mustafá, entre tanto, iba despachando los dátiles y llenando la alforja de moneda: cuando se le acabaron, pidió mas á su amo, y siguió vendiendo, hasta que con el dinero compró un castillo, y luego otro, y otro, y se hizo el señor mas poderoso de aquella tierra;

y su amo, léjos de llevarlo á mal, complacíase mucho en ello, figurándose que tan seguros estaban sus dominios en poder de Mustafá, como los dátiles en su alforja: y no se equivocaba, pues un dia se encontró sin tierras y sin vasallos, aunque con el título de señor. Mustafá lo habia metido todo en la alforja, y no hubo fuerzas que pudieran levantar tanto peso.–Ahí tienes el cuento, Felipito: ahora, pues eres discreto, aplícalo, y negocio concluido.

—Lo que pienso aplicarte, son cien azotes, por atrevido y deslenguado, le contestó el Archiduque.

—Muy mala aplicacion haces, querido Selim, repuso el bufon. ¿No te parece, que si el moro rumboso hubiera guardado sus dátiles, en vez de darlos á guardar, y se hubiese juntado en buena paz con su mujer, habria evitado que el bribon de Mustafá cargase con el santo y la limosna? ¡Quiera Dios que no sea tarde cuando te arrepientas de haber echado sobre otro el peso de tus alforjas!

Ya hemos dicho que D. Felipe estaba de mal humor: la causa de esto era la lentitud con que sus consejeros se prestaban á secundar sus designios, nacida de la oposicion que les hacía el almirante: la impaciencia del jóven príncipe crecia con la circunstancia de haberse agotado los recursos que sacó de Flandes y de haber contraido empeños de consideracion con los grandes de Castilla; inconveniente que él esperaba subsanar, haciendo que las Córtes le otorgasen un servicio de cien millones.

Los consejos de Gilito no podian ser mas oportunos, pero tampoco podian sonar nunca peor en los oidos de D. Felipe que en aquella ocasion; pues le indicaban como único medio de salvacion el rompimiento con sus amigos y el abandono de sus comenzadas empresas.

—Gil, dijo el Archiduque aparentando serenidad: ¿te ha en-

señado ese cuento mi primo el almirante, ó lo has aprendido del duque de Alba?

—Hijo mio, contestó el bufon: malo ó bueno, ese cuento es de mi cosecha. Pero si quieres creer á un loco, no roas mas el queso de D. Juan Manuel, que es una engañifa, y haz que el almirante pruebe tus dátiles.

—¡Miserable! gritó el Archiduque en un arrebato de ira. ¿Quién te mete á consejero mio?

Y así diciendo, cogió un baston y empezó á dar de palos á Gilito, que arrodillándose y metiendo la cabeza entre los brazos, ahogaba su dolor esclamando:

—¡Firme! ¡firme, hijo mio!... ¡Diviértete, Felipe!... ¡Mas vale esto que nada!

Don Felipe se cansó pronto, y dando un empellon á Gilito, le mandó salir. En seguida se puso á pasear con aire pensativo, y al cabo de un rato murmuró:

—¿Tendrá razon ese loco?... Pero es ya imposible retroceder: posea yo la corona de Castilla, y despues veremos quién es el amo de las alforjas..... Pero ese D. Fadrique.....

Apenas hubo pronunciado este nombre, abrió con ímpetu la puerta de su aposento, y dijo á los gentiles hombres que allí habia:

—Avisad al almirante de Castilla que deseo verle al momento.

Poco tardó en presentarse D. Fadrique Henriquez. El Archiduque le acogió afablemente y le mandó sentarse.

—Amado primo, le dijo: no acabo de comprender por qué teneis enemistad conmigo, cuando no deberiais ignorar la estimacion que me mereceis. Os he llamado para que me digais con franqueza, si os han informado mal de mis sentimientos hácia vos.

—Sin duda os engaña, Señor, contestó el almirante, quien suponga que soy enemigo vuestro: muy al contrario, me consi-

dero uno de los mas leales y adictos servidores de V. A., y he dado pruebas de ello, separándome del Rey D. Fernando, mi primo hermano, á quien debo muy singulares mercedes, para ofrecer á vos mi brazo y mis Estados.

—Sin embargo, querido primo, he llegado á entender que trabajais para enagenarme los votos de las Córtes en varias proposiciones que han de presentarse á ellas.

—Es muy cierto que trabajo y trabajaré para que no se permita el encierro de la Reina ni su exclusion de la jura; pero en esto, Señor, creo servir esencialmente á V. A.

—Ved ahí lo que no comprendo. Si mi esposa es incapaz de reinar;... si no ha de servir mas que para estorbar el buen gobierno y crear complicaciones, claro está que ese empeño recae en deservicio mio y del reino.

—Escusemos toda discusion sobre ese punto, si os place, repuso el almirante: permitidme hablar despacio con la Reina, y os prometo ser el primero que firme su clausura, si llego á convencerme de que flaquea su juicio.

El Archiduque titubeó un momento, y luego dijo:

—No me opongo: venid esta tarde, y hablareis con Juana todo el tiempo que querais.

Tal vez le parecia indudable que su esposa, encontrando una ocasion de esparcir su ánimo comprimido, prorumpia en quejas y lamentaciones, tanto mas semejantes á los estravíos de la locura, cuanto serian inspiradas por la vehemencia de los celos. Sin embargo, consultada con D. Juan Manuel la proposicion del almirante, se consideró necesario que éste fuese acompañado de otra persona, para evitar que pudiera concertarse con la Reina; y al efecto se nombró al conde de Benavente, como uno de los mas duros de convencer.

El almirante y el conde fueron introducidos aquella tarde en el aposentó que ocupaba doña Juana: era una sala oscura, en cuya puerta encontraron á Garci-Lasso, y donde podian obser-

var otras personas sin ser vistas: en el fondo de ella estaba la Reina, vestida de negro, con un chaperon en la cabeza, y acompañada del arzobispo de Toledo.

Al entrar el almirante, doña Juana se levantó y le hizo la cortesía correspondiente á su dignidad; pero se quedó en pié, acaso creyendo que aquel no llegaba mas que á saludarla: mas, reparando luego que entraba en conversacion, se sentó y le ofreció silla; le preguntó por su padre y por el estado en que dejaba los negocios del reino.

—Yo bien sé, dijo, que hay grandes elementos de perturbacion, y que muchos desean y aun procuran los disturbios: por esto me alegro de que se haya ido mi padre, aunque siento en el alma no haberle visto y no tenerle á mi lado para mi consuelo, y porque mucho pudiera remediar. Confío en Dios, sin embargo, y en la lealtad de mis buenos vasallos, que todo se arreglará en cuanto seamos exaltados al trono.

—A ese fin están ya reunidas las Córtes, repuso el almirante, aprovechando la ocasion para dar esta noticia á la Reina: se componen de muy buenos patricios, que no dudo ayudarán con sus luces y decision al logro de los benéficos deseos de V. A.

—Me alegro de saberlo, primo, replicó la Reina con viveza: ¿dónde se reunen las Córtes?

—En Valladolid, donde aguardan con ansia el momento de prestar á V. A., al Rey y al príncipe el juramento de fidelidad.

—Así debe ser: es necesario advertir que quiero ver los poderes que traen los procuradores de las ciudades: tengo mis motivos para desear examinarlos por mí misma.

Muchas horas duró esta conversacion, girando sobre diferentes asuntos políticos y privados, sin que en toda ella dejase la Reina de manifestar por un momento la mayor cordura, el mas fino tacto y la mas delicada prudencia para no aventurarse á soltar prendas que pudiesen parecer ofensivas á su marido ni á

ninguno de los amigos de éste en particular. Cuando salió el almirante, preguntó al conde de Benavente:

—¿Qué os ha parecido la loca?

—¡Pardiez! contestó el conde: tiene mas juicio que un canónigo. Pero no sé qué diablos fué aquello de la otra noche.

—¿Qué habia de ser? Celos: no hay nada que mas se parezca á la demencia.

Don Felipe aguardaba impaciente el resultado de la visita de D. Fadrique, y quiso ver á éste antes que se volviese á Valladolid.

—¿Os habeis convencido ya? le preguntó.

—Me confirmo mas en la opinion de que V. A. no debe ir solo á Valladolid, le respondió el almirante.

—No es ese el parecer de mi Consejo.

—Señor, yo os digo el mio con la franca lealtad que debo, y V. A. puede seguir el que considere mas acertado y conveniente. Tengo la firme conviccion de que las Córtes de Valladolid no os concederán nada, si no ven delante de vos á la Reina; y temo que el pueblo os niegue el acatamiento que os corresponde, si las apariencias le persuaden que su legítima soberana queda presa en este castillo.

—Pero, D. Fadrique, ¿siendo notoria la enfermedad de mi esposa.....

—Es notorio, Señor, que padece de celos, y no de otra cosa: el remedio para esta enfermedad no es el encierro ni el alejamiento de la persona amada. La Reina conserva sano su juicio.

—Vereis, si vamos á Valladolid, como mi mujer hará de las suyas, y entonces su desgracia vendrá á ser irrision de las gentes.

—No lo temo.

—Ni yo, dijo el conde de Benavente.

—¿Tambien vos, conde? repuso el Archiduque.

—¿Por qué no, Señor? Si la Reina tiene mas juicio que nosotros.

—No insisto: pero allá lo veremos. Podeis anunciar que mañana haremos nuestra entrada solemne en Valladolid.

—Los dos grandes se retiraron, y D. Felipe, habiendo quedado solo, se puso á pasear apretando los puños y respirando con agitacion. Luego llamó á sus consejeros y les comunicó lo que habia determinado hacer.

Al dia siguiente las calles y plazas de Valladolid presentaban el espectáculo de una animacion estraordinaria: el pueblo se reunia en grupos, ó divagaba inquieto, esperando el gran acontecimiento que acababa de ser anunciado por pregones: la Reina iba á llegar con su marido. Los ancianos recordaban á la juventud el tiempo en que la madre de aquella princesa, cuyo nombre no podian pronunciar sin emocion, fué desposada de secreto en la misma ciudad, y señalaban las casas de Juan de Vivero y otros edificios y sitios públicos, que guardaban indeleble la memoria de la gran Reina: el amor que á ésta se tenia, hasta despues de muerta, inspiraba sentimientos de cariño y veneracion hácia su hija.

El Ayuntamiento, el clero, la grandeza, todas cuantas personas representaban algo en Valladolid se disponian, con los procuradores á Córtes, para salir á recibir á los nuevos Reyes: por do quiera que se tendiese la vista no se descubria mas que magnificencia y aparato de fiestas; y sin embargo, pudiera compararse aquel magestuoso regocijo á un cumplimiento cortesano en dias de luto: la desgarrada brillantez de un sol de Julio no bastaba á disipar el ambiente de tristeza que parecia envolver á la ciudad.

Hácia medio dia creció la agitacion popular, retumbaron las salvas de artillería, oyéronse trompetas, y la comitiva que debia saludar á los Reyes cruzó la plaza de San Nicolás, encaminándose al puente Mayor sobre el Pisuerga: en aquel momento avan-

zaban en buen órden las compañías de mosqueteros alemanes y españoles, que venian á ocupar las dos alas de la carrera: los reyes de armas, revestidos con magníficas dalmáticas, deslumbrantes de oro, aparecieron en seguida abriendo la marcha de la comitiva régia, y en pos de ellos dos persevantes con dos guiones ó banderolas, como si fuesen dos diferentes reyes los que llegaban: despues seguian los grandes y señores de la corte con fuertes escoltas de hombres de armas, y luego D. Felipe y doña Juana, rodeados de sus servidumbres y escoltados por los archeros y guardias: el aparato era tal, que mas tenia semejanza de entrada triunfal que de otra cosa.

La Reina montaba un soberbio caballo blanco, engualdrapado de terciopelo negro: su vestido era del mismo color, y un denso velo, tambien negro, le caia sobre la espalda: venia disputando con su marido sobre un accesorio de la ceremonia.

—Ved, Señor, que estamos en presencia de todo un pueblo, decia; y que no consentiré que se dé por nosotros ese público testimonio de discordia: si yo soy la Reina, vos sois mi marido, y por consiguiente somos uno en dos cuerpos: una debe ser nuestra bandera. Mandadlo vos, ó tendré yo que mandarlo.

—Haced lo que querais, Juana, contestó D. Felipe: solo os advierto que todo el mundo nos mira.

—Mírenos en hora buena: yo no entraré así en Valladolid.

La comitiva de la ciudad apareció sobre el puente. Doña Juana no tuvo ya paciencia.

—Felipe, dijo, acabemos. ¡O vos, ó yo!

El Archiduque se encogió de hombros y miró á D. Juan Manuel.

—¡Seré yo, rey sin voluntad! esclamó doña Juana.

Y soltando las riendas á su caballo, se adelantó precipitadamente, y gritó:

—¡A ver! ¡Fuera uno de esos dos persevantes! ¡Abajo ese guion!

—Ella dirá quién es, murmuró D. Felipe.

—¡Abajo! ¡Abajo! repitió la Reina con impaciencia. ¡Rasgadlo!

Algunos de los nobles mas inmediatos se apresuraron á ejecutar esta órden, no sabiendo resistir á la energia con que fué dada. En seguida doña Juana refrenó el caballo y aguardó al Rey, señalando con la mano el pálio, que estaba preparado para recibirlos: cubrióse con el velo, y de este modo entró en Valladolid.

El numeroso gentío que se agolpaba á verla enmudeció, como cediendo á un sentimiento de afliccion: las fiestas que habia preparadas languidecieron, y pronto se difundió por la ciudad una imponente alarma, cuando se supo que la Reina y el Rey se habian aposentado en dos casas distintas.

De allí á pocos dias los próceres y procuradores mas influyentes en las Córtes celebraban una reunion estraordinaria en la casa del almirante.

—Señores, les dijo éste: mañana vais á decidir sobre los destinos de la patria y sobre la suerte de nuestra Reina: sois castellanos y no dudo que amareis á la hija de la grande Isabel: sois caballeros y confío en que sabreis amparar á una dama. No ignorais que sus enemigos y los flamencos desean excluirla del trono. ¿Por qué? Porque la temen: porque mandando ella, no podrán saquear nuestros pueblos: porque muchos de ellos tienen presente el azote de su madre y han olvidado sus beneficios. Nadie, sin embargo, ha sufrido, como yo, el rigor justiciero de la Reina Católica: los habitantes de Valladolid recuerdan todavia que yo, primo hermano de Fernando V, fuí llevado preso por medio de las calles de esta ciudad. Pues bien, señores, por lo mismo defiendo y defenderé á la hija de aquella heróica princesa: no es el parentesco lo que me mueve, sino la gratitud y la voz de mi conciencia: muéveme tambien el deber de acatar á don Felipe de Austria; porque, si doña Juana queda excluida del tro-

no por vosotros, no es él, sino D. Fernando quien tendrá derecho á mandarnos, durante la minoridad del príncipe D. Cárlos.

Este discurso fué favorablemente acogido por los próceres y procuradores, quienes juraron en manos del almirante no admitir á reinar á D. Felipe, sino juntamente con su esposa. El almirante les prestó pleito homenage de apoyar y sostener su determinacion contra cualquiera que intentára oponerse á ella.

Las Córtes juraron al otro dia reconocer y obedecer como reyes de España á doña Juana y D. Felipe, y como príncipe heredero á su hijo D. Cárlos, negándose á consentir la separacion y el encierro de la princesa; y antes de disolverse, otorgaron el servicio de cien millones por dos años, pedido bajo el pretesto de hacer guerra á los moros.

A pesar de esto, el Rey Archiduque no quedó contento de aquellas Córtes, ni menos de su primo el almirante, de quien dijo:

—¡Le juro que me pagará lo que me ha hecho!

CAPÍTULO IX.

La conjuracion.

UEVAMENTE requeridos los grandes por D. Juan Manuel, luego que se disolvieron las Córtes, hicieron confederacion entre sí para dar la corona esclusivamente á D. Felipe, quien les hizo saber que él no podia reinar con su mujer.

El acto de la coronacion debia verificarse en Búrgos: una mañana partieron los Reyes de Valladolid y fueron á parar en Tudela: D. Felipe comenzó allí á entregarse con esceso á la diversion de la caza. Doña Juana empezó á sentir que estaba embarazada.

El cardenal arzobizpo de Toledo, fiel á la promesa que hizo al rey D. Fernando, no se apartaba un momento del lado de la jóven Reina, y habia conseguido, á fuerza de constancia y dulzura, calmar en gran manera la irritabilidad de su ánimo: él era el único amigo con quien ella solia comunicar sus mas se-

cretos pesares, y con quien consultaba sus dudas y temores: el carácter franco y leal, el genio incorruptible de Cisneros inspiraba confianza para permitir esta intimidad: era, por otra parte, preciso concederla, pues hasta el Rey mismo habria temido indisponerse con el hombre mas respetable del reino.

Cisneros era el mejor político de su tiempo: sin seguir las máximas tortuosas de Maquiavelo, catecismo de los hombres de Estado de aquella época, procuraba obrar siempre con rectitud, dejando á otros la tarea de allanarle el camino, si para sus fines empleaban reprobados medios; y aguardaba tranquilo el momento de sobreponerse á las circunstancias y dominarlas. Por esto permanecia en la corte, donde su deber le llamaba; nadie pretendia disputarle su posicion al lado de la Reina, mucho menos sabiéndose que era incapaz de abusar de ella; y él por su parte dejaba correr el tiempo, sin estorbar las operaciones agenas. No ignoraba nada de lo que se hacía, y daba pruebas de estar bien informado, si por caso le pedian su parecer sobre algun negocio; pero se escusaba con sus años y su dignidad de tomar parte activa en la política, limitándose solo á recomendar la conciliacion, y evitando chocar de frente con las ambiciones encontradas. Aguardaba una hora, y esta hora no habia llegado.

Solos estaban el arzobispo y doña Juana un dia, que D. Felipe, andando á caza, resolvia en campo raso los negocios del gobierno y las cuestiones de Estado.

—¡Cuánto tarda hoy Felipe! dijo la Reina, mirando á una ventana que daba al campo. ¿Creeis, padre mio, que la diversion de la caza sea lo único que le entretiene de ese modo?

—No volvais á vuestros recelos, Señora, le contestó el arzobispo. Me habeis dado palabra de olvidar esas pequeñeces: yo bien conozco que no siempre somos dueños de mandar á nuestro corazon rebelde; pero en vencerlo consiste la grandeza de los ánimos generosos.

—Eso es dar la razon á mis sospechas.

—No, Señora: el Rey vá entrando en una edad en que los devaneos de la juventud ceden el paso á los delirios de la ambicion.

—¡Es decir, que nunca será mio!

—Al contrario, Señora: no espereis un amor vehemente; porque, si alguna vez existe en el hombre, es como fiebre accidental, que luego pasa. Pero con la edad vienen los desengaños; con la ambicion, los disgustos y los pesares: llega un momento en que el alma fatigada busca consuelo, y entonces un marido solo puede encontrarlo en la ternura de la esposa, que Dios le ha dado por compañera: solo allí encuentra el suave calor que restablece sus fuerzas abatidas; y si la mujer es prudente, si le ofrece la copa de la dicha, sin el dejo amargoso de la desconfianza, puede estar segura de ganarle para sí.

—¡Oh! ¡Cuánto me consuelan vuestras palabras, padre mio!... Pero, ¿qué hace ahora Felipe?

—¿Quereis saberlo?.... No os inquieteis. Está haciendo enemigos.

—¡Le matarán!.... Una anciana le ha predicho que vivirá poco tiempo.

—¿Quién es capaz de contar los dias que Dios concede al hombre en la tierra? Desechad esa idea. Los enemigos que ahora forma vuestro marido son los que habrán de desengañarle y volverle á vuestros brazos: son los que arrebatan las mercedes de sus manos, y los que, encanecidos en la lealtad, van á quedar despojados del premio de sus servicios.

—¿Y vos consentís eso?

—No es prudente pararse delante del caballo desbocado: vale mas dejarlo correr hasta que se rinda.

—¡Oh! ¡Don Juan Manuel no se rendirá nunca! replicó la Reina.

—Pero se estrellará, porque le pondré yo una piedra en mitad de su carrera.

—¿Y Felipe? ¿No ha intentado quitarme la corona? Será posible que no la quiera para dársela á otra.

—No culpeis á vuestro esposo de las faltas de sus favoritos: ellos quieren que reine solo, porque así esperan medrar: él les atiende, porque halagan su ambicion, y porque le irritan vuestras quejas. Pero vivid tranquila, pues no es posible que consigan su intento.

—¿Qué me importaria dejarle reinar solo? ¡Con tal que me amase!.... ¡Si yo supiera con qué fin separó de mi lado aquella jóven!....

—¿Qué jóven? ¿Leonor de Silva?

Doña Juana hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Si supierais con cuánta sinrazon habeis pensado mal de ella?

—¿Sabeis dónde está?

—No lo sé; pero me consta que la separaron de vos en castigo de la fidelidad con que os servia. Esto se dijo en público Consejo, aunque sin nombrarla; y sospecho que han de tenerla presa en algun castillo.

La Reina meneó la cabeza en señal de incredulidad.

En aquel momento sonó ruido de trompetas, que anunciaban la llegada del Rey,

Don Felipe, luego que se apeó de su caballo, despidió á los señores que le habian acompañado y se retiró á su aposento, donde quedó solo con D. Juan Manuel.

—¿Está todo arreglado? le preguntó.

—No falta mas que estender las órdenes y que V. A. las firme, contestó el ministro.

—Pero, ¿saldremos adelante?....

—Así lo espero, puesto que, al repartir las gracias que deseaban los nobles confederados, quedan las ciudades y fortale-

zas en poder de hombres decididos á sostenerlos, y se disminuye la fuerza á vuestros contrarios. Es muy importante que los castillos de Segovia y Búrgos estén bajo mi mano.

—¿Y ella?....

—Mientras V. A. vá á Búrgos, se la puede distraer, llevándola á Simancas á ver á su hijo. El alcaide nombrado para aquella fortaleza es todo mio, y la detendrá el tiempo necesario.

—¡Ea! Pues dicta las órdenes, y tráelas á firmar.

Dicho esto, el Rey se fué á ver á su esposa, y D. Juan Manuel á su despacho, donde ya le aguardaban Veré, Vila, el caballerizo mayor de D. Felipe y otros flamencos.

—Vamos á ver, señores, si nos arreglamos, les dijo. Que no seais vosotros mayor obstáculo á los deseos de S. A. que los mismos españoles. El Rey espera ya las órdenes, de modo que no podemos perder el tiempo.

—Ya os he dicho lo que quiero, contestó Veré: necesito para mí el corregimiento de Toledo.

—No seais terco, Veré. Mejor que eso es vuestro destino en el Consejo Real: aquí llueven las pretensiones y sois árbitro de los oficios que se han de dar: allí tendreis solamente quebraderos de cabeza y rebeliones.

—No; pues en eso no cedo.

—Es imposible dároslo, porque lo tiene ya D. Fernando de Andrade: os indemnizaré de mi hacienda: tomad el castillo de Atienza, que acaba de darme el Rey.

—¿Por qué no el de Simancas?

—Porque S. A. ha dispuesto de él, y lo entrega al señor de Laxaols.

—Veamos la distribucion que se hace de los demás, dijo el señor de Vila. Ya sabeis que D. Juan de Sotomayor me ha pedido la tenencia de Molina.

—Se le dará, repuso D. Juan Manuel: es buen bocado. No le gustará mucho soltarlo al conde de Cifuentes.-En cuanto á lo

demás, queda nombrado asistente de Sevilla D. Rodrigo Manrique: esto es cosa del duque de Nájera. El mismo duque vá de capitan general á la frontera de Navarra, de donde se quita á D. Juan de Ribera. El marqués de Villena recobrà á Trujillo, Almansa y la villa de su título. Al conde de Benavente se le dá su feria franca de Villalon, allá se las entienda con los vecinos de Medina del Campo, que no quedarán muy contentos. Vos, señor caballerizo mayor, tendreis á Ponferrada, y os pueden dar por ella muy buenos maravedís.

El gran tesorero siguió enumerando multitud de empleos que se daban y se quitaban. Asemejábase aquello á un consejo de ministros al dia siguiente de un pronunciamiento moderno: ni el país, ni la corona ganaba gran cosa en el cambio de los destinos: pero los defensores del Rey quedaban satisfechos. A los flamencos del Consejo se les dejaba carta blanca para vender ó negociar los empleos públicos y cargos de justicia, lo cual prueba que esta parte de la industria española estaba ya muy adelantada en el siglo XVI. La administracion y el tesoro podian muy bien sufrir enormes perjuicios por esta causa; pero de algun modo se habia de pagar á los fieles servidores del trono.

Don Juan Manuel sacaba, como era natural, la mejor astilla: tomaba para sí el alcázar de Segovia y las fortalezas de Búrgos, Palencia y Jaen, sin lo que ya tenia, y sin las rentas y ventas que se reservó por medio de hábiles manejos: luego que hubo contentado á sus amigos, se rodeó de secretarios y les dictó las minutas de multitud de órdenes, que presentó al Rey cuando estuvieron concluidas.

Don Felipe se asustó al ver aquel monte de papeles.

—¡Qué demonios me traes ahí, D. Juan! esclamó. ¿Y he de firmar todo eso?

—Paciencia, Señor, respondió el ministro: estas son cargas de la corona.

—¡Mucho pesan! Es menester inventar algo, para que yo no tenga que escribir tanto.

El Rey se puso á firmar, y siguió hablando con su gran tesorero.

—¿Sabes, le dijo, que ya tengo medio convencida á Juana?

—¿Irá á Simancas?

—Sí: le he dicho que convendrá que esté allí con nuestro hijo Fernando, mientras yo voy á negociar un tratado de paz con el rey de Navarra. ¿Entiendes?

—Pronto lo firmareis, repuso D. Juan Manuel.

—¿Sí? ¿Has dado algun paso?

—No era posible que yo echára en olvido una cosa tan importante: por eso dá V. A. la capitanía general de aquella frontera al duque de Nájera, y si es menester, soltaremos al duque Valentin, para que apoye al navarro contra Francia y Aragon.

—Bien, D. Juan: has hecho bien, contestó D. Felipe, firmando aprisa, sin mirar lo que hacía.–Díme, ¿se crian rábanos en Navarra?

—Como en Nápoles, Señor.

—¡Pobre Germana! La vamos á desheredar.

Al cabo de un rato, D. Felipe, cansado de firmar, tiró la pluma y dijo:

—Ahora que me acuerdo: ¿no tendremos en Búrgos con el condestable otra como la de su primo el almirante? Diz que es el gallo de aquella ciudad: y luego, su mujer no habrá olvidado que la espulsamos de Bruselas.

—Teneis razon, contestó el ministro: pero concederemos al condestable el honor de acompañar á vuestra esposa, juntamente con el arzobispo, que es tambien de los duros de pelar: algo hemos de hacer por el buen conde de Haro, que anda en vuestra corte como un pájaro sin nido.

Pocos dias despues D. Felipe habia marchado de Tudela, dejando á la Reina encargada al condestable y al arzobispo, quienes tenian el cometido de acompañarla á Simancas. La Reina

dispuso su partida sin decir á nadie á dónde iba: mil hombres que habia dejado el Rey en su guarda, se pusieron en movimiento para escoltarla.

Luego que salió doña Juana de la poblacion, se detuvo en un punto donde bifurcaba el camino, y preguntó indistintamente á los dos magnates que la acompañaban:

—¿Cuál de estos dos caminos es el de Simancas?

El condestable señaló al de la derecha y respondió:

—Ese es el de Búrgos.

La Reina tomó este último y todos se vieron obligados á seguirla.

* * *

Eran los postreros dias del mes de Agosto: acababa de anochecer, y de cuando en cuando pasaban por las oscuras calles de Búrgos algunos embozados, ya solos, ya de dos en dos, encaminándose hácia la antigua iglesia de Santa Gadea: las puertas de aquel templo, célebre por sus gloriosos recuerdos históricos, estaban cerradas; y solamente habia un postigo entreabierto, detrás del cual velaban dos hombres en trage de penitentes. Cada vez que llegaba un embozado, estos centinelas abrian paso y decian:

—¡Todo por Dios!

Y los embozados contestaban:

—Por la patria y por la Reina.

Veinte personas habia ya dentro de la iglesia, y oraban en silencio, apartadas unas de otras: seis mas entraron, divididas en dos grupos de tres cada uno, y todas ellas se encaminaron á la sacristía, donde estaba preparada una mesa con tapete negro, luces, un crucifijo, y delante de él, abierto un misal por la página de los Evangelios.

Las tres últimas personas que llegaron eran dos caballeros de edad provecta y una dama de arrogante apostura, cuyas facciones no se podian distinguir por estar cubiertas con un velo.

El mas alto y moreno de los dos caballeros, hombre de semblante rudo y enormes bigotes, hizo seña para que se acercasen á los otros tres personages, que habian llegado antes y que estaban en un estremo de la sacristía en actitud respetuosa: y dirigiéndose al mas jóven, que apenas contaria veintitres años, le dijo:

—Supongo que conoceis al señor almirante de Castilla.

El jóven se inclinó saludando al otro caballero.

—Esta dama, continuó el bigotudo, es la ilustre señora doña Juana de Aragon, condesa de Haro. Dadnos cuenta de vuestro cometido, señor de Almazan.

—Fuí á Tudela de Duero; segun me mandó vuestra señoría, contestó el jóven: logré ver al señor condestable, quien me introdujo ante la Reina, bajo el hábito de page del señor arzobispo de Toledo. Hablé á S. A. y le manifesté el designio que tenia su marido de hacerse coronar en Búrgos por los nobles, contraviniendo á la voluntad del reino, espresada en las Córtes de Toro y Valladolid: le representé los graves males que deberian seguirse, si esta determinacion se llevase á cabo; que los pueblos en general están descontentos por el servicio de los cien millones, otorgado en un año de penuria como el actual; que sería fácil escitarlos á la rebelion contra el Rey, pues además les tiene irritados el descaro con que se venden los oficios por manos de flamencos; que vuestra señoría, con sus Estados de Alba, y otros grandes con los suyos acudirian á las armas para sostener el derecho de S. A. y los fueros de la nacion: en una palabra, le hice conocer que sus reinos están en peligro de perderse, si no les ampara con un acto de su soberanía. La Reina me escuchó atentamente, y me preguntó cuándo era el dia designado para la coronacion: le manifesté que el 28 de Agosto. Entonces me mandó aguardar, y habiéndose retirado, volvió á poco y me entregó esta carta para la señora condesa de Haro.

Diciendo así, el jóven presentó un pliego á la dama tapada;

quien lo abrió apresuradamente, y enterada de su contenido, lo consultó en secreto con el duque de Alba y el almirante.

—Capitan Mendez, dijo luego el duque á uno de los compañeros del jóven, acercaos: ¿qué nos traeis de Andalucía?

—Señor, contestó el capitan, buenas noticias; los parientes y amigos de mi general, el conde de Cabra, el marqués de Priego y demás señores de la casa de Córdoba, se coligan con el duque de Medinasidonia para sostener los derechos de nuestra Reina. Estas cartas, añadió presentando varias, os dirán mejor que yo las nobles disposiciones de aquellos grandes. Por acá, mi hermano Juan Lainez tiene ya concertada la gente desde Madrigal hasta Medina del Campo, y á una señal se alzarán todos y caerán sobre el Estado de Benavente.

—Y vos, ¿qué habeis hecho de bueno? preguntó el duque al otro compañero de Almazan.

—Con el favor de Dios y con ayuda de mi ingenio, respondió el interrogado, he metido en tierra de Búrgos dos mil montañeses navarros de los adictos al condestable Peralta, que me seguirán al fin del mundo: el capitan general de la frontera, que acaba de ser destituido, ha facilitado la entrada á mi gente, y él mismo, con sus hijos, debe de estar ya en Búrgos: en esta ciudad y en algunas otras cuento con los hermanos mayores de las cofradías de artesanos: el capitan de la guardia flamenca, que entrará mañana de servicio en Palacio, no espera mas que unos cuantos odres de vino para obsequiar á su gente: la guardia española cumplirá con su deber. Yo haré lo que pueda.

—¿Quién es este hombre? preguntó en voz baja el almirante al duque.

—No puedo revelar su nombre: es un enemigo personal de D. Juan Manuel.

Dichas estas palabras, el duque de Alba mandó á los tres amigos retirarse á un ángulo de la sacristía, y tocó una campanilla: todos los conjurados que habia en la iglesia entraron,

mientras él, la condesa y el almirante tomaban asiento junto á la mesa.

—Señores, caballeros, hidalgos, hombres buenos, dijo el noble guerrero: mañana es el dia señalado por los enemigos de Castilla para consumar la usurpacion mas inaudita: vosotros habeis prometido estar con nosotros para sostener los derechos de nuestra jóven Reina, y libertar á la patria del yugo estranjero, que ya comienza á oprimirla; os hemos reunido en este templo, donde el espejo de caballeros, el leal Cid Ruy Diaz, prefirió arrostrar las iras de un monarca poderoso, á consentir que el trono castellano fuese manchado con una sospecha de traicion, para que su heróico ejemplo sirva de estímulo á vuestra lealtad. Acercaos, compañeros, y jurad delante de Dios y sobre sus santos Evangelios, antes morir que consentir la usurpacion y la tiranía.

Dicho esto, el duque juró en manos del almirante, y en seguida tomó á éste y á todos los demás el juramento de morir por la Reina y por la independencia de la patria.

Terminado este solemne acto, el duque dió cuenta á los conjurados de la confederacion de los grandes andaluces, de la aproximacion de los dos mil montañeses y de los demás auxilios enumerados por el capitan Mendez y Pedro de Azagra.

—Y no es esto solo, amigos mios, continuó diciendo: muchos mas son los castellanos leales que aguardan, con la mecha en la mano, la señal del combate: mi noble amigo el conde de Cifuentes y su digno rival el de Fuensalida levantarán á Toledo y á Madrid; oyéndome están el denodado caudillo D. Juan de Ribera y sus valientes hijos, que con D. Luis Portocarrero, conmoverán la Estremadura; el marqués de Dénia nos responderá desde Murcia y parte del reino de Valencia; Valladolid seguirá la voz de mi ilustre compañero, el almirante; y en fin, por si los hombres faltasen, ved aquí:-añadió señalando á la condesa de Haro,-hasta las damas ciñen el duro arnés de los caballeros, para enseñarnos el camino del heroismo.

—¡Sí, señores! dijo la condesa levantándose y arrojando el velo, que cubria su hermosura y una brillante coraza de que

iba armada.-¡Juana de Aragon toma las armas para defender á Juana de Castilla!

Un fuerte rumor de entusiasmo interrumpió á la ilustre bastarda.

—Con vosotros estaré en los momentos del peligro, continuó diciendo: y tengo á gloria no ser sola en esta empresa: la noble marquesa de Moya, doña Beatriz de Bobadilla, la amiga y compañera de la reina Isabel, hará en Segovia lo que yo en Búrgos. No es mucho que nos alcemos las mujeres: cuando amagan imperar la injusticia y la tiranía, de las piedras brotan héroes en esta tierra de leales. Castellanos: ¡Viva la Reina!

Estas palabras fueron acogidas con una aclamacion general.

Luego que se restableció el silencio, dijo el almirante:

—Mañana estará la Reina con nosotros: ved aquí una carta suya, en que nos lo participa.-Y mostró la que habia traido Almazan.-No sabemos aun cómo será su entrada en Búrgos: permaneced tranquilos hasta que se os avise. La campana mayor de Santa Gadea dará la señal en caso de alarma.

El duque y el almirante se ocuparon luego en organizar por distritos á los gefes del movimiento que debia estallar al dia siguiente, y habiendo despedido á los demás conjurados, se retiraron á la morada de la condesa, que á la sazon no residia en su propio palacio, por haberlo elegido el Archiduque para sí. Pedro de Azagra, Enrique de Almazan y el capitan Mendez les acompañaron, y se fueron luego á dormir á una posada.

El proscrito estaba meditabundo y triste.

—Almazan, dijo á su jóven amigo: ¿qué sucederá mañana?

—Triunfaremos, contestó el jóven.

—Y Leonor, ¿dónde está? ¿Y mi pobre Margarita que aun no ha vuelto de Roma? Tengo pena por ellas.

—No hay que desanimarse, compañeros, dijo el capitan Mendez: de los tres, por mal que las cosas vengan, alguno quedará para contarlas.

—Yo espero que todos saldremos bien, repuso Almazan.

Pedro de Azagra no dijo mas palabra, y se acostó vestido: durante la noche se levantó varias veces, poniéndose á pasear inquieto, mientras sus compañeros dormian.

CAPÍTULO X.

La coronacion.

Oid!.... ¡oid!.... ¡oid!.... El muy «alto y muy poderoso señor don «Felipe, rey de Castilla, de «Leon, de Granada, de Jerusa- «lem; príncipe de Aragon y de «las Dos Sicilias, Archiduque de Austria, du- «que de Borgoña y de Brabante, conde de «Flandes, etcétera: y en su Real nombre, el «muy ilustre señor D. Rodrigo Manrique, du- «que de Nájera, conde de Treviño, de su Con- «sejo, capitan general de los Reales ejércitos, «á todos los habitantes de esta muy leal ciu- «dad de Búrgos, ordena y manda:-Que nadie «se junte en grupos de tres ó mas personas, ni «se pare en las calles, ni perturbe de ningun «modo el órden, so pena de incurrir en la nota de revoltoso y «enemigo de la paz pública. Quien saliere á la calle con armas, «no siendo noble ó hidalgo que pueda llevar espada, será cas- «tigado con azotes; y si fuere hidalgo y se ayuntare con peche-

«ros, será juzgado como tal pechero; y quien llevando armas, «diere voces, padecerá la pena de azotes y galeras; y el que hie- «ra ó amenace herir, ó trajere arcabuz ó espingarda y con ellos «diere sustos á las personas pacíficas y leales, será tenido por «traidor, y por ende ahorcado.»

Así decia, gritando en las plazas y parages mas públicos, un pregonero, á quien acompañaban un alcalde de corte, varios alguaciles y un piquete de soldados á caballo.

Los burgaleses pacíficos, que oian este pregon, se miraban unos á otros, y se preguntaban en voz baja cuál podia ser la causa de tan rigurosas disposiciones: todos se encogian de hombros y se apresuraban á dispersarse, para no incurrir en las severas penas que señalaba el bando: algunos otros se sonreian desdeñosamente, y tambien se iban á sus quehaceres.

Entretanto, en el palacio del condestable, residencia elegida por el rey D. Felipe, habia un estraordinario movimiento: los grandes de Castilla y los señores alemanes, que componian la corte, llenaban las antesalas, vestidos con deslumbradora magnificencia, y adornados con las insignias del Toison y de otras órdenes estranjeras: delante de la cortina que cubria la puerta de la sala principal habia dos archeros armados, descansando sobre sus alabardas, como estátuas de hierro, y dos reyes de armas con sus mazas al hombro. Las avenidas del palacio estaban guardadas por cuatro compañías de flamencos y españoles á pié y á caballo. Todo anunciaba una gran solemnidad y el temor de un conflicto.

Los nobles conversaban entre sí repartidos en grupos.

—No apruebo esos alardes de poder que hace el duque de Nájera, decia el del Infantado, hablando con algunos señores de su casa: la ciudad está tranquila, y eso no sirve mas que para alarmar á la gente.

—Bueno es prevenirse, contestó su sobrino, el marqués de

Penete. Hay quien dice que acaba de llegar á Búrgos el almirante, y que los gremios disponen una tentativa de motin.

Un rumor, que se levantó en las galerías esteriores, llamó la atencion del duque y de sus parientes. El almirante se presentó en las antesalas, seguido de una escolta de caballeros. El marqués de Villena, Veré, Vila y otros elevados personajes se adelantaron á saludarle.

—Señores, les dijo el almirante con tono irónico: no sé si me espongo á incurrir en la pena de traidor viniendo hasta Palacio con gente armada: espero que no se verá en esto mas que una costumbre de mi casa.

—¡Oh! contestó el de Villena. El almirante de Castilla bien puede traer consigo la escolta de honor que le corresponde. Mas en esta ocasion.....

—Claro está que no podia yo faltar con los mios á rendir el homenage debido al Rey, nuestro señor. ¿No es esto lo que ibais á decir, señor duque de Escalona?

—Ciertamente, repuso el de Villena: eso queria decir; que no podia faltar el almirante de Castilla para presentar al Rey el cetro.

—Pero no veo al condestable para ofrecerle el estoque, repuso el almirante, ni al Primado de España para bendecir la corona. ¿Cómo es, señores, que os habeis descuidado en cosas tan esenciales?

—No os inquieteis, señor D. Fadrique: hay aquí grandes tan grandes como el condestable, y prelados no menos dignos que el arzobispo de Toledo.

Los cortesanos andaban desasosegados durante esta conversacion: no podian desconocer que la llegada del almirante, en aquellos momentos, amenazaba complicar la situacion por ellos preparada, y temian que se les desconcertasen sus planes. Veré hizo una seña al marqués de Villena, y ambos se retirarón,

mientras D. Fadrique seguia departiendo con otros altos personajes.

Pasado algun tiempo, un ugier anunció al Rey. Todos hicieron plaza, y D. Felipe se presentó acompañado de D. Juan Manuel y el obispo de Badajoz, vestido con magnificencia y trayendo las insignias del Toison y de la Jarretera. El marqués de Villena y Veré se adelantaron para levantar la cortina, y el jóven monarca entró en la gran sala, seguido de los cortesanos.

Todo estaba ya preparado para la coronacion; en el fondo de la sala se habia levantado una estrada y sobre ella un sólio, que cobijaba al trono que solian ocupar los antiguos reyes de Castilla y Leon: delante habia una mesa y en ella una bandeja de oro con las insignias de la dignidad Real.

Mientras D. Felipe se acercaba al trono y los grandes ocupaban sus respectivos puestos á uno y otro lado, el almirante pasó junto al capitan de la guardia española, que estaba colocando sus soldados en lugar conveniente, y le dijo al oido:

—¿Nos ayudareis?

—Si viene la Reina, le contestó el capitan.

El almirante fué á colocarse cerca del Rey, confundiéndose entre los demás grandes.

—Inútil es repetiros, señores, dijo D. Felipe, lo que ya sabeis: que ha sido en vano cuanto se ha hecho para reducir á la razon á mi muy amada esposa, y para darla un título, de que no puede hacer uso, sino en su propio daño y en descrédito del trono. Cuando debiamos venir á terminar con una solemne ceremonia la toma de posesion de estos reinos, ha preferido irse á Simancas, donde apetece pasar tranquila el resto de sus dias. No estrañaré que mañana piense otra cosa; pero en vuestras manos está evitar los futuros conflictos, asegurando en mi persona la autoridad que necesito, y no dudo que me reconocereis como único Señor y soberano de esta monarquía.

—Solo con este fin nos hallamos aquí reunidos, Señor, dijo

el duque de Nájera: nosotros, mejor que nadie, conocemos la incapacidad de vuestra esposa, y estamos prontos á prestaros el homenaje que os digneis imponernos, y á sosteneros en el trono que legítimamente os corresponde. Ved aquí el estoque, símbolo de la justicia que os toca administrar, y que os presento en nombre de vuestros pueblos.

Diciendo así, el duque dobló una rodilla y ofreció el estoque al Rey.

—¡Esperad! esclamó el almirante adelantándose. Veo que faltan algunas formalidades en este acto.

—¡Ah! ¿Vos aquí, almirante? dijo D. Felipe, aparentando sorpresa.

—Siempre me hallareis, Señor, contestó el indomable magnate, donde se conspire contra el bien de V. A. y de estos reinos.

—¡Qué está diciendo! murmuraron muchos nobles á un tiempo.

—Este acto, continuó el almirante, no puede ser mirado sino como una contravencion á la voluntad de la nacion, espresada en Córtes: para que no lo sea, es menester que lo presencíe la Reina, y á mí me consta que S. A. quiere asistir á él.

—¡Desmiente al Rey! esclamó D. Juan Manuel.

—¡Qué desacato! profirió el marqués de Villena.

—Doña Juana no quiere ni puede recibir la corona, dijo el duque de Nájera.

—¡Calma, señores, calma! repuso el almirante, disimulando la impaciencia que interiormente le agitaba. La Reina, con su buen juicio, conoce que es aquí necesaria su presencia, y no tardará en acceder á los deseos de su augusto esposo.

—Almirante, dijo D. Felipe sin ocultar su despecho. Las Córtes que invocais me han jurado fidelidad como á rey de Castilla: vos teneis obligacion de obedecerme, y cometeis un desa-

cato punible viniendo aquí á perturbar el cumplimiento de mis disposiciones.

—Señor, obedeceros es mi voluntad: aconsejaros, mi deber.

Uno de los caballeros del séquito del almirante se habia colocado junto á una ventana, y de vez en cuando miraba hácia la calle con intencion: en estos momentos hizo una seña con los ojos á su señor, que le respondió con otra: el caballero levantó la mano en que tenia un pañuelo rojo.

—Sé muy bien que arrostro el desagrado de V. A., continuó diciendo el almirante: pero, Señor, aun no se sabe fuera de Búrgos, ni quizás fuera de este palacio, lo que vais á hacer, inducido por consejeros interesados, y ya media España está conmovida: en Andalucía se coligan para sostener á la Reina el duque de Medinasidonia, los condes de Ureña y de Cabra, y el marqués de Priego; en Toledo, en Murcia, en Estremadura, donde quiera que alientan pechos leales, zumba una voz de reprobacion, que os perjudica. No deis lugar, Señor, á que se levante sonora, y á que la sangre española corra vertida por vuestra causa.

—¡Me amenaza! ¡Vive Dios! murmuró el Archiduque. ¡Almirante! esclamó en seguida: muy informado me pareceis de las tramas de los rebeldes. Pero yo os enseñaré cómo los contiene el rey de Castilla. ¡A ver!....

La campana de Santa Gadea sonó en este momento, y un rumor que parecia haber estado comprimido y que solo aguardaba el impulso para estallar, subió de las calles hasta la régia morada. El Rey se paró á escuchar.

—¡Traicion!.... ¡Traicion!.... gritaron los cortesanos.

—¡Lealtad! esclamó la Reina, presentándose de repente en una puerta lateral de la sala, acompañada de la condesa de Haro y de su marido el condestable, y de otras varias personas. El almirante y sus caballeros acudieron á ponerse al lado de

ella: todos los demás que habia en la sala se quedaron sorprendidos y mudos.

La Reina, vestida con deslumbradora magnificencia, cruzó la estancia con paso mesurado y ademan arrogante, y llegando hasta la mesa, tomó la corona y dijo:

—¡Esto es mio!.... ¿No lo sabiais?

Don Felipe, aturdido y confuso, bajó la cabeza sin saber qué contestar. La Reina se puso la corona y, dando un paso mas, subió al trono y se sentó en él, diciendo:

—¡Tambien esto es mio! Gracias á Dios, lo heredaron y conquistaron mis padres, y no necesito que me lo den.

Y dirigiéndose á D. Felipe en particular, añadió:

—Venid, mi querido esposo, y sentaos aquí conmigo. El trono de Castilla es bastante ancho para que quepamos los dos en él.

—¡Oh! ¡Qué humillacion!.... murmuró el Rey.

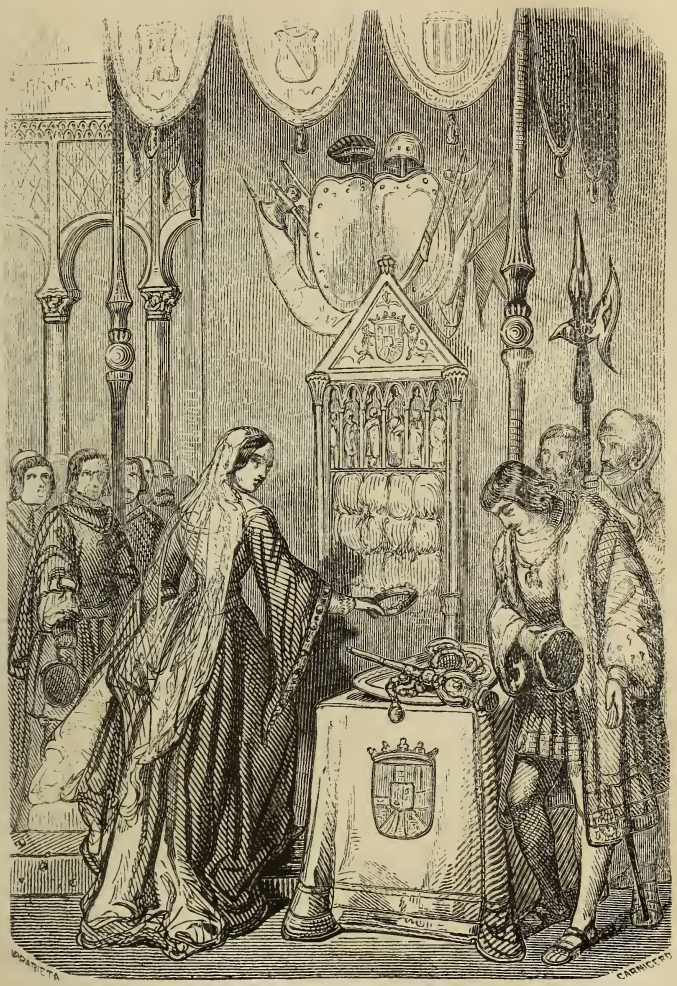
—Ved esta corona, prosiguió doña Juana: pesa mucho. Podremos llevarla entre los dos.

—¡Ah! ¡Cómo ha venido aquí esta mujer! esclamó D. Felipe, mirando alrededor, cual si buscára quién le aliviase del peso de su vergüenza.

—Sosiégate, querido esposo mio, dijo la Reina bajando del trono y acercándose al Archiduque. Como nuevo en esta tierra, no sabes todavia que la lealtad castellana es grande y apenas tiene cabida en el estrecho recinto de estos muros: ella me ha traido hasta aquí; ella me ha abierto las puertas de la ciudad y de este palacio, que la perfidia lisonjera, no tú, me habia hecho cerrar. ¿No oyes ese tumulto que brama debajo de nuestros balcones? No le temas: lo forman mis amigos, mis hijos, y ellos te respetan, porque yo soy su madre. ¿No sabías que los reyes de España son padres de sus pueblos?

—¡Viva la Reina! ¡Mueran los flamencos! gritaba el pueblo.

—Señora, ¡esto es inaudito! prorumpió diciendo el Rey. ¡Con-



¡Eso es mio!

que vos rebelais mis súbditos contra mí!.... ¡Quereis empeñar una lucha á muerte conmigo! Pues bien, lucharemos. ¡A ver! ¡Guardias! esclamó dirigiéndose á los soldados: ¡Dispersad esas turbas!

Los guardias no se movieron: el capitan miró á la Reina.

—¿Qué es esto? ¿No me obedecen?

—No les hagas caso, replicó doña Juana. Están todos locos y no te entienden. ¿No ves que son súbditos mios?

El duque de Nájera y D. Juan Manuel salieron de la estancia: el primero á ponerse al frente de sus hombres de armas, y el segundo á cerciorarse del estado de seguridad en que se hallaba el palacio. El duque bajó hasta la puerta de la calle, y encontró á la guardia flamenca encerrada por los amotinados, y á casi todos sus individuos aletargados por la embriaguez. El aspecto imponente de las turbas le obligó á retroceder.

Don Juan Manuel divagó por los corredores, asomándose á las ventanas; y ya pensaba regresar, para decir al Rey que transigiese, cuando se sintió asido de un brazo y empujado con fuerza vigorosa dentro de una habitacion. Al volverse, apenas recobrado de su sorpresa, se encontró frente á frente con Pedro de Azagra.

—¡Miserable! esclamó: ¿qué pretendes de mí?

—¡Silencio! respondió el proscrito con fria calma: no intento asesinarte, noble descendiente del rey San Fernando, ilustre caballero del Toison de Oro, señor de muchas villas por la gracia de doña Isabel, gran tesorero y presidente del Consejo de don Felipe de Austria. No, los miserables como yo, no asesinan á los grandes criminales como tú; aunque hay una justicia, superior á la justicia humana, que les autoriza para ello. Vengo á matarte, sí; pero no á traicion, sino concediéndote por una vez los honores de caballero. Espada llevas al cinto: sácala y crúzala con esta mia, para que adquiera la honra que le falta.

—¡Yo pelear contigo! repuso D. Juan Manuel afectando desden.

—Pelearás conmigo, porque yo lo quiero: porque hace mucho tiempo que deseo esta ocasion, para librar á España de un mal caballero y de un tirano.

—Para hombres como tú tengo yo á mi servicio la horca y las hogueras: entiéndolo así, Pedro de Azagra: y no esperes que mi espada se manche con tu sangre.

—Ni tú esperes, repuso el proscrito, evadirte de la muerte, ocultando tu cobardía con una sombra de orgullo, que eres incapaz de sentir. Si no quieres pelear, te mataré: vengaré los infames ultrages que has hecho á la Reina, y á la Nacion, y á mi propia hija: porque matándote, espero salvarla del cautiverio en que la tienes.

Un pensamiento luminoso acudió á la mente del astuto ministro, que al oir estas palabras, replicó:

—¡Ah! ¡y cuánto te equivocas, si piensas salvar á tu hija de esa manera! Sabe que, previendo este caso, he dispuesto que den muerte, si alguien atenta contra mi vida. Mátame, no me opongo: el Rey me vengará.

—¡El Rey!.... Escucha ese clamor del pueblo, que, aclamando á la Reina, pide tu cabeza. No temo por mi hija, porque sé ya dónde la tienes; y al morir tú, como traidor; al ser entregado tu cadáver á la execracion de las turbas, perderá tu familia los castillos que has robado á la patria.

Pedro de Azagra se contenia, porque deseaba arrancar á don Juan Manuel el secreto del paradero de Leonor.

—¡Ah! ¿Conque sabes ya dónde la tengo? interrogó el ministro.

—Sí, replicó el proscrito: ¿no recuerdas que he sido mucho tiempo el gefe de tu policía?

—Ya sé que para tí no puede haber nada oculto, dijo el ministro con acento de profunda conviccion.

Y calculando que podia evadirse del peligro inminente, y apoderarse de su enemigo con astucia, añadió:

—Pedro: nunca he querido hacerte daño deliberadamente: transijamos. Si me prometes salir de Castilla y no volver jamás á donde yo esté, salvándome así del compromiso de perderte, recobrarás á tu hija. Toma, continuó, quitándose un joyel de su gorra.–Con esto que presentes á mi esposa, te será entregada Leonor.

—¡Ah! esclamó el proscrito, pensando:–Está en Belmonte: no quiero saber mas.

Y sacando la espada, prorumpió diciendo:

—¡En guardia! ¡En guardia, serpiente palaciega! ¡No necesito tu joyel: tu vida es lo que me hace falta, para desagraviar á la patria y á la humanidad!.... ¡En guardia, ó mueres!

Don Juan Manuel, viéndose acosado, desenvainó su espada para defenderse: pero vacilaba lleno de terror.

—¿Qué mas deseas? dijo con precipitacion: te ofrezco la paz y la libertad..... te ofrezco tu hija, ¿y aun no estás contento?

—¡Cobarde! repuso el proscrito: yo te infundiré rábia, ya que te falta valor!.... Pelea conmigo, miserable; porque tienes en mí al matador de tu sobrino.

—¡Ira de Dios! esclamó D. Juan Manuel. ¿Tú eres?.. ¡Tú!... ¡Sí, quiero pelear!.... ¡Quiero arrancarte el corazon!

Las espadas se cruzaron en el acto con espantosa furia, y Pedro de Azagra conoció que, si bien tenia de su parte las ventajas del valor y de la serenidad, luchaba sin embargo, con un adversario tan diestro como él y mas sagaz: las estocadas menudeaban como el granizo; pero los quites rápidos mantenian constantemente los aceros enroscados como serpientes. Dos gritos de salvage triunfo resonaron casi á un tiempo: los dos enemigos estaban heridos. La lucha continuó igual, amenazadora, terrible.

La vocería del pueblo se oyó en este momento mas briosa, clamando:

—¡Viva la Reina!.... ¡Viva el Rey!....

Este doble grito alentó los bríos de los dos adversarios: don Juan Manuel recibió una estocada, que le penetró en el pecho.

Entre tanto las aclamaciones del pueblo se repetian dentro del palacio, pudiendo ser interpretadas como una coalicion de los dos partidos, ó como la señal de su choque: lo primero podia ser favorable al gran tesorero; lo segundo era mas verosímil, y habria facilitado el triunfo del proscrito.

Hé aquí lo que habia pasado: satisfecha la Reina con ver á su esposo confundido, léjos de abusar de la victoria que se le presentaba segura, y de consentir la humillacion que sobre él recaia, se volvió hácia los cortesanos y descargó en ellos el peso de su indignacion. Dirigiéndose luego á D. Felipe, á quien abatia ya su propia impotencia, le dijo en voz baja:

—Tuyo es el poder, amado mio; tuya mi autoridad, porque yo tambien te pertenezco. Mi propósito ha sido impedir que tus vasallos adquieran hoy un título para mandarte mañana. Ven conmigo, á fin de que ese pueblo, siempre leal, que me aclama, vea que yo no acepto sus homenages, sino participando de ellos el amado de mi alma.

Y así diciendo, le condujo á un balcon, y ciñéndole el cuerpo con un brazo, hizo que él le pasase otro por su cintura, y de este modo lo presentó á la multitud. Entonces fué cuando se levantó el doble grito de aclamacion, que oyeron el ministro y Pedro de Azagra.

En seguida la Reina volvió á la sala, y dejando la corona sobre la mesa, dijo:

—Señores, mi amado esposo y yo hemos dispuesto, que nuestra exaltacion se celebre con la solemnidad que es debida. Seguidnos, pues: á Santa Gadea!

—¡Viva la Reina! ¡Viva el Rey! clamaron sucesivamente los amigos de doña Juana.

Los dos esposos salieron de la sala cogidos de las manos: los nobles de ambos partidos les siguieron: el condestable tomó el estoque y marchó delante: los demás grandes á quienes correspondia tomaron las otras insignias de la magestad Real, y todos se encaminaron á la iglesia con magnífica pompa.

En esto los caballeros que servian á D. Juan Manuel echaron menos á su amo, y corrieron á buscarle por todas partes: pronto sonó en sus oidos el chasquear de las espadas y el agitado rumor del combate: abrieron con ímpetu la puerta del aposento donde aquel acontecia, y se lanzaron á defender al ministro, que gritó al verles:

—¡Acudid!.... ¡Prended á este asesino!

Pedro de Azagra hizo esfuerzos desesperados para defenderse de la muchedumbre armada, que le rodeó al momento; pero no pudo vencer á tantos, y al cabo se rindió, mal herido.

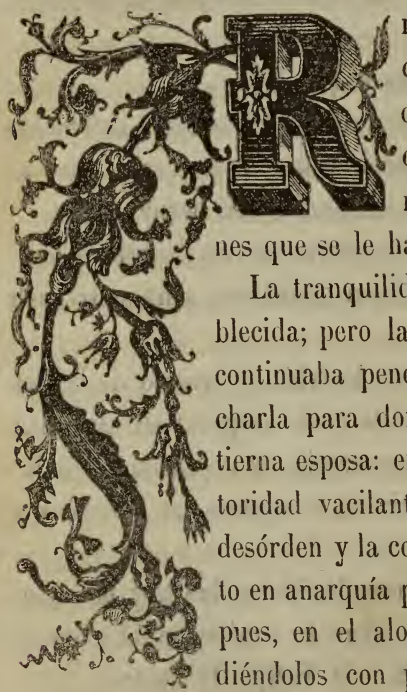
—Ese hombre, dijo el gran tesorero, es reo de graves delitos contra la Religion: tenedle bien guardado, para entregarlo al Santo Oficio.

Suponiendo posible, aunque no lo sabía, el triunfo de la Reina, D. Juan Manuel queria de este modo asegurar su venganza. El proscrito fué encerrado en un estrecho subterráneo del palacio, mientras su enemigo se retiraba á curarse las heridas que acababa de recibir.

Una hora despues las campanas de Santa Gadea y las aclamaciones de la multitud, anunciaban la exaltacion al trono de los reyes doña Juana de Castilla y D. Felipe de Austria.

CAPÍTULO XI.

De unas fiestas que D. Juan Manuel dió al Rey en el castillo de Búrgos.



RINDIÓSE D. Felipe á la fuerza incontrastable de las circunstancias; pero no pudo olvidar su derrota, y comenzó á invadir con maña el campo de las atribuciones que se le habia cercenado.

La tranquilidad pública parecia estar restablecida; pero la amenaza de nuevos disturbios continuaba pendiente, y el Rey supo aprovecharla para dominar el corazon amante de su tierna esposa: era menester dar vigor á la autoridad vacilante, impedir la organizacion del desórden y la conversion de un justo movimiento en anarquía permanente. La Reina consintió, pues, en el alojamiento de sus amigos, despidiéndolos con pretestos honoríficos: se dió al almirante de Castilla el encargo de velar por la paz en Valladolid: al condestable se le aseguró el ejercicio de su dignidad, enviándole con su esposa á tranquilizar los ánimos alarmados en Andalucía: el arzobispo Cisneros quedó en Búrgos, pero no se le dió aposento en Palacio por falta de amplitud para que

estuviese con el decoro debido. Nada se dijo del duque de Alba, cuya intervencion en los últimos acontecimientos habia estado oculta: pero en secreto se le comunicó por la Reina la órden de retirarse á sus Estados.

En menos de un mes la política invasora de D. Felipe anduvo así mucho camino: en este tiempo fueron confirmadas las mercedes prometidas á los hombres del partido flamenco, y se hicieron otras nuevas para ir ganando adictos y servidores: aunque con lentitud y cautela, se procuró aislar y privar de influjo á los amigos de la Reina; se pidieron algunas villas al almirante como en garantia de la fidelidad de sus vasallos; no faltó un pretesto para procesar al duque de Alba, formándole un espediente reservado: y á vueltas con todo esto, las ambiciones bastardas prosperaban que era un contento, y el mas ínfimo servidor del Rey se creia perjudicado por no haber obtenido mas que la tenencia de algun castillo y la distribucion de media docena de empleos.

Los negocios no marchaban del todo bien; porque D. Juan Manuel aun no estaba completamente sano de sus heridas. El Rey pasaba con frecuencia á visitarle, y tenia con él largos ratos de esparcimiento. Un dia se presentó en su cuarto, muy mal humorado.

—¡Maldiga Dios al canalla que te hirió! dijo. ¿Por qué no le hiciste ahorcar al momento?

—¿Se ha fugado otra vez? preguntó el ministro con ansia.

—No, tranquilízate: no es eso. Ya he dispuesto que Garci-Lasso y el doctor Oropesa entiendan en los asuntos de la Inquisicion, para que no se nos escape aquel malvado. Tenias razon en lo que me dijiste: hay gentes asociadas para darle libertad, y se han amotinado en Toro para romper las cárceles del Santo Oficio. Pero ahora me acusan de impiedad, por haber mandado que intervengan personas seculares en las operaciones de aquel tribunal. Valia mas haber despachado al asesino con un cura y una cuerda.

—Era imposible hacerlo sin comprometer á V. A., repuso D. Juan Manuel: los rebeldes eran todavia dueños del campo, y habrian pretestado el castigo de aquel hombre, para esplotarlo como un ultrage público hecho á la Reina. Por eso fué menester echar un velo sobre el negocio, y ocultar al criminal, diciendo que mi agresor era un asesino desconocido, y que habia burlado las pesquisas de la justicia.

—¡Demonio de hombre! Me ha hecho un daño incalculable, privándome de tus servicios en esta ocasion.

—Sois demasiado bondadoso conmigo: pero tranquilizaos, Señor, pues ya estoy casi del todo restablecido.

—No es solo eso, D. Juan, replicó el Rey: tu enfermedad me tiene en un estado miserable. No sé de qué me han servido tantos afanes: cuando no era mas que conde de Flandes, abundaba el dinero en mis arcas, podia considerarme rico; y ahora que he venido á ser el rey mas poderoso del mundo, no tengo lo necesario para mal vivir, ni mucho menos para dar á mis amigos. Estoy aburrido.

—¡Bah! No paseis pena, Señor: eso pronto se remediará.

Dos dias despues se hallaba el arzobispo de Toledo conversando con varios caballeros y familiares de su casa en una sala del edificio, donde temporalmente residia, cuando subió á deshora un secretario de D. Felipe, llamado Beltran del Salto, y le presentó una órden que aquel acababa de mandarle estender. El arzobispo la tomó, y al leerla, se le inflamó el rostro: en seguida se levantó, y haciendo pedazos la órden, dijo al secretario:

—Beltran: si no fuera tan amigo vuestro, como soy, ahora mismo iria á suplicar al Rey que os mandase procesar y ahorcar.

—Señor reverendísimo, contestó Beltran: yo no he aconsejado eso al Rey ni hago mas que cumplir la voluntad de S. A.

—Está bien: retiraos, repuso el arzobispo.

Y mandando recoger las piezas de la órden que habia tirado al suelo, se hizo vestir apresuradamente, y llevándolas consigo, marchó á ver al Rey, antes que pudieran prevenirle.

—Señor, le dijo: vengo á suplicar á V. A que me mande castigar por haberle faltado al respeto en un arranque de indignacion.

—¡Cómo! esclamó D. Felipe. ¿Yo habré de castigaros, reverendísimo padre? Si habeis cometido alguna falta, no dudo que será nacida de un esceso de celo.

—Podeis creerlo así, Señor: el ardiente amor que tengo á vuestro servicio, me ha impulsado á ser irreverente, rompiendo esta órden, que solo un enemigo de V. A. puede haber aconsejado:— y le mostraba los pedazos de aquel documento.

—¡Es posible!.... ¿Luego desaprobais?....

—¿Cómo podré aprobar una cosa que os desacreditaria á la faz de los pueblos cultos? Señor, el crédito y la honra de los monarcas están pendientes de la fé de su palabra: por esta órden disponiais la enagenacion de las rentas de la seda del reino de Granada, rentas que no os pertenecen, y que por un tratado solemne habeis reconocido como propiedad del rey D. Fernando. Se cometen dos graves faltas al obrar así: la una infringiendo la fé jurada, con lo que se atraen sobre vuestra cabeza discordias y conflictos; la otra despojándoos de unas riquezas que, aunque fuesen vuestras, no podriais enagenar, sino empobreciendo á la corona. Ved aquí, Señor, por qué no he podido contener mi indignacion, al saber que teneis consejeros tan ineptos ó mal intencionados, que sin miramiento alguno trabajan para perderos.

—Reverendísimo padre, contestó el Rey: yo agradezco el interés que os tomais por mis cosas: pero, con todo, creed que solo la necesidad, el grande apuro en que se encuentra mi tesoro.....

—Apurado está vuestro tesoro, ¿y se pretende llenarle vendiendo las rentas? Prescindo ahora de la pertenencia de las de la seda. Ese sistema es rancio achaque de los malos ministros españoles, y si no fuese porque de ahí suelen sacar ellos pingües ganancias, se le pudiera aplicar la fábula de la gallina de los

huevos de oro. ¿Qué pensariais de un labrador que, falto de dinero, arrancase sus olivares para vender la leña, por no aguardar al tiempo de la cosecha? ¿Qué pensariais del administrador de una finca, que diese á otros sus frutos por una cantidad alzada, en vez de procurar su mejora y acrecentamiento? Señor; mucho veo y mucho he callado; pero ha llegado la hora de manifestaros que se os arruina y se os compromete. ¿Necesitais dinero? Cultivad bien vuestra viña, que ella dará frutos. Entre tanto, podeis mandar que os den por hoy doscientos mil ducados sobre mis rentas.

—¡Oh! ¡Tanta generosidad! Necesitareis para eso una garantia.

—Sí, una sola: que alejeis de vuestro consejo á la persona que os pierde. Don Juan Manuel estaria mejor empleado en la embajada de Roma, ó en otra parte léjos de vos; y así os evitariais muchos disgustos.

—No puedo prescindir de él por ahora: mas adelante... Pero haremos otra cosa: vos tomareis parte en mis consejos.....

—Yo, Señor, no estoy en edad de soportar esa fatiga. No faltan hombres de vigor y sabiduría, capaces de desempeñar tan grave cargo.

—Pero ninguno como vos, reverendísimo padre. Todos los viernes celebro Consejo: los jueves se os pasarán los negocios que hayan de tratarse, y me hareis el favor de examinarlos.

El arzobispo aceptó esta proposicion, aunque era mas lo que deseaba; y desde aquel dia se vió palidecer la estrella del gran tesorero, cuyas facultades arbitrarias quedaron coartadas por la rígida intervencion del anciano prelado.

Sin embargo, aquel hombre turbulento y sagaz poseia demasiado los resortes del corazon del Rey, para que dejase de manejarlos en su provecho: apenas estuvo restablecido de sus heridas, comenzó á trabajar con mas ahinco que antes en distraer á D. Felipe del buen camino, halagándo sus pasiones. A este fin,

con motivo de la toma de posesion del castillo de Búrgos, que aun no habia tenido efecto, dispuso dar al Rey un banquete y magníficas fiestas.

El 21 de Setiembre al anochecer, el ministro con muy poco acompañamiento, subió al castillo á inspeccionar por sí mismo los preparativos que se hacian por su mandado: cerca ya de las puertas de aquella fortaleza, vió que habia mucha gente mirando hácia el Ocaso y señalando á un cometa de larga cola, que acababa de aparecer en el cielo. Como iba sin apariencias ningunas de grandeza, se acercó á uno de los grupos de gente, procurando no darse á conocer, y preguntó cuál era el objeto que parecia maravillar á tantas personas.

—Vedlo allí, caballero, le contestaron: esa estrella anuncia un gran trastorno. Todo el mundo lo dice.

—Pronto veremos un acontecimiento notable, dijo una mujer. ¡Dios quiera que sea para bien!

Don Juan Manuel se encogió de hombros y siguió su camino. Llegado al castillo, examinó detenidamente las cosas que habia dispuestas para festejar al Archiduque, y luego se encaminó solo á una estancia retirada, que acababan de adornar con voluptuosa magnificencia, y en la cual encontró tres mujeres: dos de ellas se levantaron al verle, y salieron haciéndole un profundo saludo: la otra permaneció sentada y le miró con orgulloso desden.

—¿No conseguiré agradaros, por mas que haga para conseguirlo, bella Leonor? le dijo el ministro.

La jóven se sonrió amargamente y volvió á otro lado la cara.

—Mucho me aborreceis, continuó D. Juan Manuel; y no teneis por qué quejaros de mí. Si estuviera en mi mano aposentaros en un palacio, daros esclavas á millares y cuantos goces pueda soñar vuestra imaginacion, lo haria.

—Don Juan, dejadme en paz, respondió Leonor: no me hace falta nada.

—Sí, os hace falta la libertad y algo mas. Vuestro padre...

—¿Qué me vais á decir? ¡Oh! ¡Acabad! ¿Dónde está mi padre?

—Me ha ofendido mucho; pero yo le perdono. Mañana vendrá aquí el Rey: os advierto que aun se acuerda mucho de vos, y os concederá cualquiera gracia.....

—No se trata ahora del Rey. ¿Dónde está mi padre?

—Vos podeis librarle de una muerte afrentosa cual ninguna. Pedid su vida al Rey.

—¡Ah! ¡Condenado á muerte! ¡Me engañais!.... ¡No puedo creerlo!

—Es la verdad, hija mia: está bajo el poder de la Inquisicion y dentro de tres dias se ha de celebrar el auto de fé..... Pero aun es tiempo de salvarle: hablad al Rey.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... esclamó Leonor anegada en llanto.

—¡Calmaos, pobre niña! Para todo hay remedio; pero no perdais la ocasion: las horas están contadas.

Diciendo esto, D. Juan Manuel salió del aposento y encargó á las dos mujeres que procurasen consolar á la jóven prisionera.

Soberbio fué el banquete que al dia siguiente disfrutó D. Felipe en el castillo de Búrgos: el jóven soberano, aunque acostumbrado á la buena mesa, no habia gustado nunca manjares mas esquisitos ni vinos mas generosos que los que, con derrochadora abundancia, le hizo servir su gran tesorero en vajilla de plata y oro: así fué que comió con esceso, y bebió hasta perder la serenidad. Acabado el banquete, bajó á la plaza de armas, donde se habia dispuesto un juego de sortija, y quiso tomar parte en él; pero no estaba su cabeza en disposicion de hacer suertes con el debido lucimiento, y erró todos los golpes: obstinado en proporcion de su torpeza, atribuia su mal tino á los caballos que montaba, y cambió de ellos hasta seis: por último, irritado contra sí mismo, hizo pedazos la lanza, y gritó apeándose:

—¡Fuera todo esto! Vengan pelotas. A ver si hay jugadores que me ganen.

Diciendo así, arrojó la ropa de abrigo que llevaba, y empezó á jugar con varios caballeros, que acudieron á tenerle la partida.

El doctor Marliano, que desde algun tiempo á esta parte habia perdido la confianza de su señor, se acercó y le dijo:

—¡Advertid que sudais mucho!

—¡Eh! ¡Quitaos de aquí, seor Agua-fiestas! le respondió el Rey en tono de broma.

En el juego de pelota fué D. Felipe mas afortunado que en el de sortija, y de tal manera se cebó, que no dejó de jugar en toda la tarde. Al anochecer pidió agua: trajéronsela al punto de un gran jarro de plata, y D. Juan Manuel acudió á tomarla y á servírsela en una copa de oro.

—¡Calla! ¿Eres tú ahora mi copero? le dijo el Rey. ¡Venga el jarro, el jarro! Tú no entiendes de esto.

Y se puso á beber con ansia en el mismo jarro. Marliano se le acercó otra vez y le dijo:

—Cuidado, Señor; ¡no bebais tanta!

Don Felipe no descansó hasta apurarla, y en seguida tiró la vasija y volvió al juego. Pero este se acabó pronto, habiendo sobrevenido la noche: con ella comenzaron unos lucidos fuegos artificiales y los preparativos para un baile, que debia seguir á aquellos. En este intermedio, el Rey sintió frio y se abrigó cuanto pudo, sin conseguir entrar en calor.

—Venid, Señor, le dijo D. Juan Manuel, procurando apartarle del balcon, desde donde miraba los fuegos. Sin duda estareis cansado y el fresco de la noche os sienta mal. Podreis descansar en un aposento que he préparado espresamente para vos.

—¿Para mí? ¿Qué aposento es ese? preguntó D. Felipe, notando la sonrisa maliciosa del ministro.

—No os he dicho nada, repuso éste; porque pensaba daros por fin de fiesta una agradable sorpresa. La bella Diana os aguarda, para pediros una gracia.

—¿Una gracia?.... ¿Tendremos otra como la de Bruselas?

—Esta vez no hay cuidado por vuestra esposa; y en cuanto á la chica, se ha de haber amansado mucho.

—¿Sí? Llévame á verla.

Don Juan Manuel condujo al Rey hasta la estancia de Leonor, y se quedó en la puerta.

La hermosa dama estaba sola: D. Felipe fué hácia ella con galantería; pero al mirarla, espiró en sus lábios la frase amorosa que iba á pronunciar. Tan marcadas y aterradoras eran las huellas que el dolor habia impreso en aquel rostro de veinte años.

—Me han anunciado que deseais pedirme una gracia, dijo, estremeciéndose de frio. Hablad.

—¡Oh! ¡Cuán bueno sois, Señor! esclamó la jóven echándose á sus plantas. ¡Una gracia! Sí, ¡una gracia os pido en nombre de Dios, y no dudo que me la concedereis! ¡La vida de mi padre!...

Don Felipe sintió oprimírsele el corazon.

—¡Qué me pedís, desdichada! respondió. Yo no puedo concederos eso.

—¡Oh! ¡Señor! ¡Vos lo podeis todo! repuso Leonor sollozando. Mandadlo, Señor, y os daré mi vida..... seré para vos una esclava..... seré.....

—Nada, no vengo á exigiros nada, Leonor..... ¡Pero yo no mando á la Inquisicion!.... ¡No puedo!....

—¡Probad, al menos! ¡Dios querrá, Señor, que no sea infructuosa vuestra clemencia!

—Probaré, sí: os lo prometo, hija mia! ¡Tranquilizaos!

Don Felipe pronunció esta palabra dejándose caer en una silla: estaba pálido como un cadáver. Leonor le miró con los ojos desencajados, y lanzó un grito, acercándose á él hasta tocarle.

—¡Ah! ¡Dios mio! esclamó. ¿Qué os sucede, Señor? ¿Os habeis puesto malo?.... ¡Socorro!

—No es nada..... Ya se pasó, repuso el Rey sacudiendo la

cabeza: no me siento bien esta noche..... ¡Adios, hija mia! Tranquilízate: haré por tí lo que pueda.

Y salió de la estancia llevando una angustiosa pena en el cuerpo y en el alma. Leonor le miró retirarse, y en cuanto quedó sola, cayó de rodillas alzando las manos al cielo y esclamando:

—¡Dios mio, conservad la salud del Rey!

Tal vez habia en esta plegaria un sentimiento de egoismo.

Entre tanto D. Felipe se reunia con D. Juan Manuel, á quien dijo:

—Es menester salvar la vida á Pero Diablo: lo he prometido.

—¡Ay, Señor! contestó el ministro: me parece imposible.

—¡Cómo imposible! ¡Lo quiero yo! ¿Acaso no valdrá mi recomendacion?

—Valdria, si llegase á tiempo: mas temo que llegará tarde.

Don Felipe arrugó el ceño, y repuso:

—Pues bien, no perdamos un instante: vamos á Palacio. Estoy como mareado, y me duele mucho la cabeza.

Las fiestas quedaron suspendidas en el acto: el Rey, con sus cortesanos, bajó al Palacio, donde se difundió rápidamente la noticia de su repentina indisposicion: aunque esta se agravaba por momentos, indicando síntomas de fiebre, D. Felipe no quiso acostarse, hasta haber firmado una suplicacion al tribunal de la Fé de la ciudad de Toro, para que se suspendiese la ejecucion de la sentencia dictada contra Pedro de Azagra. Don Juan Manuel quedó encargado de hacerla llevar por un espreso; pero, léjos de verificarlo así, se la guardó y envió en su lugar una carta apremiante, con fecha atrasada de dos dias, reclamando la inmediata ejecucion del reo.

Doña Juana no habia querido asistir á las fiestas del castillo, por el ódio que tenia al gran tesorero. Apenas supo la indisposicion de su marido, corrió al cuarto de éste, donde ya estaban el arzobispo, Marliano y los demás médicos de cámara y algunos otros señores: dominada por un vago temor, se acercó al lecho temblando, y en algun tiempo no pudo proferir una palabra.

CAPÍTULO XII.

De cómo el Rey se durmió.

FELIPE!.... ¡Amor mio! esclamó la Reina, luego que recobró algun tanto la serenidad. ¿Qué tienes?

—No te asustes, Juana, le respondió el Rey: esto no será nada.

—¿Nada?.... ¡Estás muy pálido, corazon mio! repuso doña Juana, tentándole la frente: ¡arde tu cabeza! Cuando te fuiste hoy, estabas bueno, y ahora..... ¡Oh!.... ¿Qué has comido?

—Señora..... dijo Marliano en voz baja á la Reina, espresándole su pensamiento con una mirada.

—Teneis razon, contestó ella al punto: soy una loca, y me alarmo sin fundamento. Esto no será nada: un poco de calentura; ¿no es verdad? Sudando te se quitará, Felipe, y mañana estarás bueno. Sin embargo, quiero asistirte yo misma.–Venid, Marliano; venid, y me dareis instrucciones.

Diciendo así, doña Juana salió del aposento de su marido,

seguida del doctor Marliano, y retirándose con él á su cuarto, le preguntó:

—¿Qué tiene el Rey?.... No me negueis la verdad. ¿Os parece que le hayan dado alguna cosa?

—No es nada de eso, respondió el doctor: S. A. padece una ligera inflamacion, efecto del escesivo ejercicio que ha hecho esta tarde y de haber bebido mucha agua fria: la fiebre es catarral; y siendo conocida la causa, no será difícil encontrar el remedio.

—¡Ay, Marliano de mi alma!.... ¿No os equivocareis? Tengo un presentimiento:—¿qué se yo?—una pena en el corazon, que no me deja respirar: ¡me parece que mi Felipe se vá á morir! ¿No habeis reparado el abatimiento de su mirada? Eso no es natural.

—¡Tranquilizaos, Señora! El Rey es jóven, y aunque su enfermedad fuese grave, su naturaleza tendria recursos para vencerla. No os alarmeis fingiéndoos un peligro que, gracias á Dios, está muy distante.

Con estas y otras palabras consoladoras del doctor, la Reina abrió su corazon á la esperanza; pero no consintió que nadie, sino ella misma, se quedase á velar á su marido; y solo reclamó la asistencia de los médicos, á quienes pidió minuciosas instrucciones para desempeñar el cargo de enfermera.

El Rey pasó la noche con fiebre; pero, calmando esta á la madrugada, se durmió. Un profundo silencio reinaba en la alcoba y en todo el Palacio. Doña Juana contemplaba fijamente á su querido enfermo, conteniendo la respiracion, y cuando observó que amanecia, salió con piés de pluma, á correr las cortinas, para que no le despertase la luz, volviendo en seguida á colocarse junto á la cabecera. Don Felipe comenzó á respirar con agitacion, barbotando palabras ininteligibles; sacó los brazos y los movió, como si quisiese apartar de sí algun objeto, y los dejó caer, profiriendo un quejido angustioso. La Reina le tomó una

mano, mirándole con ansia: D. Felipe lanzó un suspiro, y abriendo los ojos espantados, los fijó en los de su muger.

—¡Ah! ¿Eres tú? preguntó.

—Yo: ¿quién habia de ser, vida mia? repuso la Reina con solícito afan. ¿Quieres algo? ¿Tienes sed? ¿No están bien puestas las almohadas?

—No es nada de eso, Juana del alma. Tengo un pesar.....

—¿De qué? No pienses ahora en nada, sol de mis ojos.

—¡Ah! suspiró D. Felipe. ¡Cuánto te he ofendido, ángel de Dios!

—¡Bah! Ya no me acuerdo de eso, Felipe. Duerme, amor mio. Haz por dormir.

—No puedo, y el sueño me dá miedo. Mejor es que hablemos. Esto me aliviará. Oye: anoche pensé hacerte una ofensa, y Dios me ha castigado. ¡Nunca mas!.... Nunca mas ultrajaré á la mas dulce de las esposas, á la mas santa de las mujeres; ¡y ojalá pudiese mi arrepentimiento destruir lo pasado!

—¿Pero quién piensa ya en eso, Felipe mio?

—Yo debo pensar. Escucha, Juana: en el castillo de Búrgos hay presa una jóven, á quien he maltratado cruel é injustamente por la fidelidad que siempre te ha guardado: repara tú mis faltas: dále libertad, y si es posible.....

Don Felipe se interrumpió estremeciéndose, y barbotó:

—¡Ah!.... ¡Será tarde!.... Esto estaba decretado del cielo..... Mira, continuó: será menester que la consueles; porque es tu mejor amiga y padece por tí. He soñado que su padre ha muerto..... y despues..... ¡si es verdad, mi vida no será larga! Me lo habian pronosticado hace mucho tiempo.

—¡Felipe! ¡Felipe! ¡Tú deliras! ¡Morir tú á los ventiocho años! ¡Eso es imposible! ¡No creas en agüeros, alma de mi alma! Si no tienes nada.

—¡Es verdad! repuso el Rey sonriéndose. Pero, no importa:

repara las injusticias que he cometido contra tu amiga Leonor: te lo suplico por el amor que te tengo.

Don Felipe sintió un grande alivio despues de haber dicho estas palabras, y pasó el dia bien; pero al anochecer cayó en un profundo letargo: la Reina le contempló algunos momentos con angustioso anhelo, y estando sola, salió á llamar á los médicos; pero viendo que los auxilios de estos no bastaban á corregir el mal instantáneamente, mandó venir á D. Juan Manuel y le dijo:

—Amigo mio: haced que venga ahora mismo Leonor de Silva: el Rey quiere verla. ¡Oh! No os detengais: hacedme este favor, y perdonadme si alguna vez os he ofendido.

—Pero, ¿cómo quereis que yo haga..... contestó el gran tesorero, tratando de eludir la peticion.

—¡Oh! Bien podeis hacerlo, D. Juan, repuso la Reina. Leonor está en el castillo: me lo ha dicho mi esposo.

Al cabo de una hora despertó D. Felipe, mirando á todas partes sobresaltado.

—¡Me muero!.... murmuró.

—¡Qué has dicho, querido mio! esclamó la Reina, única persona que percibió aquellas palabras.

Y añadió volviéndose á los varios sugetos que habia cerca del lecho:

—¡Pues no ha dado en la manía de que se vá á morir! ¿Habeis visto nunca un capricho tan estravagante?—No digas desatinos, Felipe. ¿No ves que se reirán de tí?

Don Juan Manuel entró en la alcoba y dijo al oido á la Reina:

—Ya está servida V. A. La dama que sabeis os espera en vuestra cámara.

El Rey vió al ministro, y esclamó:

—¡Ah! ¿estás aquí, D. Juan? tengo que hablarte. Retiraos todos vosotros..... y tú, esposa mia, hazme el favor de dejarnos solos.

Despejada la estancia, D. Felipe dijo al gran tesorero:

—Don Juan, no has cumplido mi encargo.

—¡Cómo, Señor! ¿Quién ha podido suponer..... respondió el ministro.

—No lo has cumplido, y esto me dá la muerte.

—Estad seguro de que vuestras órdenes han sido ejecutadas. Ahora, si han llegado tarde.....

—Sin duda es eso, replicó el Rey con voz trémula: dos veces me he dormido, y las dos he soñado que Pedro de Azagra moria y me llamaba con la mano, recordándome que su existencia y la mia están ligadas por un lazo misterioso. Nunca te he revelado esto: hace mas de un año me lo pronosticaron, diciéndome que muerto él, moriria yo á manos de una mujer..... Esta madrugada ví junto á mi lecho á la anciana de Maceda; sus ojos vidriosos estaban fijos en los mios; sus lábios arrugados repetian las palabras fatídicas que pronunciaron en otra ocasion; sus dedos descarnados daban vueltas al huso, y el hilo de aquella Parca centenaria se rompió; entonces sentí que su mano yerta agarraba la mia: desperté, y solo ví á mi esposa, que me acariciaba.

—¡Delirios de la fantasía, escitada por la fiebre, Señor! repuso D. Juan Manuel. Todo eso no vale nada.

—¡No, no son delirios! Repite mi suplicacion al Santo Oficio: que no muera Pedro de Azagra, si aun es tiempo; y haz que venga el arzobispo, y si es posible, el almirante y el condestable.

Don Juan Manuel salió sumamente preocupado, y envió á llamar al arzobispo.

La Reina, entre tanto, abrazaba á Leonor, haciendo esfuerzos para llorar.

—¡Leonor!.... ¡Leonor de mi alma! le decia. ¡El Rey se muere! Yo no puedo salvarle..... Ven, que te vea..... Dile que le amas, aunque sea mentira. Eso quizá le aliviará.

La jóven, no pudiendo consolar á la Reina, se dejó conducir

hasta el lecho de D. Felipe, quien, al verla, sintió una congoja y esclamó:

—¿A qué ha venido aquí?.... No, no, que se retire. Ven tú acá, Juana: solo á tí quiero ver.

Un momento despues se presentó en la alcoba el arzobispo: D. Felipe mandó entonces que le dejasen solo con él y se confesó. Luego le encargó que pidiese perdon en su nombre al rey D. Fernando, al almirante y á cuantos se considerasen ofendidos de él, sin olvidar al pobre Gil; y le rogó que tomase bajo su amparo á Leonor y que consolase á la Reina. El arzobispo salió á la cámara limpiándose los ojos, llamó á la jóven con una seña, y le dijo que le siguiese, conociendo sin duda por la confesion del Rey, que la permanencia de aquella en Palacio era peligrosa para la tranquilidad del espíritu del enfermo.

Leonor miró tristemente á la Reina, que entraba de puntillas en la alcoba, y siguió al prelado, quien, al llegar al vestíbulo del palacio, vió que los guardias y otras personas se agolpaban hácia la puerta, moviendo un ruido impropio de aquel lugar y de las circunstancias del momento. Al pronto se figuró que fuese aquello efecto de algun motin; pero no tardó en observar que solo se trataba de impedir la entrada á una mujer, la cual hacía frente á todos, como una leona furiosa.

—¡Qué es esto! esclamó el cardenal poniéndose en medio. ¡Callen todos! ¿No saben que el Rey está enfermo?

Los guardias se apartaron; y entonces la mujer corrió á echarse á los piés del prelado diciendo:

—¡Ah! ¡Gracias á Dios que os hallo, reverendísimo señor!.... Yo sabía que estabais aquí dentro, y esta gente no me permitia veros.

Leonor corrió á dar los brazos á la mujer, y se inclinó hácia ella, lanzando una esclamacion de gozo.

—¡Margarita!.... ¡Mi querida Margarita! dijo.

Y las dos se abrazaron.

Viendo esto el arzobispo, permitió á Margarita que le acompañase á su morada, y luego que estuvieron en ella, se apresuró á escucharla. Entonces la hechicera sacó unos pergaminos que traia enrollados dentro de una funda de hule, y los presentó al cardenal, diciéndole:

—Señor, solo deseo que os digneis examinar estos documentos espedidos por el Santo Padre, y que, si los hallais conformes, mandeis hacer cumplir, sin pérdida de momento, lo que en ellos se ordena.

Cisneros tomó los pergaminos y los leyó detenidamente, mientras Margarita informaba á Leonor de su contenido: eran un breve, mandando sobreseer en el proceso formado por la Inquisicion á Pedro de Azagra, y una bula de dispensa reconociendo como legítimo su matrimonio con doña Inés de Silva, y absolviéndole plenariamente de los delitos de irreverencia y demás en que habia incurrido por aquella causa.

La hermosa morena habia alcanzado estas gracias de un modo singular: desde que prendieron al proscrito en Roma, y ella se desprendió por él de sus joyas, tuvo que ganarse la vida haciendo de juglaresa por las calles, cantando é improvisando versos: movíala, por otra parte, la esperanza de hacer llegar su voz hasta los oidos del prisionero. Su estremada habilidad le valió una fama lisonjera, y muchos señores de la corte romana se complacian en llamarla, para que amenizase sus placeres. Así pasó mucho tiempo: ella no supo que Pedro habia sido enviado á España, hasta que llegó á Roma el gigante Moran con los ermitaños de la Union, y por las pesquisas de estos se descubrió lo que habia pasado: entonces comprendió el grave peligro en que se hallaba su amigo, y habiendo tenido noticia de que el Papa, deseoso de oirla cantar, habia dispuesto asistir de incógnito á una reunion de príncipes y cardenales, se presentó allí, y logró cautivar la atencion del pontífice Alejandro: inmediatamente, aprovechando un momento favorable, se echó á sus piés y le

mostró una súplica, que al intento llevaba escrita sobre la firma en blanco que exigió á D. Felipe en la Sennenfels, la famosa noche de la aparicion de Leonor. El Santo Padre no pudo negar nada en aquella ocasion á su amado hijo el Rey de España, ni menos á los bellos ojos de la hechicera cantora.

En cuanto ésta llegó á Castilla, supo por sus amigos la situacion apurada en que se encontraba el proscrito, buscó á Rodrigo Mendez y á Enrique de Almazan, quienes le confirmaron la triste nueva y el designio que tenia de ir á Toro y mover un tumulto el dia designado para celebrar el auto de fé, á fin de salvar á su amigo, despues de haber intentado en vano romper las cárceles de la Inquisicion. La hechicera voló al encuentro del arzobispo de Toledo para que le reconociese los documentos que traia, pues sin este requisito no era factible que los inquisidores les prestasen obediencia, y hé aquí la causa del suceso que acabamos de referir.

Luego que el arzobispo se hubo enterado de los documentos, dijo que le parecian auténticos; pero que la gravedad de los asuntos de que trataban y la práctica de la curia exigian, que fuesen examinados detenidamente por el Tribunal de la Rota.

—¡Señor! ¡Señor! esclamó entonces Leonor de Silva. Si esperamos á eso, no habrá tiempo de salvar á mi pobre padre: sabed que está ya condenado: ¡sabed que le debeis la vida!

—¡Cómo! ¿Yo? preguntó el arzobispo.

—Sí, señor, repuso la jóven: ese desdichado, por quien esta mujer os suplica, es mi padre..... es el mercader de Benavente, es un fiel servidor del Rey Católico. Don Felipe me ha prometido interceder por él.

Cisneros tomó una pluma, y puso sin vacilar el cúmplase en las bulas. Margarita se las quitó de la mano, diciendo:

—¡Bendígaos Dios!—Y abrazando á Leonor, salió precipitadamente.

Fuera de la ciudad la aguardaban Rodrigo Mendez, Alma-

zan y el gigante, y todos juntos tomaron el camino de Toro.

Aquella tarde el arzobispo envió muchos recados á Palacio para saber de la enfermedad del Rey: á la noche llamó á su médico de cámara, el doctor Yanguas, y le mandó ir á consulta con los otros médicos flamencos. El doctor Yanguas volvió al cabo de cuatro horas y dijo á su señor:

—El Rey se muere, teniendo yo su vida en mi mano.

—¡Cómo es eso! esclamó Cisneros: ¿y por qué no le curais?

—Señor, porque los médicos estrangeros dicen que nuestra medicina española es bárbara y nosotros unos ignorantes: el Rey necesita una sangría, que le descargue la plétora del pulmon; pero se han burlado de mí porque la he propuesto. No le sangran, y se muere.

Cisneros fué inmediatamente á Palacio con el doctor Yanguas. Juntó los otros médicos, y les encareció mucho que atendiesen al suyo. Cuatro horas mas se pasaron en nueva consulta; terminada la cual, volvió el doctor español á ver al Rey, y habiéndole observado atentamente, salió á un aposento inmediato, donde le aguardaba el arzobispo.

—Señor, le dijo: ¡ya no es tiempo! La plétora le ahoga, y además acaba de indicarse la fiebre pestilencial, que actualmente hace tantos estragos en Castilla.

—¡Decretos de la Providencia! esclamó Cisneros. El Rey muere á manos de sus idolatrados flamencos y favoritos.

La Reina oyó estas palabras: habia seguido con afan todos los movimientos y acciones del doctor Yanguas, y estaba escuchando detrás de una puerta.

—¿Qué habeis dicho? preguntó con voz débil, revolviendo á todas partes sus ojos desencajados. ¡Decís que se muere! ¡Oh! ¡Hablad, doctor! ¡hablad, por Dios!

—Señora, contestó el arzobispo: la enfermedad del Rey es grave, pero no hay que desesperar.

—¡Ay! ¡Padre de mi alma! esclamó doña Juana gimiendo y

sin poder llorar: vos, que sois un santo, pedidle á Dios que no se muera mi Felipe! Id y mandad que rueguen por él en todas las iglesias, en todos los conventos..... ¡que se postren todos mis súbditos ante el Altísimo! decid que yo lo suplico; que me moriré, si se muere mi Felipe!

—¡Resignacion, Señora! Pensad en vos: pensad en el hijo que llevais en vuestras entrañas.

—¡No puedo!.... ¡no puedo resignarme, padre mio!.... ¡Id! No os detengais..... Y vos, doctor, ¿qué haceis aquí? ¡Juntaos con Marliano! dicen que es un sábio..... Mirad: ¡yo soy muy rica! Os daré los tesoros de América; venderé mi corona: me quedaré pobre y pediré limosna! ¡Pero salvadle! ¡salvadle! ¡Todo cuanto poseo es para el que le conserve la vida!

El arzobispo y el doctor hacian esfuerzos sobre sí mismos, buscando palabras con que tranquilizar á la Reina; pero solo podian llorar por ella. En vano trataron de separarla del lado de su marido: cuando le hablaban de esto, se enfurecia, olvidaba la dignidad del prelado, y prorumpia contra él y contra todos en insultos y amenazas.

Dos dias mas duró la enfermedad de D. Felipe: los médicos le desahuciaron, y el arzobispo, viendo el estado deplorable de doña Juana y que podia malparir y morir al mismo tiempo que el Rey, convocó á los nobles principales, para nombrar un consejo de regencia: los grandes, recelosos unos de la autoridad de los otros, le confirieron el cargo de presidente, no encontrando fuera de él quien les inspirase mayor confianza.

El viernes 25 de Setiembre la ciudad de Búrgos estaba conmovida: nadie podia creer que un príncipe jóven, saludable y lleno de vida, como D. Felipe, estuviese condenado á sucumbir de una dolencia natural, siendo tan repentina y tan rápidos sus deletéreos efectos: hablábase con poca reserva de los festejos del castillo, y la palabra veneno salia de todos los lábios. La idea que promovia este rumor llenaba de indignacion los leales pe-

chos castellanos, y amenazaba sublevarlos contra D. Juan Manuel y los flamencos, en cuyo poder habia estado el Rey. Una voz comenzó á circular entre la muchedumbre agitada, revelando el pronóstico, de que el jóven monarca habia de morir á manos de una mujer.

¿Quién hizo cundir esta voz?

La conmocion popular se comunicó á los cortesanos que moraban dentro de Palacio: algunos soldados flamencos dijeron que habian visto en Búrgos á Margarita la de la Sennenfels, mujer hechicera y avezada á vivir de malas artes; la cual, despues de haber estado en el palacio y en casa del arzobispo, habia huido de la ciudad; y designaban el camino que tomó: no faltaron gentes crédulas que partiesen al momento en persecucion de aquella mala muger. Otras personas nombraban á Leonor de Silva, y hasta hubo quien remontase sus atrevidos pensamientos á una persona mas elevada.

En una galería no muy distante de la cámara del Rey disputaban con calor muchos caballeros flamencos y españoles.

—Nosotros no atribuimos á S. A. dañadas intenciones, decia uno de los primeros: pero vosotros mismos sabeis cuánta es la furia de sus celos, y los escesos á que mil veces la ha conducido su locura.....

—¡Callad! ¡Callad, señor Beton! ¡ó vive Dios, que os arrancaré la lengua! profirió el conde de Benavente. ¡La Reina es incapaz de haber envenenado á su marido, porque le adora! Vosotros solos sois responsables de lo que sucede.

Beton avanzó furioso hácia el conde, y ambos con los demás caballeros de las dos naciones habrian venido á las manos, si en aquel momento no se hubiese presentado en medio de ellos doña Juana.

—¿Qué significa esto, señores? dijo. Llevad vuestras miserables querellas allá léjos: id á otra parte, y respetad, si podeis, el estado aflictivo de vuestro soberano y el dolor de vuestra Reina.

—Señora, respondió el conde de Benavente: es que hay quien osa decir que habeis envenenado al Rey.

—¡Dios mio! ¡Qué depravacion! esclamó doña Juana, cubriéndose el rostro con las manos. ¡Conque yo!.... ¡Yo!.... ¡Ay! ¡Esto solo me faltaba!.... ¡Felipe!.... ¡Felipe de mi alma!....

El doctor Marliano vino á poner término á esta escena, declarando terminantemente que D. Felipe estaba enfermo de la epidemia reinante, y se llevó á doña Juana.

El Rey estaba en un intérvalo de lucidez estraordinaria, y habia oido lo que pasaba fuera de su cámara: mandó llamar á todos los grandes y señores, así flamencos y alemanes, como españoles, y les suplicó humildemente que no le afligiesen con discordias perjudiciales, pidiéndoles perdon por las ofensas que pudiese haberles hecho. Luego llamó en particular á su esposa y le dijo:

—¡Perdóname, amada mia! Repara las injusticias y agravios que he cometido..... Dí á nuestros hijos, que su padre lo atropelló todo por reinar miserablemente y sin reposo un mes no cabal..... Pero que no sepan nunca mi comportamiento contigo..... ¡Adios!.... ¡Adios!....

Pronunciadas estas palabras, D. Felipe sufrió un desmayo: los médicos no pudieron hacerle volver en sí y le abandonaron.

La Reina se quedó inclinada sobre el rostro de su marido, mirándole sin pestañear, esperando una palabra mas de aquellos lábios yertos: no podia creer la realidad amarga que destrozaba su corazon, y murmuró:

—¡Se ha dormido!....

El arzobispo, los médicos, los grandes y señores de la corte presenciaban esta escena desoladora, y trataban en voz baja de apartar á la Reina de allí: Leonor fué llamada para que la persuadiese á retirarse. Gilito estaba echado, como un perro fiel, en el suelo y lloraba en silencio. Leonor se acercó por detrás á su Señora y le dijo:

—Venid, venid: ¡el Rey descansa!

—Sí, añadió el arzobispo; es menester que tomeis algun reposo.

Doña Juana volvió la cabeza, estendiendo una mano hácia las personas que habia presentes, y repuso poniéndose un dedo en los lábios:

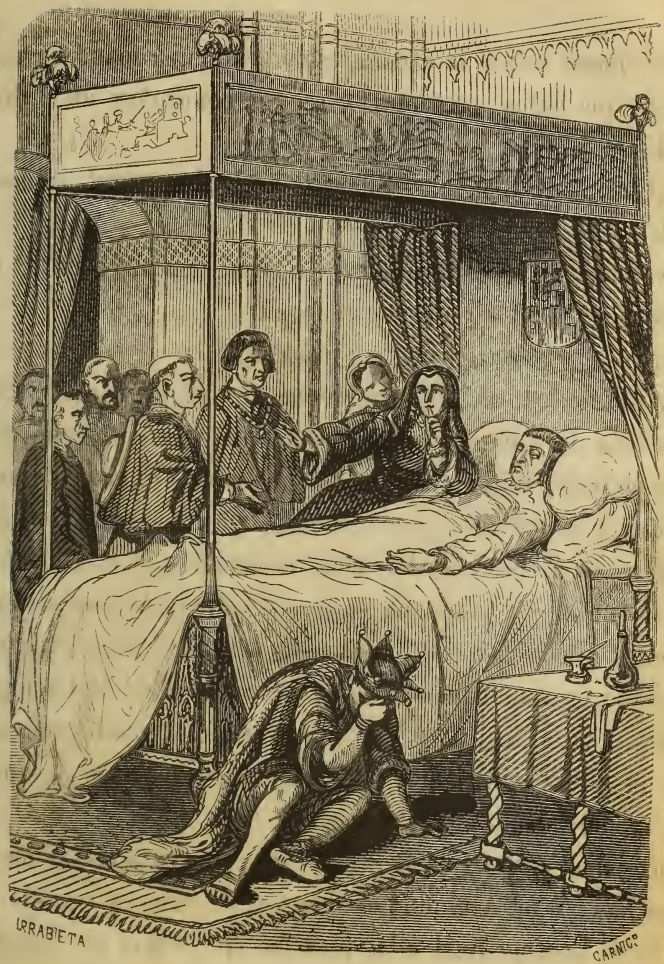
—¡Chit!.... ¡Callad!..... ¡Silencio, no le desperteis!.... Idos de aquí todos.

Y volviéndose al cadáver de su esposo, comenzó á darle golpecitos en el hombro, murmurando:

—¡Duerme, corazon mio!.... ¡duerme!....

Por último los esfuerzos del arzobispo y de Leonor consiguieron sacarla del aposento mortuorio. Al otro dia el cadáver de D. Felipe habia sido embalsamado. La Reina, convencida de su desgracia y penetrada de dolor mudo, le hizo adornar con magníficas ropas de brocado, forradas de armiños, y ella misma le puso sus mejores joyas: desde entonces nadie pudo desconocer su demencia. Hiciéronse solemnes exequias al Rey, cuyo féretro fué depositado provisionalmente en el monasterio de la Cartuja de Miraflores, á dos leguas de Búrgos, de donde algunos meses adelante, lo mandó sacar doña Juana, para convencerse de que no se lo habian robado los flamencos.

Pocos dias despues, la Reina mandó revocar todas las mercedes hechas por el Archiduque durante su efímero reinado; repuso en el Consejo Real á las personas que habia en tiempo de su madre, y despidió á todos los estranjeros, quedándose solo con el milanés Marliano y con Gilito, que nunca se apartó de ella.



¡Silencio!.... ¡no le disperteis!....

Francº J. Orellana.

EPÍLOGO.

Donde se demuestra, que el tiempo ni la muerte no pueden hacer que olvide quien bien ama.

ZUMBABA el viento helado en las despojadas ramas de los árboles, nacidos á orillas del rio Arlanzon, una noche de enero de 1507: el cielo, claro y sereno durante el dia, se acababa de cubrir con un blanco sudario de nubes, de las cuales se desprendian espesos copos de nieve. Por el camino de Valladolid á Búrgos iban dos hombres montados en sendos caballos, conduciendo cada cual una mujer en el arzon delantero: detrás de ellos iban hasta veinte ginetes bien armados, á quienes parecia capitanear uno de gigantesca estatura. Las dos parejas marchaban en hilera por lo ancho del camino, y delante otro ginete, que de vez en cuando se volvia y tomaba parte en su conversacion.

—Valiera mas habernos quedado en Torquemada, amigos mios, dijo éste último: abrigad bien á vuestras esposas, pues la noche se presenta terrible, y si os parece, nos refugiaremos en el monasterio del Moral, que está de aquí un cuarto de legua escaso.

—Por nuestra parte, contestó uno de los dos caballeros, refiriéndose á sí mismo y á su dama, estamos tan hechos á pasar malos ratos, que no sentimos el mal tiempo: mas no acontece así á mis queridos Enrique y Leonor, y si ellos lo desean, descansaremos en el monasterio.

—¿Qué te parece, Leonor? preguntó á su compañera el otro caballero.

—Lo que mi padre disponga está bien hecho, respondió Leonor. Pero no siento el frio, y quisiera que estuviésemos mañana en Búrgos, antes que se marche la Reina; pues no sabemos á dónde piensa ir, y luego, Dios sabe si podremos verla, y despedirnos de ella y del señor arzobispo.

—Tiene razon Leonor, repuso el primer caballero. Sigamos adelante, y si es preciso, nos refugiaremos en cualquiera parte.

Nuestros viajeros continuaron su camino, y al cabo de un buen rato vieron lucir á lo léjos muchas antorchas, cuyo resplandor palidecia, ofuscado por la nieve que bajaba del cielo. Todos se pararon sorprendidos, sin saber qué pensar de aquella estraña vision. Las luces avanzaban lentamente, y pronto se oyó un murmullo de voces roncas, que rezaban el oficio de difuntos.

—Eso parece entierro, dijo el que caminaba delante. Pero, ¿quién puede ser el muerto que llevan á enterrar á estas horas y por este despoblado? Como soy Rodrigo Mendez, que no he visto en mi vida una cosa semejante.

A la izquierda del camino sonaron las campanas del monasterio del Moral, que tocaban á los oficios nocturnos. Rodrigo Mendez guió hácia aquel asilo, á tiempo que llegaba enfrente de él la comitiva fúnebre: los viajeros se pararon á verla. Iban delante quince ó veinte hombres de armas á caballo: seguian unos ciento repartidos en dos filas, montados en mulas, con sacos de penitentes y llevando en las manos antorchas encendidas: en medio de estas filas marchaba un carro funerario tirado por seis mulas engualdrapadas de paño negro con franjas de plata, y del cual se alzaban cuatro columnas, que sostenian una coronacion adornada con plumas negras: en él iba un féretro cubierto con un paño de terciopelo, tambien negro y bordado de estrellas, franjas y flocaduras de oro: á los lados del carro caminaban un hombre de aspecto benévolo y otro de raquítica y fea presencia, en quienes los viajeros reconocieron al doctor Marliano y á Gilito. Detrás venia una forma de mujer, envuelta en

un espesísimo velo negro, que la tapaba de la cabeza á los piés: á sus lados un prelado y un caballero, eran el cardenal Cisneros y el almirante. Por último acompañaban, rezando, veinte clérigos revestidos con roquete y capas negras, y montados en mulas, y cerraba el cortejo una escolta de caballería.

El arzobispo habló algunas palabras á la señora tapada, y á poco la comitiva torció á la derecha, encaminándose al monasterio. Los viajeros la dejaron pasar, y luego la siguieron hasta él: al apearse la dama enlutada, se arrodillaron delante de ella Pedro de Azagra y Enrique de Almazan con sus dos mujeres, pidiéndole la mano para besársela: pero la tapada se volvió dando un grito y diciendo al cardenal:

—¿A dónde me habeis traido? ¡Aquí hay mujeres! ¡vámonos, vámonos al momento!

—Nosotras nos iremos, no V. A., mi amada Señora, dijo Leonor de Silva, conteniendo las lágrimas. Hemos venido solo á despedirnos de V. A., ya que no podemos pagar sus beneficios viviendo siempre á su lado.

—¡Ah! ¿Eres tú, Leonor? ¿Sois vosotros, Pedro de Azagra y Almazan? Y esa otra, ¿quién es? Será Margarita. Para vosotros es la felicidad. ¿A dónde vais?

—Vamos á mis tierras de Aragon, dijo el proscrito, que me han sido devueltas por la bondad de vuestro augusto padre; y otro amigo mio, que nos acompaña, y yo, iremos á Italia, á suplicar á S. A. que vuelva pronto á Castilla por amor á vos y á vuestros pueblos, que lo desean.

—Mucho me alegraré de que venga mi padre, para mi consuelo, repuso la Reina.

En seguida les mandó levantarse, y pasando al aposento en que debia descansar, habló con ellos largo rato.

—¿Cómo es que caminais así, de noche, Señora, le dijo Leonor, sin considerar que peligra vuestra salud?

— «Una esposa que ha perdido á su esposo, que es como el sol de su alma, respondió la Reina, no debe volver á ver la luz del dia!»

El proscrito y Almazan, Margarita y Leonor recibieron des-

pues la bendicion del arzobispo, dándole fervorosas gracias por los favores que les habia dispensado. A su paternal solicitud debian la felicidad de que iban á gozar.

A la mañana siguiente se separaron la Reina y sus amigos: la primera fué á parar en Torquemada: los segundos fueron al señorío de Pedro de Azagra, donde Enrique de Almazan y su amada Leonor, enriquecidos por el Rey Católico y por el conde de Cifuentes, y con los bienes que á poco heredó el primero de su padre, vivieron mucho tiempo en dulce union, dejando numerosa descendencia. Margarita, casada con Pedro, de quien no tuvo hijos, miraba á los de Leonor como suyos, y pasaba los dias enteros cantándoles bellos romances. El gigante Moran no encontró mujer que no se asustase de verle tan grande, y por tenerla, se casó con la vieja Celestina, que fué traida de los Pirineos. No dice la historia si fué feliz este matrimonio. Rodrigo Mendez pasó á Italia á ver á su Gran Capitan, y cuando éste se retiró á Loja, le acompañó allí hasta la muerte.

El Rey D. Fernando volvió á Castilla, á instancias de los pueblos y de los mismos grandes que le habian espulsado, y gobernó en paz y justicia aquellos reinos por espacio de diez años mas, dejándolos florecientes é íntegros á su nieto D. Cárlos de Austria.

Don Juan Manuel, despues de haber tratado de engañar al Rey Católico, tuvo que expatriarse, perdiendo todos sus dominios y riquezas mal adquiridos, y anduvo solicitando el favor del rey de Romanos y de otros monarcas; pero ninguno se fió de él, y vivió abandonado de la fortuna y carcomido por el despecho.

En cuanto á doña Juana, pasó su larga vida, hasta contar mas de setenta años, paseando el cadáver de su marido por los caminos de España, sin apartarse nunca de él, ni aun despues de muerta; como se puede ver en el magnífico mausoleo de la Capilla Real de Granada, donde, sobre un mismo lecho de piedra, reposan los restos de *D. Felipe el Hermoso* y de *la Reina loca de amor*.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

de los capítulos que contiene esta historia.

—

PÁG.

Introduccion. 5

LIBRO PRIMERO.

Capítulo primero.—Los dos viajeros. 15
Cap. II.—Tres patriotas de cuenta.. 24
Cap. III.—Nuevas aventuras. 33
Cap. IV.—Amor á punta de espada. 44
Cap. V.—El mendigo.. 58
Cap. VI.—Continúa el autor copiando viejos manuscritos y arrogándose el mérito de la invencion. 73
Cap. VII.—Sigue la historia.. 84
Cap. VIII.—Los ermitaños de la Union. 94
Cap. IX.—Donde el Diablo cuenta una verídica historia. 105
Cap. X.—El alquimista político.. 122
Cap. XI.—Continuacion del anterior. 137
Cap. XII.—Amor y locura. 150
Cap. XIII.—La hechicera de Sennenfels. 163
Cap. XIV.—Habla el autor y callan los personages de esta historia. . 180

LIBRO SEGUNDO.

Capítulo primero.—Los personages de esta historia recobran el uso de la palabra. 187
Cap. II.—Reaccion. 200
Cap. III.—Pié de que cojean los cortesanos. 208
Cap. IV.—Mas amor. 221
Cap. V.—Que mas pueden los malos que los buenos, aunque sean menos. 232
Cap. VI.—De una locura que determinó hacer la Reina. 247
Cap. VII.—Que no hay mañas contra el poder. 257
Cap. VIII.—¡Sin lágrimas! 266
Cap. IX.—Dos amores en un corazon. 282
Cap. X.—Los cabellos de la bella Diana. 295
Cap. XI.—De los cabellos del secretario Conchillos y de otras cosas notables. 306
Cap. XII.—De cómo el Diablo se llevó á Enrique de Almazan. . . 321
Cap. XIII.— De lo que hizo doña Juana luego que se vió presa en su cuarto y privada de sus amigos, con lo demás que se verá. . . . 334

PÁG.

Cap. XIV.—Donde Pedro de Azagra cuenta su historia.. 350
Cap. XV.—De cómo la Reina se hizo mas devota que tenia de costumbre. 369
Cap. XVI.—Epílogo de este libro segundo. 390

LIBRO TERCERO.

Capítulo primero.—En alta mar.. 405
Cap. II.—Que D. Felipe se hastió de los estremados obsequios del Rey de Inglaterra, y que doña Juana no quiso dejarse obsequiar. . 420
Cap. III.—De un banquete que dió el gran tesorero y de lo que sucedió despues. 431
Cap. IV.—Que el rey D. Fernando fué condenado por desconfiado. . 442
Cap. V.—Las vistas de Sanábria. 463
Cap. VI.—Cómo celebró D. Felipe los dias de su mujer. 484
Cap. VII.—Que el rey D. Felipe determinó encerrar á su muy amada esposa.. 504
Cap. VIII.—De lo que hicieron la Reina y las Córtes en Valladolid. . 522
Cap. IX.—La conjuracion. 540
Cap. X.—La coronacion. 552
Cap. XI.—De unas fiestas que D. Juan Manuel dió al Rey en el castillo de Búrgos. 564
Cap. XII.—De cómo el Rey se durmió.. 574
Epílogo.—Donde se demuestra, que el tiempo ni la muerte no pueden hacer que olvide quien bien ama. 587

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

PÁG.

Portada.
Don Felipe y doña Juana. 5
Hé aquí un hombre terrible.... 30
¡Atrás!... 54
Me habeis vendido á la flamenca, y os mato á la española. 64
Paréceme que hablais demasiado. 83
Pónmelo tú, que eres caballero. 129
¡Miradla!... ¡Ella es!... 174
¡Tambien ella!... ¡Tambien ella!... 281
Sentia las tijeras sin alterarse. 304
No temais que os mate. 339
¡Sacrílegos! 363
El rey está de caza. 455
¡Oh! ¡No te vayas!... 478
¡Eso es mio! 558
¡Silencio!... ¡no le disperteis!.... 586
Retrato del Autor. 587

306744
LS
O 664r
Author Urellana, Francisco José
Title La reina loca de amor. Ed.3.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED